



HISTORIA DE ELDA



HISTORIA DE ELDA

Coordinada por

ANTONIO M. POVEDA NAVARRO Y

JOSÉ R. VALERO ESCANDELL

AYUNTAMIENTO DE ELDA

CAJA DE AHORROS DEL MEDITERRÁNEO

2006

I.S.B.N.: 84-87962-20-3 (Obra completa)

I.S.B.N.: 84-87962-22-X (Tomo II)

Depósito Legal: A-119-2006

Editan:

AYUNTAMIENTO DE ELDA. Concejalía de Cultura

CAJA DE AHORROS DEL MEDITERRÁNEO. Obras Sociales

Diseño y maquetación:

ESTUDIO DAC, S. L.

Impresión:

QUINTA IMPRESIÓN, S. L.

HISTORIA DE ELDA

TOMO II La expansión contemporánea

JOSÉ RAMÓN VALERO ESCANDELL

Coordinador

COLABORADORES:

JOSÉ MARÍA AMAT AMER

JOSÉ LUIS CIVIDANES HERNÁNDEZ

ERNESTO CUTILLAS ORGILÉS

LUIS ESTEVE IBÁÑEZ

ANTONIO MARTÍNEZ PUCHE

FRANCISCO MORENO SÁEZ

PEDRO PAYÁ LÓPEZ

TOMÁS PÉREZ MEDINA

GABINO PONCE HERRERO

MARÍA DEL CORPUS REQUENA SÁEZ

CARLOS SALINAS SALINAS

JOSÉ MIGUEL SANTACREU SOLER

JOSÉ RAMÓN VALERO ESCANDELL

JUAN VERA GIL

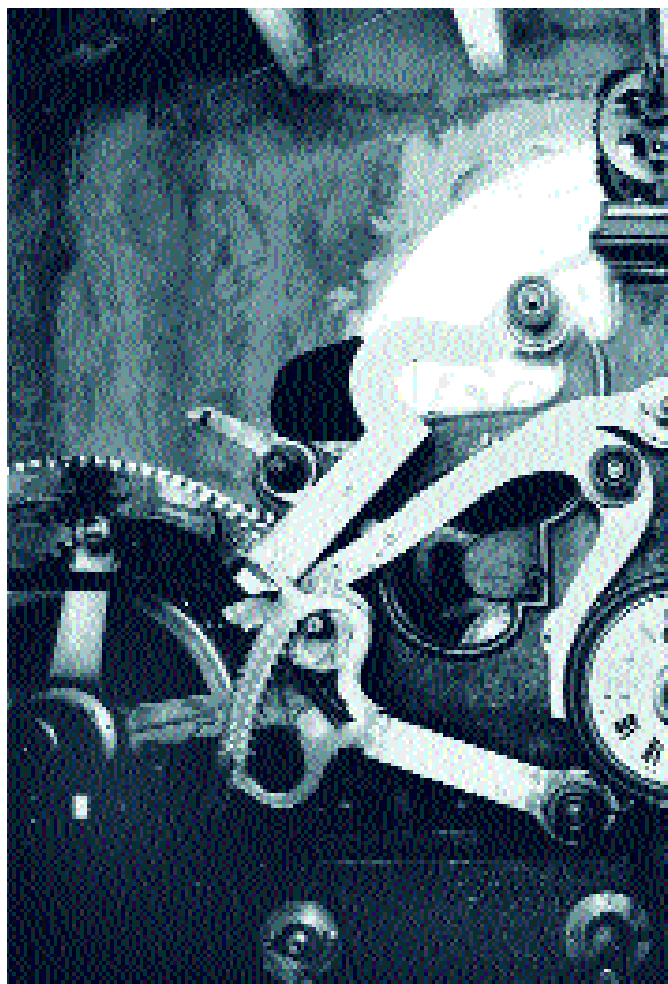
INTRODUCCIÓN

JOSÉ RAMÓN VALERO ESCANDELL

Coordinador

El segundo volumen de la «Historia de Elda» aborda la vida de la ciudad en los dos siglos escasos que van desde la supresión del régimen señorial al final del segundo milenio. En este tiempo, Elda ha variado radicalmente: ha transformado sus medios de vida y sus maneras de pensar, se han incrementado extraordinariamente tanto las personas que en ella habitan como el perímetro urbano en que lo hacen, la sociedad se ha hecho más compleja en todos los órdenes.

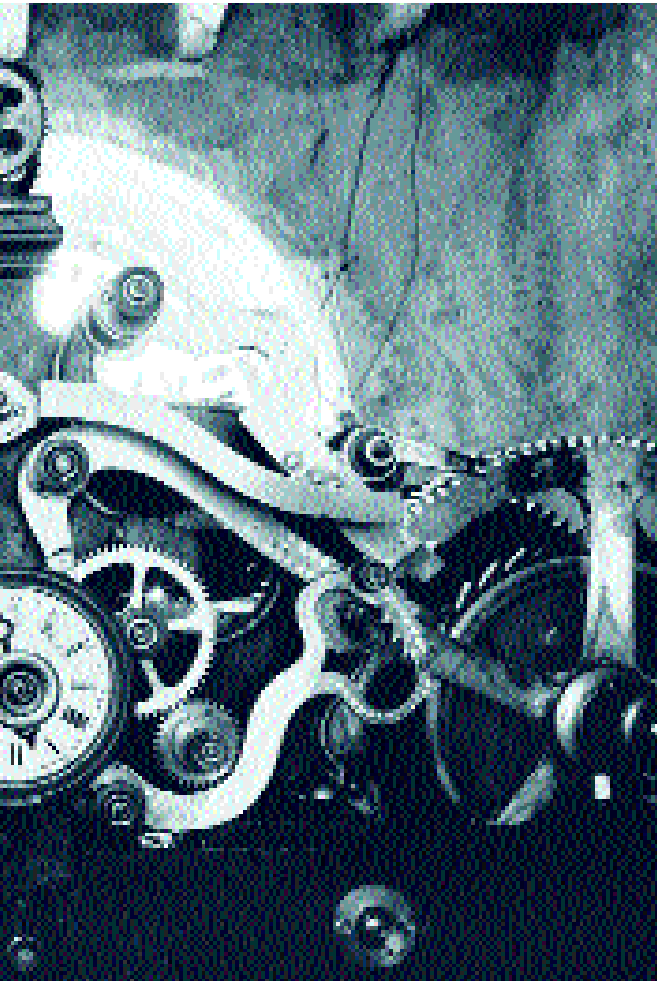
Por todo ello, hemos decidido dedicar a la ciudad fabril, burguesa y obrera, un tomo completo de la obra, de forma que podamos analizar el origen y apogeo de esta época esencial desde distintas perspectivas: la demográfica, la política, la económica, la social, la cultural o la urbanística, a través de la visión de distintos especialistas que analizan el conjunto eldense poniendo el acento en distintos aspectos, aunque necesariamente interrelacionados. Se ha intentado destacar el aumento de población pero también los cambios ocurridos en las estructuras demográficas; situar en su momento histórico las distintas concepciones ideológicas o grupos de poder que gobernaron la ciudad o intentaron hacerlo, con sus logros y sus insuficiencias; analizar la evolución económica, centrada esencialmente en la industria del calzado –una manufactura asociada a la ciudad y sus gentes hasta extremos difícilmente alcanzables en otras industrias y otros lugares–, pero también en la decadencia agraria y el desarrollo de los servicios; por supuesto, la transformación social y cultural, que ha desembocado a principios del nuevo milenio en una ciudad heterogénea y variopinta, también ha sido abordada, igual que la ex-



pansión y reestructuración urbana del siglo XX, capaz de transformar la ciudad con una intensidad mucho mayor que en toda su historia precedente, aunque no siempre de forma satisfactoria.

Cuestiones clave que explican la vida de la ciudad actual se han desarrollado a lo largo de estos dos siglos escasos: la irrupción de la industria del calzado como principal actividad económica, la decadencia de las actividades agrarias, la mejora de las condiciones materiales de vida, la llegada cíclica de grandes oleadas in-

La expansión contemporánea

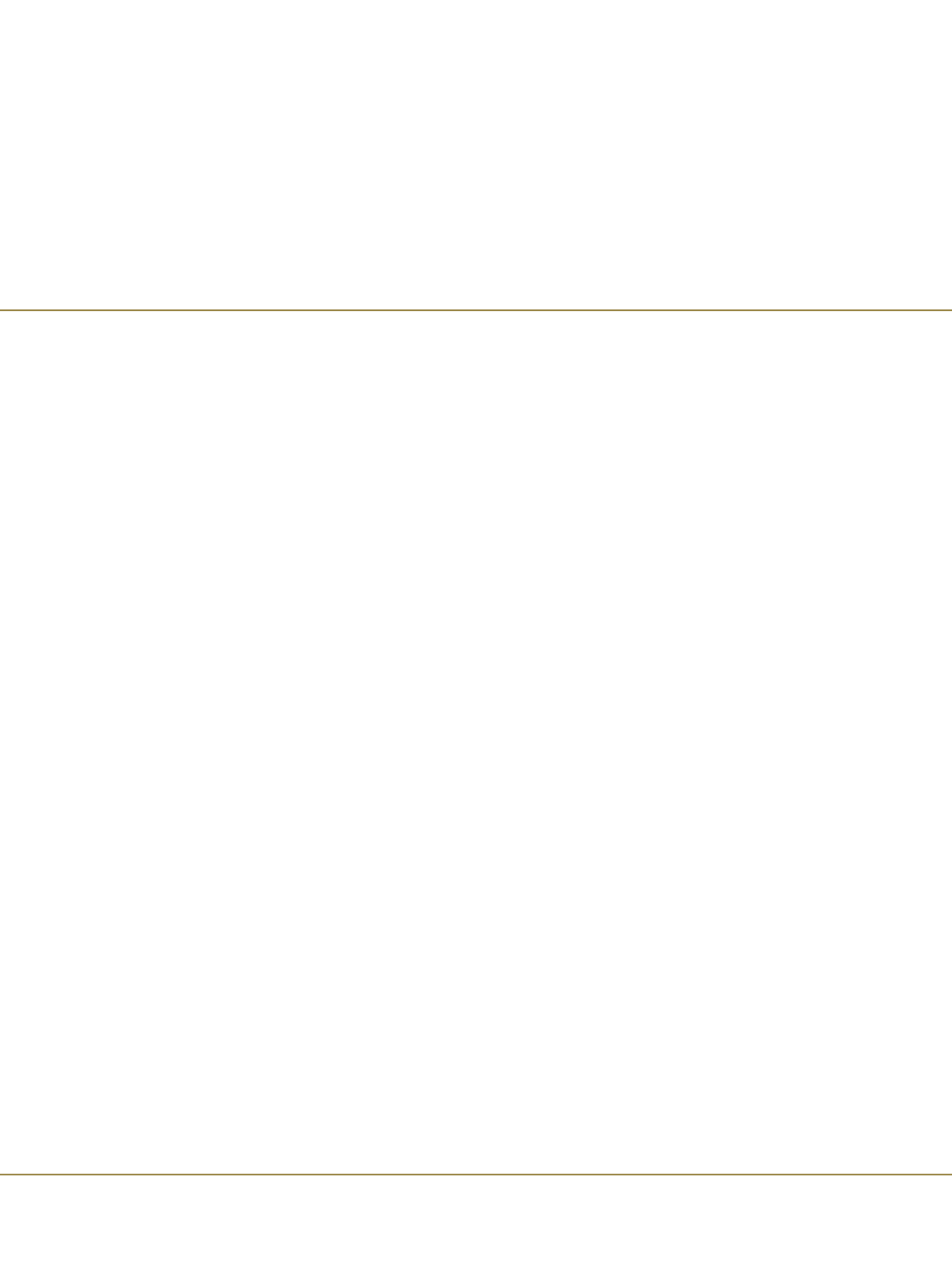


migratorias y su proceso de integración, la extraordinaria ampliación de la esperanza de vida media, la evolución de las ideologías, el desarrollo cultural que abarca desde la alfabetización generalizada a la irrupción de las actividades deportivas, la democratización de la sociedad, los conatos de violencia que alcanzan su máximo exponente en la Guerra Civil, la modificación del trabajo y del ocio, el papel social creciente de la mujer..., todo ello es analizado en mayor o menor medida en el presente volumen.

Por supuesto, algunos capítulos constituyen resúmenes clásicos de lo ya publicado hasta la fecha, fácilmente ampliables gracias a la bibliografía final; otros pueden parecer estados de la cuestión en el momento presente; finalmente, algunos suponen investigaciones novedosas, a veces basadas en tesis doctorales o trabajos de investigación recientes o todavía en elaboración. Tal vez, los años más próximos a la Elda actual carezcan todavía de una perspectiva histórica suficiente para abordarlos en profundidad: resultan todavía demasiado cercanos, demasiado confusos en medio de una avalancha de hechos a los que el tiempo acabará valorando de forma bien distinta; por eso, en algunas cuestiones –como la política o la economía– se han tratado de forma generalizada.

En resumen, esperamos que el presente volumen ofrezca una visión global, discutible si se quiere pero capaz de aportar información sobre la ciudad y su entorno, útil si fuese capaz de incentivar estudios pormenorizados sobre cuestiones que un libro de las pretensiones del que nos ocupa no puede abordar con la extensión necesaria: es muy rica la historia de esta ciudad para tratar de reducirla a unos centenares de páginas; tampoco nuestro objetivo aspira a elaborar una enciclopedia local. Sabemos que, en la época contemporánea y en aquellas que la precedieron, siguen existiendo numerosos episodios, instituciones, problemas, grupos sociales a los que no se ha ofrecido todavía la atención que se merecen y que siguen aguardando investigaciones en profundidad que enriquezcan el conocimiento colectivo de esta ciudad: esperamos que esta obra facilite su futura labor y fomente el deseo de investigar el pasado que nos une.

Vista interior del reloj de la torre de Santa Ana: testigo mudo y certero del transcurrir del tiempo en la ciudad. (Foto de Francisco Albert Rico).



La población eldense en el siglo XIX

18

JOSÉ RAMÓN VALERO ESCANDELL

Universidad de Alicante

Elda concluyó el siglo XVIII triplicando los habitantes con que contaba al iniciarlo: ese intenso crecimiento demográfico permitió superar holgadamente la población existente antes de la expulsión de los moriscos en 1609, cuando fueron obligados a marchar la mayoría de sus moradores.

Sin embargo, ese ritmo acelerado no se consiguió consolidar a lo largo del siglo XIX, al menos hasta que la industria del calzado ya se convirtió en una actividad significativa en su economía; el último censo fiable del siglo anterior, el de Floridablanca en 1786, hablaba de 3.734 habitantes, que se mantuvieron con altibajos hasta 1875, cuando los eldenses eran 4.081.

En general, el estancamiento fue casi absoluto durante el primer tercio del siglo (en 1835 los eldenses eran 3.696), la época de la que menos fuentes documentales disponemos. Los años centrales se caracterizaron por fases sucesivas de moderados incrementos y descensos, a veces con variaciones notables entre fechas cerca-

Cuadro 1.

Elda, siglo XIX: evolución de la población

Año	Habitantes	Recuento
1786	3.734	Censo de Floridablanca
1835	3.696	Padrón
1842	3.846	Estimación de Madoz
1856	4.154	Padrón
1861	4.155	Padrón (Agosto)
1863	4.399	Padrón
1867	4.044	Padrón (enero)
1970	4.312	Padrón (enero)
1875	4.081	Padrón (agosto)
1877	4.337	Censo
1885	4.487	Padrón (enero)
1887	4.422	Censo
1900	6.131	Censo

nas, lo que puede indicar deficiencias en la elaboración de los recuentos, pero también ser reflejo de los últimos hachazos de las enfermedades catastróficas o de la inestabilidad interanual de las cosechas, que solían influir tanto en el número de nacimientos como en las migraciones; por ello, no es raro que los 4.399 habi-



Vista general de Elda y el Valle. Óleo de Eduardo Amorós, 1921 (Colección Municipal).

tantes de diciembre de 1863 –la cifra más alta de ese periodo– se hayan reducido en 355 tres años después y se incrementen en 268 durante los doce meses siguientes.

En el último cuarto de siglo se comenzó a superar el estancamiento, moderadamente entre 1875-1885 (aumento cercano al 1% anual) y de forma notable en los últimos años de la centuria, con un incremento anual medio del 2,1%. Todo ello, en un marco de mejora de las condiciones sanitarias –no excesiva, como recordará el último azote colérico en 1885–, alimenticias –en función de las nuevas posibilidades de todo tipo que aporta el ferrocarril y otros avances técnicos– y económicas, con el fomento de algunas actividades artesanales alternativas, entre las que acabará despuntando claramente el calzado, especialmente en las dos últimas décadas del siglo.

Gracias a todo ello, Elda conseguirá finalizar el siglo con 6.131 personas, el máximo número que jamás había residido en ella hasta entonces. Era, por tanto, un núcleo urbano intermedio entre los del Alto y Medio Vinalopó, ni siquiera el mayor del valle que lleva su nombre: Monóvar, que albergaba la capitalidad del partido judicial –y la siguió manteniendo todavía durante muchas décadas– era entonces la más poblada, pese a la segregación de El Pinós en 1826. Petrer, por su parte, siguió siendo en aquellos años el menor de los tres municipios del valle –en torno al 65% de las cifras eldenses durante todo el XIX–, aunque también incrementó sus habitantes, notablemente en algunos periodos.

El rápido incremento de los años 1885-1900 supuso un claro signo de ruptura con las características demográficas que caracterizaron a la Elda agraria del siglo XIX y, en realidad, son el inicio de la fase de progreso en todos los órdenes que –con ligeros paréntesis– disfrutó la ciudad hasta la Guerra Civil. Sin embargo, las cifras absolutas

Cuadro 2. Elda, siglo XIX: evolución de los nacimientos

Periodo	Media anual
1801-1815	151.0
1831-1850	158.3
1851-1860	183.9
1881-1900	184.6

Cálculos extraídos con datos del Libro de Bautismos de la Parroquia de Santa Ana de Elda

Cuadro 3. Elda, siglo XIX: Evolución de la tasa de natalidad

Años	Tasa de natalidad (en tantos por mil)
1835-1836	39.9
1856-1857	41.6
1884-1885	40.7
1900-1901	33.3

Cálculos extraídos con datos del Libro de Bautismos de la Parroquia de Santa Ana de Elda

–aparentemente estancadas durante muchas décadas– esconden variaciones significativas en muchos aspectos, que analizamos a continuación.

Natalidad y fecundidad

Aunque los datos demográficos que poseemos de Elda a lo largo del siglo XIX son discontinuos temporalmente y desiguales en su fiabilidad, sí podemos afirmar que el número de nacimientos creció durante la centuria; este aumento sólo puede relacionarse con el incremento de la población total, no con una mayor natalidad de las mujeres eldenses.

Las tasas de natalidad, que muestran mejor que los nacimientos totales la capacidad de reproducción de aquella sociedad, fueron altísimas a lo largo de todo el siglo XIX, en general algo mayores que las del conjunto de la sociedad española; por supuesto, se trata de una natalidad comparable a la que hoy poseen algunos de los países más subdesarrollados de la Tierra, muy superior a la de la Elda actual. Es la natalidad característica de unas formas de vida propias de una sociedad agraria tradicional, previa a lo que se ha dado en llamar transición demográfica, que en España se produjo tardía e intensamente a lo largo del siglo XIX. En una época con escasas obligaciones hacia los hijos (ni de tipo educativo, ni de exquisiteces alimenticias, ni de hábitos consumistas), con graves necesidades materiales (el hijo que asegurase el sustento en una vejez sin seguridad social, el aporte de trabajo a la economía familiar...), con escasos medios anticonceptivos y con una elevada mortalidad infantil que reducía fuertemente el número de hijos que alcanzaba la edad adulta, la sociedad eldense del XIX se ajustaba a la perfección al pensamiento religioso del momento.

Las tasas de natalidad no sólo tardaron en descender, sino que los años centrales del siglo vivieron un pequeño repunte, en buena medida por tratarse de un ciclo económico expansivo que facilitó la nupcialidad (es decir, redujo la edad de matrimonio incrementando la posibilidad de nacimientos en una sociedad de moral tradicional). Las tasas elevadísimas mantuvieron su solidez durante muchas décadas: en 1885 aún eran mayores que medio siglo atrás.

Sin embargo, durante la última década el descenso fue notabilísimo. La razón hay que buscarla sin duda en las transformaciones de las formas de vida local: en 1900, la industria del calzado era ya la principal actividad económica y constituía una nueva alternativa laboral para las mujeres más jóvenes, que se incorporaban masivamente al trabajo, muchas en sus propios domicilios pero otras muchas también en las nacientes factorías. Esas mujeres compatibilizaron su nueva ocupación con la maternidad, pero adquirieron una mayor independencia personal y comenzaron a no ver ventaja alguna en poseer una familia numerosa.

Si la tasa de natalidad depende de la estructura de edades, del equilibrio entre sexos y –especialmente en aquella sociedad– del número de mujeres casadas, más que de la voluntad de reproducción en sí misma, la tasa de fecundidad legítima (que relaciona los nacimientos habidos dentro del matrimonio con las casadas en edad fértil) clarifica aún más las transformaciones. En el caso de Elda, esta tasa se redujo significativamente desde mediados de siglo, antes incluso de que lo hiciese la natalidad. Es decir, aproximadamente con la llegada del ferrocarril –considerado entonces como el principal signo de progreso económico pero también de transformaciones sociales–, en el propio seno de las familia comenzaban a cuestionarse, tímida o inconscientemente si se quiere, algunas bases de la sociedad agraria tradicional.

También resulta interesante analizar la distribución estacional de los nacimientos: a lo largo de todo el siglo siempre fueron los meses invernales (enero-marzo) los más prolíficos y el verano la época con menores partos. La diferencia se fue reduciendo con el paso de los años: si entre 1835 y 1840 hubo un 28,5% de nacimientos invernales y sólo un 18,3% de veraniegos, en las dos últimas décadas del siglo eran el 28,9% frente a un 21,6%;

la mayor tendencia a la reducción se produjo en los meses otoñales (octubre-diciembre), que pasó de un 27,5% en 1835-40 a sólo un 23,8% entre 1880-1900. Es cierto que las diferencias estacionales no son excesivas, pero su continuidad en el tiempo reduce la influencia del azar y obliga a reflexionar sobre posibles razones. Entre ellas, se podría destacar la fuerte incidencia de la mortalidad infantil, que afectaba con más fuerza a los niños recién nacidos en el periodo veraniego (por ejemplo, por medio de las enfermedades digestivas), por lo que los nacidos en otoño e invierno afrontaban los calores con un mayor afianzamiento físico. La reducción de los nacimientos en otoño, singularmente en octubre que siempre fue un mes poco fértil, podría suponer que algunas madres evitaban que los meses de calor asfixiante coincidiesen con los últimos de la gestación; ello supondría una cierta racionalización del embarazo y el recurso a algún tipo de anticoncepción en ciertos ámbitos sociales. A mediados del XIX, cuando Elda vivía de una agricultura pobre y centenares de jornaleros marchaban en junio y julio a segar a diversas comarcas cerealistas, los nacimientos derivados de concepciones en dichos meses también fueron significativamente bajos. La influencia religiosa en los nacimientos era fortísima a la hora de minimizar las concepciones entre las no casadas pero no tanto cuando predicaba la abstinencia sexual durante la cuaresma: los partos en noviembre y diciembre, en buena medida reflejo de las concepciones cuaresmales, no fueron inferiores a la media a lo largo del siglo.

Cuestión más allá de lo anecdótico constituía la de los niños abandonados, que superaban en mucho a los naturales y en algunos casos venían a disimular estos, en una época en que no poseían los mismos derechos que los legítimos y además suponían una marca de por vida para la madre. En el siglo XIX no fue raro encontrar niños abandonados ante las casas de grandes hacendados de reputación caritativa o, sobre todo, en las puertas de las iglesias o en los *tornos* de instituciones religiosas. En Elda, al menos medio millar de niños fueron bautizados como abandonados a lo largo del siglo, lo que supuso alrededor del 3% del total (y más del 6% en algunos años especialmente duros); es cierto que entre ellos habría más de un hijo de forastera, pero también debieron existir eldenses que de-

jaron sus hijos en poblaciones cercanas. Los abandonos afectaron equilibradamente a niños y niñas y la situación no tendió a disminuir, aunque variaba mucho de un año a otro: así, a un año con once abandonos se sigue otro sin ninguno; ello explicaría que, por encima de la moral coercitiva de la época, eran el hambre y las dificultades materiales la principal razón; como ejemplo de ello, el mes con menores abandonos fue claramente el de septiembre, época de recolección de muchos productos y con la cosecha de cereales aún reciente.

La mortalidad

El inconveniente mayor para conocer la mortalidad eldense del siglo XIX es la carencia de los libros de defunciones de la iglesia parroquial de Santa Ana en aquellos años, por lo que sólo desde 1870 –cuando se pone en marcha el Registro Civil– contamos con datos fiables, aunque a partir de la comparación de censos y padrones podemos disponer de estimaciones razonables.

En la década comprendida entre la llegada del ferrocarril a Elda y el derrocamiento de Isabel II, la mortalidad estimada rondaría el 33 por mil, muy alta, pero inferior a la natalidad, lo que permitía un crecimiento natural positivo, aunque escaso e inestable, porque las defunciones –al contrario que los nacimientos– variaban mucho de un año a otro, en función de factores como la generosidad de las cosechas en una sociedad de elevado autoconsumo o el azote de alguna epidemia. En los últimos años del siglo, los posteriores a la gravísima epidemia colérica de 1885, el descenso de la mortalidad fue notabilísimo, gracias a un cúmulo de factores positivos, como la industrialización acelerada y el incremento del nivel de vida, la generalización de un mercado nacional que redujo el autoconsumo de cada comarca o las mejoras higiénico-sanitarias, que en buena medida aminoraron la mortalidad infantil. De hecho, debido a la carencia de epidemias, la última década del XIX fue menos mortífera que las dos primeras del XX (que sí sufrieron las epidemias de la viruela de 1901 y de la gripe de 1918).

La tasa de mortalidad está muy influida por la edad media de las personas que habitan un lugar. En aquellos

Cuadro 4. Elda, siglo XIX: Evolución de la tasa de mortalidad

Años	Tasa de mortalidad (en tantos por mil)
1856-1867	33.0 (estimado)
1871-1880	30.1
1881-1890	32.0
1890-1900	22.0

Fuente: 1856-67: Comparación de los padrones del A.M.E. 1870-1900: Registro Civil.

años, al contrario de lo que sucede hoy en día, el número de ancianos era muy reducido y la edad media de la población muy joven; en teoría, si las condiciones de vida fuesen las actuales, las defunciones debían haber sido muy escasas, pero no fue así: las tasas triplicaban holgadamente a las actuales. Pocos llegaban a ancianos, y muchos niños morían en los primeros meses o años de vida: a final de siglo casi el 14% de las defunciones eran de niños de meses, más de un 40% no había cumplido los 5 años y sólo un escaso 3% superaba los setenta. En realidad, en torno a 1900 la media de edad de los fallecidos no alcanzaba los treinta años, aunque ello era debido –como hemos indicado– a la elevada mortalidad infantil. La muerte no era entonces, como hoy creemos, un suceso vinculado a la vejez, y llegar a anciano constituía todo un privilegio.

De acuerdo con todo ello, la esperanza de vida al nacer (es decir, el tiempo de vida media estimado para una persona) era muy baja, similar al del conjunto del país: poco más de 33 años, aunque con una notable diferencia a favor de las mujeres, como veremos. Sin embargo, quienes sobrevivían a los 5 años de edad, disponían de otros 45 años más de vida media. ¿Cómo era posible esto? Por el hecho de que la probabilidad de muerte era muy grande para los niños de corta edad y, una vez

Cuadro 5. Esperanza de vida media a determinadas edades. Elda, 1875-76.

Edad	Varones	Mujeres
Al nacer	30.8	35.6
A los 5 años	48.6	51.3
A los 20 años	36.9	40.3
A los 40 años	22.2	23.7
A los 60 años	11.2	12.3

Elaboración propia con datos del Registro Civil.

Revista «L'illustration» con el cólera como motivo central.



superados los años de riesgo máximo, se disponía de unos años de salud aceptable y de menores enfermedades; de cualquier modo, poco más de un tercio de los nacidos en 1825 sobrevivían cincuenta años después.

La mortalidad infantil, concepto que aplicado con rigor afecta a los fallecidos menores de un año, constituía uno de los grandes grupos de mortalidad durante todo el siglo XIX, aunque se fue reduciendo gradualmente con las transformaciones sanitarias y alimenticias de la época de expansión zapatera: así, en torno a 1875 un 12% de los nacidos moría antes de alcanzar el año, mientras que en 1900 no alcanzaban el 10%. En general, la mortalidad infantil se centraba principalmente en la época estival más rigurosa, por efecto de enfermedades digestivas, deshidrataciones y enfermedades epidémicas; un segundo periodo intenso eran los meses más fríos, época de mayores nacimientos y, por tanto, aquella con mayor número de niños expuestos a su primer mes de vida, el de mayores posibilidades de fallecimiento. El grave riesgo de mortalidad infantil influía notablemente en el número de hijos de las familias, incrementándolos para asegurar mejor la supervivencia de la estirpe y la ayuda en la vejez. La fuerte mortalidad infantil, como hemos visto, era también la causa principal de la bajísima esperanza de vida.

La incidencia de alguna enfermedad epidémica –singularmente, el cólera– o la mayor o menor mortalidad de los bebés en un año determinado, motivaron fuertes variaciones mensuales en el número de muertes. En conjunto, en las tres últimas décadas de siglo, la evolución estacional de la mortalidad no fue excesiva, aunque sí es patente un mayor número de muertes en los meses estivales (julio y agosto concentran más del 19% del total) que en los más fríos (entre diciembre y enero apenas se sobrepasa el 14%). En general, si la mortalidad infantil era mayor durante el verano, la época invernal concentraba buena parte de las muertes seniles.

También ante la muerte existían diferencias entre hombres y mujeres. Si los nacimientos de varones siempre fueron más abundantes, su predominio se compensaba pronto ante la mayor esperanza de vida de las mujeres: así, en torno a 1875 la esperanza de



vida de las mujeres al nacer era de 35,6 años, frente a sólo 30,8 entre los varones. A cualquier edad, las mujeres gozaban de una esperanza de vida media superior a la de los varones; así, alrededor de 1875, sólo la mitad de los varones nacidos en una generación alcanzaba la edad de 23 años, mientras que entre las mujeres esta misma circunstancia ocurría a los 40 años. Lógicamente, ello explicaba la existencia de muchas más viejas que viejos y, sobre todo, muchas más viudas que viudos; así, en 1884, vivían en Elda dos mujeres mayores de 75 años por cada varón de esa franja de edad. Sólo en alguna edad concreta el riesgo de muerte era mayor para la mujer; en 1875, sólo para las comprendidas entre 40 y 50 años, posiblemente por la peligrosidad de los embarazos tardíos en una época de gran fecundidad femenina e insuficiente desarrollo sanitario.

Mención especial merece la mortalidad ocasional generada por graves epidemias. Si la alta natalidad del régimen demográfico antiguo no se tradujo en un crecimiento rapidísimo fue por el azote más o menos cíclico de una serie de epidemias que diezmaron la población. Erradicada la peste, la enfermedad epidémica característica del siglo XIX fue el cólera, que Elda sufrió al menos en tres ocasiones a lo largo del siglo, aunque la más mortífera fue seguramente la de 1885, poco después de que Koch hubiera descubierto el bacilo causante. El cólera morbo, enfer-

Niña muerta a finales del siglo XIX. La mortalidad infantil aún continuó siendo una terrible lacra durante algunas décadas (Colección del autor).

Fragmento de «Ciencia y Caridad», de Picasso, de 1897. Eran muy comunes las muertes tempranas debidas a tuberculosis, complicaciones del parto...

medad típicamente estival y transmitida a través de las aguas –algo que todavía no se conocía en una villa sin abastecimiento domiciliario, con precarias condiciones de salubridad y numerosas aguas estancadas–, apareció en Elda en el verano de 1885, como una violenta sacudida: 324 fallecimientos según el Registro Civil, más del 7,2% de la población de un pueblo de menos de cuatro mil quinientas almas; de ellos, 289 en las dos semanas centrales del mes de julio. Para comprender los momentos de pánico que originaba una epidemia de esta magnitud, basta saber que ni el Juzgado de paz mantuvo su actividad en estas fechas, porque la mayoría de actas de defunción están fechadas meses después.

Algunos ancianos recordaban mucho tiempo después que «el cólera no perdona a nadie» y es cierto que afectó a todas las generaciones, aunque se cebó especialmente entre los ancianos –murió la quinta parte de los mayores de 65 años– y los niños menores de cinco años, mientras que fue más benevo-

lente con la pubertad y la primera juventud. No fue tampoco una enfermedad centrada espacialmente en unas zonas concretas: afectó al casco urbano y a las partidas rurales, a las calles donde residían las gentes bienestantes y a aquellas cuyos moradores eran casi exclusivamente jornaleros, incluso hubo fallecimientos de gentes desplazadas desde el centro del pueblo a fincas alejadas, aunque incidió algo más en los rincones más insalubres: así en la calle de Linares (hoy, de Juan Vidal) fallecieron casi el 19% de sus vecinos, mientras que el barrio más cercano a la vieja carretera de Monóvar fue el menos castigado.

La nupcialidad

Durante todo el siglo XIX eran gran mayoría los eldenses que contraían matrimonio, casi siempre una sola vez, aunque los fallecimientos a temprana edad favorecieron las segundas nupcias (muchas veces, siendo viudos ambos contrayentes). Las tasas de nupcialidad permanecieron más o menos estables a lo largo de todo el siglo, con un mínimo del 6,5 por mil en los años centrales (periodo 1835-60) y un máximo del 8,4 entre 1870 y 1885. Las variaciones, por tanto, se centran en matices como la edad de los contrayentes o los meses preferidos para contraer matrimonio.

La media de edad de casamiento a lo largo del siglo fue de 26,5 años en los varones mientras que en las mujeres no llegaba a los 24. Hubo ligeras variaciones en la diferencia de edad, que osciló entre los 3,4 años de 1800 y los 1,6 de 1850, siendo siempre mayores los varones, porque las chicas, igual que hoy ocurre, suelen casarse con un novio algo mayor que ellas; así, una cualidad natural, el hecho de que las mujeres alcancen antes la edad física adulta, se equilibra con una norma social. En general, la edad de casamiento se fue reduciendo ligeramente conforme avanzó el siglo. Por supuesto, siempre hubo todo tipo de excepciones a esta regla general, no siendo raros los matrimonios entre cónyuges de edades bien distintas, lo que solía coincidir en demasiadas ocasiones con parejas de desigual fortuna personal.

El matrimonio fue un estado civil al que accedieron la gran mayoría de eldenses del siglo XIX. Por lo general, fue-

ron escasísimos los contrayentes menores de veinte años, pero al cumplir los treinta ya estaban casados la gran mayoría de los varones y casi todas las mujeres que no habían de permanecer solteras de por vida. Aunque las cifras variaron a lo largo del siglo, el casamiento era el estado de nueve de cada diez varones treintañeros y de un porcentaje algo inferior entre las mujeres según el padrón de 1885.

A partir de los 35 años entre las mujeres y de 40 entre los varones, comenzaban a reducirse suavemente los casados para incrementarse el número de viudos. Como consecuencia de que la mujer era generalmente más joven que su pareja, aunque también porque su esperanza de vida era mayor, la viudedad fue siempre mayor entre el sexo femenino, hasta el punto de ser el estado normal de la mujer mayor de 60 años. Las diferencias entre varón y mujer en este aspecto fueron tan grandes que, en 1856, eran viudas el 64% de las mujeres de 65-69 años por sólo el 24% de los hombres; en 1885 estas cifras se habían reducido al 43,6% y 10,5% respectivamente, como consecuencia del incremento de la esperanza de vida.

Dada la elevada cantidad de viudos, las segundas nupcias fueron un fenómeno bastante frecuente durante todo el XIX: en trece de cada cien bodas, al menos uno de los desposados era viudo. Siempre hubo más viudos que viudas entre quienes contraían nuevo matrimonio, pese a que las mujeres que enviudaban eran muchísimas más; la razón es muy sencilla: la moral imperante –de fuerte componente machista, católica y conservadora– incitaba al varón a buscar una nueva mujer que cuidase de su casa y de sus hijos, mientras que valoraba a la mujer que renunciaba al matrimonio para centrarse en el cuidado de sus pequeños.

Por último, si no se puede predecir el momento de la muerte, salvo suicidios, y si la natalidad era escasamente planificada en aquella época, la fecha exacta de casamiento solía preverse con bastante tiempo de antelación. Por eso, en las nupcias sí puede observarse unas mayores preferencias por ciertos meses, aunque estos también variaron con el curso de los años. A lo largo del siglo, el mes preferido por los contrayentes eldenses fue septiembre, mes de las Fiestas Mayores y del novenario, termina-



Novios de mediados del siglo XIX según un retablo cerámico de Manises.

das la siega y algunas otras labores agrarias; en el polo opuesto, con sólo una tercera parte de desposorios que el arriba citado, marzo, el mes de la cuaresma, mes litúrgico de la penitencia, época en que la Iglesia desaconsejaba la práctica del sexo. Sin embargo, la influencia religiosa no siempre fue igual de intensa: septiembre se fue convirtiendo en mes casamentero con el paso de los años, con el desarrollo de los usos y costumbres burgueses. En la primera mitad del siglo, cuando el ciclo anual de las cosechas y las tareas agrícolas marcaba de modo más intenso el ritmo de una villa pobre y de trabajo insuficiente, la situación era distinta; entre 1825 y 1850 fue julio el mes menos nupcial, en unos tiempos en que numerosísimos jornaleros abandonaban las tierras del Vinalopó para acudir a la siega y a otras labores agrarias en diversos lugares; en esos años, todavía no era septiembre –mes de abundante trabajo agrario– sino diciembre el de mayores casamientos.

Las migraciones

Las migraciones del siglo XIX, especialmente la partida de eldenses hacia otros lugares más o menos cercanos, son el aspecto demográfico más difícil de conocer con los datos disponibles, insuficientes e incompletos. Por ejemplo, en los años en que disponemos de libro de desposorios podemos saber el lugar de origen de los consortes, pero difícilmente conocemos ni el lugar de residencia posterior a la boda ni el número de eldenses que contraían matrimonio en otras poblaciones para residir después en Elda, puesto que ya era costumbre generalizada celebrar la

Ilustración de caminantes del siglo XIX. Muy similar debió ser la situación de los temporeros eldenses.



ceremonia en el lugar de residencia de la esposa. No obstante, con la información a nuestro alcance podemos aventurar la tendencia global de las migraciones y conocer aspectos significativos de las mismas.

En general, creemos que existieron dos fases bien delimitadas a lo largo del siglo:

a) Hasta 1885 debieron predominar las salidas de eldenses hacia otros pueblos frente a la llegada de inmigrantes a la villa. Así, la población empadronada en 1835 no alcanzaba la censada por Floridablanca en 1786, sin que exis-

tan epidemias superiores a las padecidas en otros momentos precedentes o posteriores. Por la evolución del número de habitantes es posible que se produjese una cierta inmigración en los años centrales del siglo, porque la población crece algo y el padrón de 1856 muestra un cierto rejuvenecimiento demográfico: sólo el 27,2% de los eldenses superaba los 40 años (frente a un 30,5% setenta años atrás).

b) Desde 1886 hasta 1900 se produjo una fase de notable incremento de la población, que rompe con la tendencia al estancamiento mantenida durante un siglo; aunque en su mayor parte es debido al propio crecimiento natural de una población que no sufrió en esos años ninguna epidemia y mantuvo una elevada natalidad, el saldo migratorio positivo fue de 551 personas, un número de llegadas muy superior al de cualquier periodo similar a lo largo de la historia de la villa. Se trataba, además, a diferencia de las repoblaciones medievales y modernas, de una inmigración de carácter industrial, atraída por la posibilidad de empleo en una pujante industria zapatera, ya bien asentada, que comenzaba a edificar las primeras factorías, superando la fase de los talleres domiciliarios iniciales.

Poco sabemos acerca de los lugares de destino de la emigración permanente originada en Elda, aunque debemos pensar que buena parte de ella se dirigió a municipios cercanos, en ocasiones fruto de los casamientos entre jóvenes de localidades vecinas y otras veces en función de la contratación de aparceros (*medieros*, en nuestra zona) en un mercado laboral de carácter comarcal. Aunque menores, también serían corrientes los desplazamientos a las ciudades más importantes del área próxima (Alicante, Valencia), sobre todo por parte de mujeres jóvenes, casi niñas, que buscaban empleo en el servicio doméstico, algo muy usual en la España de la época. Entre los traslados a distancias largas, conforme avanzó el siglo debieron aumentar las salidas hacia Barcelona –cuya industrialización atrajo en un primer momento a población aragonesa y de provincias del sureste peninsular– y también hacia países de ultramar, aunque no fue la nuestra una zona especialmente atraída por estos viajes. Más importantes debieron ser los desplazamientos hacia Argelia, una vez que los

«La siega», de Vela Zanetti. La de Castilla era el principal destino de los temporeros eldenses del siglo XIX.

franceses consolidaron su dominio iniciado en 1830; eran viajes baratos, dada la facilidad de embarque entre Alicante y Orán, incitados por las oportunidades laborales derivadas de la puesta en explotación de nuevos cultivos; en muchas ocasiones se limitaban a migraciones *golondrina*, es decir, de temporada, para dedicarse a tareas como la poda o las recolecciones.

Curiosamente, la mejor información sobre emigración de eldenses en el siglo XIX la poseemos sobre los traslados estacionales de los jornaleros agrarios. En concreto, gracias al Libro de Seguridad Pública, en el que se inscribían todos los pasaportes otorgados a los habitantes de la villa, conocemos el lugar de destino, el objeto del viaje, la edad y algunos otros interesantes datos de quienes salían de la villa durante la década de los treinta. Tomando como ejemplo los datos correspondientes a 1837, sabemos que se desplazaba anualmente más del 40% de la población activa eldense y que, sin duda, las salidas más numerosas eran las cuadrillas de jornaleros que se dirigían a la siega en otras comarcas o regiones. El área de destino de los segadores eldenses comprendía aproximadamente el cuadrante suroriental de la península, con Villena, Arganda, Totana, Cartagena, Lorca y Toledo como destinos mayoritarios. En total 328 jornaleros eldenses marcharon como segadores en la campaña de 1837; todos eran varones, con una edad media cercana a los 32 años, aunque el 55% de ellos estaban entre los 20 y los 30, siendo muy pocos tanto los menores de veinte como los mayores de cincuenta. En ese mismo año, también marcharon de Elda 68 arrieros y 21 comerciantes o negociantes, casi todos varones, a destinos no excesivamente largos (Zaragoza fue el más alejado entre los arrieros y Cádiz entre los viajes de negocios).

Por lo que respecta a los inmigrados, las diferencias son muy notables entre la época esencialmente agraria (aproximadamente, hasta 1875) y aquella en que la industria es el principal sector de atracción (los últimos años del siglo). Mientras Elda fue una villa agrícola los inmigrados fueron muy pocos, sobrepasando rara vez los tres centenares; además, salvo contadas excepciones, el área de atracción se reducía a los propios Valles del Vinalopó; así, en 1875, de

los 262 residentes nacidos fuera de la villa, la mitad procedían de Monóvar y Petrer, y Novelda era el tercer lugar de origen. Más aún, aunque sólo una octava parte de los vecinos habitaba fuera del núcleo urbano, la mayoría de los inmigrantes (136) se repartían por las pedanías y en las haciendas agrícolas. Eran los monoveros aquellos que más se decantaban por establecerse en las zonas rurales: en 1875, 70 de los 79 que residían en Elda lo hacían en los campos situados entre ambos municipios, a veces en lugares que, como la propia estación de ferrocarril de Monóvar, se encontraban mucho más cerca de su pueblo natal que del centro de Elda. Los petrerenses, por el contrario, cada vez estaban menos presentes en nuestras haciendas rurales, pero eran el grupo de inmigrados más numeroso en el casco urbano de Elda, porque la modernización iniciada en tantos aspectos (laborales, comerciales, educativos...) incrementaban las relaciones de todo tipo –matrimoniales incluidas– entre las gentes de dos municipios tan cercanos.

A final de siglo, la gran mayoría de los inmigrantes ya residía en las calles de una villa que comenzaba a construir nuevos barrios, en buena medida para acoger a quienes llegaban de fuera. En los años previos a 1900, el desarrollo industrial no sólo incrementó notablemente el número de los inmigrantes sino que el área de atracción de la industria eldense amplió su extensión, traspasando los límites provinciales; a Elda comienzan a llegar las primeras gentes de Almansa –que contaba con tradición zapatera– y de Yecla, iniciando una notable cadena migratoria, es decir, un proceso en el que los primeros avecindados fomentan la llegada de amigos y familiares, proceso que se continuaría durante varias décadas del siglo XX. En torno a 1898 también se produjo la llegada de trabajadores menorquines, los *mahoneses*, buenos conocedores de la industria zapatera, contratados por el industrial Rafael Romero, la mayoría de los cuales regresó a su lugar de origen al cabo de pocos años.

La distribución por sexos, edades y estado civil

En la Elda decimonónica, durante casi todo el siglo, siempre predominaron las mujeres sobre los varones; salvo en

Cuadro 6. Distribución por sexos de la población eldense.

Año	Varones	%	Mujeres	%	Índice de masculinidad
1786*	1.894	50.7	1.840	49.3	102.9
1856	2.006	48.7	2.057	51.3	97.5
1867	1.973	48.7	2.079	51.3	94.9
1875	1.954	45.8	2.315	54.2	84.4
1887	2.124	47.9	2.313	52.1	91.8
1900	3.069	50.1	3.062	49.9	100.3

*Excluida la población en comunidades.

Fuente: 1786: Censo de Floridablanca; 1856 y 1875, Padrones Municipales. El resto, Censos de la Población de España.

aque aquellos lugares con un fuerte desequilibrio migratorio entre los sexos, es lo normal en casi todas las sociedades y en casi todos los momentos históricos, porque es usual que sea la esperanza de vida masculina sensiblemente inferior a la femenina; en buena medida, el mayor esfuerzo físico del trabajo habitualmente ejercido por los varones, su propensión a algunos hábitos escasamente saludables como el alcoholismo o su mayor predisposición a ciertas enfermedades, hacían que a partir de determinada edad –en aquellos años, por lo general, desde aproximadamente la pubertad– el equilibrio entre los sexos desapareciese favoreciendo a la mujer.

Esta afirmación categórica suele ser válida casi siempre, pero encierra numerosos matices que se hace necesario explicar. En primer lugar, es corriente que sean más abundantes los nacimientos de varones: en Elda, en todos los padrones municipales consultados, con la excepción de 1875, siempre existían más niños menores de 5 años que niñas, llegándose a alcanzar casi una proporción de 6 a 5 en 1856; como ya hemos visto, esta situación inicial comenzaba a transformarse a temprana edad (mayor sobremortalidad infantil masculina, mayores accidentes en la infancia...)

Otro aspecto que puede variar este predominio de la población femenina

es el de los fenómenos migratorios. En la sociedad tradicional, salvo en traslados motivados por casamiento o por la costumbre de muchas jóvenes de marchar a servir a familias de otros municipios, generalmente las capitales, casi siempre eran los varones quienes más emigraban, especialmente cuando se trataba de marchar hacia otros países (como la América hispana) o de emplearse en labores industriales. Por ello, no es difícil relacionar las migraciones con el reparto por edades de la población eldense. En el año 1875, Elda era una sociedad rural pobre y desigual, con una agricultura básicamente de secano incapaz de mantener a una población en gran medida jornalera, con una industria zapatera que todavía no había alcanzado un grado de rentabilidad y de capacidad de empleo mínimos, con una intensa emigración de jóvenes hacia otras latitudes en busca de mejores oportunidades que ya se prolongaba varias décadas; no es de extrañar, por tanto, que fuese 1875 el año de mayor predominio femenino: el 54,2% del total, frente a sólo un 45,8% de varones. A finales del siglo, por el contrario, Elda posee una industria en expansión, con alguna pujante factoría capaz de atraer mano de obra desde otros municipios; entre quienes llegan, como sucede en casi todas las áreas industriales del momento, son mayoría los varones; así, en 1900, cuando ya hace aproximadamente quince años que Elda recibe inmigrantes dispuestos a trabajar en sus fábricas, el predominio femenino ha desaparecido.

La distribución por edades era radicalmente distinta a la actual, con numerosos niños y jóvenes y escasísimos ancianos. Para hacernos una idea de ello, a lo largo de todo el siglo los menores de 25 años siempre fueron la mayoría de la población, con porcentajes que –según los padrones consultados– oscilan entre el 52,9% de 1856 y el 50,8% en 1885.

En Elda, como en el conjunto de la Humanidad de la época, salvo algunos territorios de civilización europea que habían comenzado tímidamente la transición demográfica, las razones de la exultante juventud de su sociedad no eran precisamente envidiables. Ya las hemos reflejado al hablar de la natalidad y la mortalidad: una fertilidad elevada, con un alto número de hijos por mujer,

Cuadro 7. Estructura por edades de la población eldense (1786-1884).

Grupos de edad	1786 (Censo de Floridablanca)	1856 (Padrón mun.)	1875 (Padrón mun.)	1884 (Padrón mun.)
-15 años	36,8%	32,9%	32,7%	35,0%
15-40	32,7%	39,9%	38,5%	37,3%
40-65	30,5% (conjunto)	23,4%	23,1%	22,9%
+65 años		3,8%	5,7%	4,8%

unido a una esperanza de vida muy corta. Llegar a viejo era considerado un auténtico privilegio y la experiencia era un valor apreciado en un mundo rutinario y sin prisas, aunque comenzaba a transformarse desde sus raíces; es cierto que quien llegaba a anciano solía disponer de una familia bien nutrida que pudiera auxiliarse en su vejez, aunque no dispusiese de la asistencia social que hoy se disfruta, pero también lo es que se trataba de familias que sobrevivían en un medio muy pobre; por todo ello, conviene recordar que en 1885, cuando ya parece que la situación económica local comienza a mejorar, la mendicidad era la forma de vida de aproximadamente un quinto de los eldenses que superaban los 70 años.

Si comparamos la población de la segunda mitad del siglo con la que contabilizó el Censo de Floridablanca en 1786, comprobamos que el porcentaje de niños se redujo significativamente entre 1856 y 1875, como consecuencia de la emigración de eldenses en edad fértil, pero también disminuyeron los mayores de 40 años; la concentración se centraba, pues, en la franja de edades entre 15 y 40 años, la de mayor vigor en una sociedad en que el trabajo se basaba en buena medida en el esfuerzo físico.

La pirámide de población sigue considerándose el gráfico idóneo, sencillo y adecuado para reflejar la distribución por sexos y edades de cualquier sociedad. En la Elda del siglo XIX, pese a numerosas matizaciones coyunturales, en cualquier momento encontraríamos un gráfico de base muy amplia –consecuencia de los abundantes nacimientos– que adelgaza rápidamente debido a la baja esperanza de vida para acabar en una punta pronunciada, mostrando algunas irregularidades en las que se reflejan las mortandades catastróficas o los vaivenes migratorios.

Tomaremos como ejemplo de todas ellas la de 1867, el año anterior a la revolución septembrina que supuso el mayor intento fallido de modernización social y económica del país; en ese año, cuando el ferrocarril discurría ya por nuestro suelo, el calzado estaba naciendo en algunos *tallericos* montados en viviendas campesinas y numerosos eldenses seguían emigrando como temporeros agrarios o de forma definitiva a las ciudades, las tradiciones –como refleja Castelar en sus *Recuerdos de Elda*–

Cuadro 8. Elda, 1856-1884: Estado civil de la población mayor de 40 años (porcentajes)

Padrón Municipal	Solteros		Casados		Viudos	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
1786	5,2	7,6	81,7	67,9	13,1	24,4
1856	9,3	12,4	76,7	54,9	14,0	32,7
1867	7,9	10,2	79,9	61,1	12,2	28,7
1875	6,1	9,8	81,5	62,7	12,4	27,5
1884	6,9	9,6	84,1	62,6	9,0	27,8

Elaboración propia con datos de los padrones municipales correspondientes y del Censo de Floridablanca de 1786

apenas se modificaban tímidamente, manteniendo las viejas costumbres, especialmente en lo relativo a sexualidad, noviazgos, matrimonios, alimentación o enfermedades. Su pirámide, similar a todas las ya citadas, refleja la abundante juventud y la excepcionalidad de la vejez, especialmente a partir de los 75 años; pero también muestra con nitidez un marcado estrechamiento de la población en la generación de treintañeros, resultado de un periodo de fuerte emigración, que también influyó en los nacimientos.

El estado civil también se relaciona fuertemente tanto con el equilibrio o no entre los sexos como con la distribución por edades de la población. En la Elda del siglo XIX, el casamiento, católico por supuesto, fue el estado al que tendía la mayoría de la población.

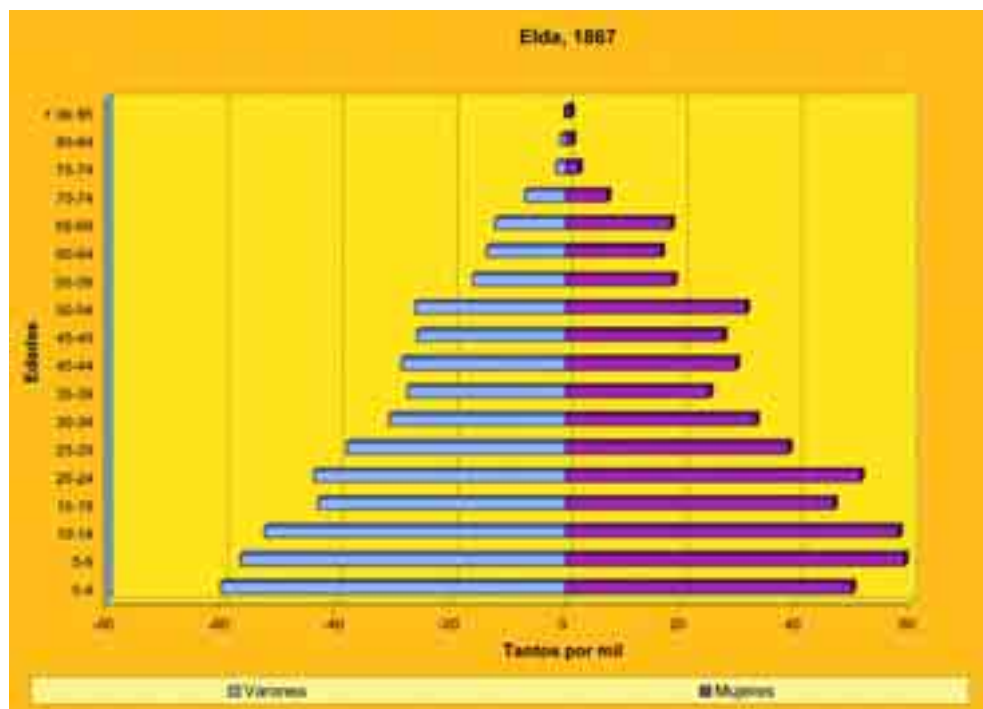
Entre los mayores de 40 años, edad en que se consideraba que han contraído matrimonio la práctica totalidad de quienes habían de hacerlo, los solteros

Cuadro 9. Elda, porcentaje de casados a distinta edad.

Grupos de Edad	1856		1885	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
15-20	0.5	1.8	0.0	2.6
20-24	7.4	31.4	11.3	36.0
25-29	52.7	77.0	72.0	80.9
30-34	78.1	72.3	89.2	84.8
35-39	81.2	78.5	90.0	80.3
40-44	86.2	72.4	89.9	80.1
45-49	82.9	68.1	84.5	78.2
50-54	76.6	52.7	84.4	64.6
55-59	75.0	52.1	85.1	44.3
60-64	75.4	50.0	84.7	61.0
65-69	58.6	23.1	81.6	43.6

Elaboración propia con datos de los padrones municipales correspondientes

Pirámide de población de Elda en 1867.



no llegaban –salvo en 1856– al 10%, siendo mayor siempre la proporción de mujeres que permanecían solteras. Esta superior soltería femenina era debida a múltiples factores, entre ellas la diferente incidencia de la mortalidad entre ambos sexos (reduciendo más el componente masculino) o las costumbres ancestrales que obligaba a algunas de ellas a asumir el cuidado y la responsabilidad de otros miembros familiares (como padres ancianos, pero no sólo ellos), dificultándoles la formación de una familia propia. Entre 1856 y 1867 se dan los mayores porcentajes de soltería definitiva, más aún entre las mujeres, como consecuencia del desequilibrio que toda emigración fomenta en las generaciones que permanecen en el lugar.

La población del siglo XIX era similar a la actual en cuanto a la costumbre de que la mujer celebre su matrimonio a una edad más precoz que el varón, pero lo hacía de forma mucho más marcada que hoy en día.

Así, aproximadamente un tercio de las mujeres de 20 a 24 años ya estaban casadas, frente a cifras bastante más reducidas entre los varones; en la generación de los 25-29, ya predominaban los casados y habían pasado por el altar la inmensa mayoría de las mujeres que habían de hacerlo. Buen número de varones contraían matrimonio pasada la treintena, algo que resultaba poco usual

entre las mujeres. Nada usuales eran tampoco los matrimonios precoces, especialmente entre los varones: en 1856 sólo hay un chico eldense menor de 20 años casado; en 1885, ninguno; mujeres, muy pocas.

La viudedad mostraba unas características sustancialmente diferentes a las actuales. La escasa esperanza de vida de la población en la sociedad tradicional influía en que, a partir de los 40 años, fuesen viudos un alto porcentaje de los eldenses, siempre más de un quinto a lo largo de todo el siglo. A mediados de siglo, debido a una emigración notable que afectaba más a los adultos jóvenes, el peso de la viudedad era mucho mayor que en 1786, año en que el Censo de Floridablanca reflejaba una sociedad que había aumentado considerablemente sus efectivos a lo largo de un siglo XVIII en que Elda vivió una expansión de todo tipo; no obstante, la mejora de las condiciones de vida, tanto económicas como sanitarias, a lo largo de la segunda mitad del XIX permitió ir reduciendo el porcentaje de viudos, además de retrasar la edad media a la que fallecía el primer cónyuge.

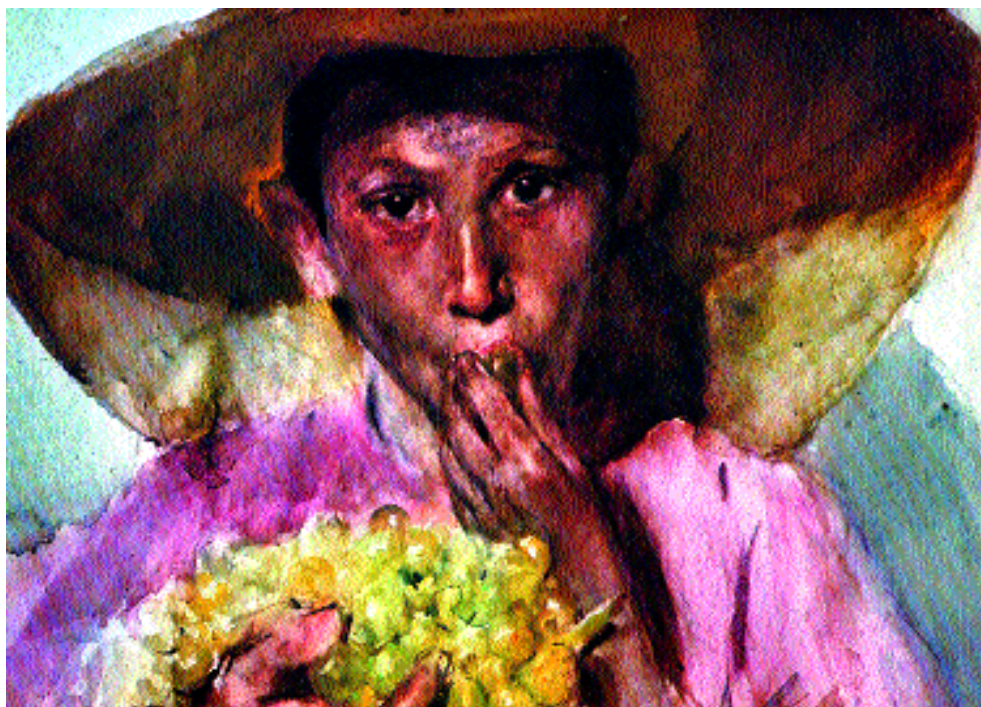
Además, todos los factores –sociales y biológicos– se conjugaban para que la viudedad estuviese mucho más ligada a las mujeres que a los varones. En primer lugar, por la sobremortalidad masculina, que aumentaba las po-

sibilidades de la mujer de ser la superviviente de la pareja; esta posibilidad era, además, facilitada por la costumbre de que la mujer fuese casi siempre la más joven de la pareja, con una diferencia variable en el tiempo, pero casi siempre comprendida entre uno y tres años. Además de estos factores, la sociedad tradicional influía en el futuro de los viudos y las viudas de modo diferente; a los varones con hijos menores, el entorno cercano les incitaba a contraer nuevo matrimonio una vez pasado el mínimo tiempo prudencial, a fin de que otra nueva mujer realizase las tareas reservadas a la madre fallecida; a las mujeres, por el contrario, especialmente si contaba con hijos y un mínimo de posibles –personales o familiares– su círculo de amistades le valoraba la renuncia a nuevas relaciones en favor del cuidado de sus hijos. A todo ello se unía que siempre resultaba más fácil al varón encontrar nueva pareja, pues el número de solteras y viudas siempre era mucho mayor que el de los varones no comprometidos; por ejemplo, en 1856, entre los 30 y los 60 años de edad vivían en Elda 130 varones no casados frente a 230 mujeres en las mismas circunstancias. En 1885, cuando la situación socioeconómica comienza a mostrar signos de recuperación y transformación y la esperanza de vida muestra ya un tímido crecimiento, la viudedad sólo afec-

taba al 12,3% de los varones mayores de 50 años, pero todavía al 37% de las mujeres; resultaba normal que la gran mayoría de los varones conviviesen con su esposa hasta el momento en que él fallecía.

La distribución laboral y otros aspectos

El reparto por edades de la Elda preindustrial –similar, con ligeros matices, al de todas las sociedades previas a la transición demográfica– se ajustaba con precisión a las necesidades de una sociedad rural de escasa productividad: había poquísimos ancianos pero también pocos adultos maduros, mientras que un alto porcentaje se encontraba en las edades en que se disfruta de mayor vigor físico, esencial para una sociedad en que la gran mayoría del trabajo era de carácter esencialmente manual: el 34% de los eldenses de 1856 contaba entre 15 y 34 años. Alrededor de un tercio de los eldenses eran niños menores de esa edad, lo que siempre aseguró un reemplazo laboral suficiente, excesivo incluso para las posibilidades laborales del lugar en la época agraria; no obstante, conviene recordar que a lo largo del siglo la incorporación al trabajo de niños de corta edad era absolutamente normal, en bastantes ocasiones desde antes de cumplir diez años.



Fragmento de «Comiendo uva», de Sorolla. La alimentación de las clases populares dejó mucho que desear durante todo el siglo.

La distribución laboral de los eldenses era muy simple, al menos hasta el último cuarto de siglo, cuando el desarrollo de la industria zapatera incrementó las posibilidades de empleo de los menos favorecidos. El trabajo agrario ocupaba, de una u otra manera a una amplia mayoría de la población, aunque con cifras decrecientes: si en 1835 eran 85 de cada cien trabajadores, en 1875 ya eran sólo 71, en 1885 dos tercios del total y, con toda seguridad aunque no disponemos de los datos censales precisos, su porcentaje y número se habían reducido sensiblemente al final de la centuria.

En todo momento, la mayoría de los campesinos eldenses eran jornaleros sin tierra, que debían compensar el trabajo insuficiente e intermitente del secano local con otras actividades complementarias, o muy mal pagadas (como las tareas del esparto, por ejemplo) o muy penosas (como los durísimos desplazamientos a la siega y otras faenas agrarias, lejos de nuestra geografía). En el último cuarto de siglo, el incremento del trabajo industrial permitió abandonar las tareas agrarias a muchos jornaleros, o al menos a sus hijos conforme se iba produciendo el relevo generacional, aunque tampoco debió ser infrecuente que al principio muchos combinaran ambas tareas; por ejemplo, trabajando de zapateros buena parte del año y recurriendo al trabajo agrario en las épocas en que los pedidos escaseaban o las tareas agrarias estaban mejor remuneradas, aquí o en otras tierras. No debemos olvidar que, en la economía tradicional, los braceros trabajaban en las más variopintas tareas, carentes como estaban de cualquier tipo de protección social o de estabilidad laboral.

Entre el resto de agricultores siempre predominaron aquellos que poseían escasas extensiones de terreno: en 1835 los pelantrines, campesinos que disfrutaban del uso de alguna parcela, aunque siempre con escasos recursos, eran 123 frente a 149 labradores –la posición social agraria más acomodada– y 424 jornaleros. Ni siquiera todos los labradores gozaban de tierras propias suficientes para su mantenimiento holgado, sino que en numerosas ocasiones se trataba de medieros, que compartían con el propietario de las fincas los beneficios de su explotación. No

obstante, entre 1875 y 1885, cuando muchos campesinos jóvenes abandonaban ya el trabajo paterno para convertirse en zapateros, algunos jornaleros debieron acceder a la propiedad de la tierra, o al menos a la tenencia de alguna explotación como medieros, porque entre esos diez años se mantuvo el número de trabajadores agrarios, pero se redujo el jornalero y aumentaron los propietarios. Los dueños de explotaciones agrarias rentables y bien capitalizadas siempre debieron ser escasos, aunque controlasen la mayoría del empleo local.

Las actividades artesanales o protoindustriales no fueron capaces de ofrecer una alternativa laboral suficiente a los eldenses, salvo en las dos últimas décadas del siglo. En 1835, en la época de nacimiento del Estado liberal, quienes se dedicaban mayoritariamente a estas labores no llegaban al medio centenar, aunque algunos braceros pudiesen colaborar en los periodos de mayor agobio. A partir de los años sesenta comenzaron a aumentar de forma clara y en 1885 ya eran casi un cuarto del total de trabajadores eldenses; fue, sin duda, el calzado el único protagonista de este progreso, pues labores tradicionales como la cantería, el esparto o la arriería estaban en franco retroceso; por el contrario, los 27 zapateros empadronados en 1867 eran ya 74 en 1875 y 170 diez años después. Al final de siglo, aunque carecemos de los datos directos, el desarrollo de las primeras factorías, la intensa inmigración y los testimonios variados que hablan de que algunas industrias zapateras superaban claramente el centenar de trabajadores, podemos asegurar que el cambio laboral era ya un hecho imparable, además de abrir de par en par las puertas del trabajo remunerado a la mujer.

Esta necesidad de mano de obra femenina en el calzado permitió a la mujer una alternativa diferente al servicio doméstico, que hasta entonces había sido el único sustento de muchas de ellas; si en 1860 los sirvientes sobrepasaban el centenar, en 1885 se habían reducido a 26. No obstante, salvo en el caso de las criadas, en los padrones de la época resulta difícil evaluar el impacto del trabajo femenino porque, al trabajar muchas veces en su propio domicilio, aparecen catalogadas como sólo amas de casa, aunque siem-

pre colaboraron en otro tipo de labores, desde las estrictamente agrarias a tareas vinculadas a la manipulación del esparto. A final de siglo, el calzado era para muchas de ellas una ocupación a la que dedicaban más trabajo que al cuidado de la casa.

Durante todo el siglo, en un pequeño pueblo que carecía de cualquier tipo de actividad administrativa de ámbito superior al local no es de extrañar la reducida presencia de profesiones liberal o comerciales, sólo 21 personas constaban como tales en el censo de 1860. Aunque aumentaron ligeramente durante los últimos años, apenas superaban el medio centenar en 1885. Tampoco tenían importancia alguna las fuerzas de seguridad, aunque el clero siempre fue numeroso; en 1835, debido a la presencia del convento de franciscanos, totalizan casi medio centenar, aunque tras la desamortización y la limitación del poder de las órdenes religiosas su presencia se redujo drásticamente; no obstante, en un pueblo tan pequeño siempre se superó la docena de religiosos.

La mayoría de la población era analfabeta, como en el conjunto de España y en casi todos los municipios agrarios: aproximadamente, tres de cada cuatro eldenses eran analfabetos en el último cuarto de siglo. Esa proporción, como era norma en la época, era bastante mayor entre las mujeres, debido tanto a su menor presencia escolar como al hecho de que no siempre la escolarización de las niñas incluía el aprendizaje de la lectura y la escritura (aún existen poblaciones cercanas valenciano-hablantes en que las ancianas recuerden la expresión «*anar a costura*» para referirse a la escuela de niñas). Pese a todas estas deficiencias se aprecian algunos aspectos positivos: en primer lugar, el grado de alfabetización fue aumentando significativamente a lo largo del siglo, debido a los más variados factores, que van desde la Ley Moyano a la industrialización, pasando por la acción de las primeras organizaciones obreras o iniciativas particulares; además, la alfabetización de la mujer –siempre escasa– fue según los primeros censos modernos superior a la del conjunto provincial, con cifras que en 1877 ya se aproximaban a un quinto del total. Estudios más sofisticados, como el bachillerato o los universitarios,

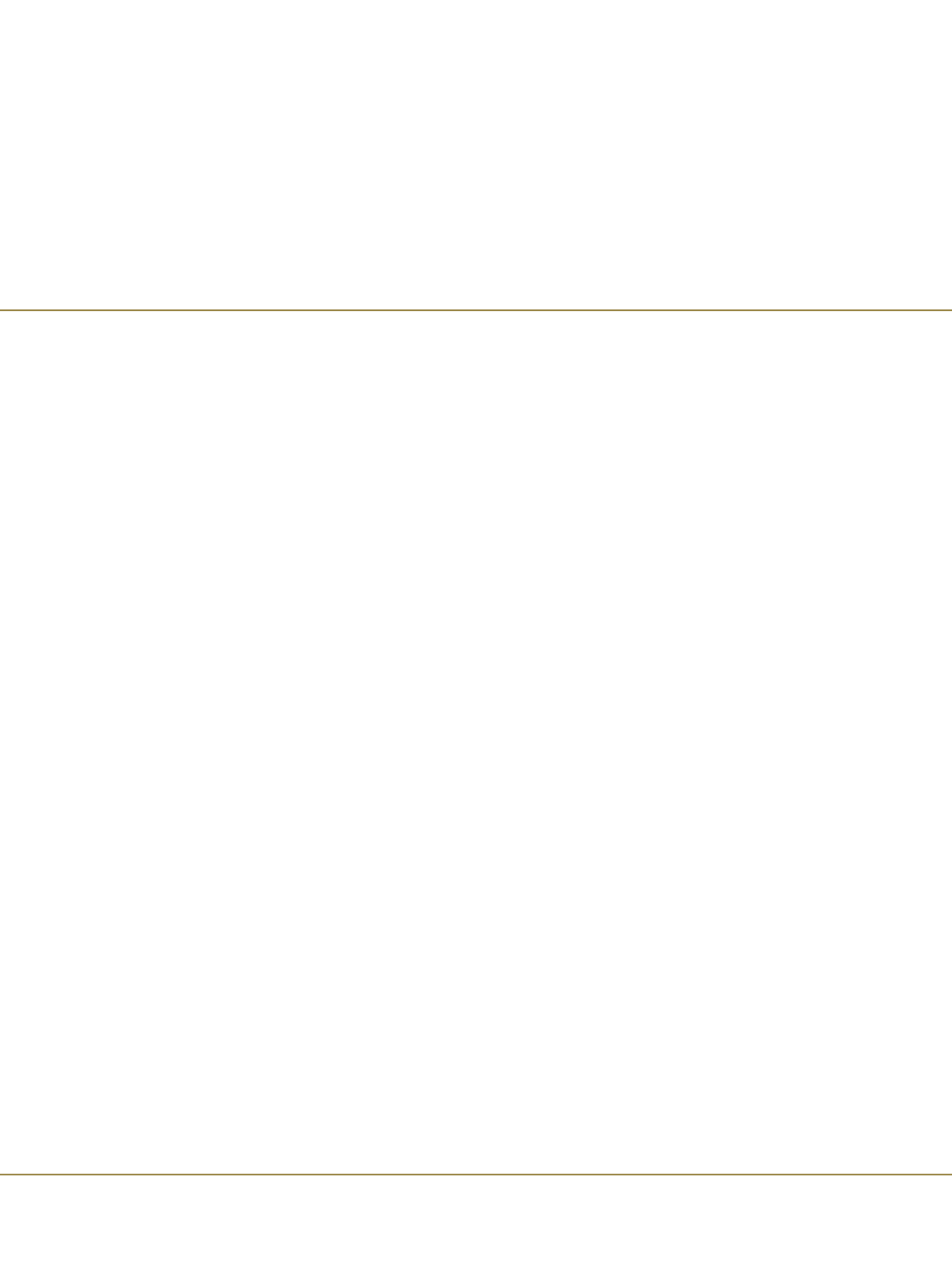
Cuadro 10. Elda, 1877-1900: Grado de alfabetización de la población (en porcentajes).

Censo	Leen y escriben		Sólo leen		Analfabetos	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
1877	27,5	16,4	2,3	2,5	70,2	80,4
1887	25,4	15,6	2,5	1,5	72,3	81,8
1900	29,4	19,3	2,2	1,8	68,4	78,9

Elaboración propia con datos del I.N.E.

estuvieron todo el siglo limitados a jóvenes varones de muy pocas familias.

No debemos concluir sin mencionar expresamente a la población residente fuera del casco urbano, que en el caso eldense siempre fue una minoría, concentrada en lugares como el Barrio del Convento, el Alto de San Miguel, las cercanías del Vinalopó o Camara. Las gentes de este área diseminada, que crecieron hasta el comienzo de la industrialización –en 1867 eran 638 habitantes– se diferenciaban de modo significativo respecto a quienes vivían en el núcleo urbano: casi todos los padrones registran un porcentaje de adultos jóvenes menor que el conjunto del municipio y, sin embargo, un mayor peso de los niños, lo que indicaría unas tasas de natalidad más elevadas, como corresponde a un entorno en el que los niños eran una ayuda para el trabajo y una garantía de futuro; además, casi siempre predominaron los varones en las áreas rurales eldenses y este predominio se acentuaba entre los 15-19 años, posiblemente porque muchas jóvenes marchaban a servir a esas edades; otro rasgo importante es la escasa proporción de solteros y de viudos, como corresponde a unos lugares que ofrecían escasos incentivos a las personas solas. Aspecto notable, que demuestra los frecuentes traslados de esta población diseminada de unas fincas agrarias a otras más o menos próximas, en función de las condiciones en que pudiesen trabajar como medieros, es el elevado peso de las migraciones; si los padrones demuestran la marcha de muchos adultos jóvenes, también hablan de la presencia de un alto porcentaje de inmigrantes, casi siempre llegados desde poblaciones vecinas, como Petrer y –especialmente– Monóvar. Las gentes del campo, no sólo en este valle, hacían poco caso a los límites municipales a la hora de garantizarse una parcela donde trabajar.



Elda: la política del XIX

19

CARLOS SALINAS SALINAS

Catedrático de Secundaria

El siglo XIX es el de la burguesía, del liberalismo y de la revolución industrial como manifestaciones de un proceso global de ruptura. No obstante, ello no debe hacernos olvidar la persistencia hasta sus últimas décadas de no pocos elementos premodernos, incluso en la Europa occidental. El proceso histórico español, a través de sus diversidades regionales, seguirá el mismo ritmo europeo de choque con las permanencias del Antiguo Régimen en las instituciones políticas, en la economía y la sociedad, así como en las formas de pensamiento. Los aspectos nuevos avanzaron con el progresivo triunfo del liberalismo por la vía revolucionaria pero en referencia constante con las pervivencias antiguas.

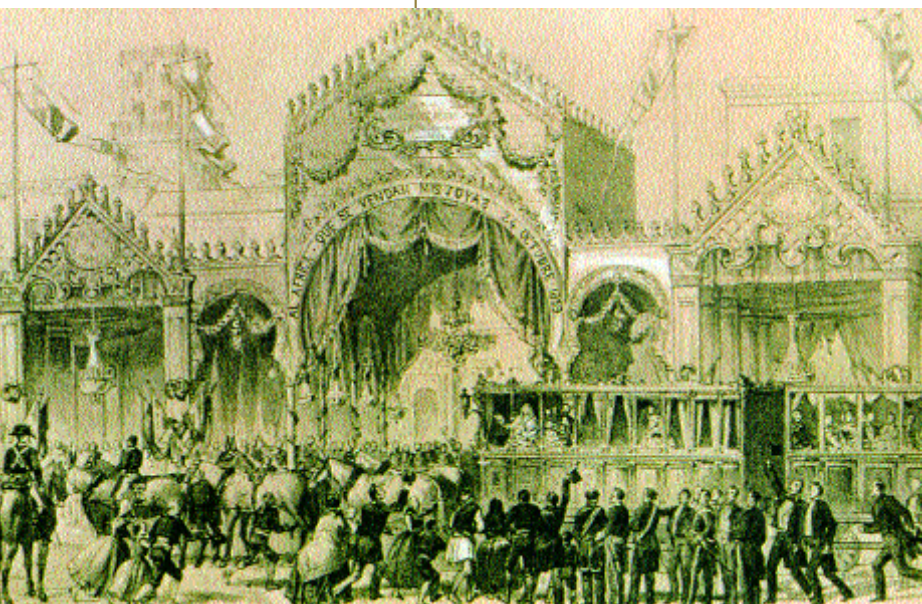
Desde la muerte de Fernando VII (1833) a la Restauración de su nieto Alfonso XII (1874) la población pasará de ser gobernada como súbditos a serlo como ciudadanos. Pero no pensemos en una igual consideración jurídica de derechos y deberes, ni en nuestros parámetros de un sistema democrático que se configurará con enormes dificultades en el siglo XX. Una serie de etapas a lo largo de sesenta años (1830-90) van conformando el régimen político liberal mediante unos elementos: mecanismos de representación de los gobernados, elecciones, separación de poderes y control jurisdiccional de los gobernantes. El nacimiento de Isabel (1830) exigirá de Fernando VII un leve giro moderado en el absolutismo que conducirá al Estatuto Real (1834) aceptado por la madre regente María Cristina. La Corona siguió siendo la principal institución política, apoyada por una reducida oli-



garquía, más atenta a conservar las propiedades y prerrogativas del pasado que a impulsar cambios económicos que exigían nuevas legitimidades y jurisdicción basada en los principios de libertad de la propiedad, de explotación y de comercio.

La reacción armada del carlismo obligará a la regente a apoyarse en las medidas organizadas por los liberales progresistas: una Constitución (1837) que equilibraba el poder de la monarquía y un conjunto de transformaciones en la propiedad que liquidaba la base económica de la Iglesia y ganaba adeptos para Isabel II. Estabilizado el sistema, el bloque oligárquico resultante –los grandes propietarios territoriales de antaño que aceptaron los cambios que ensanchaban sus fincas más los nuevos compradores de bienes desamortizados y los fabricantes liberados de trabas gremiales– garantizará su posición y las ganancias obtenidas con un nuevo marco institucional, la Constitución de 1845, que permitía a la Corona apoyarse casi exclusivamente en sucesivos gobiernos moderados, partidarios de un orden que no respondía a las necesidades de los gru-

Curioso mapa decimonónico de España.



Isabel II visitó en Alicante en 1858 (Archivo Municipal de Alicante).

pos populares y de amplias capas medias. Buena expresión de la práctica de este liberalismo será un sufragio censitario muy restringido que osciló entre un cuerpo electoral 0,17% de la población (1834) a un 2,67% (1865).

La crisis institucional de la Corona con el destronamiento de Isabel II (la Revolución de Septiembre de 1868) abrió un Sexenio Democrático protagonizado por las clases que necesitaban una mayor participación política y transformaciones de mayor calado; el alcance de éstas diferenciaban las opciones monárquicas, las republicanas unitarias y las federales. Contra el sistema aún actuó militarmente el carlismo. El ordenamiento constitucional (Constitución de 1869) y el sufragio universal masculino no lograrán estabilizar un estado democrático de amplia base social. Las sucesivas crisis institucionales y el desgaste por factores agresivos facilitaron la reorganización del liberalismo moderado sobre nuevos elementos que configuraron un régimen a su medida, la Restauración alfonsina. Se trataba de renovar la monarquía tradicional con una figura nueva y no desprestigiada que actuase dentro de una Constitución (1876) que supusiera una ampliación de la moderada de 1845 desde la óptica de la constitución democrática de 1869, pero sin sus elementos más progresistas. La clave de la operación radicaba en un funcionamiento consensuado entre todos los sectores sociales y fuerzas que, ante todo, deseaban un sistema político estable. También el contexto europeo coetáneo venía

definido por el orden y el equilibrio entre las potencias como supremo eje sobre el que descansaban los gobiernos interiores.

El régimen británico aparecía ahora como modélico para la mayoría que derrocó a Isabel II. La prosperidad de los propietarios, tanto de los herederos del Antiguo Régimen como de los enriquecidos con las desamortizaciones y los nuevos negocios, exigía evitar los pronunciamientos militares, los abusos de camarillas palaciegas, las revueltas y agitaciones campesinas y urbanas; necesitaban desarticular los avances sociales peligrosos, los radicalismos republicanos, las juntas cantonales de la pequeña burguesía y las reivindicaciones del incipiente obrerismo.

Para ello debía acordarse un turno pacífico entre los principales partidos, los conservadores de Canovas y los liberales de Sagasta mediante unas elecciones previamente amañadas desde el poder y que respondieran a los intereses de la base social del sistema, la que Costa definió como *oligarquía y caciquismo*. A pesar del sufragio universal masculino, desde 1890, y de cierto avance legislativo en las libertades individuales, nuevas fuerzas emergentes quedaban fuera de un sistema incapaz de dar cauce político y soluciones sociales a la capas resultantes de la industrialización o de difícil encaje en una organización centralista del Estado. No sólo el socialismo, los anarquistas, el republicanismo pequeño-burgués y el catalanismo incipiente presionaban para modificar la estrecha correlación entre la dinámica del *turnismo* dinástico y los intereses sociales que representaban; también el campesinado, especialmente en Andalucía, mostraba su anhelo de un reparto de la propiedad más justo, propiciador de una mejora vital de los jornaleros al compás de la necesaria modernización de la agricultura.

La fórmula restauracionista tendrá éxitos iniciales; terminará por vencer militarmente al carlismo (1876) y firmará la Paz de Zanjón (1878) con los independentistas cubanos. La muerte del joven rey (1885) reforzó la alternancia dinástica que sostuvo la Regencia de María Cristina hasta la mayoría de edad de su hijo Alfonso XIII (1902). Pero la crisis se aceleraba; la guerra hispanoamericana, con la pérdida de las colonias (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) y la subsiguiente conmoción (el *Desastre del 98*) anuncia-

ban la fase decadente del sistema, su escasa capacidad de regeneración y adaptación a nuevas realidades.

La reacción absolutista y el orden liberal

Detengámonos para detallar la vida política de Elda en un nuevo entorno provincial, una de las primeras reformas del incipiente liberalismo. Javier de Burgos, ministro de fomento en el primer gobierno de la regente, antiguo afrancesado, jefe provincial durante la guerra de independencia, promovió (1833) un decreto de reorganización de las Provincias del Reino que será la base de la administración del régimen político que implantarán los moderados, y aun se perfeccionará a lo largo del XIX. La nueva legislación territorial desarrolló una gestión centralista que mantuvo rasgos del aparato de la monarquía absoluta del XVIII mejorado por los principios de racionalización y centralismo del Estado francés.

España quedó dividida en 49 provincias, a cuyo frente fue colocado un subdelegado de fomento y jefe político superior, antecedente de los gobernadores civiles. Los puntos extremos de cada demarcación debían estar al alcance de la capital provincial a una jornada de tracción animal. Alicante fue declarada provincia de 2ª clase compuesta por dieciséis partidos judiciales. La nueva articulación reforzaba la posición de Elda en el eje Madrid-Almansa-corredor del Vinalopó-puerto de Alicante, aun más con la conexión ferroviaria a través del valle desde 1858.

La primera organización provincial consistió en agrupar los municipios en siete gobernaciones, incluyendo a Elda en la de Orihuela junto con otras poblaciones del Vinalopó Medio. No obstante, en septiembre de 1836, el mapa provincial se basaba en los partidos judiciales de Alcoy, Alicante, Villajoyosa, Callosa d'En Sarrià, Dolores, Cocentaina, Dénia, Elche, Jijona, Novelda, Orihuela, Pego, Villena y Monovar al que pertenecía Elda. La Diputación Provincial quedó constituida en enero de 1836 por un diputado por cada partido judicial bajo la presidencia del jefe superior político.

En los últimos meses de 1835 se celebraron elecciones municipales que llevaron alcaldes constitucionales a presi-

dir los ayuntamientos. Hasta 1839 la actividad de éstos estuvo condicionada por los recursos, siempre escasos, que debían proporcionar para evitar rebeliones de los focos carlistas próximos y las incursiones de mayor peligro procedentes del Maestrazgo. Los ayuntamientos desempeñaron un importante papel en el liberalismo progresista en su lucha contra el moderantismo hasta 1844. Aun dentro de un modelo centralista y de sufragio censitario, el régimen local contaba con un nivel de representatividad y autonomía difíciles para el liberalismo conservador que acabará por imponer su marcado control.

La legislación derivada de la Constitución de 1812 establecía un sufragio indirecto; la *villa* de Elda se encontraba en la escala de 500 a 1000 vecinos (Elda en 1840 tenía 896 *vecinos*, es decir, 3897 *almas* según el Boletín Oficial de la Provincia de Alicante -BOPA- de 30 de agosto) por lo que le correspondía elegir a nueve electores, quienes a su vez votaban para nombrar al alcalde, a seis regidores y a un síndico (BOPA, 19 octubre 1836). En 1840 se promulgó una Ley de Ayuntamientos que, si bien mantenía las elecciones, permitía al Gobierno designar de entre los regidores electos a los alcaldes de las capitales provinciales y los jefes políticos de ellas a los alcaldes de los pueblos de más de quinientos vecinos.

A Elda le correspondían 372 electores que elegían a once concejales, entre los que saldrían el alcalde, un teniente de alcalde, ocho regidores y un síndico.

Esta ley permanecerá vigente con ligeros retoques durante los periodos del moderantismo en el poder. Tras la Revolución del 68 la Ley de Ayuntamientos de 1870 ya permitió que los concejales fueran elegidos por todos los varones residentes mayores de veinticinco años, y los regidores a su vez nombraban al alcalde. Durante todo el periodo tocaba a Elda dotarse de 14 concejales. Esta misma ley servirá de referencia en la Restauración a la Ley Municipal de diciembre de 1876 que la reformó con disposiciones centralizadoras.



Caricatura de *La Flaca* sobre el apoyo del clero al carlismo.

El cómo organizar la defensa del orden público y la propiedad fue una de las importantes diferencias entre progresistas y moderados. Confiar esta misión en exclusiva al poder municipal o al central diferenciaba a los liberales. Los primeros sostenían que los ciudadanos armados, dirigidos por su alcalde, debían defender las transformaciones del nuevo orden de los ataques carlistas y de los excesos radicales. La Constitución de 1812 creó las Milicias Nacionales cuya actuación no rebasaba los límites de la provincia. Disueltas en 1814 resurgen en 1820 y en 1834, que con el nombre de Milicia Urbana fue reglamentada en marzo de 1835 como institución civil dependiente del *Ministerio de la Gobernación de la Península*. Después de la caída de Espartero (1843) fue disuelta por el gobierno de González Bravo para reaparecer en los periodos de crisis y reajuste del liberalismo: en el Bienio Progresista (1854-56), en la Septiembre del 68 –los *Voluntarios de la Libertad*– y en 1873 –los *Voluntarios de la República*–. Definitivamente dejó de existir en 1875; el Ejército y la Guardia Civil creada en 1844 asumieron sus funciones.

Juan Rico y Amat (1821-70), escritor eldense de larga trayectoria política al servicio de los moderados (jefe político del distrito de Alcoy, 1847, secretario de los gobiernos civiles de Zaragoza, 1849, Barcelona, 1854, y Alicante, 1867), en su *Diccionario de los políticos* (1855) valoró las tensiones que marcaron a esta institución:

Milicia Nacional. - (...) *Durante la guerra civil prestó buenos servicios cuando se esgrimió fuera de las poblaciones y dentro de las plazas fuertes; pero causó algunos males cuando se hizo uso de él en las calles y plazas públicas. [Unos] llaman a la M.N. la salvaguardia de las libertades públicas, la defensa de los pueblos contra las tiranías del poder. [Otros] la apellidan el foco de las revoluciones, la fabricadora de pronunciamientos. [Los terceros] creen por experiencia que ese instrumento en manos del pueblo es inútil y perjudicial en la guerra de los partidos políticos, así como necesario y provechoso en una guerra nacional.*

Según Samper Alcázar (1995), la Milicia Urbana de Elda se formó en enero de 1834 con 174 milicianos encuadrados en dos compañías, cada una de ellas con un capitán, un teniente, dos subtenientes, cuatro sargentos y

nueve cabos. La tropa elegía a los oficiales por dos años; los sargentos y cabos eran designados por el capitán y el comandante era elegido entre los oficiales. Su número ascendió a más de cuatrocientos hombres entre 1835-37, ya que se le había agregado la Milicia de Petrer, coincidiendo con los intentos del carlismo de ganar adeptos fuera de sus principales bases en el Norte. Comandada por el alcalde de Elda José Amat y Amat participó contra las partidas carlistas levantadas por las incursiones de Forcadell en la provincia (1837); también se sumó a las fuerzas gubernamentales enviadas para reprimir la sublevación liberal progresista encabezada por el coronel Boné. Su actuación en estos inestables años le ganó largos mandatos al frente del Ayuntamiento durante 1836, 1837-39, 1839-41 y 1843-45. Su figura tiene paralelismos cercanos en Monóvar y su alcalde Joaquín Verdú Pérez; abogado y propietario de tierras y viñedos, elegido en las elecciones de septiembre de 1835, jefe de la milicia nacional, en agosto del 36 proclamó la restauración de la Constitución de 1812, diputado provincial y diputado en las Cortes de 1843; vuelve a ser alcalde de Monóvar en 1855, para reaparecer como presidente de la junta revolucionaria local en 1868, culminado su trayectoria como diputado monárquico por el partido progresista en las Cortes constituyentes de 1869.

Elda y el Vinalopó, territorios abiertos situados en líneas de comunicación naturales, se vieron afectados por los dos tipos de enfrentamiento que caracterizaron la construcción del Estado liberal en España. Es difícil, al menos por ahora, valorar el apoyo real al carlismo en las tierras del interior valenciano desde Morella y Cantavieja, el bastión fuerte, hasta Alpera, Almansa y el Vinalopó hacia Abanilla y Orihuela. Sectores del campesinado y de la pequeña nobleza urbana rechazaban desde décadas atrás las relaciones con nuevas autoridades, la pérdida de privilegios o la propiedad compartida de la tierra. La protesta campesina y el bandolerismo en el Trienio (1820-23) enlazaron en ocasiones con la formación de partidas guerrillas de apoyo al Pretendiente Don Carlos. Los grupos carlistas levantados en armas en Monforte, Novelda y Petrer fueron denunciados por

los alcaldes de estas poblaciones el 27 de noviembre de 1833, poco después de la muerte de Fernando VII, el 29 de septiembre, y el que se considera el primer pronunciamiento carlista el 3 de octubre en Talavera de la Reina (Toledo).

El 10 de noviembre de 1833 el alcalde de Novelda alertaba al Ayuntamiento de Elche de que trescientos hombres procedentes de Murcia se hallaban en las inmediaciones tratando de ganar apoyos al carlismo. Estas incursiones impulsaron que las autoridades locales y provinciales organizaran milicias y medios económicos para evitar levantamientos de las minorías absolutistas que, si bien contaban con escasos seguidores dispuestos al enfrentamiento armado, gozaban del apoyo de buena parte del clero rural, de los clérigos obedientes al obispo de Orihuela y de la tibieza de los funcionarios fernandinos. Los carlistas trataban de consolidarse como núcleos estables en los pueblos sacudidos por incursiones enviadas desde el Maestrazgo. Así, recibido el aviso el consistorio ilicitano decidió enviar a Petrer una fuerza de doscientos hombres.

Las amenazas más graves provinieron de las expediciones dirigidas por Quílez y Forcadell que entraron por Almansa, Caudete y Villena procurando conectar con Orihuela. La situación de peligro no llegó a ser duradera; el objetivo era exigir dinero, armas y pertrechos a las autoridades si éstas no habían conseguido prevenir o rechazar el ataque. En cualquier caso respondían a una estrategia de desgaste y dispersión del ejército regular obligado a perseguir estas columnas *de la facción*. La necesidad de coordinar esfuerzos con los recursos propios y las milicias nacionales se resolvió desde septiembre de 1836 por una Comisión de Armamento y Defensa de la Provincia, dirigida por militares de carrera y ricos hacendados.

En marzo de 1837 mil quinientos carlistas del coronel Domingo Forcadell, lugarteniente de Ramón Cabrera, procedentes de Alpera y Almansa avanzaron sobre Pinoso y Abanilla para entrar poco después en Orihuela, donde permanecieron desde el 29 hasta el 31 de marzo. Tras reclutar a más de quinientos jóvenes continuaron sin detenerse hasta Elche en dirección a Elda y Villena, en rápida huida ante la con-



Emilio Castelar, presidente de la I República Española, retratado por Cebrián (Revista *Fiestas Mayores*).

traofensiva de unidades de tropas y milicianos aportados por Alicante, Elche, pueblos del Bajo Segura y del Vinalopó: Aspe, Novelda y Monóvar. En esta población entonces amurallada se concentraron 5.000 infantes y 300 jinetes que inhibieron el ataque, pero no evitaron que partidarios internos se unieran a los carlistas y mataran a varios milicianos nacionales. Al año siguiente se produjeron en Pego, Denia y Villena los últimos intentos del carlismo por extenderse hacia el sur sin resultados. La paz de Vergara (1839) y la toma de Morella (1840) por los gubernamentales estabilizaron el régimen liberal.

La mayoría de edad de Isabel II abrió un periodo de preponderancia moderada. La nueva oligarquía de propietarios necesitaba mantener la estabilidad política como base de la prosperidad material; entendían que el orden debía suceder a la época revolucionaria, deseaban armonizarla con las libertades pero no dudaron en suspender las garantías constitucionales, reducir la representatividad electoral y usar la fuerza cuantas veces temieron que nuevos avances revolucionarios o sociales pudieran hacer peligrar el equilibrio del Estado que construían con afán organizativo.

El partido moderado era heterogéneo, aglutinaba a ex-carlistas, *doceañistas*, antiguos *exaltados* evolucionados a conservadores y los fieles dinásticos. Éstos eran la tendencia menos liberal. El ala izquierda estaba representada por los *puritanos*, partidarios de un entendimien-

to con los progresistas y de respetar las leyes y libertades tal como figuraban en la Constitución de 1837. El centro no admitía el diálogo ni con los carlistas ni con los progresistas; su dirigente el general Ramón Narváez, el *Espadón de Loja*, fue quien ocupó durante la mayor parte la jefatura de gobierno y configuró el régimen al redactar las más importantes leyes del moderantismo y la constitución de 1845.

El autoritarismo imperante provocó en 1844 que la provincia y Elda se vieran afectadas por el intento de los progresistas de generar un amplio movimiento urbano, con apoyo de sectores militares, contra la Ley de Ayuntamientos impuesta por los moderados. El plan fracasó fuera de Alicante y Cartagena; tampoco tuvo éxito en Elche, Alcoy y Cocentaina. El coronel de carabineros Pantaleón Boné, procedente de Valencia al frente de un destacamento enviado para perseguir a contrabandistas, se adueñó con rapidez de Alicante el 28 de enero, nombró una junta de gobierno afín y esperó en vano la adhesión de otras plazas. Con este objetivo intentó el 31 entrar en Alcoy por asedio; rechazado en una primera tentativa, tuvo el 5 de febrero un enfrentamiento con las tropas de Pardo, comandante general de Murcia, en los campos circundantes a Elda. Derrotado, regresó a Alicante dispuesto a una resistencia numantina. Nicasio Camilo Jover en su *Reseña Histórica de la Provincia de Alicante* (1862) nos proporciona una imagen de la *Batalla de Elda*. Las fuerzas de Boné situadas en Petrer sumaban mil quinientos infantes, ochenta jinetes y dos piezas de artillería en el llano de las Casas de Santa Bárbara. Recibió a las de Pardo que salían de Elda, ochocientos soldados y sesenta caballos, aumentadas con trescientos milicianos eldenses. Según el informe del propio Pardo, recogido por el cronista Jover, los gubernamentales vencieron gracias a su valor y acertada dirección. Pero Boné relata un desenlace distinto; una falsa rendición de aquel generó desconcierto que fue aprovechado para deshacer sus posiciones. La sublevación quedó sofocada con la llegada el día 7 del capitán general de Valencia, Federico Roncali, premiado por su actuación en estos sucesos con el título de Conde de Alcoy. El general estableció un fuerte bloqueo sobre Alicante donde finalmente entró el 7 de

marzo y aplicó una dura represión: fusilamiento de Boné y sus seguidores, encarcelamientos, deposición de alcaldes sospechosos de progresismo y elevadas contribuciones económicas.

También dispuso con anterioridad una serie de medidas políticas tendentes a acentuar el control del Gobierno sobre la Diputación provincial y los ayuntamientos. El 5 de febrero celebró sesión constituyente de la Diputación en Alcoy convocando a los diputados fieles por los partidos judiciales de Alcoy, Cocentaina, Dénia, Pego, Elche y Villena y tachando de *Gefes de la Rebelión* y apartados de sus cargos a los diputados por Alicante, Villajoyosa, Novelda y Monóvar. Al mismo tiempo fue disuelta la Milicia Nacional y las funciones de orden público encargadas a la Guardia Civil, creada en octubre del mismo año. Según el profesor Díaz Marín, el apoyo prestado por la milicia nacional de Elda a las tropas de Pardo fue decisivo en la victoria realista y evidencia las contradicciones que afectaban al liberalismo, una fuerza al servicio del liberalismo progresista fue utilizada para frenar la revolución por los moderados en el poder.

El dispositivo de vigilancia militar dirigido por la capitania general de Valencia y Murcia se basaba en la comandancia general de la provincia, con sede en Alicante, y dos *Cantones Militares* en Alcoy y Yecla que controlaban las comarcas interiores y el Vinalopó. No obstante, no evitaron intentos fracasados pero significativos de oposición, concentrados en la ciudad de Alicante y La Marina donde se alzaron partidas carlistas y republicanas durante 1848-49.

El sistema político evolucionó hacia un régimen de camarillas; la Revolución del 54 fue el resultado de la corrupción generalizada y del favoritismo con que los moderados condujeron la política económica y financiera. Del mismo seno del partido moderado surgió un pronunciamiento frente a la fracción más conservadora. Parte de los progresistas acercaron sus posiciones al intento del general O'Donnell por renovar el funcionamiento de las instituciones con un nuevo partido, la Unión Liberal, cuyos éxitos fueron insuficientes para integrar a las fuerzas que pugaban por democratizar la representatividad, incluso suprimiendo la monarquía o, al menos, a la reina.

Auge democrático y reacción conservadora

Las décadas 1850-60 irán desarrollando las opciones más radicales y antidinásticas, demócratas y republicanas, que pronto pasarán a un primer plano. La caída de O'Donnell (1863) y el reajuste ministerial apartó a los progresistas de acceder al poder por vías legales. Faltaba una grave crisis económica (1866) de amplia repercusión en la burguesía y clases populares para que los partidos progresista, demócratas y republicanos firmaran en Ostende, Bélgica, un pacto de acción para abrir un periodo constituyente sin los Borbones. Las fuerzas opositoras organizarán sus bases de apoyo especialmente en las localidades en que los artesanos, jornaleros y pequeños propietarios eran abundantes.

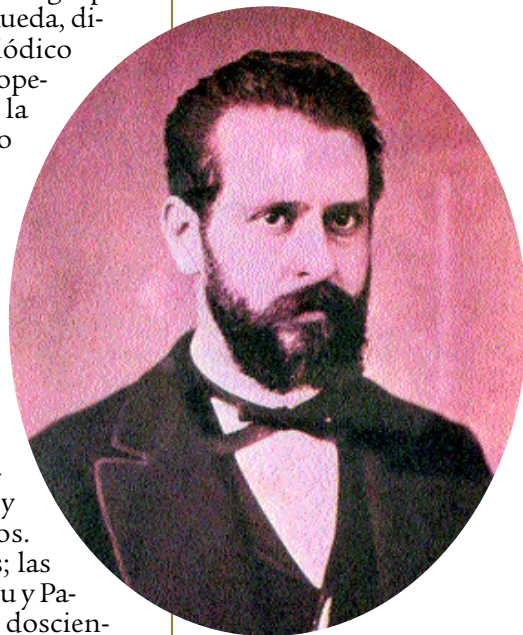
En los tres años anteriores a la Revolución del 68 los núcleos más activos anti-isabelinos fundaron asociaciones que prepararon la conspiración. En Alicante (1864), la *Tertulia de Alicante*, progresista, y el *Círculo de Artesanos*, demócrata, fundado por Eleuterio Maisonnave. Al año siguiente se presentaron el *Círculo Democrático de Alcoy* y el *Círculo Popular de Elche*. Dos figuras influyentes en la provincia comienzan a dibujar su importante protagonismo en la Setembrina: Francisco Javier Carratalá, director del diario progresista *El Eco de Alicante*, y Eleuterio Maisonnave Cutayar, fundador de la revista demócrata *Fíguro*.

Los preparativos para la revolución se fueron intensificando desde las primeras semanas de 1868, mientras el Gobierno a través de los gobernadores civiles acentuaba las medidas de represión y vigilancia política. El 18 de septiembre se sublevó la escuadra anclada en Cádiz; el 21 se produjeron dos estallidos revolucionarios en Alicante y Alcoy. En la primera se dieron choques armados con la Guardia Civil y tropas gubernamentales que controlaron inicialmente el levantamiento. En Alcoy triunfó la sublevación dirigida por una junta presidida por Agustín Albors. La reacción vino pronto; se declaró el estado de guerra en el distrito militar de Valencia y el 27 los alcoyanos se rinden ante las fuerzas enviadas desde Valencia y Albacete. Albors formará una par-

tida que operará en el área montañosa de La Marina. Estas partidas revolucionarias prepararán en las zonas rurales el futuro triunfo revolucionario e inculcarán mensajes con objetivos sociales más radicales que confiaban conseguir en una república federal. Desde 1866 la orla norte provincial venía siendo zona de actuación esporádica de las partidas, o *gavillas*, de Palloc y de Tomás Bertomeu, *Tomaset de Petrer*. En los últimos meses del 68 dos dirigentes radicales agitarán con pequeños grupos armados: Froilán Carvajal Rueda, director de *La Revolución*, periódico del federalismo en Alicante, operando entre Elda, Villena y la Foia de Castalla, y el ilicitano Emigdio Santamaría que recorrió Elche y la Vega Baja hasta enfrentarse en Orihuela con los gubernamentales el 27 de septiembre.

El objetivo de estos grupos era el hostigamiento mediante la táctica de guerrillas, provocar la formación de juntas revolucionarias y reclamar dinero y víveres a los ayuntamientos. No eran grupos numerosos; las partidas de Carvajal, Bertomeu y Palloc llegaron a sumar entre doscientos y trescientos hombres cada una. Otras aun eran más reducidas en miembros y radio de acción; la del impresor José Marcili Oliver, en Alicante, y la de Camilo Pérez Pastor, en Pego. Procuraban actuar coordinadamente, con rapidez y cortando las vías del ferrocarril Alicante-Madrid y los hilos y aparatos telegráficos. Así, el 22 de septiembre Palloc y sus hombres se encontraban en Benexama de donde pasó a Biar, mientras que la partida de Tomás Bertomeu y Carvajal entraban en Elda, quemaron un retrato de Isabel II, formaron una junta revolucionaria y salieron hacia Monóvar con sesenta y tres duros y siete carabinas.

Momentáneamente el gobierno isabelino dominó la situación, pero tras el triunfo de los insurrectos en Alcolea las autoridades ni intentaron mantenerse en los cargos. El 21 de septiembre el gobernador civil huyó de Alicante y se disolvió el Ayuntamiento; los revolucionarios tomaron el poder en los principales pueblos de la provincia y



Eleuterio Maisonnave, político alicantino cercano a Emilio Castelar.

constituyeron juntas que asumían la autoridad local. La composición de la junta alicantina reflejaba la dualidad social presente en el proceso. Los republicanos harán suyas las reivindicaciones de los grupos populares y de sectores de la pequeña burguesía que quedarán plasmadas en los programas de las juntas, pero también en éstas estaba la burguesía dirigente que no perderá el control del proceso político. Unionistas, progresistas y los republicanos más moderados mantendrán a las juntas dentro de límites que no pusieran en peligro sus intereses económicos y la hegemonía social.

El 4 de octubre se celebraron por primera vez elecciones por sufragio universal masculino para los mayores de veinte años. En Alicante ciudad los republicanos obtuvieron el 53% de los votos, el 47% restante fue a los partidos monárquicos. El 5 de octubre se celebró elecciones para la Junta Revolucionaria de la Provincia que quedó formada por Tomás España Sotelo, monárquico, presidente, Eleuterio Maisonnave, republicano, secretario, y los vocales José Poveda Escribano, José García López, José Rizo, José Marcili Oliver, Juan Mas, José Vicent, Francisco Mingot, José María Soler, Rafael Chamorro, Vicente Galiana, Sabas Píñillos, Manuel Ausó Monzó, Joaquín Guardiola, Anacleto Rodríguez, Antonio Penalva y Gaspar Beltrán.

La junta electa asumió atribuciones provinciales, se encargó de supervisar la formación y elecciones de otras juntas locales. También procuró prioritariamente la conservación del orden público en la ciudad y la provincia. En el ámbito rural fue más difícil conseguirlo. La junta provisional de Alicante disolvió la guardia rural y solicitó a los jefes de las partidas revolucionarias que garantizaran el orden y la propiedad; pero el radicalismo social de estas partidas armadas, compuestas por jornaleros en paro comandados por republicanos federales, inquietaron a la burguesía

que acordó la disolución de estas gavillas; éstas no lo aceptaron y continuaron activas. La *Columna Republicana* de Carvajal se mantuvo hasta enero de 1869 para evitar levantamientos carlistas; la tensión llegará al enfrentamiento abierto entre las partidas y los dirigentes locales cuando la Diputación ordenó a los ayuntamientos que dispusieran medidas para garantizar la propiedad y el orden público. En estos momentos la acción de las juntas animadas por los sectores más moderados de la burguesía, se desligaba y enfrentaban a los republicanos más radicales.

La moderación de este órgano volvió a manifestarse cuando el 21 de octubre el Gobierno provisional desde Madrid decretó la disolución de las juntas locales y obedeció sin resistencias. A partir de este momento se estabilizó el funcionamiento

administrativo provincial. El 21 de noviembre, bajo la presidencia del gobernador civil Manuel González Llana, tomaron posesión los diputados provinciales de Callosa d'En Sarrià, Dénia, Pego, Dolores, Orihuela, Villajoyosa, Jijona, Villena, Alicante (Rafael Ausó), Elche (Emigdio Santamaría), Alcoy (Rafael Santonja) y Monóvar, que incluía a Elda, representada por el antiguo progresista y terrateniente vinatero Joaquín Verdú Pérez.

Disueltas las juntas, en las elecciones municipales de diciembre del 68 con sufragio universal masculino, las candidaturas republicanas obtuvieron la mayoría en Alicante, Elche y Alcoy, mientras que los monárquicos consiguieron los núcleos rurales del interior. El 1 de enero del 69 tomaba posesión de la alcaldía alicantina el republicano Eleuterio Maisonnave, figura decisiva en la orientación moderada que adoptó el republicanismo. Desde la deposición de Isabel II la dinámica provincial estará protagonizada por dos grandes prácticas políticas que pondrán en práctica las dos formas de gobierno del Sexenio: la monarquía constitucional y la república, basadas en el sufragio uni-



Retrato de Alfonso XII.

versal. Los primeros estarán constituidos por los unionistas y los progresistas, reorganizados en otoño del 68 al formar el Partido Monárquico Liberal, más tarde denominado Constitucional, nombre del diario alicantino que será su portavoz desde octubre de 1871 y exponente del liberalismo sagastino en los primeros años de la restauración.

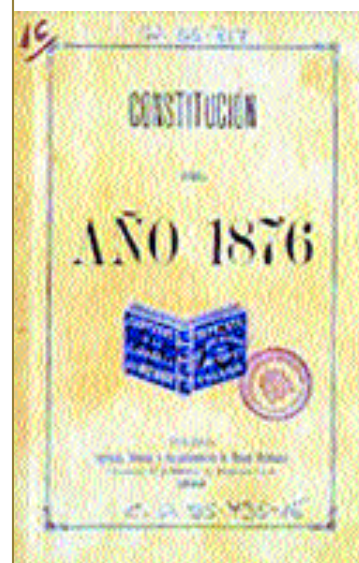
Los republicanos crecerán en la ciudad de Alicante con la fusión a finales de octubre del 68 de dos sociedades demócratas, el *Círculo de Artesanos y Los Amigos de la Libertad*. También en el resto de la provincia se fundarán centros republicanos, destacando los de Elche, Alcoy y Elda, para difundir el mensaje republicano y organizar los comités electorales. Contaban con una composición heterogénea que derivará en la división interna que afrontará el republicanismo entre 1869-73, y que en los inicios de la Restauración desembocará en diversas organizaciones políticas. Agrupaba a capas de la pequeña burguesía local, a jornaleros, artesanos y obreros, junto con miembros de la alta burguesía comercial y de negocios, los fabricantes alcoyanos del textil y grupos vinateros ligados a la producción y exportación de caldos a los mercados europeos, preferentemente al francés.

A lo largo del Sexenio se publicarán varios periódicos vinculados a las diversas tendencias republicanas; algunos con proyección provincial, entre los que destacan *La Revolución*, *El Derecho y El Deber*, *La República Española*, *El Municipio*, *El Nuevo Municipio* y *El Independiente*. Hasta enero de 1870 el comité electoral republicano se encargó de la coordinación del partido en la provincia y la ciudad de Alicante, para entonces constituir un comité provincial. Los republicanos federales de ésta impulsaron la fundación de clubs federalistas en las pequeñas poblaciones que sirvieran de redes de apoyo electoral a sus candidatos y medios de formación política. El club republicano de Elda estaba presidido por José Joaquín González Amat junto a otros eldenses, Juan Antonio Maestre, Gaspar Santo Baeza, José Payá Olcina y Francisco Santos Ferrando.

Del 15 al 18 de enero tuvieron lugar las elecciones a diputados a Cortes. El comité republicano presentó como candidato a Emilio Castelar Ripoll, muy conocido en Elda, Elche, las lo-

calidades del Vinalopó y Alicante y apoyó al resto de las candidaturas republicanas presentadas en su circunscripción: Emigdio Santamaría, Ramón Lagier Pomares, Eleuterio Maisonnave y José Fernando González. La candidatura oponente monárquica presentaba a Francisco Javier Carratalá, Tomás Capdepón Martínez, Luis Santonja Crespo, Antonio Rivero, Julián Espinós, Tomás España Sotelo, José Reus García y Juan Antonio Rascón. La mayoría de votos a la opción monárquica se tradujo en un mayor número de diputados; por la circunscripción de Alicante (incluía a Elda) resultaron electos Carratalá, Capdepón y Santonja y los republicanos Emigdio Santamaría y Maisonnave; por la circunscripción de Alcoy sólo el republicano Agustín Albors y los monárquicos Antonio Romero Ortiz, Nicolás María Rivero y José Abascal. En general, los monárquicos ganaron en las áreas rurales mientras que los republicanos lo hicieron en los núcleos urbanos. Igualmente éstos se inclinaron por candidatos locales (Elche, Santamaría, Alcoy, Albors y Alicante, Maisonnave) frente a la figura prestigiosa e influyente en la capital de Castelar, quien favorecerá la ascendente carrera política del joven Maisonnave (1840-90).

La aprobación por las Cortes resultantes de la Constitución de 1869 y de la monarquía democrática no fue aceptada por amplios sectores de las bases republicanas proclives al federalismo y a la confrontación con los monárquicos. La ruptura definitiva de la coalición antidinástica se planteó con crudeza a raíz de los pactos federales y la insurrección de octubre de 1869. Desde mayo los federales de la provincia se integraron en el Pacto de Tortosa suscrito por representantes de los territorios de la antigua Corona de Aragón. Los tres diputados por Alicante también firmaron el Pacto, aunque hicieron público un escrito en el que pedían conservar la calma y el orden. La suspensión de las garantías constitucionales en abril y una sublevación carlista a comienzos del verano del 69 generaron un tenso ambiente que provocó la preparación de la insurrección federal de octubre. La base organizativa la proporcionó la red de clubs o círculos republicanos federales que se multiplicaron durante estos meses por las



Portada de la Constitución Española de 1876, que restauró la Monarquía.

comarcas, tanto en las principales localidades como en pequeños núcleos rurales. En el Vinalopó y su entorno se fundaron círculos en Alicante, Jijona, Alcoi, Alcoleja, Agres, Villena, Sax, Petrer, Monóvar, Novelda, Aspe, Pinoso, Elche, Crevillente y Orihuela. En Elda el *Club Republicano Federal* se instaló en la planta baja del Casino. Era su presidente Francisco Rico; secretario, Antonio Vidal; vocales, Bonifacio Pérez, Gaspar Santo, Pedro Romero, Luis Juan y José María Neza.

La figura de Castelar se popularizó en extremo en estos momentos. El 24 de noviembre visitó Elda recibiendo una amplia acogida por sus simpatizantes. Al día siguiente fue a Alcoy y recibió idéntico reconocimiento en proporción al número de sus habitantes, 15000 personas le esperaban, según el periódico federal de Alicante *La Revolución*, que en polémica con el diario madrileño *Las Novedades* argumentaba la exactitud del número de quienes le aclamaron.

Las manifestaciones se sucedían por casi todas las comarcas con un frente común de reivindicaciones; pedían la abolición del injusto sistema de recluta (*las quintas y las matrículas de mar*), la abolición de la esclavitud en Cuba, la separación de la Iglesia y del Estado y la república federal. El 5 de diciembre se produjo un movimiento de estas características en Crevillente. El 6 en Alicante fueron siete mil manifestantes republicanos. Y el lunes 8 en Petrer quinientas personas tras una gran bandera roja con el lema *República Federal* partieron desde la plaza de la Constitución, –donde el alcalde José Rico Amat animó a la pronta instauración del federalismo–, hacia la plazuela de la ermita de San Bonifacio; allí Francisco Ponti y Tomás Bertomeu pronunciaron discursos de agitación. El 9 de diciembre este último y sesenta y siete republicanos más, en nombre de Villena, Petrer, Agost, San Vicente y Aguas de Busot, elevaron un escrito al presidente del Gobierno provisional en el que reclamaban que se realizasen todas las aspiraciones del programa revolucionario proclamado en septiembre, y advertían de que de no ser así le retirarían cualquier apoyo.

El movimiento federalista tuvo su articulación clave con la reunión y firma en Tortosa, el 18 de mayo de 1869, de un Pacto que pretendía ser el inicio

de la construcción de la República. El comité republicano de Alicante se adhirió a los acuerdos al día siguiente de ser firmados. El 27 del mismo mes el comité republicano nacional declaró *su completa adhesión al acuerdo tomado en Tortosa por las provincias que compusieron la antigua Corona de Aragón*, y pidió a los demás comités que desarrollaran la *Confederación Ibérica*. Al día siguiente los diputados republicanos de Aragón, Cataluña y Valencia declararon en Madrid que *en este movimiento federal no hay peligro alguno para la unidad de la patria, para la unidad de nuestra España [...] sino culminar la unión federal con Portugal y comenzar la construcción de Los Estados Unidos de Europa*. Además de Pi i Margall, Figueras y otros, firmaron los diputados Agustín Albors, Emigdio Santamaría, Castelar y Maisonnave.

La Constitución fue aprobada por las Cortes el 6 de junio del 69; paralelamente el pretendiente carlista Carlos VII avisaba desde París de nuevos alzamientos, que en nuestro entorno fueron focos muy localizados en pequeños núcleos de la sierra Aitana y en las inmediaciones de Monovar; fácilmente fueron controlados por los Voluntarios de la Libertad de Alcoy y Cocentaina, fuerzas de la Guardia Civil y del grupo de Tomás Bertomeu. El mes de octubre fue el de las sublevaciones federales, especialmente en Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia y Andalucía. Las partidas comandadas por Bertomeu (*Tomaset*), Camilo Pérez Pastor, Palloc y Froilán Carvajal actuaron sin éxito frente a la represión gubernamental que fusiló a éste en Ibi y destituyó a los ayuntamientos de Alcoy, Alicante y Elche. La influencia de Maisonnave al desautorizar los planes de Carvajal desanimó a muchos federales. Antes de morir Froilán comentó que le secundaron *los pocos, pero buenos hijos de Alicante*, junto con los republicanos de San Vicente, Villena, Novelda, Monovar, Petrer y Elda.

El fracasado levantamiento republicano produjo una profunda escisión que acabó con el Pacto Federal de Tortosa y los que le siguieron. La posición de Pi i Margall resultó fortalecida pese a crecer la tendencia unitaria representada por Castelar y Maisonnave, alcalde nuevamente de Alicante tras las elecciones de enero de 1870. En marzo una asamblea general del partido eligió un directorio de orientación federal, al que



Escudo de Elda en 1884.

se enfrentaron los unitarios oponiendo una *Declaración de la Prensa* suscrita por los periódicos republicanos madrileños (7 de mayo). Los enfrentamientos personales y una agotadora disputa ideológica se extendieron por todos los ámbitos republicanos. El Círculo Republicano de Alicante con su comité cerró filas en torno a Maisonnave abierto partidario del unitarismo defendido por Castelar; pero no así los clubs federales más radicales que desautorizaron al comité local. El propio Comité Republicano Federal de la Provincia de Alicante quedó dividido entre los seguidores del directorio del partido y los que se adherieron a la Declaración de la Prensa. Los primeros contaron con el apoyo de las organizaciones de Torrevieja, Villafranqueza, Villajoyosa, La Nucia, Callosa d'En Sarrià, Calpe, Tàrbena, Benifallim, Sax y el comité federal del distrito de Monóvar, integrado por José Aparicio (Monóvar), Joaquín Llorens (Novelda), Francisco Ponti Villaseca (Petret) y los representantes de Elda José Payá y Francisco de Paula Rico.

Promulgada la Constitución de 1869, las Cortes aprobaron una amplia legislación que debía desarrollar los principios constitucionales y democratizar el funcionamiento de las instituciones del Estado hasta el nivel de la gestión municipal. La inestabilidad gubernamental, la guerra de Cuba y la insurrección carlista obstaculizaron los proyectos que intentaron afianzar la monarquía de Amadeo de Saboya (noviembre 1870-febrero 1873). El rey finalmente abdicó y el Congreso y el Senado, reunidos en asamblea nacional, proclamaron la República de forma ordenada y pacífica.

Se mantuvo el aparato estatal heredado de la monarquía mientras no se aprobase una nueva constitución. Pronto se hizo evidente el contraste entre el Gobierno, preocupado por el mantenimiento del orden, y las bases federales frustradas en sus intentos de construir un nuevo Estado de abajo hacia arriba que atendiese sus reivindicaciones sociales inmediatas: reparto de tierras, abolición de las quintas y del impuesto de consumos, reducción de la jornada y aumentos salariales, protección del trabajo infantil y enseñanza obligatoria gratuita. En el seno de los republicanos se fueron perfilando los co-

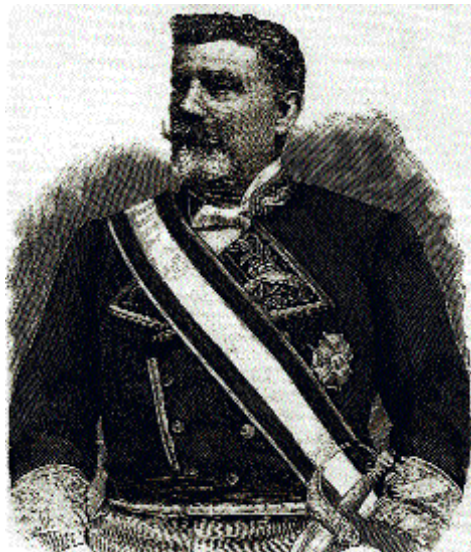
nocidos como *benévolo* e *intransigente*, según se optase por la lentitud del proceso constituyente o la inmediata proclamación del federalismo. Las elecciones a cortes tuvieron lugar bajo la consigna de la abstención preconizadas por los carlistas, los alfonsinos, los radicales dirigidos por Ruiz Zorrilla, escindidos por la izquierda de los progresistas liderados por Sagasta- y las organizaciones obreras ligadas a la Iª Internacional. Los votantes, todos los varones mayores de 25, participaron con casi un 40%, lo que significaba una hostilidad hacia el nuevo régimen. Si a este factor añadimos la confrontación interna en la mayoría republicana (343 escaños) entendemos el rápido deterioro del sistema: breves gobiernos sin apoyos parlamentarios estables y abogado al uso de la fuerza para sofocar al carlismo y a las insurrecciones cubana y cantonales de los federales intransigentes. El resultado fue la rápida sucesión de cuatro presidentes de la República y un proyecto de constitución federal (1873) que no llegó a aplicarse. El ambiente general de crisis de confianza de los grupos económicos influyentes y la creciente conspiración alfonsina en el ejército fueron preparando la Restauración borbónica.

Las sublevaciones cantonales que se sucedieron desde julio de 1873 aceleraron el advenimiento de la Monarquía como solución de orden social. Excepto Ávila y Salamanca, el movimiento cantonal se extendió por Andalucía y el Mediterráneo: Cádiz, Sevilla, Andújar, Bailén, Granada, Málaga, Cartagena, Murcia, Almansa, Valencia, Castellón y otras ciudades, dirigido por las propias autoridades o por juntas revolucionarias.



Portada de *El Bien General*, el más antiguo de los periódicos eldenses conservados.

Retrato de José Maestre Vera,
político eldense.



rias. Entre julio y agosto el gobierno de Salmerón sofocará militarmente a los cantones; el último en resistir fue el de Cartagena hasta enero de 1874. También el gobierno incrementó la represión contra las organizaciones de la Internacional, atemorizada la opinión conservadora por los sucesos de Alcoy. Aquí la insurrección tomó la forma de lucha social. La Comisión Federal internacionalista organizó una huelga general el 8 de julio. Fue seguida por nueve mil huelguistas reivindicando la jornada de ocho horas y un aumento salarial de dos reales diarios. El alcalde republicano Agustín Albors y los patronos no lo aceptaron. El enfrentamiento fue violento (*La Revolución del Petrolío*) y dura la intervención del ejército enviado desde Valencia prolongada por una larga represión posterior.

Tras la dimisión voluntaria de Salmerón, por ser contrario a la pena de muerte y negarse a firmar unas sentencias propuestas por la autoridad militar, pasó la presidencia de la República a Emilio Castelar (del 6 de septiembre de 1873 al 3 de enero de 1874) cuyo eje de actuación era ante todo restablecer el orden público para consolidar el régimen, fortalecer los instrumentos de poder mediante la colaboración de generales simpatizantes de la causa alfonsina. Éstos serán utilizados para evitar el desplazamiento hacia la izquierda del régimen cuando Castelar perdiera la cuestión de confianza en la sesión de las cortes del tres de enero. El general Pavía disolvió a la fuerza el parlamento; el general Serrano formó un

Gobierno provisional en espera de unas Cortes ordinarias cuando el régimen hubiera impuesto su noción de *orden nacional*. Combatido por carlistas y federales, los alfonsinos esperaban su momento cifrado en el deterioro global, político y económico de la interinidad que representaba la dictadura personal de Serrano. En diciembre de 1874 todas las condiciones para la restauración monárquica estaban maduras. El 29 la proclamación en Sagunto de Alfonso XII por el general Martínez Campos fue la expresión de la impaciencia de los militares alfonsinos. El 31 se constituyó un ministerio-regencia presidido por Antonio Cánovas del Castillo que emprendería la institucionalización de un régimen liberal-oligárquico.

El liberalismo autoritario

El sistema político de la Restauración poseía rasgos específicos de España pero respondía en general a una tendencia común en otros países europeos de la época. Se trataba de un régimen parlamentario pero con fuertes limitaciones en la expresión de la soberanía nacional condicionando el voto y con ciertas dosis de autoritarismo. No se trataba de una dictadura pero este régimen liberal sólo servía a un bloque social oligárquico que impedía la democracia política al resto de la sociedad. La dinámica de partidos se basaba en la alternancia pactada al poder utilizando las instituciones centrales y locales y las redes caciquiles, entendidas como la práctica cotidiana de relaciones de poder desde los municipios hasta el gabinete ministerial, representado en la provincia por el gobernador civil. El entramado de personas y grupos que constituían la vida política se gestaba laboriosamente, en continua reelaboración para mantener el equilibrio de intereses.

Hasta el cambio de siglo los dos partidos dominantes, los dinásticos conservador y liberal, alternaron en el poder de forma controlada y preestablecida. La introducción del sufragio universal masculino en 1890 no alteró este turno ya que los mecanismos de control de los caciques permitían neutralizar a la oposición de izquierda y derecha. No obstante, desde esta fecha el juego de alianza será más complejo y la conflictividad irá en ascenso al man-

tener fuera a los republicanos, socialistas y nacionalistas que canalizarán un creciente apoyo social.

A principios de siglo Rafael Altamira distinguía cuatro zonas provinciales: La Marina, Centro, el Segura y L'Alcoià-Comtat; aproximadamente se correspondían con las áreas de influencia de los caciques notables de Alicante que la prensa liberal distinguía hacia 1880. Joaquín Orduña Feliu era el cacique conservador de La Marina, que será sucedido por su sobrino Antonio Torres Orduña a mediados de los ochenta. El arco montañoso norte, buena parte de los partidos judiciales de Jijona, Alcoy y Villena, era el dominio del conservador marqués de Villagracia y más tarde de su hijo el conde de Buñol. En la Vega Baja del Segura, los partidos judiciales de Dolores y Orihuela, el cacicato pasó de Andrés Rebagliato Pescetto a –en 1885 tras su muerte–, al liberal Trinitario Ruiz Capdepón y a su hijo Trinitario Ruiz Valarino. Elda estaba enmarcada en el área de influencia de Alicante, pero no exclusivamente, puesto que los intereses caciquiles en torno a Villena-Biar le afectaban. La red viaria y la organización administrativa facilitaban la formación de las redes clientelares. La conexión viaria de Elda con el centro político provincial, –el gobernador civil–, era comparativamente óptima; contaba desde 1858 con el ferrocarril Madrid-Alicante y la carretera de primer orden Alicante-Ocaña, paralela a la férrea, cumpliendo el plan general de carreteras del Estado aprobado en 1877.

Sobre esta realidad se superponía las demarcaciones político-administrativas. La provincia fue dividida en catorce partidos judiciales; en la cabecera de cada uno de ellos se establecía el Juzgado de primera instancia y el Registro de la propiedad. Para las elecciones provinciales a la diputación los distritos se configuraron siguiendo estas demarcaciones; con la Ley Provincial de 1882 se estableció que agrupados dos distritos judiciales próximos fueran distrito electoral; los partidos de Novelda y Monóvar, –éste incluía a Elda–, conformaban el distrito de Novelda.

En cuanto a las elecciones generales, la inclusión de Elda en los sucesivos distritos electorales fue estable. La Ley Electoral de 1878 creó la circunscripción de Alicante, resultante de la fusión de los antiguos distritos de la época mo-



derada, –Alicante, Elche y Monóvar–, en la que se elegían tres diputados a Cortes. En estos distritos plurinominales se limitaba el voto, sólo se podía votar a un máximo de dos candidatos entre los tres, por lo que se aseguraba la representación de las minorías. Los cacicatos provinciales no experimentaron graves tensiones entre ellos; después de la implantación del sufragio universal masculino (1890), hacia 1893, quedaron claramente delimitadas tres esferas caciquiles que actuarán como grandes redes clientelares en los conflictos y pactos para el control electoral y de las instituciones: la Huerta del Segura (Orihuela y Dolores), La Marina (Denia, Pego y Villajoyosa) y la circunscripción de Alicante. Villena y Alcoy perderán peso político al ser absorbidas en otros distritos para las elecciones provinciales.

Elda estuvo en el periodo que nos ocupa bajo la influencia del conservador *cacique de Biar*, Luis Santonja Crespo (1823-97), marqués de Villagracia, rico propietario cuyo radio de control alcanzaba el partido judicial de Villena y la mitad norte de la circunscripción de Alicante. En las elecciones a Cortes y provinciales de 1879 apoyó al republicano posibilista Eleuterio Maisonnave, casado con su hija M^a Luisa Santonja Almella (fallecida en 1881), para que resultara elegido diputado por la minoría en la circunscripción de Alicante, y al año siguiente permitió que saliera por la minoría un posibilista diputado provincial por Monóvar. Santonja era

María Cristina, Regente de España durante la minoría de su hijo Alfonso XIII.

de la facción de los conservadores de Romero Robledo, enfrentado a los canovistas Antonio Campos Doménech y Orduña, que respectivamente controlaban la circunscripción de Alicante y La Marina y acordaron desplazar a Santonja de la Diputación. Campos fue elegido presidente de la corporación y Francisco de Paula Orts vicepresidente, en sustitución del abogado eldense José Maestre, lugarteniente de Santonja y cacique local de Elda y Petrer.

Los conservadores alicantinos recibieron la instrucción de Cánovas de aceptar la jefatura, nunca plenamente consolidada en la circunscripción ni mucho menos en la provincia, de José de Rojas Galiano (1850-1908), marqués del Bosch de Ares. En 1878 inició su carrera como diputado provincial; procedente del partido moderado se integró en el partido conservador (1882) aportando su influencia en el partido judicial de Elche. Pero la circunscripción alicantina era un ámbito de fuertes contradicciones entre las principales facciones conservadoras. La tensión fue máxima cuando para las elecciones a Cortes de 1884; Luis Santonja Almelia, conde de Buñol e hijo del marqués de Villagrancia, y el marqués del Bosch pactaron directamente con el gobierno su elección como diputados, frente al rechazo del comité local de Alicante opuesto a los Santonja por su apoyo a Maisonnave que recogía en la ciudad muchos votos.

El conde de Buñol (1851-1906) fue diputado a Cortes por Alicante y Villena en varias legislaturas. Su hombre de confianza en Elda y Petrer era José Maestre Vera (Elda, 1851-1921?) al que colocaron como presidente de la Diputación, controlando los cargos corporativos para reforzar su influencia en la circunscripción. Al morir Alfonso XII (1885) se produjo una división en el partido conservador entre los canovistas –la mayoría del comité de Alicante– y los seguidores de Romero Robledo que recibió la adhesión de los diputados autóctonos elegidos por Alicante en 1884, el conde de Buñol, Antonio Torres Orduña y José Moreno Leante; de manera que el 1886 el reparto de áreas de influencia de los conservadores dejó a los canovistas los distritos de Alcoy (Moltó), Jijona (Barón de Ariza), Alicante (Campos), Elche (marqués del Bosch) y Dolores (conde de Vía Manuel); el resto para los caciques

Orduña (Pego, Denia y Villajoyosa), conde de Buñol (Villena y Valles del Vinalopó) y Matías Rebagliato (Orihuela). No había un político reconocido por los caciques como dirigente provincial. Las relaciones de fuerza estaban muy equilibradas; el conde de Buñol, romerista, controlaba la zona norte de la circunscripción de Alicante, –el Vinalopó Alto y Medio–, pero los canovistas de Campos dominaban en la capital.

En 1886, coincidiendo con el *Gobierno Largo* de Sagasta, el partido conservador en la oposición se planteó en Alicante cohesionar al máximo sus integrantes. La muerte de Campos en 1887 facilitó el liderazgo de los canovistas marqués del Bosch en Alicante y del conde de Vía Manuel (1836-1907), ex diputado por Dolores en 1876, 1879 y 1884, como presidente provincial. Éste recibió el apoyo de numerosos caciques locales, entre ellos los de Monóvar (Ciro Pérez), Novelda (Antonio de Paula Orts) y Sax (Pascual Juan Díaz). No obstante no consiguieron atraer a Joaquín Orduña y su sobrino Antonio Torres Orduña y la red clientelar de La Marina. Lo mismo sucedió con el conde de Buñol que desde su distrito de Villena negociaba directamente con Madrid.

En 1890 una serie de acontecimientos reforzaron las posiciones e influencia del ala derecha del partido conservador en Alicante que afianzó la jefatura del marqués del Bosch en la ciudad y en la circunscripción electoral. Ese año fallecía Eleuterio Maisonnave; este hecho aceleró la crisis del republicanismo posibilista en la ciudad provocando la integración de buena parte de sus afiliados en el partido liberal y favoreciendo electoralmente al partido conservador, pues los posibilistas eran la principal fuerza en el municipio. Las elecciones de febrero 1891 dieron a Cánovas el acceso al poder y designó al marqués del Bosch como el representante del partido en la circunscripción alicantina; pero no logró el reconocimiento de los caciques Giro Pérez (Monóvar) y José Maestre (Elda y Petrer) que le negaron cualquier apoyo. Este último se presentó a diputado por Alicante en competición con el marqués del Bosch, apoyado por su jefe el conde de Buñol que a su vez se presentaba por el distrito de Villena. La derrota del conde en el Alto Vinalopó y de Maestre en

Alicante probaban que el control de la zona centro de la provincia pasaba al Marqués frente a las fuerzas de Santonja y los suyos.

No obstante, este tipo de liderazgos basados en dependencias personales eran de difícil equilibrio y necesitaban de frecuentes componendas. Con ocasión de las elecciones de 1893, en la dinámica del turno le correspondía al partido conservador ocupar el tercer escaño, el de la minoría, pero el marqués del Bosch prefirió no ocuparlo él personalmente sino cederlo a su protegido de Alicante, el abogado Juan Poveda. Prefirió regresar a Alicante y ejercer su jefatura que permanecer en Madrid como diputado en la oposición. Esta designación fue aceptada por todos los comités locales, excepto Pinoso y Monóvar, pero más grave para su liderazgo fue el pacto entre el cacique liberal de Dolores Trinitario Ruiz Capdepón, que le prometió el tercer escaño por Alicante al conde de Vía Manuel, -el nominal presidente provincial del partido conservador-, a cambio de dejar libre el distrito de Dolores para su hijo Trinitario Ruiz Valarino. Este acuerdo de intereses sin contradicciones ideológicas supuso la ruptura del frágil acuerdo interno de los conservadores en 1887.

En los meses previos a las elecciones generales de 1891 el marqués del Bosch tuvo que esforzarse por llegar a acuerdos con dos caciques conservadores locales que de hecho cuestionaban su jefatura: Ciro Pérez, en Monóvar, y José Maestre, en Elda. El control absoluto que éste ejercía en Elda y Petrer y su pertenencia al partido reformista, siguiendo al conde de Buñol, hacía imposible cualquier influencia directa desde el comité conservador de Alicante. Cuando los reformistas reingresaron en el partido conservador mantuvo Maestre una notable autonomía dada la sólida red clientelar que potenció desde su presidencia de la Diputación entre 1877-80 y 1884-88. Después de ser diputado provincial por el distrito de Novelda durante quince años inició una larga carrera como gobernador civil de Jaén (1892) y Málaga (1919). Era sobrino de José Amat Sempere (Elda, 1826-Sagunto, 1902), alcalde eldense en 1855-56, 1862-64, 1866, 1885, 1887, 1896-97, diputado a Cortes por el distrito de Monóvar-Novelda en 1871 y sagastino hasta su pase al partido conservador, por

el que resultó electo diputado en 1876 por el mismo distrito. En enero de 1877 reunió a sus amigos políticos para comunicarles que su sobrino José Maestre Vera le representaría políticamente, y al que promocionó como diputado provincial por Monóvar-Novelda en junio de este año. En enero del año siguiente renunció Amat a su acta de diputado para que la ocupara José M^a Santonja Almella, conde de Buñol. Aun en un segundo plano siguió la política conservadora y en edad avanzada ocupó la alcaldía de Elda en enero de 1897.



Maestre Vera pertenecía a la minoría de diputados provinciales que, entre 1883-93, de los 36 cargos electos estuvieron ocupados por 18 personas distintas, de los que ocho fueron diputados durante ocho o más años. Esta continuidad reforzaba su posición como caciques locales. En 1891 su jefe el conde de Buñol se presentó como candidato a Cortes por Villena y Maestre por la circunscripción alicantina, siendo derrotado pero con dificultad. Sólo cuando Santonja se reintegró en el canovismo, el cacique de Elda se sometió a las directrices del marqués del Bosch y se le premió con el nombramiento de gobernador civil.

Años atrás Santonja y Maestre protagonizaron un clamoroso episodio de fraude electoral. El arraigo local que mantenía Maisonave en la ciudad de Alicante le facilitaba salir elegido por el tercer escaño de la circunscripción, como así sucedió en 1879 y 1884. En la

Gobierno liberal presidido por Sagasta.

primera fecha el republicano, ligado familiar y económicamente a los Santonja, al anochecer del 20 de abril ya se conocían los resultados excepto los de Elda; el candidato conservador Abascal, sostenido por el marqués del Bosch, aventaja claramente a Maisonnave en el distrito Elda-Petrer. Al comprobar la situación Maestre y el conde de Buñol fueron personalmente desde Alicante a Elda; al día siguiente enviaron los resultados de estas secciones y ahora Eleuterio ganaba ampliamente. Los índices de participación (Elda, 92% y Petrer, 97%) evidenciaban el falseamiento del resultado.

El turno se mantuvo entre 1879 y 1893 en la circunscripción de Alicante, resultado de las diferentes combinaciones que se practicaban en los distritos que la integraban. La evolución electoral del distrito Elda-Salinas fue como sigue: en 1879 y 1884 el candidato más votado fue el conde de Buñol, seguido por Maisonnave en 1879. En 1881 empataron los candidatos liberales (Arroyo y marqués de Ríoflorido). En 1886 el ganador fue Gisbert (101 votos), apoyado por Maestre que no dudó en movilizar a su clientela en Elda empleando todo tipo de presiones. El alcalde Francisco Sempere Ferrando y otros electores santonjistas impidieron por la fuerza que los simpatizantes del candidato liberal Arroyo (60 votos) y del republicano Maisonnave (1 voto) acudieran al colegio electoral. La Guardia Civil detuvo aquella *partida de la porra*, pero la junta de escrutinio no registró ninguna reclamación y el acta pasó *limpia* al Congreso. En las elecciones de 1891, con sufragio universal masculino y distrito único de Elda, ganó el propio Maestre (778 votos) aliado con Pacheco (718 votos), derrotando a los conservadores marqués del Bosch y Bushell y al liberal Arroyo. Sin embargo, en los comicios de 1893 obtuvo mayoría de votos (697) Juan Poveda, candidato conservador fiel al marqués del Bosch ahora también apoyado por Maestre.

En cuanto al republicanismo, la división entre los federales y los posibilistas más los enfrentamientos personales acentuaron la crisis que arrastraban por su marginación del sistema político. El apoyo del marqués de Villagrancia, suegro de Maisonnave, garantizaba que éste fuera elegido por la circunscripción de Alicante. En las elecciones de 1879 Eleute-

rio salió en primer lugar en la ciudad de Alicante y Aspe y en segundo lugar por Elda-Salinas. En 1881 quedó en el primer puesto en Alicante, Agost y Petrer ocupando el tercer escaño asignado, pero en Elda-Salinas sólo obtuvo un voto. En los comicios del 84 no resultó elegido pues quedó en cuarto lugar aunque su candidatura fue la más votada en la ciudad de Alicante. Pese a la protesta que elevó al Congreso por las irregularidades cometidas durante el proceso electoral el resultado no fue anulado. Su cuñado el conde de Buñol fue el más votado en la circunscripción y en el distrito Elda-Salinas, donde ahora Maisonnave quedó en cuarto lugar. En 1886, las últimas con sufragio censitario, el posibilista recibió el apoyo de los liberales para conseguir el escaño de las minorías en la circunscripción, consiguiendo el mayor número de votos en Alicante, Monóvar y Petrer, pero tan sólo un voto en Elda-Salinas frente al candidato más votado (Gisbert) sostenido por el cacique Maestre.

Fallecido Eleuterio en 1890 le sucedió su hermano Juan al frente de los republicanos posibilistas; comerciante y propietario contaba con influencia en los grupos vitivinicultores pero carecía del prestigio político de su hermano. Obtuvo en las elecciones de 1891 el mayor número de votos en la ciudad de Alicante pero ninguno en Elda, –en contraste con Maestre que fue el más votado en Elda, Petrer y Monóvar–; el tercer escaño de la circunscripción ya estaba *encasillado* para el conservador Bushell. En los comicios de 1893 tampoco Juan obtuvo acta de diputado; la candidatura republicana continuó siendo la más votada en Alicante ininterrumpidamente desde 1879, pero en Elda sólo recibió nueve votos. Aquí el comité local posibilista, los castelanos, estaba integrado por Gaspar Santo Baeza (alcalde en 1872), José Payá Olcina, Francisco Santo Ferrando, Juan Antonio Maestre y José Joaquín González Amat. A su vez los minoritarios federalistas seguidores de Pi i Margall tenían un comité comarcal para Villena, Pinoso, Elda, Petrer y Monóvar presidido por el prestigioso médico local de ésta José Pérez Bernabeu, vicepresidente provincial en 1891; muy admirado por el joven Azorín en aquellos años. A su vez, el presidente del comité local eldense en 1891 y 1896 era Blas Vera Maestre.



Los seguidores de Salmerón y los sectores progresistas de Ruiz Zorrilla acordaron en mayo de 1897 fundar el Partido de Fusión Republicana, rechazado por los federales de Pi, que no pudo integrar a todos los republicanos. En Alicante se organizó en junio el nuevo partido que extendió comités locales a casi toda la provincia; en Elda fue presidido por José Aracil Romero. Muerto Maisonnave y retirado de la actividad política Castelar, los posibilistas disolvieron el partido hacia enero de 1898. El anciano tribuno solía visitar las poblaciones del Vinalopó donde era acogido en las casas de sus admiradores; en mayo y junio del 98 pasó días de descanso en Sax (Secundino Senabre), Aspe (Ginés Alberola), Novelda (Tomás Abad Alenda), Monóvar (Amador Navarro) y Elda (Francisco de Paula Rico Rico, presidente del Casino Republicano).

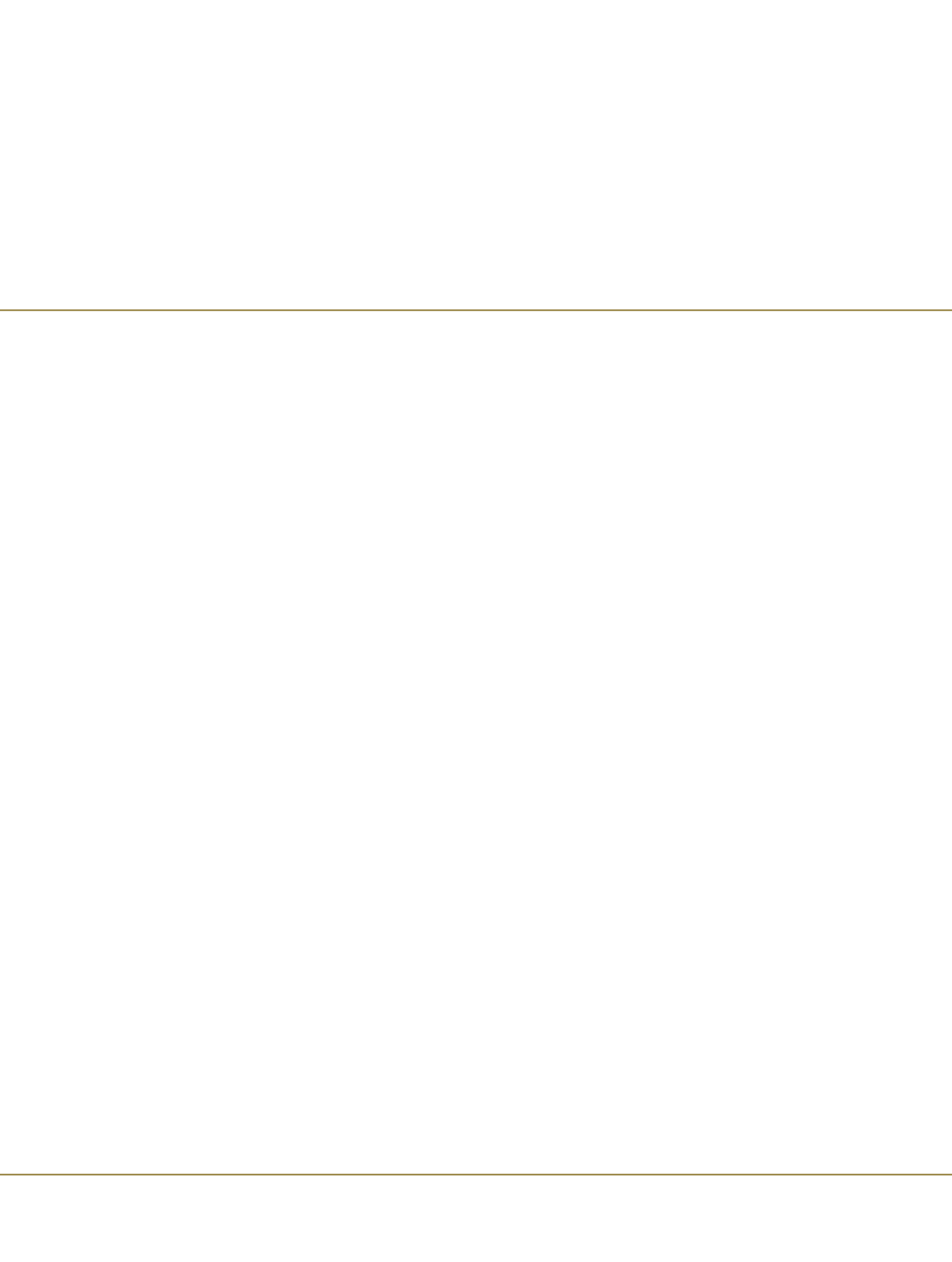
Los federales de Pi mantenían su presencia en Elda y en representación de éstos asistió Francisco Beltrán al Teatro Principal de Alicante, el 19 de octubre de 1899, al acto de propaganda en el que intervinieron delegados de centros de Barcelona, Alicante y otras poblaciones de la provincia.

Los últimos años del siglo supusieron una crisis de liderazgo en los

partidos dinásticos. Los seguidores alicantinos del conservador Silvela contaban desde abril de 1897 con el periódico *La Opinión* y organizaciones locales desde los que combatían a los otros conservadores, los de Juan Poveda García (1851-1919) apadrinado por el marqués del Bosch. El dirigente eldense de los silvelistas era Manuel Tordera Juan, alcalde en 1876-79 y 1899-1900, que más tarde aceptará la reconciliación con los povedistas. El 7 de julio de 1902, en el Teatro Principal de Alicante, las facciones alicantinas del conservadurismo se darán cita en el banquete-homenaje a Poveda; asistieron numerosas representaciones de las localidades de L'Alacantí y el Vinalopó.

En torno al cambio de siglo confluieron una serie de circunstancias que provocaron una serie de crisis del sistema, incapaz de resolverlas desde una democratización del mismo. La conmoción de la pérdida traumática de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, la contestación política de las periferias, el ascenso organizativo y político del movimiento obrero y los republicanos y la guerra colonial en Marruecos serán problemas presentes en el reinado de Alfonso XIII que no dispondrá de recambios sólidos en los partidos dinásticos, ya sin Cánovas ni Sagasta.

Elda en los años del cambio de siglo.



Rasgos económicos del siglo XIX: de la agricultura al taller zapatero

20

TOMÁS PÉREZ MEDINA

Doctor en Historia

Hace unas décadas los artículos y libros dedicados al estudio del convulso proceso liberal del siglo XIX incidían en el atraso político y socioeconómico del capitalismo español, aunque existieron focos pioneros. Así, a los casos nacionales de la industria fabril catalana y a la siderometalurgia vasca se dedicaron investigaciones por su excepcionalidad. De igual manera, las precondiciones y los factores que influyeron en el núcleo de Alcoi se analizaron con detalle. Pero, en general, y para el País Valenciano, se trazaban unas líneas básicas de atraso económico, inmovilismo agrícola, industria subdesarrollada y débil capitalismo, pues se consideraba que la revolución industrial del liberalismo que protagonizó la burguesía inglesa era el modelo genérico a seguir.

El acervo de estudios e investigaciones hizo que la visión historiográfica fuese matizada e, incluso, cambiase la interpretación tanto de la agricultura como de la industrialización. La agricultura del siglo XIX ya no es clasificada irreflexivamente de atrasada, anclada en el autoconsumo, con técnicas de cultivo de baja productividad y cultivos de subsistencia. Las mismas reflexiones cabe hacerse respecto al comercio y a los primeros pasos protoindustriales.

En este capítulo, a partir de la bibliografía disponible y con unas calas archivísticas, tratamos de plantearnos las transformaciones acaecidas en la sociedad agraria eldense a lo largo del siglo XIX, centrándonos en los rasgos económicos de la agricultura y en la aparición de los primeros talleres zapateros.

Los cultivos de los campos eldenses a inicios del ochocientos

En 1975 Bernabé Maestre publicó un elaborado libro dedicado al calzado en el Valle del Vinalopó. Para situar el nacimiento y expansión de la industria zapatera en tiempos del capitalismo comercial de la época moderna y de las primeras décadas del liberalismo, acudió, en parte, a las fuentes impresas de cronistas del siglo XVIII y XIX. Ahora, que contamos con más fuentes documentales, bibliográficas e historiográficas, queremos centrarnos en alguno de estos cronistas para ver la información agraria que aportan.

El sábado 11 de agosto de 1792, procedente de Novelda, donde había estado una semana tomando anotaciones y haciendo excursiones, llega a Elda Antonio José Cavanilles, botánico valenciano de relevante proyección científica en la Europa de finales de la Ilustración. El domingo visitó Elda, Petrer y Sax. Por encargo real estaba estudiando la flora peninsular, de la cual sólo publicó lo referente a las tierras valencianas. Además incluía noticias e informaciones sobre geología, hidrografía, agricultura, demografía y actividades económicas y culturales. A partir de los cuadernos de viaje y de las noticias de sus corresponsales de Elda diría en la redacción de gabinete realizada entre 1793 y 1797:

«...las huertas de Elda, que componen 20.000 tabúllas de riego, ricas generalmente por su valor intrínseco, y mucho más por el esmero con que se cultivan. Hace muy vistoso

aquel recinto el contraste de los cerros áridos de la comarca con la multitud y variedad de árboles, sembrados y hortalizas [...] Vense allí hermosas viñas y algarrobos cultivados con inteligencia, cuyos frutos se aseguran con lozanía y corresponden a los afanes de aquellos hombres infatigables [...] A estas ganancias y utilidades se añaden las de la agricultura, reguladas en 30.000 arrobas de aceyte, 3.000 de higos, 4.000 de frutas, 6.000 de hortalizas, 50.000 cántaros de vino, sin contar la pasa, que suele valer 5.000 pesos, y otro tanto la uva fresca, 500 libras de seda, 1.400 cahíces de trigo, 1.200 de maíz, 650 de cebada, 70 de almendra, 80 entre avena y habas, 1.000 arrobas de barrilla, 80 de anís y unas 400 de lana» (Cavanilles: II, 258-259).

El abate valenciano transmite una entusiasta imagen de una comunidad muy activa, con una cuidada y productiva huerta donde se obtienen variados cultivos. Destacan los cereales –entre ellos el maíz con una elevada cosecha–, la producción de aceite y el vino, sin desdeñar la barrilla. La fotografía que nos transmite de la agricultura eldense, además de la artesanía y del imponente pantano que más adelante estudiaremos, está acorde con la Ilustración que pretendía promover cambios en las técnicas agrarias para aumentar la productividad. No deja Cavanilles a lo largo de sus *Observaciones* de hablar y reclamar la atención sobre la educación utilitaria al servicio del desarrollo económico, la desamortización eclesiástica, la libertad de comercio, la asistencia y la integración social y otros temas elaborados por coetáneos ilustrados reformistas. Uno de estos valencianos establecidos en la corte madrileña es Sempere y Guarinos que tomó partido por el reformismo ilustrado y entraba en el debate de la necesaria reforma agraria e institucional defendiendo en sus obras la propiedad privada y el individualismo posesivo de la *clase propietaria productiva* frente al régimen estamental o la propiedad comunal (Rico Giménez: 203-204).

Sánchez Recio (1986) publica unas tablas con la extracción señorial de productos agrarios en la villa de Elda a principios del siglo XIX. En la larga lista de cultivos que pagan la razón decimal al conde de Elda, sobresalen el trigo, la cebada, el panizo –maíz–, el aceite, el vino, el anís –la matalahúga–, la cebolla y las habas. La mayoría de los aquí destacados coinciden con los mencionados por Cavanilles.

Tabla 1.
Valor medio de los diezmos de Elda en 1805-1810 (en libras).

Cultivo	Valor anual medio	% sobre total
Trigo	1.636	26'64
Cebada	409	6'66
Avena	4	0'07
Centeno	1	0'01
Panizo	1.087	17'70
Aceite	1.486	24'20
Piñuelo	29	0'46
Vino	616	10'03
Aguardiente	634	10'32
Pasa	5	0'08
Almendra	55	0'90
Habas	19	0'31
Anís	85	1'38
Cominos	5	0'08
Caña	6	0'10
Cebollas	5	0'08
Ajos	4	0'07
Corderos	57	0'93
Lana	49	0'80

Reelaboración propia a partir de Sánchez Recio, 1986.

La persistencia historiográfica de considerar la agricultura preliberal atrasada por el cultivo de los cereales, vistos como un signo de autoconsumo y, en consecuencia, como un rasgo del inmovilismo de la sociedad agraria, ha de ser matizada a la vista del listado de cultivos expuesto. Indudablemente, el trigo y la cebada, a los que podríamos denominar cereales tradicionales, aportan el 33% del diezmo, es decir, un tercio de la producción está dedicada a cultivos normalmente calificados de no mercantiles. Es indiscutible el peso de los cereales tradicionales, pero no son los predominantes en todo el término eldense. Varios factores pueden explicar esta moderada presencia: en primer lugar la importación de trigo de zonas altamente productoras, como La Mancha, y el decreto proteccionista de 1820 que facilitó la especialización agraria peninsular; en segundo lugar, la progresiva introducción a lo largo del siglo XVIII del maíz¹ que es un cereal de productividad superior a los cereales tradicionales y, por tanto, resulta lógico que ocupe una parte significativa de la zona regada; en tercer lugar, igual que ocurre en otros municipios y comarcas valencianas, se constata que los cereales tradicionales son desplazados allí donde son posibles otros productos, tales como la viña o el al-

mendro; la disminución total, hasta la práctica desaparición, de los cereales pobres como la avena y el centeno y, por el contrario, el incremento de la cebada de cara a compensar los limitados recursos alimenticios del ganado de labranza.

De la viña se obtenía uva de mesa, pasa, vino y aguardiente. Entre las cuentas decimales no se menciona la uva de mesa entre los productos agrícolas eldenses y en la crónica de Cavanilles hay una referencia sucinta al valor de venta de esta uva de mesa. Posiblemente, aparte del consumo familiar directo, la mayoría de la producción vitícola era transformada. El secado de la uva pasa para su posterior comercialización fue importante en época mudéjar-morisca en las comarcas del Vinalopó², pero a lo largo de los siglos XVII y XVIII decayó esta transformación hasta llegar a cantidades mínimas, tal como señalan las rentas decimales del señorío de Elda de la tabla 1. El vino y el aguardiente son los derivados vitícolas más destacados.

Cavanilles escribe que en 1793 en Elda funcionaban «*siete fábricas de aguardiente, que algunos años han producido 4.000 arrobas*». Producción que rentaba el 10 % del diezmo condal. A partir de la crisis vitícola francesa de 1768-1782, la demanda internacional de aguardiente aumentó. Junto al incremento catalán, de tradición e importancia manifiesta (la ciudad de Reus era el centro productor y de referencia de precios), el aguardiente valenciano se incorporó a este comercio exterior en expansión. Así, en las postrimerías del siglo XVIII los puertos catalanes exportaban el 68 % de todo el aguardiente español y los valencianos alcanzaban el 30 %. El campesinado valenciano mostró una gran capacidad de respuesta ante las condiciones tan favorables que se crearon a consecuencia de la crisis francesa de finales del XVIII, con lo cual cambió y dirigió parte del trabajo agrario hacia productos comercialmente más remuneradores, como fue en primera instancia la vid. En esta coyuntura el aguardiente fue una opción rentable para el campesinado eldense, que dirigió la transformación de la uva a este derivado vitícola antes que al vino común. En los Valles del Vinalopó los principales centros productores eran Novelda y Monforte, destacando además Aspe y Elda; en la cuenca alta del río sobresalen Banyeres de Mariola y Villena. Alicante, importante puerto de expedición de deri-

vados vitícolas, contaba con escasa fabricación de aguardientes, por lo cual los mercaderes se abastecían de las producciones del interior. Ahora bien, si en el litoral las facilidades de transporte marítimo permitían la exportación incluso de vinos comunes, los producidos en el interior no podían soportar el costo de su acarreo hasta los puertos. Ello autorizaba en estas comarcas la destilación en los alambiques de gran parte del vino común para reducirlos a aguardientes, que aguantaban mejor los gastos del envasado y transporte y cuyo consumo y demanda era excelente en esta coyuntura internacional.

En esta situación expansiva del viñedo, el vino repercutía un 10 % en la renta decimal. Los cosecheros y vinateros eldenses, siguiendo a Cavanilles, producían 50.000 cántaros de vino, esto es, 5.775 hectolitros. La evolución histórica, que párrafos más abajo desarrollamos, demuestra la vocación vitícola de los Valles del Vinalopó. En los años iniciales de la transición al convulso siglo liberal destacan Monòver, Aspe, Novelda y Elda como grandes centros productores del sur valenciano.

De la trilogía agrícola mediterránea, el olivo es la tercera variedad cultivada. Cavanilles calcula en 30.000 arrobas (5.400 hectolitros) la producción anual de aceite, cifra que consideramos exagerada si la comparamos con el producto de los diezmos condales. A principios del siglo XIX la producción media aproximada de aceite rondaría las 6.200 arrobas anuales (1.130 hectolitros), el doble de la obtenida en las vecinas localidades de Novelda y Petrer. En las cuentas decimales el aceite es el segundo derivado agrario por el nivel de renta aportado a las arcas señoriales, por detrás del trigo y por delante del maíz, el vino y el aguardiente. La historiografía atribuye al aceite valenciano un carácter primordial de abastecimiento local y comercio intercomarcal, que atendía las necesidades domésticas. Cabe advertir la importancia del aceite como materia prima para la elaboración de jabón, existiendo en Elda una fábrica de jabón –citada por Cavanilles–, siendo Elx el centro comarcal productor y exportador de este derivado. Para la fabricación del jabón era imprescindible la barrilla³, que no aparece en los listados decimales y Cavanilles calcula en 1.000 arrobas (180 hectolitros) la obtenida en Elda.

Tabla 2.
Cultivos del secano y el regadío eldenses (en hectáreas).

Cultivo	1832		1860		1900		
	Regadío	Regadío	Secano	Total	Regadío	Secano	Total
Cereales	181'28	162'10	568'20	730'30	156'59	418'73	575'32
Vid	268'72	381'07	101'65	482'72	471'87	350'18	822'05
Olivo	41'31	190'50	242'15	432'65	95'60	12'87	108'47
Almendro	-	18'22	121'19	139'41	66'50	182'61	249'11
Frutales	-	43'09	0	43'09	35'62	2'39	38'01
Hortalizas	-	78'59	0	78'59	27'61	-	27'61
Legumbres	-	8'64	0	8'64	-	-	-
Otros árboles	-	-	-	-	93'70	219'23	312'93
Otros	10'95	-	-	-	-	-	-
Total	502'26	882'21	1.033'19	1.918'54	947'49	1.186'01	2.133'50

Reelaboración propia a partir de Sánchez Recio, 1983, y Belando Carbonell, 1990.

Cereales, viñas, almendros y la crisis de subsistencias de 1847

La agricultura continuó siendo la principal actividad económica de los eldenses hasta principios del siglo XX. Pero a lo largo del siglo XIX hubo un proceso de transformación de la actividad agrícola, la cual podemos seguir a través de los cultivos señalados anteriormente. La tabla 2, aunque incompleta por lo que se refiere a la primera mitad de la centuria, avanza unas informaciones claras y concisas: la expansión de las tierras irrigadas; el progresivo predominio de la viña a costa de los cereales, que aún ocupan una amplia superficie, y de los olivos en retroceso; la presencia por el regadío y el secano eldenses de numerosos almendros y otros árboles frutales. Pasemos a analizar pormenorizadamente cada uno de estos cultivos, a más de analizar el contexto socioeconómico de la protesta de 1847, manifestación de una posible crisis de subsistencias.

La evolución de las tierras eldenses dedicadas a los cereales –como a otros cultivos que veremos a continuación: olivos, viñedos y almendros– es uno de los indicadores más claros que tenemos para conocer el cambio agrícola en función del mercado. El proceso de articulación de una economía capitalista de mercado, estrechamente relacionada con la producción de bienes que tengan una remuneración que supere tanto como sea posible los costos de producción, tiene una fase de adaptación y manifestación en la agricultura. En el sector agrícola cada vez cuenta menos la posibilidad de autoabastecimiento o la producción de cosechas con baja remuneración en el mercado. La tabla 2 su-

giere este comentario. Por lo que hace a los cereales, señalamos que se confirma claramente una tendencia decreciente de los cereales, tanto en el secano como en el regadío. A principios del siglo XIX la mitad del diezmo es de procedencia cerealista, porcentaje que disminuye a lo largo de la centuria, ocupando tan sólo el 16 % de la huerta y el 35 % del secano en el año 1900. Constatamos, en consecuencia, que allí donde son posibles otros cultivos más remuneradores, los cereales se ven desplazados.

El cronista eldense Amat y Semper, gran propietario terrateniente, aporta una información que, si bien las cifras las consideramos exageradas⁴, es clarificadora: la huerta dedicada a cebada quintuplica la superficie triguera. La proporción en los primeros años del siglo XIX era muy favorable al trigo, por lo cual deducimos que a lo largo de la centuria, junto a la reducción del área cerealista, se ha dado una especialización en aquél cereal dedicado a la alimentación animal. Posiblemente el trigo y la harina, documentados en estudios de historia agraria contemporánea, que circulan de la meseta meridional hacia el litoral mediterráneo influyeran en esta drástica bajada de superficie triguera eldense. La política proteccionista favoreció la especialización interior y la circulación de los excedentes hacia zonas costeras que, a su vez, se orientaron hacia otros productos agrarios. Posiblemente, el considerable volumen que tuvo el transporte de trigo en cereal y harina de La Mancha hacia el Mediterráneo hizo que la carretería y la arriería eldenses aumentaran en número. Bernabé (1975) avanzó en su estudio el doble uso de las

caballerías: empleadas en la agricultura y en el transporte, aunque también señaló que la inversión y ampliación de la carretera era incompatible con la propiedad agraria, desarrollándose un sector intermedio de comerciantes.

Los cambios de la agricultura en el siglo XIX no impidieron que a lo largo de la centuria se sucedieran crisis de subsistencias que perjudicaron a los sectores más desprotegidos de la población. La de 1847 se manifestó en Elda. Los motines se dirigieron contra los arbitrios de los consumos. En febrero un grupo de jornaleros se amotinó en Xixona y exigió al Ayuntamiento que suprimiera los dos reales que gravaban la arroba de harina y las habichuelas. El día 24 de febrero un grupo de amotinados en Aspe pidió la rebaja de los impuestos a los artículos de primera necesidad. El día 28 del mismo mes apareció un pasquín en Elda denunciando la miseria de los jornaleros y la falta de trabajo y amenazando con un motín. El 20 de marzo se produjo un tumulto en Villena pidiendo la supresión de impuestos. La crisis, que se manifestó con un alza de precios especialmente intensa a primeros de año, se relaciona con un aumento de la exportación de cereales y un mayor acaparamiento y especulación de este producto básico. La crisis se inscribe en un proceso de expansión del capitalismo agrario que, a corto plazo y en coyunturas desfavorables, pudo incrementar las desigualdades sociales, deteriorando al mismo tiempo los niveles de vida.

El olivo, a nivel municipal, experimenta grandes mutaciones al desplazarse del regadío al secano y de las llanuras al interior. Todo parece indicar, tal cual sucede en muchas comarcas valencianas, que la propagación del olivo fue constante en la primera mitad del siglo XIX. Así lo ensalzan las crónicas y los informes del conde de Ripalda de 1841 y de Roca de Togores de 1849. L. Amat en su crónica eldense escrita en 1875 textualmente dice: «*En nuestro concepto las tres cuartas partes de los olivos de esta huerta son seculares y el resto más o menos jóvenes del siglo actual; y estos últimos años vienen plantándose muchos con preferencia a otros árboles*». En la tabla 2 observamos el crecimiento del olivar, que llegó a ocupar algo más de 1/5 de los bancales de regadío y de secano en el año 1860⁵.

En el último cuarto del siglo XIX el olivo se resiente de la expansión de



otros cultivos más rentables desde un punto de vista comercial. Así, se ve desplazado del regadío por otros árboles frutales y prácticamente desaparece en el secano, sustituido por los viñedos y los almendros, lo cual evidencia la divergente tendencia de tales cultivos y expresa con claridad los pocos incentivos que existían para la producción olivera en la comarca y la necesidad de sustituirla por otros cultivos. Tal como ocurre en muchas tierras valencianas, se arrancaron muchos olivos y rápidamente se procedió a la plantación de viña y almendros, pues la caída de los precios, la competencia de otras materias grasas (aceites vegetales de coco y palma, por ejemplo) y la generalización del método Solvays para extraer sal sosa química para la producción de jabón duro, plantearon grandes dificultades a los olivicultores.

La viña es la gran protagonista de las transformaciones agrícolas de la segunda mitad del XIX. La crisis del aguardiente, que repercute en un estancamiento de la expansión del viñedo, es superada a partir de 1854. Las razones de esta nueva expansión fueron de tipo coyuntural. En primer lugar, la crisis del *oidium* hizo descender en gran medida la producción de los países húmedos europeos, lo cual repercutió en una oleada de plantaciones en las comarcas valencianas, especialmente en el Vinalopó, bien equipada de caminos y con el ferrocarril desde 1858. La segunda crisis europea, más larga y perjudicial, fue la provocada por la filoxera que desde 1877 empezó a destruir sistemáticamente extensos viñe-

Fotografía reciente de la finca Lacy, una casa de labor que recuerda las típicas del siglo XIX (Archivo EMIDESSA).

dos europeos. La propagación de la enfermedad por el País Valenciano fue tan lenta que permitió una expansión del viñedo para abastecer de pasas y vinos a los mercados europeos.

En Elda observamos esta capacidad de respuesta ante las condiciones favorables creadas para la plantación de la viña, cultivo muy remunerador⁶. Aunque la superficie alcanzada no es equivalente a la dada en Villena, Sax o Monóvar, en el año 1900 la mitad de la huerta y un tercio del secano están plantados de cepas. Su expansión se ha verificado a costa de los olivares, los cereales o de nuevas tierras roturadas. El viñedo eldense se dedicaba a uva fresca, a vino tinto y a quemarlo para alcohol. Así lo confirman L. Amat y las tablas publicadas por Piqueiras Haba sobre la comercialización por ferrocarril del vino de los municipios del Vinalopó al puerto de Alicante, donde Elda aparece con cifras bajísimas. La llegada en 1858 del ferrocarril a Elda no significó una desaparición de la carretería y arriería, pues frente a la capacidad de transporte del nuevo ferrocarril y a sus costes más bajos, las caballerías aventajaban a aquel por su maniobrabilidad y su complementariedad ya que las mulas recogían y llevaban el producto de puerta a puerta. Un auge del número de carreteros es, sin duda, consecuencia de la comercialización de los derivados vitícolas⁷ en el último tercio del XIX.



Ventana de una típica casa rural del término de Elda.

El almendro es un cultivo joven, de reciente expansión, que ha nacido del nuevo orden comercial valenciano. Pero tampoco se puede decir que fuera un árbol desconocido, pues anteriormente aparecía en los márgenes de algunas parcelas. A lo largo del siglo XIX se extenderá por el término eldense, principalmente por las nuevas tierras de secanos, tal como acontece en los municipios colindantes. L. Amat confirma la expansión de este árbol pues «cuarenta y cinco años atrás no se veía un almendro», destacando el cronista el plantío realizado en la huerta. La tradición turrонера existía en muchas ciudades del sur valenciano, tales como Alacant, Agost, Xixona o la vecina Petrer. En la segunda mitad del siglo XIX se registró un aumento de la comercialización de la almendra y el turrón en ciudades peninsulares y extranjeras, que repercutió en la plantación de nuevos pies.

En 1845 el diccionario estadístico de Madoz recoge que «*moreras, frutales y hortalizas vejetan con lozanía*» por el término de Elda, con una producción importante de «*higos, albaricoques, manzanas, otras frutas, legumbres y hortalizas*». Este listado nos sirve para evaluar la importancia de aquellos productos que adquieren cierto rango estadístico. En el último tercio del siglo XIX alrededor del 15% de la huerta eldense está plantada de árboles frutales, legumbres, hortalizas, verduras y otros árboles. Es una superficie relevante, pues ya no se trata únicamente de aquellos bancales de agricultura promiscua de los cuales se autoabastece la familia campesina. Posiblemente sirvan estas parcelas para comercializar parte de la producción. Hay fruta, tal como escribió Amat y Sempepe en 1875, que «*se expende en esta plaza y las de Monóvar, Sax y Villena; llevándose la mejor y más resistente por ferrocarril a algunas plazas de la Mancha y hasta a Madrid*».

Barbecho semillado y guano

No contamos con estudios sobre las técnicas agrarias aplicadas en los campos eldenses. Para conocer los procedimientos del trabajo agrícola del campesinado o las fórmulas de explotación aplicadas por los propietarios terratenientes, hemos de acudir a los apuntes de L. Amat.

En la huerta plantada de cereales se sigue una rotación trienal en la que se

combina la cebada, el trigo y el barbecho mejorado. Es decir, el régimen de humedad de los ambientes mediterráneos secos era enmendado con la aportación extra de agua mediante un sistema de acequias que permitía la sucesión de cereales varios años seguidos sin acudir al descanso del bancal para que recuperase los nutrientes exportados con la cosecha. El barbecho era sembrado con habas –que es una importante y antiquísima leguminosa–, cardón, matalahúga y algo de cebollas y hortalizas. Un barbecho semillado que también era regado, abonado y atendido como los cereales que componían la rotación, pues como dice L. Amat «*dulcifican, suavizan y dan calor a las tierras para que rindan abundante cosecha de trigo y cebada*».

Para este sistema de rotación era necesaria una aportación importante de abonado. No poseemos información cuantitativa del ganado que pudiese abastecer de estiércol los campos trabajados⁸. Pero el mismo L. Amat menciona la existencia de 34 hectáreas de regadío dedicadas a alfalfa que se venden en Elda, Monòver y Petrer o «*las utilizan los propietarios cultivadores en la manutención de sus caballerías, que la comen verde a todo pasto en el verano y seca en el invierno*». Esta alfalfa, que duraba cinco o seis años, entre las faenas agrícolas realizadas, «*se la abona con treinta cargas de basura de cuadra por tabúlla*». Las parcelas dedicadas al cultivo de cebada –podían sucederse hasta tres siembras seguidas– y de trigo había que abonarlas «*con seis u ocho cargas de estiércol por tabúlla*». Cabe recordar que en la segunda mitad del siglo XIX la superficie dedicada a la cebada quintuplicaba a la del trigo, considerando que aquella era principalmente dedicada a forraje.

Aún así, con superficies dedicadas a alfalfa y cebada, la evidencia de la insuficiencia del aporte orgánico de origen ganadero nos la aporta el mismo cronista eldense cuando escribe que «*las labores son grandes y esmeradas y el abono de estiércol abundante; también se emplea con éxito el guano del Perú*». La intensificación agrícola promovida por la burguesía rural ya no dependía exclusivamente de la cantidad de estiércol local disponible, pues para la reposición de los nutrientes extraídos a la tierra se cuenta con abonos orgánicos internacionales⁹. El flujo de energía –abono– y de nutrientes ya no era totalmente circular, ya que sus bases



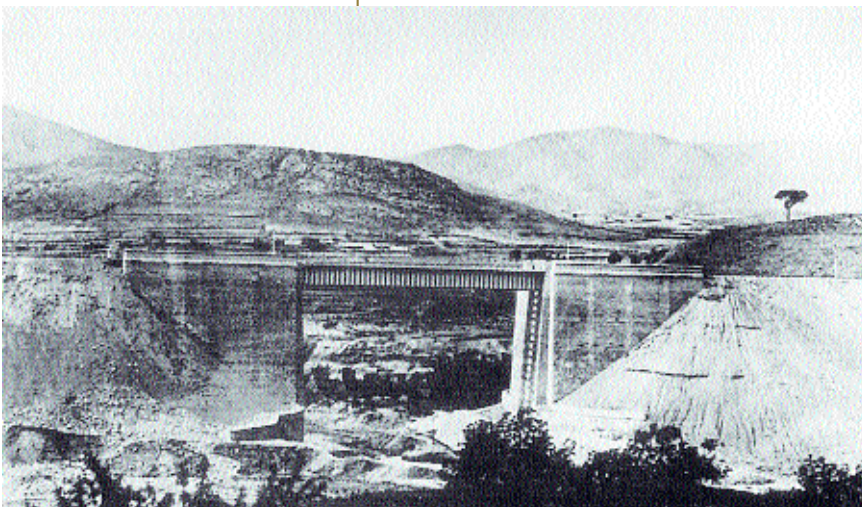
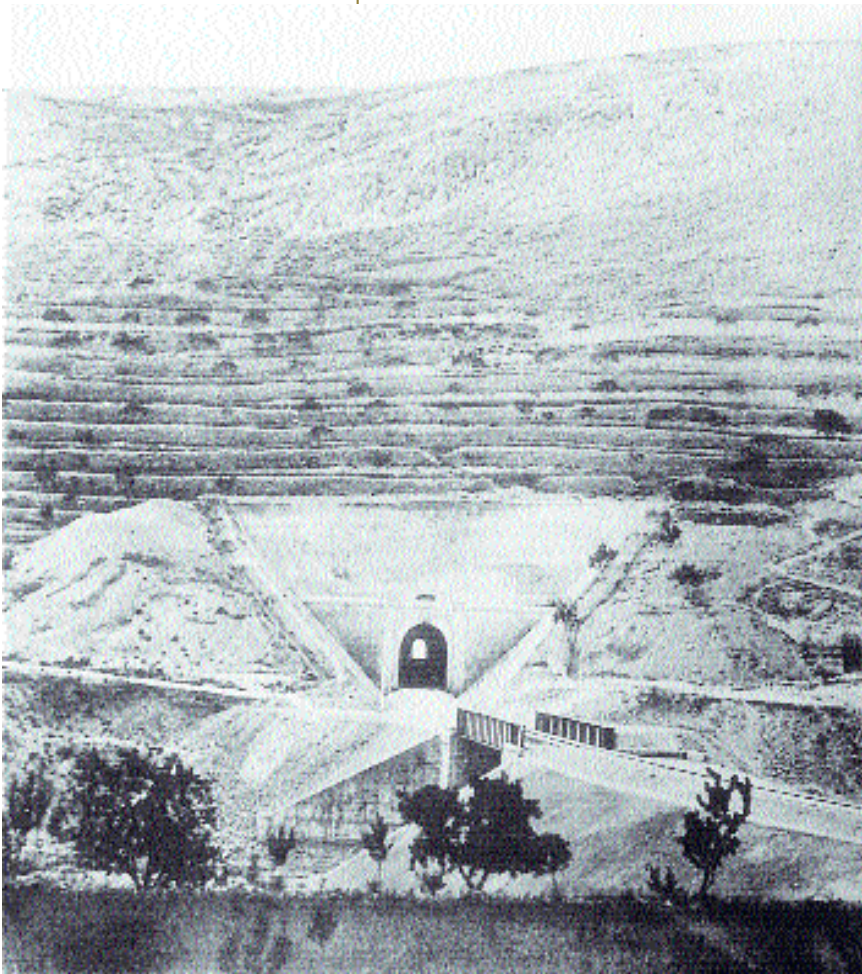
Obligación de Ferrocarriles Madrid-Zaragoza-Alicante.

de aprovisionamiento y de comercialización iban más allá del área circundante más inmediata.

Los terratenientes reconstruyen el pantano

Una presa es una obra hidráulica realizada en el cauce de un río o rambla con la finalidad de derivar o retener el agua circulante en un embalse. Al conjunto lo denominamos pantano. En Elda, en el paraje húmedo del *Charco Domingo* se levantó una monumental presa a finales del siglo XVII. Este pantano sació la expansiva huerta eldense durante la centuria ilustrada, hasta que unas torrenciales lluvias de otoño, al igual que hicieron en Tibi, Mutxamel o Sant Joan, llenaron el embalse y abrieron una gran brecha que inutilizó la pared. La reconstrucción de la presa no se abordó hasta bien entrado el siglo XIX. En 1842 se inició la nueva obra, pero no se acabó definitivamente hasta 1890. Los resultados fueron inmediatos ya que el regadío eldense amplía su perímetro a lo largo del siglo XIX: en 1832, antes de iniciar la reconstrucción, la huerta ocupa 502 hectáreas, en 1860 ya son declaradas 882 hectáreas de huerta y el año 1900 se adscriben al regadío 947 hectáreas¹⁰.

Después del largo proceso de reconstrucción, el embalse tendría una ca-



Fotografías de J. Laurent de 1858, que representan el túnel y el puente del Sambo. La construcción del ferrocarril abrió puertas antes insospechadas a la economía eldense y mostró el avance de la ingeniería civil (Archivo EMIDESIA).

pacidad de 120.000 metros cúbicos. La presa, conservada actualmente y construida con piedra de Bateig, es de planta recta de 6'5 metros de altura y dos metros de grosor. El paramento de aguas abajo está escalonado. En la presa hay dos pequeñas torres adosadas para las compuertas metálicas, una lateral para la salida del agua de riego por la margen iz-

quierda (la antigua paleta y acequia estaban en la margen derecha) y otra central para el desagüe de fondo. Actualmente el embalse está aterrado, cuenta con un tarayal y fue incluido en el año 2002 en el catálogo de zonas húmedas valencianas elaborado por la Conselleria de Medi Ambient.

El agua, factor productivo de alto valor en la intensificación agraria promovida por el capitalismo de mercado, es punto de interés de la burguesía rural eldense. Así, L. Amat y Sempere dedica un largo capítulo a los pormenores históricos del abastecimiento hídrico para uso doméstico, artesanal o agrario. En el caso concreto del pantano narra el proceso inicial administrativo para levantar una nueva presa que pondría en valor numerosas parcelas de regadío. Entre los personajes participantes enumera diversos terratenientes –«los verdaderos patriarcas», dice el cronista. Por ejemplo, según el amillaramiento de 1860 L. Amat y Sempere es uno de los grandes terratenientes, con 14'5 hectáreas de regadío, además de otras tantas de secano. El interés por garantizar el agua para las tierras irrigadas en transformación es manifiesto. La pugna por el agua circulante del río Vinalopó se manifestó en la polémica por la reconstrucción del pantano de Elda que mantuvieron L. Amat y Sempere y el ilicitano A. Ibarra y Manzoni en las páginas del periódico alicantino *El Graduador* en 1879.

Inversión en una molinería hidráulica en aumento

Un elemento inseparable de la 'industria rural' es la molinería hidráulica aplicada al proceso productivo. Los cambios en la oferta de mano de obra y de energía operados desde 1760 y las transformaciones tecnológicas de los molinos, fundamentaron las inversiones en nuevas instalaciones y el incremento de la productividad. La movilización del agua, en cuanto factor productivo, por los ilustrados reformistas en una primera fase, permite aumentar la oferta energética hidráulica; posteriormente, las revoluciones burguesas del siglo XIX crean un sistema de derechos de propiedad individualizados que facilitan el uso de la fuerza motriz del agua con costes muy bajos.

A inicios del s. XIX en Elda funcionaban 9 artefactos de molienda que usaban las aguas fluviales del Vinalopó. Esta cifra aumentó a lo largo de la centuria hasta más de una veintena de molinos dedicados a obtener harina, majar esparto y fabricar pasta de papel. Podemos distinguir dos núcleos de localización de estas instalaciones junto al cauce del Vinalopó: el eje paralelo al río entre el Chorrillo y la Alfaguara concentraba la mayor cantidad de los molinos; una ubicación secundaria está al sur del término, en la partida de la Jaud.

Los molinos harineros de agua estaban presentes en todas las comunidades campesinas, pues formaban parte de la transformación de los cereales. En Elda existían en el siglo XVI dos molinos de harina de origen musulmán. En el siglo XVIII se construyó un tercero, pero será en el siglo XIX, a partir de las reformas ilustradas y de los cambios liberales, cuando se produzca la eclosión constructiva: en 1875 L. Amat contabiliza 11 molinos harineros que funcionan con aguas del río Vinalopó. La explicación la podemos encontrar en la alta rentabilidad de estos ingenios, que en la época feudal eran monopolios señoriales y el liberalismo capitalista permite el acceso a esta propiedad, y las rentas derivadas de ella, a la burguesía en ascenso. Según las ordenanzas de la comunidad de regantes de 1917, ya sólo funcionan 5 molinos harineros. Las nuevas fábricas harineras de rodillos mecánicos producen a costes más reducidos. Además, en Elda otros molinos harineros fueron adaptados a nuevas actividades productivas: el agua del Molino Nuevo es aprovechada en una fábrica de tejidos; otro destina la fuerza hidromecánica a aserrería; uno en el Chorrillo a producir energía eléctrica y otros fueron comprados para concentrar toda la fuerza cinética del agua en la nueva fábrica de energía eléctrica de El Monastil.

La fabricación de papel, técnica de origen chino, llegó a ser conocida en Europa a mediados del siglo X. La efectiva expansión de la industria papelera valenciana se verifica en la segunda mitad del siglo XVIII. Las cuencas de los ríos Vinalopó, Serpis, Albaida, Morvedre y Mijares concentraron gran cantidad de estos nuevos molinos papeleros. Cavanilles señala que en Elda había tres molinos papeleros. Desconocemos sus fechas exactas de construcción. La primera noticia

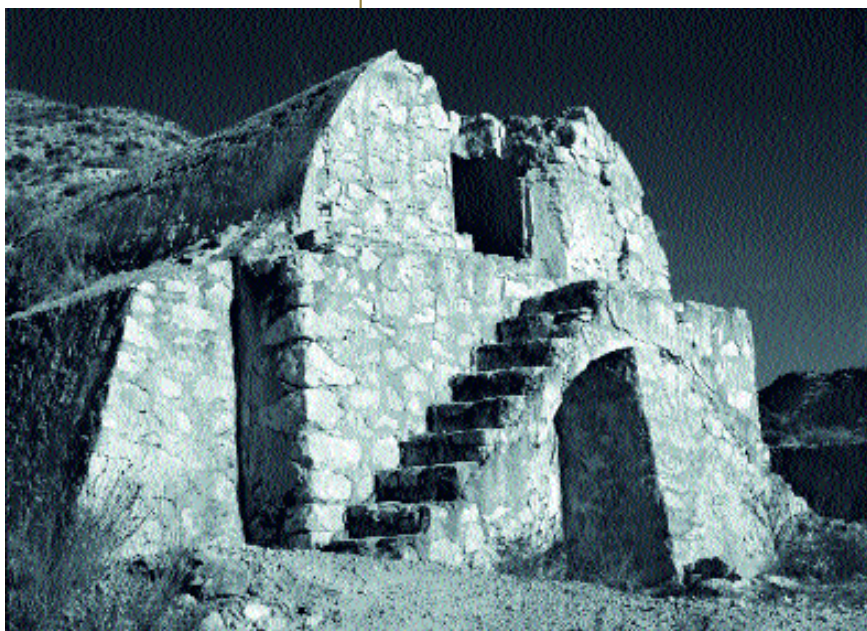


Embalse de Elda.

data del 11 de febrero de 1781 en la que se indica la existencia del «*molino de papel blanco de Tormo*» en la partida de La Horteta. Es posible que estos tres molinos se construyeran a la vez que otros muchos de Alcoi, Bocairent y Banyeres de Mariola entre 1773 y 1785. Los inversores y propietarios los conocemos por un listado de 1806: don Miguel Juan y Tormo posee un molino de papel blanco y otro de estraza¹¹ –ambos en la partida de La Horteta– y don José Ferrando y Semper un molino de papel de estraza en la partida de La Jaud. Ambos propietarios reciben el apelativo de *don*, tratamiento socio-jurídico no generalizado como ocurre actualmente, que delata una preeminencia social importante. Pueden ser encuadrados en el grupo de *ciudadanos* que en unos casos tienen pretensiones rentistas y en otros mantienen relaciones de producción de tipo protocapitalista y, por tanto, podemos considerarlos miembros de la naciente burguesía rural.

En Elda predominan los molinos de papel de estraza. Madoz nombra 7 fábricas de papel de estraza por sólo una de papel blanco, además de otro molino papelero de estraza existente desde 1787 en la partida del Chorrillo de Sax, aunque su propietario es eldense. La expansión papelera en Elda durante la primera mitad del siglo XIX podemos explicarla por las facilidades reformistas para intensificar el uso de la energía hidromecánica, la disponibilidad de agua y de mano de obra en fase de proletarianización, la capacidad inversora de un grupo social eldense, el abastecimiento de

materias primas a partir de trapos de los telares de Monòver y Elda o de trapos viejos de los aumentados vecindarios de los pueblos de la comarca. El consumo de papel aumentó con la burocratización borbónica, por lo que la fabricación eldense la abastecería. Desconocemos documentalmente las rutas comerciales del papel local, aunque posiblemente parte de la producción se dirigiría al mercado castellano y parte al puerto alicantino, tal como hacía el papel alcoyano.



Cisterna entre Bolón y el Alto del Gordo. (Foto de Francisco Rico Albert).

La desaparición progresiva de esta industria rural en Elda se dio en la segunda mitad del siglo XIX, cuando apareció la producción de papel continuo, se sustituyeron los trapos por la madera de árboles y se aplicó la máquina de vapor y la hidroelectricidad a la producción papelera. Muchos molinos de papel perdieron capacidad competitiva, entre ellos los eldenses.

El trabajo del esparto, cáñamo, juncos y carrizo estuvo muy generalizado en los pueblos meridionales como una ocupación subsidiaria de las clases empobrecidas. El esparto generó una importante actividad en algunas localidades, construyendo infraestructuras comunitarias para su trabajo –como las balsas para amerar esparto. El proceso productivo de esta artesanía tradicional era totalmente manual: recolección de la gramínea, puesta a remojo en balsas, picado y golpeado para conseguir una máxima flexibilidad, manufactu-

ración de cuerdas, esteras, felpudos, alpargatas...

Los martinetes de esparto son máquinas hidráulicas con mazos o martillos que majan el esparto para separar del tallo la fibra. Elda destaca por ser la única población valenciana donde aparecen martinetes hidráulicos de esparto. La aplicación de la energía hidromecánica al proceso de transformación del esparto es el primer paso de la mecanización del picado y golpeado de la gramínea; el resto del proceso productivo –recolección, maceración y manufacturación– continuó siendo manual. A finales del siglo XVIII Cavanilles hace referencia a esta nueva aplicación artesanal de la energía hidromecánica y su impacto en la fuerte reducción del trabajo humano y animal. La inversión en la molinería hidráulica aplicada a los procesos manufactureros, en cualquiera de sus tipologías, produjo una reducción de los costes de trabajo a costa de la disminución de la mano de obra necesaria en la producción. Dice Cavanilles a este respecto:

«Los de Elda lo reducían [el esparto] á felpudos, y así manufacturado se extraía. Era preciso majarle de antemano, y como esta operación ocupaba muchos brazos robustos que podían servir para la agricultura, Josef Juan y Anaya imaginó hacerla por medio de un martinete, sirviéndose del agua para el movimiento, y de un niño para poner y revolver sobre una plancha de hierro los manojos de es-



La cantería fue una de las pocas actividades no agrarias que contó con un número significativo de trabajadores en el siglo XIX (Archivo CIEN, Novelda)

parto, que recibían los repetidos golpes de un mazo: con tal industria un solo muchacho hacía al día tanto como cinco hombres».

La primera noticia sobre el funcionamiento de un molino hidráulico de esparto data de julio de 1786. En este mes ya funcionaba «el Molino o Martinete que para picar esparto ha construido Josef Juan de esta vecindad en la partida de Alfaguara». En abril de 1806 funcionan en Elda tres fábricas de majar esparto. En 1841 al menos existen 4 molinos de agramar esparto. En el diccionario de Madoz se indica que en Elda hay 6 máquinas agramadoras de esparto. Entre 1839 y 1854 se concedieron licencias para construir 7 molinos de esparto en la ribera del río Vinalopó. En la somera descripción que hace L. Amat de la industria rural eldense aparecen 10 martinetes de esparto. Bernabé plantea la hipótesis que la exportación de esparto crudo o picado repercutió gravemente en la manufacturación, por lo que la actuación de los comerciantes especuladores en el último tercio del XIX hizo que parte de la mano de obra emigrase, se ocupase en nuevos trabajos –el calzado, principalmente– y parte de los martinetes se transformasen.

Los primeros pasos de la industrialización zapatera

«De verdadera importancia es la industria de este pueblo que, por entero, está dedicado a la fabricación de calzado, generalmente ‘clase de batalla’ como dicen en el lenguaje industrial. Allá donde sepan que haya gran contingente de obreros, allá van los fabricantes de calzado de Elda con su calzado, ofreciéndolo a precios sin competencia [...] Esta industria se halla muy adelantada, pues tiene en uso el material mecánico más moderno para la fabricación del calzado»¹².

Esto escribía en 1901 José Ferrándiz Ponzó en su informe sobre la industria alicantina. Ahora queremos hacer un breve repaso al proceso de industrialización seguido en el siglo XIX que desembocó en esta manifiesta importancia de la fabricación del calzado. Nos centraremos en el origen, formación y primeros pasos de la producción del calzado con fines comerciales, dejando fuera de nuestro capítulo las fábricas, signo de la acumulación capitalista y de la transformación industrial de la ciudad.



Espartero en una muestra artesanal organizada por Mosaico. La del esparto fue una de las primeras actividades protoindustriales de Elda.

En todas las comunidades rurales existían zapateros artesanos¹³ dedicados al ámbito local agrario. Ahora, cuando hablamos de protoindustrialización zapatera, de lo que se trata es de saber cuando estos zapateros dejaron de orientar su actividad hacia el consumo local y consiguieron una comercialización externa que les permitía un crecimiento de la producción, del trabajo, de los beneficios y de innovaciones técnicas. Las primeras referencias a zapateros que comercializaban su calzado más allá de Elda datan de 1832. Joaquín Yago, Juan Estarlic, Juan Besa o Ramón Ganga son zapateros que por estos años marchaban a Albacete, Jumilla, Valencia o Alicante a vender sus pares de calzado. No se trata de vendedores de calzado, sino de descendientes de zapateros o de trabajadores temporales que compatibilizaban estas tareas con las agrarias. Es probable que estos vendedores fuesen los jóvenes zapateros más pobres o también se tratase de oficiales al servicio de otros zapateros-empresarios. Por ejemplo, Valero Escandell, según los recuentos impositivos de los años 1835-1847, destaca a José Payá González, hijo de zapatero, que posiblemente no era un simple trabajador sino un empresario con capacidad para emplear a otros pocos zapateros y producir para un mercado que desbordaba los límites locales. El proceso productivo todavía se realizaba en el marco de los talleres gremiales, esto es, era

una actividad predominantemente doméstica, realizada en el interior de las propias viviendas, sin utilizar maquinaria destacable ni requerir ningún tipo de obra ni transformación de los edificios.

Los factores que favorecieron el desarrollo de esta actividad zapatera a lo largo de la primera mitad del siglo XIX podemos resumirlos en cuatro: cambios agrarios; mano de obra abundante y barata; carretería, arriería y situación geográfica; y, por último, existencia de otras actividades protoindustriales previas.

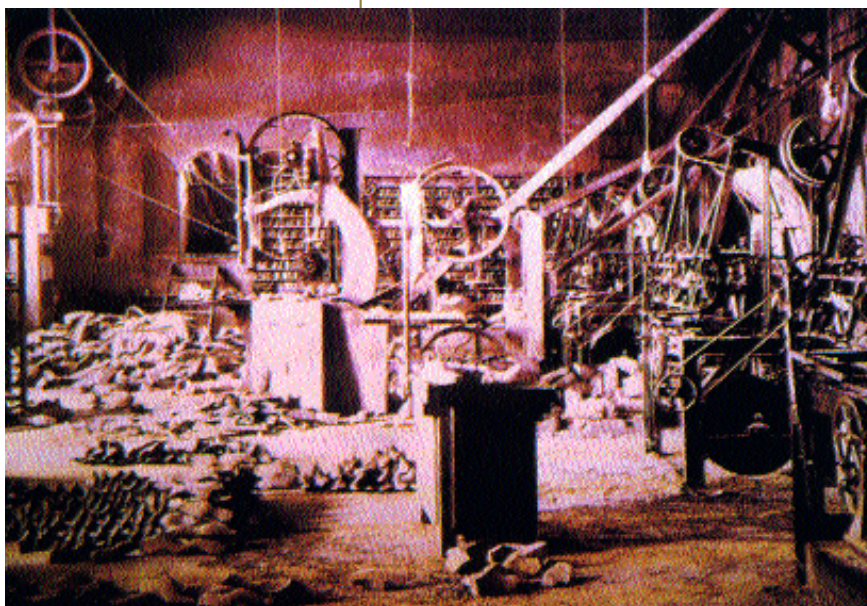
En los precedentes apartados hemos observado una serie de cambios agrícolas acaecidos en el campo eldense, sobre todo aquellos relacionados con los cultivos. El proceso de especialización agraria, principalmente la expansión de la viña, el almendro, la presencia del olivo en la primera mitad de la centuria y la progresiva sustitución del trigo por la cebada como cereal predominante, orientaron gran parte de la producción hacia el mercado. Esta secular transformación rural convive con una desposesión agraria. En Elda existía una distribución de la propiedad muy desequilibrada: el 45 % del vecindario no alcanzaba una renta de 5 libras anuales, mientras que el 3 % superaba las 50 libras. Así, en el año 1817 existían 451 jornaleros, además de 112 arrendatarios y 329 pequeños propietarios. En el año 1835 los jornaleros ya suponen el 61 % de los vecinos vinculados a la tierra. La desigualdad social era patente, lo cual facilitaba una reserva de mano de obra

abundante con salarios bajos. Mano de obra joven, por las características de la propia estructura demográfica de Elda a mediados del XIX, además del importante uso de la población infantil en tareas laborales. Esta gran reserva de familias desposeídas con muchos miembros jóvenes abastecía de mano de obra las demandas de los propietarios terratenientes de campos de viñas, olivares o cebada, además de emplearse eventualmente en la recolección y transformación del esparto o emigrar temporalmente hacia La Mancha para segar el expansivo trigo.

La situación geográfica y el volumen de la carretería y arriería facilitaron la difusión de los primeros excedentes zapateros. La posición en el Valle del Vinalopó en el trayecto que comunica el Mediterráneo con la Meseta hizo, posiblemente, que existiera un numeroso colectivo de caballerías dedicadas doblemente a las tareas agrícolas y de transporte. Arrieros y carreteros incluirían entre sus mercancías productos artesanos, junto a los más abundantes agrarios (vino, aguardiente, frutas, turrón, aceite, jabón, trigo o harina). El conocimiento de los mercados extracomerciales y las rutas comerciales facilitarían los primeros viajes de los zapatos.

Antes del afianzamiento de los talleres de calzado existían en Elda otras actividades protoindustriales, principalmente las relacionadas con los molinos hidráulicos (harineros, papeleros y de esparto) y la elaboración de productos agrarios (prensas de aceite, cubos con lagares para el vino, alambiques de aguardiente y alcohol). La elaboración de productos de esparto era la industria rural más importante de Elda durante la primera mitad del siglo XIX. La manufactura del esparto la realizaban las familias desposeídas, semiproletarizadas, que junto a los ingresos de jornales en el campo, completaban la economía familiar con el trabajo del esparto, tanto mujeres, niños y ancianos. Era, al parecer, una elaboración principalmente familiar, controlada por los comerciantes y propietarios de martinets de esparto –*domestic system*–. La alpargatería y la cordelería serían los dos sectores trabajados, tanto para el autoconsumo local como para la comercialización de los trajineros, mercaderes y del puerto alicantino. La mano de obra alpargatera y cordelera dispu-

Interior de Hormas Aguado en 1899 (Museo del Calzado de Elda).



so de obreros hábiles y disciplinados para la expansión del calzado, aunque este último tuvo un origen inversor y comercial distinto a la manufactura del esparto.

Tras la primera etapa de formación, entramos en una segunda de consolidación de la protoindustria del calzado desarrollada entre 1850 y 1890. A lo largo de estas décadas aumenta el número de fabricantes y de trabajadores del calzado. Bernabé Maestre (1975: 70), a partir de los padrones municipales, dice que en el año 1860 había 20 zapateros en Elda, que eran ya 37 en 1872 y 89 en el año 1875. En este último padrón Petrer ya contaba con 6 zapateros, además de 14 alpargateros. Pero hay que tener presente que la población vinculada a la industria del calzado es difícil cuantificarla porque los padrones municipales, u otros documentos oficiales, no incluían ni a las mujeres ni a la población infantil menor de catorce años. Valero Escandell diferencia, para el año 1867, entre fabricantes -tres- y vendedores de calzado -seis-. Los primeros viajantes, escribe, surgieron en buena medida de las propias familias zapateras tradicionales de la villa, que ahora ya contaban con trabajadores asalariados y actuaban como zapateros-empresarios. Estos fabricantes y los viajeros mantenían una estrecha relación entre sí y con el gremio del calzado.

En el año 1885 el número de zapateros ya ascendía a 187. Muchos de los nuevos zapateros son jóvenes que no son cabeza de familia. En su mayor parte provienen de familias jornaleras, pero también hay hijos de albañil, herrero, carpintero, sastre, esquilador, arriero... En estas décadas aún no aparecen propietarios agrícolas como inversores del calzado ni como empleados; sólo los jornaleros encuentran una alternativa laboral en esta industria rural en expansión. Además, en 1885 los talleres zapateros son ya la primera industria rural, muy por delante de la crítica situación de la fabricación papelera o de la decadente manufactura del esparto.

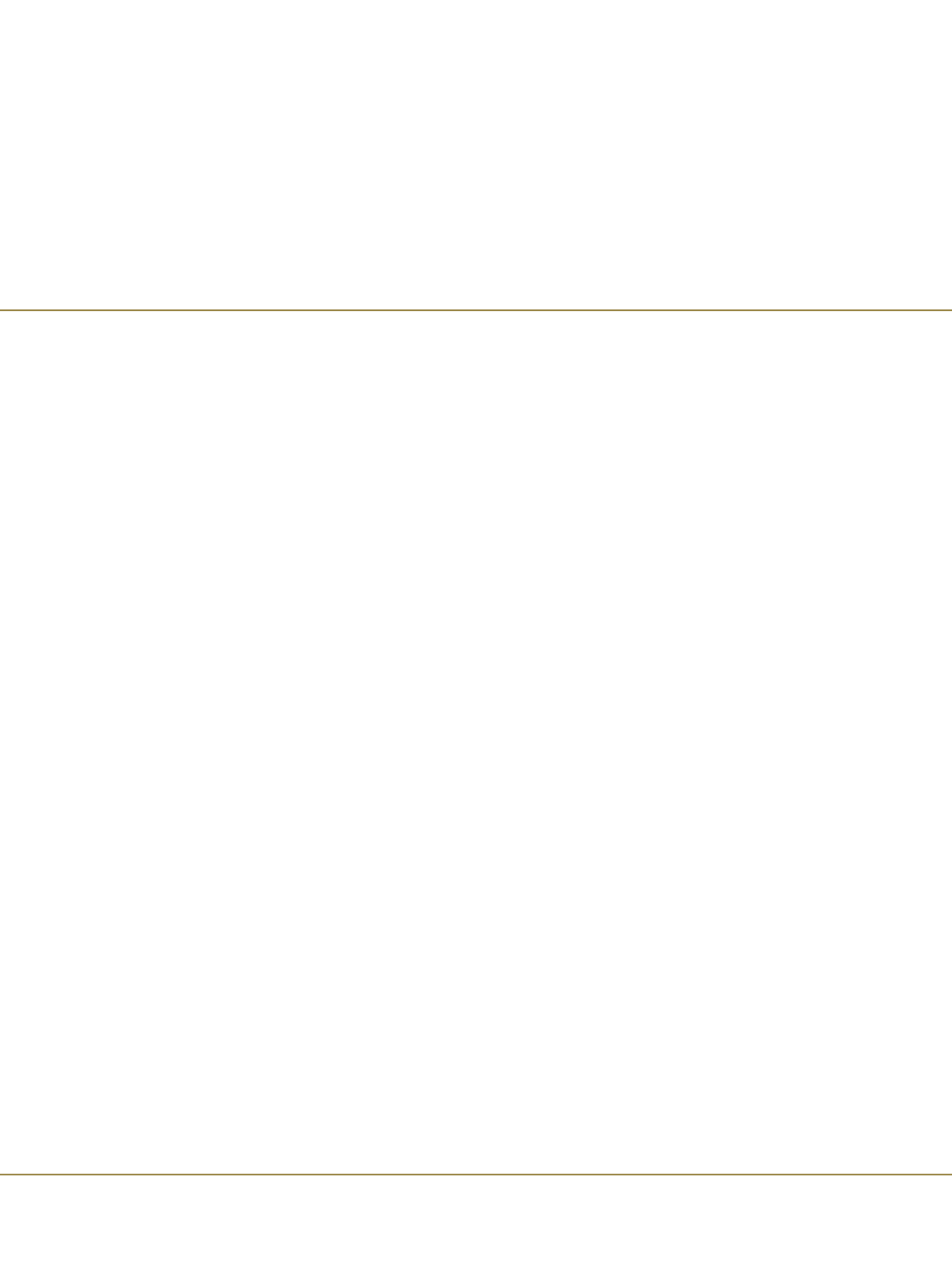
El calzado, la principal actividad de transformación de la villa de Elda, seguía siendo básicamente una actividad realizada familiarmente, en las propias viviendas de los zapateros-empresarios, con una producción absoluta-



mente artesanal. Antes de la instalación de las primeras máquinas (la máquina de coser Singer o la máquina de cortar suela) todas las operaciones eran manuales: desde buscar las materias primas, prepararlas, realizar el cortado o coser la suela. Así, pues, la inversión para montar un taller zapatero era reducida. En la última década del siglo XIX algunos propietarios zapateros habían acumulado suficiente capital para construir las primeras fábricas de calzado. Bernabé Maestre calculó que la producción en los talleres zapateros ascendía a 90.000 pares en el año 1885, cifra que se dobló en 1900 una vez construidas las primeras factorías fabriles.

Por último, cabe señalar que en 1870 aparece la primera iniciativa dedicada a la producción de artículos auxiliares para la producción zapatera: es el taller de hormas de I. Aguado, que parece ser era maestro artesano. La aparición de esta instalación auxiliar fue de gran relevancia para el desarrollo de la protoindustria zapatera, ya que suponía una división del proceso productivo y una especialización que facilitaba una reducción de costes y un aumento de la productividad. Caracteres que aumentaron en la plena industria fabril del calzado, que se desarrolló vertiginosamente en Elda a partir de la última década del siglo XIX, hasta convertirla en la principal actividad productiva de la localidad y en motor comarcal, reduciéndose paulatinamente el peso de la agricultura en esta nueva fase del capitalismo industrial.

La de Rafael Romero Utrilles (en la foto) y la de Silvestre Hernández fueron las primeras auténticas fábricas de calzado de Elda (Revista *Fiestas Mayores*).



La sociedad eldense del XIX

21

CARLOS SALINAS SALINAS

Catedrático de Secundaria

Para conocer la estructura socio-profesional de la población de Elda a fines del Antiguo Régimen contamos con el estudio del profesor Glicerio Sánchez (1981) sobre el Reparto de la Contribución de 1817 debida por la Villa de Elda. Al menos durante medio siglo la población perma-

neció estancada: 3734 habitantes en 1787 (Censo de Floridablanca) y 3846 en 1843 (Diccionario de Madoz). Era una villa agraria que a lo largo del XVIII había triplicado su población y había llegado al máximo de las posibilidades de recursos que podía ofrecer el medio, situación semejante a las de



Casa actual que recuerda las formas de vida de los terratenientes eldenses del siglo XIX (Foto de Francisco Albert Rico).

Mujeres ataviadas con mantón de Manila (Archivo EMIDESA).



otras poblaciones del Vinalopó Medio. En 1817, próxima la disolución del régimen señorial, los 939 vecinos, sujetos fiscales, disfrutaban del 60% del total de la renta líquida que generaba las propiedades y actividades de la Villa; las rentas del conde de Elda y del arrendador ascendían a un 26% y el resto se repartía entre catorce eclesiásticos contribuyentes y 170 propietarios forasteros, los *terratenientes*. El gravamen que suponía la Señoría para Elda limitaba aun más las posibilidades de acumulación de la mayoría de los activos agrícolas. El 45% de los vecinos tenía una renta anual inferior a cinco libras valencianas y el 80% oscilaba entre una y diez libras. En cuanto a los terratenientes, el 85% poseía rentas inferiores a diez libras.

Las relaciones sociales estaban fuertemente delimitadas por la capacidad de extraer riqueza de la agricultura. El 86% eran agricultores pero no todos en idéntica situación; dos grupos simétricos reflejaban un reparto desigual: 459 propietarios de renta per capita once libras valencianas, y 451 jornaleros de renta per capita tres libras. Entre los primeros sólo el 28% contaba exclusivamente con las rentas de la propiedad y el 72% dispone de otros ingresos complementarios o principales. Entre los segundos, el 60% son exclusivamente jornaleros, disponen de las rentas más bajas y el 40% tienen otras complementarias. Éstas solían ser arrendar

otras tierras y trabajar en la transformación y distribución del producto agrario, tales como la molinería, panaderos, la construcción de aperos y carros, la fabricación de aguardiente, papel, cubos y almazaras, jabón, carpinteros, herreros, tejedores, albañiles, alfareros, poceros de nieve, canteros, chocolateros, sastre, platero y seis zapateros. En total 118 vecinos activos que generaban el 7,6% de la renta total, de los cuales casi la mitad eran exclusivamente artesanos. La renta media per capita del sector era seis libras y las desviaciones de unos oficios a otros muy reducidas, pero destaca la media de poco más de tres libras en los zapateros, similar a los ingresos de los jornaleros más pobres.

El sector terciario, representado en la Elda de 1817 por veinticinco comerciantes y otros dedicados a diversos servicios y profesiones liberales, aportaba un 15,7% de la renta total. Eran 247 activos (26% del total) entre los que predominaban los dedicados a servicios, sobresaliendo 57 arrieros, 7 carreteros y 5 posaderos. Este grupo actuaba de nexo desde la centralidad de Elda recorriendo la ruta interior Alcoy-Xàtiva-Valencia y el triángulo Jumilla-Fuente la Higuera-Albacete. Relata Madoz que las diligencias de Alicante a Almansa pasaban por Elda donde se detenían a comer.

Once profesiones liberales, con renta media per capita poco más de trece libras, atendían los servicios in-

dispensables de la villa: tres escribanos, cuatro abogados, un boticario, un perito, un médico y un procurador general; estos dos últimos vivían exclusivamente de su profesión. Resumiendo, a principios del XIX el 45% de los eldenses no alcanzaban una renta de cinco libras anuales pero un 3% superaba las cincuenta.

Como ha estudiado Valero Escandell (1992), los modestos zapateros de casi todo el XIX pasaban desapercibidos; se trataba de una actividad artesanal cuya reducida producción vendían periódicamente en mercados de las provincias circundantes; todavía en 1884 ningún zapatero aparecía entre los cien primeros contribuyentes eldenses. Estas desigualdades se recogían en el Padrón de 1835 que incluía a 149 *labradores*, propietarios bienestantes, 123 *pelantrines*, arrendatarios y minifundistas, y 424 *jornaleros*.

La abundancia de mano de obra, joven y barata, la insuficiencia de la agricultura, la tradición artesanal y el conocimiento del mercado regional facilitaron el desarrollo de la zapatería

como verdadera industria en las últimas décadas del XIX. La estructura de edades de Elda ofrecía una imagen de sociedad joven; según el padrón de 1856 la población menor de cuarenta años era el 73% y los mayores de sesenta y cinco sólo eran el 4% del total. Esta juventud se combinaba con una muy alta natalidad; entre 1835 y 1885 las tasas de natalidad superaron el 4%. De este conjunto humano procedían las crecientes incorporaciones al trabajo y venta de calzado abandonando la agricultura a jornal u otras actividades. Los 32 zapateros citados en el padrón municipal de 1868 se multiplicaron en 71 (1875) y 188 (1885), cifras seguramente más altas si añadimos los menores de catorce años y las mujeres que ayudaban a los maridos, casi nunca registrados en los padrones.

La profesionalización de los niños-aprendices (en el padrón de 1875 aparece citado como zapatero un niño de nueve años) se realizaba desde edades muy tempranas, en el seno de los pequeños talleres familiares. El origen jornalero y esta socialización mantuvo



Eldenses de final de siglo disfrazados al estilo de sus antepasados, costumbre citada por Castelar en sus «Recuerdos de Elda» (Archivo EMIDESAS).

durante mucho tiempo elevadas tasas de analfabetismo. Uno de los primeros zapateros conocidos, José Payá González, nacido en 1812, figuraba en la lista de 1884 de los ciento cinco eldenses con derecho a voto en las elecciones generales por sus ingresos, pero era analfabeto y también sus hijos, tres de ellos zapateros.

Según Madoz (1843) Elda contaba con una escuela de niños con 200 matriculados y otra de niñas con 130 de asistencia, ambas sostenidas con fondos municipales. Más de sesenta años más tarde, la *Estadística Escolar de España en 1908* mostraba que el porcentaje de población de seis a doce años esco-

larizada en Elda era 24%, uno de los más bajos de la provincia e inferior a la media provincial (40%), que a su vez estaba por debajo de las tres valencianas (54%) y de España (59%). No era un caso aislado si comparamos Elda con otras poblaciones cuyo empleo industrial en 1900 superase el 10% de los activos: Crevillent escolarizaba a un 21%; Elche, 19%; Aspe, 17%; Monòver, 14%; Petrer, 26%; Villena, 37% y Alcoy, 28%. A principios del XX Elda continuaba sólo con dos escuelas públicas, una de niños y otra de niñas, que escolarizaban un total de 220 alumnos. No constaba ninguna escuela privada, aunque se anunciaban clases particulares en la prensa de fines de siglo, y en 1899 los fabricantes Jiménez y Casto Peláez ofrecieron a sus obreros la posibilidad de recibir clases nocturnas. En 1902 el Ayuntamiento eldense aprobó unánime un voto de gracias a aquellos empresarios que sostenían una escuela nocturna diaria gratuita a más de doscientos niños y adultos. Los bajísimos salarios de los hijos e hijas de jornaleros los apartaban en la infancia de la escolarización. Aún en 1900 el 73,6% de los eldenses eran analfabetos.

El abundante empleo femenino e infantil en las labores del esparto y la zapatería posibilitaba por su acostumbramiento precoz, tradicional y barato incrementar la producción en las fases iniciales de transformación de la manufactura a la mecanización del calzado. Hacia las últimas décadas el crecimiento de este sector va a impulsar cambios socioprofesionales. Siguiendo a Valero Escandell (1992), en tan sólo una década (1875-85) se generó una dinámica hacia la futura Elda del XX, núcleo urbano-industrial. Entre la primera y segunda fecha el número de oficios varió: zapateros, de 80 a 187; jornaleros, 644-562; arrieros-carreteros, 22-28; papeleros, 24-13 y sirvientes, 44-26; cifras relativas debido al habitual ocultamiento del empleo infantil y femenino. En 1885 el calzado ya era la principal actividad industrial; casi toda realizada en *tallericos* artesanales instalados en la planta baja de las viviendas familiares, pero en la última década comenzaron a levantarse las primeras grandes fábricas.

Todos estos cambios se reflejaron en la sociedad eldense cada vez más identificada por los coetáneos próxi-

Publicación de 1887 de la logia alicantina Constante Alona, con la que mantuvo relaciones la masonería eldense de aquella época.



mos y lejanos como *industriosos*. Aparecieron los primeros anuncios publicitarios de aquellas empresas y también el primer semanario ligado a los trabajadores: *El Bien General*, nombre de la primera cooperativa de obreros (1885), constituida para *procurar las comodidades del obrero en cuanto sean compatibles a su posición; proporcionarle los medios más fáciles para el desarrollo de su inteligencia por medio de la instrucción; socorrerle en los casos de enfermedad y proporcionarle recursos por medio del aborro para hacer frente a sus necesidades en las crisis o paralización del trabajo*. Llegó a contar con quinientos asociados, lo que muestra el ideal interclasista, pequeñoburgués y, quizá, republicano castelarino del proyecto. Era una sociedad de ayuda mutua; cada socio aportaba 50 céntimos semanales y organizó a todos aquellos sectores que se consideraban entonces *obreros* en sentido amplio: zapateros, artesanos, jornaleros, aparceros y algunos pequeños propietarios agrícolas. Fundaron un casino obrero y un semanario órgano de expresión. No iban más allá de un reformismo moderado, carecían de programa político y de reivindicaciones sindicales. En 1887 falleció su fundador, el joven abogado eldense Ricardo Pérez Pomares y la sociedad se diluyó.

El primer número de *El Bien General* salió el 8 de septiembre de 1886 y el último el 14 de abril de 1887; se imprimió primero en Alicante y después en Monóvar, compuesto de cuatro hojas de temas muy variados: folletines, el reglamento de la cooperativa, la campaña de recogida de firmas a favor del indulto al brigadier Villacampa, protagonista de una sublevación republicana en Madrid (1886), -recogió 507 firmas a favor del indulto en Elda y Petrer-, de denuncia del deficiente cementerio y otros asuntos. Dirigido por Agustín M^a Tato Vidal, nacido en Cuba y educado en Nueva York y París, trabajaba en Alicante como agente de aduanas; su matrimonio con la hija de José Amat Sempere, varias veces alcalde de Elda y diputado a cortes, lo vincularon a la Villa.

Hasta 1902 no vuelve a aparecer prensa periódica eldense. El número 1 del semanario *El Vinalapó* (14 de diciembre) abrirá el siglo XX. Dirigido por su propietario Miguel Tato Amat, hijo de Agustín, posiblemente cerró el



Virgen de la Salud del viejo hospital, superviviente de la Guerra Civil (Archivo EMIDESAS).

15 de mayo de 1904. Se presentaba como independiente y de amplio contenido pero su director profesaba un moderado republicanismo cercano a Salmerón y a favor de la clase obrera. Los temas preferentes en sus páginas estuvieron dedicados a la política municipal, las actividades en el Casino y en las sociedades cooperativas, la creación de la Cruz Roja local, espectáculos, poesías y noticias breves de Elda y comarca.

Consolidada la fabricación de calzado como la primera industria local, los años noventa supusieron el definitivo empuje con la construcción de las primeras factorías de calzado y la industria auxiliar necesaria (las fábricas de hormas y cajas). Aquellas empresas ya emplearon a cientos de obreros, usaban maquinaria diversa y motores cen-

Pedro García Navarro, último capitán moro de la primera época de la Fiesta.



trales. Sus empresarios, de orígenes humildes en bastantes casos, habían aprendido el oficio desde muy jóvenes y representaban la nueva burguesía local en ascenso. Los fabricantes Silvestre Hernández y Rafael Romero Utrilles serán los prototipos de industriales capaces desde la óptica del regeneracionismo finisecular, creadores de riqueza y de grandes iniciativas, ejemplares hombres para la prosperidad nacional, según la semblanza elogiosa del diario alicantino *La Regeneración* (8 septiembre 1900).

El grupo de nuevos ricos exteriorizaba signos de su pujante posición en algunos casinos y en las Fiestas Ma-

yores. Ideológicamente es significativa su participación en la creación de la logia masónica *Fidelísima*, constituida en Elda en torno a 1886, con miembros de este empresariado: Pablo Guarinos Guarinos, venerable maestro de la logia, secretario del ayuntamiento; Rafael Romero Utrilles; Blas Vera, comerciante; Juan José Jebrer Samper, José Linares Amat, Gaspar Pérez, Antonio Porta y Miguel Vidal, médico. No sabemos cuando cesó la actividad de este *Taller*, posiblemente en la crisis de los noventa de la masonería española, volviendo a Elda con la logia *Amor nº 9* en 1927.

El crecimiento económico atraía mano de obra forastera, de la comarca afectados por la crisis vinícola y de puntos alejados (Mahón y Almansa). En 1887 Elda contaba con 4.437 habitantes que ascendieron a 6.131 en el padrón de 1900; es decir, hubo un incremento del 38% debido al propio crecimiento natural y a la llegada de 600-900 inmigrantes en este periodo. Estos obreros industriales ya se diferenciaban de los antiguos trabajadores agrarios. Organizaban sociedades de socorros mutuos: *La Caridad*, fundada en 1886, contaba con 325 socios. En 1898 se funda la primera cooperativa eldense dedicada a la construcción de casas baratas, *La Prosperidad*, 154 asociados, que trató de solucionar el déficit de viviendas que la inmigración había originado. En 1900 la sociedad obrera *La Emancipación*, creada en Novelda, abrió una delegación en Elda con objetivos de procurar mejoras a los afiliados «en el orden moral y material, llevarles al conocimiento de sus derechos mediante la instrucción y la defensa de sus intereses, procurarles mejoras en la forma de verificar el trabajo y mayores beneficios en el salario». Poco después, en 1903, también se constituyó en Elda *La Regeneración* con idénticos fines de defensa del trabajador. En 1899 se produjo en Elda la primera huelga obrera reivindicativa, motivada por los bajos salarios inferiores a los de los zapateros de Madrid, Barcelona y Mahón.

Los propietarios agrícolas también en las últimas décadas logran organizarse para optimizar los escasos caudales del Vinalopó. A lo largo de la centuria la productividad agrícola descendió por agotamiento de los suelos y las sequías, por lo que los propietarios y re-

gantes que tenían derechos históricos al aprovechamiento de las aguas de las fuentes de Las Virtudes, del Chopo, Acequia del Conde, las del cauce del Vinalopó y los manantiales de la Alfahuara remodelaron sus normas en una *Comunidad de Regantes de la Huerta de la Villa de Elda*, siendo las aguas de propiedad particular de los comuneros, un caudal de 672 horas inscrito en el registro de la propiedad de Monóvar. Las aguas podían utilizarse para el riego y artefactos y ser subastada. Las ordenanzas, publicadas en 1890, fueron firmadas por Vicente Maestre, Domingo Vera y Lamberto Amat y Sempere (1820-93), el primer terrateniente de su tiempo, secretario del Ayuntamiento y autor de la obra base de la historiografía sobre Elda: *Elda. Su antigüedad, su historia (...)*, 1875.

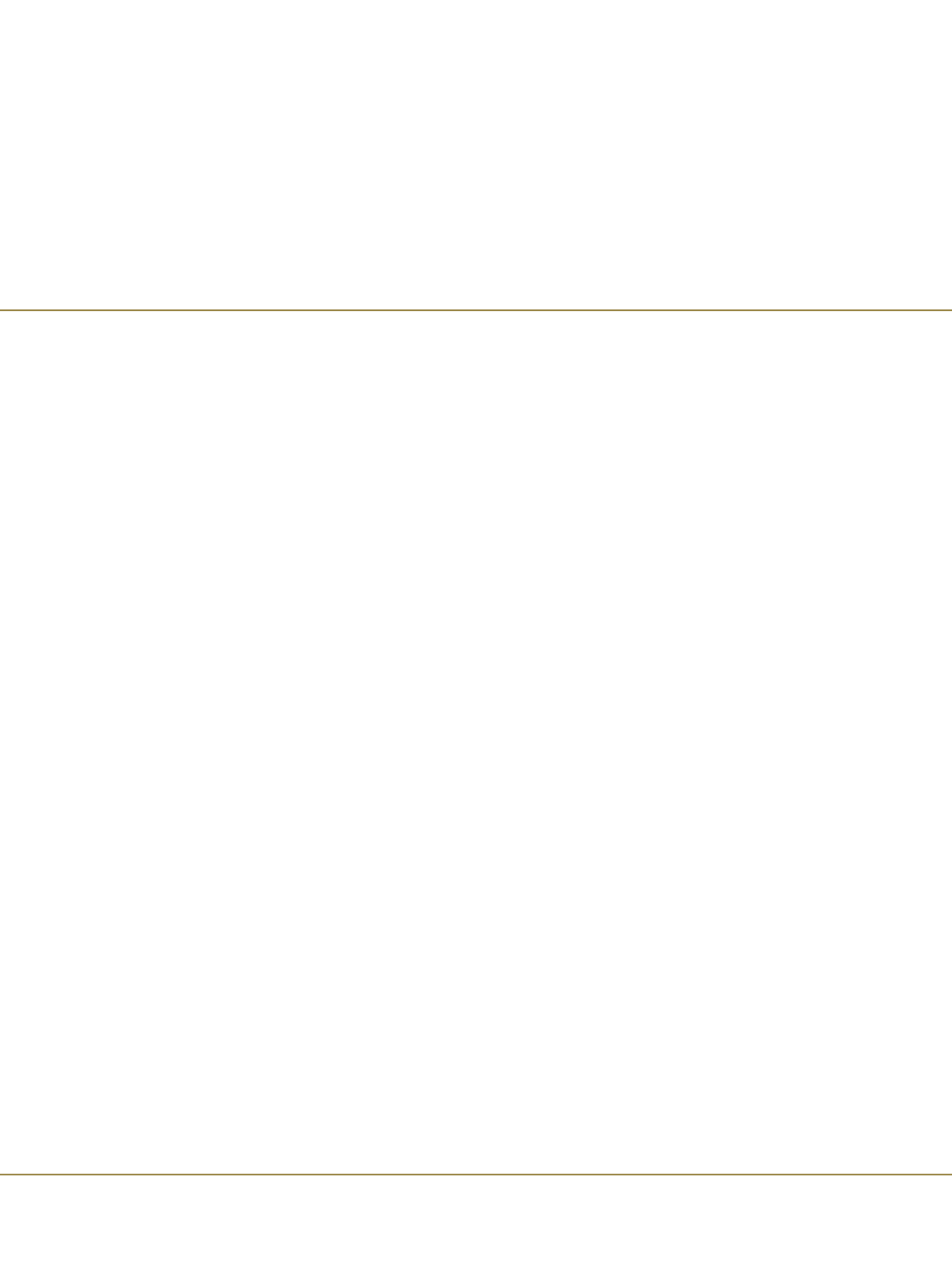
Según el Censo de Población de 1877, en Elda absolutamente todos profesaban el catolicismo. La influencia clerical directa se limitaba al clero de la única parroquia de Santa Ana perteneciente al obispado de Orihuela. El ciclo festivo estaba impregnado de actividades litúrgicas, como era habitual en un mundo de tradición rural y en el que la secularización llegaría en los años veinte y treinta del siglo XX. Los patronos locales estaban presentes en cualquier evento importante y en las fiestas: San Antón, la Virgen de la Salud, el Cristo del Buen Suceso y la Purísima Concepción. En enero San Antón presidía las fiestas de Moros y Cristianos. La Semana Santa era vivida con gran participación popular. El Domingo de Ramos era jubiloso, los balcones se engalanaban y disfrutaban tres días de *la mona*. En mayo las mujeres de los campesinos llevaban flores a la iglesia, símbolo de fertilidad, en acción de gracias por una buena cosecha. En junio la procesión del Corpus se llenaba de niños vestidos de ángeles. La noche de San Juan ofrecía un aspecto más pagano, hogueras y bailes. La Fiesta grande era en septiembre, bajo la protección de la Virgen de la Salud y el Cristo el Buen Suceso. Venían famosos predicadores de Orihuela o más lejos, se celebraban procesiones y todo el pueblo adornaba calles y balcones. En diciembre, Navidad y asistencia a la Misa del Gallo. Basta con leer el relato que hizo Castelar en septiembre de 1879, *Recuerdos de Elda o las fiestas de mi*

pueblo, para captar la religiosidad campesina de los eldenses y la sincera sentimentalidad del propio autor. En esas fechas, *El Eco de la Provincia*, diario conservador de Alicante, en su número de 10 de septiembre de 1879, recordaba a sus lectores que Castelar era un buen católico y refería que cuando pasaba días veraniegos en casa de su amigo, el hacendado Pedro Juan Amat, *en ella ha sido visitado por el clero de la villa, y muchas veces se le ha visto en el templo orando de rodillas ante la Santísima Virgen de la Salud (...)* Es buen devoto de la Señora, y buena prueba de ello son las remesas de cera que envía para iluminar el altar de la Patrona de Elda.

También en estos recuerdos Castelar rememora un vivo retrato de las fiestas de Moros y Cristianos: color, estruendo *por cuarenta y ocho horas seguidas, (...)* fuerza creadora de nuestra fantasía, y relata las fases de las representaciones festivas.

La Banda de Música de Elda –Sociedad Musical Santa Cecilia– surge en torno a 1852 fundada por un pequeño grupo dirigido por el panadero Joaquín Beltrán. Será la primera entidad cultural de amplio alcance social; colaborará o intervendrá en otras instituciones eldenses. En 1886 su director Marcelino Zacarías Gutiérrez será redactor de *El Bien General*; otro director anterior, de origen alcoyano, Juan Bautista García, ayudará con la Banda a establecer las formas de Moros y Cristianos. En agosto de 1900 la Banda dirigida por Ramón Gorgé ganó el certamen de Alicante. Este éxito asumido por toda la sociedad eldense impulsó los esfuerzos fundadores del Teatro Castelar. Es importante destacar el carácter social de esta agrupación; sus miembros eran de origen humilde, buena parte con estrechas relaciones familiares, era considerada parte muy querida de la comunidad. Simbólicamente, la calurosa recepción que la acogió tras su triunfo en 1900 fue celebrada con volteo de campanas y el estruendo de las sirenas de las fabricas zapateras.

Si la llegada del ferrocarril a Elda en 1858 supuso una ampliación de la imagen mental del espacio, la iluminación pública en 1900 a cargo de la compañía *La Eléctrica Eldense* provocó un sentimiento de entrada en la modernidad del nuevo siglo.



La cultura de Elda durante el siglo XIX

22

MARÍA DEL CORPUS REQUENA SÁEZ

Doctora en Filología Hispánica

Introducción

Cuando el siglo XIX se inicia nuestro país sufría un importante retraso cultural respecto a las novedades europeas; el setenta por ciento de la población era analfabeta y los intelectuales (tradicionalistas y progresistas) estaban enfrentados. Ideológicamente empezaba a manifestarse la división entre las dos Españas: isabelinos y carlistas, liberales y absolutistas, progresistas y moderados. Esta situación fue largamente denunciada por nuestros escritores durante la centuria. La crisis del Absolutismo y la liquidación del Antiguo Régimen son los acontecimientos que sirven de fondo a la revolución estética romántica –el primero de los movimientos culturales propios del siglo XIX. En un contexto de enfrentamiento político entre los liberales (herederos de las Cortes de Cádiz) y los conservadores (defensores del Absolutismo) se desarrolla el Romanticismo en España. La protesta contra el mundo burgués, aunque con enormes contradicciones, la insatisfacción ante los valores impuestos y los graves problemas políticos y sociales del siglo son los rasgos definitorios del carácter romántico que tanta influencia tendrán a lo largo del siglo en la cultura eldense.

Los grandes movimientos culturales que presiden el siglo XIX europeo y español son el Romanticismo, Realismo, Naturalismo y la amalgama conocida como el «Fin de siglo» que recoge tanto el Modernismo como la denominada Generación del 98; sin embargo, será el Romanticismo la característica cons-



Retrato de Emilio Castelar y Ripoll.

tante a lo largo de todo el siglo XIX eldense, puesto que la producción artística de los autores de nuestra ciudad manifiesta caracteres románticos, incluso cuando este movimiento literario ha dejado de estar a la vanguardia de los gustos de la época en la capital del Reino pero siguió subsistiendo en provincias. Si bien el Romanticismo queda datado en torno a los años 1830-1850, aproximadamente, no es un fenómeno extraño ni aislado que los gustos románticos pervivan a lo largo del siglo pese a la brevedad e intensidad del movimiento. Tal es el caso de nuestra ciudad que se in-

corpora al movimiento romántico de la mano de Juan Rico y Amat y que se seguirá manteniendo a lo largo de la centuria. Muestra de ello es que hasta el momento no tenemos constancia de la existencia de obras literarias de caracteres realistas o naturalistas; mucho menos, de las características de la literatura de fin de siglo como el modernismo o del tinte de la generación del 98 que en nuestra ciudad se manifestará con limpio esplendor en el primer tercio del siglo XX.

La sensibilidad romántica se había iniciado en Alemania e Inglaterra a finales del siglo XVIII. Entre sus precursores se han de señalar al poeta inglés Young y, sobre todo, con el alemán Goethe, su novela *Werther*, que exaltaba los sentimientos de su protagonista que acaba suicidándose ante un fracaso amoroso-, supuso el inicio del Romanticismo. Su obra maestra, *Fausto*, desarrolla una leyenda medieval: el anciano que vende su alma al diablo por recuperar su juventud; en ella examina las pasiones y anhelos del hombre en su lucha contra el tiempo.

El Romanticismo guarda conexiones claras con los movimientos anteriores. La Ilustración es el subsuelo sobre el que crece, de ella tomaron el impulso hacia la modernidad y el progreso que se ejemplifica en nuestra ciudad con la ilustre figura de don Juan Sempere y Guarinos que cierra el ciclo cultural del siglo XVIII. Los románticos conectaron con el Barroco en el gusto por la literatura nacional, la mezcla de géneros y el rechazo a las reglas en el arte. En la utilización del paisaje como partícipe del estado de ánimo del personaje, se acercaron al Renacimiento y recogieron muchos de sus temas de la tradición y leyendas medievales. En definitiva, es una nueva forma de vivir y crear que se refleja en una nueva actitud ante los problemas del hombre y de la sociedad. Esa nueva actitud queda definida por un individualismo en el que el hombre señala sus propios fines. El artista expresa sus emociones con el egocentrismo como eje relevante en todas sus acciones y pensamientos. Ligado a ello, el culto a la libertad con el que el individuo romántico proclama su derecho a expresarse, además del derecho del individuo frente a la sociedad, de la mujer frente al hombre, del obrero frente al patrón. Se rechazan las

reglas sociales y artísticas. Pero toda liberación tiene un precio, un hondo sentimiento de vacío y soledad que lleva al romántico a una continua agitación interior, al pesimismo y a la insatisfacción que definen lo que se ha llamado «el mal del siglo». La rebeldía y las contradicciones pueblan el rico mundo interior del romántico en busca de una felicidad casi imposible que choca inevitablemente con la realidad exterior burguesa. La huida es una necesidad romántica que se encamina hacia mundos pasados y legendarios, hacia países exóticos y desconocidos o hacia la interiorización de los problemas que conducen, en ocasiones, al suicidio. Frente al universalismo de la Ilustración, ahora se proclama el nacionalismo político. Cada país, región o localidad ensalza sus costumbres y valores tradicionales. Pero el Romanticismo no fue un movimiento homogéneo, sus seguidores se dividieron en torno a dos actitudes ideológicas: el Romanticismo conservador que pretende restaurar los valores tradicionales, patrióticos y religiosos; busca en la Edad Media el espíritu cristiano y caballeresco. Sus representantes son: Schegel, en Alemania; Walter Scott, en Inglaterra; Chateaubriand, en Francia y el duque de Rivas y Zorrilla en España, y el Romanticismo liberal que encarna los valores más progresistas y revolucionarios del momento. Entre sus defensores destacamos a Lord Byron, en Inglaterra; Víctor Hugo y Alejandro Dumas en Francia y Mariano José de Larra y José de Espronceda, en España. Los románticos europeos ya habían descubierto que los ideales que ellos defendían se reflejaban en la historia y en el arte antiguo español; las principales figuras europeas visitaban con anhelo España y se inspiraron en lo español: el *Romancero* y *El Quijote*, las leyendas medievales, los templos y monasterios, los tópicos y mitos. España se convirtió en el país romántico por excelencia.

El Romanticismo como movimiento renovador entra tardíamente en España y su triunfo y apogeo son cortos. A la muerte de Fernando VII y con el regreso de los exiliados liberales, el Romanticismo entra definitivamente en España. Hasta ese momento se mantienen los gustos neoclásicos que incluso conviven durante algunos años con los nuevos principios. El apogeo romántico coincide con el estreno

de la obra del duque de Rivas *Don Álvaro o la fuerza del sino* en 1835. En el año anterior ya se habían publicado obras de corte romántico como *El moro expósito* del mismo autor o *La conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa. A partir de ese momento, el Romanticismo español como estética dominante apenas dura quince años. En 1844 se estrenó *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla y en 1849 con la publicación de *La Gaviota* de Fernán Caballero, se marcó el final de la etapa romántica propiamente dicha y el inicio de la nueva estética realista. Sin embargo, el fervor romántico no se apagó totalmente y quedaron epígonos, continuadores del espíritu romántico, en pleno Realismo, aparecieron las figuras de Gustavo Adolfo Bécquer y Rosalía de Castro.

La literatura: prosa

La literatura fue una vía utilizada por el romántico para transformar la sociedad y plasmar sus ideales y actitudes ante la vida. Fueron escritores comprometidos que intervinieron activamente en la política y los conflictos sociales, a la vez que se dedicaron al periodismo como medio para llegar a la masa. Las convulsiones políticas y sociales que pueblan el siglo XIX se manifestaron principalmente a través de los escritos en prosa. Destacaron tres géneros: novela, cuadro de costumbres y periodismo, todos ellos con su correlato en nuestra literatura local.

En cuanto a la novela, durante los primeros treinta años del siglo, debido al Absolutismo, la cultura y la novela en particular tienden a inmovilizarse. Los moralistas y censores combatieron toda clase de novedades, sin embargo, hay constancia de múltiples traducciones de novelas europeas y se inició tímidamente una narrativa que surgió junto al desarrollo de la industria editorial. A partir de 1830 ya se podía hablar de una narración puramente romántica: la novela histórica.

Y novela histórica es *El castillo de Elda* de Juan Rico y Amat publicada en el folletín de *La Ilustración* de Madrid durante el período 1843-1844. Esta obra responde a esa actitud romántica que mira de manera nostálgica hacia un pasado en el que se recrea el universo legendario e idealizado de la Edad Media española, en este caso eldense, como principal fuen-

te. En el ámbito de la literatura española, la primera novela histórica: *Ramiro, conde de Lucena*, de tema musulmán, había aparecido en 1823; *El Doncel de Don Enrique el Doliente* de Mariano José de Larra y *Sancho Saldaña o El castellano de Cuéllar* de José de Espronceda en 1834; la obra más importante de este género: *El señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco fue publicada en 1844 –coetánea al folletín de Rico y Amat. El paralelismo temporal de ambas obras muestra a un Juan Rico imbuido por completo en las corrientes literarias de su época. También el joven Emilio Castelar es ejemplo de la vigencia de la novela histórica pues sus primeros escauceos literarios se manifestaron en el ámbito de este género literario; tal es el caso de sus novelas: *Fra Filippo Lippi* en 1877-1878 y *Santiago el posadero* (que carece de fecha de publicación). La incursión de Emilio Castelar en el género novela fue temprana: *Ernesto. Novela de costumbres* fue publicada en 1855¹ y las *Leyendas populares* en 1857. Sin embargo, el nombre de Castelar será tenido en cuenta en el campo de la novela a partir del éxito editorial de *La hermana de la Caridad*, editado en 1857 y reeditado en 1862 y 1881, además de traducida al italiano y al portugués, en ella se presenta la influencia de Lamartine y Chateaubriand. Tras esta novela, Emilio Castelar se aparta de la corriente realista-costumbrista iniciada por Fernán Caballero con su novela *La Gaviota* (1849) y tiende hacia unos credos estéticos enraizados en la prosa histórica y con múltiples secuencias propias de la novela sentimental. *Historia de un corazón* (1874), *Fra Filippo Lippi*, *El Suspiro del moro* (1885-1886) y *Don Alfonso el Sabio o el hijo de San Fernando* (1867) son la evidente prueba de su alejamiento de la novela realista»².

Las guerras contra Napoleón Bonaparte suscitaron un fuerte sentimiento nacionalista en los pueblos; así, se exaltaron todas las peculiaridades y tipismos populares, el Romanticismo reivindica lo tradicional y se de-



Retrato de Juan Rico y Amat, en su *Historia política y parlamentaria de España*.

sarrolla un género nuevo: el costumbrismo. En general, se trata de una descripción inmovilista de la realidad que carece de desarrollo dramático, utiliza la técnica folklórica, es de extensión breve; procura amenidad y gracia en el estilo y lenguaje; sus temas tratan la actualidad de su tiempo: pintura de usos y costumbres de la sociedad decimonónica, calles, diversiones, gustos, paseos, etc. Mariano José de Larra, Ramón Mesonero Romanos y Serafín Estébanez Calderón son los autores más representativos de este género literario. Juan Rico y Amat publicó sus *Cuadros de costumbres* en 1844 siguiendo las líneas generales arriba citadas. La escuela de los maestros costumbristas se percibe en los escritos de famosos periodistas publicados en las colecciones de la segunda mitad del siglo XIX, como *Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos pintados por sí mismo* en el que Emilio Castelar colabora con el artículo «El hombre de Estado».

Las impresiones o libros de viaje entroncan con una ilustre tradición literaria que siempre ha tenido una buena acogida por el público; Emilio Castelar publicó *Un año en París* (1875) y *Recuerdos de Italia* (1870) en los que relata sus experiencias y sensaciones como viajero por estos lugares.

En la órbita de la prosa satírico-costumbrista romántica se inscribe el *Diccionario de los políticos o verdadero sentido de las voces y frases más usuales entre los mismos, escrito para divertimento de los que ya lo han sido y enseñanza para los que aún quieren serlo* (1855) de Juan Rico y Amat.

Durante la segunda mitad del XIX, Francisco Laliga aporta una prosa que según Emilio Maestre debe considerarse «como una manifestación más de su poesía»³ y por ello, se podría sugerir afin en cuanto a temas a los maestros del Realismo aunque permanece un elemento intimista común a todas sus obras. Laliga siempre deja traslucir sus ideas de corte romántico tradicional que se manifiestan en sus obras: *Páginas de un moribundo*, *La primavera*, *Impresiones de partida* y *El descubrimiento de América*.

La prosa de Juan Rico y Amat Emilio Castelar y Francisco Laliga demuestran la pervivencia del Romanticismo en sus obras, aunque Realismo/Naturalismo y Modernismo hubiesen irrumpido en el panorama de las letras hispanas.

La vida cultural y política y las transformaciones sociales y económicas del siglo XIX se vertieron en la prensa periódica hasta convertirse en un medio imprescindible para una sociedad moderna. El poder de la burguesía y los avances técnicos propiciaron la rápida difusión de estos diarios y revistas y una mayor calidad en la transmisión. En sus páginas se difundían ideas, opiniones, acontecimientos y proyectos y permitió el nacimiento de un nuevo género: el artículo.

La prosa periodística tal como hoy la conocemos nació en las Cortes de Cádiz en 1812 y alcanzó su máximo esplendor en la revolución de 1868. El periodismo de opinión cumplía una función de educación política; la literatura se acomodó a los reducidos formatos de la prensa y en ella aparecieron ensayos, poemas, relatos cortos y a partir de la década de los cuarenta se reservó un espacio para la novela por entregas que gozó de gran popularidad. Los escritores y pensadores románticos se sirvieron del periódico como vehículo perfecto para transmitir sus ideas de progreso.

La actividad periodística de los eldenses del siglo XIX posee un enorme dinamismo, publican sus artículos no sólo en Elda, sino también en Alicante y Madrid.

Así, Juan Rico y Amat publicó en el folletín de *La Ilustración* de Madrid en 1843-1844 *El castillo de Elda*. Obra de juventud de la que se ha hablado arriba. Colaboró con *El Almanaque ilustrado y Libro de memorias* de Alcoy en 1864. Fundó y dirigió en Madrid *La Farsa*⁴ en 1867, *El noticiero de España* en 1868 y *Don Quijote*⁵ en 1869 siendo el primero y el último de claro matiz antirrevolucionario con predominio de la sátira política. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que su conservadurismo ideológico y el carácter satírico de buena parte de su obra se trasladaran también al ámbito teatral, como se verá más adelante. Las colaboraciones periodísticas de Lamberto Amat y Sempere se establecieron en Alicante con *El Graduador* en el que publicó las biografías de Juan Sempere y Guarinos y Juan Rico y Amat. Estos artículos vieron la luz en 1882 durante los meses de julio y agosto⁶ y dada la calidad de las mismos Milego y Galdó los reprodujo en su obra *Alicantinos ilustres* (1905). También en *El Gra-*

duador vieron la luz los escritos de Justo Juez Sirvent (1808-1891) que trataban temas locales y de opinión. Agustín María Tato y Vidal (1835-1899) fue el director de uno de los primeros periódicos eldenses: *El Bien General* que tuvo una vida de dos años: 1886 y 1887; además, colaboró con artículos de actualidad y opinión en *El Graduador*, *La Unión Democrática*, *La Tarde*, *La Correspondencia Alicantina*, *El Municipio*, *La Patria*, *La Monarquía*, *La Peñola*, *El laurel* y *El Constitucional Dinástico* de Alicante; *El Globo* y *El álbum de las familias* de Madrid y con *La Aurora de Ymuri* de Matanzas (Cuba). Hombre de sólida formación intelectual Antonio del Val y Ripoll (1839-1886) colaboró con artículos de temática heterogénea en *La Democracia* fundado por don Emilio Castelar en Madrid en 1864. Tras el golpe de estado de Pavía que acabó con la I República Española publicó en los periódicos madrileños *El Globo* y *La Democracia*. Sus artículos son de carácter diverso: de opinión, crítica literaria y artística; la crítica musical también tuvo su hueco con escritos sobre ópera y zarzuela que firmaba con sus iniciales o con el pseudónimo Davell. Emilio Castelar y Ripoll (1832-1899) fue, sin duda, uno de los insignes escritores de la prensa ilustrada de la época, sus publicaciones sobre acontecimientos literarios, científicos e históricos encontraron en este medio un lugar privilegiado desde el que difundió sus opiniones; en sus páginas, el análisis de la literatura de su tiempo tuvo siempre un lugar destacado y desde ellas puede ser estudiada la evolución de las ideas estéticas y las formas literarias. Se ha de recordar la publicación en *La Ilustración Española* de *Recuerdos de Elda o las fiestas de mi pueblo* en 1879. Domingo Tomás Vera Maestre (1850-1904) realizó colaboraciones en la prensa eldense como *El Bien General* (1886), *El Vinalapó* (1902-1904) y *El Centenario* (1903-1904); sus primeros artículos en la prensa alicantina aparecieron en 1878 en *La Provincia* en los que abordó temas políticos de carácter local y nacional; a lo largo de 1883 aparecieron publicaciones suyas en *El Eco de la provincia* y *El Periódico para todos*. José Payá Pertusa (1853-1925?), cultivó la amistad de Manuel Rico García quien le dedicó un apartado importante en su *Ensayo biográfico y bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*. *La Co-*

rrespondencia Militar, fundada en 1877, acogió las publicaciones de este militar de prestigio a partir de 1882⁷ en que se publicaron artículos de opinión como «El fomento de la Marina de Guerra» e incluso cuentos como *La Nochebuena del Soldado*. El periódico eldense *El Bien General* recogió su colaboración sobre la figura de Antonio del Val el 10 de marzo de 1887. Realizó colaboraciones para *El empleado cívico militar* y fue el fundador de *Los destinos civiles*, el 1 de abril de 1890. Cabe destacar el artículo que con el título «Elda y Castelar» (1899) apareció en la publicación *Recuerdos de Elda o Las Fiestas de mi pueblo* al que Azorín hizo referencia en sus escritos sobre el ilustre tribuno. Ricardo Pérez Pomares (1859-1887), abogado, escritor y poeta romántico «sentimental» fue el fundador de *El Bien General*⁸; publicó sus artículos con el seudónimo de Aroldo y trató temas diversos de interés general; sus artículos aparecieron en otros periódicos como *El Termómetro* de Monóvar y *El Novel* de Novelda; además, el periódico *El Eco de la Provincia* de Alicante recogió en 1883 su artículo de carácter histórico: «Disertación histórica sobre un acontecimiento de la provincia de Alicante: Alicante en 1812». Manuel Payá Pertusa (1862-1947) publicó sus artículos de carácter filosófico /moralizante en *El Bien General* de Elda durante los años 1886-1887 y en el periódico eldense *El Vinalapó* durante el bienio 1902-1904. Francisco Sempere Maestre (1867-1935) utilizó la prensa como medio de propaganda de las ideas republicanas y socialistas, como solía ser frecuente en la prensa de la época: es el denominado genéricamente «periodismo de combate». Sus artículos aparecieron publicados en el madrileño *La República*, y desde 1891 en los periódicos alicantinos: *El Ciclón*, *El Clarín*, *La Correspondencia de Alicante*, *El Noticiero*, *El Pueblo Republicano*, *Heraldo de Alicante*. Parece ser que no firmaba sus artículos o lo hacía con seudónimos no identificados hasta ahora, según indica Alberto Navarro.

Los articulistas eldenses participan de las características de la prensa del siglo: fundamentalmente difusora de ideas políticas y culturales. Se trata de que la palabra llegue cada vez con mayor nitidez a un pueblo todavía iletrado pero con inquietudes despiertas y prestas a entrar en acción como prueba la Historia de la época.

Teatro

El teatro de la primera mitad del siglo se hizo eco de la concepción desgarrada y dramática del espíritu romántico, convirtiéndose en uno de los géneros más característicos. Sobre todos los géneros triunfó el drama aunque se siguió cultivando la comedia. Nació en Alemania con Schiller. En España su aparición fue tardía, se produjo en 1834 con el estreno de *La Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa y pervivió escasamente quince años. Se puede hablar de la obra de José Zorrilla, *Traidor, infancho y mártir*, de 1849, como último ejemplo. Temas, personajes, escenografía, recursos formales y finalidades se muestran como características generales del teatro romántico, donde el tema fundamental es el amor; más allá del bien y del mal, los amantes aspiran a la unión perfecta, pero es un sueño imposible. Unidos a este tema aparecen el azar, la libertad, la rebeldía política o moral, las pasiones ilícitas o la venganza. A veces la falta de profundidad dramática en el planteamiento del tema es compensada por una gran habilidad para construir la intriga. Entre los personajes sobresale por encima de todos el héroe del que destaca su origen desconocido, el misterio que envuelve su persona, su amor a la libertad, su búsqueda de la felicidad y la inevitable desgracia que acaba con sus sueños. De la heroína que lo acompaña destacamos su inocencia, dulzura y la intensidad de su pasión. Alrededor de ellos los demás personajes parecen existir sólo para oponerse al amor de la pareja protagonista o para asistir, impotentes, a la destrucción final. La escenografía es muy importante en el teatro romántico; tienen predilección por panteones, paisajes abruptos y solitarios, mazmorras, riscos y montañas, etc. Frente a la ausencia de acotaciones en el teatro neoclásico, abundan aquí tanto las que se refieren a la escenografía como a las actitudes de los personajes. La escenografía no es un simple marco de acción sino que cumple una función dramática importante. Entre los recursos formales, atendiendo a la libertad como principio artístico, el teatro romántico rechaza todas las reglas, busca reflejar lo grotesco de la realidad más que la verosimilitud, mezcla lo trágico y lo cómico y la prosa y el verso en todas sus va-

riantes métricas. Se rompen las unidades aristotélicas de tiempo y lugar, la complicada intriga requiere cambios constantes de lugares escénicos; respondiendo todo ello a una estructura dinámica de la acción. El número de actos varía entre tres, cuatro y cinco; a veces se les da el nombre de jornadas en un claro entronque con el teatro nacional del Siglo de Oro. Son también utilizados elementos efectistas como intensificadores del clima trágico para producir sorpresa, horror y todo tipo de efectos teatrales. La finalidad última es conmover al espectador, llegar a su fibra más sensible, hacerle reír y llorar. Se toman elementos del teatro del Siglo de Oro, intensificando la pasión amorosa; la Historia aparece como telón de fondo, pero sólo captan la anécdota, el detalle de lo pintoresco, no su esencia verdadera. El desenlace siempre es trágico: la destrucción del individuo por el mundo en la línea de la fatalidad romántica. Coincidimos con Juan A. Ríos⁹ en que las obras de Juan Rico y Amat, tanto *Los misterios de palacio* (1852) como la obra teatral en prosa *¡¡¡El miércoles!!!* (1864) muestran los tópicos del teatro de la época si bien esta última obra es un juego teatral destinado a hacer reír al espectador. *Conspirar con buena suerte* (1853) recoge las características tipo del género teatral en Juan Rico y Amat que queda inscrito en una especie de interregno en el que las corrientes literarias no están bien definidas, esto es, se encuentra a caballo entre las características del Romanticismo y las de la Alta comedia o comedia burguesa que adquirió toda su fuerza durante la Restauración. Sin embargo, nos encontramos ante un autor que plasma todos los rasgos que perviven del teatro romántico, se trata de un autor de género que mantiene los esquemas de la comedia neoclásica y la de costumbres. En definitiva son obras que mezclan el costumbrismo con la moraleja final, tal es el caso de *La escuela de las madres* (1859), *Vivir sobre el país* (1863), *El mundo por dentro* (1863) y *La belleza del alma* (1864). Juan Rico y Amat se convirtió en apologista de la monarquía isabelina en *Costumbres políticas* (1855) obra que muestra una sátira de la vida política de entonces teñida de rasgos reaccionarios y demagógicos. *El infierno con honra* (1870), zarzuela bufo-político-social en tres actos, es un ataque frontal contra la Revolución de

1868, presentada como fuente de todos los males que acucian al país.

La obra teatral de Francisco Laliga Gorgues (1861-1928) ha sido estudiada por Alberto Navarro Pastor¹⁰ quien señala que debido a «lo escaso de la producción teatral de Francisco Laliga que ha llegado a nosotros (*De los inconvenientes de no hablar claro* (1876) y *El hijo de las lagunas* (s.f.)) no es posible valorar la importancia de su obra si se desea hacerlo con estricta objetividad». Si bien *De los inconvenientes de no hablar claro* queda calificada como una obrita de juventud; diferente es el caso de *El hijo de las lagunas* que reúne las características propias de los dramas románticos arriba citadas que perviven en el tiempo a pesar de que el movimiento romántico se había extinguido dando paso al Realismo y al Naturalismo cuyas características no serán recogidas por el autor eldense que, o bien no se sentía identificado con las nuevas corrientes, o quizá las desconocía. Otras obras de Francisco Laliga fueron: *La felicidad consiste en la virtud*, *Esclavos del corazón*, *Un mártir de la fe*, *La voz del remordimiento*, *Los dos amantes*, *El aroma de una flor* y *Aurora*; todas ellas citadas por Manuel Rico García y de las que sólo se tiene esta referencia tal y como indica don Alberto Navarro.

Poesía

El signo de la poesía en la Elda del siglo XIX es puramente romántico, cierto que los representantes de este género no brillan con luz propia en el panorama general de las letras hispanas, pero se constituyen en representantes típicos y tópicos de este movimiento que alumbró con distintos matices la lírica de este siglo XIX que aporta figuras destacadas desde el punto de vista local. Si bien en su primera mitad el Romanticismo es un movimiento de renovación y conflicto en el que luchan la novedad y la tradición: tradición clasicista inmediata que procede del XVIII y tradición clásica española que se oponen a la influencia de un medievalismo que se presenta como renovación. Junto a esta tradición *vs.* revolución, corren paralelas tanto la poesía satírica y epigramática, como la poesía de ocasión o de circunstancias, consagrada a la exaltación de personas o de hechos históricos, destaca como género predilecto de los poetas la elegía ro-

mántica. Hay que tener en cuenta que en esta etapa luchan y se confunden tres líneas importantes que es preferible no separar: de un lado, la formación clásica de los poetas y la moda romántica; de otro, el gusto por lo épico y lo lírico; por último, la que mantiene la mixtura y tratamiento por parte de los poetas de lo culto y lo popular. La poesía romántica supone respecto al neoclasicismo una renovación en cuanto al fondo y a la forma. Al fondo artístico por la libertad en la elección de los temas, admitiendo como tema lo feo, lo desagrada-



Retrato de Francisco Ganga Ager, *El Seráfico*, realizado por Pedro Carpena.

ble y lo terrorífico. El subjetivismo romántico produce la sensación de caos y anarquía, junto a ello va la exageración, lo desmesurado y hasta lo monstruoso, el dominio de la fantasía sobre la razón y, curiosamente, de lo histórico sobre lo cotidiano. A estos rasgos acompañan lo grotesco y lo pintoresco, lo medieval y lo oriental, y la recuperación del valor estético de lo religioso. Por otra parte, la lírica romántica se acerca al subjetivismo de los estados de ánimo vagos y llenos de un dolor congénito que adquiere formas de pena, de hastío y de tedio que camina hacia el abandono de la vida. De la melancolía al suicidio y de ahí al nihilismo. Además, la exaltación del Yo lírico se proyecta en la naturaleza con la consiguiente exaltación del paisaje. Aquí entra un tema tan querido por el Romanticismo que se debate entre la naturaleza y la ciudad: las ruinas que evo-

can el pasado colectivo y los recuerdos del pasado individual revividos en el presente. La presencia de pasado y presente, de monumento y paisaje aparecen, también en los sepulcros del cementerio. Aparte está el ambiente del cuento fantástico, con la citada mezcla de lírica y épica, o, como se ha dicho, con la irrupción de la lírica en los terrenos de la épica. En el Romanticismo se oponen los románticos apasionados a los románticos llorosos que se advierte en el uso de diversos metros: los primeros utilizan ritmos externos y vibrantes, y los segundos ritmos lánguidos. Los primeros tienden a la pasión, los segundos a la elegía que dará lugar más tarde al movimiento llamado intimista. Además del uso de la polimetría, los románticos renovaron la métrica, rescataron metros antiguos (medievales, clásicos, barrocos). Es tal vez el género en el que mejor expresa el romántico su actitud ante la vida. El poeta se convirtió en el intermediario entre el mundo del arte y el resto de los hombres.

Los primeros atisbos de una nueva sensibilidad poética aparecieron en autores de formación neoclásica como José Cadalso o Juan Meléndez Valdés, de este último ya se ha señalado su pronunciado subjetivismo y la tendencia al énfasis. Pero la verdadera poesía romántica triunfa plenamente en la década de los treinta con José de Espronceda y José Zorrilla entre otros. Los poetas románticos desterraron los idilios pastoriles, el didactismo y la uniformidad métrica anterior, y crearon una poesía centrada en el individuo, sus emociones, sentimientos y aspiraciones. Los temas que giran en torno a ese espíritu romántico son, entre otros menores: todos los sentimientos del poeta, principalmente el amor, temas exóticos extraídos de leyendas y tradiciones de Oriente, recreación de los ambientes medievales, el tema de la muerte, lo satánico y sobrenatural, y la libertad. En la forma se aprecia la inspiración y la espontaneidad como fuerzas motrices y una clara intención renovadora en todos los aspectos formales y estilísticos con la rehabilitación del romance, los nuevos ritmos acentuales que producen un gran sentido de la musicalidad, alternancia de estrofas de distintos metros y medidas: octava real, redondilla, décimas, etc.; abundantes descripciones como marco para el frenesí vitalista ro-

mántico, y todo ello con la utilización de un lenguaje culto, retórico y grandilocuente. Aunque es difícil determinar una clara frontera entre los distintos géneros poéticos dentro del Romanticismo, podemos, sin embargo, señalar dos tipos de poesía. La poesía narrativa que posee un tono épico-heróico y constituye uno de los mayores logros del Romanticismo español. Arranca de la tradición del Romancero y se inspira en temas legendarios, históricos y exóticos. Formalmente utiliza la polimetría y un lenguaje retórico con abundancia de epítetos y palabras esdrújulas. Se inicia con *El moro expósito* (1834), del duque de Rivas, cuyo tema gira en torno a los Infantes de Lara. Del propio Rivas es también una serie de romances de tema histórico. José Zorrilla es autor de un poema extenso, *Granada*, y de las famosas leyendas, recopiladas bajo el título de *Cantos de trovador*, entre las que destacan: *Margarita la tornera* y *A buen juez, mejor testigo*. El autor más representativo de esta tendencia es José de Espronceda. Su poesía representa la dirección más revolucionaria del Romanticismo español, comparable a Lord Byron en la poesía inglesa. Resume toda una época no sólo por su vida sentimental azarosa y una actitud política apasionada.

De otro lado, lo lírico impregna todas las composiciones románticas porque la exaltación del yo es consustancial al movimiento. Pero también existe una poesía lírica propiamente dicha que se desarrolla independientemente. Los temas giran en torno al amor, esperanzas y desengaños, la sociedad o la moral, pero siempre bajo un prisma intimista.

Entre los géneros líricos se cultiva la balada, la elegía, las canciones y los romances. En su forma es más sencilla y menos retórica que la poesía narrativa. Podemos distinguir dos etapas: la etapa romántica (propiamente dicha) que coincide con el triunfo y apogeo del movimiento. Entre sus cultivadores vuelve a destacar José de Espronceda y su obra titulada *Poesías* (1840) en la que recoge himnos, odas y canciones de corte lírico. Destacamos *La Canción del pirata*, un himno de exaltación de la libertad al margen de la sociedad; con ella inaugura la glorificación del marginado, del rebelde frente a la sociedad organizada, la aventura frente a las re-

glas de convivencia y contra el concepto burgués de «seguridad». En la etapa postromántica se produce el mejor ejemplo de lirismo español cuando ya el Romanticismo, como movimiento, decae en Europa, entrada la segunda mitad del siglo XIX. Esta nueva etapa se caracteriza por abandonar el tono retórico y los excesos narrativos, despegarse de lo legendario y ofrecer una poesía más subjetiva con nuevos cauces expresivos. Los dos autores más destacados son Gustavo Adolfo Bécquer y Rosalía de Castro.

Ejemplos patentes de las características arriba citadas son los poetas eldenses: Francisco Ganga Ager «El Seráfico» (1812-1870), Juan Rico y Amat (1821-1870) representantes de la lírica de la primera mitad de siglo; junto a ellos, dos autores que pertenecieron a la Sociedad Literaria de Alicante que recogen las características de la lírica provinciana de la segunda mitad de siglo: Francisco Laliga Gorges (1861-1928), Domingo Tomás Vera Maestre (1850-1904). La lírica religiosa está representada por don Gonzalo Sempere y Juan (1804-1881) con su *Novena a la Dulcísima Virgen María bajo la advocación de la Salud* (1856)¹¹.

Francisco Ganga Ager «El Seráfico» es sin duda un ejemplo de actitud romántica ante la vida. Además, ofrece un amplio abanico temático en su obra poética presentando composiciones de tema religioso como «Ave María», «El padre nuestro», «A la Virgen de la Salud», «A Santa María Magdalena»; el viejo tópico medieval que nos muestra a la muerte igualadora de todos los estamentos sociales y representado por las Danzas de la muerte será recreado en «Mueren todos los prelados...», así como la evocación a la vida de la Fama terrenal en «Epitafio a Roque Calpena, de Monóvar» o en la composición «Murió D. Francisco Vera»; la reproducción de estos tópicos no muestra a un Seráfico iletrado, sino a un conocedor, evidente, de las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique. De tema satírico-político son entre otras: «A Garibaldi», «A la muerte del Rey Don Fernando VII», «Muy pronto reina Isabel...», «Topete, Prim y Serrano», que muestran su vena republicana y democrática tan en boga en su época y que siguen la línea romántica revolucionaria de Espronceda. De carácter costumbrista son: «¿A dónde corriendo

vas», «Déjame que beba vino». El tono laudatorio predomina en: «A la primera misa que cantó. D. Felipe Amat Quezada», «A D^a Estela. Esposa del ingeniero jefe de la línea de Madrid-Zaragoza-Alicante, en la época de la construcción de dicha línea; señora muy caritativa». El Seráfico es quizá el poeta romántico por excelencia de este siglo, no sólo por el carácter de sus composiciones, sino por su actitud vital básicamente rebelde contra la sociedad en la que vive, aunque aquélla toma como en otros muchos casos tintes autodestructivos en los que se manifiesta el pesimismo vital del poeta.

La poesía de Juan Rico y Amat (1821-1870) representa la otra cara de la moneda del periodo romántico, pues su obra recoge las características del romanticismo reaccionario siendo la antítesis de «El Seráfico». Su obra muestra los rasgos de un poeta propagandista católico, apologista de la monarquía isabelina e ideológicamente influido por Donoso Cortés. Su pensamiento político se muestra con claridad en su *Diccionario de los políticos* publicado en 1855 y muy interesante para entender los modos electorales y parlamentarios de la época, además de emplazar a su autor en un conservadurismo que, salvo por su defensa de la monarquía isabelina, coincide en mucho con el de los carlistas. Eugenio de Harzenbusch prologó el volumen *Poesías serias y satíricas* (1842) de Juan Rico y Amat señalando que «En las composiciones festivas de D. Juan Rico y Amat luce soltura en el uso del metro, espontaneidad en la expresión y gracejo urbano», aunque las composiciones serias son calificadas de «harto flojas». Otras obras de menor entidad son los *Sonetos*, publicados en la *Corona poética con motivo de las bodas de la reina Isabel II y su hermana doña María Luisa Fernanda* (1848), *Poesías escritas con motivo de la inauguración del Teatro Real, por varios ingenios españoles* (1850), *Poesía*, en *Corona poética* (1851) dirigida a la Reina Isabel II con motivo del feliz alumbramiento y natalicio de su vástago, en octavas reales; la composición *Lágrimas de España por el trágico suceso ocurrido en el Real Palacio el 2 de febrero de 1852* tiene como tema el intento de regicidio ocurrido en el momento en que la Reina Isabel II acudió a presentar a su hija la Infanta Isabel («La Chata») a la Virgen de Atocha.

Tienen en común los poetas de la segunda mitad del siglo XIX el hecho de pertenecer a la Sociedad Literaria de Alicante, quizá el catalizador cultural de la provincia. La Sociedad Literaria de Alicante comenzó sus actividades en 1881. Según Juan A. Ríos, las reuniones de ésta se prolongaron a lo largo de toda la década, y la publicación de unos folletos que reproducían las composiciones leídas en las sesiones y otros datos permiten reconstruir la trayectoria de una Sociedad que ejemplifica la vida literaria en provincias durante la Restauración (1874-1902).

El mecenas de esta agrupación fue José Sánchez Manzanera, opulento comerciante que todos los años acogía en sus salones a personalidades y poetas alicantinos con motivo de su onomástica. El homenajeado ofrecía a sus invitados espléndidos banquetes que preludiaban la lectura de los poemas, cuya publicación costeaba y que le valieron la presidencia a perpetuidad de la Sociedad. Aquellas veladas del 18 de marzo de cada año constituían un evento distinguido en la vida social alicantina por lo escogido de sus asistentes. Las autoridades civiles, militares, judiciales, eclesiásticas, las figuras destacadas de la banca y del comercio asistían a ellas siendo recogido el acto social por la prensa de la época que elogiaba la brillantez de las recepciones organizadas por José Sánchez Manzanera.

Sin duda, se trataba de reuniones eminentes sociales donde la poesía daba una nota de distinción y, por lo tanto, el autor debía plegarse a lo requerido en una fiesta de la élite del Alicante de la Restauración, para Blas de Loma y Corradi en estas veladas «*se evaporaban todos los antagonismos, todas las diferencias de credos filosóficos y políticos, y los hombres se funden en un sentimiento común: la amistad y el amor al Arte*». A estas veladas asistió el eldense Manuel Payá Pertusa (1862-1947) cuya composición *Un idilio y una elegía* fue leída en la sesión del 18 de marzo de 1886 y publicado en el volumen correspondiente en que esta sociedad publicaba los mejores trabajos leídos en sus sesiones. Dicha composición también fue premiada por la Academia Malacitana en el certamen de enero de 1886. Domingo Tomás Vera Maestre (1850-1904) escritor, periodista, historiador local y destacada figura de la cultura eldense de la época fue

miembro de la Sociedad Literaria de Alicante. No tenemos constancia de que alguna de sus composiciones fuera premiada y publicada en los folletos de la Sociedad, no obstante, su poesía posee cierto carácter elegíaco junto con los rasgos típicos que lo vinculan al último romanticismo como muestran sus obras: *En la muerte de una hermosa, Oda sáfica a la muerte de su tío D. José Segura, A mi querida hermana Amalia* o *En la muerte de Carmen Amat en edad infantil*.

La poesía de Francisco Laliga Gorges (1861-1928) está impregnada del romanticismo tardío de la segunda mitad de siglo XIX. El movimiento literario imperante, el Realismo/Naturalismo, brilla con luz propia en el novelístico. Sus composiciones siguen los ecos de Gaspar Núñez de Arce, Campoamor o Zorrilla. También miembro de la Sociedad Literaria de Alicante, para Alberto Navarro su poesía sigue la línea de «*Gaspar Núñez de Arce [...] verso sonoro, elevado e impregnado de dramatismo y nobleza. Dios, Patria y Amor fue su trilogía favorita*»¹². La poesía en España estaba dando en aquellos momentos un giro radical de la mano de Gustavo Adolfo Bécquer y Rosalía de Castro, los poetas románticos por excelencia que vieron la luz, precisamente, durante la segunda mitad de siglo XIX. Ahora bien, la sociedad de la época tuvo como poetas laureados a los arriba citados; su poesía altisonante marca el ritmo de una época a la que no ha sobrevivido. Núñez de Arce asume un credo conservador de restablecimiento del orden en *Gritos de combate* (1875) y Laliga en *Patria y Religión*¹³.

Según Alberto Navarro sólo dos obras tienen carácter unitario en el trabajo de Laliga, de una parte la composición de carácter anacreóntico *La paz de la aldea* (1884), poema que evoca en su título a José M^a de Pereda, poesía de alabanza a la Naturaleza, a las costumbres rurales, tan en boga en la segunda mitad del XIX. Caracteres semejantes posee la *Égloga. Mirtilo-Florián* y *Oda al Arte* premiada y publicada en Cádiz en 1886. Su obra fue recogida por Manuel Rico García y por su sobrino Ricardo Vera Laliga¹⁴.

La oratoria sagrada tiene sus representantes en Pedro Rico y Amat (1801-1842), hermano de Juan Rico y Amat con el *Sermón pronunciado en las honras fúnebres por el eterno descanso de la Rei-*

na doña María Amalia, Madrid, 1829, el *Elogio fúnebre que en las solemnes exequias celebradas por la M.H. Villa de Madrid en la Iglesia de San Isidro en el día 5 de febrero de 1873 a la digna memoria de las esclavizadas víctimas sacrificadas por la Patria en la inmortal Bilbao en los tres memorables sitios, dijo el doctor don Pedro Rico y Amat* (1837), y *Sermones escogidos* (1843). La segunda mitad de siglo se encarna en la figura de Agustín Cavero Casañez (1866-1937) con el *Sermón de las Siete Palabras* (1895).

Los historiadores eldenses

La villa de Elda gozó durante el siglo XIX de notables historiadores locales como Gonzalo Sempere y Juan (1804-1881) que escribió la *Noticia interesante para los hijos de la fidelísima villa de Elda* (1876): crónica que describe diversos aspectos histórico-legendarios ocurridos en Elda relacionándolos con la protección otorgada por nuestros Santísimos Patronos a Elda. Según Alberto Navarro Pastor impulsó y colaboró con Lamberto Amat en la creación de *Elda. Su antigüedad, su historia...*. El historiador por excelencia del siglo XIX en Elda es, sin duda, don Lamberto Amat y Sempere (1821-1893) autor de *Elda. Su antigüedad, su historia. Personas de estirpe regia que habitaron su Alcázar; edificios públicos, sus obras; lo que fue antes esta población y lo que es ahora; su huerta y producciones; industrias de sus vecinos*¹⁵ (1873-1875). Es importante destacar la relación de don Lamberto Amat con don Manuel Rico García, el que fuera autor del *Ensayo bio-bibliográfico de escritores de la provincia de Alicante*¹⁶ obra en la que con espíritu positivista se detallan y recogen datos de los autores alicantinos con el fin de preservar la noticia de lo vivido y lo escrito resultando un meticoloso y paciente trabajo de recopilación. A juicio de Alberto Navarro, en esta ardua tarea don Manuel Rico se pondría en contacto con nuestro historiador local don Lamberto Amat y Sempere para que le facilitara información sobre los ilustres eldenses que fueron y tomaron parte en la historia de la provincia de Alicante, así se insertarían las bio-bibliografías de Juan Sempere y Guarinos y Juan Rico y Amat, junto con las de Pedro Rico y Amat, Francisco Ganga «El Seráfico», Ricardo Pérez Pomares y tal vez la propia autobio-

grafía, pues parece ser suyo el estilo de la reseña biográfica que sobre Amat y Sempere se incluyó en el tomo II de la obra publicada en 1889¹⁷. Además recopiló documentación sobre temas históricos que serán tratados en otro lugar de esta obra¹⁸. Obras inéditas son: *Memoria de la ejemplar vida de sor María Joaquina Amat y Amat, monja del convento de Capuchinas de Alicante* (1871) y *Amat (Estudio histórico sobre la genealogía de los apellidos Amat y Sempere)* (1883). Alberto Navarro atribuye a Plácido Amat García (1845-1912) los «Apuntes históricos» publicados en *El Centenario* en 1903-1904. Aquéllos están basados en



Retrato al óleo de Lamberto Amat y Sempere (Revista *Fiestas Mayores*).

las crónicas del sacerdote Gonzalo Sempere y Juan contenidas en *Noticia interesante para los hijos de la fidelísima villa de Elda* y en lo escrito por Lamberto Amat en *Elda*, aunque aporta datos novedosos respecto a ambas obras. Domingo Tomás Vera Maestre (1850-1904) fue otro historiador local cuyo archivo parece ser que, desgraciadamente, ha desaparecido.

La música

La actividad musical en Elda durante el siglo XIX tiene especial relevancia en su segunda mitad con la fundación de la Banda de Música de Elda.

La Banda Santa Cecilia en 1900
(Archivo EMIDES).



Alberto Navarro Pastor establece como fecha probable de fundación la de 1852. El 25 de mayo de 1858 se inauguró el tramo de la línea férrea Madrid-Alicante. La Reina Isabel II, la familia real y su séquito participaron en este viaje que unió la capital de España con Alicante. En su paso por Elda la Banda de Música de nuestra -todavía villa- representó su primer acto oficial: interpretó la Marcha Real. El período 1858-1859 durante el cual la Banda estuvo bajo la dirección de don Juan Bautista García alcanzó un nivel destacado entre las de la provincia, así lo demuestra el hecho de que fuera elegida para actuar en los actos festivos organizados por la ciudad

de Alicante en 1871 con motivo de la visita de Amadeo de Saboya.

Parece ser que la Banda de Elda dio un importante impulso a la instauración o «restauración si se quiere» de las fiestas de Moros y Cristianos allá por 1863 ó 1864 a 1888 ó 1889, es de señalar que el domingo siguiente al 17 de enero se celebraba la fiesta de San Antonio Abad, y así fue hasta 1863 ó 1864 en que se sustituye por las de Moros y Cristianos en 1864. La embajada que se leía era la misma que en Alcoy y Petrer escrita por Juan Rico y Amat para Alcoy siendo Jefe Político de aquel distrito de 1847 a 1849. En 1888 se celebraron Moros y Cristianos por última vez en el siglo XIX¹⁹.

Un joven músico alicantino, don Ramón Gorgé Soler (1853-1925) se hizo cargo de la dirección de la Banda de Elda desde 1881 a 1883. Se convirtió con el paso del tiempo en una de las figuras más significativas de la música en Elda. A las facetas de director y compositor han de añadirse la formación de jóvenes músicos y la dirección de la orquesta de la Capilla de la iglesia de Santa Ana. Sus *villancicos* siguen siendo cantados en las Fiestas Patronales de nuestra localidad. Se dedicó a la carrera artística de su hija Milagrito desde el inicio de la misma en 1881 hasta 1897 en que vuelve a Elda debido a una grave enfermedad de su esposa. Así, volvió a hacerse cargo de la dirección de la Banda al haber dejado el cargo vacan-

Ramón Gorgé y su hija Milagros
(Archivo EMIDES).



te don Marcelino Zacarías Gutiérrez que la había dirigido desde que Gorgé abandonó el cargo. En la segunda etapa de don Ramón Gorgé éste se encontró ante una Banda correctamente instruida, con jóvenes músicos de gran capacidad técnica y artística con los que consiguió varios premios en certámenes de Alicante, Murcia y Valencia. En agosto de 1900 y en Alicante se le concedió el primer premio del certamen, «*declarando desierto el segundo para mejor significar la gran diferencia existente entre la actuación de la Banda de Elda respecto a la de las demás participantes*». El recibimiento que Elda hizo a su Banda fue magnífico: tañeron las campanas de Santa Ana, las fábricas sus sirenas entre cohetes y tracas y el clamor de todo el pueblo eldense. Don Ramón Gorgé, en homenaje a ésta, recogió de manos del fabricante Rafael Romero Utrilles²⁰ una batuta de ébano con incrustaciones de plata.

La historia de la Banda de Elda durante el siglo XIX no estaría completa sin la figura de don Marcelino Zacarías Gutiérrez, de la que fue director durante el periodo 1883-1896. Con él la Banda acudió al certamen de Alicante en 1888 en el que obtuvo el primer premio así como brillantes actuaciones en ciudades de la provincia y, por supuesto, en nuestra ciudad²¹.

La sólida formación de la Banda de Elda de la mano de Ramón Gorgé, en su primera época como director; el excelente trabajo realizado por el director Marcelino Zacarías Gutiérrez que la llevó a su primer gran éxito en Alicante; la absoluta madurez de la Banda de Elda durante la segunda época como director de Ramón Gorgé la llevaron a un brillante final del siglo XIX y hacia el esplendoroso futuro que la acompañará durante el siglo XX y que será tratado en el lugar correspondiente de esta *Historia de Elda*.

La única mujer que aparece destacada en la vida cultural eldense del siglo XIX es doña Milagrito Gorgé Borrás²² (1878-1959); nacida en Alicante se trasladó junto a sus padres a Elda en 1881, cuando don Ramón Gorgé se hizo cargo de la dirección de la Banda de Música de Elda. Las dotes musicales de la pequeña hicieron que su padre, don Ramón, se dedicara por completo a la carrera artística de Milagrito que debutó en el Teatro Principal de Alicante

el 17 de mayo de 1886²³. «La pequeña Patti» cosechó éxitos no sólo en España sino también en Europa. La cantante se formó de la mano de su padre, y tras el evento de 1886, debutó oficialmente el dos de febrero de 1890 en el Teatro Principal de Alicante. En 1891 triunfó en el madrileño Teatro de la Zarzuela, siendo recibida por la Familia Real. Su alto nivel artístico la llevó a recorrer los teatros de Zaragoza, Oporto, Lisboa, Valladolid, Santander, Cartagena, Valencia y París durante el periodo 1892-1895²⁴ que es el que nos ocupa en la excelente trayectoria musical de doña Milagrito Gorgé Borrás.

El arte religioso

Desde el punto de vista del arte, sin duda, el hecho más destacado que tiene lugar durante el siglo XIX es la importante reforma de la Iglesia de Santa Ana. Lamberto Amat y Sempere ofrece en su obra historiográfica: *Elda. Su antigüedad, su historia...*, el desarrollo de los trabajos, no sólo de rehabilitación, sino de todos los oficios implicados en el embellecimiento de la entonces única parroquia de nuestra ciudad. Aunque no siempre se describen con detalle los elementos desde un punto de vista artístico, sus apreciaciones son indispensables para conocer e imaginar como fue nuestra Iglesia de Santa Ana hace dos siglos, por ello, el historiador eldense será el hilo conductor de este apartado, ya que describió tanto el exterior como el interior de la Iglesia en el siglo que nos ocupa, dio cuenta de las reformas de orden arquitectónico y realizó el inventario -que no descripción detallada de la orfebrería, andas, pinturas, esculturas, órgano, estandartes de la Virgen y del Santísimo, palio y mantos de la Virgen de la Salud, ropaje eclesiástico, relojes, reliquia y campana incorporados a la que fue nuevamente inaugurada Iglesia de Santa Ana tras las obras de mejora realizadas durante el siglo XIX²⁵.

Don Lamberto Amat describe el exterior y el interior de la Iglesia de Santa Ana, tal y como se contemplaba en el siglo XIX. La define como de «*estilo greco-romano, basado sobre un gran zócalo [...] de cantería [...] sus muros son de cantería, ladrillo o mampostería coronados con grandes cornisas de piedra labrada*». La fachada principal estaba constituida por

un muro completo de cantería, adornado en su parte superior y en toda su anchura por una «galería con antepecho de hierro, sobre la cual se eleva un muro alto de 4 metros, muy decorado con pilastras churriguerescas sobre las que descansa la gran cornisa». Posee una torre a cada lado de la fachada, una de ellas sin concluir y la otra se «lanza al espacio 33 metros y sobre éstos un segundo cuerpo de 7 metros, terminado en un templete que sostiene y cubre la campana de las horas. Hay en esta torre cuatro campanas y el Reloj (sic) público con dos». Posee –dice– «ventanas de cristales pintados» aunque no describe las características de los mismos. En cuanto a los rasgos artísticos de los pórticos, Lamberto Amat señala que la puerta Norte no está decorada. El pórtico de la puerta del Oeste «que es la principal o mayor es de orden dórico incompleto, pues hay irregularidades en los triglifos y metopas. Es circular su frontispicio con acroterios y lo termina una capillita con la imagen de piedra de Nuestra Santa Señora de Santa Ana, titular de esta Iglesia». La puerta Sur «comprende dos cuerpos principales: el inferior es de un intercolumnio de orden compuesto, de seis metros de altura, enriquecido con alegorías sagradas en su primer tercio y colgantes bajo el astrágalo; el alquitrave corre horizontalmente, y el friso y tímpano es toda una superficie cerrada por el frontis circular y ocupada por un precioso escudo esculpido en mucho follaje, pendiente de dos ángeles con la inscripción: 'Honorificientia Pop. No. Judit C. XV. VX' [...] por los costados se une el orden con el paramento general por medio de pilastras con recuadros, sin capiteles, teniendo en vez de éstos ángeles que sostienen las cornisas». En el segundo cuerpo, «sobre las pilastras inferiores se elevan acroterios que sustentan dos Evangelistas de dimensiones naturales y otro intercolumnio del mismo orden que el de abajo, de cinco metros de altura, que con las pilastras sobre el paramento, retorna la cornisa que sostiene acroterios con grandes esferas. Este intercolumnio y Evangelistas velan y decoran la gran capilla del centro, ocupada por una hermosísima imagen de la Virgen de la Salud, de dos y medio metros de altura y de piedra del monte de Bateig de este término, como todo el pórtico: en nuestro humilde juicio, no hay en el interior de la Iglesia otra imagen de tanto mérito artístico como ésta. La capilla se ve enriquecida por una elegante arquivolta y un orden de pilastras especial, quizás del renacimiento, que con frontis circular cierra un tímpano muy esculpido de nu-

bes y otros emblemas, en cuyo fondo hay un escudo que hace de cartela a la arquivolta, con una paloma. Sobre estas últimas pilastras y el intercolumnio suben acroterios que sostienen canastillos y decoran el triunvirato que se eleva en el centro, formado por un ángel de tamaño natural que ostenta una gran trompeta metálica en la mano y la boca, y un espíritu celeste a cada lado, de un metro propiamente de altos; con lo que queda terminado este inapreciable pórtico. Nos consta que todo él fue trabajado en esta Villa [...]».

El interior de la Iglesia de Santa Ana se describe con estructura de cruz latina. La longitud de la nave principal se dice que posee 36 m., 11 m. de anchura y 15'5 m. de altura al llegar a la cornisa general, donde se eleva a 21 m. hasta la clave de los arcos. La Iglesia posee una «gran cúpula esférica de 5 metros de diámetro». La longitud de la planta es de 41 m. A derecha e izquierda de la nave principal aparecen arcaturas que sirven de pórtico a las naves de segundo orden. En los primeros cuatro metros de longitud de la Puerta Mayor se encuentran: a la derecha, la torre del campanario; a la izquierda, la otra torre, en cuyo centro y en forma de atrio está el Baptisterio. Todo el ancho de la nave está ocupado por una gran galería en la cual se ubica el órgano. La Iglesia posee altares dedicados a San Blas, Santísimo Cristo, San Vicente, San Rafael, Virgen de la Esperanza, Virgen de los Dolores, Santa Apolonia, San Antonio de Padua, Virgen del Rosario, de la Purísima, Santo Tomás de Villanueva, San José y San Francisco de Paula; las capillas están dedicadas al Santísimo Cristo, a la Comunión y a la Virgen de la Salud, ésta última cierra la nave, cuya imagen se encuentra en el interior de un camarín.

El púlpito aparece en el estribo de la derecha y antes de entrar en el crucero. En el Altar Mayor existe –a la derecha– una puerta que da a la Sacristía, y para guardar el otro simétrico «otra figurada, enteramente igual, a la izquierda», en esta zona se localizan el coro y los escaños del Ayuntamiento.

Durante el siglo XIX se realizaron obras de perfeccionamiento y adorno en la Iglesia de Santa Ana. Las obras fueron realizadas por don Francisco Coronel Ramírez, siendo el cura don Gonzalo Sempere y Juan quien lo llamara para ejecutar las obras. Para costear las

mismas fue necesario vender elementos litúrgicos que se sustituyeron por otros de menos valor, se recibieron donaciones tanto populares como personales, así como algunas derivadas de herencias. Lamberto Amat da cuenta detallada de todos los gastos e ingresos que se realizaron.

Las primeras reformas de orden arquitectónico consistieron en retirar los dos balcones de hierro que estaban a los lados del plano del Altar Mayor, y la reja de la Sacristía que daba a la calle de Sanz. Con el dinero procedente de la venta de los mismos se realizaron las balaustradas de yeso que sustituyeron a los balcones y se arreglaron las gradas. En 1835 se rehabilitó la Sacristía y el 8 de julio de 1836 comenzaron las obras de rehabilitación del Altar Mayor, se retiró éste y se sustituyó por otro nuevo por completo, renovándose pinturas, dorados y adornos del mismo. En 1839 se dividió la estancia del Archivo en Sala Capitular y Archivo cerrado. En 1844 se enlució la Capilla de yeso blanco, se les dieron tintas a los yesos y pilastras y se colocaron los cristales de la media naranja. La capilla de la Comunión, comenzada en 1851 se concluyó en 1852: *«esta capilla, dignísima completamente de la hermosa Iglesia, es una joya en su clase, tanto por su arquitectura como por su ornamentación»* fue realizada en su totalidad por el maestro Coronel. Para dar las gracias a la Virgen de la Salud por haber librado a la ciudad del cólera morbo de 1854 se construyó una magnífica capilla bajo su advocación. En 1866 se renovó toda la pintura del Altar añadiéndose, además, el arco artesonado. Durante 1867 se realizó la barandilla del Altar Mayor y al año siguiente se colocaron los ventanajes de cristal pintados y con marcos nuevos. El frontal del Altar de la Virgen de la Salud fue ejecutado en marzo de 1868 por don Amancio Oceta, también en ese año se realizó el dorado de la capilla de la Virgen, de la del Cristo y de la media naranja, además, se colocaron marcos y cristales en dicha capilla. Coronel y Oceta realizaron el dorado de la Iglesia hasta la cornisa para la fiesta de la Virgen de 1868 y el dorado de la nave y la cúpula de la Iglesia, el óvalo, ensanche para gradas, la variación de los bancos del Ayuntamiento y la renovación de la capilla de San Vicente son también de este año. En 1870 se añadió

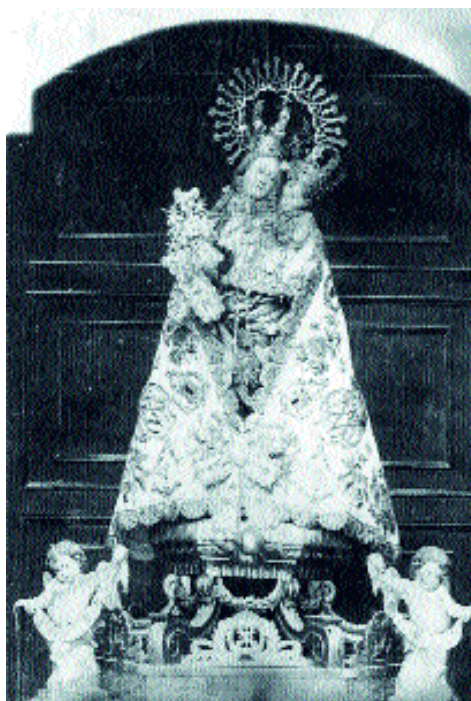


Imagen de la antigua Virgen de la Salud (Archivo EMIDESIA).

el segundo piso al trastero, siendo ésta la última intervención de la que habla Lamberto Amat.

En cuanto a la orfebrería religiosa, Lamberto Amat indica que en 1834, el Señor Obispo tuvo a bien conceder permiso para que se vendieran dos lámparas de plata que fueron sustituidas por otras dos que se sostenían por dos ángeles (se colocaron en las pilastras del presbiterio), con este dinero se compraron otras dos de hojalata para el Santísimo Cristo, se arregló el incensario y se platearon los seis candelabros del Altar Mayor. Los *«adornos de plata de la vieja y ya inservible Cruz procesional, única que había, por los que tuvo que hacerse otra forrada de lata»* se vendieron en 1839. Otra nueva Cruz procesional de cobre y bronce, toda plateada y con adornos dorados fue comprada en 1857. A lo largo de 1849 se *«compusieron la Corona y cabellera de la Purísima»*. También en la feria de ese año se cambió la Custodia de bronce existente por otra de *«bastante gusto»* al platero de Orihuela Manuel Cambot. En 1852, Don Miguel Sempere mandó añadir una diadema a la corona de la Virgen para lo cual entró en contacto con el platero de Monóvar, don Casimiro Verdú, que también se encargó de la nueva Custodia que se estrenó el día del Corpus de 1854 y realizada al modo de la de Monóvar. En 1861 se trajeron de Madrid dos lámparas grandes, vinajeras, jarro

y palangana de plata para el servicio del Altar. Es de destacar la compra en 1864 de una reliquia comprada en Roma: un *Lignum crucis* «en pie pequeño de metal blanco, con su auténtica». Durante el bienio 1871-1872 se reformaron y platearon los cuatro cálices más antiguos. En 1872 se compró una diadema de plata para el Santísimo Cristo del Buen Suceso realizada por «el famoso artifice de Murcia don Marcos Gil». Como se puede observar, Lamberto Amat no describe con detalle las obras de orfebrería –si lo eran– vendidas por su valor económico pero no artístico –parece ser– para sufragar los gastos de rehabilitación.



Puerta de la Virgen. Antigua iglesia de Santa Ana (CEFIRE).

Respecto a las andas fabricadas durante el siglo XIX se cita que en 1854, para llevar la Custodia estrenada ese mismo año, se fabricaron unas andas «elegantas y hermosas, del todo plateadas» realizadas por el maestro Coronel. Dos años más tarde, en 1856 se estrenaron las nuevas andas del Santísimo Cristo en la procesión de ese año.

La noticia sobre las pinturas que decoraban la Iglesia de Santa Ana es sucinta en cuanto a las descripciones de las telas. En 1844 don Gonzalo Sempere mandó «que se hicieran dos retablos nuevos por estar indecorosos los de las Almas y de San Juan» colocados en la Capilla. Lamberto Amat hace referencia

a un «gran lienzo de San Rafael» que se localizaba en un altar lateral dedicado a este Santo. Se «pintó el lienzo de la Virgen en Valencia» durante 1849. Nueve años más tarde, en 1858 se hicieron para la capilla de la Comunión los cuadros pintados a la cola de Aarón y Melchisedec. Al óleo lo fueron: *La Cena*, *El lavatorio* y la *Aparición de los discípulos en el castillo de Emaús*, éstos fueron pintados parcialmente por un francés que estuvo enfermo en el Hospital de esta villa y acabados por el hijo de don Antonio Roidovest (*sic.*) de Alicante. El pintor de Valencia Antonio Morata pintó dos lienzos: *La Resurrección* y *La Ascensión* y «retocó los dos pequeños de la venida del Espíritu Santo y de la Asunción» en 1862. Durante 1866 se colocaron en las pilastras del Altar Mayor los lienzos de San Joaquín y Santa Ana, y ese mismo año se dispusieron en las pilastras del altar de la Purísima los lienzos de San Pedro y San Carlos.

Los trabajos de escultura inventariados cronológicamente fueron los siguientes: en 1834 se realizó una pechina para el Bautismo que se cambió por la vieja. La pila bautismal que estaba en la capilla de San Blas pasó en enero de 1851 a la «torre llamada nueva» para lo cual se limpió esta zona de sepulcros, que se llevaron a la bóveda subterránea de la Capilla de la Virgen. La imagen y urna de la Virgen del Consuelo se hicieron en 1866. El maestro Coronel modeló en relieve de yeso las figuras de los cuatro evangelistas situadas en los ángulos de los arcos laterales en 1869; ese mismo año Oceta reformó los ángeles del Tabernáculo encarándolos y poniéndolos de rodillas e inclinados.

El 20 de julio de 1805 se decidió hacer una recolecta de fondos para dotar de un órgano adecuado a la parroquia, pero el dinero reunido hubo de ser entregada en 1808 como aportación a la guerra de la Independencia. Por ello se siguió con el pequeño que databa de los últimos años del siglo XVI, regalo de don Alonso Coloma. En 1826 se fabricó un nuevo órgano pero salió defectuoso de voces, en consecuencia, se pidió permiso al Gobernador para colocar en la Iglesia el pequeño órgano del convento que fue rehabilitado por suscripción popular. Durante 1865 se mejoró el órgano haciendo el flautado mayor y nuevo, también se cambiaron re-

gistros y tiradores. La última mejora tuvo lugar en 1869 en que se transformaron los fuelles del órgano.

El estandarte de la Virgen fue regalado por don Pedro Javier de Vera, comprado en Madrid, llegó a Elda el 6 de septiembre de 1819 siendo estrenado en la procesión del día 8 del mismo mes y año. En palabras de Lamberto Amat era «*un objeto precioso en arte y valor intrínseco*». Además, regaló una plancha de bronce en la que estaba grabada la imagen de la Virgen del mismo tamaño y exactamente igual a la del estandarte. A ello unió una porción de ejemplares del estandarte tirados en tela de seda «*de las que conservamos una estampa en seda amarilla; a cuyo grabado se le ha añadido una diadema, que a tiempo de hacerse aquélla no llevaba la Virgen*». Durante 1854 «*se retocó la plancha de acero grande en que está grabada la Imagen de la Virgen, añadiendo la cenefa para que el cuadro sea mayor*». El Estandarte del Santísimo bordado en oro sobre raso blanco se estrenó el día del Corpus de 1855.

El 12 de noviembre de 1854 se celebró una fiesta de acción de gracias por haber librado la Santísima Virgen a la villa del cólera morbo que se había cebado en Alicante. Para dar las gracias se construyó la magnífica capilla además de costear un digno y rico palió que fue fabricado en Valencia y estrenado en la procesión de la Virgen de 1855. Fue sufragado por suscripción popular.

Se adquirieron mantos costosos para la Virgen «*desde el año 1834 hasta el presente de 1873*». Hacia 1849 «*se compró el manto de raso azul, se bordó por algunas señoritas, dirigidas principalmente por la llamada Dolores Amat y Quesada*». Como nota curiosa, indica Lamberto Amat que en 1850 tocó la lotería en Elda y don Gonzalo Sempere aprovechó para «*estimular al pueblo para que hiciera algún sacrificio para obsequiar a la Virgen con un manto*». En junio de dicho año, marcharon a Valencia don Gonzalo y Luis Bernabé (consiliario de la Mayordomía de la Virgen) y compraron «*uno de alama doble con ramos de oro, que fue la tela más rica que allí se encontró [...], se hizo otro morado, tela de espolín y ramo de oro, para las rogativas [...] y otro de tela de hermosilla, muy bonita, para diario [...]. Además, compraron un magnífico terno banco de espolín con ramaje de oro [...] y una toalla de hombros con resplandor*». Don Miguel Sempere

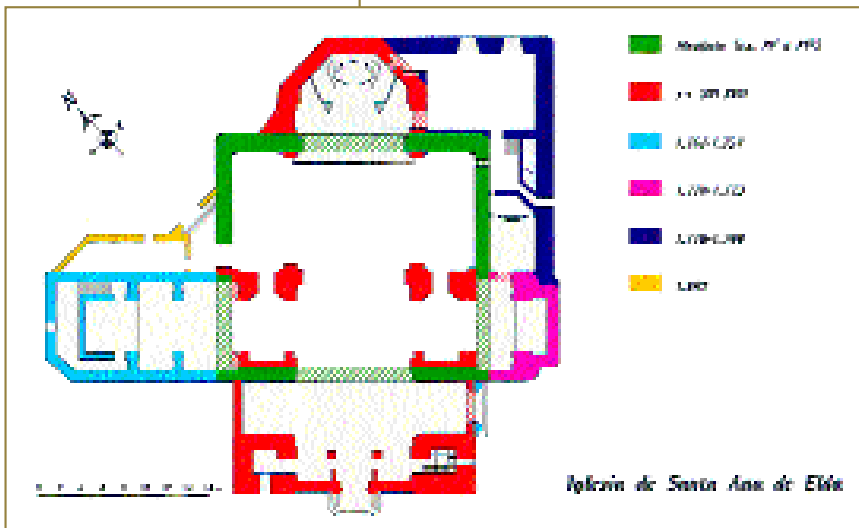
(sacerdote sobrino y sustituto de don Gonzalo Sempere) mandó hacer un «*magnífico manto de alama de plata bordado con oro de realce*» en 1852. El último manto azul de la Virgen de la Salud confeccionado en el siglo XIX, tiene una curiosa historia que merece ser recordada: Rafael del Val, familia de Castelar, trabajaba en Manila (Filipinas) allí se dio una grave epidemia que propició que se realizaran rogativas a la Virgen de la Salud. En agradecimiento por el fin de la enfermedad y sufragado con las donaciones de los obreros se recamó en oro, plata y pedrería una tela azul que la hermana de Castelar – doña



Altar mayor del antiguo templo de Santa Ana (CEFIRE).

Concha– había regalado a la esposa de Rafael del Val. El manto fue enviado a Elda en 1883 y sustituido en 1904 por estar muy deteriorado.

Es significativa la enunciación de las vestiduras eclesiásticas dado el valor de las mismas. Lamberto Amat da cuenta del ropero eclesiástico adquirido a lo largo del siglo XIX. Durante 1857 fueron mandados confeccionar dos ternos, uno de ellos blanco con ramos amarillos, dos capas pluviales y galón de seda; y otro encarnado de espolón con dibujo en oro del cáliz, todo el galón ancho también de oro, ambos fueron cosidos en esta villa. En 1865 se adquirió un terno de alama de oro y ramaje de plata; al año siguiente se compraron dos nuevos ternos, uno negro con



Planta de la antigua iglesia de Santa Ana (Revista *Fiestas Mayores*).

planetas, dibujo amarillo y galón falso y un terno de ordinario. Al año siguiente y realizado con la seda sobrante de la nueva cama de seda de la Asunción se confeccionó un terno de ordinario para las procesiones con dos capas, Lamberto Amat no indica el color original de la seda ni el color en que se tintó el terno. En 1870-1871 se mandó bordar un terno morado con planetas, etc. Durante los años 1871-1872 se adquirieron cuatro casullas de espolín, dos blancas y dos encarnadas; seis albas, cuatro corporales, seis amitos, ocho cíngulos y una casulla con dos planetas y un estolón con galón plateado realizados con una tela antigua con dibujo de re-

alce de terciopelo cuyo uso fue dedicado al Viernes Santo exclusivamente. Además se adquirió un cubre copón de alama y ramaje de oro para el servicio religioso.

Sobre los relojes existentes en la Iglesia, Lamberto Amat da cuenta de la mejora realizada en 1858 del reloj público y la compra a lo largo de los años 1871-1872 de un reloj para la Sacristía.

Nuestro historiador cita la bendición –con asistencia de clero y pueblo– el día 25 de mayo de 1873 de una campana pequeña que se colocó sobre el tejado de la Sacristía y que se dedicó a la Purísima Concepción de María Santísima.

Llegado el día 16 de mayo de 1869 (día de Pascua de Pentecostés) tuvo lugar la fiesta solemne de inauguración de la Iglesia de Santa Ana a la que acudieron las autoridades de mayor rango tanto religioso como laico. Tuvo lugar la primera misa pontifical. El obispo don Pedro María Cubero de Padilla ordenó que se hiciera constar «extensamente esta fiesta en el Libro Maestro de la Iglesia, lo cual se cumplió». Pío IX había otorgado, en 1867, un rescripto por el que la capilla de la Virgen se agregaba a la basílica de Santa María la Mayor de Roma, otorgándose las mismas indulgencias y el 1 de abril de 1870 se concedió por el mismo Papa la agregación a la Iglesia Lateralense, madre y cabeza de todas las Iglesias del orbe²⁶.

Conclusión

La actividad cultural en Elda durante el siglo XIX es, como se ha visto, muy rica en todas sus facetas; en ella destacan figuras que brillan con luz propia. Sin embargo, es de esperar que nuevos estudios monográficos alumbren tanto a los autores como a las obras aquí tratados de modo general, de manera que se descubran nuevos rasgos que contribuyan a enriquecer el acervo cultural de nuestra ciudad.

Es por ello, que al menos provisionalmente, puedo sugerir desde el punto de vista literario que la obra en prosa de Juan Rico y Amat es coetánea en sus características a un género narrativo propio del Romanticismo: la novela histórica y que en la segunda mitad del siglo Emilio Castelar es claro ejemplo de la vigencia y permanen-



Revista *La Regeneración*, de 1900 (Revista *Fiestas Mayores*).

cia de éste, muestra de ello son sus primeros obras de carácter literario en el que los narradores localizan sus obras en un pasado histórico remoto, si bien con una evidente crítica a la sociedad de su tiempo. También en Francisco Laliga perviven las características de la prosa romántica, aunque parece poder sugerirse que sus temas son afines a los maestros del Realismo como José M^a de Pereda o Armando Palacio Valdés. Otro de los géneros propiamente románticos, el artículo, muestra toda su vitalidad en la actividad periodística de los eldenses del siglo XIX que se vincularon a la prensa periódica no sólo local, sino también de Alicante y Madrid. Los articulistas eldenses se caracterizan por compartir las características de la prensa del siglo: la de propagar ideas políticas y/o culturales con el objetivo de que éstas lleguen a la inmensa mayoría, que aunque todavía analfabeta, ávida de inquietudes y preparada para entrar en acción como prueba la Historia de la época. La obra teatral de Juan Rico y Amat recoge los tópicos del teatro de la época, si bien sus características se inscriben en un período en el que las corrientes literarias no están bien definidas y su obra posee rasgos del Romanticismo y de la Alta comedia o comedia burguesa tendrá su mayor auge durante la Restauración. Sin embargo, nos hallamos ante un autor que refleja todas las características que perviven del teatro romántico, en definitiva es un autor de género que mantiene los esquemas de la comedia neoclásica y la de costumbres, es decir, obras que mezclan el costumbrismo con la enseñanza final. La breve producción teatral de Francisco Laliga Gorgues parece poseer las características del drama romántico, que sigue perviviendo en provincias, a pesar de que el movimiento romántico se había extinguido dando paso al Realismo/Naturalismo. Al igual que ocurre con los géneros anteriores, la poesía de los autores eldenses está marcada por el Romanticismo. En cuanto a los representantes de la lírica de la primera mitad de siglo: Francisco Ganga Ager «El Seráfico» y Juan Rico y Amat, se podría sugerir que el romanticismo revolucionario o liberal viene representado por el primero, mientras que el conservador o reaccionario se muestra en la obra del segundo. En la segunda mitad de siglo Francisco Lali-

ga, Domingo Tomás Vera Maestre y Manuel Payá Pertusa estuvieron vinculados a la Sociedad Literaria de Alicante, quizá el catalizador cultural de la provincia, que ejemplifica la vida literaria en provincias durante la Restauración (1874-1902), una poesía que sigue los ecos de Gaspar Núñez de Arce, Ramón de Campoamor o José Zorrilla que fueron los autores más aplaudidos en su época.

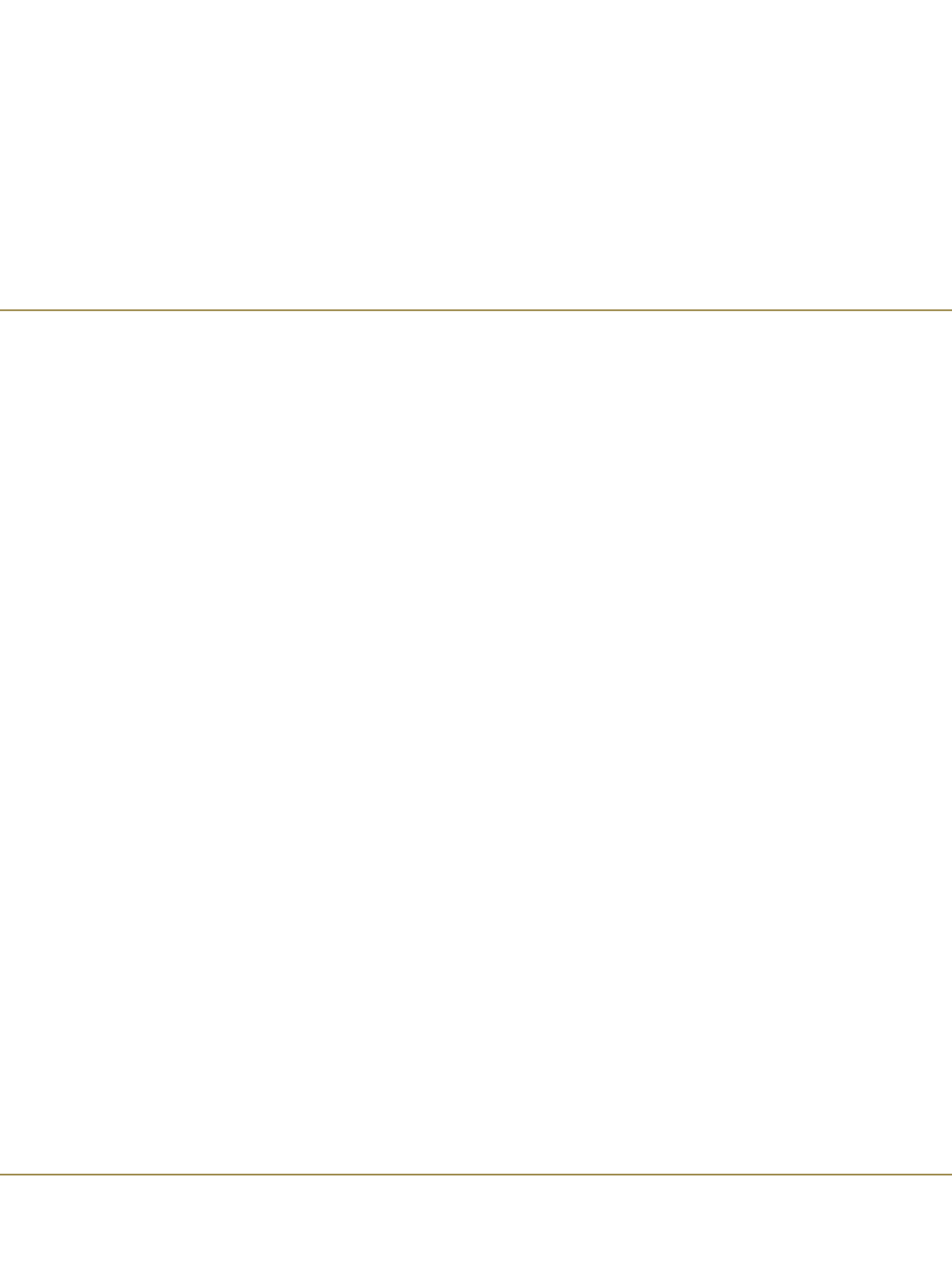
La población de Elda gozó de durante el siglo XIX de notables historiadores locales como Gonzalo Sempere y Juan y Lamberto Amat cuya obra historiográfica muestra las características de un espíritu positivista que detalla y recoge la noticia de lo vivido y lo escrito.

La actividad musical eldense fue especialmente brillante a lo largo de la segunda mitad de siglo en que se funda la Banda de Música de Elda. La sólida formación de la Banda de Elda debida a Ramón Gorgé y a Marcelino Zacarías Gutiérrez hizo que ésta brillase con luz propia en el panorama musical de la época. La figura más internacional y destacada en la segunda mitad del siglo XIX, lo fue en el ámbito musical: doña Milagrillo Gorgé Borrás, cuyo nivel artístico la llevó a triunfar en los teatros de toda Europa.

Desde el punto de vista del arte religioso, sin duda, el hecho más destacado que tiene lugar durante el siglo XIX es la importante reforma de la Iglesia de Santa Ana, llevada a cabo por el maestro Francisco Coronel Ramírez a instancias del cura párroco Gonzalo Sempere y Juan y con la colaboración de Amancio Oceta. Lamberto Amat describió puntualmente las reformas de orden arquitectónico y realizó el inventariado de orfebrería, andas, pinturas, esculturas, órgano, estandartes de la Virgen y del Santísimo, palio y mantos de la Virgen de la Salud, ropaje eclesiástico, relojes, reliquia y campana incorporados a la que será nuevamente inaugurada Iglesia de Santa Ana en una fiesta solemne que se celebró el 16 de mayo de 1869.

Nuestra «intrahistoria», como decía don Miguel de Unamuno, no está desatinada ni fuera de lugar en el contexto cultural de la España del siglo XIX, más bien todo lo contrario: activa y fuerte, porque así fueron los hombres que la hicieron posible.

Forsi altri canterà con miglior plettro.



El crecimiento demográfico del siglo XX

23

JOSÉ RAMÓN VALERO ESCANDELL

Universidad de Alicante

Elda vivió a lo largo del siglo XX el mayor crecimiento demográfico de su historia, hasta el punto de que la ciudad que hoy conocemos es esencialmente una creación del siglo recién terminado. Según los censos de población españoles, la villa de 1900 apenas sobrepasaba los seis mil habitantes mientras que la ciudad de 2001 alcanzaba los 51.816. Con estas cifras resulta normal que el crecimiento relativo de la población eldense supere holgadamente al de la provincia, al valenciano y al del conjunto español; con ello, su peso relativo de la ciudad se acrecentó en todos los órdenes, económico, cultural, social y político.

Sin embargo, el crecimiento no ha sido continuado y estable a lo largo de todo el periodo, sino que –como explican

los cuadros 1 y 2– padeció marcados altibajos a lo largo de la centuria. Pensemos, por ejemplo, que Elda alcanzó los 50.000 habitantes a finales de la década de los setenta, llegando en 1986 a los 55.994 de derecho, según el Padrón, el máximo alcanzado hasta la actualidad, salvo alguna rectificación padronal poco fiable; ello supone, por tanto, que la ciudad ha visto reducirse su población en los últimos quince años, debido a razones aparentemente distintas pero complementarias e interrelacionadas: la crisis de la sociedad industrial, la caída de la natalidad y las variaciones en los movimientos migratorios, en buena medida merced a los vecinamientos en Petrer –dentro, por tanto, del mismo entorno urbano– pero no sólo a ello.

Cuadro 1

Elda, evolución de la población en el siglo XX

Año del censo	Habitantes
1900	6.131
1910	8.028
1920	8.078
1930	13.445
1940	20.050
1950	20.699
1960	28.151
1970	41.511
1981	52.185
1991	54.010
2001	51.816

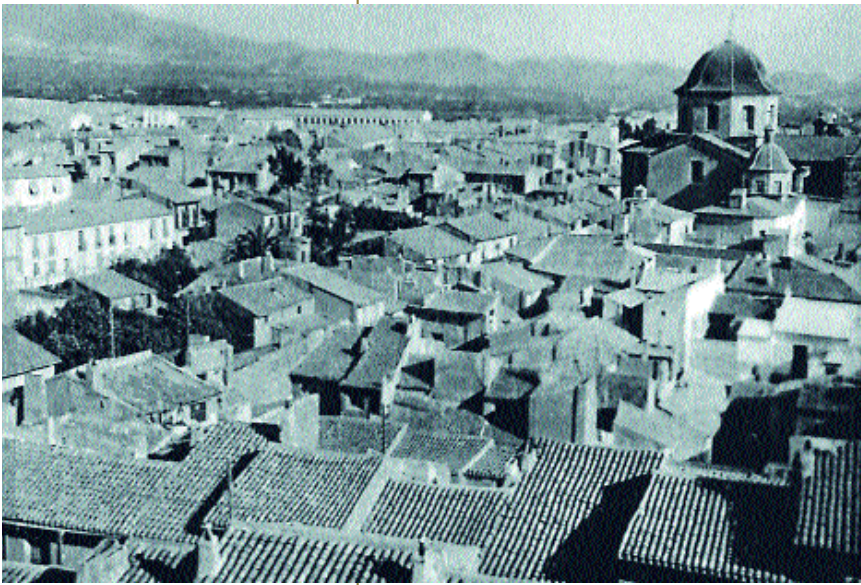
Elaboración propia con datos de los censos de población del INE.

Cuadro 2

Elda en su entorno: comparación de incrementos porcentuales de población en el siglo XX

Periodo	ELDA	PROV. ALICANTE	ESPAÑA
1900-2001	741.5	211.0	119.4
1901-1950	237.6	35.0	51.0
1951-2001	149.3	130.6	45.3
1901-1910	30.9	5.8	7.4
1911-1920	0.6	2.9	7.0
1921-1930	66.4	6.6	10.7
1931-1940	49.1	11.3	9.5
1941-1950	3.2	4.4	8.1
1951-1960	36.0	12.3	8.8
1961-1970	47.5	29.4	11.0
1971-1981	25.7	24.8	11.1
1981-1991	3.5	16.2	4.5
1991-2001	- 4.5	9.5	3.6

Elaboración propia con datos de los censos de población del INE.



Vista de Elda anterior a la Guerra Civil. La contienda truncó de raíz el mayor proceso de crecimiento demográfico vivido nunca en la ciudad (Archivo EMIDESIA).

La población de Elda se ha incrementado esencialmente a lo largo de tres grandes periodos: el primero, iniciado ya a finales del siglo XIX, duró hasta la Gran Guerra Europea y fue el menos intenso de los tres; se produjo, como todos, gracias al desarrollo de la industria zapatera, que creó las primeras factorías verdaderamente modernas (las de Rafael Romero y Silvestre Hernández) un poco antes del inicio del siglo y multiplicó las empresas al amparo de la demanda masiva europea surgida en 1914, lo que incrementó la necesidad de mano de obra, sin exigir excesiva capacitación específica a los recién llegados. En la primera

década del XX, el momento del asentamiento industrial, los eldenses aumentaron más de un 30%, con un ritmo de crecimiento que en toda la provincia sólo superaban algunos municipios de la Vega Baja, una comarca que vivía una época de fuerte desarrollo agrario; fueron los años de la concesión del título de ciudad, de la creación del Casino y del Teatro Castelar, de la introducción del anarquismo entre los obreros, muchos de ellos recién llegados, otros hijos de campesinos eldenses que no querían seguir supeditados al trabajo de la tierra como sus antepasados.

La segunda fase, la de mayor crecimiento porcentual, fue la que se corresponde con la Dictadura de Primo de Rivera y la fase pacífica de la II República: la Elda de 1935, con 18.030 residentes, dobla con holgura el número de censados en 1920, 8.078 personas. El crecimiento fue rapidísimo durante los años veinte (un 66,4%) y algo menor en los treinta (el 49,13%), sin duda debido a la Guerra Civil porque de haber continuado el ritmo previo a 1936 hubiese superado a la década anterior; en ambas fue el mayor crecimiento de toda la provincia, entonces relativamente estancada. Elda, que todavía era el quinto municipio del Alto y Medio Vinalopó en 1920 (tras Villena, Novelda, Monóvar y Pinoso) se convierte en 1935 en la más poblada de la comarca y en la quinta provincial (tras Alicante, Elche, Alcoy y Orihuela). Son años de llegada de miles de trabajadores de municipios próximos, de fuertes tensiones sociales, de intensa mecanización de algunas empresas, de fomento de las actividades culturales y de una burguesía progresista capaz de iniciativas como el Banco de Elda.

La tercera fase de crecimiento rápido, la más recordada hoy en día por ser la más reciente, la vivida por buena parte de la población adulta residente en la ciudad y la de mayor incremento en cifras absolutas, fue la de las décadas de los cincuenta a los setenta, especialmente entre 1955 y 1973; esos dieciocho años comprenden desde el inicio de la revitalización industrial (tras los duros años de posguerra) a la crisis del petróleo, que afectó fuertemente al comercio internacional y, consiguientemente, a una industria basada en la exportación; Elda duplicó en 1973 (46.749 residentes según el padrón final de dicho año) los 23.365 habitantes de 1955. Fue una épo-



Tumba de los guardias civiles asesinados en Elda en 1936; junto con la primera posguerra, fue la época de mayores muertes violentas en nuestra ciudad (Foto del autor).

ca de esplendor zapatero –desde la FICIA a la apertura de par en par del mercado americano–, de inicio del consumo, de llegada de población de otras regiones, de conurbación con Petrer y edificios altos. El crecimiento eldense careció del carácter excepcional de los años de preguerra: se insertó en una tendencia general entre los pueblos industriales y turísticos de la provincia; su aumento porcentual fue muy rápido, pero inferior al vivido por Alicante y Elche, la comarca turística centrada en Benidorm y otros pueblos industriales (como San Vicente, crecido al amparo de Alicante, y el núcleo juguetero de Ibi-Onil).

A lo largo del siglo, Elda vivió dos periodos de claro estancamiento: la década de los diez y la de los cuarenta, pero en ambos casos resulta necesario matizar las cifras. Los años diez son un periodo de altibajos, con momentos de crisis y otros de fortísimo recalentamiento de la producción zapatera, como los meses que siguieron al inicio de la guerra de 1914. En los momentos duros, buena parte de la población obrera, escasamente asentada en la ciudad, con posibilidades de regresar al trabajo agrario en municipios vecinos o de emplearse en las zonas urbanas industrializadas –especialmente, Barcelona–, apostaba por la emigración; por el contrario, cuando aumenta *la faena*, se incrementan las llegadas en busca de unos jornales que no eran altos (porque el desarrollo de la industria se basó en salarios bajos) pero sí accesibles a prácticamente todos los miembros de la familia: según el censo, Elda sólo creció en 50 habitantes en esa década. Tampoco aumentó más que en unos centenares a lo largo de los años cuarenta, lo que supondría una notable emigración en la década; aunque esta sí existió, por lo menos en los famélicos y brutales años del final de la Guerra Civil, existe otra razón más convincente: el censo de población de Elda de 1940 está inflado, como en muchas otras poblaciones; sólo así se comprende que la ciudad tuviese bastante más población que en 1935 pese a la sobremortalidad de todo tipo, los menores nacimientos y el exilio de tantos paisanos; en realidad, la Corporación eldense, igual que tantas otras, falsificó conscientemente al alza su número de residentes puesto que –en los años del hambre y del racionamiento– el escaso suministro alimenticio facilitado estaba en función de los veci-



nos de cada lugar. Pese a todo, Elda no volvió a crecer en población hasta mediados de los cincuenta.

El otro periodo de estancamiento, y aún retroceso demográfico, son los años finales del siglo. Entre 1986 y 2001 Elda perdió más de tres mil habitantes. Resulta muy fácil justificarlo en función de una redistribución interna en un área urbana compartida con Petrer, teniendo en cuenta que el crecimiento del municipio vecino ha sido notable en estos años y muy superior a la pérdida de población eldense. Sin embargo, si analizamos el conjunto Elda-Petrer a lo largo de las dos últimas décadas del siglo vemos que sus habitantes se han incrementado sólo en un 12,6% en veinte años, mientras la media provincial superó el 27%, y ello pese a que en 1981 se trataba de una población bastante más joven que la del conjunto alicantino, lo que debió implicar un crecimiento vegetativo mayor. La situación no es nada original y se asemeja a las crisis vividas en otras áreas industriales de Europa Occidental en los últimos años del siglo XX (fácil de comprender en películas como *Full Monty*, *Hoy empieza todo* o *Los lunes al sol*), con paro endémico y dificultades de adaptación a una sociedad enfocada hacia el sector terciario, que han visto reducirse el empleo estable y los ingresos reales de los trabajos menos cualificados; así, en nuestra provincia, en Alcoy (el núcleo pionero de la industrialización valenciana) el descenso demográfico ha sido aún mayor que en Elda, igual que en Jijona; el crecimiento de otros, como Monóvar, Ibi o Cocentaina ha sido menor que el conjunto de Elda-Petrer; el de Elche, más diversificado económicamente, no ha al-

Plazoleta de las Monjas. Pese al evidente progreso material del siglo, algunos hogares eldenses aún carecían de agua potable cuando el hombre ya había llegado a la Luna (Archivo EMIDESA).

canzado la media provincial; sólo San Vicente, entre los municipios industriales, ha mantenido un crecimiento rápido, pero en función de su carácter residencial en el área metropolitana de Alicante.

Natalidad y nupcialidad

El rápido incremento del número de habitantes no ha sido la única gran transformación demográfica vivida por la ciudad a lo largo del siglo XX: también ha variado radicalmente la estructura por edades, en virtud de los profundos cambios vividos tanto en la fecundidad como en la esperanza de vida de la población, que han hecho posible que aquella villa donde los chiquillos eran auténticos protagonistas de calles y plazuelas sea hoy una ciudad en la que resulta fácil llegar a viejo y donde la gente mayor posee un peso en la vida cotidiana nunca alcanzado hasta nuestros días. Aunque esta transformación muestra en Elda algunas características diferenciales, en general se enmarca dentro de los cambios vividos no sólo por el conjunto de la sociedad española sino de todo el mundo occidental.

Uno de los cambios esenciales en la sociedad eldense del siglo XX es el relacionado con la natalidad. En general, a lo largo del siglo se aprecia una tendencia a una reducción drástica de las tasas de natalidad: en torno al año 2000, el número de nacidos por cada mil eldenses no alcanzaba ni la tercera parte del habitual cien años atrás. El cuadro 3 refleja con total claridad este proceso de reducción de los nacimientos.

Las razones que reflejan este descenso casi brutal son bastante comunes a las del conjunto de la sociedad española. Sin que sea fácil determinar cuál ha sido el factor esencial, porque casi todos se complementan e interrelacionan, es evidente que la sociedad española ha evolucionado desde una moral tradicional católica –que en algunos años del franquismo fue impuesta literalmente por la fuerza– hasta una moral mucho más sociológica, materialista y secularizada, que ha transformado radicalmente el papel de la mujer, ampliando sus metas personales más allá del papel de esposa y madre, una mujer que empieza a valorar su sexualidad como una necesidad propia, más allá de la simple función reproductora, no relacionada necesaria-

Cuadro 3
Elda, siglo XX: evolución de las tasas de natalidad

Año	Tasas (tanto por mil)
1900	33.4
1922	34.9
1935	26.3
1940	25.3
1945	22.7
1950	18.2
1955	20.3
1964	25.9
1970	21.6
1981	18.5
1986	13.8
1991	12.0
1996	9.6
2000	9.9

Elaboración propia (aprox.) con datos de los censos de población del INE, del Archivo Municipal y del Registro Civil de Elda.

mente con el bíblico «*creced y multiplicaos*». Además, a lo largo del siglo XX el acceso de la mujer al trabajo remunerado, primero en la industria del calzado y después en todo tipo de servicios, se ha ido incrementando. En el caso eldense, con una intensidad y una precocidad significativamente mayor que en el conjunto de España, pues el trabajo femenino en el calzado –en casa o en fábrica– estaba generalizado desde el inicio del siglo XX y el porcentaje de trabajadoras tanto oficiales como, sobre todo, reales siempre ha sido muy elevado, por lo que resultaba extremadamente difícil compaginarlo con una familia prolija. Esta transformación del papel social de la mujer, que ya no se reduce a la casa, la iglesia y los niños –en alemán, las tres míticas *k* a las que el nazismo quería circunscribir el universo femenino–, considerada esencial para entender la esencia de los cambios, ha sido facilitada sin duda por el desarrollo de unos métodos anticonceptivos de uso cada vez más generalizado, además de más variados y eficaces; es evidente que la disposición de medios anticonceptivos no es la razón esencial de la disminución de los nacimientos (no es obligatoria la utilización de ninguno de ellos si una mujer no desea previamente reducir sus posibilidades de fertilidad), pero sí son un instrumento que facilita la previa voluntad de no quedar embarazada; por supuesto, a lo largo del siglo se ha pasa-

do por etapas en las que los poderes públicos dificultaban la accesibilidad a ellos en aras de una supuesta preeminencia de valores nacionales, políticos y religiosos, junto a otras épocas como la actual en las que el acceso es prácticamente libre; técnicamente, el siglo XX aportó métodos innovadores que, como las diversas píldoras, han facilitado el control de la natalidad; socialmente, medios como el preservativo han pasado de ser una especie de vicio inconfesable a un objeto absolutamente normal en la vida cotidiana, incluso recomendado para evitar enfermedades de transmisión sexual.

Otros muchos factores han influido en la reducción de la natalidad, o en el repunte de la misma, a lo largo del siglo. Así, el desarrollo de la sociedad de consumo hizo pronto necesaria la disponibilidad de dos sueldos en la pareja para acceder a ciertos bienes, a la vez que el incremento del nivel de vida encarecía la crianza de los hijos (vestido, educación...); el retraso en la edad de casamiento, en una sociedad en la que casi todos los nacimientos se producían en el seno del matrimonio; la mayor o menor accesibilidad a la vivienda, que hacían más precoces o tardías las bodas; el trabajo estable o precario, las ideologías políticas predominantes, la coyuntura política, la intensidad de la inmigración de origen rural, que casi siempre poseía costumbres más tradicionales y una actitud más proclive a las familias más extensas... Casi todos ellos han influido a lo largo del siglo, aunque no todos lo han hecho de la misma manera en cada época.

Las dos primeras décadas del siglo fueron fuertemente natalistas, con tasas habitualmente superiores al 30%, es decir, la sociedad eldense –como sucedía en la inmensa mayoría de España– estaba todavía iniciando la transición demográfica. El mantenimiento de tasas altísimas (casi similares a las de los siglos precedentes) en una ciudad en la que la industria ya presidía indiscutiblemente la actividad económica se sustentaba en numerosas circunstancias: en primer lugar, el trabajo industrial de buena parte de las mujeres, especialmente de las casadas, se solía realizar en el propio domicilio de la obrera, con lo que se compatibilizaban las tareas domésticas y las faenas del calzado. Además, las fábricas necesitaban una mano de obra cada vez más numerosa; ello, aparte de fo-

mentar la inmigración, favorecía la natalidad porque garantizaba trabajo a unos jóvenes que podían casarse a una edad precoz, especialmente unos varones que habían comenzado como aprendices de corta edad y al volver del servicio militar asumían fácilmente un empleo similar al de la población madura; por otro lado, los matrimonios no veían los hijos como un gasto notable sino como una posibilidad casi segura de incrementar en pocos años el número de perceptores de salarios. El inicio del siglo era una época en que la mortalidad infantil seguía siendo todavía elevada, por lo que sólo un número suficiente de hijos garantizaba la continuidad de la familia. Así, no es extraño que en 1922 to-



avía se mantuviese una tasa de natalidad propia de una sociedad agraria. En aquellos años iniciales del siglo siguió siendo relativamente frecuente el abandono de niños recién nacidos, hasta el punto de que en mayo de 1917 el Ayuntamiento acuerda colocar un torno en el Hospital Municipal de Caridad para acoger a estos bebés, encargándose de su cuidado tanto las monjas del establecimiento como una comisión de señoras caritativas designadas por la alcaldía.

Los años que van desde la proclamación de la dictadura de Primo de Rivera hasta el inicio de la Guerra Civil protagonizaron un descenso significativo de las tasas, aunque seguían siendo elevadas y garantizaban holgadamente el reemplazo generacional (conseguido entonces en torno a los 2,2 hijos por mujer).

Boda en los años veinte donde se observa el carácter eminentemente obrero que había adquirido la ciudad (Archivo EMIDESA).

Los factores que explican la reducción fueron de todo tipo aunque predominaron los de tipo ideológico cultural: así, por ejemplo, se produjo una notable secularización de la ciudad, con un marcado anticlericalismo y una creciente incidencia de las ideas anarquistas, que reclamaban un papel social propio y autónomo para las mujeres, aunque en la práctica las familias anarquistas no solían diferir demasiado del resto de eldenses en sus concepciones familiares. Los años republicanos profundizaron en la transformación del papel social de la mujer (derecho de voto, seguro de maternidad, coeducación...) La mejora del nivel de vida, especialmente visible en los grupos más pudientes, transformaba también los hábitos familiares de la burguesía, aunque ésta se declarase formalmente seguidora de la moral católica más tradicional: las viejas fotografías de la mujer acomodada eldense de los años veinte y treinta son bien distintas de la de la generación de sus madres (vestidos más cortos y ligeros, mayor cuidado por la propia imagen, mayor vida social ajena al espacio familiar...) Es necesaria recordar también que en esta época se redujo bastante la mortalidad infantil, aumentando las garantías de mantenimiento de la estirpe en las familias cortas.

Los años de la Guerra Civil fueron excepcionales y anormales también en las cuestiones demográficas. La natalidad fue absolutamente irregular: si en 1937 nacieron 509 niños (cifra jamás alcanzada en Elda hasta entonces), en 1939 se habían reducido a sólo 244. Únicamente la evolución de la contienda puede explicarlo. El comienzo de la guerra supuso el triunfo de la revolución en una ciudad donde el anarquismo era la fuerza social más destacada; entre otras consecuencias, ello motivó un fortísimo incremento de los matrimonios (en 1937 casi el triple que en 1935) en un momento en que generaciones enteras se trasladaban al frente; el boom natalista fue una consecuencia directa de ello. En 1939, por el contrario, la falta de jóvenes varones, la pérdida del ímpetu revolucionario inicial, las carencias de todo tipo o la espera al final de la contienda para iniciar cualquier tipo de proyecto vital produjeron la reducción.

Los años cuarenta y cincuenta, los de la posguerra más dura, debían haber supuesto un repunte de la natalidad, si hubiesen dado resultado las proclamas de

todo tipo emanadas del Régimen y de la Iglesia. El nacionalismo falangista apostaba por el incremento demográfico (más jóvenes para el ejército, mayor prestigio exterior de los pueblos numerosos...), negaba buena parte de las conquistas sociales de la mujer, la reducía al papel de esposa y madre («*el reposo del guerrero*») y enfocaba a esta misión las tareas de la Sección Femenina, en clara compenetración con la ideología católica, que censuraba cualquier forma de control de la natalidad, fuese del tipo que fuese y centraba casi todas sus preocupaciones morales en el comportamiento femenino, a veces en cuestiones tan nimias como el tamaño de la falda o los bailes *pecaminosos*. Sin embargo, no fue así. Pasados los momentos iniciales, como 1940, cuando el reencuentro de numerosas parejas impulsó los nacimientos, las tasas de natalidad no recuperaron nunca las cifras de la época republicana. Las penosas condiciones económicas de aquellos años duros hicieron que la tasa de natalidad de la década de los cuarenta no sobrepasase el 20‰: así, las carencias alimenticias convertían en un calvario la supervivencia; el retraso en la edad de casamiento –vinculado a una situación tan difícil– y el alto porcentaje de solteras definitivas –en un momento de estigmatización de las madres solteras– también influían en la reducción. Una ayuda familiar más propagandística que generosa (los famosos *puntos*) no resultaba suficiente para avivar los nacimientos.

Los años sesenta y primeros setenta fueron de fuerte desarrollo económico, con mejora del nivel de vida y tal carencia de mano de obra que permitía el pleno empleo hasta para los recién llegados. Con ello, las tasas de natalidad volvieron a crecer, llegándose al 25,9‰ en 1964, similar a la anterior a la contienda. Casi todos los factores parecían colaborar en ello: una llegada masiva de inmigrantes procedentes casi siempre de áreas rurales de mentalidad muy tradicional y natalista; el pleno empleo que facilitaba los casamientos tempranos, en ocasiones pocos meses después de que el cónyuge varón finalizase el servicio militar; la puesta en marcha de numerosas promociones de viviendas *protegidas* (de tipo social), a las que era relativamente fácil acceder; los escasos gastos de educación de unos hijos que seguían incorporándose precozmente al trabajo, facilitando nuevos salarios a la familia; la

prohibición oficial de los medios anti-conceptivos y una propaganda gubernamental que otorgaba premios de natalidad a familias extremadamente prolíficas o fomentaba películas como «*La gran familia*» también colaboraba. La natalidad eldense fue en esos años algo superior a la media española, en buena medida porque la fuerte inmigración había rejuvenecido la ciudad.

El final de la dictadura franquista, que económicamente estuvo acompañado por la crisis de los setenta, de fuerte impacto en las áreas industriales, significó también el comienzo de un descenso radical de los nacimientos, que ha convertido a España en uno de los países menos natalistas del mundo (en los años noventa no se garantizaba ni de lejos el reemplazo generacional). En Elda, el descenso de la natalidad fue aún más acentuado, llegándose en 1996 a sólo 9,6 nacimientos por cada mil habitantes, aunque la llegada de extranjeros ha generado una leve recuperación posterior. Las principales causas del descenso de la natalidad son en Elda similares a las del país: la generalización de una sociedad de consumo que ve en los niños una competencia directa con la posesión de ciertos bienes, porque la educación de los pequeños supone un peso notable sobre los presupuestos familiares; la generalización no sólo del trabajo sino también de los estudios no obligatorios entre las mujeres, que posponen cada vez más su edad de casamiento; el desempleo y el aumento del trabajo en precario difícilmente garantizan el acceso a la vivienda, máxime cuando esta se ha encarecido mucho más que el incremento de los salarios pero buena parte de las parejas actuales consideran la posesión de una vivienda propia como un requisito esencial para contraer matrimonio; la reducción del número de hijos deseados, en especial entre las mujeres trabajadoras y entre quienes habitan en viviendas de menor tamaño; la mayor independencia de los jóvenes en el seno familiar, que permite postergar los planes familiares pues no resulta acuciante abandonar el hogar materno; la reducción casi total de la mortalidad infantil; la fácil disponibilidad de medios de anticoncepción y la legalización amplia del recurso al aborto; la misérrima ayuda familiar existente... En Elda, además, influyen algunos factores particulares: así, las tasas de paro y de precariedad en el empleo son superiores

a las de las ciudades con predominio del sector terciario; por otro lado, el traslado a viviendas en término municipal de Petrer de muchas parejas jóvenes actúa reduciendo el número de nacimientos. La llegada reciente de inmigrantes extranjeros –en este caso especialmente sudamericanos– tendrá consecuencias positivas sobre la natalidad, no tanto porque sean más natalistas (ya que una vez establecidos aquí tienden a asemejarse a la sociedad de adopción) sino porque las mujeres adultas jóvenes son un elevado porcentaje entre ellos.

Como resultado de todo el proceso, a lo largo del siglo la Tasa de Fecundidad General (es decir, el número de hijos por cada mil mujeres entre 15-49 años, las teóricamente fértiles) había pasado de 128,5 en 1900 a 37,3 cien años des-



Dibujo alusivo a los efectos pecaminosos de los bailes modernos, típico de la moral nacionalcatólica.



pués; el número de hijos por mujer no llegaba a 1,2 a finales del siglo, cuando un estudio del censo de 1940 hablaba de que las eldenses de entonces habían tenido 2,65 hijos de media.

La nupcialidad también ha ido descendiendo y transformándose a lo largo del siglo XX, como muestra el Cuadro 4. Durante las dos primeras décadas, las tasa superó el 9% anual, en buena medida debido a la elevada juventud de la población, con escasos ancianos: la edad media de los casamientos no era elevada, algo inferior a los 25 años, aunque las mujeres eran más precoces, entre dos y tres años de media menos que los varones. Esta costumbre, la de la menor edad de casamiento de las mujeres, no sólo ha sido una constante en Elda a lo largo de todo el si-

El comportamiento de los jóvenes –también en cuanto a sexualidad y natalidad– cambió notablemente en los años sesenta y setenta (Archivo EMIDESAs).

glo, sino que parece ser una norma común a toda la sociedad occidental. En aquellos primeros años de siglo, la baja esperanza de vida de la población, que producía un alto número de viudos a edad temprana, hacía posible una cierta abundancia de segundas nupcias, especialmente entre los varones, mucho más propensos a volver a pasar por la vicaría.

Entre los años veinte y la Guerra Civil las tasas de nupcialidad descendieron de forma ostensible, hasta el 5,8‰ en 1935. Esta reducción apenas puede acha-

de fuerte secularización de las costumbres, perdido el carácter de compromiso perpetuo del matrimonio católico, en medio de un entusiasmo por las *uniones libres* y de generaciones enteras de jóvenes marchando al frente de batalla: sólo en el mes de junio se celebraron 34 bodas. 1939, por el contrario, punto final de la contienda, con tantos jóvenes lejos de la ciudad (en la guerra, en el exilio, repitiendo servicio militar...), recién llegados otros sin apenas tiempo para planificar la boda no era un momento propicio para celebraciones. Tampoco la posguerra fue especialmente propicia; por el contrario, fue una época de casamientos tardíos.

Los años del desarrollismo (los sesenta y setenta) volvieron a incrementar la nupcialidad, con tasas en torno al 7‰, superiores a la media española, como corresponde a una ciudad joven y a una época en la que la edad media de los contrayentes volvió a reducirse (1979 fue en España el año de menor edad de los contrayentes). Se trataba entonces de una ciudad con un bajo número de estudiantes universitarios, con empleo estable y elevadas posibilidades de trabajo (las horas extras eran práctica absolutamente común), con facilidades de acceso a la vivienda, con una generación de jóvenes muy distinta a la de sus mayores que deseaba establecer su propio hogar. Curiosamente, a finales de los sesenta, cuando todo el sector del calzado acordaba celebrar simultáneamente las vacaciones estivales semiparalizando la ciudad, el periodo era aprovechado por buen número de contrayentes, a veces con varias parejas celebrando su boda en la misma ceremonia.

Desde 1981, tras la crisis de los setenta que afectó radicalmente a la sociedad occidental, sobre todo a las áreas industriales, la nupcialidad experimenta un descenso apreciable y algunas transformaciones notables. La reducción puede ser achacada a multitud de factores, entre los que destaca una nueva concepción de la pareja mucho menos dispuesta a compromisos estructurados y la tendencia a retrasar notablemente el momento de la boda. El acceso de la mujer a los estudios universitarios y al empleo profesional cualificado (que obliga a estudiar hasta edades más avanzadas y a consolidar luego el trabajo), unido al paro juvenil, al empleo precario, a la carestía de la vivienda, la facilidad de rela-

Cuadro 4
Elda, siglo XX: evolución de las tasas de nupcialidad

Año	Tasas (tanto por mil)
1900	9.1
1922	9.2
1935	5.8
1964	7.8
1970	6.2
1981	7.0
1986	5.9
1991	5.5
1996	4.7
2001	5.3

Elaboración propia (aprox.) con datos de los censos de población del INE, del Archivo Municipal y del Registro Civil de Elda.

carse al apoyo a las tesis anarquistas, porque casi todos los afiliados al sindicato seguían contrayendo matrimonio; es muy posible, en los años en que más intensa fue la inmigración, que el descenso pueda explicarse porque la mayoría de quienes se afincaban en Elda eran ya familias jóvenes (es decir, no celebraban aquí su boda). En aquellos años, debido al incremento de la esperanza de vida, las segundas nupcias tendieron a disminuir. Septiembre –mes de fuerte significado religioso en la ciudad– era el momento en que se celebraban mayor número de nupcias, mientras la época invernal era el periodo de mayor escasez.

La Guerra Civil también influyó radicalmente en la celebración de matrimonios. Así 1937 presenta las mayores tasas del siglo (matrimonios civiles, por supuesto), con 253 bodas (casi 13 por cada mil personas), mientras en 1939 sólo hubo 78. Las razones son similares a las explicadas para la natalidad. 1937 fue un momento de revolución social y

ciones sexuales extramatrimoniales o la mayor tolerancia paterna respecto a la vida de los jóvenes lo explican suficientemente. El servicio militar ha dejado de influir en la celebración de matrimonios. Aunque el matrimonio religioso sigue siendo mayoritario, cada vez más se abre paso el matrimonio civil, en buena medida porque –tras la aprobación del derecho al divorcio– la mayoría de segundas nupcias deben recurrir a él. La mayor movilidad laboral, de estudio o de recreo de la población, incrementa las bodas entre jóvenes residentes en ciudades cada vez más alejadas, aunque se mantiene casi siempre la costumbre de celebrar el enlace en el lugar de residencia u origen de la novia; en 2000, septiembre había vuelto a ser el mes preferido para celebrar la boda y el invierno la época con menores adeptos.

La mortalidad

Afortunadamente, también las tasas de mortalidad descendieron a lo largo del siglo XX, permitiendo que la posibilidad de llegar a viejo –difícil a comienzos de siglo– fuese accesible a la mayoría de la población. El cuadro 5 refleja con claridad el brusco descenso de la mortalidad a lo largo del siglo XX. Sin embargo, el cuadro parece indicar que el descenso de la mortalidad, fortísimo hasta 1955, se ralentizó fuertemente hasta comienzos de los ochenta para incrementarse después. No es así. En realidad, a partir de 1981 lo que sucede es que el aumento de la esperanza de vida de la población se combina con un descenso brusco de la natalidad, lo que hace que el conjunto de la población envejezca notablemente; como la muerte es algo consustancial a todos los nacidos por mucho que se eleve la edad a la que se produzca, llega un momento en que las tasas vuelven a incrementarse. Por ello, conviene recurrir a la esperanza de vida al nacer, es decir, a los años que se espera que vivirá por término medio una persona: si en 1900 la esperanza de vida de los eldenses estaba en torno a los 35 años, antes de la Guerra Civil ya se alcanzaba una media cercana a 50 y hoy las cifras tienden a aproximarse cada vez más a los 80 años, disfrutando como el conjunto de los españoles de una de las más elevadas del mundo.

Son muy numerosos los factores que han colaborado a esta mayor pro-

Cuadro 5
Elda, siglo XX: evolución de las tasas de mortalidad

Año	Tasas (tanto por mil)
1900	25.7
1922	20.9
1935	16.1
1955	9.1
1964	7.2
1970	8.4
1981	6.5
1986	7.1
1991	7.7
1996	7.5
2001	7.9

Elaboración propia (aprox.) con datos de los censos de población del INE, del Archivo Municipal y del Registro Civil de Elda.

bilidad de una vida más larga, algo que sin duda se encuentra entre las grandes transformaciones vividas en el siglo. El cambio drástico no podría explicarse sin recurrir a la desaparición de las grandes enfermedades catastróficas, las epidemias que cada cierto tiempo diezaban a la población y destruían total o parcialmente los incrementos demográficos generados durante decenios; entre estas enfermedades se encontraban algunas como el cólera morbo asiático, especialmente dañino en el siglo XIX. Ya no existen brotes epidémicos coléricos de importancia en la Elda del siglo XX. Sí existen, por el contrario, otras epidemias que –aunque de menor intensidad– si afectan notablemente a la ciudad, como la viruela de 1901 y la gripe de 1918; el sida, con toda su gravedad, no alcanza jamás, ni de lejos, un carácter similar a aque-

Publicidad de la Escuela Moderna eldense, de principios de siglo e inspiración anarquista. Creía que la escuela debía colaborar a la salud del niño (Archivo EMIDESA).

Escuela Moderna de Elda

Ministerio Nacional de Instrucción Pública y Bellas Artes

Regulación de Hijos desde los diez años

Para saber más, dirígete al director de la escuela y los padres. El padre que quiera formalmente la inscripción de su hijo en la escuela.

Los días hábiles de la escuela son los días de fiesta.

Distribución del tiempo y del trabajo

MANANA. (Hijos de 10 a 12 años)	MAÑANA. (Hijos de 13 a 15 años)
LENGUA, Historia, Geografía.	Librería, Escritura, Gramática, Física.
MATEMÁTICAS, Lógica, Matemáticas, Zoología.	Labores, Artesanía, Luchas de cuerpo, Geografía.
MUSICA, Dibujo, Trazado, Geometría.	Trabajo Manual, Trabajos de casa, Químico.
DEBIDO... (Hijos de 16 a 18 años)	Trabajo manual, Trabajos de casa.
DEBIDO... (Hijos de 19 a 21 años)	Escritura, Lógica, Física.
DEBIDO... (Hijos de 22 a 24 años)	Librería, Escritura, Artesanía, Trabajo manual.

Nota: La escuela de Elda es una escuela moderna que se funda en la práctica de la vida y el aprendizaje por el trabajo. No se trata de una escuela que se funda en la teoría y el aprendizaje por el trabajo.



La mejora de la higiene ha sido una conquista social del siglo XIX (Publicidad de revistas previas a la Guerra Civil).

llas. La viruela de 1901 conllevó el fallecimiento del 0,8% de la población, pero puso de manifiesto el escaso afianzamiento de algunas conquistas sanitarias del siglo XIX, al menos fuera de las grandes áreas urbanas, pues la vacuna ya había sido descubierta en el siglo XVIII y en las tierras valencianas

el número de vacunados era superior a la media estatal; en Elda, afectó sobre todo a niños de corta edad (el 80% de los fallecidos era menor de 5 años), durante seis meses, especialmente en septiembre y octubre.

La gripe de 1918 fue la última enfermedad epidémica de importancia notable padecida en Elda; 1918 fue conocido durante mucho tiempo como el año de la gripe y su incidencia fue ligeramente inferior a la de la viruela, centrándose más en las edades intermedias, especialmente entre las mujeres de 20 a 40 años, casi un tercio de las muertes totales. La duración fue algo más reducida, poco más de dos meses, siendo la última semana de octubre el momento de mayor incidencia.

Buena parte del incremento de la esperanza de vida está motivado por el descenso drástico de la mortalidad infantil. Ésta, al afectar a la población de menor edad, reduce notablemente la edad media de los fallecimientos. La mortalidad infantil estricta –es decir, la de los ni-

ños menores de un año– afectaba a principios de siglo a unos 106 niños por cada mil nacidos, con un descenso todavía muy moderado respecto a la sociedad preindustrial. Antes de la Guerra Civil se seguían registrando valores casi similares, cercanos a 100, aunque se había producido una mejoría notable entre los niños de 1 a 4 años: si a comienzos de siglo morían casi dos de estos niños por cada bebé menor de un año, en la época republicana eran sólo el 60% de estos; es decir, la reducción de la mortalidad infantil no se produjo tanto entre los recién nacidos –debido entre otras cosas al seguimiento deficiente de los periodos de gestación de las madres– sino gracias al inicio del seguimiento continuado de la salud de los pequeños (tal vez, gracias al proceso de implantación de las *iguales* médicas, habituales en Elda hasta bastantes años después del inicio de la Seguridad Social). En esa época, el elevado riesgo de mortandad de los más pequeños originaba el caso curioso (no sólo en Elda, claro) de que aquellos que superaban los cinco años de edad tuviesen más probabilidades de vida que al nacer (unos 53 años era la esperanza de vida al cumplir cinco años en 1935, por ejemplo).

Una muestra de esta incidencia de la mortalidad infantil la ofrece el censo de 1940, cuando facilita datos sobre el número de hijos vivos y muertos de las mujeres de la ciudad. Entre las de 41-45 años, las que prácticamente habían concluido su periodo fértil, la media de hijos vivos era de 3, pero la de hijos muertos por mujer era de 0,45; más aún, el 11% de las mujeres de aquella generación habían sufrido la muerte de dos o más hijos. A lo largo de la posguerra, en buena parte gracias a la labor desplegada en algunos ámbitos por la Sección Femenina divulgando entre las jóvenes madres maneras adecuadas de alimentación e higiene infantil, se fue reduciendo moderadamente la mortalidad de los niños; la reducción se continuó también a lo largo de los años sesenta y setenta, facilitada por la mejora ostensible del nivel de vida; el desarrollo posterior en todos los órdenes (educativo, higiénico y sanitario) ha hecho posible que actualmente sólo aproximadamente cinco de cada mil nacidos fallezca antes de cumplir el año. Parecen ya totalmente lejanos aquellos tiempos en que existía todo un ceremonial diferenciado para los entierros de los niños, cortejo fune-

Viejo hospital de Elda, en el solar del actual geriátrico (Archivo EMIDESa).



rario de color blanco incluido. Es, sin duda, otro de los grandes logros del siglo.

Junto al final de las epidemias catastróficas y a la lucha por la reducción de la mortalidad infantil a niveles casi excepcionales, otros muchos factores han ayudado a reducir las posibilidades de fallecimiento a edades tempranas. Como bien decía el francés Sauvy, la mortalidad está más relacionada con la ignorancia que con la pobreza; en nuestro caso, la socialización de la educación ha colaborado a asentar los conocimientos y hábitos higiénicos de la población; si antes hablábamos de la labor de la Sección Femenina en la posguerra, antes de 1920 la Escuela Moderna (vinculada al movimiento anarquista) ya fomentaba en sus aulas la inspección higiénica diaria, el ejercicio físico o las nociones de fisiología; piénsese en la importancia de la divulgación de nociones vinculadas a la sanidad en una población donde los habitantes de mediana edad todavía recuerdan haber merendado pan, vino y azúcar, o tomado vino quinado como reconstituyente en su infancia o donde, hasta no hace muchas décadas, parte de la población consideraba que inhalar los vapores de los viejos trenes de carbón a la salida del túnel era bueno para quienes padecían afecciones respiratorias. Junto a ello, algunos avances sociales acabaron reduciendo la insalubridad de la ciudad: así, la instauración de la red de agua en las casas (iniciada en los años veinte por la sociedad «Aguas del Canto S.A.» y concluida en algunos barrios en los últimos años del franquismo), que facilitó el aseo diario y una limpieza más asidua de vestidos y viviendas; además, la reducción de la infravivienda y el chabolismo, la construcción de la red de alcantarillado o la mejora progresiva de la recogida de basuras. También la generalización de la sanidad a toda la población, un proceso vivido a lo largo de todo el siglo; así, la puesta en marcha de sociedades de ayuda mutua, las igualas médicas (que por una cantidad moderada permitían acudir a la consulta de los distintos profesionales), la mejora de las instalaciones del hospital municipal (como, por ejemplo, la Gota de Leche), la ampliación de la medicina de familia –desde los primeros ambulatorios de reducidas dimensiones a los actuales centros de salud– o la construcción de la residencia sanitaria comarcal. La mejora de la alimentación ha sido parte esen-

cial del cambio: las capas sociales marginales debieron recurrir en todo momento a instituciones benéficas establecidas al efecto –como Auxilio Social, por ejemplo– y en determinadas épocas –como la posguerra– el hambre o la malnutrición afectaron a demasiada gente; la variedad de productos y el acceso generalizado a ellos ha sido un logro creciente de la segunda mitad del siglo. Finalmente, algunos hábitos saludables, como la práctica del deporte entre capas progresivamente crecientes de la población sigue conviviendo con hábitos poco recomendables, como el consumo elevado de alcohol o el tabaquismo.

Hoy, la mortalidad es –igual que en el conjunto de la sociedad occidental– una cuestión asociada a la vejez, con esperanzas de vida que como hemos indicado se acercan a los 80 años. Pero no siempre ha sido así: durante el primer tercio del siglo, sólo el 20% de los fallecidos superaban los 70 años; en general, siempre predominaban entre ellos las mujeres y –salvo excepciones– los entierros de ancianos no eran tantos como los de los niños de corta edad. Hoy, la mortalidad está fuertemente ligada a la vejez y las enfermedades más mortíferas se concentran en torno a las denominadas *tres*



Tarjeta de fumador en la posguerra. Hasta hace pocos años, fumar era una necesidad, en absoluto un problema sanitario (Archivo EMIDESA).

La elevada mortalidad infantil permitía que, hasta la posguerra, las funerarias ofertaran ceremonias especiales para los niños (Archivo EMIDESA).



ces, es decir, el cáncer, el corazón y la circulación.

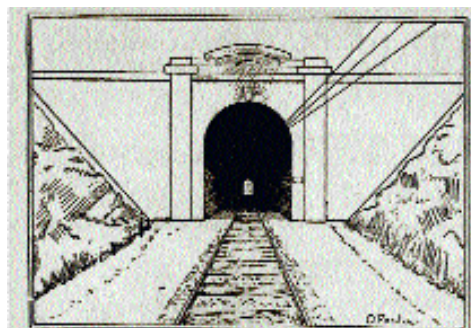
Durante todo el siglo, las mujeres han disfrutado de una mayor longevidad que los varones, con una diferencia que oscila entre los tres y seis años, sin que parezca tender a reducirse. Tradicionalmente, la mujer estaba menos ligada a los trabajos físicos de mayor riesgo y dureza, estaba menos afectada por el consumo de alcohol y tabaco, mantenía un ritmo de vida más sosegado y unas costumbres más estables; como algunas de estas circunstancias parecen tender a cambiar rápidamente, es posible que las diferencias tiendan a reducirse en un futuro, pero todavía es pronto para afirmarlo. Cuando los avances sanitarios estaban menos desarrollados que hoy y su disfrute por los grupos sociales menos favorecidos era incipiente, sí existía una

franja de edad en que la mortalidad de las mujeres era superior, aquella de mayor fecundidad femenina, porque el riesgo de fallecimiento a consecuencia de un parto sí era elevado. Hoy, afortunadamente, la incidencia de este tipo de muertes es reducidísima.

El envejecimiento acusado de la población, favorecido tanto por el aumento de la esperanza de vida como por la reducción de la natalidad, ha hecho posible que en algún año reciente –como 1999– el crecimiento natural haya sido negativo, aunque sólo ligeramente; en el caso eldense esta posibilidad se acentuaba por el fenómeno de asentamiento en término municipal de Petrer de algunas nuevas parejas, reduciendo los posibles nacimientos y ampliando el peso relativo de los mayores. La llegada de los inmigrantes extranjeros, más jóvenes y natalistas que el resto, ha permitido paliar –al menos, de momento– esta situación.

Las migraciones

El fortísimo crecimiento de la población eldense a lo largo del siglo XX no hubiese sido posible sin la sucesiva llegada de inmigrantes a la ciudad; es cierto que la inmigración se produjo con mayor o menor intensidad a lo largo de todo el siglo, aunque fue especialmente intensa en algunos periodos, como la primera década del siglo, los quince años previos a la Guerra Civil, el periodo comprendido entre 1955 y 1975 y los dos últimos años del siglo. En compensación, también fueron numerosas las corrientes de salida, aunque la ciudad no las percibió tanto porque no fueron tan intensas, no fueron a distancias largas –por ejemplo, el establecimiento de eldenses en Alicante o Petrer–, están muy alejadas en el tiempo o disponemos de escasas fuentes adecuadas para su estudio; los desplazamientos de obreros a Barcelona hasta los años veinte, el retorno de trabajadores a sus lugares de origen (los mahoneses, por ejemplo, regresaron casi todos), la emigración a América y Europa, el exilio de posguerra, aunque numéricamente no alcanzan ni de lejos la importancia de las llegadas, también forman parte de la historia de la ciudad. Por supuesto, los lugares de origen fueron cambiando en cada época, aunque podemos afirmar que cada vez ampliaron su radio de atracción, desde una esfera casi comarcal en



Idelladas

*Es creencia general,
que el títel, o sea «la mina»
—como aquí se denomina—
tiene acción medicinal.*

*Y no es exageración
ni debe tomarse a broma
como un amigo lo toma
sin plaza de comprensión.*

*Las mamás, cuando un infante
o infanta, empieza a toser,
sin poderse contener
lo llevan allí, al instante.*

*Pues el aire de «la mina»,
dicen, que después de Dios,
es lo que cura la tos,
la llamada tosferina.*

*Y del títel a la entrada
le tienen hora tras hora,
y siempre el niño a veces llora
por tanta corriente helada,*

*siguen la bronca o la hulla;
la cosa es que a sus pulmones
lleguen las emanaciones
de impregnaciones de hulla.*

*Y el remedio es eficaz,
porque ocurre al otro día
que espicha de pulmonía
y... lo amortajan y en paz.*

Max. G. SORIANO

Maximiliano García Soriano satirizó la costumbre de acudir al túnel a respirar el humo para curar problemas respiratorios (Revista *Elda Extraordinario*)

1900 hasta otra intercontinental en la actualidad.

La llegada de trabajadores a la industria de calzado eldense ya había comenzado en las últimas décadas del siglo XIX, pero se hizo mucho más intensa en los primeros años del siglo pasado, con la llegada de gentes de municipios vecinos o de poblaciones próximas que, como Almansa, contaban con una cierta tradición zapatera y atravesaban un periodo de dificultades económicas. El fenómeno se hizo especialmente notable entre los años veinte y la época republicana previa a la guerra, momento en que –como ya hemos visto– Elda creció más que ningún otro municipio de la provincia y se transformó intensamente en el plano urbanístico.

En 1922, la ciudad contaba con 2.415 residentes nacidos en otros lugares pero su origen estaba muy concentrado porque cuatro de cada cinco procedían de sólo nueve municipios; eran, por este orden, Monóvar (con 551 inmigrados), Almansa y Petrer (que también superaban los doscientos), Sax, Novelda, Pinoso, Castalla, Salinas y Villena, todos ellos con más de un centenar de residentes. Se trataba de las poblaciones colindantes con Elda y de otras muy próximas a ella.

Sólo trece años después, en 1935, los nacidos fuera de Elda eran mayoría en la ciudad y, aunque seguían predominando claramente los llegados desde el Alto y Medio Vinalopó, se habían producido algunos cambios notables. En primer lugar, se había ampliado notablemente el radio de atracción ejercido por Elda sobre los inmigrantes; así, tanto los llegados desde la provincia de Albacete como los de Murcia superaban ya el millar de residentes en la ciudad y había más de ochocientos de procedencia más alejada. En segundo lugar, la inmigración en esos años había sido particularmente intensa desde dos municipios, Pinoso y Yecla, ambos dedicados entonces básicamente a una agricultura vitivinícola, que atravesaban una fuerte crisis económica y, consiguientemente, social.

El análisis de las migraciones de Pinoso a Elda en esos años explica con claridad alguno de los factores que influyeron en aquellas llegadas masivas. En primer lugar, la distancia entre ambas poblaciones y los medios existentes en la época hacían inviable el desplazamiento diario, como podía hacerse trabajosamente desde Sax, Petrer o Monóvar; a los pi-

noseros –como a los yeclanos– no les quedaba otra opción que el cambio de domicilio para trabajar en Elda. Por otro lado, la estructura laboral pinosera se veía fuertemente afectada por el elevadísimo número de jornaleros sin tierra, fundamentalmente empleados en un cultivo de la vid que reducía en esos años su producción y su rentabilidad (y, por lo tanto, la posibilidad de jornales y el precio de éstos). Además, la facilidad para encontrar trabajo motivó la formación de auténticas cadenas migratorias, en las que los ya establecidos pronto facilitaban nuevas venidas de familiares y conocidos, sirviéndoles como apoyo inicial. La partida de los trabajadores y sus familias



fue especialmente elevada en partidas rurales que, como El Faldar o Las Encenas, carecían de trabajos alternativos al agrícola; casi siempre se trataba de la población más modesta, como demuestra el descenso intenso del número de braceros en aquellas pedanías o el dato de que dos tercios de los pinoseros residentes en Elda en 1935 fuesen analfabetos. La emigración fue tan intensa que no sólo hizo disminuir los nacimientos y las nupcias de Pinoso sino también la población absoluta (especialmente, en las pedanías), generando una notable tendencia al envejecimiento. Como sucedió con los llegados de casi todos los municipios cercanos, la industria del calzado fue la que ofreció trabajo a la mayoría de quienes llegaron de Pinoso, aunque los inmigrados de mayor edad se ocuparon en gran medida en la construcción o como

La industria del calzado eldense siempre ha ofrecido grandes posibilidades de trabajo a la mujer, lo que durante años sirvió para incentivar la inmigración (CEFIRE).

jornaleros agrarios; aquellos que dominaban previamente una profesión no agraria se empleaban fácilmente en ella (hubo entre ellos muchos chóferes, mecánicos o artesanos varios). La práctica totalidad de pinoseros establecidos en Elda en 1935 seguía manteniendo el valenciano como lengua familiar y en las relaciones con sus paisanos, lo mismo que la mayoría de llegados desde Monóvar, Petrer, Novelda, Castalla y muchos otros lugares; en aquel momento, entre cuatro y cinco mil habitantes de Elda –un cuarto aproximado de la población total, tanto como hoy en día en Petrer– tenía el valenciano como lengua materna: fue, sin duda, una coyuntura lingüística excepcional que con el tiempo fue desapareciendo o aminorándose, aunque dejó hondas repercusiones en el uso popular de nuestro castellano.

Finalmente, en 1935, la antiguamente conocida como avalancha de Almansa fue abriendo camino a la llegada de gentes procedentes de otros municipios albaceteños próximos, como Montealegre, Caudete, Alpera –que ya contaban con más de un centenar de residentes en Elda– o Higuera, estableciendo las raíces de la que sería la fortísima inmigración manchega de los años sesenta y setenta.

Algunos detalles muestran con claridad que durante los años veinte y treinta la integración de los inmigrantes se hizo con notable éxito, permitiendo ofrecer una imagen de ciudad abierta y acogedora, que no parece haber perdido hasta el momento. Así, los nuevos barrios de El Progreso o La Fraternidad no se convirtieron en guetos de los recién llegados sino que en ellos convivieron eldenses nativos con gentes de variada procedencia (quienes procedían de un mismo pueblo tampoco tendieron a concentrarse en demasía). En un estudio de integración mucho más profunda, el estudio de los casamientos de 1935 muestra como sólo en el 23% de las bodas ambos contrayentes eran nacidos en Elda; pese a que las relaciones familiares importaban, la mayoría de los contrayentes nacidos en Elda lo hicieron con gentes venidas de fuera.

La Guerra Civil acabó con aquella fortísima corriente inmigratoria, aunque durante el conflicto la ciudad acogió temporalmente a centenares de refugiados, la mayoría de los cuales regresó a su lugar de origen tras la guerra. La pri-

mera posguerra fue tiempo de exilio para muchos –Elda fue un pueblo de vencidos– y de numerosos retornos al pueblo materno, porque en las áreas agrícolas era mucho más fácil sobrevivir en aquellos años de penuria; el racionamiento fue insuficiente en la ciudad durante muchos años y la industria del calzado carecía frecuentemente de lo más imprescindible (desde pieles hasta fluido eléctrico).

Los buenos tiempos volvieron a finales de los cincuenta, primero lentamente y luego con rapidez. La ciudad ofrecía trabajo abundante a todo el que llegaba a ella, al menos hasta 1973. Sin embargo, en las poblaciones próximas la industria del calzado era también una realidad pujante, o poseían otras alternativas laborales prósperas. La inmigración hubo de llegar de comarcas cada vez más alejadas, generalmente desde áreas rurales en las que una agricultura en proceso de mecanización no era capaz de ofrecer trabajo a unos jóvenes que, por otra parte, deseaban otra forma de vida diferente. Los inmigrantes de la Elda de los sesenta llegaban en su mayoría atraídos por las posibilidades de una industria zapatera en expansión, que seguía ofreciendo esencialmente ventajas similares a las del periodo prebélico; pese a que los salarios de la industria del calzado no eran comparables a los de buena parte de las grandes industrias de áreas como el País Vasco o Barcelona sí eran muy superiores a los ingresos realmente obtenidos por los jornaleros agrarios o por los obreros de otras regiones españolas menos desarrolladas; además, el proceso de aprendizaje de algunos oficios no era excesivamente largo, la industria facilitaba abundante empleo femenino, con salarios claramente inferiores a los del varón, pero el trabajo continuado de la mujer no era nada fácil en las áreas rurales, ni siquiera en zonas industriales. En esos años, los ingresos familiares oficiales podían superarse fácilmente mediante algunos recursos complementarios como el trabajo a destajo (que incrementaba el ritmo, la jornada laboral y los ingresos) o las tareas domiciliarias, accesibles a las mujeres que no podían cumplir con el horario de trabajo en fábrica, complementadas muchas veces con el esfuerzo de niños en edad escolar, de algún anciano e incluso del esposo al término de su jornada. Finalmente, era una época en que las personas de carácter emprendedor podían in-

tentar su conversión en empresarios, dado que el coste de montaje de un nuevo taller era relativamente accesible.

En 1981, cuando esta gran etapa inmigratoria está prácticamente finalizada, la mayoría de la población ya había nacido en Elda, aunque casi todos ellos contaban con padres o abuelos inmigrados; entre los nacidos fuera, los castellanomanchegos eran la comunidad más numerosa, seguida por los llegados del resto de la provincia, los murcianos y los andaluces.

Los años ochenta y la mayoría de los noventa fueron un periodo de escasa inmigración, en el que el propio crecimiento interno de Elda no era capaz de compensar el peso de la emigración neta, aunque estas pérdidas no fuesen afectivamente importantes porque en su gran mayoría lo fueron a Petrer, dentro de la misma conurbación urbana, con lo que no suponían un alejamiento real significativo.

La inmigración se recuperó fortísimamente en los años del cambio de siglo, tal y como sucedió en el conjunto del país. No eran ya familias procedentes de otros lugares de España, sino gentes venidas desde todo el mundo –según el censo de 2001 vivían en Elda gentes de 46 nacionalidades–, aunque mayoritariamente de países como Colombia (más de la mitad del total), Ecuador, China, Argentina o Ucrania. Su llegada fue rapidísima: en 1997 llegaron 22 extranjeros; cuatro años después, 1.219. Los extranjeros residentes en Elda en 2001 se caracterizaban por mostrar un cierto equilibrio de sexos, aunque se concentraban entre los adultos jóvenes, siendo muy escasos los ancianos y no excesivo el porcentaje de niños; más de un tercio del total vivían en hogares compartidos por seis o más personas, siendo mayor este porcentaje entre los colombianos y más escaso entre los llegados desde Marruecos y Europa Occidental. Los solteros eran mayoría, la tasa de actividad era altísima (trabajaba casi el 84% de los mayores de 16 años), con elevada participación de las mujeres, aunque el paro les afectaba de forma notable; sólo una minoría disponía de vehículo propio o estudiaba superados los 16 años. En general, se dedicaban a trabajos como el servicio doméstico, el cuidado de ancianos, la hostelería o la construcción, pero cada vez eran más abundantes quienes trabajaban en el calzado. Su presencia revitaliza demográficamente a una

ciudad inmersa en un fuerte proceso de envejecimiento: más nacimientos, más necesidad de plazas escolares, freno a la pérdida de población... A finales de siglo, su número no era comparable al de los nacidos en Castilla-La Mancha, ni superaba a los llegados desde otras poblaciones de Alicante, Murcia o Andalucía; sin embargo, mientras estos grupos tendían a reducirse y a envejecer –habían llegado hace ya muchos años y sus hijos ya eran eldenses de nacimiento– los extranjeros eran mucho más jóvenes y aumentaban de día en día.

El censo de 2001 también permite conocer algunos detalles de la emigración eldense. Entre los municipios con mayor número de eldenses destacan Petrer, Villena y Novelda, pero en gran parte es debido al alto número de partos de vecinas de esos municipios atendidos en el Hospital General; sólo en el caso de Petrer –donde los nacidos en Elda son casi ocho mil– puede hablarse claramente de elevado asentamiento de eldenses, aunque sería excesivo hablar de emigración estricta por tratarse de la misma área urbana. Fuera de la comarca, sólo cuatro poblaciones cuentan con más de doscientos eldenses: Alicante –1.045 personas, la colonia más numerosa con gran diferencia–, Elche, Valencia y Madrid, lo que explica la tendencia de ciertos profesionales a establecerse en áreas urbanas y la inexistencia de migraciones en cadena, típicas de los traslados masivos; junto a ellas, sólo algunas capitales (Murcia, Barcelona, Albacete), poblaciones que mantuvieron una intensa emigración hacia Elda (Almansa, Yecla) o municipios costeros cercanos (Benidorm, Torrevieja, Santa Pola) cuentan con un mínimo número de eldenses. Muestra de que la emigración local ha sido escasa a lo largo del siglo XX, no llegaban al 5% los nacidos en Elda que residían en comunidades autónomas distintas de la valenciana.

Las estructuras demográficas

El análisis de la población no debe centrarse sólo en las variaciones de la población, en sus incrementos (nacimientos e inmigración) y en sus pérdidas (defunciones y emigración), sino que es necesario considerar la situación demográfica de una ciudad en distintos momentos de su historia, es decir, las características que la definen en una época determinada.

De todas las estructuras demográficas, seguramente sea la distribución por edades y sexo la más conocida de todas. Elda –como el conjunto de la sociedad española, pero con variantes propias a las que nos referiremos– se ha transformado esencialmente, pasando de ser una sociedad de niños y jóvenes a otra en la que el envejecimiento se está convirtiendo en un problema social. En 1900, los menores de 25 años eran mayoría en la villa; en 2001, la actuación combinada de una esperanza de vida creciente y de una natalidad muy reducida ha hecho posible que la generación de 65 a 69 años supere en número a la de menores de 5 cinco años. El cuadro 6 y las pirámides adjuntas reflejan claramente cómo ha evolucionado a lo largo del siglo el reparto por edades y sexos de los habitantes de Elda.

En esencia, ha cambiado sustancialmente el porcentaje de jóvenes y de viejos entre los habitantes de la ciudad, y también lo ha hecho, aunque de forma menos significativa el peso de la población en edades laborales. En general, los eldenses han vivido la misma evolución hacia el aumento de la esperanza de vida que ha disfrutado el conjunto de la población mundial, pero lo han hecho más intensamente; con ello, el porcentaje de ancianos ha ido aumentando, triplicándose su peso relativo, lo que hace más notoria su presencia en todos los ámbitos ciudadanos: se programan gran número de actividades específicas para ellos, se adaptan –con mayor o menor acierto– a esta realidad las instituciones asistenciales, aumenta su peso electoral hasta niveles insospechados en aquellas elecciones manipuladas de los primeros años del siglo, pueblan tanto o más que los niños los parques y las calles, influyen más en la mentalidad social, que tiende a hacerse más conservadora. Sin embargo, el peso de la ancianidad se ha incrementado *per se*, pero también en función del pro-

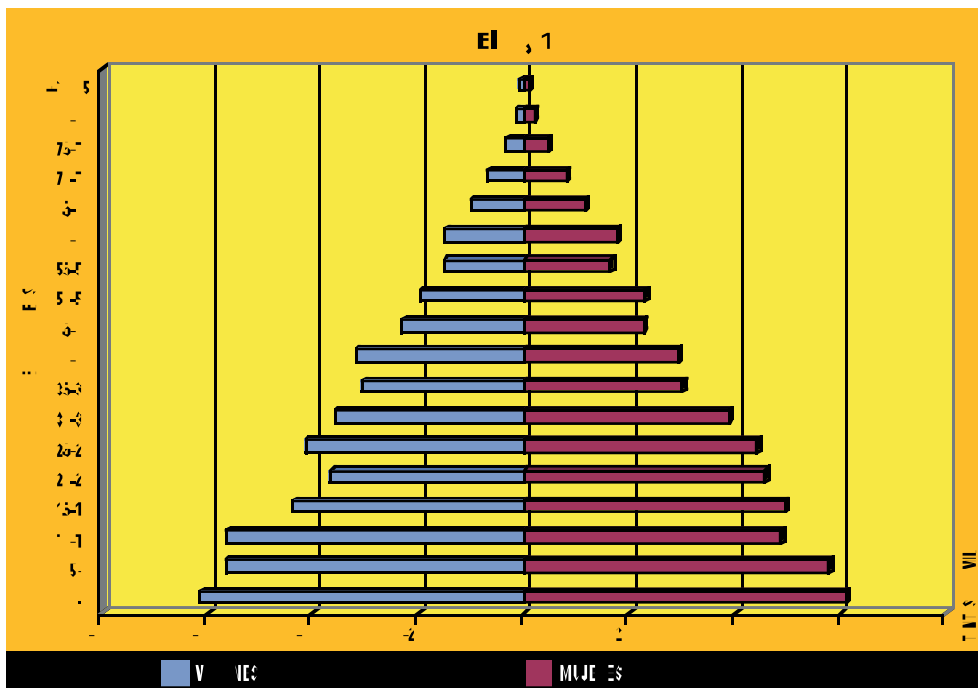
nunciado descenso de nacimientos producido básicamente en los últimos veinte años del siglo; este descenso es también común al conjunto de la humanidad, pero en España –y en Elda muy claramente– ha sido tan elevado que se producen anomalías como que generaciones *sesentañeras* sean más numerosas que las de la niñez sin que ello sea fruto de una emigración aguda; así, hasta bien entrados los años setenta, de hecho hasta la crisis económica de esa década que influyó claramente en las estructuras familiares, los niños –menores de 15 años– siempre representaron más del 30% del total de eldenses; pero el descenso pronunciadísimo de la natalidad, ya analizado, ha reducido su importancia relativa, incluso por debajo de la de los ancianos, presentando de cara al futuro un gravísimo problema de relevo generacional a medio plazo; el escasísimo porcentaje de niños seguramente tenderá a cambiar en un futuro, apoyado por la llegada de inmigrantes extranjeros en edad fértil, pese al inconveniente que supone el traslado de numerosas parejas jóvenes a la vecina Petrer.

El brusco descenso de nacimientos en las dos últimas décadas ha influido también en un incremento excepcional del porcentaje de adultos en la ciudad, el 69,3% del total, cifra jamás alcanzada en toda su historia. Con ello, el índice de dependencia, es decir, el número de personas en edad no laboral que deben soportar los potencialmente activos se ha reducido hasta el 0,44, mucho más bajo de lo usual a lo largo del siglo XX: ello supone una fuerza laboral excepcional, reforzada por el hecho de que casi el 40% de los eldenses cuenten entre 20 y 44 años, seguramente las edades de mayor capacidad productiva; es, tal vez, el mayor activo económico actual de Elda si se fuese capaz de ofrecer alternativas de empleo suficientes y adecuadas.

Cuadro 6
Estructura por edades e índice de dependencia

Grupos de edad	1900	1935	1970	2001
0-14 años	33.0	31.8	30.6	15.0
15-64 años	61.8	64.3	61.2	69.3
65 y más años	5.2	3.9	8.2	15.7
Índice de dependencia	0.62	0.55	0.63	0.44

Elaboración propia a partir de los censos correspondientes (en 1935, padrón municipal).

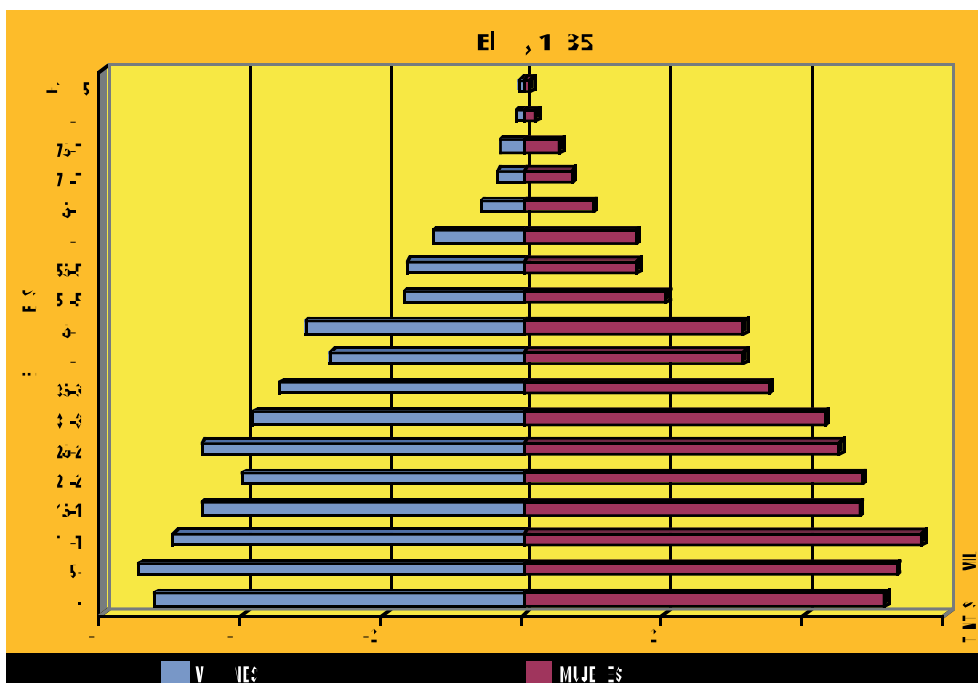


Pirámide de población de Elda. 1900.

Merece destacarse la distribución por edades previa a la Guerra Civil; en 1935, el porcentaje de ancianos de Elda fue posiblemente el más reducido desde siglos atrás, lo que permitió contar con una fuerza laboral altísima sin renunciar a un elevado porcentaje de niños y jóvenes; sólo la intensa inmigración de los años previos puede explicarlo, dado que aportó a la ciudad una gran cantidad de familias muy jóvenes, con elevada fertilidad –no sólo por su edad sino también

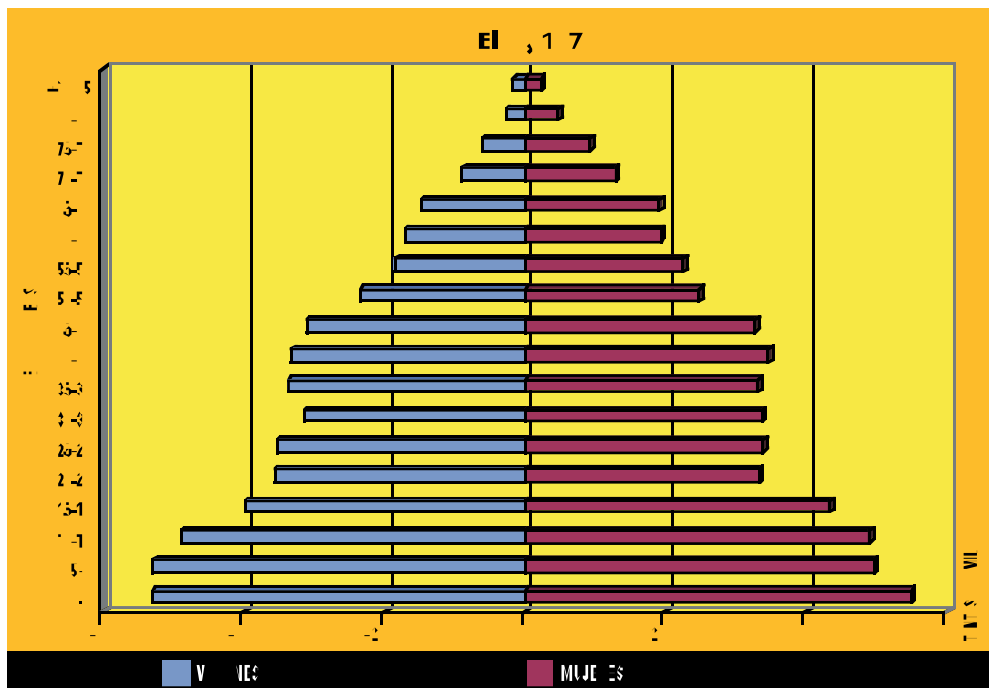
por la procedencia rural y las costumbres tradicionales de muchos de ellos– y escasísimos ancianos entre quienes llegaban.

También resulta conveniente analizar la distribución de la población por estado civil, como se hace en el Cuadro 7. Es natural que mientras la población presentó una estructura muy joven, los solteros fuesen clara mayoría entre los eldenses. Así sucedía en 1900, cuando la transición demográfica sólo había co-



Pirámide de población de Elda. 1935.

Pirámide de población de Elda. 1970.

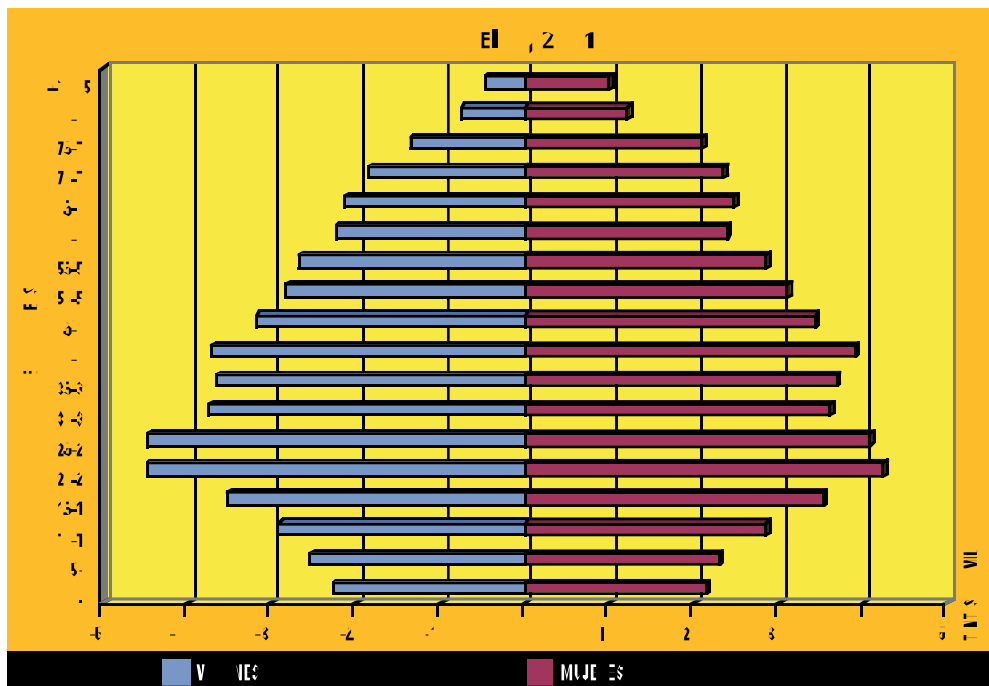


menzado tímidamente, y también en 1935, porque la gran inmigración de los años anteriores rejuveneció la sociedad eldense; la situación se mantuvo sustancialmente igual hasta mediados de los setenta, momento en que el descenso de la natalidad influyó en el rápido descenso de los más jóvenes y, con ello, de los solteros.

La viudedad se mantuvo bastante estable a lo largo de toda la centuria, porque las mayores posibilidades de lle-

gar a la vejez mantuvieron la convivencia de las parejas durante mucho más tiempo, pero también se prolongó el tiempo de vida posterior de los supervivientes; el porcentaje de viudos se redujo en los años de fuerte inmigración (como los treinta y los sesenta). El mayor incremento en un periodo breve sucedió, lógicamente, tras la Guerra Civil: el 5,4% de viudos en la Elda de 1935 se convirtió en un 7,6% en 1940. La viudedad siempre ha sido mucho mayor entre las mujeres,

Pirámide de población de Elda. 2001.



Cuadro 7
Distribución por estado civil

Estado	1900	1935	2001
Soltero	53,1	51.8	42.7
Casado	39,1	42.5	48.7
Viudo	7,8	5.3	6.4
Divorciado/separado	—	—	3.4

Elaboración propia. 1900, estimación. 1935, Padrón Municipal. 2001, Censo de Población.

dato que suelen casarse a edad más temprana que su cónyuge, contar con una esperanza de vida bastante superior y contraer segundas nupcias en menor medida; así, en 1900 la viudedad afectaba al 11,8% de las mujeres frente a sólo el 7,8% de los varones; al final de siglo, las diferencias eran aún mayores: más de un 10% de viudas por sólo un 2,2% masculino.

Cada vez cobra mayor importancia el peso de la población separada y divorciada, especialmente esta última puesto que hasta la restauración de la democracia no existió una ley que permitiese serlo. En 2001, ya suponían el 3,4 de los eldenses, con un porcentaje similar a la media provincial. El crecimiento había sido muy rápido, triplicándose su número sólo en la última década del siglo. Aunque es evidente que se separan y divorcian tantos hombres como mujeres, se trata de un estado civil casi tan ligado a la mujer como la viudedad: en Elda residían en 2001 casi el doble de divorciadas y separadas que de varones en las mismas circunstancias. En esencia, no se trata de que a ellas les resulte más cómodo residir en una ciudad como la nuestra; es cierto que resulta habitual que algún cónyuge traslade su lugar de residencia tras el trauma de la separación y que las mujeres prefieran los entornos urbanos, pero el motivo fundamental reside en que son los varones los que contraen segundas nupcias en mayor medida.

La estructura laboral eldense también se ha modificado notablemente a lo largo del siglo, aunque la industria –especialmente la del calzado y todas las actividades auxiliares ligadas al mismo– ha marcado en todo momento el ritmo económico; en el trabajo, la Elda del siglo XX ha sido esencialmente una ciudad zapatera. Siempre fue la industria la actividad principal, hasta el punto de que desde la I Guerra Mundial hasta la muerte de

Franco, al menos dos de cada tres eldenses trabajaron en ella; no obstante, existieron fuertes variaciones en cuanto al tipo de empleo, tanto en lo relativo al modo de producción (a destajo o a jornal) como al tipo de factorías (hasta 1950 predominaron las grandes empresas –menos de una decena ofrecían la gran mayoría del empleo existente– y posteriormente se ha tendido a reducir notablemente el tamaño de las mismas) o a la mayor o menor incidencia del trabajo irregular (históricamente valorado como una lacra social, incluso como un cáncer del sector zapatero, pero jamás abordado con el coraje necesario para ofrecer soluciones duraderas).

La agricultura, todavía muy presente en la vida local a comienzos del siglo fue descendiendo constantemente hasta niveles inferiores al 1% del total de empleados desde comienzos de los años ochenta; sólo en los primeros años de posguerra pareció repuntar momentáneamente, en unos momentos en que el hambre y las dificultades de todo tipo revalorizaron el autoconsumo y la vuelta a unas actividades que aseguraban la subsistencia (en 1940, uno de cada nueve eldenses trabajaba en la agricultura, algunos en haciendas diseminadas por el término). La construcción nunca ofreció cifras de empleo extremadamente elevadas y, pese a ser una ciudad donde se construyó mucho a lo largo del siglo, muchas veces se recurrió a trabajadores foráneos; su importancia varió en función de las diversas coyunturas económicas siendo la época de la posguerra cuando su peso económico fue menor (en 1950 sólo suponía el 2,7% del empleo). Las actividades terciarias fueron incrementándose a lo largo del siglo: muy escasas en 1900 crecieron a lo largo de la primera mitad de la centuria con el desarrollo del comercio y el transporte, hasta suponer uno de cada cinco empleos en 1950; en la segunda mitad del siglo, con

la automatización de determinados procesos industriales que redujeron paulatinamente la necesidad de peonaje, con el desarrollo de sectores propios de una sociedad avanzada –educación, sanidad, administración, finanzas– y con la crisis industrial de los últimos años, el terciario se ha convertido en una alternativa necesaria a la industria, aunque sus posibilidades de desarrollo sigan dependiendo en gran medida de las de la industria zapatera; pese al crecimiento, el porcentaje de empleo en el sector terciario eldense no es comparable al de las capitales provinciales.

El abundante trabajo femenino siempre ha sido una constante en la ciudad a lo largo de casi todo el siglo, hasta el punto de que la mujer fue protagonista destacada de buena parte de las luchas sociales que jalonan la historia social eldense: ellas protagonizaron una de las primeras huelgas, curiosamente en defensa del derecho a trabajar en su propio domicilio y no acudir a las fábricas; ellas, las aparadoras, protagonizaron las huelgas del hilo, asumidas hoy como un hito en la memoria colectiva; ellas defendieron alguna de las posturas más radicales en el movimiento asambleario de los setenta. Sin embargo, también ellas padecieron más que los hombres el empleo irregular, por lo que su importancia siempre se ve reducida en las estadísticas oficiales. No obstante, la mujer eldense –con contrato oficial o sin él– siempre se caracterizó por elevadas tasas de actividad laboral remunerada, incluso entre las mujeres casadas de la primera época franquista, cuando el Régimen trataba de dificultar por todos los medios su presencia en las fábricas.

En la agricultura, el transporte o la construcción las mujeres fueron casi inexistentes, aunque algunas sí colaboraban en las tareas agrarias. Durante muchos años, tendieron a concentrarse básicamente en determinadas funciones de la industria del calzado, donde algunas tareas como el aparado se convirtieron pronto en *femeninas*, y por ello, aunque no fuesen menos complejas, peor pagadas que otras consideradas *masculinas*; en 1940, el calzado era la ocupación del 86,4% de las mujeres que trabajaban. El trabajo femenino en los servicios, hoy predominante tanto en Elda como en España, ha sido una conquista social laboriosamente lograda por las mujeres; en 1940, sólo 166 mujeres trabajaban

oficialmente en el sector terciario, 129 de ellas en el servicio doméstico, casi todas solteras. Hoy, algunas profesiones, como la educación o la administración pública, se encuentran cada vez más feminizadas.

En una ciudad tan activa y emprendedora, no es de extrañar que siempre fuese elevado el número de empresarios, en buena medida dado el predominio de la pequeña empresa en el tejido económico local. El porcentaje de empresarios –empleadores o autónomos– fue a lo largo de casi todo el siglo superior a la media provincial; la quiebra de la mayoría de grandes fábricas y la aparición de pequeños talleres en las primeras décadas de posguerra hizo que su porcentaje entre los activos creciese fuertemente: de un 6,9% en 1950 a un 17,1% en 1981; después, las dificultades económicas y el desarrollo de actividades terciarias vinculadas a la administración o a las grandes empresas, redujo su participación hasta el 14,5% del empleo total en 2001. Las mujeres también han ido introduciéndose paulatinamente en el mundo del empresariado: según el censo de 1960 sólo había cuatro empleadoras; cuatro décadas después lo son el 3,6% de las activas.

Finalmente, el paro constituye otro aspecto esencial en la evolución laboral de la ciudad. Así, hasta bien entrada la época republicana, sin seguro de desempleo, el paro adquiría tintes dramáticos para las familias, aunque no fuese continuado sino temporal o coyuntural en la mayoría de los casos, si no se explicaría la fuerte inmigración; en los primeros momentos de posguerra, afectó a buen número de los trabajadores del calzado mientras se recuperó la normalidad de las empresas. La incidencia del paro fue muy escasa a lo largo de los años cincuenta y sesenta, en los que el pleno empleo reinó en la ciudad. Sin embargo, entre 1971 y 1973, reapareció de manera suave, estimándose en poco más de un millar los preceptores de desempleo a la muerte de Franco, muchos de los cuales seguían trabajando de manera irregular. Sin embargo, en las dos últimas décadas del siglo, con alternancia de periodos más duros y épocas de bonanza, el desempleo se convirtió casi en estructural, manteniéndose las cifras oficiales –utilizamos las de final de marzo– por encima de los siete mil parados entre 1986 y 1994, para volver a descender en los años siguientes.

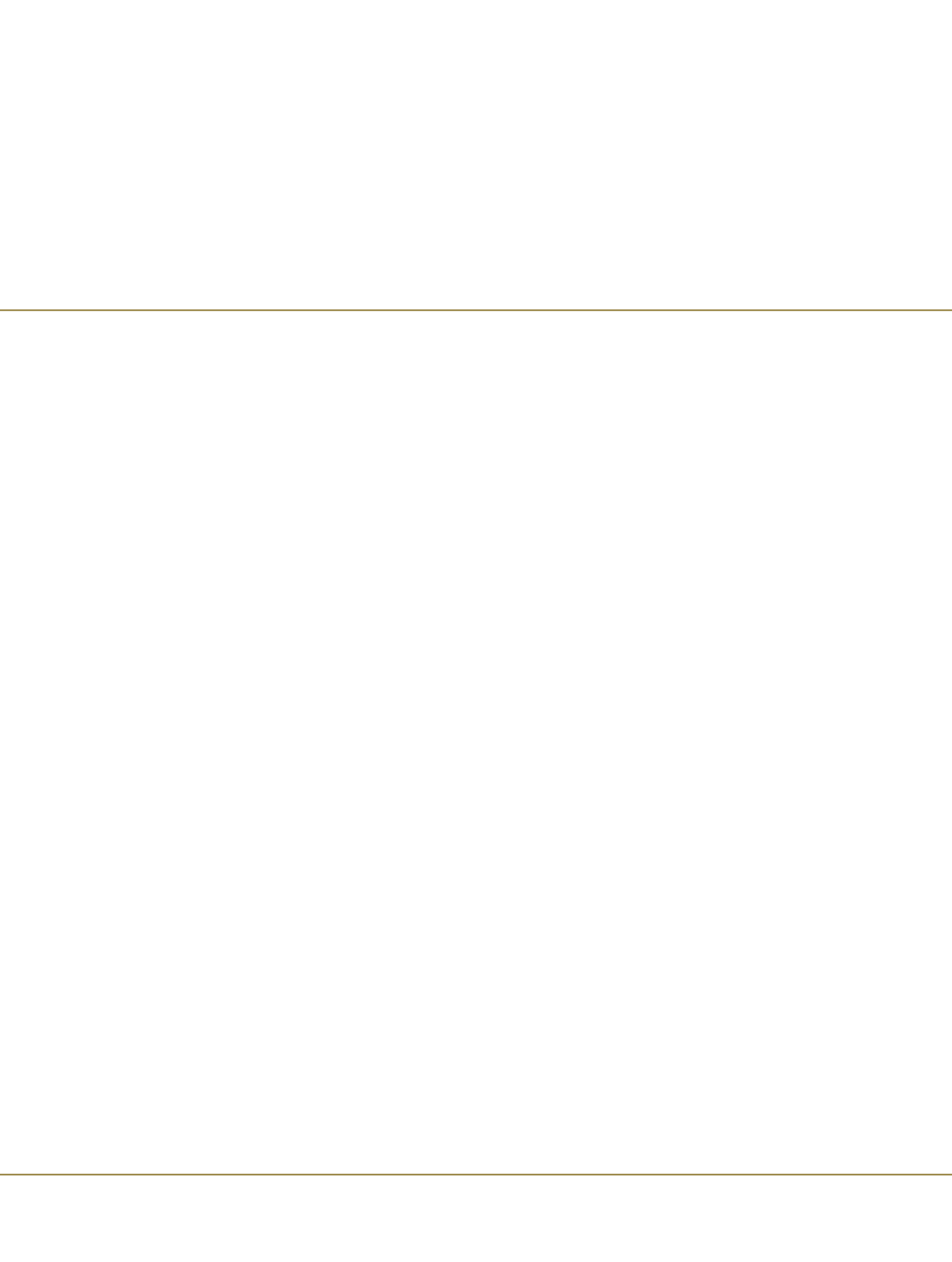
Es cierto que no siempre coincidieron con la realidad, dada la creciente precarización del empleo en la zona, pero en todo caso el paro tenía en Elda una incidencia muy superior a la del conjunto provincial y nacional, aunque bastante similar al de otras localidades zapateras. En 2001, el paro de los varones se concentraba básicamente en los adultos maduros, aquellos que habían sobrepasado los cuarenta años; el de las mujeres, no, debido a que la tasa de actividad era mucho mayor entre las más jóvenes, además de que bastantes trabajadoras de la industria abandonan la actividad laboral con los años.

Por último, resulta imprescindible referirse a la estructura educativa de la población. El logro fundamental del siglo XX ha sido la extensión de la educación obligatoria y, con ella, la reducción del analfabetismo. Este descenso ha sido continuado: en 1900 tres de cada cuatro eldenses era analfabeto, en 1930 sólo uno de cada dos. La reducción de los años iniciales del siglo no es debido tanto a la extensión de una instrucción pública siempre totalmente insuficiente, sino a la puesta en marcha de centros privados, no sólo de profesores particulares que sobrevivían con más o menos penalidades, sino también de empresarios del calzado tan clarividentes como benefactores de sus obreros, e incluso de organizaciones tan diversas como las carmelitas o el sindicato anarquista. La II República, impregnada del espíritu ilustrado del laicismo español, planteó la primera reforma en serio de la educación popular, que en Elda supuso la creación de un gran centro –las *escuelas nuevas*, las *escuelas nacionales*– y algunas aulas en los barrios; fruto de ello, en 1940, el analfabetismo se había reducido hasta sólo el 36%, y por primera vez había una generación de jóvenes en la que la alfabetización de las mujeres era superior a la de los varones. El descenso continuó, aunque sin el ímpetu previo, en la posguerra, pero en los primeros sesenta pareció volver a incrementarse: en realidad, se trataba de que buena parte de los nuevos inmigrados venían de áreas rurales, a veces de pequeñas pedanías, donde las carencias educativas eran notables, y no precisamente de los sectores sociales más pudientes. Desde 1970, la lucha contra el analfabetismo prosiguió con la escolarización generalizada de las nuevas generaciones, lo que redujo las cifras a can-

tidades mínimas –en torno al 3%–, muy concentradas en las edades avanzadas, aquellas a las que se le negó su derecho a la escuela. En todo momento, las tasas de analfabetismo han sido mayores entre las mujeres; ello, y el hecho de que entre los mayores de edad predominan ellas claramente, hace que a final del siglo XX su porcentaje de analfabetismo fuese del 4,4% por sólo un 1,5% entre los varones. Por supuesto, entre los inmigrados, el grado de analfabetismo está muy relacionado con su lugar de origen: muy elevado entre los andaluces, por ejemplo, y muy escaso entre los procedentes del Norte de España; los extranjeros venidos al final del siglo presentan, en general, una alfabetización aceptable.

Otro logro del siglo ha sido el acceso cada vez mayor a estudios postobligatorios. Según el censo de 1950, no llegaban al centenar los eldenses con estudios medios o superiores, y ninguna mujer poseía estudios universitarios completos; medio siglo después, quienes poseen estudios superiores al bachillerato son casi el 15% de la población. Ha sido un logro bastante reciente, como confirma el hecho de que el porcentaje más alto se dé entre quienes cuentan entre 25 y 29 años (el 27,5% del total, frente a un 9% de quienes superan los 40 años). Se trata también de un logro insuficiente: la cualificación académica media de los eldenses es significativamente inferior a la media provincial y estatal, especialmente en lo referente a estudios universitarios; es, sin duda, un factor negativo de cara a la transformación económica de la ciudad en el nuevo milenio.

De nuevo, resulta imprescindible referirse al caso particular de las mujeres: si su acceso generalizado a estudios superiores ha sido muy reciente, lo han hecho de manera acelerada. En 2001, en Elda todavía existían más varones que mujeres entre quienes poseían estudios posteriores al bachiller, pero la situación cambiaba en las generaciones más jóvenes; por debajo de los cuarenta años, la cualificación académica de las mujeres era superior (entre las chicas de 25-29 años un 34% había realizado estudios de COU, similares o superiores). Al final del siglo XX, aquellas mujeres que padecieron todo tipo de dificultades para acceder a una escolarización adecuada observaban cómo sus nietas se convertían en la generación teóricamente mejor preparada de la historia de Elda.



De la Elda alfonsina a la Guerra Civil

24

JOSÉ MIGUEL SANTACREU SOLER

Universidad de Alicante

Durante los años comprendidos entre 1904, en que el joven Alfonso XIII concedió a Elda el título de ciudad, y 1939, en que la conurbación de Elda-Petrer albergó al último Gobierno de la II República poco antes de terminar la Guerra Civil Española, Elda experimentó un gran desarrollo como ciudad moderna e industrial y como capital comarcal que ejercerá una atracción por su actividad industrial del calzado sobre los municipios de Petrer, Monóvar, Novelda y Sax principalmente, además de Salinas, Pinoso, La Romana y Aspe. Elda pasó de tener 6.131 habitantes en 1900 a más de 20.000 en 1940.

El desarrollo alcanzado no fue ni más ni menos que la continuación de un proceso de industrialización iniciado en la segunda mitad del siglo XIX que cuajó a principios del siglo XX, en que ya era irreversible el predominio del calzado como principal actividad económica de Elda frente a la agricultura. A partir de 1890, el capital agrario había financiado el paso de la artesanía del calzado a la manufactura y, en 1910, empezaron a instalarse las primeras máquinas de cosido y acabado del calzado. La Primera Guerra Mundial provocó una demanda adicional de calzado para los mercados ingleses y para el ejército francés, que contribuyeron a desarrollar más la industria. La caída de la demanda y la crisis motivadas por el final de la guerra a partir de 1919 fue compensada con la demanda del ejército español y, desde 1921, se implantaron las fábricas de montaje mecanizado del zapato. En 1926 ya había 53 fábricas de calzado, 4



de cajas de zapatos, 2 de preparación y 2 de hormas. En 1934, eran más de 70 con unos 11.000 trabajadores de los que aproximadamente 3.000 vivían en los municipios cercanos y se desplazaban a Elda diariamente. Las empresas más grandes de la época fueron la de Rodolfo Guarinos Vera y la de Pedro Bellod Payá que llegaron a emplear a 545 y 287 trabajadores respectivamente.

El enorme desarrollo de la actividad industrial del calzado fue acompañado del desarrollo de industrias auxiliares y la instalación de sucursales bancarias de las grandes entidades españolas como el Banco Español de Crédito, el Banco Hispano Americano y el Banco Popular de los Previsores del Porvenir, que ya tenían abiertas sus sucursales en Elda en la década de 1930. Incluso, en 1933, se constituyó el Banco de Elda destinado a financiar la industria local.

La calle Nueva a comienzos de siglo (Archivo EMIDESAs).

La calle Nueva antes de la Guerra Civil. Compárese el cambio experimentado frente a la fotografía anterior (Archivo EMIDESA).



Todos estos cambios económicos y demográficos tuvieron unas repercusiones enormes sobre el tejido social de la ciudad y sobre la política. Ambas se hicieron mucho más complejas que en el siglo XIX. La sociedad se diversificó, cuajó una división de clases que fueron tomando conciencia de su condición, sobre todo las obreras y los sectores medios de la sociedad que se organizaron en formaciones políticas propias, y proliferaron publicaciones periódicas como medio de expresión de cada una de las clases y de sus formaciones políticas. Los sectores medios y la clase obrera organizados políticamente disputaron el poder a las oligarquías tradicionales de turno que se habían repartido las concejalías del Ayuntamiento y la Alcaldía durante la época de la Restauración mediante el sistema del turno de gobierno de los partidos liberal y conservador. Las nuevas oligarquías del primer tercio del siglo XX, que habían desplazado a las viejas del último cuarto del siglo XIX, sólo consiguieron mantenerse en el poder frente al aumento de la presión de los nuevos sectores sociales medios y obreros gracias al golpe de Estado de 1923 y la implantación de la Dictadura; sin embargo, los partidos republicanos consiguieron la Alcaldía con el apoyo de los obreros cuando se desmoronó la Dictadura, y con ella la Mo-

narquía de Alfonso XIII en 1931, y los obreros fueron alcaldes mediante la revolución cuando empezó la Guerra Civil en 1936.

De villa a ciudad alfonsina

El punto que sirve para marcar la inflexión de Elda y la vía libre de su camino hacia el desarrollo industrial y la modernización fue el decreto del 24 de agosto de 1904 por el que el ministro de la Gobernación Juan Sánchez Guerra, en nombre del joven rey Alfonso XIII, concedió a la villa de Elda el título de Ciudad. La parte argumentativa del decreto decía que se le concedía el título de ciudad en atención al aumento de su población, importancia industrial y comercial y constante adhesión a la Monarquía Constitucional.

Todo ello era cierto, ciertísimo, especialmente la adhesión a la Monarquía. Las autoridades municipales conservadoras cuidaron mucho el agasajo del jefe de Gobierno y del rey a su paso por la estación del ferrocarril de Elda. El 17 de mayo de 1904, agasajaron con música, actuaciones y vítores al presidente del Consejo de Ministros Antonio Maura y, el 15 de abril de 1905, al mismísimo rey Alfonso XIII que regresaba de su visita a Alicante camino de Madrid. Las autoridades municipales estaban muy interesadas en el progreso y la buena imagen de la ciudad; sobre todo el alcalde conservador José Joaquín González Amat, que estuvo al frente de la alcaldía de Elda entre el 1 de enero de 1904 y el 1 de julio de 1909 y que disputaba el poder municipal al jefe del Partido Liberal Manuel Beltrán Aravid, que había sido alcalde entre el 1 de enero de 1902 y el 16 de septiembre de 1903.

Entre 1860 y 1900, Elda pasó de tener 4.085 habitantes a los 6.131 ya mencionados. El crecimiento aún fue más visible durante la década comprendida entre 1900 y 1910, fecha esta última en que superó los 8.000 habitantes. Elda era un caso atípico en la comarca del Vinalopó Medio, cuya agricultura estaba afectada por la plaga de la filoxera que azotaba los viñedos y obligaba a las gentes a emigrar en busca de trabajo durante aquellos años de principio del siglo XX. Muchos campesinos se fueron a Argelia o Argenti-

Escudo de Elda, incluyendo el término ciudad (Revista *Fiestas Mayores*).





Tropas en Elda a principios del siglo XX (Archivo EMIDESA).

na, pero algunos comarcanos decidieron ir a Elda donde la incipiente industrialización del calzado ofrecía puestos de trabajo.

El crecimiento de la población y el incremento de la actividad industrial motivaron una ampliación urbana que desbordó los límites tradicionales del municipio y generó un nuevo negocio muy próspero, el de la construcción y las obras públicas. En aquella época se empezó la construcción de los barrios Prosperidad y Rafael Romero por sociedades de casas baratas constituidas al efecto, de la calle de Cid que lleva el apellido del constructor alicantino que empezó a trazarla con 20 casas alineadas o de la calle Jardines surgida de la alineación de casas y de las fábricas de calzado de Jiménez y Peláez y de Rafael Romero.

La ciudad, en constante crecimiento económico, poblacional y urbano, se fue haciendo cada vez más compleja y moderna con la llegada del alumbrado eléctrico en 1900, la fundación de la Asamblea Local de la Cruz Roja en 1902 y la publicación del semanario independiente *El Vinalapó*, el nuevo cementerio de 1903 y la publicación del quincenal *El pantano*, la concesión de un puesto de Guardia Civil, el inicio de la difusión del teléfono a partir de 1904 y la inauguración del Teatro Castelar y del Casino Eldense, además de la publicación de la revista *El Centenario*, la aparición de la primera imprenta en la ciudad en 1906 (Tipografía Moder-

na de Juan Vidal Vera), el edificio del Hospital terminado en 1908 o la reglamentación, el mismo año, de una Guardia Municipal más moderna en sustitución de la vieja. La carretera de Novelda a Elda salió a subasta en 1905 y debía entregarse en 1907, pero hubo dificultades en las expropiaciones y las obras no se terminaron hasta 1922. En la década de 1910, empezaron a publicarse nuevos periódicos mucho más combativos que reflejaban la nueva conflictividad social y política de la



Anciano eldense de comienzos de siglo con la típica blusa, que desapareció pronto entre los más jóvenes (Archivo EMIDESA).

Fiestas del III Centenario de la llegada de los Patronos: carroza dedicada a los condes de Elda (Revista *Fiestas Mayores*).



Carabela San Eduardo, de la procesión de los Patronos (Revista *Fiestas Mayores*).



ciudad. Los primeros ejemplos de estas publicaciones y de las que les respondieron fueron *La Bandera Radical*, *El Tijeretazo*, *El Criterio*, *Heraldo de Elda* o *El Reformista* de 1815 y su opuesto *Liberal de Elda* o el semanario literario *Amanecer*, aunque su continuidad no fue muy grande.

La nueva conflictividad social y política de la ciudad alfonsina

La complejidad de la ciudad en desarrollo y modernización también afectó los terrenos social y político como re-

fleja la prensa periódica; pero, en las tierras valencianas, otro de los mejores indicadores de la complejidad social y política alcanzada en los municipios más desarrollados durante aquellos años iniciales del siglo XX es la vida de las bandas de música. La Banda de Música de Elda no fue una excepción y se escindió en dos bandas en 1908, «La Filarmónica» y «Santa Cecilia», que mostraron la proyección sobre el asociacionismo cultural musical de la localidad del enfrentamiento al que habían llegado los conservadores y liberales eldenses.

Otro indicador es el de las huelgas protagonizadas por el incipiente movimiento obrero ligado a la industrialización. A principios del siglo XX aún no había un movimiento obrero organizado como tal, solamente existían sociedades de socorros mutuos, pero ya se habían producido conflictos sociales como la huelga de 1899, en que los zapateros pidieron salarios justos, o aquellas en las que protestaron contra los recortes de salario de 1903 y 1906. La primera huelga eldense de inspiración anarquista parece ser que tuvo lugar en 1906. El anarquismo se había introducido en la ciudad durante el cambio de siglo y su progresiva consolidación proporcionó una gran capacidad reivindicativa a los obreros. Actuaron principalmente desde la so-



Grupo local de Cruz Roja en sus primeros años (Archivo EMIDESA).

ciudad de zapateros La Racional constituida en 1911. El sindicato anarquista eldense consiguió tal importancia que el Consejo Provincial Obrero de la CNT creado en 1910 acordó, el 26 de noviembre de 1919, que el Comité Central de la Federación Provincial de Alicante residiera en Elda, donde también tendría su sede la redacción del periódico *Reivindicación*. El Sindicato Único del Ramo de la Piel de la CNT en Elda tenía 3.000 afiliados y la Sociedad de Oficios Varios, 350 en 1919. El dominio del sindicalismo anarquista impidió que progresara el movimiento obrero socialista que intentaron impulsar los socialistas de Elche, que mandaban proselitistas a Elda. En 1910, se constituyó una Agrupación Socialista y, en 1914, unas juventudes que polemizaron con los anarquistas constantemente. En 1919, los socialistas tenían sólo 30 afiliados y, durante la escisión socialista de 1921 tras los efectos de la Revolución Rusa y la política exterior de la URSS que condujo a la creación del PCE, los escasos socialistas eldenses permanecieron fieles al PSOE.

Las huelgas más emblemáticas a partir de 1911 fueron la de 1912 en la fábrica de lonas de Castelló en la que intervino la Guardia Civil, la de 1914 contra usos tradicionales del trabajo a destajo y a domicilio en la que intervino el ejército para pacificar el motín, las de 1915 de las aparadoras en demanda de la unificación salarial y el reconocimiento de su sociedad obrera, la huelga general contra la carestía de alimentos de finales de 1916, la de

1917 en defensa del autor de un pasquín contra el hambre que había sido detenido y que se saldó con una dura represión, las manifestaciones de 1918 contra la carestía de alimentos y las huelgas de 1919. Ese año la huelga por la jornada de 8 horas fue multitudinaria y participaron más de 4.000 obreros que paralizaron la vida de la ciudad. A consecuencia de la huelga, fue clausurada la sociedad anarquista La Racional.

Entre 1910 y 1920, la población eldense apenas creció 50 habitantes. Pasó de 8.028 habitantes en 1910 a



Semanario *El Criterio*, de 1912 (Alberto Navarro: *La prensa periódica en Elda*).

8.078 en 1920. Puede que la dinámica huelgística tuviese parte de responsabilidad en la ralentización del crecimiento poblacional; aunque hay que añadir que la ciudad padeció los efectos de una epidemia de gripe en el otoño de 1918, que se llevó la vida de 51 eldenses, y, además, que el final de la Primera Guerra Mundial redujo la demanda de zapatos y, en 1920, las empresas atravesaron una situación muy difícil. Una vía de escape al paro fue el inicio de la construcción de casas baratas en 1921 por la sociedad El Progreso, que contó con una subvención del Gobierno español y la presencia de destacadas personalidades del mismo el día de la colocación de la primera piedra de las obras.

A partir de 1920, los anarcosindicalistas fueron sometidos a una gran presión para evitar acciones revolucionarias, muy propicias en aquella coyuntura económica crítica donde se vivían los efectos del final de la Primera Guerra Mundial y los miedos y esperanzas abiertos por la Revolución Rusa de 1917. Sólo consiguieron sobrevivir agrupándose comarcilmente y, más tarde, regionalmente. De hecho, el grupo Los Jóvenes Libres de Elda fue uno de los grupos que participaron en junio de 1922 en la creación de los Grupos Ácratas de Levante.

El poder municipal de la oligarquía entre 1902 y 1923

El número tan elevado de militancia obrera anarcosindicalista, 3.350 en edad de trabajar, y 30 socialistas de una población total de poco más de

8.000 habitantes en 1919, no tenía una representatividad política efectiva en el Ayuntamiento, pese a que en 1890 se implantó el derecho al voto en la elección de concejales para todos los varones mayores de veinticinco años que se hallasen en el pleno goce de sus derechos civiles y fuesen vecinos del municipio con al menos dos años de residencia. Y, además, la real orden del 2 de octubre de 1903 concedió el derecho a ser elegible en las poblaciones mayores de 400 vecinos a los electores que, además de llevar cuatro años de residencia en el término municipal, estuviesen sujetos al impuesto de cédulas personales hasta la clase décimo primera inclusive. Anteriormente, el derecho a ser elegible se determinaba según las cuotas de contribución directa por inmuebles e industrias. Esto significa que las organizaciones políticas del movimiento obrero tuvieron la posibilidad legal de elegir candidatos obreros a concejales para los ayuntamientos a partir de 1903. Ese mismo año, el Ayuntamiento de Elda había dividido el distrito municipal en cuatro secciones con fines electorales.

Los anarcosindicalistas eran apolíticos y rechazaban la participación de los obreros en las elecciones políticas mientras que los socialistas eran partidarios de la competencia electoral; pero el sistema político de la Restauración controlaba perfectamente el acceso a la Alcaldía pese a los cambios de la Ley de sufragio universal masculino de 1890 y la real orden de 1903 sobre elegibles ya citadas, y la posterior Ley de 1907 que pretendía apartar a las autoridades municipales del procedimiento electoral cambiando la composición de la junta municipal del censo electoral. Toda esta legislación afectaba sólo a la elección de concejales. La facultad de nombrar al alcalde era del Gobierno en los municipios mayores de 6.000 habitantes, capitales de provincia o cabeza de partido judicial, según la Ley municipal vigente de 1877, la cual no se reformó pese a la modernización y los cambios sociales experimentados por el país. Más aún, el Gobierno podía suspender a los alcaldes, tenientes de alcalde y concejales por causa grave y nombrar concejales en el supuesto de vacancia de la tercera parte del número de concejales del Ayuntamiento. Esto significa que el poder

Publicidad de «Rodolfo Guarinos, S.A.» La industria del calzado se consolidó como la principal actividad económica de Elda durante las décadas iniciales del siglo XX (Archivo EMIDESAS).





A partir de los años veinte, el número de automóviles en Elda se incrementó de forma notable, como reflejo del aumento del nivel de consumo burgués y de las necesidades de la industria (Revista *Fiestas Mayores*).

municipal de Elda dependía más de los vaivenes del Gobierno español que de las elecciones municipales.

Elda no fue una excepción a las intervenciones gubernativas fruto de la inestabilidad política española y de la crisis del sistema de la Restauración que vivió el país en la década de 1910. El jefe liberal Manuel Beltrán Aravid, que se había incorporado a las filas del liberalismo a principios del siglo XX procedente del republicanismo castelarino, ocupó la Alcaldía el 1 de enero de 1910, tras las elecciones municipales de 1909, y el gobernador civil lo depuso el día 22 del mismo mes tras declarar nulas las elecciones y nombró como alcalde a José Joaquín González Payá. Más tarde, Manuel Beltrán fue repuesto en el cargo el 12 de agosto de 1910 mediante una real orden; pero dimitió y dejó la alcaldía en manos de José Joaquín González Payá.

Tras las elecciones municipales de 1913, el nuevo Ayuntamiento electo tomó posesión el 1 de enero de 1914, pero el gobernador civil comunicó en el mismo acto el procesamiento y suspensión de cinco concejales electos, que abandonaron los escaños, y el nombramiento de sus sustitutos, que no comparecieron. El 6 de enero se dejó sin efecto la orden gubernativa, los concejales fueron repuestos y el alcalde liberal Francisco Alonso Rico y sus tenientes de alcalde dimitieron. Los concejales eligieron como nuevo alcalde a José Catalán Gras; pero el gobernador civil anuló las elecciones el 9 de enero y nombró nuevos concejales interinos y alcalde a Emérito Maestre. Las elecciones municipales se repitieron el 3 de mayo; pero, finalmente, una real or-

den repuso en el cargo de alcalde a José Catalán Gras y a los concejales electos de 1913.

En 1917 se produjo otra situación semejante. El alcalde de entonces, José Joaquín González Payá, fue depuesto y procesado junto a sus concejales por el gobernador civil el 2 de octubre de 1917, que nombró nuevos concejales y asumió la Alcaldía el conservador Joaquín Coronel Rico. La Audiencia Provincial de Alicante levantó la suspensión de los concejales anteriores, que recuperaron sus cargos el 25 de diciembre de 1917, y fue nuevamente alcalde José Joaquín González Payá, que sólo ocupó la Alcaldía hasta el 5 de enero de 1918 en que tomó posesión el nuevo Ayuntamiento electo en las últimas elecciones y asumió la Alcaldía Manuel Beltrán Olcina tras una sesión de investidura complicada en la que tuvo que intervenir la Guardia Civil.

La constante intervención gubernativa en el Ayuntamiento de Elda no era fruto solamente de los vaivenes de la política del Gobierno español sino de la disputa local entre las viejas y nuevas oligarquías y entre los miembros de los partidos del turno que querían asumir las jefaturas de los grandes caciques ya fallecidos o retirados de la política activa. El jefe del Partido Conservador José Joaquín González Amat se retiró de la política por motivos de salud en 1914 y el jefe del Partido Liberal Manuel Beltrán Aravid falleció en 1915. El viejo jefe del Partido Conservador Vicente Maestre Sempere no consiguió resolver los problemas internos y falleció en 1920. Los conservadores que intentaba agrupar bajo su jefatura Joaquín Coronel y los liberales que inten-

taba agrupar Francisco Alonso entraron en una dinámica de descomposición interna y enfrentamientos. En un intento desesperado para conseguir la unidad de los conservadores, Joaquín Coronel acompañó a José Antonio Canals, hijo del jefe conservador provincial Salvador Canals, a Madrid para aceptar la jefatura de Juan de La Cierva en mayo de 1921, antiguo enemigo de Salvador Canals. Curiosamente, Joaquín Coronel, que había ocupado la Alcaldía de Elda el 12 de agosto de 1919, fue suspendido por orden gubernativa el 27 de noviembre de 1921 y lo sustituyó José Catalán Gras.

Al margen de los dos partidos del turno, que tenían numerosos problemas entre ellos y principalmente internos, surgieron los socialistas, que ya hemos visto y que presentaron candidaturas concejiles muy débiles a las elecciones municipales sin éxito, y el Partido Reformista creado en 1913, que empezó a actuar en Elda a partir de 1914 bajo la jefatura de Manuel Maestre Payá. Su órgano semanal de expresión era *El Reformista*, dirigido por el mismo Manuel Maestre.

Elda era una localidad con una tradición republicana castelarina muy marcada. La agonía de los posibilistas republicanos castelarininos de finales del siglo XIX empujó a los principales políticos castelarininos de la localidad

(Beltrán y Rico) a ingresar en las filas del liberalismo. Ello dejó un vacío político en el campo republicano que fue aprovechado por los creadores de la Federación Republicana de corte federalista de 1901 para iniciar una campaña propagandística en Elda, donde los discursos de Alejandro Lerroux y Vicente Blasco Ibáñez causaron una notable fascinación a principios del siglo XX. Mientras los republicanos federalistas causaban esta fascinación, el canalejismo liberal se expandió en 1903 entre los viejos republicanos como Francisco de Paula Rico que presidió el comité local canalejista, el mismo Francisco de Paula que años antes había presidido el Casino Republicano inaugurado en Elda el 10 de septiembre de 1899. Alejandro Lerroux remató su labor propagandística en un mitin pronunciado en el Teatro de Castelar el 16 de enero de 1911. Sin embargo, la implantación definitiva del nuevo republicanismo vino de la mano del reformismo de Melquíades Álvarez, a quien siguió el político local ya citado Manuel Maestre Payá. El Partido Reformista consiguió su primer escaño municipal en el Ayuntamiento de 1915. Coincidiendo con el fallecimiento de Manuel Maestre Paya en octubre de 1918, José Maestre Vera reorganizó las fuerzas republicanas lerrouxistas eldenses en el Partido Republicano Radical, que publicó el periódico *La Lucha* como órgano del partido en 1920. Finalmente, el Círculo Republicano se inauguró el 11 de febrero de 1922. Todo ello es una prueba irrefutable de la pujanza alcanzada por el republicanismo en la localidad durante la década de 1910 y que el republicanismo era un rival político con garantías de éxito suficientes frente a los partidos tradicionales del turno liberal y conservador.

Los años de la dictadura de Primo de Rivera

No hay duda de que el régimen de la Restauración atravesaba una crisis irreversible a principios de la década de 1920. Su sistema político del turno de partidos ya no funcionaba, las fuerzas políticas alternativas republicanas y, en menor medida, las obreras ganaban terreno a los partidos del turno, que se descomponían por enfrentamientos internos, y, para colmo de colmos,



Redacción del periódico *Idella*, en la segunda mitad de los años veinte (Archivo EMIDESAS).

la Guerra de Marruecos sufrió un duro golpe en 1921 con la masacre de la tropa española. El golpe de Estado del general Primo de Rivera de 23 de septiembre de 1923 fue acogido en los ambientes eldenses más partidarios del orden tradicional como regenerador y fórmula que resolvería la crisis del sistema de la Restauración y los peligros que la acechaban: el republicanismo y la revolución obrera.

Lo primero que hizo en materia de ayuntamientos el nuevo Gobierno denominado Presidencia del Directorio Militar fue cambiar la Ley municipal de 1877 con el real decreto del 30 de septiembre de 1923. El decreto dispuso el cese de todos los concejales de los ayuntamientos constitucionales y su reemplazo instantáneo por los vocales asociados del mismo Ayuntamiento. El alcalde y los demás cargos municipales serían elegidos en votación secreta entre los vocales asociados posesionados de los cargos de concejales y el acto de la elección estaría presidido por la autoridad militar. El requisito para ser vocal asociado era poseer título profesional, ejercer industria técnica o privilegiada o ser mayor contribuyente. Las vacantes se cubrirían por sorteo. En esencia, se recuperaba el sistema censitario del siglo XIX ampliado con las capacidades profesionales.

El golpe de Estado se produjo cuando era alcalde de Elda el liberal Francisco Alonso Rico, que había accedido a la Alcaldía el 1 de abril de 1922. El decreto mencionado se aplicó en Elda el 2 de octubre de 1923. La sesión fue presidida por el comandante del puesto de la Guardia Civil Juan Gómez Navarro. La autoridad militar cesó a todos los concejales y al alcalde mediante una orden de la superioridad y tomaron posesión como concejales los vocales asociados de la Junta Municipal, que eligieron como alcalde a Enrique Vera Gras.

Un nuevo real decreto de 20 de octubre de 1923 creó la figura de delegados especiales de los gobernadores civiles en las cabezas de partidos judiciales para ayudar a los ayuntamientos. El 15 de febrero de 1924, el delegado gubernativo cesó al alcalde Enrique Vera y comunicó el nombramiento como nuevo alcalde del teniente coronel retirado Francisco López Pérez, que permaneció en el cargo hasta su falleci-



Boletín informativo del Ayuntamiento de Elda en 1930 (Alberto Navarro: *La prensa periódica en Elda*).

miento el 29 de enero de 1927. Acto seguido, ocupó la Alcaldía Pablo Maestre Sirvent, que fue sustituido por el antiguo alcalde liberal Francisco Alonso Rico el 3 de diciembre de 1927. Francisco Alonso gobernó el municipio hasta el 26 de febrero de 1930.

Los gobiernos de la Dictadura intentaron desarrollar una política intensa de obras públicas y pacificar la conflictividad social para generar actividades económicas y empleo. Algunos frutos de esta política fueron el



Semanario *El Tirapié*, de 1928 (Alberto Navarro: *La prensa periódica en Elda*).

puente del camino de la Estación inaugurado en 1927 y los edificios del Parque de Bomberos, Gota de Leche y Dispensario de la Cruz Roja y la primera piedra del Grupo Escolar colocada el 9 de febrero de 1930 para resolver las necesidades educativas de los niños de la ciudad, cada vez más numerosos y desatendidos. También hay que sumar las obras de ampliación de la ciudad, la construcción de casas de lujo a través de la sociedad de casas de lujo Ciudad Vergel constituida en 1926 y la construcción de las grandes fábricas de calzado de Rodolfo Guarinos Vera al final de la calle de la Purísima y la de Manuel Maestre Gras en la partida de Chapitel. Los empresarios también se organizaron con la creación de una Federación de Fabricantes de Calzado de Elda y Petrer, prueba evidente del germen de la conurbación Elda-Petrer que se estaba gestando con diversos polos de atracción. Todo ello reactivó la economía de la ciudad y atrajo nuevamente población. Elda pasó de tener 8.078 habitantes en 1920 a 13.445 en 1930.

En el terreno político, la Dictadura intentó construir un partido político único, la Unión Patriótica, que en Elda contó con la participación destacada de Antonio Rico Solares y del exliberal Francisco Alonso Rico a partir de 1926, lo cual explica su acceso a la Alcaldía en 1927. La dictadura fracasó definitivamente el 29 de enero de 1930, en que dimitió el dictador, y con ella la Unión Patriótica y la misma monarquía de Alfonso XIII. La Dictadura, con su esfuerzo para crear la Unión Patriótica con los políticos descontentos del Partido Liberal y del Partido Conservador, lo único que consiguió fue descomponer definitivamente los viejos partidos del turno de la Restauración, que ya estaban muy divididos durante los años anteriores al golpe de 1923. Es más, la Dictadura duró tiempo suficiente para que dejaran de existir algunos de los últimos viejos políticos del turno decimonónico que podían haber intentado relanzarlo, como el antiguo jefe eldense romerista del Partido Conservador José Maestre Vera fallecido en 1926, y, con ellos, su proyecto político de la Restauración.

Paralelamente a la descomposición de los partidos del turno, durante los años de la Dictadura, ganaron fuerza el republicanismo y el socialis-

mo, este último consentido por la Dictadura y favorecido por la persecución implacable del régimen contra los anarcosindicalistas cuyos sindicatos que formaban la CNT se disolvieron en 1924. En 1927 se constituyó la Juventud Socialista en Elda con 17 afiliados. En enero de 1928, el socialista Rodolfo Llopis habló en Elda, donde había 34 afiliados a la Agrupación Socialista Local entre los que sobresalía Luis Arráez Martínez, candidato del PSOE en las elecciones municipales de Elda en los años veinte. En 1930, mientras que la CNT trataba de reorganizarse, la UGT había conseguido ya la adhesión de 6 sociedades obreras en Elda.

En mayo de 1928, Marcelino Domingo pronunció una conferencia en el Círculo Republicano y el Partido Republicano Radical Socialista, creado por Marcelino Domingo y Juan Botella Asensi entre otros políticos escindidos en 1929 de la Alianza Republicana, encontró rápidamente seguidores en Elda. De hecho, en 1930, Vicente Gil Alcaraz representaba a los eldenses en la junta provincial del nuevo partido. Además, entre 1926 y 1930, se publicó el semanario literario, cultural y artístico *Idella* con un director y redactores simpatizantes de los republicanos.

El final de la Dictadura y de la Monarquía de Alfonso XIII estuvieron marcados por la conflictividad social. En una fecha tan temprana como agosto de 1927, hubo una huelga del calzado en las fábricas eldenses de Antonio Porta y Joaquín Vera, que se saldó con detenidos y un acuerdo precario. Pero el año más conflictivo fue 1930, el año de la intentona republicana de Jaca que costó la vida a García Hernández y Fermín Galán. En Elda, hubo una huelga general en marzo y abril de 1930, pero la más violenta fue la huelga de diciembre. Los obreros controlaron la población entre el 15 y 18 de diciembre de 1930 y tuvo que intervenir la Legión para restablecer el orden. Hubo detenidos y los legionarios tuvieron que permanecer varios días en la ciudad para garantizar su control. El alcalde de la ciudad en esos momentos era el veterano político conservador Joaquín Coronel Rico, que había accedido a la Alcaldía el 2 de abril de 1930 para intentar salvar el régimen de la Restauración y permaneció en el cargo hasta el 12 de abril de 1931.



El republicanismo eldense alcanzó su momento de gloria en 1932 cuando el presidente de la República Niceto Alcalá Zamora estuvo en Elda para colocar la primera piedra del monumento a Castelar (Archivo EMIDESA).

El 29 de enero de 1930 había dimitido el dictador Primo de Rivera y el nuevo Gobierno presidido por el general Berenguer cesó a todos los miembros de los ayuntamientos de la Dictadura mediante el real decreto del 15 de febrero de 1930 y constituyó ayuntamientos provisionales con los concejales anteriores al golpe de 1923 y mayores contribuyentes. El nuevo Ayuntamiento de Elda se instaló el 26 de febrero presidido por José Martínez Sánchez, a quien sustituyó Joaquín Coronel como acabamos de ver, e intentó desarrollar una actividad municipal transparente con la publicación del *Boletín del Excmo. Ayuntamiento de Elda* a partir de mayo de 1930 para publicitar su gestión municipal.

Las elecciones municipales de 1931 y la ciudad republicana

El nuevo Gobierno español del final de la Dictadura necesitaba recuperar la legalidad constitucional y convocó elecciones municipales mediante el real decreto del 13 de marzo de 1931 para, después, convocar elecciones generales. La elecciones municipales estuvieron reguladas por la Ley de 1877 y la Ley electoral de 1907, que permitían la participación de cualquier partido legalizado y el voto universal masculino para

los mayores de 25 años, así como la presentación de candidatos obreros y de clases medias.

Los comicios se celebraron el 12 de abril de 1931 en Elda como en el resto de España. Ganó las elecciones la coalición republicano radical socialista con 15 concejales electos de un total de 18, mientras que la coalición monárquica sólo consiguió 3 concejales. Entre los concejales monárquicos



Procesión del Cristo del Buen Suceso, ante el ayuntamiento, en 1933.



Acciones del Banco de Elda, constituido en 1933 para financiar la industria local del calzado (Archivo EMIDESAS).

La nueva Estación del ferrocarril de Elda se terminó de construir durante la II República, pasando en 1933 a denominarse de Elda-Petrer a petición del Ayuntamiento de Petrer (Archivo EMIDESAS).



electos estaba el exalcalde Francisco Alonso Rico, que sólo obtuvo 60 votos, y entre los de la coalición ganadora, el socialista Luis Arráez que obtuvo 774 votos y el republicano Vicente Gil Navarro con 768 votos, por ejemplo.

Las calles de Elda se llenaron de banderas republicanas, como en el resto del país, el rey Alfonso XIII se marchó al exilio y el 14 de abril se proclamó la II República Española y se instauró un Gobierno Provisional republicano en Madrid. El primer Ayuntamiento republicano de Elda se constituyó el 15 de abril de 1931 con carácter provisional y transitorio ante el cambio de régimen. Lo integraron los concejales electos el 12 de abril y fue elegido alcalde el concejal más votado en las elecciones municipales, Emérito Maestre que había recibido 845 votos. El nuevo Ayuntamiento cambió nombres emblemáticos de calles y plazas de la ciudad y abrió un expediente administrativo sobre la gestión municipal de los años de la Dictadura.

El 11 de mayo de 1931 estalló en toda España el anticlericalismo contenido durante la época de la Dictadura y gestado desde los tiempos de las revoluciones liberales del siglo XIX. En Elda, la violencia anticlerical se cebó en la iglesia de Santa Ana el 12 de mayo, que fue asaltada e incendiada, y en los domicilios particulares también asaltados del exalcalde y jefe de la Unión Patriótica Francisco Alonso y del párroco Luis Abad Navarro.

La coalición de gobierno municipal y no tardaron en llegar las discrepancias en el seno de la Corporación Municipal, so-

bre todo después de lo sucedido en la iglesia de Santa Ana, en los domicilios particulares de políticos y de destacados católicos y el inicio de la búsqueda de responsables. El alcalde dimitió el 6 de julio de 1931 y, tras unas votaciones reñidas entre Vicente Gil y Aquilino Bañón, fue elegido nuevo alcalde Vicente Gil Navarro el 16 de julio de 1931. Las tensiones y desacuerdos continuaron y Vicente Gil dimitió el 3 de diciembre del mismo año. Finalmente, fue elegido alcalde Aquilino Bañón Sáez el 12 de diciembre, el cual renunció un año más tarde, el 12 de enero de 1933, ante la falta de colaboración de los radicales en el Gobierno local. El radical Joaquín Vera Pérez fue elegido para sustituirlo el 9 de febrero de 1933 y permaneció en el cargo de alcalde hasta 1934.

Pese a las discrepancias de partidos y tendencias, Elda era indudablemente republicana, como corroboraron los resultados de las elecciones a Cortes constituyentes celebradas el 28 de junio de 1931, poco después de las municipales. El candidato más votado en las generales fue el republicano independiente Carlos Esplá seguido por el candidato del Partido Republicano Radical Socialista aliado con el PSOE y por el del Partido Republicano Radical. El republicanismo eldense alcanzó su momento de gloria cuando el presidente de la República Niceto Alcalá Zamora estuvo en Elda el 16 de enero de 1932 para colocar la primera piedra del monumento a Castelar, al que el republicano eldense José Aracil Romero tantos esfuerzos y dinero había dedicado desde los tiempos de la Dictadura, y visitó las fábricas de calzado para escuchar las necesidades de la industria. La pujanza del lerrouxismo condujo, el 14 de abril de 1932, a la inauguración del Círculo Republicano Radical de Elda presidido por Joaquín Vera Pérez y la constitución de la Agrupación Feminista Radical presidida por Mercedes Domínguez Blanco. Por su lado, el Partido Republicano Radical Socialista contó con el liderazgo y actividad de Ángel Vera Coronel, que fue recompensado con los cargos de gobernador civil en Cádiz, Cáceres y Zaragoza. La Juventud Republicano Radical Socialista publicó, desde mayo de 1931, el semanario *Horizonte*. La Agrupación Socialista de Elda también progresó. En oc-

tubre de 1931, alcanzó los 90 afiliados y, el 19 de junio de 1932, se constituyó la Federación Provincial de Juventudes Socialistas cuya Comisión Ejecutiva tendría la residencia en Elda y editaría el semanario *Rebelión*.

La República fue una etapa de crecimiento económico, urbano, cultural y poblacional para Elda. La ciudad superó los 18.000 habitantes en 1935. Se editaron las revistas culturales *El Cronista* de orientación obrera, *Elda Extraordinario* y *Albor* de orientación burguesa republicana. El Orfeón Sinfónico Eldense desarrolló su actividad entre 1932 y 1935. El Banco de Elda abrió sus puertas en 1933, se edificó una casa cuartel para la Guardia Civil, CAMPSA instaló un surtidor de gasolina, se inauguró el Grupo Escolar, hubo notables mejoras urbanas y prolongación de calles e, incluso, se empezaron los nichos del cementerio. También se terminó de construir la Estación de Ferrocarril de Elda, que pasó a denominarse de Elda-Petrer a partir de 1933 a petición del Ayuntamiento de Petrer y como consecuencia del avance conseguido por el desarrollo de la conurbación de Elda-Petrer y su trama de relaciones y focos de atracción.

Sin embargo, el progreso estuvo acompañado por un crecimiento de la conflictividad social y política como jamás había experimentado la ciudad. El despido de 70 trabajadores de la fá-

brica de Guarinos en 1931 provocó una huelga y, en mayo, 149 obreros cenetistas del calzado se declararon en huelga para que se reconociese su sindicato. Los anarcosindicalistas se habían reorganizado el mismo mes de abril de 1931 y promovieron inmediatamente actos revolucionarios para intentar recuperar el protagonismo perdido durante la Dictadura y combatir el sistema, ahora republicano. Sus actividades se iniciaron en Elda en 1931 con la publicación de *Proa* como medio de propaganda y con acciones combativas que no cesaron a lo largo de la II República. En 1931, la CNT ya no era el gran sindicato mayoritario de 1919 y contaba con poco más de 1.000 afiliados ahora. La UGT le disputaba filiación y creció hasta sumar casi los 1.000 afiliados en 1934. Un momento especialmente duro fue el enfrentamiento de los anarcosindicalistas contra los socialistas producido el 6 de abril de 1932 con motivo de un mitin socialista en el Coliseo España de Elda, que los anarcosindicalistas boicotearon violentamente. El 19 de mayo de 1932 hubo una huelga duramente reprimida por la Guardia Civil y el 10 de mayo de 1933 se lanzaron bombas en el entierro de José Joaquín Amat. Tras las



Niña vestida de *marianica*, como se denominó popularmente a estas alegorías republicanas (Archivo EMIDESAS).



Manifestación de las organizaciones obreras en los meses previos a la Guerra Civil (Revista *Fiestas Mayores*).

elecciones generales del 19 de noviembre de 1933, que ganó la CEDA, los anarcosindicalistas respondieron con nuevos atentados, que en Elda costaron la vida a dos personas durante la huelga del 8 de diciembre de 1933. La represión del nuevo Gobierno español hizo que la UGT y la CNT acercasen sus posiciones y constituyeran la Alianza Obrera en febrero de 1934 y que la Federación Provincial de Juventudes Socialistas reunida en Elda el 25 de febrero de 1934 optase por la insurrección revolucionaria contra el nuevo Gobierno. La insurrección estalló finalmente en octubre de 1934, coincidiendo con los sucesos de Asturias, y fue duramente reprimida. El 27 de marzo de 1935, en el Consejo de Guerra celebrado en Alicante, fueron condenados a prisión 4 eldenses detenidos por los hechos de octubre de 1934.

Los políticos de las oligarquías de los partidos tradicionales de la Restauración, desarticulados por la Dictadura y perdedores en las elecciones municipales y generales de 1931, se habían reorganizado y habían articulado una fuerza política nueva entre 1931 y 1933. En 1933 la nueva fuerza, la Derecha Regional, abrió un centro en Elda y, tras la estructuración nacional de los diversos partidos regionales en la CEDA el 28 de febrero de 1933, ésta se implantó en Elda bajo la presidencia de Pedro Vera Vidal y, más tarde, de Tomás Pellín Palomares, que había presidido la Juventud de Acción Popular de la localidad vinculada a la CEDA.

La victoria electoral de la CEDA en las elecciones generales de noviembre de 1933 motivó que los partidos republicanos se reorganizasen para intentar responder a la derrota sufrida a manos de los herederos de la oligarquía tradicional. En abril de 1934, se constituyó la Izquierda Republicana de Azaña para intentar unir a los republicanos y enfrentarse a la CEDA victoriosa. El eldense Angel Vera Coronel y sus correligionarios se situaron en esta línea política azañista. Los concejales Aquilino Bañón y Maximiliano García se definieron como lerrouxistas radicales. Los republicanos no consiguieron la unidad ansiada y, en agosto, hubo otra escisión dentro de los radicales y, en enero de 1935, se estableció en Elda el Círculo de Unión Republicana presidido por Joaquín Vera Santo.

El gobierno aprovechó las insurrecciones de octubre de 1934 para suspender al alcalde y los concejales del Ayuntamiento de Elda mediante orden gubernativa el 25 y 29 de octubre de 1934 y encarcelar a los más significativos. Acto seguido, el gobernador civil nombró una Comisión Gestora presidida por Enrique Puigcerver Foglietti, que permaneció en el cargo de alcalde hasta julio de 1935, en que lo sustituyó Juan Lorenzo Calpena. Tras estos hechos, el republicanismo eldense entró en una fase de crisis, aunque Francisco Beltrán siguió fiel al Partido Republicano Radical de Lerroux en 1935 pese a su pacto de Gobierno con la CEDA. Los republicanos independien-



Crédito para la construcción del cuartel de la Guardia Civil, emitido en 1933 (Revista *Fiestas Mayores*).

tes eldenses también vieron con buenos ojos que el Partido Republicano Independiente de Joaquín Chapaprieta entrase en el Gobierno. Los radicales pagaron cara su colaboración con la CEDA y, en las elecciones de 1936, su presencia en Elda quedó como algo testimonial con un grupo presidido por Rodolfo Guarinos Vera. Los republicanos independientes desaparecieron de la escena política. En el campo contrario, se había ido articulando la Falange bajo la jefatura local de Luis Batllés.

La izquierda y los republicanos no lerrouxistas ni independientes se reorganizaron en el Frente Popular, junto a socialistas y comunistas, y ganaron las elecciones generales del 16 de febrero de 1936, en las que el semanario socialista *Rebelión* de la segunda época sirvió de medio de propaganda para el Frente Popular. Inmediatamente, se liberó a los presos políticos de octubre de 1934, cesó la Comisión Gestora del Ayuntamiento y se repuso en sus cargos a los concejales y alcalde anteriores, es decir, al alcalde Joaquín Vera que falleció de muerte natural el 17 de mayo de 1936 en su domicilio, poco antes de que empezase la Guerra Civil.

La ciudad de la guerra de 1936 a 1939

Cuando empezó la Guerra Civil Española con la sublevación militar del 18 de julio de 1936, el alcalde de Elda era Vicente Gil, que había sido elegido a propuesta de Unión Republicana tras el fallecimiento de Joaquín Vera, y los obreros del calzado de la conurbación de Elda y Petrer estaban en huelga ante la crítica situación por la que atravesaba la industria en aquellos momentos. Pese a que la huelga fue desconvocada por el recién constituido Comité Antifascista que detentaba el poder real de la localidad, los obreros la continuaron hasta la primera semana de agosto de 1936. Cuando terminó la huelga, de las 90 fábricas que había en la conurbación de Elda y Petrer, solamente las grandes sociedades anónimas de Rodolfo Guarinos, José Martínez y Pedro Bellod se habían mantenido activas con subcontratas de producción en los pueblos vecinos, mientras que los pequeños industriales estaban descapitalizados. Estos últimos, con la ayuda del Comité Antifascista, constituyeron



Gente de la FAI a principios de la Guerra Civil. Obsérvese la exaltación de la violencia (Archivo EMIDESAS).

una sociedad mercantil limitada el 18 de agosto de 1936 denominada SICEP (Sindicato de la Industria del Calzado de Elda y Petrer) y dedicada a prestar recursos financieros, materias primas y comercializar el calzado de los pequeños empresarios asociados, que pusieron en marcha nuevamente sus empresas. Por el contrario, los gerentes de las grandes sociedades anónimas abandonaron sus fábricas ante el desarrollo de los acontecimientos de julio y agosto de 1936.

Como respuesta contra el levantamiento militar de la derecha española, empezó un proceso de revolución social, violencia política, represión y venganzas personales en toda España, que en Elda se saldó con expolios de los locales de la Derecha Regional, de la Iglesia y de las residencias de destacados cedistas, católicos e industriales como Rodolfo Guarinos y Antonio Porta, la destrucción de la iglesia de Santa Ana y el asesinato de un cabo, 4 guardias civiles y 28 personas de ideología antirrepublicana, como el jefe local de Falange Luis Batllés o el cura párroco Luis Abad. La mayoría de los industriales y personas de destacada significación derechista huyeron o se escondieron en los pueblos cercanos para salvar la vida.

Elda permaneció durante toda la guerra en la zona fiel a la II República. El poder municipal pasó a manos de los partidos IR, PSOE, PCE y de las orga-

El Consejo Municipal de Elda puso en circulación billetes de 1 peseta, de 50 y de 25 céntimos en 1937 para resolver los problemas motivados en el comercio por la carencia de estos valores en la circulación de las monedas del Gobierno (Archivo EMIDESAS).



nizaciones sindicales revolucionarias CNT y UGT, que constituyeron el Consejo Municipal Antifascista el 26 de agosto de 1936, después de los días de descontrol, incertidumbre y violencia incontrolada que se desarrolló entre el 18 de julio y el 26 de agosto de 1936. Los sindicatos y los partidos citados habían armado a sus asociados para defender la II República contra los golpistas y controlaron la ciudad mediante el Comité Antifascista. El Consejo Municipal absorbió al citado Comité y sustituyó al viejo Ayuntamiento. Lo conformaron 5 concejales asociados de cada sindicato mayoritario respectivamente, 2 de IR, 2 del PSOE y 1 del PCE. Fue elegido presidente del Consejo Municipal Antifascista el primer obrero alcalde de Elda, Manuel Bellot Orgilés, que fue llamado a filas en el verano de 1938. Lo sustituyó en la Alcaldía otro obrero, Manuel Vera Rico, que se incorporó a filas como el primero en enero de 1939 y lo sustituyó Manuel Alberola Castelló, el último alcalde de Elda del periodo de la guerra.

La guerra supuso la llegada al poder municipal de las organizaciones del movimiento obrero, que no sólo controlaron la política local sino que in-

tentaron desarrollar sus proyectos de revolución social y económica en competencia con las prioridades de una economía de guerra y de los sectores medios republicanos partidarios del capitalismo. Los partidos católicos que habían agrupado los intereses y el personal político descendiente de la oligarquía de la Restauración fueron duramente perseguidos y se disolvieron; la mayoría de los partidos republicanos se volatilizaron, excepto la Izquierda Republicana de Azaña que contaba con 2 concejales en el Consejo Municipal; y los partidos del movimiento obrero se consolidaron y crecieron, incluso, el PCE, que tenía una escasa presencia antes de la guerra, se desarrolló como fuerza política alternativa a los anarcosindicalistas y a los socialistas y llegó a contar con 230 afiliados en 1938. Los anarcosindicalistas publicaron inmediatamente *Nuevo Rumbo* y los socialistas, iniciaron la tercera época del semanario *Rebelión* para propagar sus ideas e informar a la población local.

La ciudad no padeció los efectos directos de las acciones de guerra, no fue bombardeada nunca, y se convirtió en una ciudad de retaguardia por excelencia. A Elda llegaban noticias de los frentes de combate y se producía calzado

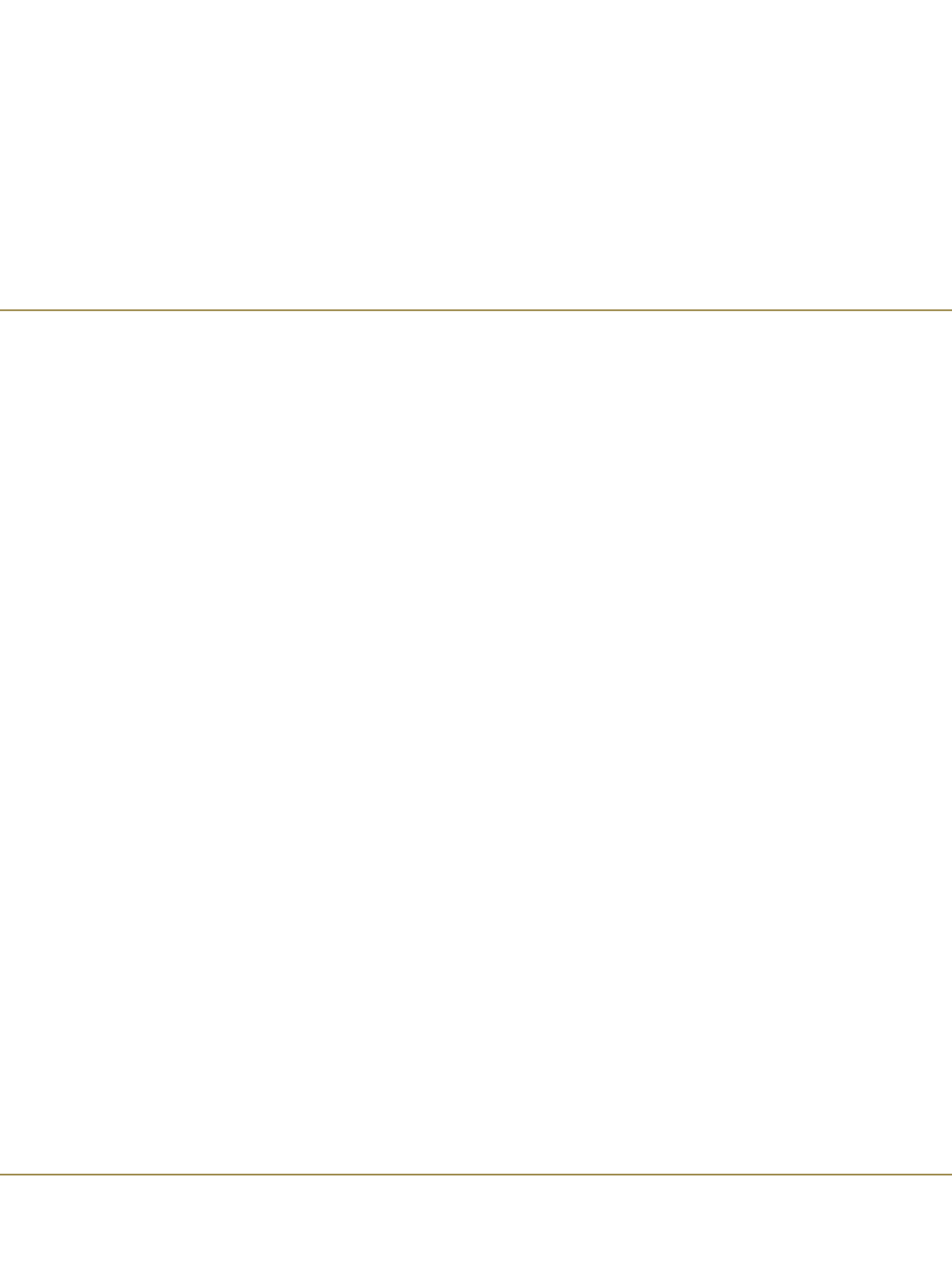
y armamento para la guerra, se establecieron Hospitales de Sangre, se albergó alrededor de 500 refugiados entre los que había numerosos niños de Madrid, se intentó remediar la carencia de moneda fraccionaria con la emisión de monedas locales de necesidad en 1937 y se desarrolló un proceso revolucionario cada vez más tenue, a medida que los jóvenes más revolucionarios se marchaban al frente.

El ejemplo más conocido de las iniciativas revolucionarias fue la socialización de las principales fábricas de calzado. Los trabajadores de las sociedades anónimas más importantes de Elda (Rodolfo Guarinos, José Martínez, Pedro Bellod, Francisco Rivas y Pablo Maestre), afiliados en proporciones similares a UGT y CNT, confiscaron las fábricas abandonadas por sus gerentes, las pusieron en marcha y se dedicaron a producir calzado para el Ejército republicano con el concurso de la Escuela de Artes y Oficios de Elda. Así se constituyó Industrias de la Piel Socializadas de Elda que empleaba a 2.800 trabajadores en 1937. Las gestiones del SICEP no dieron los resultados esperados, porque los pequeños empresarios se dedicaron a producir calzado civil, y la pujante Industrias de la Piel Socializadas, que adquirió el marco legal de Cooperativa Obrera de la Industria del Calzado y Similares el 2 de octubre de 1937, compró el negocio de ventas del SICEP por un millón y medio de pesetas el 31 de mayo de 1938.

Un hecho extraordinario fue la adaptación para la producción de armamento de los talleres pequeños metalúrgicos que asistían a la industria zapatera y reparaban vehículos. La Cooperativa Metalúrgica UGT llegó a fabricar 120 granadas diarias y las Industrias Socializadas de Metalurgia CNT, 40 por semana con dificultades. La CNT estaba más interesada en atender las necesidades de la industria del calzado que la de armamentos. Además, durante la segunda mitad de 1938 y como consecuencia de la ocupación por las tropas franquistas de la provincia de Castellón, el Gobierno decidió trasladar, a petición del Comité Comarcal del PCE con sede en Elda, las fábricas nº 11 y 22 de la Subsecretaría de Armamentos a la conurbación de Elda y Petrer. Ambas fábricas empleaban entre 1.000 y 2.000 operarios.

Poco antes de terminar la guerra, entre el 25 de febrero y el 6 de marzo de 1939, la conurbación de Elda y Petrer también albergó al último Gobierno de la República presidido por Juan Negrín. Por unos días, fue el lugar donde se celebraron los últimos consejos de ministros de la guerra, que finalizó oficialmente el 1 de abril de 1939. El mes de marzo de 1939 fue muy azaroso porque se produjo el golpe de Estado de la Marina y el Ejército republicanos contra el Gobierno de Negrín el 5 de marzo de 1939. El Consejo Municipal fue requerido para que prestara fidelidad al recién constituido Consejo de Defensa Nacional presidido por el general Miaja. El Consejo acató al nuevo Gobierno, pidió la depuración del concejal comunista y, ante la marcha de la guerra, el 27 de marzo decidió informalmente disolverse y los concejales huyeron. Sólo quedó al frente del Consistorio el alcalde Manuel Alberola Castelló, que entregó el poder municipal al industrial Francisco Vera Santos el 29 de marzo. La quinta columna y los falangistas controlaban la ciudad desde el 28 de marzo y las tropas del general Franco llegaron a Elda el día 29 precedidas por los legionarios italianos que destruyeron los símbolos comunistas y republicanos de la ciudad. La victoria militar de Franco comportó la implantación de un régimen dictatorial apoyado en el Ejército cuyos brazos esenciales en Elda fueron la Columna de Orden y Policía de Ocupación del Centro, Novena Sección, comandada por José Luque y la Comandancia General de la Plaza capitaneada por Juan Guerra Domínguez.

La guerra se llevó la vida de numerosos eldenses que combatieron en los frentes de batalla y la de las víctimas de la represión, tanto la inicial, cuando empezó la guerra, como la de posguerra, con la represión organizada por el franquismo. También supuso el exilio al extranjero de quienes decidieron no esperar la llegada de las tropas franquistas y no confiaron en el perdón que prometían. La suerte de los exiliados fue diversa. La más trágica fue la de los que terminaron en los campos de exterminio nazis de Europa, como Manuel Amat Pérez, José González Sirvent y Luis Leal Rico que murieron en 1941 en Gusen, un Kommando del campo de exterminio de Mauthausen.



El primer franquismo.

LA POLÍTICA LOCAL EN LA CONFIGURACIÓN DE LA DICTADURA.

1939-1956

25

PEDRO PAYÁ LÓPEZ*

Universidad de Alicante



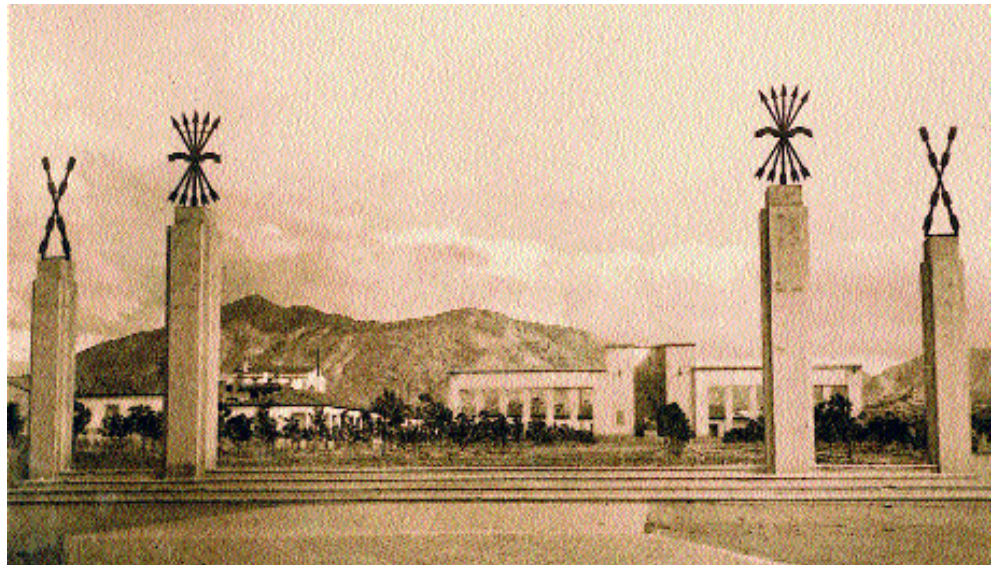
Aunque el franquismo fue un régimen impuesto y mantenido por la fuerza, también contó con el apoyo de importantes sectores sociales (Archivo EMIDESAS).

En los últimos días de marzo de 1939, con la ocupación de los municipios de la provincia de Alicante, toda España quedaba bajo el dominio de las tropas franquistas. El día treinta la población de Eldá veía como, camino de Alicante, entraba la División del *Littorio* a las órdenes del general Gambará, que había venido de la Italia fascista para apoyar en la lucha al general Franco, interés compartido por la Alemania nazi y su tristemente conocida Legión Cóndor. A su paso, las tropas italianas comprobaron como, al igual que en otras poblaciones vecinas, la organización municipal había dejado de ser operativa hacía algunas semanas, concentrando sus últimos esfuerzos en la evacuación de los cuadros y mandos más comprometidos. El régimen republicano se había desmoronado definitivamente, el reco-

nocimiento que Inglaterra y Francia hicieron el 27 de febrero del gobierno de Burgos como el único legal de España –con la consiguiente dimisión de Azaña como Presidente de la República– y el golpe de Estado llevado a cabo en la zona republicana cinco días después por el coronel Casado marcaron un panorama de desmoralización total entre los republicanos, que se completó con la desertión de la Armada. Era el final del *Gobierno Negrán* que infructuosamente, desde la *Posición Yuste*, había intentado convencer a los generales republicanos de la necesidad de continuar resistiendo.

En estas condiciones Franco ordenó una ofensiva general que no encontró resistencia. De hecho, desde el día 28 la quinta columna local había tomado el Ayuntamiento y colocado la bandera «nacional» en el balcón del consistorio,

La Cruz de los Caídos con los símbolos de Falange Española y Comunión Tradicionalista, organizaciones a partir de las cuales se creó el *Partido Único*, FET y de las JONS .



sólo quedaba esperar. Tres días después, con la odisea del puerto de Alicante y la improvisación del campo de concentración de *Los Almendros* la guerra llegaba a su fin. Comenzaba a implantarse un nuevo régimen, un cambio de situación que supuso el final de una experiencia de desarrollo democrático que fue cortada de raíz por un régimen de dictadura que se proclamó como defensor y detentador de los valores tradicionales de España. En lo que a la política local se refiere, los ayuntamientos –célula básica de representación y ejercicio democrático– pasaron a desempeñar una labor no de servicio, sino de control del ciudadano, constituyéndose como entes vigilantes que quedaron sometidos a control político-administrativo y con escaso margen de maniobrabilidad en lo económico.

Este capítulo intentará dar respuesta a cómo se implantó y consolidó una dictadura enormemente represiva, pero que supo aglutinar una serie de apoyos sociales que participaron en su imposición. En este sentido, debemos tener en cuenta que los regímenes políticos son construcciones sociales cuyo estudio ha de dar cuenta de las relaciones que se producen entre sus instituciones y estructuras políticas y la sociedad. De esta forma, podemos decir que en estos años –años de posguerra civil– vamos a asistir a la configuración de un régimen político sobre una ruptura social que el propio Estado se encargó de profundizar a partir de la división entre vencedores y vencidos. De ahí que, tras el fin oficial de la guerra, pronto los vencidos comprobaran que la retórica frase «nada debe de temer

quien no tenga las manos manchadas de sangre» se desvanecía a la vez que se abría paso y se imponía el «¡españoles alerta!». La guerra había terminado como enfrentamiento armado oficial entre fuerzas más o menos similares, pero la situación de una sociedad en guerra civil permanecerá todavía durante varios años¹.

Por ello, debemos entender el franquismo como un sistema de imposición por la fuerza, que supone una determinada forma de dominación política, social e ideológica, por lo que es necesario hacer referencia a los que fueron los principales pilares en su imposición y consolidación. Estos pilares fueron de orden político –entre los que destaca la represión– e institucional, siendo las instituciones principales sobre las que se sustentó, el Ejército –cuyo papel en la represión fue fundamental– y la Iglesia, clave en la justificación moral del golpe de Estado y la Guerra Civil, calificada como *Cruzada*².

No debemos olvidar el contexto internacional, definido por la Europa de entreguerras y las salidas que los distintos regímenes dieron a la crisis del sistema liberal de los años treinta, en lo que se ha calificado como época del fascismo. El régimen franquista, en este sentido, en los primeros años adoptó como modelo las formas de las dictaduras fascista y nazi, regímenes que le habían ayudado a ganar la guerra y que actuaron como sus principales valedores internacionales. Este mimetismo le hizo crear FET y de las JONS, pero no como partido para conquistar el poder sino como instrumento político al servicio del Estado, diseñado



Commemorando el 18 de Julio,
día del Alzamiento Nacional.

para encuadrar y controlar a la población y que, a la vez, sirviera como canal de comunicación entre el régimen y la sociedad a través de sus cargos políticos.

Sin embargo, el escaso arraigo de Falange en la localidad –como en el resto de una provincia de retaguardia republicana– provocó una serie de conflictos a escala provincial y local por el poder entre falangistas –grupo que se había visto favorecido por el desarrollo de la Guerra Civil y el decreto de unificación que a partir de los partidos FE y CT convertía a FET y de las JONS en *Partido Único*–, y los representantes de la derecha tradicional, fundamentalmente DRA y Partido Radical, que se habían integrado en el mismo como parte de la coalición reaccionaria que secundó el golpe militar³. A partir de 1943 se habrá resuelto este conflicto, comprobándose el papel reservado a cada uno de los grupos y la verdadera naturaleza de un régimen restaurador en lo social y en lo económico que nunca persiguió la movilización de las masas sino la desmovilización y apatía de la población. De esta forma, en contra de las pretensiones del sector falangista del *Partido Único*, la sociedad española quedó sometida a unos medios de control y socialización profundamente tradicionales y conservadores, que fueron auspiciados por la Iglesia católica⁴.

La imposición de la dictadura

«Fue en Elda la liberación unos días antes del final oficial de la guerra. La entrada de las tropas constituyó un desfile delirante. Pa-

saron los soldados en sus camiones. Arrojan- do cigarrillos a las multitudes y atronando los aires con sus vítores (...) Fueron las primeras tropas nacionales que atravesaron nuestra ciudad y, a su paso, dejaron una muchedumbre enardecida y llena de gozo (...).»⁵

Así narraba años después el semanario *Valle de Elda* el final de la guerra y la «liberación» de la ciudad. Sin embargo, para otros la realidad fue algo distinta: recuerdan las caravanas de vehículos y los grupos de personas que desparramados intentaban llegar como pudieran al puerto de Alicante, buscando una salida hacia el exilio que les permitiera salvar la vida o evitar la cárcel. Las despedidas de familiares llenos de incertidumbre, la miseria en los rostros, el cansancio y el desarraigo han quedado grabados en la memoria de sus protagonistas, superando las imágenes de una propaganda que durante décadas intentó moldear a la sociedad española y que se completó con las insistentes políticas del olvido, que dominaron un tiempo de silencio.

No fue una liberación sino una conquista, la llegada de un ejército de ocupación que pronto, con la colaboración de una parte de la sociedad civil, comenzó a hacer expiar culpas colectivas.

Desde el principio el *Nuevo Estado* persiguió la aniquilación del enemigo político y la depuración de la sociedad, para lo que contó con un enorme aparato represivo que comenzaba en la labor de control y clasificación de los ayuntamientos. Pronto plazas de toros, cine- mas y otros locales como fábricas, lava-

deros y antiguos conventos fueron habilitados en cada localidad y se llenaron de presos políticos que se habían presentado voluntarios ante las autoridades civiles y militares de sus poblaciones tras la desmovilización del frente o que eran conducidos desde sus casas, sacados en la madrugada por grupos policiales y para-militares para ser clasificados y puestos a disposición de la autoridad militar.

Elda quedó bajo el control de la Jefatura de la Columna de Orden y Policía de Ocupación del Centro, dependiente de la Comandancia Militar que se instaló en el edificio de la otrora dinámica Casa del Pueblo. Al mando de la misma estaba el capitán de Infantería Juan Guerra Domínguez, a cuyas órdenes quedaron tropas italianas y africanas. Por su parte, la falange local colaboró con la Columna en las tareas de detención de todas aquellas personas consideradas desafectas al *Nuevo Estado*.

En los primeros meses la actividad de clasificación fue intensa. La primera autoridad municipal intercambió informes con sus homólogos de otras poblaciones y centros. De esta forma podemos decir que toda España, a través de sus municipios, estaba en conexión en el proceso de clasificación de prisioneros y refugiados. Desde la alcaldía se solicitaban informes sobre diversas personas a la Jefatura Local de FET y de las JONS y a la Columna de Orden y Policía de Ocupación, para contestar las demandas que sobre antecedentes político-sociales de prisioneros se reclamaban desde toda la geografía española. Así, sólo en la primera semana de mayo el alcalde emitía más de 200 informes, entre otros –y baste como ejemplo– con la Auditoria del Ejército de ocupación de Albacete, con el Juez Militar de los Juzgados de Peñarroya y de Almansa, con el Comandante del puesto de la Guardia Civil de Puerto Lapice (Ciudad Real) y con las Comisiones clasificadoras de prisioneros de los campos de concentración de Trujillo, Mérida y Santander. Al mismo tiempo se carteaba con el gobernador civil para dar cuenta de todos los individuos refugiados en la localidad, tal como había ordenado la primera autoridad civil de la provincia en las primeras semanas de abril.

Este vasto proceso de clasificación permitió controlar a todos aquellos desmovilizados de los que no se tenían los suficientes informes por parte de la quin-

ta columna local para que volviesen a sus localidades, donde deberían ser convenientemente clasificados. Para asegurarse la máxima colaboración, el alcalde Mariano Segura publicó un bando el 8 de mayo en el que terminaba haciendo un llamamiento a la población para que colaborase mediante sus denuncias con la alcaldía, una invitación a la colaboración que se combinaba con la política de la coacción y el miedo:

«Todo propietario de casas donde habitasen personas en estas circunstancias, vienen obligados a dar conocimiento a mi autoridad de todos aquellos vecinos que no cumplieran esta orden, siendo dichos propietarios responsables de tal ocultación y sancionados como saboteadores de esta disposición.»

Antes de partir hacia su punto de procedencia debían solicitar el correspondiente salvoconducto de la Alcaldía, lo cual hacía tener el proceso totalmente controlado.

De esta forma, los distintos tribunales militares recibieron informes procedentes de las autoridades municipales de los pueblos de origen de los inculcados. En Elda, tuvo su sede en las Escuelas Nacionales de Padre Manjón, donde, entre abril y octubre de 1939, se sucedieron 31 consejos de guerra –muchos de ellos colectivos– de los que salieron al menos 15 penas de muerte, a las que se unen las que se dictaron en los consejos de guerra celebrados en Alicante. En total fueron condenados a muerte y ejecutados 37 vecinos de Elda, de los que tan sólo 10 habían tenido relación directa con los treinta asesinatos cometidos en la localidad durante el periodo de guerra civil, según se desprende de los informes sobre sospechosos de la *Causa General*. Además 11 condenas a muerte fueron conmutadas⁶.

Esta represión física se completa con 238 condenas a diferentes penas de prisión, que oscilaban entre los treinta años de reclusión mayor y los seis de prisión menor, y que dispersaron a muchos eldenses por toda la geografía española. Desde el penal del Dueso en Santoña hasta Porta Coeli, desde la prisión para mujeres de Málaga hasta el penal de Chinchilla, desde Rentería hasta el Reformatorio de Adultos de Alicante.

El hambre, la falta de higiene, el hacinamiento y la masificación definen la situación en las cárceles y centros de reclutamiento franquistas desde los primeros días, tal y como declaraba el director

Represión franquista en Elda. Fusilados⁷.

Nombre y apellidos	Edad	E.C.	Profesión	Milit.	Natural	Vecino	Fecha	Lugar de ejecución
Almiñana Fuentes, Joaquín	29	S	Zapatero	CNT	Salinas	Elda	31-11-39	Monóvar
Alonso Vera, Francisco	32	S	Zapatero			Elda	31-05-39	Alicante
Beltrán Giménez, Antonio	59	C	Zapatero	CNT	Elda	Elda	11-7-39	Alicante
Beltrán Richarte, Juan	33	C	Cortador	CNT	Elda	Elda	11-7-39	Alicante
Bellot Orgilés, Manuel	36	C	Zapatero	CNT	Elda	Elda	11-7-39	Alicante
Bellod Pérez, María	27	S	S.L.	CNT	Elda	Elda	16-11-39	Elda
Berenguer Picó, Tomás	33	S	Camarero		Monóvar	Elda	17-12-41	Alicante
Bernabeu Aguado, Santiago	36	C	Zapatero		Elda	Elda	15-6-39	Alicante
Busquier Santa, Juan	20	S	Zapatero	CNT	Monóvar	Elda	5-3-41	Alicante
Celestino Tafalla, Rafael	44		Zapatero	P. Sind.		Elda	18-10-39	Monóvar
Cerdá Ibáñez, Manuel	47	C	Chófer	CNT	Novelda	Elda	20-6-39	Alicante
Esquembre Tomás, Aníbal	30	S	Zapatero	CNT	Villena	Elda	28-10-39	Alicante
García Torres, Juan	47	C	Albañil		Hellín	Elda	16-11-39	Monóvar
Gisbert Miró, Antonio	38	C	Carpintero	CNT	Villena	Elda	20-6-39	Alicante
Gómez López, Antonio	33	S	Zapatero	CNT		Elda	18-10-39	Monóvar
Gómez López, Manuel	36	C	Zapatero	CNT		Elda	16-11-39	Elda
González Vera, José	31	C	Zapatero	CNT	Elda	Elda	17-1-40	Alicante
Ibáñez García, Deogracias	25	C	Albañil	CNT	Montealegre	Elda	20-2-42	Alicante
Ibáñez Morcillo, Elias	35	C		CNT		Elda	16-11-39	Elda
Iñiguez Valiente, Pedro	43		Zapatero			Elda	16-11-39	Monóvar
Lledó Durá, José	38	C	Albañil	CNT	Pinoso	Elda	15-6-42	Albacete
Maestre Payá, Francisco	46	C	Abogado	IR	Elda	Elda	15-11-39	Alicante
Marchirán Millá, Vicente	24	S	Zapatero	CNT	Montealegre	Elda	20-2-42	Alicante
Martínez Moyá, Antonio	30	S	Impresor	CNT		Elda	16-11-39	Monóvar
Mateo Cerdán, Antonio	28	C	Zapatero	CNT	Elda	Elda	3-9-40	Alicante
Mateo Cerdán, Francisco	25	S	Zapatero	CNT	Elda	Elda	16-11-39	Monóvar
Miguel Navalón, Juan	33	C	Zapatero	CNT	Elda	Elda	13-8-40	Alicante
Molina Molina, Juan	23	S	Almacenista		Elda	Elda	12-6-39	Paterna
Navarro García, Constantino	61	V	Jornalero			Elda	31/05/39	Alicante
Navarro Soriano, Tomás	47	C	Zapatero			Elda	31/05/39	Alicante
Noguerón García, Mariano	43	C	Zapatero	CNT	Almansa	Elda	18-10-39	Monóvar
Ortín Cerdán, Jaime	34	C	Zapatero	CNT	Villena	Elda	15-6-39	Alicante
Rocha Calderón, Antonio	50	V	Labrador			Elda	31-5-39	Alicante
Sánchez Mina, José	28	C	Zapatero	CNT	Elda	Elda	17-1-40	Alicante
Santos Olcina, Luis	43	C	Zapatero	CNT		Elda	31-5-39	Alicante
Valentín Martínez, Domingo	27	C	Camarero	CNT	Albacete	Elda	16-11-39	Monóvar
Vieco Albert, Antonio	49	C	Zapatero			Elda	31/05/39	Alicante

Fuentes: ORS MONTENEGRO, Miguel, *La represión de guerra y posguerra en Alicante (1936-1945)*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil Albert», 1995. GABARDA CEBELLÁN, Vicent, *Els afusellaments al País Valencià (1938-1956)*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1993. Registro Civil de Elda. Registro Civil de Monóvar. Archivo Municipal de Monóvar, Expedientes de Responsabilidades Políticas.

de la prisión de Monóvar en agosto de 1939, quejándose de que albergaba a 441 presos, cuando sólo había cabida para 150. Lo mismo ocurría años después en el Reformatorio de Adultos de Alicante, edificio construido para 500 penados, que en julio de 1941 contaba con 3.600 reclusos. Este carácter de masificación fue una constante al menos hasta 1942-43, años en el que la legislación franquista comenzó a aplicar los primeros decretos de excarcelación generalizados en régimen de libertad vigilada⁸.

Pero con la prisión no sólo se castigó a los penados, numerosas mujeres debieron hacer frente a los momentos de carestía redoblando esfuerzos para sacar a sus familias adelante (entre los que se incluía el propio recluso), superando la miseria, el hambre y el peligro que en ocasiones suponía burlar a las autoridades para poder «estraperlar» como único medio de subsistencia. Sin duda, el fenómeno del estraperlo está ligado a la realidad de posguerra, un fenómeno que sólo castigó al pequeño estraperlista, per-



La CNT fue el grupo más castigado por la represión franquista en Elda. En la fotografía, tomada en Barcelona el 22 de noviembre de 1936, un grupo de milicianos, entre ellos varios eldenses, asiste al entierro de Buenaventura Durruti. Sobre la bandera del sindicato anarquista puede leerse: «El grupo 3º Centuria 17 a su compañero Durruti. Cataluña y Elda» (Foto del autor).

mitiendo unos niveles de corrupción inimaginables entre los grandes acaparadores, que acumularon beneficios a costa de la miseria de la mayoría⁹.

En cuanto a la sociología de los inculpados, la profesión más castigada fue la de zapatero, algo que está relacionado tanto con el peso del sector secundario en Elda, como con la actividad política y sindical de los inculpados, dada la influencia del movimiento obrero entre los trabajadores eldenses. En cuanto a la militancia política, el estudio del profesor Glicerio Sánchez Recio demuestra que la represión alcanzó a todo el círculo político de izquierdas, destacando la importancia de la militancia en Izquierda Republicana, superior a la del resto de partidos. Por su parte la afiliación sindical fue mayor que la política, de los casos conocidos presentaban afiliación el 65% de los inculpados, de los que el 33% estaban afiliados a la UGT y el 67% a la CNT, dato que se corresponde con la tra-

dicional preponderancia del sindicato anarquista en Elda¹⁰.

Se buscaba el escarmiento y la depuración de la sociedad, haciendo desaparecer a los principales cargos políticos y sindicales de cada localidad. Las ejecuciones ejemplares persiguieron sobre todo a aquellos que habían desempeñado cargos de responsabilidad, como el caso de Manuel Bellot Orgilés, alcalde de Elda entre agosto de 1936 y agosto 1938, fusilado en Alicante en julio de 1939¹¹.

La ejecución del alcalde se efectuó en muchos de los municipios de la provincia, como en los casos de Petrer, Monóvar, Elche o Novelda, por citar algunas poblaciones de la comarca. Junto a alcaldes, concejales, líderes sindicales y políticos en ocasiones pagaron con sus vidas porque fueron arbitrariamente responsabilizados de los asesinatos cometidos en los primeros meses de la guerra, por el mero hecho de haber desempeñado dichos cargos en aquellos momentos.¹²

El fusilamiento, la prisión y el exilio de los principales referentes republicanos de la localidad provocó la desmovilización total de una población que, sumida en la inseguridad y el miedo que se derivaban de un régimen de terror, no tuvo otro remedio que adaptarse a la situación, centrandose sus esperanzas en sobrevivir al franquismo. En estas condiciones fue imposible estructurar un núcleo de oposición, más allá de algunas actuaciones individuales o de pequeños grupos, que se redujeron a pintadas subversivas, reparto de hojas volantes o colocación de alguna bandera republicana a finales de los años cuarenta, cuando muchos habían salido de prisión¹³.

Para quienes se hubieran librado de los tribunales militares, el régimen articuló dos leyes encaminadas a seguir la labor de depuración y castigo. Se trata de la Ley de Responsabilidades Políticas, por la que al menos pasaron 216 eldenses, y la Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo. La primera perseguía la represión económica y aunque la mayoría de las sanciones impuestas fueron de inhabilitación, hubo dos que alcanzaron las 30.000 y 50.000 pesetas. Dos puntos destacan en el despropósito de esta Ley: su carácter retroactivo hasta octubre de 1934, sancionando todas las formas de apoyo a lo que se denominaba la «subversión republicana», como el haber militado en algún partido que for-



Manuel Bellot Orgilés (primero por la izquierda), alcalde de Elda entre 1936 y 1938, poco antes de ser fusilado, junto a otros encarcelados en el Reformatorio de Adultos de Alicante.

mase parte del Frente Popular o simplemente haberse opuesto «por acción u omisión» al triunfo del *Movimiento Nacional*, y la transmisión de las penas, ya que disponía la herencia de la sanción para los familiares de aquellos sancionados que hubieran fallecido.

En cuanto a la Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo, que pese a su nombre se dirigió fundamentalmente contra los masones y no contra los comunistas, afectó directamente a 28 eldenses –la mayoría de ellos integrantes de la logia «Amor»–, con diferentes penas de reclusión e inhabilitación. Tras la capital, Elda fue la población de la provincia más castigada por esta ley, hecho que no debe sorprender dada la tradición masónica existente en la localidad desde finales del siglo XIX. Sin embargo, es conveniente matizar el diferente peso que tuvieron las condenas sufridas por los masones de una y otra localidad, ya que tan sólo 8 de las 40 sentencias que recayeron sobre la masonería de la capital contemplaban el ingreso en

prisión; por el contrario, 22 de los 28 eldenses procesados por el mismo delito fueron condenados a penas que van desde los 12 años de reclusión menor a los 20 de reclusión mayor¹⁴. Aunque son diversos los factores que explican esta diferencia, como las acusaciones infundadas (23 sobreesimientos en el caso de Alicante) o el mismo funcionamiento y alto grado de discrecionalidad ejercido por la justicia franquista, lo cierto es que la logia eldense había tenido una importante actividad durante los años de la II República, mayor que otras de la provincia. De hecho, la mayoría de sus miembros pertenecían a Izquierda Republicana y desarrollaron una intensa actividad política y cultural que se remontaba a los años de la dictadura de Primo de Rivera, defendiendo su credo político y moral a través de su participación en periódicos y revistas culturales de tirada local y provincial¹⁵.

El proceso represivo se completaba con las Comisiones de Depuración, que en el ámbito local actuaron sobre los

Foto escolar de los años cuarenta. La escuela durante el franquismo fue considerada un instrumento fundamental para la formación en los valores del Nacional-Catolicismo.



maestros y el personal dependiente del Ayuntamiento. En cuanto a los primeros, un maestro fue separado de su puesto de trabajo y trasladado de la provincia durante tres años, si bien el peso de la represión sobre el magisterio eldense procedió de las penas impuestas en los consejos de guerra y por el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo, con la condena de tres maestros a 20 años de prisión menor y otro a 12 años. En cuanto a los funcionarios del Ayuntamiento se creó una comisión municipal que el 26 de abril de 1939 decretó la «separación del servicio de la corporación, sin prohibición de encontrar empleo en otras», de más de una veintena de funcionarios municipales, lo que da muestra del carácter de castigo de su aplicación, además de la consideración de la administración municipal como auténtico botín de guerra, ya que estos puestos fueron cubiertos fundamentalmente por mutilados de guerra, excombatientes, excautivos y familiares de caídos¹⁶. De esta forma, en una posguerra marcada por la escasez el *Nuevo Estado* supo distinguir y premiar a quienes habían defendido la «causa nacional», permitiéndoles que se beneficiaran de una legislación laboral basada en el privilegio. Esta clara discriminación respecto al acceso a puestos de trabajo público hizo que ayuntamientos y toda clase de organismos públicos se llenasen de apoyos potenciales cuyas cualidades eran los méritos adquiridos en la Guerra Civil y su fidelidad al régimen.

Lo cierto es que las medidas tuvieron efecto en la provincia, de tal modo que en mayo de 1941 no sólo no existían problemas de paro entre los excombatientes de la misma, sino que se había colocado a 600 que procedían de otras provincias¹⁷.

Una última forma de represión es la que podemos calificar como represión ideológica, que alcanzó todos los niveles de la vida cotidiana, ya que desde el primer momento se persiguió la uniformidad de pensamiento, tratando de reeducar a una población calificada como «tradicionalmente izquierdista».

El primer paso para la reeducación fue la ruptura total con todo lo que hiciera referencia al periodo anterior, para lo que se había allanado el terreno por orden de la Comandancia Militar de 16 de mayo, en la que se comunicaba a los alcaldes la necesidad de que, en el plazo máximo de veinticuatro horas y sirviéndose de los medios que creyesen más convenientes, «desaparezcan en su totalidad todo letrado, pasquines etc. de propaganda marxista colocados en lugar cualquiera de la población», bajo pena de una severa sanción a sus infractores¹⁸. Antes, el 9 de abril, se había ordenado, desde la Jefatura Provincial de Propaganda, que en un plazo de 36 horas fueran borrados de todas la fachadas «los letreros pintados por las bordas del marxismo». De todas formas, este afán por borrar lo anterior no necesitó de las disposiciones generales y durante la misma entrada de las tropas, tal

y como años después recordaba la prensa local en el aniversario de «la victoria», *«un oficial de alta graduación hizo detener su automóvil en la calle de Queipo de Llano, pidió una escalera y, a martillazos, hizo saltar el mármol que dedicaba hasta entonces aquella calle a Buenaventura Durruti. La columna pasó rápidamente, sin detenerse, en dirección a Alicante.»*¹⁹

A la vez se iban abriendo paso a las nuevas imágenes del régimen. La comisión gestora creaba el 9 de mayo un servicio de inspección de bares y establecimientos públicos encargado de supervisar *«la colocación obligatoria en los mismos de banderas nacionales y retratos del caudillo y José Antonio»*²⁰. Otras decisiones no se hicieron esperar y el 5 de julio se pedía autorización al gobernador civil para proceder al cambio de un gran número de nombre de calles, que se designarían con los nombres propios de la «Cruzada».

Las autoridades municipales también trataron de velar por la catolicidad del *Nuevo Estado* y crearon comisiones y campañas de prohibición de la blasfemia²¹, además de controlar todas las actividades públicas de recreo, extendiendo el peso de la moral católica hasta cualquier rincón de la cotidianeidad. La obsesiva vigilancia en el cumplimiento de la moral católica puede verse sobre todo en el control sobre bailes, juegos de azar y salas cinematográficas. En febrero de 1940 la alcaldía tomaba la decisión de no autorizar más bailes públicos que los organizados por sociedades culturales legalmente constituidas. La medida era justificada ante el Gobierno Civil *«por considerar que esta clase de espectáculos contribuían a aumentar la inmoralidad de las costumbres ya de si relajadas por la dominación marxista y que el Estado Nuevo tenía que regenerar»*²².

Realmente lo que más preocupaba a las autoridades era la represión sexual. Los bailes eran considerados como caldo de cultivo de pecado con respecto a la moral que, desde el catolicismo integrista, se tenía sobre la sexualidad. Así, desde la Dirección General de Seguridad, Inspección de Investigación y Vigilancia de Elda, se informaba al gobernador civil sobre una denuncia a la empresa de baile «Salón Mundial», en la que *«se vienen concertando citas de tipo equívoco con el mayor descaro, lo que hace del mismo un verdadero mercado carnal. Se permite la entrada de menores de uno y otro sexo y se admite también que bailen unidas personas del mismo*

sexo, lo que da a tal salón un aspecto indecoroso que nada dice a favor de cuantos allí entran». Como consecuencia el dueño del local fue condenado a pagar una multa de 500 pesetas y el establecimiento fue cerrado por un mes.

Las autoridades no dudaron en satisfacer las demandas de la Iglesia y no sólo en lo que se refiere al cumplimiento de la moral católica, ya que también colaboraron en la reconstrucción material de la misma, mediante una serie de subvenciones y donaciones destinadas a la reconstrucción de los templos e imágenes profanadas durante la Guerra Civil.

Aunque hubo que esperar hasta junio de 1941 para que se crease una Junta Nacional para la Reconstrucción de Templos Parroquiales, desde los primeros meses los nuevos ayuntamientos plantearon la reconstrucción o restauración de los templos y ermitas. Para ello se constituyeron en cada localidad diferentes comisiones pro-reconstrucción de los templos parroquiales, en cuya composición podemos observar las relaciones entre los diversos poderes locales, ya que estaban integradas en la mayoría de los casos por el cura párroco, el alcalde, el presidente de Acción Católica, concejales y un nutrido grupo de empresarios.

De esta forma, en los primeros meses el nuevo Ayuntamiento comenzó a plantear la reconstrucción del templo parroquial de Santa Ana, proyectando



Arenaga de José María Amat en la Cruz de los Caídos. La alianza entre la Iglesia y el poder político fue muy estrecha.

la «urbanización de la zona urbana lindante con la plaza donde ha de ser reconstruida la Iglesia Parroquial, al objeto de que ésta tenga en su día un emplazamiento digno de la misión divina», y cediendo gratuitamente el valor de la enajenación de «cinco solares edificados con una sola planta (...) cuyas edificaciones se realizaron con fondos municipales en época roja.»²³

Con ello, el Ayuntamiento promovía una suscripción para la reconstrucción del templo que encabezaron los principales industriales de la ciudad, a lo que se añadía la donación de 500.000 pesetas por el Estado. En sesión del 15 de febrero de 1940 también se decidía la reconstrucción de la ermita «en contraposición y para reparar la ofensa cometida por el primer ayuntamiento republicano a los sentimientos católicos de la ciudad al acordar demoler por supuesta ruina la Ermita de San Antón». Y más adelante se destinaban 20.000 pesetas para subvencionar la ornamentación del altar mayor de la iglesia Santa Ana.²⁴

La Iglesia por tanto se vio enormemente favorecida por la legislación y voluntad del *Nuevo Estado*. A cambio se erigió en la institución principal cara a su legitimación, brindando su apoyo doctrinal y participando en el entramado político del régimen²⁵. Como consecuencia de estas prestaciones mutuas, volvió a ocupar el espacio público del que había sido apartada durante el periodo republicano, multiplicándose las manifestaciones litúrgicas en unos años en los que fueron revestidas de un claro componente político, adquiriendo gran protagonismo las autoridades locales. De esta forma, las fiestas y todo tipo de manifestaciones religiosas se convirtieron en lugares privilegiados para plasmar la unidad entre el poder político, el económico y la Iglesia. Baste como ejemplo de esta fuerte connivencia entre Iglesia y poder local la bendición de las nuevas campanas de la reconstruida Iglesia de Santa Ana, que fueron apadrinadas por alcalde, gestores y autoridades del Movimiento ante la jerarquía eclesiástica y la multitud.

La política local: los primeros apoyos

El estudio de la evolución de la política local a lo largo de la primera década y media de la dictadura –lo que coincide en Elda con el final de la alcaldía de José Martínez González–, debe permiti-

tirnos dar cuenta del funcionamiento de los entes locales bajo una dictadura que los entendió como instituciones de control y no de representación. Además, la composición de los ayuntamientos en este periodo de implantación y consolidación de la dictadura muestra como se fue configurando un personal político que podemos definir como genéricamente franquista, que no dudó en aproximarse a un régimen que desde el principio salvaguardó sus intereses.

En este sentido, debemos hablar de la función restauradora que, en lo económico y social, tuvo el régimen franquista, algo que quedó patente en las primeras medidas tomadas, encaminadas a restaurar el viejo orden social. Es muy significativo que los quintacolumnistas que ocuparon el Ayuntamiento de Elda a la espera de la llegada de las tropas franquistas: Francisco Vera Santos, José Martínez González, Ernesto Ortín Poveda, Julio Beneit Navarro y Pedro Bellod Escandell, fuesen empresarios del calzado, con unos intereses muy particulares en el triunfo del bando franquista, ya que habían visto incautadas sus propiedades durante la Guerra Civil.

El *Nuevo Estado* no dudó en aproximarse a este grupo social y desde el principio lo hizo partícipe de los beneficios de la victoria militar, posibilitándoles la participación en la política local para que ocupasen los cargos que habían detentado tradicionalmente y devolviéndoles las propiedades que habían sido incautadas y socializadas durante la Guerra Civil. Para ello se crearon las Comisiones de Incorporación Industrial y Mercantil y el Servicio de Recuperación Agrícola, que tuvieron su homólogo en el ámbito local en la creación en todos los ayuntamientos de «una Comisión delegada y encargada (...) de la recuperación de los objetos arrebatados ilegalmente a sus dueños durante el periodo rojo (...) y de custodiar en las debidas garantías estos objetos y devolvérselos a sus legítimos dueños»²⁶. Por lo tanto, el sentido restaurador del régimen franquista quedó puesto de manifiesto –y así lo supieron ver los grupos afines– desde las primeras medidas que se decretaron²⁷.

Sin embargo, el control del poder local no estuvo exento de luchas internas y aunque estos primeros quintacolumnistas terminaron haciéndose con el control del Ayuntamiento, antes se hubo de pasar por un periodo de enfrenta-



Grupo de trabajadores con el empresario al frente en una concentración sindical un 18 de Julio, fecha declarada «Fiesta Nacional de Exaltación al Trabajo».

miento entre los distintos grupos de derecha y extrema derecha que formaron parte de la coalición reaccionaria que había secundado el golpe de Estado y que se integraron en el partido único, FET y de las JONS.

Estas discrepancias no hay que confundirlas con proyectos políticos distintos, pues respondieron a las apetencias de los puestos de poder y las ventajas adyacentes a los mismos. Si a todos los grupos les unía una clara identificación de intereses durante la guerra, como era acabar con la República y con lo que ésta había significado como experiencia reformista, la diversidad de origen se tradujo en conflictos una vez que, con la victoria, llegaba el reparto de los puestos de poder. En este sentido, los conflictos se generalizaron en la provincia entre dos grupos que, a grandes rasgos, podemos identificar como falangistas y derechistas. Si los primeros representaban a un personal político relativamente nuevo, por su juventud y escaso arraigo en la provincia, los segundos incluían a los grupos que tradicionalmente habían detentado el poder en las distintas localidades y que no estaban dispuestos a ver como un grupo de advenedizos les apartaban de sus tradicionales puestos de privilegio²⁸.

En parte, y sin perder de vista su componente local, este tipo de conflictos lo que hicieron fue reproducir el enfrentamiento que desde el principio se dio entre las dos máximas figuras políticas de la provincia: gobernador civil y jefe provincial de FET y de las JONS, conflicto que se solu-

cionó con la unión de ambos cargos en una misma persona. Con esta medida el partido quedaba definitivamente controlado por el Gobierno Civil²⁹.

Pero antes de analizar las distintas fases por las que pasaron las gestoras eldenses hasta las primeras elecciones municipales de 1948 debemos hacer una aproximación a la administración local durante el franquismo.

La administración local durante el franquismo

Durante la dictadura franquista los ayuntamientos fueron la última pieza de un diseño de control político fuertemente centralizado y jerarquizado que se transmitía desde el Ministerio de la Gobernación al Gobierno Civil y de éste a los alcaldes, que actuaban como delegados gubernativos. Por ello, lo primero que debemos destacar es la pérdida de importancia y de capacidad que los ayuntamientos sufrieron desde el punto de vista institucional y operativo³⁰.

Son tres los aspectos que marcaron institucionalmente la baja capacitación de los ayuntamientos, basados en otras formas de control y dependencia:

- Dependencia administrativa, por medio de la inspección y la autorización previa.

- Dependencia política, por medio del control de los cargos políticos, sujetos a nombramiento y destitución.

- Dependencia económica, por medio del control del sistema tributario y la capacidad de endeudarse.

Por medio de este control se eliminó todo principio democrático de representación, estableciendo un sistema de cooptación y nombramiento gubernamental de los cargos fuertemente jerarquizado. La pieza clave en este sistema de control municipal fue el Gobierno Civil, a cuya autoridad quedaron totalmente sujetos los ayuntamientos³¹.

Ya desde los primeros meses de guerra el franquismo implantó un modelo de nombramientos de comisiones gestoras en los territorios que iba conquistando. Quienes habían de ocuparlas serían designados por el gobernador civil de cada provincia «*debiendo acompañar a la propuesta el juicio que dichas personas le merezcan y que deberá ser formado con el suyo personal y asesoramiento de los Sres. Jefe del Puesto de la Guardia Civil, Jefe Local de FET de las JONS, del pueblo que el cargo a cubrir, y Jefe provincial de la misma organización*»³². Precisamente, esta cuestión fue motivo de enfrentamiento entre las dos máximas autoridades provinciales: gobernador civil y jefe provincial de FET y de las JONS. La designación de las comisiones gestoras era controlada desde el partido, tratando que fuesen cubiertas por un personal político afín, que permitiera su control. Si la norma disponía que el gobernador civil debía asesorarse con los informes de FET y de las JONS sobre los antecedentes político-sociales de los gestores que debía proponer para su aprobación al Ministerio de la Gobernación, el gobernador civil no solía hacer caso de los informes, llegando en alguna ocasión incluso a falsearlos³³.

Por otra parte, es fundamental para una mejor comprensión del poder local durante el franquismo, tener en cuenta la preponderancia que tuvieron los alcaldes dentro de las corporaciones locales. El propio Director General de Administración Local incidía en su labor al frente de los consistorios:

«La primera tendencia, eficacia y facilidad de la acción municipal, se exterioriza principalmente por el robustecimiento de las facultades del Alcalde [en el que] se van a concentrar poderes, funciones y responsabilidades adecuadas a la misión de dirigir la administración de los asuntos ordinarios de las localidades (...) tanto en su cargo de Jefe de la Administración municipal, como en los de Presidente de la Corporación y Delegado del Gobierno [con la finalidad de conseguir] la eficacia en la gestión de los intereses mu-

*nicipales a través de un alto sentido de la autoridad y de la jerarquía, con el cual se compensan muy poco esas ruidosas y enervantes manifestaciones edilicias (sic) que solían tener lugar en los salones de sesiones de las Corporaciones de nuestros pueblos»*³⁴.

El papel que dentro de este contexto quedaba reservado a los restantes integrantes de la comisión gestora era acatar sin reparos la autoridad del alcalde, evitando «*discusiones estériles, cuando no obstaculizadoras, y de personalismos nefastos, para entregarse patrióticamente a la misión de coadyuvar con el Alcalde a reconstruir nuestros Municipios*». Además el alcalde tenía carta blanca para dar cuenta a los gobernadores civiles «*de la desidia, negligencia o falta de observancia, por parte de los Gestores, en el cumplimiento de los deberes (...) con objeto de que la primera autoridad de la provincia corte con firmeza*»³⁵.

La configuración de un personal político. De las luchas internas a la consolidación

En el análisis de la evolución de la composición política de la gestoras que dirigieron el Ayuntamiento de Elda en la primera década de la dictadura franquista distinguimos tres fases: Julio de 1939–agosto de 1940, agosto 1940–enero de 1943 y febrero 1943–1948.

La primera etapa estuvo caracterizada por la inestabilidad respecto a la formación de los ayuntamientos que, como mucho, contó con cinco gestores, llegando incluso a estar dirigido sólo por dos, que sustituyeron a una primera comisión nombrada por el comandante militar de ocupación el 6 de abril de 1939 y que no ratificó el gobernador civil 16 días después³⁶.

La segunda etapa fue de dominio falangista, encabezada por el alcalde y Jefe Local de FET y de las JONS José María Batllés. Hermano de Luis Batllés, consejero nacional de la Falange asesinado en 1936, intentó monopolizar los cargos con falangistas y tradicionalistas, lo que le resultó imposible, dada la escasa militancia e influencia falangista en Elda.

La tercera etapa es la del final de los conflictos, con el definitivo triunfo del sector de los derechistas, un personal político que, en parte, continuará en los ayuntamientos tras las primeras elecciones municipales, con las que el régi-



Esperando el paso del general Franco por la carretera de Madrid.

men ponía en marcha la democracia orgánica en el ámbito local. Fue una etapa que coincidió con la llegada de José María Paternina al Gobierno Civil. Con él se produjo, desde finales de 1942, primero como secretario y luego, a partir de 1944, como gobernador civil, la depuración de los miembros del *Partido Único*, buscando no a los más puros desde el punto de vista ideológico, sino a los más fieles al régimen, a los menos combativos con el único poder, que debía ser de Franco. Bajo su mandato se acabaron los conflictos en toda la provincia y el poder político quedó concentrado en el Gobierno Civil, quedando reducido FET y de las JONS a un organismo meramente burocrático.

Estas dos últimas etapas se entienden mejor teniendo en cuenta la preponderancia de los alcaldes en el desarrollo de la política local franquista. En ambas etapas van a ser alcaldes dos políticos que definen completamente a los dos grupos que lucharon por hacerse con el poder, José María Batllés y José Martínez González.

José María Batllés, hijo y hermano de «caído», según los informes de FET, era «el único camarada en esta ciudad que puede encauzar y regir, dentro del nuevo estilo, los verdaderos destinos de nuestra organización.» Durante su mandato las sesiones del Ayuntamiento comenzaban al grito de ¡José Antonio Primo de Rivera! ¡Presente! y se cerraban con el «Cara al sol». Fueron años de retórica falangista y manifestaciones del ritual fascista en un

ayuntamiento en el que predominaban los signos externos de la «revolución nacional sindicalista», ornamentado con el yugo y las flechas, y con las banderas de FE y la CT, ondeando junto a la Nacional.

En su primer pleno como alcalde tomó tres medidas que demuestran el nuevo espíritu que quiso dar a la corporación, acordando la adquisición de una lápida «con una cruz de mármol en la que figuren los nombres de los caídos por Dios y por España encabezados por el de José Antonio que será colocada en la fachada del ayuntamiento hasta que haya Iglesia». Decretó también «que los vecinos engalanen sus balcones con colgaduras nacionales de obligación ineludible y observación por los vecinos de las calles principales.» Y nombró a José Sedano Serna, primer teniente de alcalde y delegado de Información e Investigación de FET y de las JONS, como asesor de información de la alcaldía, con lo que se producía una imbricación total entre el partido y el Ayuntamiento, ambos comandados por Batllés, quien recibió la alcaldía por parte del gobernador civil «solicitando el servicio y el sacrificio necesarios a España, procurando que la Comisión Gestora constituida actúe como órgano consultivo y conciencia de partido único por deber a la FET y de las JONS, evitando toda clase de rozamientos y defectos del sistema parlamentario»³⁷.

En el pleno siguiente Batllés consiguió que la corporación le autorizase para llevar a cabo una nueva revisión «de todo el personal dependiente del ayuntamiento en cuanto a su depuración y afección al mo-

Fachada del Ayuntamiento de Elda durante la etapa de José María Batllés. Pueden observarse los principales símbolos del *Nuevo Estado*.



vimiento», además de proponer la revisión de un número de calles «*para roturarlas con nombres de hijos del pueblo preferentemente caídos de la revolución*».³⁸

Como consecuencia de la política desarrollada en estos años dos gestores, empresarios y procedentes de la derecha tradicional, abandonaron la comisión gestora «por desavenencias con la política local». Pero el hecho más característico de los conflictos que se sucedieron en Elda durante la implantación del franquismo ocurrió bajo su mandato cuando, en agosto de 1941, denunció ante el Gobierno Civil una campaña de difamación contra su persona y otras autoridades «*camaradas jóvenes de las Falanges combatientes que no entienden de caciquismos ni conocen los procedimientos rastreros (...) que intentan realizar por el único camino que nos marca el caudillo la revolución nacional*». Las difamaciones estaban hechas por «*autoridades caciquiles indignas, profesionales de la política, representantes de los intereses creados y del capitalismo judío*». Pese a la fraseología falangista, tan al gusto de la época, hay que tener en cuenta que el caciquismo, como sistema político, hacía tiempo que había sido sellado en España, por lo que se trataba de pura retórica para disfrazar un conflicto que, en realidad, respondía a una mera lucha por el poder.

Para Batllés el motivo de los ataques no presentaba duda, se producía «*con el*

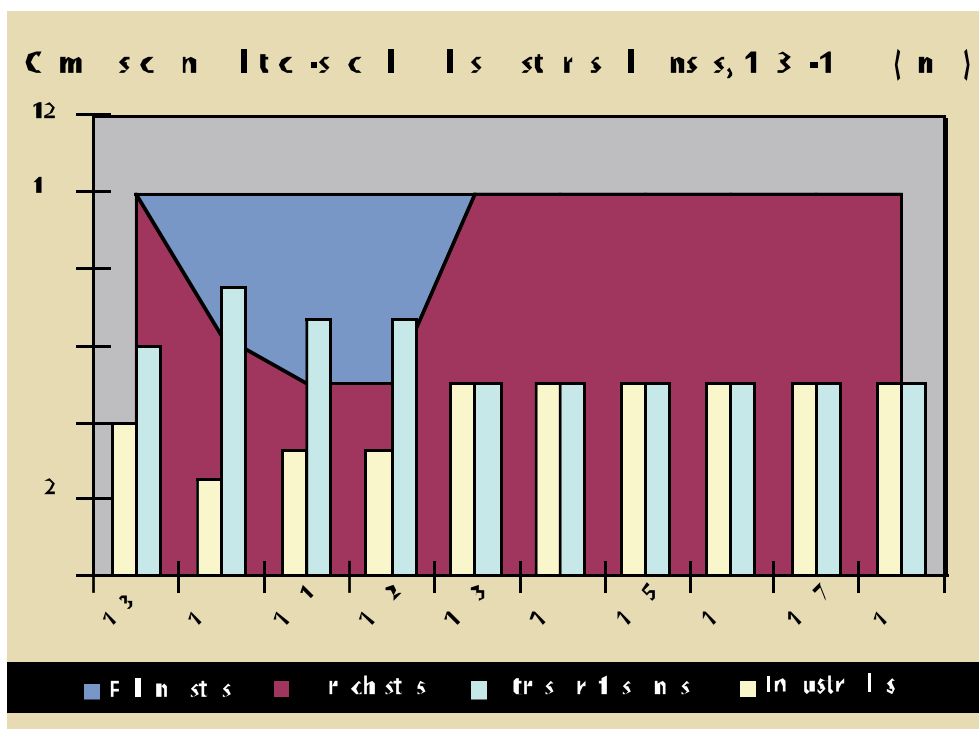
fin de socavar y desprestigiar el principio de autoridad para provocar un ambiente político desfavorable a las actuales autoridades y Jerarquías (...) para conseguir la destitución de las actuales Jerarquías y autoridades y poderlas sustituir por este grupo de derrotistas»³⁹.

Como consecuencia se produjo la detención y arresto en el retén municipal de hombres como Julio Beneit, importante industrial del calzado que, tras la caída de los falangistas en 1943, ocupará el cargo de primer teniente de alcalde, hasta 1951. Curiosamente de esta nueva comisión gestora formaron parte los dos gestores que la habían abandonado bajo el mandato de Batllés⁴⁰.

Más allá de la fraseología regeneracionista empleada por los falangistas, la verdadera naturaleza del conflicto fue la lucha por el control de la liquidación del SICEP, sociedad mercantil creada por la unión de varios empresarios y obreros durante la guerra civil, con el objetivo de suministrar capital y materias primas a las industrias del calzado que, en virtud de una denuncia presentada por la jefatura local, había sido incautada a favor del Estado por dictamen del Tribunal de Responsabilidades Políticas, «*independientemente de la acción que se sigue a través de la Delegación Sindical para que esta pase a ser propiedad de la CNS, cortando de este modo los propósitos de estos elementos caciquiles que pretenden hacerla pasar como una entidad particular sin responsabilidades políticas, falseando su verdadera significación*»⁴¹.

Tras ser depositados en el retén municipal los arrestados fueron conducidos a Alicante, donde pasaron a disposición del gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, que los liberó a los pocos días. Batllés relató los hechos a la comisión gestora, que por unanimidad acordó «*manifestar al Sr. Alcalde su absoluta adhesión y conformidad por lo realizado no sólo aprobándole su gestión sino felicitándole por ella y condenando las actividades de los arrestados*»⁴².

Como se ha dicho más arriba, la llegada de José María Paternina al Secretariado del Gobierno Civil a fines de 1942 significó un duro golpe para los falangistas de toda la provincia. En los primeros meses de su actuación realizó una labor de depuración dentro del partido encaminada a anular políticamente a los elementos más combativos y molestos, entre los que estaba José María Batllés. Tan sólo dos meses después de su llegada,



desde el Gobierno Civil se renovaba completamente la comisión gestora de Elda, que quedó formada por un personal político procedente en su totalidad de la derecha tradicional, encabezado por José Martínez González y que, socialmente, tuvo en los empresarios el grupo más influyente con diferencia, tanto cuantitativa como cualitativamente, constituyendo un 50% del personal político, entre los que destacan los cargos de alcalde y tenientes de alcalde.

Hay que tener en cuenta que la entrada de Batllés y su gestora en la política eldense había supuesto la llegada de un personal político totalmente nuevo, que chocó con la derecha tradicional de la localidad. Socialmente fue la gestora en la que los industriales del calzado tuvieron menos influencia. Por ello, la alcaldía de Batllés tuvo choques con ese sector desde el principio y la consecuencia, como se ha visto, fue la sustitución de su gestora por otra comandada por los principales empresarios: Martínez González, Julio Beneit, Porta Rausa, Pedro Bellod, la mayoría procedentes de la DRA⁴³.

La figura de José Martínez González ilustra el personal político por el que el régimen optó finalmente y los nexos que existieron entre el poder político y el mundo económico. Procedente de las filas de la DRA fue nombrado alcalde en

1943 y ratificado por el gobernador civil en las elecciones de 1948, fue procurador en Cortes en representación de los ayuntamientos de la provincia entre 1946 y 1952, cuando pasó a formar parte de la Comisión de Gobierno de la Diputación Provincial de Alicante. Como reconocimiento se le concedió la Medalla de Oro de la Orden de Cisneros en 1949. Se encargó también, desde el principio, de la Delegación de Auxilio Social de Elda, cargo que compaginó con una activa labor en el sindicato de la Piel. Su ascenso económico fue tan fulgurante como su carrera política: al finalizar la guerra se convirtió en presidente de la reciente transformada sociedad anónima Rodolfo Guarinos, una de las fábricas más importantes del sector en la provincia, cuyo capital desembolsado en 1939 ascendía a 3.000.000 de pesetas. Además formó parte del consejo asesor del Banco de Elda, entidad de la que había sido presidente Ángel Vera Coronel, detenido y posteriormente asesinado por los golpistas cuando, como gobernador civil de Zaragoza, supuestamente era trasladado a la prisión de Tarazona junto a otros presos, lugar al que nunca llegaron porque «se les hubo de ejecutar al intentar escapar»⁴⁴.

Las elecciones de 1948 no produjeron cambios cualitativos, simplemente ratificaron en sus cargos al alcalde y sus

José Martínez González, alcalde de la ciudad desde 1943 hasta su muerte en accidente en 1956.



hombres de confianza, permaneciendo cinco gestores de la anterior corporación⁴⁵. No es hasta 1955 cuando se produce en Elda el relevo generacional. Sin embargo a partir de las elecciones de 1948, junto al grupo comandado por Martínez González comienza a vislumbrarse algo que será una constante del periodo posterior. Se trata de la llegada a los cargos de una serie de concejales que en los informes personales internos de FET están conceptuados como «apolíticos», nada más y nada menos que ocho de los quince concejales que componían el Ayuntamiento⁴⁶. Este hecho da cuenta del funcionamiento de los canales de participación (a)política que abrió el franquismo, que fueron permitiendo la entrada a una serie de apoyos sociales que se caracterizaban precisamente por su pragmatismo y apoliticismo, factores que potenció un régimen que basaba su «consenso» en la defensa de unos intereses que supo salvaguardar y que en el ámbito local se estructuraron a partir de la ocupación de cargos de responsabilidad institucional, fundamentalmente ayuntamiento y sindicato, donde se tomaban decisiones que en ocasiones afectaban directamente a la actividad industrial.

Conclusiones

Podemos concluir que el personal político sobre el que finalmente se apoyó el franquismo para desarrollar su po-

lítica a escala local fue aquel que, respondiendo a unas características de sumisión y plena fidelidad, parecía más apropiado para actuar como mediador entre el régimen y la sociedad. Si a los primeros años de confusión correspondió la selección de un personal viciado por las prisas en encontrar fieles cara a la implantación del régimen, creándose una base política sustentada ideológicamente en la victoria en la Guerra Civil, una vez pasados los primeros años de inestabilidad se vio la verdadera naturaleza restauracionista del franquismo.

Por otra parte, el *Nuevo Estado* fue consciente de que la violencia era un medio para implantarse, pero debía ir acompañada de un modelo de sociedad. Este modelo se basó en la división entre vencedores y vencidos, o, lo que es lo mismo, en la inclusión de unos y la exclusión de otros. Éstos últimos debieron soportar unas condiciones de vida durísimas y fueron acallados mediante un sistema de intimidación sostenido, creado por el enorme aparato represivo puesto en funcionamiento para acabar con cualquier posibilidad de oposición o disenso activo. La desaparición de sus principales referentes, la desmoralización, el miedo y la realidad de una larga posguerra de carestía les hizo retraerse y centrar todas sus esperanzas sencillamente en sobrevivir. Para los primeros, el régimen no dudó en beneficiar a sus principales apoyos, haciéndoles partícipes de los beneficios de la victoria militar por medio de una serie de premios y privilegios. En primer lugar, devolvió a los empresarios, principales apoyos sociales del régimen en la localidad, las propiedades que habían sido incautadas y socializadas durante la Guerra Civil, además de una legislación que permitió la explotación obrera a unos niveles inimaginables. Al mismo tiempo, en una situación de escasez que alcanzaba a muchos más de los que podían considerarse como vencidos, premió a una serie de apoyos potenciales, como excautivos, excombatientes y familiares de caídos, permitiéndoles que se beneficiaran de una legislación laboral basada en el privilegio y estableciendo una clara discriminación con respecto al acceso de puestos de trabajo público. De esta forma, ayuntamientos y toda clase de organismos públicos se llenaron de personas cuyas cualidades eran los méritos adquiridos en la Guerra Civil y su fide-

lidad al régimen. Por otra parte, devolvió a la Iglesia su tradicional capacidad de influencia sobre el medio social y el control moral, permitiéndole participar en un entramado de poder que, a escala municipal, reflejaba la plena comunión que se dio entre las autoridades políticas, económicas y religiosas de la localidad.

Pero, además, el concepto de apoyo social hay que ponerlo en relación a la articulación que se produce entre las instituciones y el personal político que se implicaría en la consolidación de un Estado al que percibían como defensor de sus intereses. Esta implicación se va a estructurar con a la formación de una red de intereses a partir del encuentro de políticos y empresarios –o políticos-empresarios– en las principales instituciones locales: ayuntamiento y sindicato, cuyo control era clave en un sistema de economía autárquica e intervencionista que permitía la corrupción y la impulsaba⁴⁷.

De esta forma, el régimen buscó entre sus apoyos sociales a los grupos influyentes de la localidad, abriendo mecanismos de participación a través de la filiación en el *Partido Único* para que, como consecuencia de la búsqueda de su propio beneficio, ayudaran a consolidar la dictadura con su apoyo y con la extensión de sus redes, integrando a otros participantes de círculos afines.

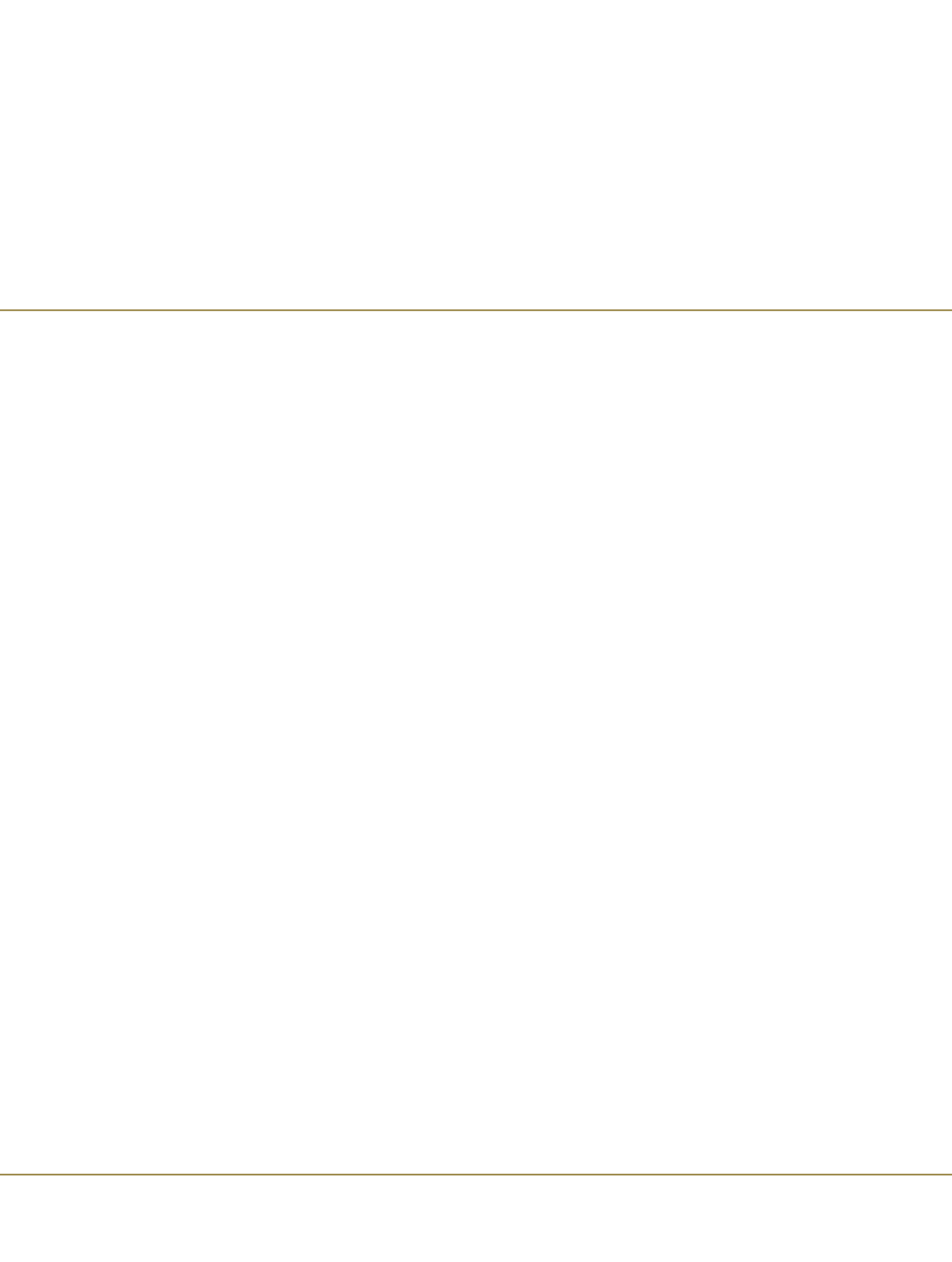
El ejemplo lo tenemos en hombres como José Martínez González, con cargos en la política local, nacional y provincial, además de su influencia en el sindicato de la Piel; o Porta Rausa, quien a su cargo de teniente de alcalde del Ayuntamiento de Elda, unió el de Jefe de Fabricantes de Calzado de Señora del Sindicato Nacional de la Piel; o Julio Beneit, también teniente de alcalde, Jefe del Sindicato Local de la Madera y Jefe de fabricación de hormas y tacones, adherido al ramo del calzado del Sindicato Nacional de la Piel. Se iba formando ya, a mediados de los años cuarenta, esa red de intereses que a partir de las elecciones por tercios se regularizará por medio del control del sindicato y de los gestores nombrados por el gobernador⁴⁸.

Quienes finalmente se hicieron cargo de desarrollar la política local fueron los sectores sociales que tradicionalmente habían detentado estos puestos, sectores procedentes de la derecha política y entre los que no podía estar un grupo nuevo y con escaso arraigo en la

provincia, como era la Falange. La experiencia falangista llegó a convertirse en algo incómodo, dada la combatividad que Batllés presentó ante las «fuerzas vivas» de la localidad, sinónimo de inestabilidad, por lo que fue relegado y definitivamente marginado desde el Gobierno Civil. Por su parte, Martínez González siempre renunció a ejercer el cargo de Jefe Local de FET y de las JONS, cargo ofrecido por el gobernador civil y que, a la altura de 1949, recayó en Manuel Esteve Puche, proveniente de las filas de la DRA. Esta marginación de Falange fue general en otras localidades de la provincia, o incluso de la comarca, como Monóvar o Novelda. Los falangistas sólo estuvieron donde no causaron problemas o, lo que es lo mismo, allí donde no crearon un núcleo de oposición a la derecha tradicional, como en la vecina población de Petrer, donde el alcalde y jefe local hasta mediados los años sesenta, además de ser «camisa vieja» había desempeñado cargos de responsabilidad municipal en la dictadura de Primo de Rivera, mérito al que sumaba su historial de excautivo, perseguido y expropiado, además de contar con el apoyo de los principales industriales de la localidad⁴⁹.

Lo que nos muestra la depuración de FET y de las JONS es el camino hacia la homogeneización ideológica, hacia la selección de un personal político genéricamente franquista, aquel que se define por su inquebrantable adhesión al impreciso término de «Movimiento» y por su docilidad política ante el régimen. Sirva como ejemplo clarificador de este nivel de despolitización que se alcanzó entre el personal político de Elda que en sesión celebrada el 6 de junio de 1956, ante la posibilidad planteada entre las autoridades de asistir a los actos oficiales de uniforme del *Movimiento* o de etiqueta, la corporación acordó por unanimidad hacerlo con la medalla del municipio y traje negro⁵⁰.

Por tanto, el *Nuevo Estado* optó finalmente por un grupo social caracterizado por su buena posición, personas con influencia en la localidad que eran las que mejor servían de intermediarios entre el régimen y la sociedad, y entre quienes más fácilmente, por los negocios a los que se dedicaban, se iban a desarrollar las redes de intereses que servirían para ir incorporando apoyos al franquismo, permitiendo su desarrollo y consolidación.



La política eldense durante el desarrollismo (1956-1975)

26

JOSÉ RAMÓN VALERO ESCANDELL

Universidad de Alicante

A mediados de los años cincuenta comienzan a abrirse tímidamente algunas puertas al régimen franquista, al amparo de los intereses estadounidenses de la época de la guerra fría, que ya valoran al dictador como un aliado fiel en la lucha anticomunista y soslayan todo aquello que lo relacionaba inequívocamente con el nazismo y el fascismo. Para adaptarse a las nuevas circunstancias el franquismo fue moderando sus características más violentas y represoras, para transformarse lentamente en una dictadura militar de corte clásico, que se amoldaba a las circunstancias y a los cambios económicos y fijaba en el poder personal del *Caudillo*— en esto siempre se mantuvo la equivalencia con *Führer* y *Duce*— el nexo de unión de las distintas corrientes integradas en el sistema. A partir de los años sesenta, el llamado desarrollismo trata de conjugar crecimiento económico con inmovilismo político y control social y cultural. En algunos años de este periodo, Elda se convierte en un auténtico ejemplo de los logros económicos del Régimen; así, la inauguración del pabellón ferial en 1964 lucirá enormes murales relativos a los *25 años de paz*, utilizando una iniciativa absolutamente endógena como propaganda política de una dictadura que, en realidad, sólo perjudicaba las posibilidades expansivas de la industria eldense.

En estos años, los ayuntamientos— como venía ocurriendo en Elda desde 1939— siguieron siendo un mero apéndice del poder central, sin capacidad alguna de decisión propia, aplicados a ejecutar aquellas acciones políticas pro-

gramadas desde Madrid, con la esperanza de que los poderes superiores se dignen a conceder alguna infraestructura o servicio, tímidamente solicitados como si de un regalo se tratase. La legislación era uniforme para todos y el poder de decisión local era tan nulo que hasta el alcalde era designado por el ministro de Gobernación o el gobernador civil. Los pueblos más dinámicos del país, Elda entre ellos, trataban de compatibilizar estas limitaciones con diversas innovaciones que, en un marco de maniobra tan reducido, si progresaban era muchas veces a pesar del régimen que padecían. Hasta tal punto carecía Elda de autonomía política para regirse que, a la muerte del alcalde José Martínez González en enero de 1956, se tarda tres meses en nombrar como alcalde a Joaquín Campos, un director de escuela destinado en la ciudad, que dos años después cesará en el cargo tras conseguir el traslado a

FICIA en 1964, con los murales conmemorativos de los 25 años del triunfo del Régimen (Museo del Calzado de Elda).



una nueva plaza; por ello, Pedro Gras hubo de asumir la alcaldía de forma accidental durante medio año hasta que la autoridad superior se dignó nombrar en marzo de 1959 a un nuevo alcalde, Antonio Porta, que duraría en el cargo hasta 1976, fallecido ya el dictador. Por eso, a la segunda fase del franquismo en Elda, la del desarrollismo que la ciudad vivió como un periodo de intensa transformación, lleno de luces y de sombras, podemos denominarla Época de Porta.

Antonio Porta había nacido en el seno de una conocida familia burguesa eldense; su padre era un importante industrial zapatero, cuya empresa creció al amparo de las posibilidades que brindó la Gran Guerra Europea. El joven Porta entró a formar parte de la corporación al ser elegido concejal por el tercio familiar en noviembre de 1954, casi al mismo tiempo que Joaquín Campos era elegido por las entidades del Régimen. En la corporación presidida por Campos, Porta comprobó cómo se diluía el poder de los viejos falangistas: el traje del Movimiento deja de ser oficial del Ayuntamiento y el alcalde asume también la presidencia del Consejo Local, controlando su funcionamiento y reduciéndolo a un simple órgano consultivo, figurativo y dócil. También Antonio Porta asumió ambos cargos, centrándose de forma casi absoluta en la alcaldía de una ciudad que exigía una atención permanente, aun-

que sin descuidar el control político de una entidad que a partir de 1960 carece de competencia real alguna y sólo podía interferir como grupo de presión en la gestión local. Durante casi todo su periodo de gobierno, Porta desempeñó también el cargo de diputado provincial, primero por el partido judicial de Monóvar en 1964 (desde el que precisamente se opuso en 1965 a que la Diputación protestase por las variaciones en la organización judicial provincial) y posteriormente como representante del de Elda (que asumió los antiguos de Monóvar y Novelda), llegando a ser elegido vicepresidente de la entidad en 1971. Siempre en función del desempeño de la alcaldía eldense, asumió otros varios cargos, casi todos menores, salvo la presidencia de FICIA. Pocos días después de la muerte de Franco, cuando los concejales de la mayoría de corporaciones franquistas españolas se disponían a elegir por primera vez a sus alcaldes, Porta renunció a presentarse a la reelección y se retiró de la política activa.

Junto a Antonio Porta, el otro gran político eldense –aunque nacido en Monóvar– de la época es Roque Calpena. Si Antonio Porta es un ejemplo de fidelidad al franquismo, aunque sin excesiva ostentación ideológica, Calpena representa nítidamente la transformación vivida por tantos políticos franquistas: de un falangismo radical en la posguerra, pasó a ser el ejemplo paradigmáti-



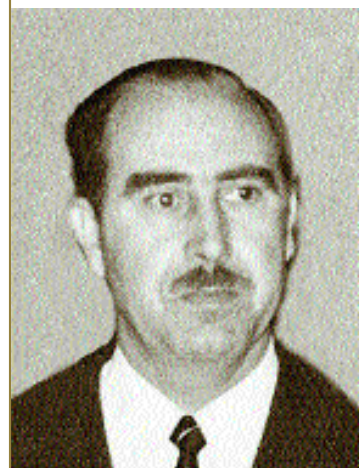
Claustro de profesores del Colegio Padre Manjón, con el alcalde Joaquín Campos como director (Archivo EMIDES).

co de los tecnócratas en la política eldense y concluyó su carrera como senador democrático en la transición política, defendiendo la actual Constitución y el Estatuto valenciano desde las filas de la UCD. Es esencial en su carrera el hecho de desempeñar el cargo de concejal de Fiestas cuando se celebra la primera exposición de calzado de 1959, poco más que un simple concurso, un acto más de las fiestas septembrinas, que alcanzó un éxito excepcional, aglutinando todas las iniciativas que la industria eldense había ido desarrollando desde mediados de los cincuenta. Si bien la idea original no fue suya (por ejemplo, ya Óscar Santos escribía sobre ello en diciembre de 1956 y Carola González en mayo de 1957, ambos en *Valle de Elda*), Calpena supo encauzarla, desarrollarla y potenciarla de forma excepcional: en un periodo de tiempo sorprendentemente corto convierte la feria en internacional y la dota de un magnífico edificio propio. A finales de 1963 abandona la concejalía y se concentra en la dirección real de la institución ferial, aunque al poco tiempo asume también la Delegación Comarcal de Sindicatos (posiblemente, para mejor vigilar los intentos del poder sindical central tendentes a controlar FICIA, o al menos a participar significativamente en su organización) y en 1966 regresa a la corporación, como concejal más votado por el tercio familiar. Hasta la muerte de Franco, Calpena desarrolló FICIA, la convirtió en una de las mayores ferias monográficas de España y supo capear con notable éxito todas las amenazas que ya entonces comenzaba a afrontar el certamen, algunas –tal vez las más peligrosas– surgidas en la propia Elda.

Junto a ellos, el resto de los integrantes de las corporaciones de la época se dedicaron a gestionar el día a día de la ciudad con mayor o menor eficacia, sin que importara demasiado puesto que, como se ha dicho, se carecía de cualquier competencia real sobre los aspectos significativos de la vida ciudadana. Los concejales, de acuerdo con las leyes franquistas, eran elegidos, a tercios, por los cabezas de familia, por el sindicalismo vertical y por las instituciones del Régimen, que podía impedir legalmente la presentación de cualquier candidato que no considerase conveniente. Por ello, no debe extrañarnos el escaso arraigo popular de estas elec-

ciones: en las del tercio familiar de 1966 (las que ganó Calpena) votó el 33% del censo; en las de 1970 (las que llevaron al Ayuntamiento a dos futuros alcaldes, Camilo Valor y Francisco Sogorb), sólo el 20,4%; en las de 1973, en la que se movilizaron algunas instituciones locales, el 46,5%. En general, el tercio sindical siempre aportaba a la corporación empresarios o algún burócrata de las instituciones del sistema. Desaparecidos ya los violentos ímpetus falangistas de la posguerra inicial, la corporación local fue perdiendo perfil político de manera nítida hasta el punto de que, por el tercio familiar, Gómez-Rivas triunfó en 1960 (con sólo 1.871 votos pero doblando holgadamente al segundo) con lemas tan profundos como «*En USA Kennedy, en Elda Gómez Rivas*» y en 1973 el grupo que mejor preparó las elecciones (con éxito para sus candidatos) no estaba vinculado a ninguna ideología política sino al Centro Excursionista Eldense. Desde 1970, aunque no existe posibilidad alguna de participación para opciones políticas de corte democrático, ya comienzan a formar parte de la corporación a título personal gentes que desempeñarán papeles significativos en la época democrática, en opciones moderadamente escoradas a derecha o izquierda, como Camilo Valor, Francisco Sogorb o Juan Verdú; por esos años, casi todos los candidatos de perfil más nítidamente falangista fracasan en su intento de volver a ser concejal. Posiblemente, lo más significativo de aquellas corporaciones –aunque ellos no daban importancia al hecho– es que ninguna mujer formase parte de ellas.

La corporación, sabedora de que carecía de capacidad de decisión sobre las cuestiones esenciales de la política local, tampoco se preocupaba mucho de acentuar cualquier tipo de perfil político, limitándose a acatar el sistema, a celebrar la fiesta nacional del 18 de Julio con actos rituales (misa, vino de honor...) y alguna inauguración de infraestructuras, y poco más. Sólo en algunos momentos, cumpliendo directrices emanadas de la superioridad, se ponía el acento en remarcar los logros del régimen o la sumisión al mismo: así, con la celebración de los 25 años de Paz en 1964 (recuérdense los grandes murales en la inauguración del edificio de la FICIA, por ejemplo) y la posterior gala de estreno de la película «Franco, ese hom-



Antonio Porta Vera, alcalde de Elda desde 1959 hasta 1976 (Archivo EMIDESIA).



Roque Calpena, concejal,
director de FICIA y senador de
UCD.

bre», el 21 de enero de 1965 en el Rex, con colgaduras, banderas y escudos; también cuando el referéndum del 14 de diciembre de 1966 para aprobar la Ley Orgánica del Estado, el Régimen, actuando con prácticas coercitivas, silencio obligado de toda oposición y carencia de cualquier garantía democrática (ni la presencia de interventores que comprobasen la veracidad del resultado) consiguió que el número de votantes en Elda superase al del censo electoral (por ejemplo, permitiendo el voto de más de tres mil *transeúntes* y no censados) y que más del 98% votase sí.

Las fuerzas políticas

En Elda, como en todo el Estado, el franquismo de estos años siguió siendo un régimen dictatorial de partido único (el conglomerado ultraderechista Falange Española de las JONS, reconvertida oficialmente en Movimiento Nacional), pero en él es fácil distinguir distintas orientaciones políticas y centros de poder, cuyos miembros pudieron ejercer en exclusiva la gestión política del sistema y exponer su ideología, siempre y cuando mantuviesen la sumisión (adhesión inquebrantable, si se quiere) a los dictados del *Caudillo*.

El Consejo Local del Movimiento contaba con representantes de un conjunto de variopintas instituciones falangistas y similares, como los delegados de la Central Nacional Sindicalista, el Frente de Juventudes, los Excombatientes, los Excautivos, Auxilio Social, el Servicio Español del Magisterio, la Guardia de Franco y la Sección Femenina, que solía aportar la única mujer del Consejo. A ellos se unían representantes del Ayuntamiento, de los sindicatos y de las familias, que se reunían una vez al mes para tratar diversos temas, locales o no, teniendo únicamente carácter consultivo. Acostumbraba celebrar actos conmemorativos en fechas señaladas como la proclamación de Franco como jefe del ejército rebelde durante la Guerra Civil o, especialmente, la de la muerte de José Antonio Primo de Rivera –fundador de Falange–, con misa, ofrenda de flores en la Cruz de los Caídos y poco más, casi siempre de carácter interno y sin ninguna repercusión externa. Sus diferentes secciones se ocupaban de mantener el control de la sociedad por parte de los falangistas; así, el control de

niños y jóvenes varones se seguía ejerciendo a través del Frente de Juventudes, reconvertido en la OJE, que controlaba las clases de Política y de Educación física en las escuelas y organizaba actos deportivos y campamentos veraniegos, todo ello con una marcada orientación paramilitar (escuadras, uniformes, estandartes...); del control social e ideológico de la mujer se encargaba a la Sección Femenina del partido, que en lo educativo era el complemento de la OJE, aunque también controlaba el sucedáneo femenino del servicio militar, el Servicio Social Obligatorio para las chicas. La fiscalización del magisterio, ejercido por el SEM, fue perdiendo fuerza y, poco a poco, tanto la Junta Municipal de Enseñanza como los actos del Día del Maestro pasaron a ser gestionados por el Ayuntamiento. Aunque el Consejo Local dirigía el funcionamiento del partido único en Elda, en la segunda mitad de los años sesenta ya se celebraron distintos actos de grupos concretos, integrados en el Régimen y consentidos por éste, que trataban de diferenciarse políticamente; así, en Elda celebraron actos públicos tanto los tradicionalistas del Círculo Adolfo Claravana (que trajo a María Teresa de Borbón Parma y organizó peregrinaciones carlistas a Montejurra) como los falangistas doctrinarios afines a Cantarero del Castillo o Diego Márquez, en los que realizaban diversas críticas teóricas al sistema que les mantenía.

La Iglesia católica seguía siendo el gran aliado del Régimen a través del llamado nacionalcatolicismo, mediante el cual una obtenía un trato absolutamente privilegiado como religión oficial del Estado y el otro conseguía la legitimación práctica que le permitía conseguir el apoyo o la conformidad de una amplia base social. En muchos actos públicos costaba distinguir los aspectos litúrgicos de una confesión y los políticos de un régimen dictatorial. Amparándose en el apoyo oficial, el catolicismo local –que sólo disponía antes de la Guerra Civil del templo arrasado en 1936– contaba ya con cuatro nuevas parroquias en 1968, tras la inauguración de San Francisco de Sales. Los sectores clericales tradicionales siguieron torpedeando el derecho al culto de los escasos protestantes locales y considerando simple anécdota la voladura de la cabeza de la mahoma durante las fies-

tas de moros, o considerándose jueces y garantes de la moral pública a todos los niveles; sin embargo, poco a poco se produjeron algunos cambios, como el derribo de la tapia que separaba las tumbas de los no católicos en el cementerio municipal, tras la libertad de cultos permitida en 1968.

A principios de los años sesenta todavía se mantiene el catolicismo victorioso de las santas misiones, de las jornadas marianas como la que en junio de 1961 reunía a millares de personas al paso por Elda de la *maredeueta* valenciana, o de las confirmaciones masivas del obispo Barrachina con posteriores charlas en algún cine local. A finales del franquismo, siguiendo las directrices renovadoras del Concilio Vaticano II, la Iglesia fue adoptando nuevas formas de presencia social y atenuando su vinculación con la dictadura. Así, su actuación en el campo educativo, aunque llegaba a todas las escuelas, se centró especialmente en los sectores sociales acomodados, a través de centros como el de las carmelitas y especialmente la Sagrada Familia, que desde 1966 pasa a ser dirigida por los jesuitas; otras formas de presencia eficaz se ejercían a través de alguna sala de cine, de la antigua Radio Elda (sita en la Inmaculada) o del Cine-fórum Pracix, un auténtico espacio para la convivencia. En una ciudad eminentemente fabril, las nuevas parroquias se ubicaron en barriadas y surgieron grupos cristianos obreros muy activos, como la HOAC, más soportados que bien vistos por la jerarquía eclesiástica y por el catolicismo tradicional y bienpensante; finalmente, se trató de abrir un cauce de acercamiento hacia los grupos más marginados, como los gitanos, con la creación de un centro educativo de Caritas en La Tafalera, que pronto consiguió la evangelización de algunas familias.

El nacionalcatolicismo local siguió representado hasta su muerte en 1966 por don José María Amat, cuyas bodas de plata como sacerdote se convirtieron en todo un acontecimiento social, con bendición papal y besamanos masivo incluidos; el cura Amat, claro exponente de la Iglesia vencedora, omnipresente protagonista en todas las inauguraciones oficiales, no llegó a ver al nuevo templo de Santa Ana, cuya reconstrucción dirigió con firmeza, convertido en sede del arciprestazgo de

Elda, logrado en la nochevieja de 1968. Sin embargo, Amat Martínez fue sólo el ejemplo paradigmático entre otros muchos sacerdotes locales claramente alineados con el poder, a veces de forma más radical o servil: Tomas Rocamora, por ejemplo, en 1964 en un poema en *Valle* afirma que «*Caudillo que con su espada / forjó a la España nueva / (...) / País con más libertad / no existe en toda la tierra...*». El otro extremo, el de los sacerdotes abiertos a las transformaciones del concilio, podría estar perfectamente representado por Francisco Coello, que en 1964 es nombrado ecónomo de la parroquia de San Francisco de Sales, todavía en un local provisional del mercado del barrio; desde el primer momento convirtió a su parroquia en un referente del compromiso con los más débiles, el respeto a los derechos humanos y las ideas democráticas. La homilía en el funeral de Teófilo del Valle, joven muerto por disparos de la policía en febrero de 1976, en las primeras semanas de la transición política, será el momento históricamente más significativo de su paso por aquella parroquia.

La organización sindical franquista continuó con su función durante estos años, justificándola con un idílico discurso que pretendía armonizar los intereses de todos los agentes sociales como miembros de una entidad común superior. Es cierto que, en esos años, como afirma Calpena en 1965, «*carecen de autoridad*», dentro de la estructura del Estado, pero su misión es algo más que «*provocar reuniones, celebrar consultas...*»: se trata de controlar en favor del Régimen todas las actividades econó-

El Pizarro de balonmano, en la Pista Paz. En su origen, pertenecía al Frente de Juventudes de Falange (Archivo EMIDESA).



Una visita del obispo a Elda en 1961 (Archivo EMIDESAS).



micas, de fiscalizar la acción empresarial y de reprimir cualquier intento de organización autónoma de los trabajadores. En los años sesenta, ya no tratan de recuperar el modelo de funcionamiento gremial supuestamente basado en organizaciones medievales, que en el caso de Elda supuso el fomento del culto a los *santos zapateros* Crispín y Crispiniano, tan decaído a la altura de 1970 que la concejalía de Aguas debía encargarse de organizar la fiesta, tal vez porque la ermita lindaba con el depósito. En la práctica, los sindicatos participaban en la corporación a través del tercio sindical, aunque también hubo gente fuertemente vinculadas a ellos que accedió por el tercio de entidades y aún por el familiar, se predicaba la defensa de los intereses de todas las clases, pero los concejales sindicales fueron casi exclusivamente empresarios y, pese a su escasísimo número, los funcionarios del vertica-

lismo que llegaron a concejal fueron muchos más que los obreros del calzado.

El día a día de los sindicatos siguió controlado por el Delegado Comarcal –un funcionario del régimen no elegido por los afiliados sino nombrado desde Madrid, que lo cambiaba con excesiva frecuencia– y los burócratas a su cargo. El Delegado Local era elegido teóricamente por representantes obreros y patronales, y siempre fue un patrono, aunque en 1967 los delegados obreros presentaron un candidato propio al que votaron todos ellos. La organización fomentó algunas iniciativas como la creación en 1961 del Instituto de Estudios Sociales (embrión de la actual Escuela de Relaciones Laborales), la integración de la antigua Comunidad de Regantes de la Huerta de Elda en su estructura o la construcción de un centro sindical de Formación Profesional en La Torreta.

La autonomía de funcionamiento era nula, lo que hizo que hasta los empresarios zapateros trataran de potenciar desde 1965 una organización propia, la Federación de Fabricantes, que sólo consiguió ser aprobada –como Agrupación Sindical, es decir, remarcando su dependencia– a finales de 1970, con ámbito supracomarcal, aunque con predominio del empresariado eldense y escasísima presencia de ilicitanos. Pese a ser impulsada inicialmente por Roque Calpena en el breve tiempo que dirigió la CNS, la patronal del calzado pronto comenzó a polemizar con los órganos directivos de FICIA: tras la crisis de 1973, el enfrentamiento soterrado era ya tan fuerte que la organización ferial impulsó un periódico –el *Nuevo Ciudad*–, desde el que difundir sus tesis y enfrentarse a la dirección na-



Antigua sede de la CNS, el sindicato vertical franquista; hoy alberga la sede de CCOO y de CNT, esta última antigua dueña del solar (Archivo EMIDESAS).

cional del Sindicato de la Piel y a la Agrupación eldense. En realidad, el sindicalismo franquista trató siempre de controlar una feria que, surgida como una modesta iniciativa local, alcanzó tal entidad que llegó a constituirse en un símbolo económico, al que no podía permitir funcionar libremente; a su vez, los gestores feriales trataron de imponer sus condiciones a quien quisiese participar en los certámenes, lo que generaba malestar en muchos empresarios. Las presiones externas, los intereses que buscaban deslocalizar FICIA vieron facilitada su labor por la división de los propios dirigentes zapateros eldenses.

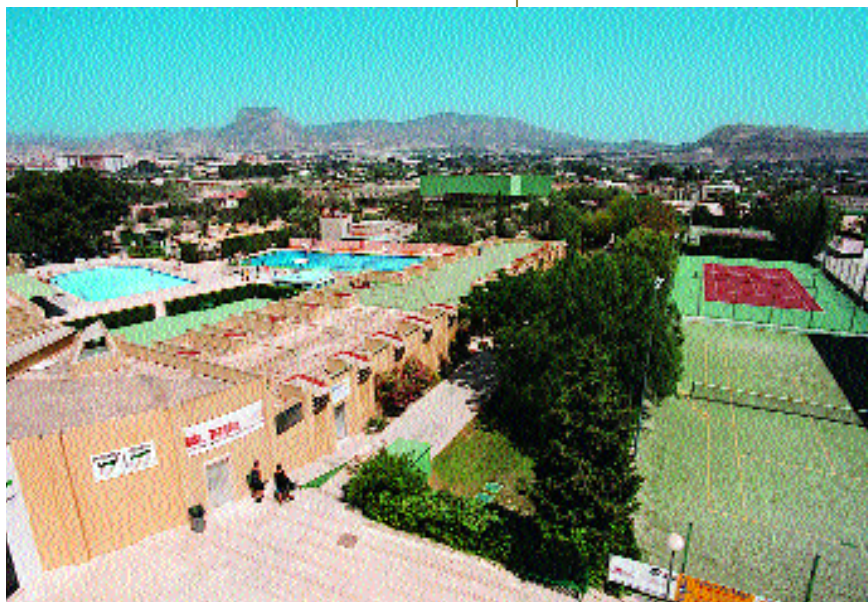
Los obreros siempre supieron que los sindicatos franquistas sólo eran una manera de controlar sus movimientos y reivindicaciones. Los ejemplos podrían ser todo lo numerosos que se quiera: la mesa electoral en la elección de delegados en 1960 fue presidida por el jefe de cada empresa; el cargo de Jefe Local o el nombramiento de concejal estaban poco menos que vetados para ellos; los convenios solían decidirse a espaldas de la práctica totalidad de obreros... En torno a 1966, sindicalistas obreros representativos trataron de integrarse en el verticalismo, en un intento democratizador que no obtuvo éxito; así, algunos miembros del futuro Movimiento Asambleario, como José Leal o Fernando Cabrera ocupan cargos de responsabilidad o forman parte de la comisión negociadora del convenio; en 1967, Vicente Belmonte es candidato a Delegado Local, empatando a votos con el candidato patronal; el 1 de mayo de 1968 decenas de obreros inician un conato de manifestación, que acabó con la detención de varios de ellos y el encarcelamiento de Sánchez Barragán. Al final de franquismo, centenares de obreros participaban en discusiones y actos sobre la situación laboral y general, de forma más o menos organizada, más o menos activa; pero lo hacían al margen de una organización sindical anquilosada e inoperante, cuya desaparición solía pedirse al final de cada protesta.

Algunas otras entidades o grupos, de naturaleza no política, también mantuvieron una presencia activa en la vida local. Entre todos ellos destaca en estos años el Centro Excursionista Eldense, constituido en 1956 y auténtico foco de actividades de todo tipo, no solo mon-

tañeras. Así, pronto contó con secciones tan variadas como arqueología o filatelia; en 1967 lanza su plan de construcción de una Ciudad Deportiva propia, sin parangón a escala provincial; en 1968 impulsó Amigos de la Música y en los setenta puso en marcha el Parque de Montaña de Rabosa. Desde el CEE, que se convirtió en la mayor entidad local de libre afiliación, con miles de asociados, se llegó a impulsar –aunque no oficialmente– una candidatura a las elecciones municipales de 1973, que mejoró la participación y obtuvo un notable éxito.

Los medios de comunicación, prácticamente inexistentes en la primera posguerra, alcanzaron una influencia creciente. En 1956 nace *Valle de Elda*, que aún continúa publicándose; no sólo supuso un medio de difusión de todo tipo de noticias locales sino que, desde sus orígenes, constituyó también un canal de expresión para diversas opiniones –en aquellos tiempos, casi siempre de carácter muy conservador–, siempre defensor de los intereses locales y trampolín de apoyo para distintas iniciativas, entre las que destaca especialmente la de organizar una exposición del calzado local, que acabó desembocando en la FICIA. Otras iniciativas informativas menores fueron el *Diario de la FICIA* –de carácter económico, sólo publicado los días del certamen– o *Nuevo Ciudad*, semanario de concepción moderna, que dio cabida en sus páginas a todo tipo de opiniones y temas, pero que sólo se publicó en 1974. Los diarios de

Ciudad deportiva del Centro Excursionista Eldense (Archivo EMIDESAS).



ámbito provincial o regional fueron ampliando las informaciones relativas a la ciudad, especialmente *La Verdad*, de la Editorial Católica, que publicaba varias páginas sobre Elda y tenía aquí redacción propia desde mediados de los sesenta, lo que lo convirtió en el diario más leído de la ciudad durante muchos años, muy por delante de *Información*, que en aquellos años era el portavoz del Movimiento en la provincia.

En 1956 surgieron los primeros intentos de radio local, en un primer momento vinculados al Frente de Juventudes, el *Radio Estudio* de corta y desordenada existencia; en 1959, en locales de la parroquia de la Inmaculada comenzó a emitir *Radio Elda*, con notable éxito hasta que en julio de 1965 fue clausurada, cuando el régimen reordenó la radiodifusión nacional. Ajenas al ámbito local, las emisiones de televisión, que en Elda se recibieron de forma experimental a partir de 1962, contribuyeron a cambiar los comportamientos sociales, en un doble sentido: por un lado, como instrumento del poder político, difundiendo su ideología y fomentando la distracción masiva y acrítica; por otro, mostrando nuevos usos y costumbres, desde la vestimenta o la música a las imágenes de sociedades capitalistas más desarrolladas, que transformaron los hábitos tradicionales.



Edificio San Cristóbal, una muestra del colosalismo constructivo de la Elda desarrollista (Foto del autor).

Una época de luces y de sombras

Entre todos los logros de la época, seguramente fue la Feria Internacional del Calzado e Industrias Afines (FICIA) el más dinámico e innovador, el que más contribuyó a dotar a la ciudad de una imagen exterior moderna y positiva. La Feria nació en las fiestas de septiembre de 1959 con escasas pretensiones: era una exposición del calzado local, organizada por la Comisión de Fiestas municipal en el colegio Padre Manjón, que premiaba a los mejores industriales y artesanos locales para contribuir a mejorar la calidad de sus productos. Sin embargo, el éxito fue de tal magnitud que en 1960 se convertía en feria nacional y en 1961 la Administración ya le concedía el rango de internacional. En 1962 el ministerio de Comercio concede una subvención para dotarla de una sede apropiada que, construida con una rapidez inusual, era inaugurada en septiembre de 1964.

El éxito de aquella primera exposición se enmarca en un contexto excepcionalmente favorable: ya en 1957 algunas opiniones defendían la necesidad de una feria comercial en Elda; en 1958 un grupo de exportadores acudió a la Semana del Cuero de París; en 1959 se funda la cooperativa «Elda Exportadora», casi al mismo tiempo que Mr. Feman, un asesor estadounidense del Ministerio de Comercio exalta las posibilidades exportadoras del sector; si se realizan algunas modificaciones; los fabricantes intentaban conseguir autorizaciones para adquirir maquinaria extranjera, que una Feria Internacional facilitaría muchísimo; las posibilidades de producción superaban la capacidad de compra del mercado nacional. Una vez tomada la iniciativa, el apoyo estatal no tardó en llegar para una de las escasas industrias que entonces parecía capaz de exportar y aportar divisas: se conceden todas las peticiones de ampliar el radio de acción de la Feria, el ministro Ullastres clausura el certamen de 1961 y las Juntas Nacionales del Calzado del Sindicato Nacional de la Piel (que no quería quedar al margen de un éxito ajeno) se celebraron en Elda en las mismas fechas. Posteriormente, numerosos ministros acudirían a inaugurar o clausurar un evento comercial que daba una imagen modernizadora del país.

En sus primeros años, la feria se convirtió en un acontecimiento social provincial, con decenas de miles de visitantes no profesionales, sobre todo en 1964; fue también un claro agente modernizador de una ciudad que aprendió a convivir con gentes de diversas procedencias y costumbres; abrió puertas que parecían imposibles (por ejemplo, en 1961 ya se exporta por valor de 50.000 dólares de los de entonces a la URSS). Con los años, se ampliaron los certámenes anuales (temporadas de verano e invierno, salón de conexas) y se crearon iniciativas complementarias, como la Agrupación de Exportadores en 1965 (luego CEPEX) o el INESCOP en 1971. En 1968 es admitida en la Unión de Ferias Internacionales. Entre 1969 y 1971 comenzaron los primeros problemas de entidad: solicitud de exposiciones menores en otras provincias, peticiones de deslocalización, roces y polémicas públicas con la Agrupación Sindical de Fabricantes, ausencias significativas de algunas empresas y de algunos ministros en cuanto se atravesaba un momento difícil. En 1974, cuando ya se sentían las consecuencias de la crisis del petróleo, algunas personas vinculadas a la institución, como Fernando Obrador, plantean la necesidad de construir en la periferia urbana de Elda un nuevo recinto más amplio y adaptado a las nuevas necesidades.

Los años sesenta son el momento en que Elda accede al rango de capital *de facto* del área del Alto Vinalopó; la ciudad, que ya en 1935 se había convertido en la más poblada de la comarca, comenzó a asumir funciones más allá de



La entonces calle del general Solchaga mostraba el deterioro imparable que sufría el casco antiguo desde hacía varias décadas (CEFIRE).

las estrictamente locales entre los años 1965 y 1969; la primera de todas ellas es su designación en noviembre de 1965 como capital del nuevo partido judicial creado a partir de los antiguos de Monóvar (que incluía también a Algueña, Monóvar, Pinoso, Petrer, Salinas y la propia Elda) y Novelda. Casi inmediatamente se iniciaron las gestiones para trasladar también el Registro de la propiedad y, en 1968, es designada capital de zona recaudatoria del Estado. En 1967, Elda-Petrer se convierte en una de los escasos núcleos urbanos provinciales que disponen de instituto de enseñanza media, en el primer logro conjunto de ambos municipios. A finales



Vista del pabellón del Festival de Ópera. 1973 (Revista *Fiestas Mayores*).

La noticia de la petición de fusión con Petrer, en las páginas de *La Verdad*.



de 1968 la diócesis de Orihuela decide crear un archiprestazgo en Elda.

Al margen de estos nombramientos oficiales son muchas las transformaciones que se realizan en la ciudad, reforzando la imagen de entorno claramente urbano que los altísimos edificios y la densificación creciente habían creado. Se inició el servicio de autobuses urbanos, ampliado a Petrer (incluso un autobús de dos pisos llega a enlazar ambos núcleos durante cierto tiempo); se trasladan, amplían y mejoran servicios como correos, teléfonos o ambulatorio; se multiplican los centros educativos, con nuevas escuelas públicas (Virgen de la Salud, Seráfico, Cisneros), modernos colegios privados (Sagrada Familia, Carmelitas), guardería pública, centros de enseñanza postobligatoria (Azorín, La Melva, Escuela de Graduados Sociales) y hasta un instituto de investigación del calzado, sin que pese a ello se alcancen las plazas escolares que la población creciente reclamaba, por lo que se mantuvieron tanto los niños sin escolarizar como las aulas en locales comerciales mal ventilados e iluminados o las viejas academias poco adaptadas a las nuevas necesidades. Se incrementan las instalaciones deportivas (Club de Campo, Ciudad Deportiva, Estadio Municipal y anexos...), los bancos en el centro de la ciudad (volvió el Hispano-Americano, desaparecido tras la Guerra Civil), las parroquias católicas –estratégicamente repartidas– y los primeros templos protestantes; nacen nuevos barrios planificados (como San Francisco de Sales) o crecidos como hongos de forma caó-

tica. En los años setenta se incrementan las actividades culturales y los Festivales de Ópera (a los que acuden figuras de ámbito mundial) se convierten en símbolo de las posibilidades de la ciudad. El crecimiento eldense supera su propio término y se proyecta en algunos puntos en término de Petrer, intensificándose la conurbación entre ambas, hasta el punto que el desvío de la carretera nacional que atravesaba Elda –generando enormes problemas de tráfico– se proyecta por detrás del núcleo urbano vecino. Si en la primera posguerra algunas familias humildes comenzaron a establecerse en Petrer, en La Frontera, ahora serán ya algunos colectivos burgueses los que colaboran al desarrollo de aquel municipio, bien estableciendo allí sus industrias y negocios, bien afinándose ellos mismos (los vecinos de la Loma Badá).

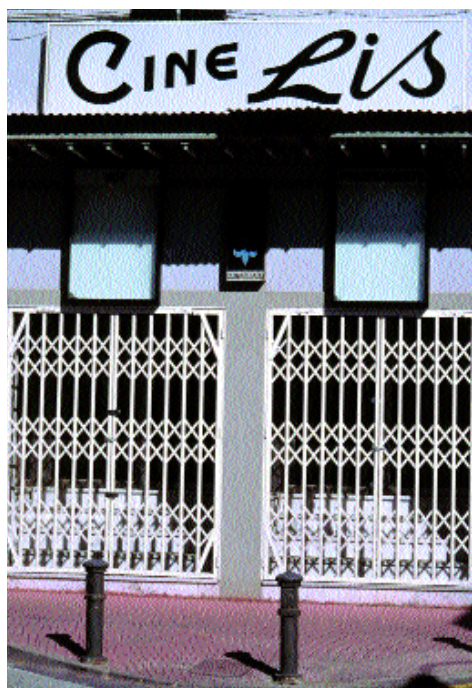
Entre las carencias, la Elda de los sesenta y los primeros setenta no fue capaz de edificar una casa de cultura adecuada –ni siquiera una biblioteca en condiciones–, ni una residencia sanitaria, ni una mínima red de jardines (prácticamente, sólo se crea el de Las Trescientas y algunos menores). Entre las pérdidas, la desaparición del Banco de Elda, que vivió previamente su venta a la Banca Úbeda y después al Central; sin duda, era el fin del sueño de aquella burguesía emprendedora y progresista que en los años treinta hizo de Elda el centro de la comarca. El *desarrollismo* de los sesenta –crecer por crecer, a cualquier precio, en busca del dinero fácil y rápido– se llevó por delante muchas de

las señas de identidad de la vieja Elda: se siguió degradando física y socialmente todo el casco antiguo, desaparecieron casi todas las viejas casas de interés histórico (la de Castelar, la de los Maestre, la Casa Abadía), se desmoronó lo poco que quedaba de La Torreta, se derribó el templete de Castelar –que en sus pocos años de vida se convirtió en uno de los símbolos de la ciudad– y se sacó de las plazas del barrio antiguo la vieja feria medieval de la Inmaculada.

El crecimiento eldense acabó incidiendo espacialmente en el término de Petrer, lo que obligaba a adoptar algunos acuerdos conjuntos y nuevas formas de colaboración. El camino para conseguirlo se realizó de la peor manera posible, generando tensiones innecesarias, fomentando una desconfianza que todavía persiste y dañando gravemente las posibilidades de desarrollo de ambos pueblos a todos los niveles. El conflicto comenzó muy bien: en 1934, cuando el barrio que construía alcanzó el límite de Elda, la sociedad La Fraternidad solicitó al Ayuntamiento de Petrer que mantuvieran las alineaciones de aquellas calles al llegar a su término, algo que entonces sólo requería buena voluntad. Sin embargo, ya en 1955, la corporación presidida por Martínez González solicita incorporar a Elda la zona de La Frontera, aunque no inicia gestiones oficiales. El momento más tenso vino en 1969, cuando el 12 de mayo, en pleno municipal, la corporación de Elda acuerda plantear la fusión con Petrer pero, al mismo tiempo, amenaza con incoar expediente de segregación de parte del término municipal vecino en caso de que aquella localidad no accediese a sus planteamientos. El tono de la propuesta –tan inoportuno como estúpido– provocó el rechazo del Ayuntamiento petrelense, arropado masivamente por sus vecinos, y obligó a la corporación eldense a replantear los términos de su petición, que volvió a ser desestimada de nuevo, aunque brindándose a colaborar en asuntos concretos de interés para ambas poblaciones. Al poco tiempo, las gestiones del gobernador civil consiguieron tender puentes entre ambas corporaciones, que desembocaron en la Mancomunidad Elda-Petrer, una de las primeras del país, a imagen de la de Sabadell-Terrassa: en plenos simultáneos, ambos ayuntamientos apro-

baron los estatutos en marzo de 1972; el 27 de enero de 1973 se constituyó solemnemente en presencia de las autoridades provinciales; al poco tiempo, se comenzó a trabajar en asuntos como la nueva depuradora o el transporte urbano. El proceso parecía haber culminado con cierto éxito: sin embargo, la mutua desconfianza subsistió, limitando las posibilidades de colaboración a lo que resultaba imprescindible y jamás se emprendieron iniciativas imaginativas o acordes al ritmo que las transformaciones exigen; además, la Mancomunidad nació impulsada desde arriba, por gestiones de autoridades superiores más que por la reflexión participativa y democrática y el acuerdo sincero de las sociedades locales. Cuando lleguen los momentos difíciles, al área Elda-Petrer le costará mucho competir con otros territorios mejor vertebrados internamente, planificados como un todo; el fracaso del Plan General de Ordenación Urbana conjunto tampoco colaboró a mejorar las cosas.

En los años sesenta, el descontento político contra el régimen se redujo por múltiples razones: causa esencial fue la brutal represión de cualquier disidencia ejercida en los primeros años de posguerra, que arrasó todo tipo de organización opositora y permitió la suavización posterior de los aspectos más violentos y doctrinarios; pero también



Los cines Lis y Rex desarrollaron en algunos momentos programaciones continuadas del llamado cine de arte y ensayo.

influyó claramente una mejora generalizada de la situación económica durante los años sesenta, que incrementó tanto las posibilidades de trabajo como la entrada en la llamada sociedad de consumo. Si el progreso material fue evidente en el conjunto del Estado, Elda fue sin duda una de los lugares en que se hizo más patente, hasta el punto de que se convirtió en ejemplo de ciudad pujante para ministros –como Sánchez Bella en un discurso tierras murcianas en 1970–, actores de fama –«*Elda, el mejor pueblo del mundo*», según Alejandro Ulloa en 1957– e incluso políticos de Petrer –«*Elda, milagro español*» titula Perseguer un artículo en *La Verdad* en 1964–, siendo corrientes las referencias a su bonanza económica no sólo en la prensa nacional sino hasta en algún artículo perdido en *Washington Post* o *Reader's Digest*. Fuerte polémica creó un artículo de la revista madrileña *Desarrollo* en enero de 1969 cuando, tergiversando unas declaraciones del empresario Manuel Belmar, afirmó que en cualquier hogar de Elda entraba una cantidad de dinero a todas luces exagerada, por desgracia. En realidad, en los años sesenta en buena parte de las familias obreras se accedió no sólo a la vivienda en propiedad, sino al vehículo propio («*quien no tiene un coche, tiene un seiscientos*» decía el viejo chiste), a electrodomésticos hoy imprescindibles y, los más afortunados, a un apartamento junto al mar –muchos de ellos en Playa Lissa, una curiosa transformación de viviendas sociales en segundas residencias– o a un *camp*; la letra de cambio fue casi siempre el

artífice de tales milagros. Los empresarios y clases pudientes, por supuesto y pese al ambiente interclasista respirado en la ciudad, siempre disfrutaron de comodidades suplementarias, fundando entidades de encuentro como el Club del Campo o el Motoclub.

Pese a ello, no era oro todo lo que relucía; las carencias y la pobreza también estaban muy presentes en Elda. Tal vez, pese a eventos como los festivales de ópera, las actividades culturales eran el talón de Aquiles de la vida local: faltaban aulas suficientes para todos, persistía el analfabetismo y el absentismo escolar en algunos sectores, se carecía de infraestructura cultural acorde con la entidad de la ciudad y –hasta bien entrados los setenta– de una programación adecuada, hasta el punto de que la comisión municipal de Cultura no se creó hasta 1972 y sólo para organizar actos no para actuar estratégicamente contra las carencias. En el plano urbanístico, las deficiencias fueron gravísimas en muchos barrios a lo largo de todo el periodo; diversos reportajes de *Valle* sobre los barrios de los sesenta hablaban de falta de alcantarillado y pavimentación, infravivienda o problemas de acceso en barrios como Tafalera, Caliu, Huerta Nueva, Estación, Monte Calvario, Los Molinos... casi la mitad de la extensión residencial de Elda. Los problemas más graves los afrontaba la población gitana: en mayo de 1974 todavía existían numerosas familias padeciendo el chabolismo, un 70% eran analfabetos y sólo 7 estaban afiliados a la seguridad social según un estudio de *Nuevo Ciudad-Vinalopó*. En esas fechas, Auxilio Social seguía alimentando diariamente a casi un centenar de personas.

Durante los años en que Porta desempeñó la alcaldía, la mayoría de la población eldense se mostró políticamente indiferente, ocupada en problemas más personales o temerosa de exteriorizar sus opiniones cuando diferían de la oficial; sólo una minoría de obreros y universitarios manifestaba su oposición o actuaba en consecuencia, aunque desde la crisis de 1973 y tras la muerte de Carrero Blanco fue aumentando rápidamente el descontento y la participación ciudadana. La oposición obrera comenzó a mostrarse en el seno del sindicato vertical en la segunda mitad de los sesenta, como reflejan la elección de J. Leal, V. Belmonte o F. Cabrera para

El fotógrafo Carlson –testigo excepcional de toda la época y autor de muchas de las fotografías utilizadas– recogió así el momento de la muerte de Franco (Archivo EMIDES).



puestos de responsabilidad o el amago de manifestación del 1 de mayo de 1968; en 1973 y 1974, la respuesta se acrecentó frente a un plan de reestructuración del calzado que amenazaba buena parte de los puestos de trabajo en la industria y pretendía ofrecerse a los obreros como hecho consumado, a lo que éstos respondieron creando grupos de estudio y debate autónomos, cada vez más participativos y amplios; al mismo tiempo, se organizaban protestas ante reducciones de plantilla en algunas empresas, como en «Pedro García», o despidos de trabajadores poco dóciles a la dirección, como en «Gómez Rivas». En estos hechos podemos encontrar las raíces del futuro Movimiento Asambleario.

En la oposición política, durante los años sesenta sólo parecía sobrevivir el Partido Comunista, en la mayor clandestinidad. A partir de 1973, el partido fue ampliando su actividad, con grandes problemas y penalidades, como la detención de F. Belmonte y otros militantes de Elda-Petrer en 1974; *el partido*, como era llamado entonces, contaba con militantes combativos y células activas, pero se encontraba socialmente aislado de la mayoría de la población, demonizado como estaba por la propaganda franquista; tampoco pudo dirigir las reivindicaciones obreras, tanto porque los sindicalistas más destacados funcionaban autónomamente como porque CCOO seguía en buena medida las directrices de otro partido, el Movimiento Comunista, que también disponía en la comarca de militantes activos y jóvenes.

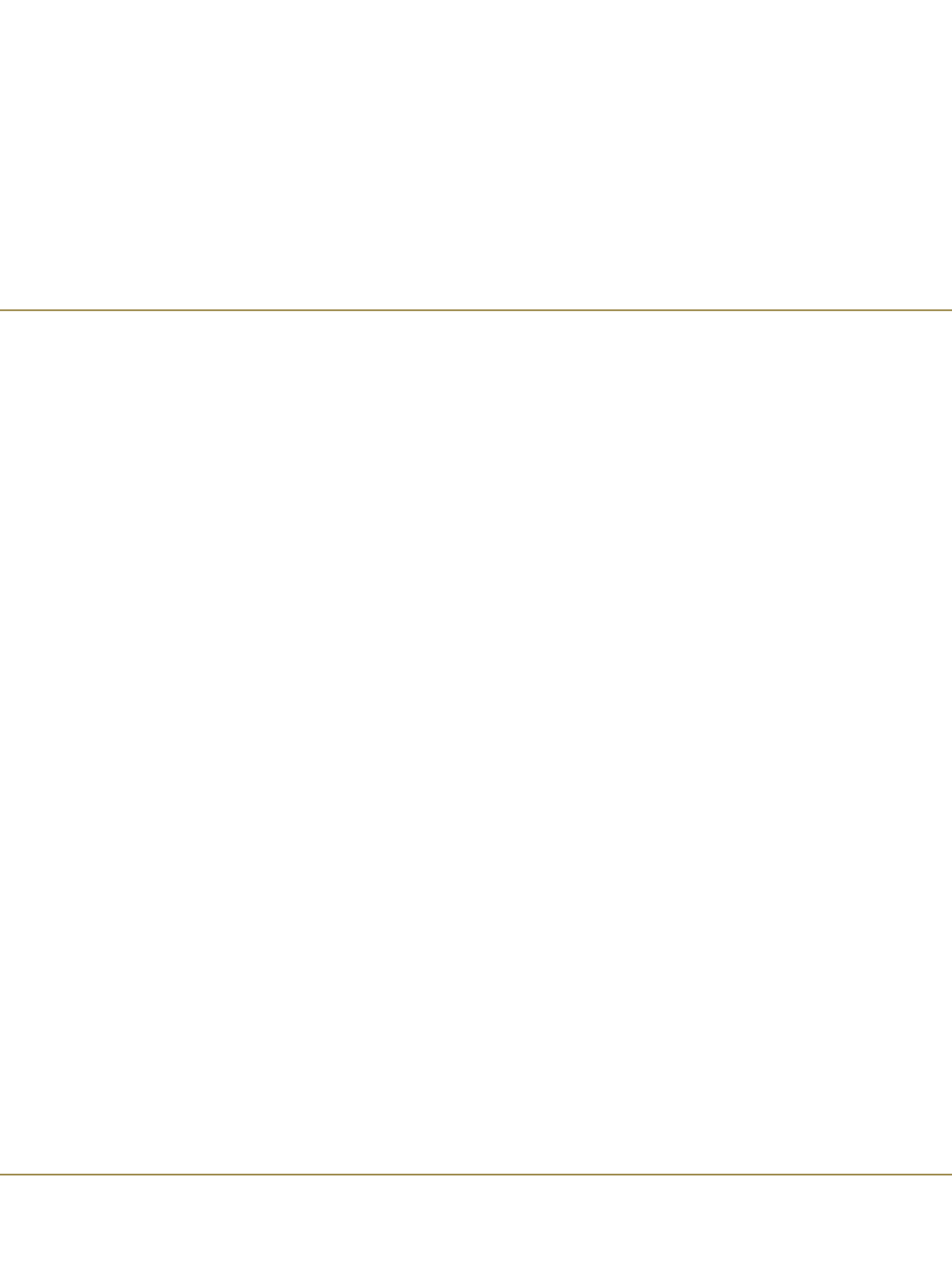
Entre los grupos opositores eran mayoría quienes carecían de afiliación concreta a partido o sindicato alguno; eran centenares las personas que deseaban participar en actividades sociales o culturales ajenas al régimen dictatorial. Por ello, a mediados de los setenta estaban presentes iniciativas en todos los ámbitos. Grupos religiosos obreros comprometidos, como la HOAC y la JOC luchaban ya abiertamente por la transformación social o política, participaban en los grupos de análisis de la reestructuración del calzado y se oponían a la actuación preconiliar del obispo Barrachina. En el plano cultural, junto a la época dorada de Coturno, surgían multitud de grupos de claro contenido social, como Agora o Anea, con obras de Neruda o Sastre; el cine no



comercial vivía sus mejores años, con un Cinefórum Pracix masivo en la Sagrada Familia, un modesto Cine Club Bergman algo más radical o salas de arte y ensayo; incluso la propia concejalía de Cultura programaba obras de Brecht, Valle-Inclán, un ciclo de teatro de vanguardia o actuaciones de Tábano; se creaban clubs culturales como el Fénix. El movimiento vecinal se iniciaba en estos años: en 1973, la Asociación de Vecinos de La Tafalera fue pionera en la provincia y una de las primeras de toda España, creando un modelo participativo que fue pronto imitado en otros barrios, augurando la fuerza reivindicativa que lograría el movimiento ciudadano en la Transición. Fueron también los años iniciales del feminismo local, curiosamente aglutinado en la Asociación de Amas de Casa, que en tantos otros pueblos era una entidad de corte conservador.

En diciembre de 1975, recién fallecido Franco, uno de los primeros intentos de renovación interna del régimen permite a los concejales elegir a sus alcaldes. En Elda, Antonio Porta renuncia a presentarse. Un concejal joven, Francisco Sogorb, es elegido en enero de 1976 frente a dos candidatos ajenos a la corporación (Juan Navarro y Eloy Pastor); en su discurso de toma de posesión, afirma que «...hemos de dar una imagen totalmente nueva. Vamos a vivir un tiempo de modificaciones y reformas y a él hemos de atemperar nuestro estilo de Corporación»; a los pocos días, su primera visita oficial es a La Tafalera. Sabía perfectamente que, también en política, la ciudad estaba inmersa en un cambio veloz.

Visita del alcalde, Francisco Sogorb, a La Tafalera en 1976: era un símbolo del cambio de talante (Archivo EMIDESAS).



De la dictadura a la democracia (1974-2000)

27

FRANCISCO MORENO SÁEZ

Dr. en Historia

En diciembre de 1973, un atentado de ETA asesinaba al almirante Carrero Blanco, considerado por todos como la garantía de la permanencia del franquismo, y poco después se dejaban sentir las consecuencias de la crisis del petróleo, que se traducirían en un aumento de la conflictividad laboral y social, que dificultó la evolución política. En enero de 1974 elaboró la Guardia Civil unos informes generales sobre la situación económica de la provincia: en su opinión, en Elda, la acentuada crisis del calzado provocaba «*un clima de incertidumbre y preocupación*», estando muy descontentos los obreros con el último convenio: «*de persistir el actual estado de cosas, se pudieran producir alteraciones del orden en fechas más o menos próximas*». Hubo, en efecto, en los primeros meses de 1974 varios expedientes de crisis y problemas en distintas empresas, entre las que destacaba «Pedro García, S. A.».

Aunque la situación política parecía totalmente tranquila y controlada por el Movimiento, ya se habían producido en algunas ocasiones *siembras* de propaganda de organizaciones contrarias al régimen, como Comisiones Obreras (CCOO) y el Partido Comunista de España (PCE). La policía hacía desaparecer rápidamente los panfletos lanzados y las *pintadas*. A finales de abril, fueron detenidos, como componentes de la dirección provincial del PCE, Fernando Belmonte Muñoz, Miguel Díaz López y Germán Aliaga Sanbartolomé, y se ocupó en Elda el aparato de propaganda del partido. Sin embargo, poco después y ante el Primero de Mayo, volvió a aparecer propaganda clandestina del PCE en Elda y otras localidades. En



el verano de 1974 se creó en París la Junta Democrática de España (JDE), que trataba de coordinar a la oposición para permitir una salida democrática de la si-

Entierro de Teófilo del Valle, la primera víctima de la represión policial en España tras la muerte de Franco (Archivo EMIDESAS).

tuación política: aunque en ella figuraban también el Partido Socialista Popular (PSP) que dirigía Tierno Galván y el Partido del Trabajo de España (PTE), así como diversos independientes, no cabe duda de que la base de la JDE eran el PCE y CCOO.

En cuanto al Movimiento y al sindicato vertical, se hallaban sumidos en un sopor burocrático, como si no pasaran los años. En agosto de 1974, el nuevo delegado comarcal de Sindicatos de Elda, Miguel Ángel Rodríguez, hablaba de armonía entre capital y trabajo, y prometía llevar a cabo «una política de puertas abiertas», mientras continuaban los cierres, expedientes de crisis y despidos en empresas del calzado como «R.P.G.», «Bañó Pont», «Hijos de Jerónimo Guill», «Armando Moreno» y «Manuel Amanate». Los dirigentes del sindicato vertical, aunque a veces criticaban el funcionamiento de la Organización Sindical, eran muy contestados desde las bases, que no les consideraban representativos. La prensa denunciaba la existencia en la ciudad y sus alrededores de dos mil a tres mil trabajadores oficialmente en paro, «aunque una inmensa mayoría trabaja en sus casas para otras empresas». Más adelante, en la zona de Elda y Petrer, en un sólo día, el 31 de octubre, se presentaron 29 expedientes de «paro tecnológico», por fin de temporada y cambio de muestrario.

De otro lado, en el barrio de La Tafalera existía ya la primera Asociación de Vecinos de la provincia y en el verano de 1974 sus componentes se manifestaron ante el Ayuntamiento para exigir el al-

cantarillado en el barrio. En gran medida, esa Asociación debía su existencia al impulso de sectores católicos obreristas y la policía informaba al Gobierno Civil de las reuniones de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), aunque se celebrasen a puerta cerrada, en alguna parroquia.

En el otoño de 1974 la empresa más conflictiva fue «Pedro García», constituida por capital español y americano («Caresa»), que solicitó una reducción de plantilla que afectaba a 115 trabajadores y donde se había producido el despido de una aparadora, declarado improcedente por la Magistratura del Trabajo: era muy tenso el ambiente en esta empresa, que era considerada por los trabajadores como un reflejo casi emblemático de los defectos de la industria del calzado.

Ya desde los primeros meses de 1975, aparecían con frecuencia en los buzones de la localidad panfletos de organizaciones clandestinas, desde el PCE hasta Frente Revolucionario Antifascista Patriótico (FRAP) y Movimiento Comunista de España (MCE). La policía también informaba sobre los trabajadores que destacaban en las protestas laborales, en especial contra «algunos activistas hoacistas extremos». Comenzaba a ser un hecho frecuente la aparición de pintadas y octavillas *subversivas*, así como alguna *sentada* eventual, para protestar de la prohibición de un recital de Elisa Serna y de la detención de Eva Forest o para convocar a una manifestación de la oposición democrática en Alicante, en abril de 1975. En Elda-Petret un núcleo de oposición muy activo era Unidad Obrera, al que pertenecían José M^a Beltrán, Bonifacio Navarro, Santiago Poveda, José Leal, Manuel Juan, Rosa Payá, Pedro Rico y María Antonia Caro, algunos de los cuales procedían de Frankfurt y estaban ya afiliados al MCE. También cercanos a ese grupo se encontraban algunos militantes de la HOAC en La Tafalera y trabajadores de la fábrica de «Pedro García». Ya en 1975 se organizó el MCE de Elda-Petret, que trabajaría en la creación de varias asociaciones de vecinos, en la Asociación de Amas de Casa, en el Club Cervantes y en el grupo de teatro Ágora: estaba organizado en dos o tres células, cada una de ellas con cinco o seis personas.

Se firmó a mediados de ese año el convenio provincial del calzado, con al-

Reunión informativa en el cine Rex sobre el Plan General de Ordenación Urbana, con los autores del proyecto y los alcaldes de Elda y Petrer (Archivo EMIDESa).





Pleno municipal en el que se debían aprobar las Normas Subsidiarias del PGOU de Elda (Archivo EMIDESIA).

gunas reticencias por parte de los obreros eldenses del sector, en el que de nuevo la fábrica «Pedro García» solicitó reducción de plantilla y despidió a cinco aparadoras, que fueron apoyadas por sus compañeros. De otro lado, en junio fue despedido de la fábrica «Gómez Rivas» Antonio Gracia Poveda, candidato a enlace, que fue elegido sin embargo como tal por sus compañeros. Aunque los trabajadores, en realidad, andaban ya organizándose en sindicatos de clase, ajenos por completo al sindicato vertical, en las elecciones sindicales, según fuentes oficiales, se dio una participación «masiva» y el presidente del Consejo Provincial de Trabajadores, Hernando Morillo, aseguró que las elecciones habían sido «bastante honradas» y se habían votado «individuos, no candidaturas; eficacia, más que popularidad; intereses, no ideas».

En el verano de 1975 aparecieron en Elda numerosos panfletos lanzados por el PCE, para denunciar la situación de Germán Aliaga, y por CCOO y el MCE, que tenía una gran influencia en el citado sindicato, a favor de Garmendía y Otaegui, los dos miembros de ETA que fueron juzgados, condenados a muerte y ejecutados junto a otros militantes del FRAP, a pesar de las protestas externas e internas, que Franco ignoró. Desde el aparato del Movimiento local, se apoyó al régimen en tan difíciles momentos, frente a «la subversión que intenta destruir las instituciones».

La policía, por su parte, informaba al Gobierno Civil de sus trabajos para

descubrir «el núcleo propagandístico que viene actuando en dicha comarca desde hace algún tiempo» y que tenía gran eco en la juventud «hoacista y comunista». Pese a sus esfuerzos, en esos tensos meses en que se produjo la enfermedad y muerte del dictador, continuaban apareciendo octavillas y pintadas, suscritas por el PCE, la Junta Democrática y el MCE: éste último partido lanzó panfletos exigiendo la amnistía y denunciando a la monarquía como continuadora del franquismo («El franquismo y la monarquía, enemigos del pueblo»). Como en otras localidades, también hubo en Elda una manifestación, en diciembre de 1975, para pedir amnistía y libertad: aunque la policía hablaba en sus informes de veinte asistentes, acudieron más de un centenar de jóvenes.

El primer gobierno de la Monarquía. La muerte de Teófilo del Valle

La confirmación de Arias Navarro como presidente del Gobierno causó gran malestar en la oposición y la llevó a desconfiar de las promesas democráticas del rey, Juan Carlos. En Elda, la solidaridad obrera era una de las señas de identidad de la oposición. En enero de 1976 se replanteó el tema del enlace sindical Gracia Poveda, al que la empresa «Gómez Rivas» insistía en no readmitir. Sus compañeros se manifestaron en su apoyo ante la sede de Sindicatos y ante la propia empresa, y acabaron

Los Reyes de España visitaron Elda en plena transición política a la democracia (Archivo EMIDESA).



encerrándose en la iglesia de San Francisco de Sales, cuyo párroco, Francisco Coello, era uno de los sacerdotes más comprometidos con las libertades. En un escrito de los sacerdotes eldenses, que se leyó en todas las parroquias de la localidad al día siguiente, se afirmaba que, aunque no se consideraba el medio más idóneo para el diálogo el encierro en un templo, la huelga *«puede seguir siendo medio necesario, aunque extremo, para la defensa de los derechos y el logro de las aspiraciones justas de los trabajadores»*, por lo que había que *«abrir cauces para que el obrero defienda sus justas aspiraciones»*. A la salida de los encerrados, de nuevo más de mil trabajadores se manifestaron hasta la empresa y el Ayuntamiento, donde les recibió el alcalde, Porta Vera, que les recomendó usasen los cauces reglamentarios. Poco después, Porta era sustituido por Francisco Sogorb en la primera ocasión en que los alcaldes eran elegidos por los concejales: en su toma de posesión, Sogorb planteó la necesidad de estar a la altura del *«tiempo de modificaciones y reformas»* que se iban a vivir en España.

Pero el primer gobierno de la monarquía, con personalidades como Fraga, Areilza o Garrigues en su seno, no acertaba a encauzar los deseos de libertad del pueblo español y mantenía una actitud autoritaria absolutamente inapropiada para una posible evolución.

A ello se unía el hecho de que la oposición iba aumentando su organización: a la Junta Democrática se unió el Consell Democràtic del País Valencià, que constituían PSOE, MCPV, Unió Democràtica del País Valencià (UDPV), UGT, Partit Carlí Valencià (PCV), Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN) y Unió Sindical Obrera (USO). Ambas organizaciones de la oposición se unirían, en la primavera de 1976, en la Taula de Forces Polítiques i Sindicals del País Valencià.

En febrero la situación laboral era muy conflictiva en toda la provincia y, en concreto, en Elda se estaban produciendo diversas movilizaciones en el curso de la negociación del convenio del calzado. Los obreros pedían una jornada laboral de cuarenta horas en cinco días, treinta días de vacaciones y que *«el sindicato sea totalmente obrero»*, entre otras cosas. Hubo desde el día 9 de ese mes concentraciones ante el local del sindicato vertical en las que se pidió la dimisión de los componentes de la UTT de la Piel por haber hecho caso omiso de unas reivindicaciones que estaban apoyadas por unas quince mil firmas de trabajadores. Ante las trabas del sindicato vertical a las reuniones y asambleas obreras, los trabajadores se reunían en la plaza de Castelar. Así las cosas, el día 23 de febrero se concentraron cerca de dos mil trabajadores ante la Organización Sindical de Elda, vigilados por tres jeeps y dos autobuses de Policía Armada: de allí se dirigieron en manifestación, con una pancarta en que se pedía un sueldo base de cinco mil pesetas y un sindicato obrero, hasta la plaza de Castelar, donde se encontraban unas dos mil quinientas personas, a las que una comisión informó de sus fracasadas gestiones para conseguir un local donde reunirse para discutir el convenio. Después, se dirigieron hacia Petrer, gritando *«Elda-Petrer, unidos otra vez»*, *«Por un Sindicato obrero»* y *«Fuera el sindicato vertical»*, y cuando se acercaban a la sede de Sindicatos, una carga de la policía los dispersó, *«dado el carácter tumultuario de la manifestación»* y debido al hecho –según la policía– de que se llegó a lanzar piedras contra la fuerza pública. El día 24, volvieron a reunirse los obreros en la plaza de Castelar y volvió a intervenir la fuerza pública, que realizó varias cargas tanto en la plaza como en el barrio de San Francisco de Sales y el polígono

de La Almafrá. Los trabajadores consiguieron reunirse en la parroquia de San Francisco, donde se llevó a cabo una asamblea en la que se denunció que ni Elda ni Petrer tenían representantes en la discusión del convenio y que la plataforma reivindicativa presentada por la base había sido rechazada. Mientras, seguía patrullando la Policía Armada.

Esa misma noche del 24 de febrero –aunque la noticia no apareció en la prensa hasta el jueves 26– resultó muerto por disparos de un miembro de la Policía Armada el joven trabajador Teófilo del Valle. El Gobierno Civil publicó una insultante nota oficial en la que, además de afirmar que las manifestaciones que se venían realizando habían derivado del pacifismo inicial a una creciente agresividad, daba cuenta de que, cuando ya la Policía Armada se disponía a regresar a Alicante, uno de sus vehículos fue atacado «con piedras y otros objetos contundentes», por los que la fuerza pública se detuvo para repeler la agresión «por los medios disuasorios ordinarios y propios para estos casos». Sin embargo, seguía la nota, «al sonar algunos disparos, hubieron de hacer uso de sus armas» y resultó muerto, en la calle Emérito Maestre, al final de la de San Roque, Teófilo del Valle, un joven de veinte años de edad, del que el Gobierno Civil daba, además, determinados antecedentes policiales. Todo indica que el relato de los hechos del Gobierno Civil faltaba deliberadamente a la verdad y que la Policía Armada, que ya había guardado los «medios de disuasión ordinarios», utilizó de buenas a primeras sus armas, sin que se hubiese efectuado ningún disparo contra ella. El Juzgado de Instrucción dispuso la prisión preventiva para el agente que disparó, que pasaría después a la autoridad judicial militar.

El día 25, cuando se supo la noticia, hubo paros de distinta duración en algunas fábricas de Elda, guardias civiles custodiaban el Ayuntamiento y el alcalde, Francisco Sogorb, y varios concejales marcharon a Madrid, para entrevistarse con el Ministro de la Gobernación, Fraga Iribarne. Por la tarde, una gran cantidad de trabajadores y vecinos de Elda y Petrer –unas diez mil personas– asistieron al entierro de Teófilo del Valle, produciéndose escenas «de una emotividad inenarrable», mientras la Guardia Civil, que un principio controlaba los accesos al cementerio, se retiraba para evi-

tar tensiones y vigilaba los accesos a Elda. Hubo una nueva asamblea en San Francisco de Sales donde se acordó parar al día siguiente, en señal de respeto «por nuestro compañero» y se recomendó abandonar «la calle como lugar de reivindicación».

La muerte de Teófilo del Valle suscitó la indignación general entre la oposición alicantina: hubo en Alicante, Monóvar y Petrer manifestaciones, asambleas en las fábricas y huelgas en los centros docentes. En Elda, se celebró el funeral por Teófilo del Valle: de nuevo, la Guardia Civil controló los accesos a la ciudad, pararon la mayoría de las fábricas, cerraron muchos comercios y cerca de veinte mil personas –incluida la corporación municipal, salvo la comisión que había ido a Madrid– abarrotaron el templo de San Francisco de Sales y sus intermediaciones. Después, tras una homilía del padre Coello y unas palabras de Pepi Zamora, todos, en silencio, acompañaron a la familia al cementerio. Elda, pues, vivió de forma casi unánime el día de luto decretado por los trabajadores. El alcalde de la ciudad dio el pésame a la familia de Teófilo, en nombre propio y en el del ministro Fraga, y dirigió una carta abierta a sus conciudadanos pidiéndoles unión para salir de esa «pesadilla» lo antes posible.

Los acontecimientos políticos se sucedían con rapidez: se celebró en la primavera una emotiva cena para celebrar la libertad de los miembros del PCE Belmonte y Aliaga, mientras en las fábricas los despidos –como los sucedidos en «Celme»– eran contestados de inmediato por los trabajadores, que se movilizaban en solidaridad con los compañeros: de paso, se reclamaba «la formación de un Sindicato Obrero». El primero de Mayo de 1976, unas doscientas personas se manifestaron, bajo una persistente lluvia, desde las cercanías del Instituto Azorín y, tras visitar la tumba de Teófilo del Valle, intentaron llegar a la plaza de Castelar, pero fueron interceptados por la Guardia Civil, por lo que, tras un nuevo intento de agruparse en el Mercado de Abastos, se dispersaron. Los manifestantes pedían amnistía, libertad, un sindicato obrero y «un puesto de trabajo para todos», y la Guardia Civil retiró algunos carnets de identidad.

Se iban organizando los distintos partidos y sindicatos, como el PSOE y



Adolfo Suárez, impulsor de la reforma política desde dentro del sistema. En la foto en un acto político en Elda en 1978, junto a Esther Padial y Roque Calpena (Archivo EMIDES).

CCOO, que celebraba asamblea en Elda y Petrer y lanzaba una campaña de bonos. Por estas fechas se creó el Frente Obrero Unido, que agrupaba a unos quinientos trabajadores y trabajadoras de Elda, Petrer y Monóvar para «clarificar y unir las aspiraciones de la clase obrera en torno al problema sindical». El FOU, impulsado desde sectores cristianos y marxistas, rechazaba de plano el sindicato vertical, apostaba por un funcionamiento asambleario y abundaba en la «necesidad de construir un auténtico sindicato obrero», en el marco de la consecución de las libertades básicas «como el derecho de reunión, expresión, manifestación y huelga».

En cuanto a las Asociaciones de Vecinos, se unieron a la ya existente de La Tafalera las creadas en las barriadas de Las Trescientas, Caliu, Huerta Nueva, La Torreta y El Sapo, así como La Frontera, en Petrer: opinaban sobre el Plan comarcal de Ordenación Urbana y, posteriormente, sobre las Nuevas Normas Urbanísticas de la ciudad. Multiplicaban sus actividades en lo que las autoridades consideraban una táctica comunista –«pero con apariencia de PSOE R.»– de cara a constituir una base para las elecciones, a partir de charlas sobre derechos laborales, temas de educación, sexualidad, etc.

La reforma política de Adolfo Suárez

En el verano de 1976, Juan Carlos I, comprendiendo que el gobierno de Arias Navarro no llevaría a cabo el tránsito

hacia la democracia, le sustituyó por Adolfo Suárez. Mientras tanto, en Elda seguían los actos políticos: la presentación de la revista *Dos y Dos* en la Librería Martín Fierro; una conferencia de Raúl Morodo, que reivindicaba cuatro requisitos indispensables para poder hablar de democracia: amnistía, libertades políticas, sindicato obrero y autodeterminación; y la autorización del primer acto conjunto de la oposición democrática de Elda y Petrer, que se celebró en esta última localidad, con numerosa asistencia e intervención de diversos representantes de las fuerzas de la oposición.

Partidos y sindicatos ilegales continuaban ganando parcelas de libertad. CCOO celebraba su primera reunión a la luz pública con la presencia de 36 dirigentes de sus organizaciones de la provincia, que pidieron las libertades democráticas sin excepciones, la amnistía total y un sindicato unitario, obrero y democrático; se constituía una mesa sindical, compuesta por el FOU, USO y UGT, para buscar «la unidad del movimiento obrero en función de las necesidades que en este momento tiene toda la clase trabajadora»; el Movimiento Democrático de Mujeres anunciaba su organización en Elda-Petret; hubo charlas sobre la autonomía valenciana en el Club Cervantes y se constituyó la Asamblea Democrática. Seguían los habituales problemas de las empresas y en menos de un mes cerca de cuarenta de ellas presentaron solicitud de paro tecnológico.

Desde el Gobierno Civil se mantenía una actitud discriminatoria y contradictoria a veces en relación con los partidos y sindicatos: la UGT pudo celebrar su Semana en la ciudad, con asistencia de Nicolás Redondo, pero a CCOO se le prohibía poco después un acto. Seguían las detenciones, como las de cuatro miembros del MCPV acusados de propaganda de «una organización ilegal». Frente a estos grupos minoritarios y muy activos, la mayoría de la población permanecía expectante y al margen: en cierto modo, deseaba un cambio, pero sin arriesgar demasiado por él.

Para el día 12 de noviembre los sindicatos habían convocado una *jornada de lucha*. En el curso de una asamblea comarcal de CCOO, celebrada en el cine Coliseo, el ilicitano Justo Linde animó a tomar parte en esa jornada y junto a José María Beltrán y Rosa Payá fue lla-

mado a declarar a comisaría: se le impusieron multas a él y a Rosa Payá, que alegaron insolvencia. La Coordinadora Unitaria Sindical (CUS) –que agrupaba a UGT, CCOO, USO y FOU– convocó asambleas en fábricas y se acordó parar en el sector de la Piel durante una hora, ese 12 de noviembre. En la comarca pararon unos catorce mil obreros y fueron detenidos siete de ellos que formaban parte de un piquete, así como otros jóvenes en días posteriores: de nuevo hubo concentraciones, asambleas en la parroquia de San Francisco de Sales y entrevistas con alcalde, el juez y la Guardia Civil para conseguir su puesta en libertad. Pese a toda esta actividad de la oposición democrática, continuaban los hábitos del antiguo régimen y la Jefatura local del Movimiento organizaba en noviembre un funeral por Franco.

Cuando se convocó, para diciembre de 1976, el referéndum para la Ley de Reforma Política, la oposición democrática denunció la falta de libertades existente. *La Verdad* publicó una carta de once personas que habían sido designadas en Elda para las mesas del referéndum, al que no consideraban democrático, porque no había existido libertad de expresión: los comunicantes aseguraban estar deseosos de acudir a las urnas, «pero dentro de un sistema democrático y de verdadera participación popular». También fueron detenidos algunos miembros de la Taula, por hacer propaganda por la abstención y se prohibió un acto en el Polideportivo. La prensa, sin ocultar lo más mínimo su apoyo a la reforma – con titulares tales como «Mañana, referéndum. Todos a votar»–, dio la palabra a algunos miembros de la oposición democrática que proponía la abstención ante la falta de libertades. Pero no se autorizaron los actos en defensa de esa postura y el referéndum fue organizado desde las filas del propio Movimiento. La oposición hubo de limitarse a la propaganda clandestina y apenas pudo influir en los resultados de la consulta que, como era de esperar, supuso un abrumador apoyo a la reforma emprendida por Suárez.

El difícil camino hacia las elecciones

A finales de 1976, el PCE repartía carnets entre sus afiliados, USO se pre-



Mitin del PSOE en la polideportiva eldense previo a las elecciones generales de 1977 (Archivo EMIDESAS).

sentaba en la ciudad, con sus dirigentes Zufiaur, Malea y Corell, el PSOE celebraba un «acto de afirmación socialista» y la CUS exponía su postura ante la reforma sindical. Ya en enero de 1977, la oposición democrática presentó en la alcaldía escritos de protesta por la matanza de Atocha y otros sangrientos sucesos que estaban ocurriendo en Madrid. Desde el Gobierno Civil se toleraba la actuación de la UGT –que constituía su Federación Provincial de la Piel– y se ponía dificultades al desarrollo de CCOO, cuyo dirigente Julián Ariza no pudo pronunciar una charla en la ciudad, aunque se reunió con militantes del sindicato en el camino de Catí, en una merienda que interrumpió la fuerza pública. En esos momentos, desde el poder, se diferenciaba perfectamente entre unas y otras opciones políticas, amparando la organización de unas y obstaculizando

Elecciones generales, las primeras democráticas, en Elda el 15 de junio de 1977 (Archivo EMIDESAS).



todo lo posible otras, pues era necesario –mediante esa política discriminatoria– ganar tiempo ante las elecciones, para poder oponer una derecha organizada a los partidos de izquierdas, e incluso, para que hubiese dentro de la izquierda alguna alternativa al PCE, que no sería legalizado hasta el Sábado Santo de 1977. También desde el Gobierno Civil se ponían trabas al desarrollo de las Asociaciones de Vecinos, consideradas un instrumento de la izquierda; y de ese modo, seguían sin ser aprobados los Estatutos de la Asociación de José Antonio y Adyacentes y la Asociación de la Estación no podía celebrar una asamblea «por imponderables».

La CUS acordaba, en febrero, impulsar la negociación del convenio del calzado al margen del sindicato vertical, mediante la elección, en asambleas de fábricas, de legítimos representantes de la clase trabajadora. Además, se pasó entre las bases una encuesta sobre puntos a incorporar a la plataforma reivindicativa; entre ellos figuraban la amnistía laboral, treinta días de vacaciones, cuarenta horas semanales de trabajo, derecho a celebrar asambleas en las fábricas y una revisión salarial «ajustada a la realidad actual». Por su parte, los empresarios comenzaron a organizarse con la ayuda de la PYME del País Valenciano, convencidos de que «la sindicación libre es el único vehículo que puede resolver los problemas de la pequeña y mediana empresa».

Mientras el gobierno y la oposición democrática negociaban la convocatoria de unas elecciones generales y cada fuerza política, aún en la ilegalidad, trataba de prepararse para esos comicios, la tolerancia gubernamental alternaba con la represión, en un ambiente de gran confusión y así fue prohibido un mitin previsto para primeros de febrero en Elda por el PSOE, donde se iba a tratar de los problemas de la juventud y la línea política de las Juventudes Socialistas. Y seguían las detenciones de miembros del PCE o de los libertarios Renacer Rodríguez y Eutropio Sánchez, acusados de intentar reorganizar la FAI, en Barcelona. Pero poco a poco se iban conquistando parcelas de libertad: UGT celebró sin problemas un Pleno Nacional para constituir las Federaciones de Textil y Confección, Cuero y Calzado, y el Frente Obrero Unido pudo reunirse en el local de Sindicatos para discutir di-

versos aspectos del convenio del calzado, la revisión del salario mínimo interprofesional y la problemática laboral en general. De hecho se estaban poniendo las bases del que sería el futuro Movimiento Asambleario.

Con motivo de una manifestación en recuerdo de la II República, fueron detenidos tres jóvenes eldenses por colocar, en la Plaza de Castelar, una bandera republicana: fueron puestos en libertad poco después. Al mismo tiempo, casi un centenar de mujeres de Elda y Petrer, integradas en Asociaciones de Vecinos, MDM y grupos autónomos, preparaban una encuesta sobre la situación de la mujer en la comarca.

En abril continuaba el proceso de preparación del convenio del calzado: a primeros de mes se celebró en el Polideportivo una asamblea multitudinaria en la que se instó a todos a potenciar la figura de los delegados de fábrica, dada «la escasa representatividad actual de las centrales sindicales». A mediados de mes fue nombrada una comisión negociadora del convenio, que componían doce trabajadores, elegidos en una asamblea de delegados de fábrica que representaban a siete mil trabajadores de Elda, Petrer y Monóvar, en un acto que el periodista Mira Candel calificó como «uno de los acontecimientos más significativos producidos en el contexto sociolaboral en los últimos lustros».

En el Primero de Mayo varios cientos de trabajadores se congregaron ante el estadio municipal y trataron de manifestarse hasta la plaza de Castelar, con pancartas –«Unidad, socialismo, autogestión y libertad», «Viva el Primero de Mayo»– y gritos –«Libertad sindical»–, siendo disueltos por la Guardia Civil, aunque algunos se dirigieron hacia Petrer y visitaron la tumba de Teófilo del Valle. Poco antes se había prohibido un acto de la UGT con Garnacho, en el Polideportivo, por lo que los trabajadores lo llevaron a efecto en la Casa del Pueblo. El panorama sindical era confuso en Elda: además del movimiento de profesores de EGB –que pronto desembarcaría en la creación del Sindicat de Treballadors de l'Ensenyament del País Valencià (STEPV)– y de los Profesores No Numerarios, que tenían su propia organización unitaria, existían unas fuertes Comisiones Obreras, una UGT que iniciaba, al compás del PSOE, su implantación y una Confederación Na-

cional del Trabajo (CNT) de escasa fuerza: la mayoría de los trabajadores, aunque interesados en sus problemas laborales, no pertenecían a ninguna central sindical. Poco después, se presentaban los resultados de la encuesta sobre la plataforma reivindicativa para el convenio del calzado, ante más de tres mil personas, en el Polideportivo, en un ambiente de unidad. Roque Miralles, José Leal y Fernando Cabrera se perfilaban ya como los dirigentes de este movimiento. El 28 de mayo se reunieron en la Asociación de Vecinos de La Tafalera cincuenta representantes de seis poblaciones de la provincia –Elda, Petrer, Sax, Monóvar, Elche, Villena– y de la vecina Almansa, para concretar dieciocho puntos que habrían de servir de base a la negociación del convenio colectivo del calzado: se designó una comisión de trece personas –cuatro de Elche, tres de Elda, dos de Petrer, y una de Villena, Sax, Monóvar y Almansa– para negociar.

Mientras tanto, desde el 24 de mayo, se desarrollaba la campaña electoral para las elecciones generales, sin incidentes. Hubo mítines de los distintos partidos que se presentaban, con mayor o menor afluencia de público: entre ellos destacó un mitin del PSP por la intervención de Vidal Beneyto. El Frente Obrero Unido de Elda y Petrer pidió el voto para la candidatura de Demócratas al Senado, que componían Andúgar, Beviá y Mateo, que serían elegidos senadores, junto al eldense Roque Calpena, por Unión de Centro Democrático. A las elecciones se presentaron quince partidos: la derecha se articulaba en torno a Alianza Popular (AP) –que agrupaba al *franquismo sociológico*– y a la recién organizada UCD; además, se presentaban diversos partidos que reclamaban la herencia del falangismo –Alianza Nacional del 18 de Julio, FE y de las JONS, FE Auténtica, FE Independiente, Círculos José Antonio– y una oferta democristiana que unía a UDPV y a Izquierda Democrática. En cuanto a la izquierda, se presentaban el PCE –el único partido que contaba con una cierta presencia en la ciudad desde el tardofranquismo–, el PSOE renovado –que se iba constituyendo a marchas forzadas, como en el resto del País Valencià–, mientras que el PSP, el Partit Socialista del País Valencià o el PSOE Histórico no disponían de efectivos.

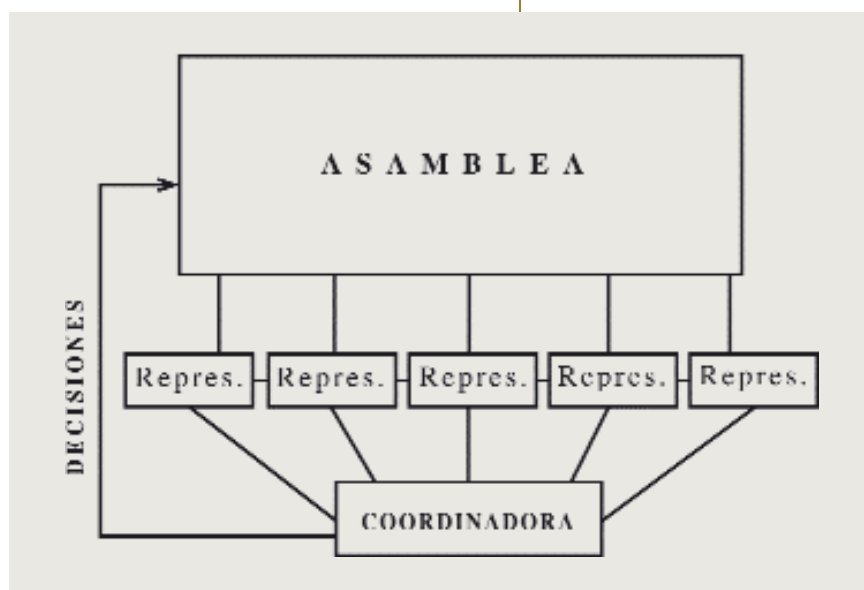
Además, acudieron a las urnas, en coalición o bajo la forma de agrupaciones electorales, partidos de extrema izquierda como el MCPV, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) o el PTE, aunque los dos últimos apenas tenían presencia en la ciudad.

La prensa local señaló que en la jornada electoral había triunfado la tranquilidad y el civismo. En estos comicios, lo general se impuso claramente a lo particular: es decir, la influencia de la televisión y los medios de comunicación fue mucho más decisiva que la labor realizada durante la campaña y durante los últimos años por cada una de las fuerzas políticas. Como en toda la provincia, los grupos mayoritariamente votados en Elda fueron el PSOE y UCD, seguidos a mucha distancia por el PCE y AP. El resto de las opciones políticas obtuvo resultados mínimos y muchas de ellas irían poco a poco desapareciendo. Los concejales eldenses reconocieron que esos resultados les situaban en una situación incómoda y pedían elecciones municipales cuanto antes.

El movimiento asambleario

El 4 de junio los trabajadores del calzado iniciaron los primeros contactos con los empresarios y en el local de la Asociación de Vecinos de La Tafalera se les entregó la plataforma reivindicativa. El primer problema al que se enfrentó la comisión obrera negociadora fue el de conseguir su reconocimiento

Esquema básico de funcionamiento del Movimiento Asambleario (Realizado por Francisco Martínez Navarro).



como único interlocutor válido en la discusión del convenio. Al principio, la patronal alegó que alguna central sindical (UGT) había mostrado también interés en participar. El 20 de junio una asamblea de cinco mil obreros, en Altabix (Elche), acordó la huelga inmediata, mientras que en Elda se decidía celebrar asambleas de fábrica al día siguiente para consultar a las bases sobre el tema. Sin embargo, una asamblea celebrada en el Estadio Municipal de Elda, con asistencia de entre ocho mil y diez mil obreros, acordó aplazar la huelga porque la Federación de Industriales del Calzado de España (FICE) había reconocido como interlocutor al Movimiento Asambleario y había aceptado iniciar las negociaciones del convenio, pues querían negociar *«con las fuerzas verdaderamente representativas»*. Los asistentes agradecieron públicamente a CNT, USO y CCOO su apoyo al Movimiento Asambleario.

En otra asamblea multitudinaria de trabajadores que, a fines de junio, se celebró en el Polideportivo de Elda, Fernando Cabrera informó de las primeras entrevistas con la patronal, que alegó estar a la espera de una reunión de la FICE en Madrid para no entrar en negociaciones. Se fijó entonces la fecha del 12 de agosto como tope para iniciar esas negociaciones y la víspera, en una reunión de más de cuatro mil personas, en el Polideportivo de Elda, los trabajadores decidían ir a la huelga como forma de presión durante la negociación del convenio, aunque sin resolver todavía si la harían por cauces legales o no. El 16 de agosto, unos seis mil trabajadores, reunidos en el estadio municipal, recibieron información de los contactos habidos con compañeros de Zaragoza y Baleares, y acordaban ir a una huelga legal a partir del día 24, si antes no se iniciaban las negociaciones del convenio, pues la FICE seguía alegando la dificultad de decidir sobre sus interlocutores.

Pero en Elche, 230 representantes de fábricas se reunieron en el seno del Movimiento Asambleario y decidieron llevar a la práctica el acuerdo adoptado en una asamblea celebrada en el campo de Altabix: convocar una huelga al margen del Ministerio de Trabajo, a partir del 22 de agosto, es decir, dos días antes de la fecha indicada por los compañeros de Elda y su comarca para iniciar la

huelga legal, en la que iban a participar 391 empresas de la comarca de Elda, Sax, Petrer, Villena y Novelda, además de otras situadas en Almansa y Yecla.

Ese lunes 22 de agosto FICE había convocado en Madrid a *«los representantes de los trabajadores»* para discutir el convenio y el Movimiento Asambleario del Medio Vinalopó envió a la reunión a varios representantes, acompañados de sus asesores jurídicos, Candela y López Tarruella. Pero ese mismo día, desde primeras horas de la mañana, grupos de trabajadores fueron acudiendo al estadio de Altabix, donde se celebró una asamblea con asistencia de ocho mil obreros y obreras, a los que se informó de que la huelga había sido seguida por el 80% de las fábricas locales, lo que suponía entre diez mil y catorce mil trabajadores. Piquetes de trabajadores y la Policía Armada, desplazada desde Murcia y Alicante, se enfrentaron desde mediodía y cuando se estaba informando, por la tarde, de que la patronal había aceptado, en Madrid, al Movimiento Asambleario como único interlocutor válido, alguien denunció que no se había parado en La Zapatera (INCASA), por lo que se organizó una manifestación de unas trescientas personas que se dirigieron a esa fábrica: hubo una carga de la Policía Armada, que disparó unas bolas de goma que alcanzaron a varios trabajadores e hirieron de gravedad a un joven, Andrés Rodes, en la cara. Hubo entonces momentos de gran tensión, teniendo que realizar grandes esfuerzos los comisionados del Movimiento Asambleario para calmar la indignación de los trabajadores. En Elda, Roque Miralles, Cabrera y Tornero informaron del éxito obtenido en Madrid y cuando, en efecto, parecía que se iba a desconvocar la huelga, las noticias traídas desde Elche por otros compañeros sobre la actuación de las Fuerzas de Orden Público decidieron a los trabajadores a ir a la huelga en solidaridad con sus compañeros agredidos. Así lo acordó una asamblea de diez mil trabajadores, reunidos en el Estadio Municipal, mientras los empresarios hacían saber su decisión de no iniciar conversaciones *«mientras la gente esté en huelga»*.

El 24 de agosto, tercer día de la huelga, el paro fue total en Elche, Villena, Aspe, Sax y Monóvar, salvo en algunas pequeñas empresas de difícil localiza-

ción, y los trabajadores se reunieron en asambleas multitudinarias. En Elda, sin necesidad de que interviniesen piquetes, pararon 19.000 trabajadores y 6.000 en Petrer, en orden total y en «*un ambiente de gran serenidad*». El cuartel general del Movimiento Asambleario de toda la provincia estaba instalado en el local de la Asociación de Vecinos de La Tafalera y allí se estimó que el paro afectaba a 47.500 trabajadores. El 25 de agosto una asamblea de mil quinientos fabricantes reunida en el Hotel Meliá, de Alicante, acordaba negociar con el Movimiento Asambleario sólo si éste era capaz de restablecer el orden a que se había comprometido. En Elda prosiguió, con normalidad, la huelga: casi quince mil trabajadores y trabajadoras se reunieron en el Estadio por la mañana y por la tarde, escucharon a representantes de Villena, Almansa, Petrer, Elche, Sax y Monóvar –que informaron de que el paro alcanzaba al 98% del sector– y recibieron noticias optimistas sobre la marcha de las negociaciones en Valencia, a pesar del acuerdo de la FICE de no tratar del convenio mientras durase el paro. Comenzaron a funcionar distintas comisiones para recabar ayuda económica y para informar en diversas localidades de la provincia y de Valencia.

El viernes 26 de agosto volvieron a reunirse empresarios y trabajadores en Valencia: aunque los empresarios insistían en su postura de no negociar mientras no se volviese al trabajo, los obreros plantearon que se negociaran al menos cinco puntos del convenio: vacaciones de treinta días naturales, dos pagas extras de treinta días –pagaderas incluso durante el servicio militar–, reconocimiento del principio de «*igual trabajo, igual categoría, igual salario*», jornada laboral de cuarenta horas semanales en cinco días y pago del 25% de salario por la empresa, en caso de enfermedad. Al mismo tiempo, en Elda, se concentraron en el campo de fútbol quince mil trabajadores en asambleas celebradas por la mañana y por la tarde: igualmente, se informó de la marcha del conflicto y también se recibieron ánimos y adhesiones de compañeros de otras localidades. Mientras tanto, los fabricantes del Valle de Elda ya habían presentado, casi en su totalidad, el expediente de cierre patronal y la patronal de Elche hizo público un comunicado en que reclamaba seriedad y considera inasumibles los au-



Octavilla del Movimiento Asambleario, convocando a una asamblea en el campo de fútbol (Archivo EMIDESAs).

mentos salariales que pedía el Movimiento Asambleario.

Al cumplirse la semana de huelga, el sábado 27 la patronal informaba de su decisión de romper las conversaciones y se ratificó en cuatro puntos: reconocer la representatividad del Movimiento Asambleario, autorizar asambleas fuera de las horas de trabajo en las fábricas, conceder dos horas de permiso a los representantes de fábrica y no negociar en tanto se mantuviese la huelga. En Elda hubo dos nuevas asambleas en las que se leyó un telegrama del alcalde Sogorb, enviado a *Las Provincias*, en que se desmentían algunas informaciones que aseguraban que los obreros habían volcado varios camiones. En general, la prensa de todo tipo admitía y elogiaba el orden y la serenidad reinante en el Movimiento Asambleario.

Hubo un intento de mediación de los alcaldes de Elda y Petrer, así como de los parlamentarios alicantinos, reunidos en la Diputación Provincial. En Elda, hubo asamblea y *festival popular* el domingo 28 y una asamblea el lunes 29 donde se informó de la marcha de la huelga y en la que ya se escucharon las primeras voces discrepantes, que proponían volver al trabajo si la patronal aceptaba los citados puntos básicos. En opinión del Gobierno Civil –en sus informes a Madrid– había cansancio ante la huelga y «*representantes de partidos y centrales sindicales hacen intentos de que determinadas personas actúen para moderar*

las respectivas posiciones», aunque «es el contacto directo representantes–amplia base lo que dificulta el entendimiento». El 30 de agosto en Elda, otra multitudinaria asamblea acordaba negociar cinco puntos antes de volver al trabajo y mantener la huelga. Por su parte, la FICE emitió un comunicado expresando su predisposición a negociar, pero sólo si se volvía al trabajo, y proponía al Movimiento Asambleario que esa decisión se votase en las fábricas y por votación secreta. Al parecer, en Elda, habían disminuido las ventas en el mercado de abastos entre un 30 y un 50%, algunos huelguistas habían tenido que retirar ahorros de sus bancos y cajas, y en la sexta hoja informativa de los trabajadores se recordaba que «cada caso de necesidad debe plantearse a sus representantes de empresa, y éstos a la asamblea de representantes» de modo que se le suministrarían, a quienes lo necesitasen, manzanas, patatas, arroz, huevos, leche, galletas, azúcar, alubias, garbanzos, lentejas y atún.

El 31 de agosto por la tarde se rompieron las negociaciones del convenio del calzado, que se celebraban en la AISS de Valencia, al exigir la patronal la reincorporación al trabajo para sentarse a negociar. Por la mañana, se había celebrado una asamblea en Elda, ciudad que, según la prensa, iba «perdiendo su natural fisonomía», con comercios, bancos, bares y cafeterías casi desiertos. Y el 1 de septiembre una asamblea de unas doce mil personas, celebrada por la mañana en el estadio municipal de Elda, escuchó los informes de Roque Miralles, Leal y Tornero sobre las diversas posibilidades que se abrían con la ruptura de las negociaciones: o bien, mantener la huelga, o bien aceptar la declaración de conflicto colectivo y la mediación de la Administración, es decir, un laudo. Hubo varias intervenciones, pero solamente una joven, que pertenecía al PCE, se manifestó a favor del final de la huelga y discutió el sistema de votaciones, proponiendo que o bien se hiciese por fábricas o bien en la asamblea vespertina, por tener más asistencia. La asamblea, sin embargo, votó de forma aplastantemente mayoritaria, casi unánime, la continuación de la huelga: además, se ampliaron los cinco puntos principales de las reivindicaciones. Seguía funcionando bien la *caja de resistencia*, con aportaciones incluso de comerciantes de muchas ciudades zapateras. Sin em-

bargo, los abogados asesores del Movimiento Asambleario, Candela y López Tarruella –ambos cercanos al PCE– advertían que la única vía posible era el arbitraje. Roque Miralles informó de la reunión con el Gobernador Civil en otra asamblea, en Elda, a la que asistieron entre catorce mil y dieciséis mil personas: en ella, Felipe Tornero salió al paso de ciertos rumores sobre la actitud de las centrales sindicales ante el conflicto, que consideró maniobras de la patronal para dividir a los obreros, y como responsable de CCOO en la zona, aseguró que su sindicato seguía apoyando al Movimiento Asambleario. En la prensa y en las declaraciones de partidos y sindicatos, de forma más o menos velada, comenzaban a aparecer algunas críticas al mantenimiento del conflicto y muchos recordaban que había sido un «un hecho ajeno a las intenciones laborales y reivindicativas», es decir, la intervención en Elche de la policía, el que había precipitado el conflicto.

El viernes 2 de septiembre hubo en el Ministerio de Trabajo, en Madrid, nuevas reuniones negociadoras, mientras en Elda reinaba cierta confusión y se hablaba ya del laudo. La caja de resistencia había superado ya el millón de pesetas y seguían llegando muestras de solidaridad. Para el Gobierno Civil, eran ya evidentes los signos de cansancio ante la huelga, aunque también había «intentos ya claros de acciones amplias de apoyo y de posible siembra de violencia desde grupos extremistas».

Al mantenerse en Madrid las posiciones tanto de obreros como de empresarios, la Administración dictó un laudo claramente desfavorable para los trabajadores, tal vez para no sentar precedentes «ante la convulsa situación laboral del país»: se fijaban las vacaciones en cuatro semanas, se igualaban los salarios de trabajadores y trabajadoras y había algún aumento, que en algún caso llegaba al 25%. Roque Miralles calificó, en un primer momento, de «vergonzoso» al laudo, que algunos empresarios reconocían que «no podía convencer a los trabajadores». Según Mira Candela, que siguió en Madrid los acontecimientos, el conflicto se había convertido, por el desarrollo mismo del Movimiento Asambleario, de un «mero conflicto de provincias» en un problema de resonancias nacionales y los partidos de izquierda temían que se produjese «un fenómeno de desestabili-

zación política». Si Leal había calificado el laudo de ilegal y de «acto fascista», que solo pretendía romper la unidad de los trabajadores, en una asamblea matutina celebrada en Elda, el propio Roque Miralles, que informó a la asamblea reunida por la tarde, a la que asistieron veinte mil personas, propuso la vuelta al trabajo a partir del lunes, pero entrando en las fábricas «con la cabeza alta, sin sentirnos ni derrotados ni vencidos», siempre y cuando los patronos aceptasen algunas mejoras en Alicante. El incremento salarial obtenido era de casi un 25% neto sobre el sueldo base y hubo algunas otras concesiones de escasa importancia, pero Roque Miralles informó de que había solicitado a la dirección de la FICE que aceptase, al margen del laudo, un 30% de aumento, vacaciones de 30 días laborables, amnistía laboral total y ausencia de represalias, jornada laboral de 42 horas semanales y otras reivindicaciones. Y se dijo que los empresarios se reunirían el domingo, en el Hotel Meliá de Alicante, para contestar a esos planteamientos y los trabajadores lo harían el lunes por la mañana.

El lunes 5 de septiembre se volvió al trabajo. Elche, que había votado la continuidad de la huelga, se sumó al acuerdo del resto de localidades zapateras y en Elda, la decisión se tomó en una asamblea celebrada por la tarde en el Estadio Municipal, después de que por la mañana quince mil trabajadores acordasen llevar a cabo votaciones en las empresas: 5.133 personas se inclinaron por la vuelta al trabajo y 1.389 en contra, pero hubo al menos tres mil trabajadores que ni siquiera votaron. Los dirigentes del Movimiento Asambleario pidieron unidad y vigilancia ante cualquier represalia.

Hubo muchísimas opiniones y valoraciones de esta huelga. Un grupo de treinta sacerdotes pedía perdón por no haber sabido compartir el dolor y la lucha de los trabajadores, y criticaba a quienes no comprendían los valores de «entrega, unidad, generosidad y sacrificio» de que había hecho gala el mundo obrero. El comité ilicitano del PCPV exponía sus razones para aconsejar el final de la huelga que, en su opinión, había llegado a un callejón sin salida: «ante esta situación, un partido obrero responsable no puede por menos que denunciar estas estrategias, aunque esto le valga las críticas de sectores izquierdistas que han demostrado so-

bradamente su irresponsabilidad», afirmaciones que fueron muy criticadas. Y por su parte, el Gobierno Civil estimó que en este conflicto «los partidos legalizados y sus representantes habían sido rebasados por los del Movimiento Asambleario» y habían perdido «adeptos por su pragmatismo en defensa de los intereses generales, que son los de entrar a trabajar sin merma del derecho a mejorar su situación laboral». Para otros muchos, en cambio, el Movimiento Asambleario constituyó una experiencia inolvidable de lucha obrera: no cabe duda de que, aunque subyacía una política reformista –en definitiva, se discutían las mejoras de un convenio–, hubo unas formas y una estética casi revolucionarias.

La celebración de las Fiestas en Elda fue, según la prensa, «triste» y en la caja de resistencia del Movimiento Asambleario quedó más de un millón de pesetas, que se encargaron de administrar seis personas, a las que se mandató también para «velar» por la vigencia del Movimiento Asambleario. Pero ya algunos de los impulsores del Movimiento Asambleario –entre ellos, José Leal– se habían incorporado a USO, que constituía su Federación de la Piel.

Mientras tanto, las asociaciones de vecinos y representantes del PSOE, PCE, PSP y MCPV se reunieron con el alcalde y varios concejales para tratar de la aprobación de las Normas urbanísticas que los representantes de las fuerzas democráticas consideraban urgente y el Movimiento Obrero y Ciudadano (MOC) de Elda y Petrer organizaba, el 6 de julio, una manifestación de protesta por las deficiencias en los servicios de la Seguridad Social en ambas poblaciones. Acudieron nada menos que unas 25.000 personas –aunque el Gobierno Civil sólo admitió la presencia de unas 10.000–, que exhibían un centenar largo de pancartas en demanda de una sanidad mejor. Ya en octubre, ese mismo organismo convocó otra manifestación para denunciar las deficiencias en la enseñanza. Y en el Ayuntamiento de la ciudad ondeaba la *senyera*, como muestra del apoyo de la corporación a la autonomía valenciana.

La consolidación de la democracia

El periodo que transcurre entre las elecciones de junio de 1977 y las cele-

bradas en octubre de 1982 puede considerarse, a pesar de las frecuentes amenazas de regresión, como una fase de consolidación de la democracia, pues en esos años se elabora la Constitución, se democratizan los municipios, comienza a resolverse el problema de las autonomías y accede al poder una opción política de izquierdas. Sin embargo, a partir de 1979, se acentuaría en los partidos políticos la tendencia a la desmovilización de las bases y crecería el «desencanto» de la mayoría de la población, que por otro lado, tampoco se había distinguido antes por su entusiasta participación en los asuntos públicos.

Tras las elecciones de junio de 1977, iban siendo legalizados la mayoría de los partidos que estaban pendientes de ello, mientras que los que habían acudido a las urnas trataban de afianzar o iniciar su implantación efectiva. De otro lado, se creía entonces que las elecciones municipales iban a ser convocadas de inmediato y la izquierda, optimista por los resultados electorales, se planteó la formación de candidaturas unitarias, pero la convocatoria quedó aplazada para dar paso a la elaboración de la Constitución, aunque también influyó el convencimiento del gobierno de UCD de que, planteadas las municipales en esos momentos, supondrían un triunfo clarísimo de la izquierda.

La firma de los Pactos de la Moncloa, aunque beneficiosa en general para la estabilidad democrática, provocó muchos roces internos en los sindicatos y partidos de izquierda. En cierto modo, se pedía a los trabajadores que asumieran el coste de la estabilización de la recién nacida democracia: seguían el paro, los despidos, los expedientes de crisis que, en Elda, afectaron sobre todo a las empresas dependientes del capital americano. Los sindicatos convocaron una manifestación que se llevó a cabo el 29 de noviembre y a la que, pese a la lluvia, asistieron unas cinco mil personas, aunque se esperaba la asistencia de unas quince mil: a su frente iba una pancarta con la leyenda «UGT, CCOO, CNT y USO por la defensa del puesto de trabajo. No al paro». Con gran agudeza, el periodista Mira Candel ponía de relieve, concretando su análisis en la comarca de Elda-Petrer, las contradicciones que los Pactos de la Moncloa estaban sacando a la luz, entre la política oficial y la política real: «desde el poder se lanzan con-

signas de serenidad y espíritu de sacrificio, y desde la calle, se clama por la justicia». Los despidos y expedientes de crisis que se sucedían en la comarca, el papel creciente de las Asociaciones de Vecinos, la consolidación del Movimiento Obrero y Ciudadano de Elda-Petrer –que intentaba constituir una especie de «frente popular común» con partidos políticos, sindicatos y entidades cívicas de Elda, Petrер, Villena, Pinoso y Monóvar– eran ejemplo de esa realidad existente...

La precaria situación de las corporaciones municipales provocó la dimisión de la que encabezaba Francisco Sogorb, el 22 de diciembre de 1977, aunque acordaron seguir hasta el 9 de enero, en espera de la contestación del Gobierno Civil. Los ediles eldenses señalaban que el aplazamiento de las elecciones locales impedía «dar paso a quienes, democráticamente, pueden y deben tratar los problemas del pueblo». El Gobierno Civil, en sus informes a Madrid, consideraba muy peligroso el «ejemplo» de la corporación de Elda porque se podrían crear comisiones gestoras y llegar a los Ayuntamientos «elementos comunistas que de otra forma no lo hubieran conseguido» y, como era de esperar, no aceptó esa dimisión. Reunido el 10 de enero de 1979, el consistorio eldense reconsideró su decisión y permanecieron en sus cargos el alcalde y diez concejales, mientras otros cuatro ediles mantuvieron su decisión de dimitir. Los partidos políticos parlamentarios emitieron entonces una nota solicitando a los concejales que se ocuparan nada más que de los asuntos de trámite y pidieron que fuesen públicas las reuniones de la Permanente.

A fines de 1977 se celebró en Elda un encuentro de Asociaciones de Vecinos de la provincia y el MOC de Elda-Petrer continuaba su labor, ya en enero de 1978, reuniendo asambleas para analizar los problemas sanitarios de la zona. Se estaban entonces celebrando las elecciones sindicales, en las que se enfrentaron USO, UGT y CCOO, pues la CNT decidió, de acuerdo con su tradición, no participar en ellas.

Comenzaba ya el *desencanto* entre los ciudadanos, que pedían más seguridad y vigilancia, mientras que apenas doscientas personas acudían a los actos en recuerdo de Teófilo del Valle. En marzo de 1978 empezaron las asambleas y reuniones para discutir el con-



Mitín del PCE en Elda en 1978, con asistencia de Santiago Carrillo (Archivo EMIDESAS).

venio del calzado, sobre todo en Elche y Elda, con el firme propósito de evitar a toda costa el laudo. En principio, se aceptaban los límites marcados por el Pacto de la Moncloa, lo que suponía un aumento del 20% de la masa salarial, y se acordó que las negociaciones se suspenderían cuando comenzase la FICIA, si no se había llegado a un acuerdo. Hubo entonces las correspondientes asambleas donde Andrés Lorente en Elche, Roque Miralles y José Leal en Elda, representantes obreros en la comisión negociadora, informaban a los delegados de fábricas de las negociaciones y recogían sus propuestas. Aunque se habló de la huelga y se votó en las fábricas al respecto, se impuso la opinión de la dirección de los sindicatos que negociaban el convenio, según la cual *«la presión no debe ir por delante de la negociación»*. A finales de marzo, sin embargo, se barajaba la fecha del 6 de abril siguiente para iniciar la huelga legal, tras rechazar los trabajadores las propuestas de la patronal sobre aumentos salariales. Ya en abril, hubo una huelga que afectó al 90% de las empresas y se celebró una asamblea en el campo de fútbol, en la que reinó la indignación y el desconsuelo por la ruptura del convenio: Leal, Miralles y Tornero informaron a cerca de seis mil trabajadores, que decidieron preparar una huelga intermitente, a partir del día 13, cosa que también se acordó en Elche y parecía que iba a ser secundada en otras provincias. El día 13, sin embargo, se consiguió un acuerdo en el

convenio del calzado. Aunque seguían funcionando las masivas asambleas, la dirección de la huelga la llevaron ya representantes de CCOO, UGT y USO. En el convenio, se consiguieron varias mejoras económicas y sociales, que una comisión mixta adaptó al ámbito provincial. El 14 de abril abrieron normalmente sus puertas todas las fábricas y el acuerdo fue refrendado en las fábricas: en Elda sólo 381 trabajadores se opusieron al acuerdo, que fue apoyado por 8.762 obreros.

En 1978 se celebró por primera vez en libertad y sin trabas el Primero de Mayo: se sumaron a los actos entre tres mil y cuatro mil trabajadores, convocados por CCOO, USO, UGT y CNT. No hubo incidentes, aunque había diferencias en las pancartas y consignas de cada sindicato y partido, y por la tarde, se celebró una fiesta en la ermita de San Crispín, también condicionada por el frío y la lluvia. Como en otras ciudades, se cantó la Internacional y se aludió a UCD (*«No se ven, no se ven, los obreros de UCD»*). En el mitin que cerró la manifestación, los oradores recordaron la significación y la historia de la fecha, así como a las víctimas obreras de las luchas sociales.

El MOC continuaba insistiendo en la necesidad de la Residencia Sanitaria comarcal, recogió nueve mil firmas para apoyar esa petición y convocó una manifestación a la que únicamente asistieron entre mil y dos mil personas. Seguían apareciendo nuevas asociaciones

Manifestación masiva a favor de una mejora de la escolaridad en Elda. Octubre de 1977 (Archivo EMIDES).A).



de vecinos, como la de «Prosperidad-Progreso» y se planteaba de nuevo el tema del alcantarillado. En el verano de 1978 continuaba la polémica entre FICIA y FICE, que se prolongaría durante años, en torno a la continuidad de la Feria del Calzado en Elda, de modo exclusivo, cosa a lo que se negaba la FICE, que exigía su derecho a apoyar «*cuantas exposiciones el sector necesite*», sin condiciones previas.

Lentamente, se iba produciendo un divorcio entre los partidos parlamentarios y sindicatos mayoritarios, que pretendían ante todo consolidar su posición, y las fuerzas minoritarias de la izquierda, que se planteaban nuevas reivindicaciones y buscaban en temas como la ecología, la solidaridad internacional, la lucha contra las centrales nucleares, el feminismo, etc., el eco que no encontraban en las urnas. Así, en septiembre de 1978, el MCPV organizaba una campaña de recogida de firmas para interesarse por el paradero del sacerdote Antoni Llidó, desaparecido tras el golpe de estado de Pinochet. Y mientras la JOC ponía en marcha una campaña para romper con «*el manejo del tiempo libre*» de la juventud, criticando el aprendizaje, el servicio militar y la sociedad capitalista y consumista, la UGT organizaba sesiones de cine con películas de Lina Morgan y la famosa *Helga*...

En el otoño de 1978 tuvo en Elda bastante repercusión una huelga provincial de la Construcción, en la que unos mil trabajadores siguieron de cer-

ca, en asambleas, la evolución del conflicto. Comenzaban a menudear las denuncias y reuniones –que nunca dieron paso a decisiones concretas– sobre el claudesinaje: los sindicatos pidieron facilidades para legalizar las empresas sumergidas, pero descartaban «*convertirse en policías de nuestros propios compañeros*» y se reafirmaban en sus argumentos, denunciando que algunas empresas legales fabricaban dos mil pares a la semana y facturaban, en cambio, cinco mil...

En noviembre de 1978, se celebró en Elda –tras grandes discusiones sobre si era conveniente hacerlo o asistir a la convocada en Alicante– una manifestación contra el terrorismo, que amenazaba con impedir incluso la consulta constitucional: en la ciudad, además, unos desconocidos quemaron varias *senyeras* en la plaza de Castelar, en atentado que reivindicó la Triple A, que lo justificó porque «*desprestigiaban*» a la bandera nacional, junto a la cual ondeaban.

Hacia las primeras elecciones municipales

Aprobada la Constitución en diciembre de 1978, se convocaron elecciones generales y municipales, y comenzó a hablarse de candidaturas: el del PSOE, García Blanes, sorprendía con unas declaraciones en las que afirmaba que su condición de empresario «*no está reñido con el socialismo*. Lo dijo Pablo Igle-

sias cuando fundó el Partido, que estaba abierto a todos, sin exclusiones, si lo hace con buenas intenciones»... En las elecciones generales de 1979 –en las que prácticamente se repitieron los resultados de las celebradas en junio de 1977– hubo algún incidente cuando elementos de extrema derecha intentaron retirar una bandera republicana en un mitin del MCPV y se puso ya de manifiesto la cercanía de USO a UCD, pues el sindicato prestó sus locales para un coloquio de Gamir sobre los problemas del calzado; además, varios dirigentes de USO se entrevistaron en Madrid con los ministros Fernández Ordóñez, Calvo Ortega, García Díez, Abril Martorell y Rodríguez Sahagún, lo que se interpretó como un acto claramente electoralista.

Mientras tanto, en el terreno laboral, se producía una huelga de marroquinería y la negociación del convenio del calzado. CCOO y UGT propusieron que sólo estuvieran representadas en la mesa de negociación los sindicatos que tuvieran un 10% de afiliados en el sector, USO y Sindicato Unitario (SU) lo reducían al 5% y la CNT se oponía a cualquier reducción: cada sindicato opinaba en función de su implantación en el sector. A finales de enero de 1979 se reunieron en Elda representantes estatales de las Federaciones del sector de UGT, CCOO y USO para unificar criterios ante el convenio. Se hablaba de solicitar un aumento salarial entre el 16 y 19% y, al parecer, surgió cierta psicosis de que podría repetirse la conflictividad social de los dos últimos años: en una asamblea celebrada en el Polideportivo de Elda, a la que asistieron unos mil trabajadores, hubo ya veladas amenazas de huelga, a pesar de que en algún punto concreto –la aplicación del aumento del 18% sobre incentivos– se había llegado a un acuerdo entre FICE y los sindicatos.

De otro lado, la Delegación Provincial de Trabajo organizó unos cursillos para parados que produjeron en Elda una auténtica rebelión de los obreros, que alegaban que esos cursillos que no eran exactamente de formación profesional, sino de «*formación precultural*»: sólo un

15% de los que firmaban como prueba de su asistencia entraba a las clases de cultura general, mientras que el resto se quedaba charlando, fumando o escuchando música. En el fondo, se intentaba también controlar el clandestinaje. Pero la mayoría de los parados, con subsidios que oscilaban entre las 15.000 y las 22.000 pesetas, aseguraban que se veían obligados al trabajo clandestino para poder mantener a su familia.

La Asamblea de Mujeres de Elda-Petrer, que mantenía en alto la bandera del feminismo con diversas actuaciones, preparó, en el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, una jornada de denuncia, porque «*no es justo que la mujer trabajadora tenga una doble jornada: en casa y en la fábrica*». Poco después, iniciaba una campaña contra la Ley del Divorcio que proyectaba la UCD, que consideraba insuficiente.

En las elecciones municipales de abril de 1979, se produjo un claro triunfo del PSOE, que alcanzó más del 40% de los votos: la nueva corporación democrática –compuesta por diez concejales del PSOE, cinco del PCE, ocho de UCD y dos de Coalición Democrática– reconoció por unanimidad el importante papel jugado en la transición por Francisco Sogorb, al que algún periodista calificaba de «*primer alcalde de la democracia*». Merced al pacto municipal suscrito entre PSOE y PCE fue elegido alcalde Roberto García Blanes.

Mientras tanto, seguía discutiéndose el convenio del calzado, que se firmó a mediados de abril y fue calificado por algunos representantes sindicales como uno de los mejores de los últimos tiempos. De otro lado, se celebró en La Tafalera el IV Encuentro de las Asociaciones de Vecinos del País Valenciano, con representantes de 95 Asociaciones. Pese



Roberto García y Vicente Maestre, primeros ediles democráticos del posfranquismo. Dos alcaldes para un solo entorno urbano: una relación difícil y necesaria (CEFIRE).

a las esperanzas puestas en el gobierno municipal democrático, pronto surgieron roces entre las Asociaciones de Vecinos y la nueva corporación, que mostraba su disposición a colaborar con ellas, pero sin permitir que rebasaran sus límites de gestión.

La celebración del 25 de abril y del Primero de Mayo fueron apoyadas desde el gobierno municipal de izquierdas; se izó la *senyera* en el Ayuntamiento y alcalde y concejales de izquierdas tomaron parte en la manifestación unitaria del Primero de Mayo. Esta *oficialización* de determinadas fechas contrastaba con la disminución de la participación popular en las actividades políticas y sindicales: en julio, apenas cien personas respondieron a una convocatoria de CCOO para manifestarse contra la política económica del gobierno. También los responsables de la Casa de la Juventud –que venía funcionando desde noviembre de 1977– se quejaban de la escasa ayuda que recibían y señalaban cómo iba disminuyendo la participación de los jóvenes en sus actividades culturales y deportivas. Y en octubre, hubo una concentración ante el Ayuntamiento en la que varios partidos y sindicatos solicitaron que una plaza de la ciudad llevase el nombre de «País Valencià», aunque en general la Diada transcurrió entre la indiferencia general.

En septiembre de 1979, hubo problemas al inicio del curso escolar y nu-

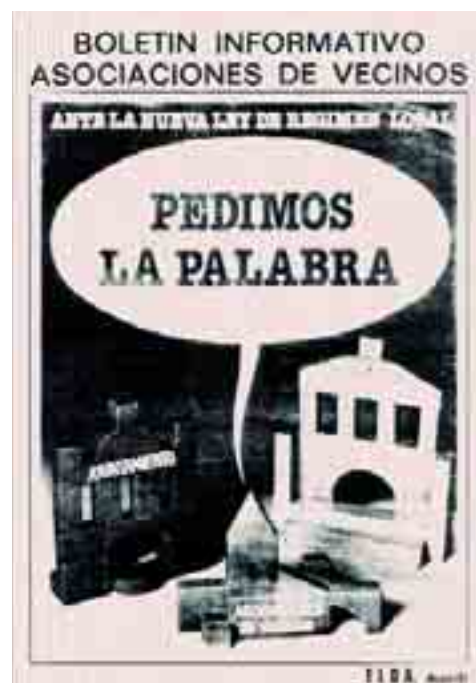
merosos maestros de la localidad y de la vecina Petrer se concentraron para pedir la dimisión del Ministro, porque había más de mil quinientos alumnos sin clase por falta de pupitres; la Asociación de Vecinos de Cuatro Zonas-Barrio Estación lanzó un duro comunicado: «*Vemos sorprendidos que todo sigue igual*».

El «desencanto»

Frente a esa falta de participación en las tradicionales actividades políticas y sindicales, los grupos de izquierda más activos plantearon nuevos temas, desde la lucha contra las centrales nucleares hasta la despenalización del aborto o el paro juvenil. Sólo ante la grave crisis del calzado –sector en el que seguían los cierres– cerca de cuatro mil personas se manifestaban, en diciembre, para exigir soluciones: se decía que en la comarca cerca de sesenta empresas había solicitado suspensión de actividades en una sola semana y a primeros de 1980 se había doblado el número de perceptores del seguro de desempleo. Se decía, también, que con la reestructuración del sector podían desaparecer hasta ocho mil puestos de trabajo. UGT, CCOO y USO negociaron el convenio, pero sólo lo firmaron en marzo UGT y USO, junto a la patronal FICE, que continuaba su polémica con FICIA. En los meses siguientes, continuó la crisis –que afectó a empresas de la importancia de «Pedro García» o «Palizzio Bonilla»– y en septiembre se reunió en Madrid una comisión tripartita –gobierno, sindicatos y patronal– para analizar la cuestión.

Las disensiones entre los sindicatos se agravaron con la salida de numerosos afiliados de USO y su paso a CCOO: Roque Miralles aseguró entonces que esos abandonos favorecían a USO puesto que le liberaban de gentes de extrema izquierda. En la manifestación del Primero de Mayo de 1980 también se evidenciaron esas disensiones y CCOO se negó a firmar el comunicado final.

Hubo por estas fechas, mayo de 1980, varias acciones terroristas en Elda: una bomba en la plaza de Castelar, un artefacto lanzado contra la librería «Martín Fierro» y un asalto con robo a los locales de la CNT; en alguno de ellos, sus autores dejaron signos fascistas. En ese sentido, la presencia en Elda de Fuerza Nueva provocaría algunos enfrenta-



Boletín Informativo de las Asociaciones de Vecinos de Elda en 1981 (Archivo EMIDESDA).

mientos e incidentes, sobre todo cuando se produjo la inauguración de su sede, meses más tarde.

En la vida municipal, hay que señalar que los intentos de fortalecer la Mancomunidad entre Elda y Petrer no cuajaron, pese a que ambas corporaciones estaban gobernadas por el PSOE que no supo poner de acuerdo a García Blanes y Maestre, alcaldes respectivos de las dos ciudades. Además, había roces entre los concejales comunistas y los socialistas –en concreto, en torno a una Semana de la Juventud en la que el alcalde impidió que se repartiese un manifiesto ecológico porque contenía críticas sobre la política municipal de zonas verdes–, y las Asociaciones de Vecinos criticaban a la corporación por no haberles consultado en la elaboración de presupuestos y por su actitud en torno al tema de las contribuciones especiales.

A finales de diciembre de 1980 se dio a conocer el documento básico elaborado por la comisión tripartita sobre el calzado, que reconocía la crisis y proponía, entre otras cosas, una fuerte inversión de administración y empresarios en promoción y publicidad, un aumento del 30% en la productividad y del 6% en los salarios, moratorias de pago a la Seguridad Social, créditos para comprar maquinaria, jubilación anticipada en algunos casos, etc. Ese documento fue criticado por USO y ya en enero de 1981 se celebró una *marcha contra la crisis*, apoyada por partidos y sindicatos de izquierda para conseguir «*la supervivencia de la ciudad*», gravísimamente afectada por la crisis del calzado. Asistieron unas dos mil personas, con la corporación municipal al frente: las pancartas protestaban contra los cierres fraudulentos, los expedientes indiscriminados, las regulaciones sin sentido y el empeoramiento de las condiciones laborales.

En el terreno municipal, en el Ayuntamiento de Elda todos los grupos municipales acordaron la supresión del yugo y las flechas del Monumento a los Caídos en la localidad, pero solo el PSOE y el PCE votaron a favor de que, en lugar de llamarse «Plaza de la Cruz de los Caídos», se denominara «Parque de la Concordia».

El golpe de Estado de 1981

En cuanto al golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, en Elda partidos



Pese a episodios como el 23-F, el sistema democrático se fue consolidando paso a paso (CEFIRE).

y sindicatos trataban de obtener noticias tras el asalto de Tejero al Parlamento, mientras las Fuerzas de Orden Público mantenían una «*situación de precaución dentro de la normalidad*». Al ser proclamado el bando de Milans del Bosch, al menos en los locales de USO, UGT, PCE, PSOE, se procedió a esconder o destruir parte de la documentación. Los concejales socialistas y comunistas y el alcalde abandonaron el Ayuntamiento hacia las nueve y algunos de ellos, siguiendo el consejo de Íñiguez –que había pasado por otras situaciones similares durante la República– no durmieron en sus domicilios habituales. A las once, la policía interrumpió una proyección de cine y recomendó a los espectadores que se marcharan a casa, en grupos de tres, como máximo. Al día siguiente, disminuyó la asistencia al mercado e incluso a los ambulatorios médicos y se constataba un gran interés por seguir el curso de los acontecimientos. En la mañana del 24, volvieron al Ayuntamiento los concejales socialistas y comunistas –los de UCD y CD tardaron en aparecer, según García Blanes– y tras la liberación de los parlamentarios secuestrados se envió un telegrama de «*profundo y emocionado agradecimiento*» al Rey: más adelante, y no sin discusiones protagonizadas por UCD y AP, se acordó dedicar a Juan Carlos I la principal calle de la localidad, hasta entonces denominada de Martínez Anido; también se cambió el nombre de la calle del 18 de Julio, que se dedicó al Príncipe de Asturias. En marzo, algún lec-

Tarjeta anunciadora del acto de presentación en Elda de la USO, que llegó a ser el sindicato mayoritario en la ciudad.



tor denunciaba en la prensa que en la noche del 23 de febrero hubo en Elda algún movimiento de la extrema derecha, pues se delimitó una especie de *zona nacional* y algunos grupos, con defensas y perros, pararon a los escasos transeúntes que se dirigían a sus casas «*pidiéndoles identificación y afiliación política*»: las acusaciones apuntaban a Fuerza Nueva, cuyo presidente contestó a las acusaciones con un tono que demostraba la profunda herida causada por el intento de golpe de estado en la sociedad española, pues se permitía incluso defender a los ciudadanos «*limpios*» que en aquella noche habían actuado sin miedo e «*incluso sin acatar toques de queda anticonstitucionales*». Por el contrario, otros lectores insistían en demandar «*el desenmascaramiento de todos los cómplices, encubridores, propiciadores y autores del criminal atentado*» y de quienes «*vienen conspirando contra la democracia desde el mismo momento de la reforma política*».

La tradicional manifestación del Primero de Mayo en 1981 estuvo condicionada por el golpe de estado del 23-F. Asistieron unos mil trabajadores, que desfilaron con el lema «*Contra el paro y por la libertad y la defensa de la democracia*». Al final de la manifestación, MCPV, CNT y Juventud Obrera Católica (JOC) rindieron un homenaje a Teófilo del Valle, pero no pudieron colocar una placa («*A Teófilo del Valle, muerto en la lucha obrera*») por oponerse la corporación municipal. Además, se planteaban nuevos temas: el Grup de Dones de Elda-Petrer promovía la creación de un Centro de Planificación Familiar y se producía un enfrentamiento entre Alianza Popular y PCE en torno a la despenalización de las drogas blandas. También suscitó controversia la entrada de España en la OTAN y en el verano se constituyó un Comité Anti-OTAN compuesto por varias formaciones políticas y sindicales y cívicas como CNT,

CCOO, JOC, MCPV, la Asamblea Antifascista, la Asamblea de Mujeres de Elda-Petrer, Asociaciones de Vecinos, Jove Germanía y Juventud Comunista del País Valencià (JCPV), que organizaron, ya en octubre, alguna manifestación en que se repartían ramos de olivo.

La guerra de las Ferias continuaba sin descanso: FICE anunció en abril que promocionaría una Feria Internacional en Madrid, mientras que se redoblaban los esfuerzos para que la Feria no saliese, al menos, de la provincia. A mediados de mayo se supo que la Feria seguiría celebrándose en Elda y el reconstituido Patronato de FICIA, que ahora presidía el alcalde de la ciudad, se reunió con FICE. A partir de ahí se asistió a un enfrentamiento que alcanzó formas esparpénticas, con cruce de querellas entre el alcalde de la ciudad y algunos dirigentes de FICIA. Al final, tras innumerables artículos en la prensa de sindicatos, partidos políticos, empresarios, asociaciones de vecinos y el propio Ayuntamiento, se llegó en el verano de 1982 a un «*histórico acuerdo*» por el que se creaba la Fundación FICIA, con un fondo patrimonial de 138 millones de pesetas.

De nuevo el «clandestinaje»

Todo indicaba que de nuevo crecía la industria clandestina. Como aseguraba el periodista Mira Candel, «*millones de zapatos se hacen a escondidas en Elda. Todo el mundo lo sabe, pero nadie quiere denunciarlo. Porque mientras el clandestinaje exista, habrá vida*». Meses después, USO denunció una «*masiva invasión de inspectores*» en la comarca de Elda-Petrer, lo que calificaba de «*un ataque directo al calzado*». Se corría el riesgo, aseguraba José Leal, de convertir «*el paro oficial en paro real*». USO recordaba sus intentos de que se resolviese el tema del clandestinaje y sus advertencias de que «*el cinturón clandestino puede hundir a la industria del calzado*», pero ahora «*bajo la máscara de lucha contra el fraude*», se escondía un ataque directo al sector. Para *La Verdad*, el clandestinaje había supuesto, en los dos últimos años, «*un inestimable balón de oxígeno*» que había suavizado la crisis del sector, gracias al cual Elda no se había convertido en un «*polvorín laboral*». Sin embargo, admitía el periodista –posiblemente, Mira Candel– que había que distinguir entre «*quienes trabajan en la*



Alfonso Guerra, entonces vicepresidente del Gobierno, inaugura el mercado central de Elda (Archivo EMIDESAS).

ilegalidad para salir del hambre y quienes lo hacían para enriquecerse a costa del silencio oficial». Por su parte, CCOO denunciaba que en esa campaña sólo se actuaba contra los obreros y que ningún empresario había sido sancionado, por lo que la consideraban una pura actividad propagandística del gobierno, al que acusaban de escasa vigilancia, hasta el punto de que se había llegado a cerrar empresas por correo certificado, sin el menor control.

La descomposición de UCD y las elecciones de 1982

Tras la dimisión de Adolfo Suárez, se acentuó la descomposición de UCD que sufrió en la ciudad abandonos importantes, al tiempo que Fernández Ordóñez presentaba su nuevo partido, Acción Democrática, que pretendía *«la modernización de España sin radicalismos»*. Además, durante algún tiempo, los concejales de AP y UCD no acudieron a los plenos por disconformidad con los modos de actuar del alcalde García Blanes. Finalmente, incluso el senador Roque Calpena anunció su pase a Alianza Popular, aunque prometió mantener la disciplina parlamentaria de UCD hasta el final de la legislatura.

En un ambiente de desmovilización –fruto, en parte, del propio golpe de estado–, la Asamblea de Mujeres de Elda-Petrer organizó la I Semana de la Mujer y otros actos en marzo de 1982, con ocasión del Día de la Mujer Traba-

jadora. En febrero de ese año se presentó en la ciudad un «Colectivo por la defensa de las libertades», cuyo primer acto organizado fue una conferencia de Luis Otero sobre «Ejército y sociedad». Pero cuando llegó el Primero de Mayo de 1982 apenas tomaron parte en los actos convocados por los sindicatos entre trescientos y quinientos obreros. También se mostraban menos combativas las Asociaciones de Vecinos, aunque una coordinadora local participó en un encuentro estatal celebrado en Valladolid.

A las elecciones generales de 1982, celebradas en octubre, concurrieron un PSOE en estado de gracia; AP, que iba en coalición con el Partido Demócrata Popular y con Unión Valenciana; un PCPV en franca crisis, el Centro Democrático Social recién formado por Adolfo Suárez, una UCD en total declive, dos bloques nacionalistas, Esquerra Unida del País Valencià y Unitat del Poble Valencià, así como fuerzas de menor importancia, en la izquierda y en la derecha. En Elda el PSOE obtuvo el mismo aplastante triunfo que en la mayoría de las ciudades y en el conjunto del Estado, seguida de Alianza Popular y a mucha distancia, del CDS y del PCPV.

Las consultas electorales y los gobiernos locales desde 1983 a 1999

En mayo de 1983 se celebraron las segundas elecciones municipales de la de-

mocracia. El PSOE, tras su triunfo clamoroso en las elecciones generales de 1982, obtuvo la mayoría absoluta, con 17 concejales y un 63'78% de los votos, repitiendo en la alcaldía Roberto García Blanes. Desaparecida UCD del mapa político, Alianza Popular se convirtió en la primera fuerza de la oposición, con seis concejales y el 24'3% de los votos; los dos puestos restantes los consiguieron el PCE, encabezado por Agustín Coloma, con el 6'7% de los votos y una Candidatura Independiente, que encabezaba Juan Pascual Azorín –quien al final de la legislatura se integraría en el PSOE–, con el 5'1% de los votos.

En 1987, tras el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN –que fue aprobado en Elda por el 73% de los votos–, perdió el PSOE esa abrumadora mayoría absoluta. Su candidatura, que encabezaba de nuevo García Blanes, obtuvo doce concejales, por seis Alianza Popular, cinco el Centro Democrático y Social y dos Izquierda Unida, cuya lista encabezaba Fernando Belmonte. En Alianza Popular se notaron los efectos de los enfrentamientos internos. En cuanto al CDS, su lista la encabezaba Esther Padial, que había militado ya en las filas de UCD. Esta legislatura no resultó cómoda para el PSOE y hubo en 1988 una fuerte discusión en torno a los presupuestos: sin embargo, el paso al Grupo Mixto de la concejala de AP Manuela Cañada –que había encabezado en 1987 una multitudinaria manifestación contra la inseguridad ciudadana– impidió la presentación de cualquier posible moción de censura, sobre todo tras el nombramiento de Cañada como responsable de Seguridad Ciudadana.

En 1991 revalidó el PSOE su victoria, aunque perdió un concejal. El Partido Popular y EUPV mantuvieron sus resultados, seis y dos concejales, respectivamente– y el CDS, encabezado por Francisco Sogorb, logró sus mejores resultados, con seis concejales, a pesar de que en otros lugares había desaparecido del mapa político. De nuevo gobernó Roberto García Blanes, en minoría, hasta que en 1992, IU aceptó entrar a formar parte del gobierno local. En 1993, aunque en el municipio se había llegado a un pacto tripartito entre PSOE, CDS e IU, en las elecciones generales triunfó ya el Partido Popular. Al año siguiente, Francisco Sogorb se afiliaba

al PSOE, que estaba ya controlado por Juan Pascual Azorín, elegido secretario general de los socialistas del Vinalopó.

En marzo de 1995, renovados los cabezas de listas, el PP fue la minoría más votada y obtuvo doce concejales, nueve el PSOE y 4 EU. La falta de entendimiento entre PSOE y EU permitió el gobierno en minoría del PP, con Camilo Valor de alcalde. Sin embargo, en junio de 1996 se produjo un pacto entre PSOE e IU que llevó al poder a Juan Pascual Azorín, desplazando al Partido Popular, tras once meses de gobierno. Al año siguiente, EU entró en una grave crisis al integrarse en Nueva Izquierda dos de sus concejales, Benjamín Ortuño y Florentino Ibáñez, cuyo acercamiento al PSOE era evidente.

En julio de 1999 el PSOE –que se presentó bajo el nombre de PSOE-Progresistas, integrando a algunos miembros de Nueva Izquierda– obtuvo de nuevo la mayoría absoluta con trece concejales, mientras el PP –cuya candidatura encabezó José María Amat– se quedaba con diez, EUPV con uno, Domingo Orgilés, y la Unión para el Progreso de Elda, que encabezaba el industrial Juan Navarro, con otro. El PSOE ganó en 56 de las 77 mesas y en todos los distritos, salvo en el tercero, que correspondía a las zonas del campo y tenía un millar escaso de votantes. De nuevo fue alcalde Juan Pascual Azorín, que en el 2000 sería elegido presidente del PSPV.

Además, varios políticos eldenses fueron elegidos como diputados en las Cortes generales y autonómicas: en el Congreso de los Diputados han figurado Ángel Castroviejo Calvo (AP), Clementina Torrado (PSOE) y el propio Juan Pascual Azorín, al renunciar en 1999 Pedro Solbes y Josep Sanús. En el Senado estuvieron otros como Roque Calpena (UCD) o José Cremades (AP) A las Cortes Valencianas han ido, en diferentes legislaturas, Luis Torregrosa (PSOE) y García Blanes –que, sin embargo, pasó en 1999 al Grupo Mixto, facilitando la gobernabilidad del Partido Popular, en dificultades entonces con su socio Unión Valenciana.

A lo largo de los últimos años del siglo XX, las distintas corporaciones democráticas eldenses han promovido una serie de mejoras urbanísticas y en las infraestructuras, aunque no siempre las obras se hayan realizado con la premu-



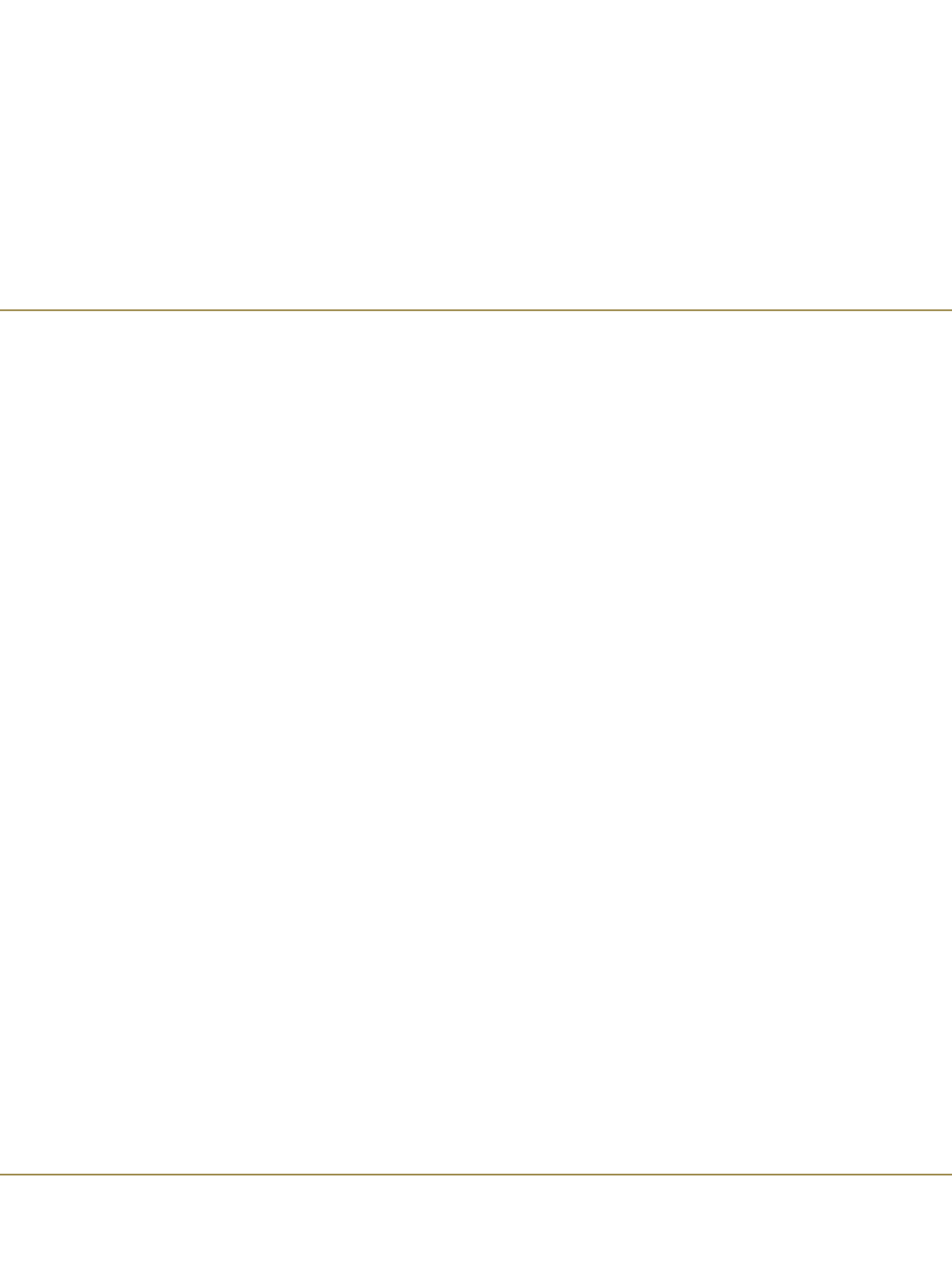
Una de las últimas corporaciones eldenses del siglo XX. Los dos últimos alcaldes en la tercera fila (CEFIRE).

ra necesaria, pues la mayoría ha tardado bastante en pasar del estadio de las promesas al de las realidades. De todos modos, habría que citar, como realizaciones más destacadas, la inauguración de la Casa de Cultura en abril de 1983; la puesta en servicio de la Residencia Sanitaria de la Seguridad Social, en octubre de 1983; el nuevo Mercado de Abastos, inaugurado en noviembre de 1984; la rehabilitación del Teatro Castelar, de la que se comenzó a hablar en 1983 y que se culminó en 1999; las obras para la recuperación del Castillo y el casco antiguo, iniciadas a mediados de los ochenta; la aprobación del Plan General de Ordenación Urbana; la Residencia de Ancianos; el PERI del Vinalopó; la apertura de centros sociales en barrios como Caliu y Nueva Fraternidad; la creación del Museo del Calzado, instalado primero en el Instituto de Formación Profesional «La Torreta» y después en el solar del antiguo recinto ferial; la inauguración del Matadero comarcal en 1986; la creación del Polígono Industrial de Campo Alto; la adquisición por el municipio del chalet de Porta y otros varios edificios significativos; la inauguración en 1993 de la Casa Grande del Jardín de la Música; la difícil gestación del Pabellón Polideportivo «Ciudad de Elda», cuya construcción duró siete años y se inauguró en septiembre de 2001 y un largo etcétera.

Muchas de estas actuaciones, así como actividades culturales e informativas, se han canalizado a través de una serie de empresas municipales que han

provocado no poca polémica en algunas ocasiones: Emudesa (para la promoción de la vivienda), la extinta Macelsa (para la administración del Matadero), Idelsa (para la promoción de empresas con sociedades laborales) y Emidesa (para gestionar la emisora municipal Radio Vivir, el boletín *Vivir en Elda* y *Vivir Televisión*).

Además, si la influencia de los partidos y sindicatos en la vida local ha disminuido en relación con los años de la transición, en cambio, ha aumentado considerablemente el tejido cívico y los ciudadanos y ciudadanas eldenses se han agrupado en todo tipo de asociaciones: citaremos, como ejemplo de la variedad de intereses existente, además de asociaciones deportivas y festeras, el Grupo de Amigos de la Poesía, el Club de Jubilados y Pensionistas Idella, la Asamblea de Mujeres de Elda y Petrer, la Coordinadora contra la planta de Bateig, la Asociación de Amigos del Patrimonio «Mosaico», las asociaciones «Asprodis» y «Anda», la federación de Clubs de la Tercera Edad, la Federación de Asociaciones de Vecinos, numerosas Organizaciones No Gubernamentales, colectivos a favor del levantamiento de sanciones a Irak o de Amigos del Sáhara, la Asociación Fotográfica de Elda, el veterano Centro Excursionista Eldense, el Colectivo de Gays, Lesbianas y Transexuales, Alcohólicos Rehabilitados, Asociación de Ópera y Conciertos, y hasta una Asociación República Independiente de la Frontera para los estudios del cannabis.



De la ciudad industrial a la capital productiva y comercial del calzado español (1900-1959)

28

ANTONIO MARTÍNEZ PUCHE

Universidad de Alicante

En los albores el siglo XX, Elda ya está en plena recta de su carrera hacia la prosperidad como población y como zona industrial manufacturera. «Ha dejado atrás, sin sentimiento alguno, una condición agrícola que nunca fue bastante para su sustento y que tuvo que ser complementada con el ingenio de los eldenses (...). Y esto es porque desde mediados del siglo que finalizaba –el s.XIX–, la inteligencia y la laboriosidad de los eldenses se ha volcado afanosamente en la producción del calzado, primero en pequeños talleres familiares en los que se fabricaba un basto calzado llamado de «percha», con un solo pie y con la única preocupación de su solidez y su duración. De estos talleres y de la comercialización de los productos «en ambulancia» o sea, de venderlos en las ferias cercanas, se pasó a las fábricas con una incipiente mecanización, y después, ya en la última década del pasado siglo –el XIX– a lo que se llamó «las grandes naves», de las que al comenzar el siglo XX ya se contaban varias, con una fabricación de importancia y una exportación a Francia, Inglaterra, Portugal, Marruecos e incluso Filipinas» (NAVARRO PASTOR, 1980).

Los cimientos de la industria zapatera en el Valle del Vinalopó

Evidentemente los orígenes del sector del calzado en Elda hay que localizarlos durante la segunda mitad del siglo XIX. Los factores que concurren a la explicación de la aparición y desarrollo del sector son la localización de la población en una enrucijada de caminos (el corredor del Vinalopó que unía al puerto de Alicante con las poblaciones del interior meseteño); la existencia de actividades



manufactureras y artesanales en Elda y en las poblaciones cercanas; la aparición de emprendedores que tuvieron que agudizar su ingenio ante las necesidades humanas y carestía de una agricultura poco productiva; el conocimiento de los mercados «regionales» como consecuencia de las actividades comerciales derivadas de la trajinería y el comercio carretero¹; abun-

Lámina de un calendario de Rafael Romero (Museo del Calzado de Elda).



Anverso y reverso de la medalla conseguida por Rafael Romero en Londres en 1902, conservada en el Museo del Calzado de Elda.



Anverso y reverso de la medalla conseguida por Rafael Romero en París en 1904, conservada en el Museo del Calzado de Elda.

dancia de mano de obra barata derivada de una agricultura marginal y poco productiva que cada vez expulsaba a los activos hacia otras actividades artesanales y comerciales; y a la acumulación de un pequeño capital derivado de otras actividades, fundamentalmente las artesanales y las comerciales, que era lo básico para comenzar en talleres fabriles familiares.

Así, Bernabé Maestre se apoyó en un modelo evolutivo para explicar la génesis de la industria del calzado en el Valle del Vinalopó, a partir del análisis de los aspectos físicos favorables, entre los que destacan las excelentes comunicaciones (mejoradas por la irrupción del Ferrocarril MZA en 1858), y los aspectos humanos más destacados, como era la existencia de una situación socio-económica coyuntural favorable para la aparición de una nueva actividad –crisis agrícola y una clase de pequeños comerciantes emprendedores–, y también la presencia de artesanos y unas estructuras de la propiedad agraria muy repartida. Con esas circunstancias favorables, concluye que el calzado aparece como una posibilidad de supervivencia para los pequeños propietarios agrícolas y jornaleros «sin tierra» en unos momentos de crisis de la agricultura comarcal, gracias al conocimiento de los mercados y a la iniciativa de los pequeños comerciantes, que invirtieron en esa nueva actividad sus exiguos capitales. Cabe

señalar también que Bernabé Maestre enuncia que, a pesar de existir una artesanía del esparto en Elda y en el Alto Vinalopó, ésta no supuso la materia prima y la base del crecimiento de la industria del calzado, ya que la artesanía del esparto, que se dio también en otros municipios como los del Altiplano de Jumilla-Murcia y llanuras de Albacete, con materias primas propias y también bien comunicados (incluso con mejores rentas de situación), no en todos ellos acabó sustituida por la fabricación de zapatos, resultando en este caso la presencia de materias primas un aspecto secundario². Sin embargo se puede pensar que esas mujeres y niños empleados en la manufactura del esparto (unos cuatrocientos cuarenta según se calcula entre los que majaban y hacían filete³) fueron, junto con los hijos varones de los jornaleros que ya no querían seguir la profesión de sus padres, la cantera en la que la industria del calzado reclutó la mano de obra necesaria para ampliar su producción.

Por otro lado y como va dicho la fabricación de calzado es actividad caracterizada en sus orígenes por una escasa necesidad de capitales. En el proceso impera el esfuerzo humano, la habilidad de la mano de obra, que desempeña de forma manual todas las fases de fabricación, incluso en casas particulares y participando mujeres y niños en el proceso productivo, con herramientas muy elementales. Estas faenas las mujeres las compaginaban con las labores del hogar y consideraban el salario percibido como un complemento a otros ingresos familiares; también el trabajo de los niños y viejos (incluso el de los jornaleros durante épocas de paro agrícola), era considerado como una simple ayuda, por eso siempre se consideró como un trabajo mal pagado⁴. Hay que tener en cuenta que a mediados del siglo XIX una parte de la población eldense vivía en condiciones cercanas a la miseria, sobre todo entre la gran masa de jornaleros, lo que obligó a que las exigencias salariales fueran escasas y permitieran el despegue de una industria muy poco mecanizada y competitiva, basada en la baratura de la mano de obra existente. Así los salarios eran superiores en Barcelona frente a los que se pagaban en Alicante o Baleares, donde la posibilidad de compaginar las tareas agrícolas con las industriales ofrecía a las empresas de calzado una mano



Centenario de los Patronos de 1904. Carroza de la industria zapatera (Revista *Fiestas Mayores*).

de obra abundante y barata. Según la prensa de finales del siglo XIX, desde el momento que en que los jornales de Elda fueran remunerados al nivel de los de Madrid, Barcelona y Mahón, resultaría el calzado de Elda más caro que el de estas capitales por los arrastres que gravan las primeras materia y material elaborado. De esta forma Elda inició una fuerte especialización en la fabricación de un producto de calzado de gama baja realizado manualmente, convirtiéndose en un importante productor a nivel nacional, y en el epicentro industrializador de otras poblaciones de la comarca, llegando hacia 1900 la población de Elda a una producción de medio millón de pares anuales. Pero el desarrollo de la industria del calzado en el Valle del Vinalopó no se basó únicamente en el menor coste de la mano de obra. Además de la ventaja salarial existía una mano de obra especializada, pequeños capitales disponibles para la inversión, y lo que resulta más importante, la capacidad empresarial.

El crecimiento industrial del calzado en Elda comenzó a manifestarse a mediados del siglo XIX. En la matrícula de la Contribución industrial de 1850 ya aparecen registrados ocho artesanos zapateros, el padrón de habitantes de 1868 recoge más de treinta trabajadores con esta profesión y en el padrón de 1885 este número se multiplica por seis. En efecto, a finales de 1884 ya existían en la villa más de catorce fábricas de calzado que en sus reclamos publicitarios hacían referencia a los precios económicos de sus productos, a la solidez de los mismos, a la elegancia y buen gusto, aunque el principal atractivo fuesen los bajos precios y su producción diversificada ya que hacían «*toda clase de zapatos*». La ca-

pitalización industrial fue retroalimentándose en sucesivas fases de inversión de pequeñas ganancias por parte de los zapateros que eran a la vez los encargados de vender sus productos en ferias y mercados⁵.

Las innovaciones tecnológicas en el proceso productivo no fueron de momento excesivas, ante el aumento de la demanda en el sector del calzado. Las primeras máquinas incorporadas fueron las de coser los cortes de piel entre ellos, *la Singer*, y las de cortar suela de cuero, a las que se sumó la de coser cortes a la suela, *la United*, si bien cuando ya los talleres alcanzaron la envergadura de verdaderas fábricas y la producción fue en serie. La mayoría de los niños y niñas eldenses de las familias más humildes fueron reclamados por los talleres y zapateros a domicilio, que les ofrecían trabajos de aprendiz que era el paso previo para convertirse en oficiales, estableciéndose una clara jerarquía en la producción que iba desde el industrial, zapatero, oficial, aparaadora y aprendiz⁶. En este periodo era habitual el taller familiar y las pequeñas fábricas instaladas en los bajos de cualquier casa, en cuyo local apenas había separación entre las mesas de cortadores, las mesillas bajas de los zapateros manuales «*de dentro de la fábrica*», ya que los que trabajaban en sus casas eran más que los que lo hacían en las fábricas o *tallericos*. La incorporación de activos jóvenes y procedentes del sector agrícola –braceros– fue alimentando las necesidades de mano de obra que llegaron a ser insuficientes, ya a finales del siglo XIX, y que supusieron el comienzo de procesos de inmigración. Así se calcula que entre 1887 hasta 1900, llegaron de 600 a 900 efectivos humanos, que motivados



Calendario del gremio de zapateros para 1905 (Revista *Fiestas Mayores*).

Fábrica de Pedro Giménez, donde previamente estuvo la fábrica de Silvestre Hernández. También se la conoció como de Casto Peláez (Revista *Fiestas Mayores*).



Máquina Singer de 1910,
conservada en el Museo del
Calzado de Elda.



por el auge de la industria zapatera eldense, se trasladaron desde poblaciones cercanas del ámbito comarcal, aunque también lo hicieron de Mahón y sobre todo de Almansa.

La Elda industrial, catalizadora de los procesos de cambio socioeconómico, político y urbano en las dos primeras décadas del siglo XX

Sin lugar a dudas el desarrollo de la industria del calzado en Elda, tuvo repercusiones de todo tipo, no sólo en esta población, sino también en los municipios del resto del Vinalopó. Puede rastrearse así la teoría argumentada por Schumpeter entre las causas que explican el origen y desarrollo de la industria del calzado que argumenta cómo a raíz de una industria pionera y un empresario emprendedor se puede producir una expansión de la actividad concreta por un espacio más amplio, involucrando voluntades y aumentando el número de empresarios emprendedores. Si bien en Almansa tal proceso es posible cuando desaparece el monopolio oligárquico de la familia Coloma, y la crisis de esa empresa promueve una completa crisis del sistema productivo local, seguida de la aparición de nuevos empresarios surgidos de los cuadros directivos de la empresa matriz. Sucede también un proceso de reorganización técnica y comercial y, en cambio profundo, del sistema económico local, al que van sumándose progresivamente las experiencias organizativas de los nuevos empresarios. Con un tejido empresarial algo más amplio, el proceso se repite en el caso de Elda⁷.

El momento que atravesaba la industria en la última década del siglo XIX incitó a algunos emprendedores zapateros a construir los primeros edificios fabri-

les, superando el antiguo concepto de *tallerico*, separando por vez primera los locales productivos de las viviendas de sus propietarios. Estos serían las fábricas de Silvestre Hernández, inaugurada en 1895, y la de Rafael Romero, algo posterior, empleando ambas a varios centenares de obreros. De origen humilde, y presumiblemente antiguos aprendices que se empaparon del oficio desde sus tiempos mozos como ayudantes de algún zapatero de silla, ambos empresarios fueron los representantes de esa nueva burguesía que estaba sustituyendo a la oligarquía terrateniente como grupo dirigente de la sociedad eldense. Así Rafael Romero Utrilles, lograría sendas medallas de oro y diplomas de honor en las Exposiciones Internacionales de Londres y París por la calidad de su fabricación y la belleza de sus diseños. Este hecho unido a los más de 450 empleados que albergaba en su fábrica y una producción cercana a los 297.600 pares anuales, denota que fue uno de los primeros exportadores de la ciudad, que junto a Silvestre Hernández sentó las bases de la nueva Elda Industrial. Esta se apoyaría en otras fábricas de calzado que fueron surgiendo, propiedad tanto de industriales de Elda (Vera Hermanos, Antonio y Vicente Maestre, Sirvent, B. Hernández), como de empresarios foráneos que realizaron inversiones en el municipio. Así, destacan en el proceso de capitalización de nuevas industrias, los empresarios madrileños Jiménez y Casto Peláez, el alicantino José Tobar y el alicantino Sebastián Cid. Además de los fabricantes mencionados, cabe señalar otras industrias que ya estaban establecidos en 1900, como la de Bellod Hermanos y Zaragoza (fundada en 1899 por los hermanos Antonio, Santiago, Pedro y Miguel Bellod Payá) y la de Blas Amat, fundada en 1897 cuya mayor pujanza llegó en 1912. Tras la muerte del titular en 1915 la razón social cambió a Viuda de Blas Amat, llegando a tener unos 150 operarios.

El fuerte aumento de la producción conllevó un crecimiento rápido de la industria auxiliar: Isidro Aguado, el industrial hormero, había convertido sus modestas instalaciones de la calle Nueva en una moderna fábrica, fuertemente mecanizada, situada cerca del puente de la estación. Pero Isidro Aguado no era el único empresario eldense que fabrica hormas, ya que desde 1897 funcionaba ya la empresa de Constantino Bañón, y

también se establecieron industrias de cajas de cartón como la de Francisco Santos que tenía como clientes, no sólo a los zapateros, sino a farmacias y sombrererías. Las materias primas para la fabricación de calzado eran traídas de fuera, hecho que condicionó la instalación en Elda de los primeros representantes, comisionistas y agentes comerciales, varios de los cuales abrieron depósitos y almacenes de curtidos, clavazón, hilaturas, tejidos, etc. La gran empresa integral radicada en un municipio, dentro de cuyas naves se produce todo; y se camina hacia un sistema territorial integrado y también jerarquizado, en el que se configuran los centros polares y las periferias dependientes.

En los últimos años del ochocientos, Elda ya contaba con varias fábricas de calzado importantes, de más de un centenar de trabajadores, que habían empezado a desarrollar en torno suyo un tejido económico auxiliar, con fábricas de hormas y envases, almacenes de curtidos y otros productos para el calzado. Las fábricas no acabaron con los pequeños talleres ni con el trabajo a domicilio, sino que se sirvieron de ellos y los utilizaron como una forma de rebajar costes y regular rápidamente la capacidad productiva, manteniendo una estructura industrial atomizada. El ciclo de rápido crecimiento se cerró en torno a 1903. Entre esa fecha y el estallido de la primera Guerra Mundial el número de empresas zapateras en Elda se estabilizó, aunque la capacidad productiva siguió aumentando por la introducción de maquinaria. Además, la fabricación de la rama del calzado de piel se extendió por otras poblaciones del Valle del Vinalopó con mano de obra disponible a menor precio. Así mientras que en Elda aumentaban las industrias auxiliares (fabricación y tratamiento de curtidos), comenzaron a aparecer talleres de calzado y algunas fábricas en Petrer, Monóvar, Biar, Benejama, Sax y Villena.

De esta manera se llega a la concepción polarizada de la dinámica económica propuesta por Perroux, según la cual, el crecimiento no se manifiesta en todas partes, sino que aparece concentrado en puntos o polos de crecimiento, en los que se han dado procesos singulares de efectos contrapuestos, unos favorables al desarrollo económico y otros retardadores del mismo, con una intensidad variable que define una desigual distribu-



Zapateros de fiesta en el Pantano en 1912 (Archivo EMIDESA).

ción territorial. Así en Elda se darán durante las primeras décadas del siglo XX, diferentes fases de expansión y crisis, repetidas de manera cíclica, ocasionando procesos de renovación del tejido empresarial, reestructuración organizativa y generalización de las innovaciones productivas entre las nuevas empresas surgidas tanto locales, como del ámbito comarcal, a partir de las que Perroux denomina empresas líderes. Estos cambios empresariales, también tuvieron su incidencia en las dinámicas sociodemográficas, políticas y urbanas del municipio que fueron materializando la cita de Eloy Catalán en la revista local Albor en 1934: «Este Elda nuestro, de nuestros antepasados y de nuestros amores es cada día más Elda y menos nuestro... y pienso que ha podido ocurrir en tan corto número de años para que este pueblo nuestro haya cambiado el traje de negro paño de labrador alicantino por ese otro de aire cosmopolita...».

Crecimiento demográfico

Elda contaba en el censo de 1887 con 4.437 habitantes y a finales de 1900 alcanzaba los 6.131 habitantes, hecho que supuso un crecimiento del 38%. Sin duda el motor del crecimiento demográfico eldense fue la industria del calzado que canalizó unas mejores condiciones de vida, mejoró los saldos vegetativos y aumentó los flujos migratorios. En efecto, las dos épocas de expansión demográfica, década de los años veinte y década de los sesenta, coincidió con fuertes saldos migratorios positivos ayudados por los procesos de inmigración. El origen de estos inmigrantes será muy diferente; así mientras que en la primera oleada la emi-

gración será del ámbito comarcal (municipios del Alto y Medio Vinalopó abarcando las áreas de Yecla y Almansa); en los años sesenta la inmigración será manchego-andaluza.

Los obreros inmigrantes de las provincias como Albacete y Murcia y sobre todo de municipios cercanos como Monóvar, Sax, Villena, Salinas, venían de forma desordenada y sin más relación con los otros inmigrantes que el idéntico trabajo y la misma necesidad económica que les hacía abandonar sus viviendas. Eran muchos los que recorrían el camino en bicicleta o andando hasta los lugares de trabajo, para luego regresar con los suyos, registrándose pequeños movimientos migratorios pendulares de profesionales del ramo entre unos y otros municipios productores de la comarca. Destaca el caso de muchos empresarios, así por ejemplo Ricardo Herrero Bernabé, uno de los primeros empresarios del calzado de Sax, contaba que empezó a trabajar a la edad de 10 años en una empresa de Elda para aprender el oficio de cortador, recorriendo a pie cada día los 6 kilómetros que separan una población de la otra, inaugurándose en esos años un flujo cotidiano de obreros, entre 80 y 100 según sus estimaciones, que seguían el tendido férreo (más corto) o accedían por la carretera local de Sax a Elda por el paraje de La Torreta.

Tenemos que hacer referencia obligada a una primera «modesta oleada» de inmigrantes zapateros que venidos desde Mahón, mejoraron la calidad del calzado eldense y constituyeron una pequeña colonia de una treintena de efectivos, en el barrio industrial realizado por el fabricante eldense D. Rafael Romero. Fue este industrial quien en 1897 se presenta en tierras baleares para reclutar a los operarios mejor cualificados ya que consideraba que el «progreso verdadero había de venir por la perfección de la mano de obra» a cambio de beneficiosos contratos en el aspecto económico, ya que en los últimos años del siglo XIX Mahón (una de las principales poblaciones zapateras que enviaban sus productos a los mercados de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y repúblicas sudamericanas), sufrió un importante receso productivo por las mermas en las exportaciones, como consecuencia del desastre colonial que provocó el cierre de empresas mahonesas y la emigración de trabajadores hacia otros territorios zapate-

ros peninsulares. En este contexto, podría enmarcarse la inmigración de trabajadores cualificados mahoneses hacia Elda, aunque se trató de una coyuntura breve, ya que el calzado menorquín se volvió a recuperar y estabilizar entre 1905 y 1910. En efecto, el cierre de la fábrica de Rafael Romero Utrilles en 1902, y las revueltas obreras locales de 1903 y 1905, hacen suponer que gran parte de la colonia de zapateros mahoneses regresaran a su isla natal.

En 1900 y 1910 la población creció en más de 1.900 efectivos. Las crisis coyuntural internacional, provocada por la Primera Guerra Mundial, así como el hundimiento de los mercados europeos, frente al encarecimiento de materiales básicos para la industria del calzado, provocaron un menor crecimiento entre la década de 1910 y 1920. Si en pocos años se había casi duplicado la población, en la segunda década del siglo XX, el aumento demográfico se cifró en sólo cincuenta efectivos. De 1920 a 1930, más de quinientas nuevas personas poblaban anualmente el lugar; de 1930 a 1935, casi mil anuales. Y la inmensa mayoría eran inmigrantes, ya que durante el periodo 1920-1935, de los 9.952 habitantes que creció la población, 7.987 se debieron al saldo migratorio positivo frente a los 1.965 que se debieron al saldo vegetativo. En efecto, la existencia de un importante «yacimiento de mano de obra» en los pueblos del Valle del Vinalopó y su preparación en el ramo manufacturero, junto con la escasez de mejores alternativas de empleo, retuvieron los salarios en niveles bajos, al igual que lo hizo la posibilidad de aumentar el ingreso total de las familias mediante el trabajo, predominantemente a domicilio, de mujeres y niños y para distintas empresas.

Crecimiento Urbano

El desarrollo industrial, unido a los primeros procesos de inmigración, favoreció el desarrollo y consolidación de barriadas para obreros que se sucedieron desde 1898 hasta la segunda década del siglo XX. Así, el 7 de mayo de 1898 con 154 asociados se constituye *La Prosperidad*, una cooperativa de casas baratas que terminó sus construcciones en enero de 1917 para júbilo de sus 112 beneficiarios⁸. Otro barrio, habitado probablemente por los inmigrantes mahoneses en sus primeros años, fue llamado primero de Rafael Romero y en 1902, se le impuso el nom-

bre de *Romero y Tudela*, al asociarse como socio capitalista, Damián Tudela a Rafael Romero.

Otras barriadas o grupos de viviendas para obreros fueron construidas en los primeros años del siglo XX, destacando la de Cid, que al parecer fue la principal localización de un numeroso grupo de obreros zapateros procedentes de Almansa, y la construida por el hombre de negocios alicantino Renato Bardín entre 1902 y 1903. Esta expansión urbana e industrial obligó a que en septiembre de 1900 la población de Elda cambiara su vetusta iluminación de petróleo por las modernas lámparas eléctricas, siendo evidentes sus repercusiones económicas y sociales, al facilitar la introducción de maquinaria y mejorar las condiciones de productividad. Elda, como otras poblaciones del ámbito del Vinalopó, no fue ajena a este proceso de modernización que comenzó en España en el último cuarto del siglo XIX en ciudades como Barcelona (1875), Madrid (1881), Gerona (1886) o Bilbao (1890). Ya en 1901 existían en España 861 pequeñas centrales eléctricas, con un potencial de 127.940 cv. El 61% de la potencia era de origen térmico y el 39% hidráulico.

Esta nueva sociedad eldense aspiraba a conseguir un edificio para sus reuniones, sus fiestas y diversiones, a semejanza de los elegantes casinos existentes en otras poblaciones vecinas. Es así como surge en 1901 la idea de construir el Casino Eldense, que inaugurado en abril de 1904 se convertirá en el centro neurálgico de las actividades socioculturales de la entonces villa de Elda, aunque por pocos meses ya. De esta forma se consolida un lugar de reuniones y esparcimiento, que albergó exposiciones, charlas culturales y políticas, recitales e incluso actividades deportivas de salón (billar y ajedrez). Todo ello será mejorado con la inauguración el 11 de septiembre de 1904, del Teatro-Circo Castelar que dotó a Elda de un amplio coliseo, de grandes proporciones para las representaciones teatrales, musicales o circenses. Sin lugar a dudas todo este esplendor económico, urbano, social y cultural será unos de los motivos por los que el 24 de agosto de 1904, el rey D. Alfonso XIII, con la intercesión de D. Antonio Maura, jefe del partido conservador y presidente del Gobierno a la sazón, y por real decreto concede el título de Ciudad, confirniéndole así una categoría distinguida entre las

poblaciones de la provincia «*destacando Elda por su rápido crecimiento y el impulso industrial e industrioso de sus habitantes*».

Modernización político-social

En el resto de poblaciones del Valle del Vinalopó el atraso de las actividades industriales está ligado a las fuertes inercias existentes por parte de la burguesía agrarista, que había acumulado grandes rentas en las décadas finales del siglo XIX y, con ellas, forjado un espíritu conservador, próximo al caciquismo característico del momento, que se resistía a orientar sus vidas y fortunas hacia otros menesteres y a aceptar las dinámicas sociales de modernización, siendo el caso de Villena y Sax.

Los periódicos locales de principio de siglo calificaban a los industriales del calzado como gente emprendedora, arriesgada y trabajadora, gracias a los cuales Elda crea riqueza y los obreros tienen asegurado su sustento. Estos industriales suplantarán a la oligarquía agraria tradicional y junto a los trabajadores del ramo conformarán un grupo hegemónico con una marcada impronta de grupo y conciencia social. Así en septiembre de 1904, en la conmemoración del tercer centenario de la llegada de los Santos Patronos a la recién declarada ciudad (un buen momento para reflejar la preeminencia social), el gremio de los zapateros inauguró con su carroza el desfile⁹. Sin lugar a dudas la nueva y rica burguesía industrial participaban de rasgos ideológicos muy próximos al regeneracionismo y a la logia masónica *Fidelísima*, creada en Elda en 1886, y a la que pertenecieron industriales del calzado como Pablo Guarinos, Rafael Romero, Blas Vera o Gaspar Pérez.

Algunos industriales eran conscientes de la lamentable carencia de instrucción de sus obreros y sus familias y hubo algunos, como Casto Peláez que en 1902 sostenían a su costa una escuela nocturna donde se enseñaba a leer y escribir, cuentas y otras disciplinas de cultura general al obrero.

Otros de los parámetros que indican el progreso de la sociedad eldense en las dos primeras décadas del siglo XX, es la proliferación de la prensa local como verdadero órgano de opinión y crítica de las diversas sensibilidades sociopolíticas. Aunque tardío, con respecto a otras poblaciones del Vinalopó, el primer semanario que aparece en Elda en 1886 será *El Bien General*, promovido por la coopera-



Portada de *El Liberal de Elda* de septiembre de 1915, dedicado a la industria y al comercio.

tiva de obreros que fundó el escritor y abogado eldense Ricardo Pérez Pomares. Al fallecer su fundador en 1887 desapareció. Después de otros semanarios como *La Educación Católica* (1892) y *El Vinalapó* (1902), tenemos constancia de periódicos locales como *El Centenario* (1904) y el semanario republicano *La Bandera Radical* (1911). Durante los años veinte aparecerán nuevos semanarios que se harán eco de la grave coyuntura económica por la que atravesaba la economía eldense, constituyéndose en verdaderos referentes documentales de lo acontecido en esta época. Destacamos el semanario *El Reformista* (1915) y los periódicos *el Heraldo de Elda* (1912) y *La Lucha* (1920) órgano del Partido Republicano Radical¹⁰.

En Elda también se puede hablar de un proletariado industrial, que no tenía nada que ver con las características de los jornaleros y braceros agrícolas. Así, buena parte de estos obreros participaban de ideologías progresistas que iban desde los liberales a los republicanos, gracias a la mitificación que se realizó de Emilio Castelar, aunque ya a finales del siglo XIX y principios del XX irán arraigándose los movimientos anarquistas.

El primer gran movimiento reivindicativo se vivirá en 1899, con la convocatoria de una huelga en protesta por los bajos salarios percibidos, motivos muy similares a las que provocaron la violenta reivindicación de 1903 y 1906. Sin duda, las dificultades para un normal desarrollo de las empresas eran numerosas derivadas de la crítica situación económica general en la nación. En efecto, la principal causa de las huelgas fueron las frecuentes alzas en el precio de las materias primas (clavazón, curtidos, etc.). Para combatir estos incrementos de costes y evitar una subida del precio del artículo, que originaba descensos en la ventas, los fabricantes se veían obligados a disminuir los precios de los destajos y trabajo a domicilio o bien a cargar los insumos a sus trabajadores hecho que era muy frecuente en otros centros productores del Vinalopó¹¹.

A pesar de la crisis permanente, de problemas y dificultades en este periodo, algunas empresas de calzado vivieron una etapa de prosperidad como «Blas Amat», que en 1912 construyó una gran nave de 1.078 metros cuadrados con maquinaria moderna y que daba trabajo a más de 150 operarios. También en 1913 se construyó la empresa «Pablo Guarinos

Juan», que alcanzó gran importancia, y la fábrica de Pablo Pérez, que se dedicaba a calzado cosido a mano para señora.

A principios del siglo XX Bernabé Maestre da una cifra de 90 fábricas para Elda, especificando que más de la mitad eran talleres con menos de cinco operarios, cifra que para Navarro Pastor resulta excesiva ya que en el calendario de 1905 confeccionado por el Gremio de Zapateros, sólo aparecen 28 firmas publicitadas. La comparación de las matrículas industriales en el periodo de 1912-1915, unido al análisis de los datos aportados por el semanario *Heraldo de Elda* de diciembre de 1912, confirman más de una treintena de empresas, 34 para ser exactos, que nos aproximan a la cuantía más real de las fábricas existentes en el municipio, teniendo en cuenta las posibles ausencias de otras industrias y talleres zapateros no reflejados en las estadísticas por querer evitar su aparición en fuentes de carácter fiscal como las matrículas industriales.

Mecanización y capitalización de las empresas eldenses en la segunda década del siglo XX

Una de las mayores amenazas que se cernía sobre el trabajo obrero en la primera década del siglo XX, era la introducción de maquinaria para incrementar la productividad de las empresas. De ahí que el proceso de mecanización de las fábricas eldenses se atrasara, frente a otros centros productores, hasta bien entrada la segunda década del siglo XX. En efecto, hasta 1912 las empresas de Elda habían permanecido al margen de la introducción de la técnica en el proceso productivo, pero a partir de esa fecha la fabricación mecanizada creció rápidamente gracias al alquiler de maquinaria norteamericana de la USMC. Así, el proceso de cambio de las estructuras fabriles en Elda se completa mediante la progresiva mecanización. Junto al aumento de la producción fue decisivo el incremento de la productividad, auspiciado por la incorporación de nuevas máquinas que, a su vez, obligaban a una reestructuración de la organización interna de la producción en cada establecimiento. Frente al referente tradicional *zapatero de silla*, artesano que dominaba múltiples facetas de la elaboración del zapato, comienza a implantarse un sistema organizativo de la producción de inspira-

ción fordista, que tiende a especializar a la máquina y al obrero en una sola tarea, lo que permite automatizar y mecanizar los procesos, reducir los tiempos, aumentar la productividad y dedicar el tiempo ganado a la producción de series más extensas. Tal coyuntura resultó excepcionalmente beneficiosa para la Compañía norteamericana *United Shoe Machinery Company* (USMC), creada en febrero de 1899, cuyas máquinas coparon casi en exclusiva el mercado nacional, desde la aparición de las primeras en Barcelona hacia 1899-1901. Ante la escasa capitalización general, excepción hecha de algunas grandes empresas, la compañía estableció el alquiler de las máquinas como norma para su distribución y penetración en el tejido productivo. El arrendatario pagaba una suma para cubrir los gastos de instalación y posteriormente satisfacía los derechos de producción conforme con el número de pares que se hubiesen fabricado por la máquina, que llevaban instalados unos contadores. La difusión de la maquinaria fue rápida e intensa a principios de siglo, y culminaría en 1915, año en que la compañía alcanzaría el mayor volumen de máquinas distribuidas en España.

Según los registros de la empresa USMC entre 1913 y 1916, el municipio de Elda fue el segundo en la incorporación de nueva maquinaria para la fabricación de calzado, después de Barcelona, multiplicando por cinco el nivel de mecanización alcanzado en Cocentaina y Valencia. La coyuntura propiciada por el conflicto bélico internacional supuso un nuevo y definitivo impulso para la industria del calzado alicantina, en general, y de Elda en particular no sin periodos de desconcierto y tensión.

Si bien algunos obreros en este periodo emprendían la aventura de ser empresarios, la mayor parte de los empleados en las fábricas quedaban sujetos a las exigencias de las nuevas fórmulas de organización intensiva de la producción, al trabajo a destajo y a la temporalidad de los empleos. Así la sucesiva proletarización de la sociedad eldense se tradujo en conflictos de intereses entre patronos y obreros industriales, que fueron una constante entre 1915 y 1919. Ese último año fue de especial conflictividad social en toda España y en particular en la provincia de Alicante, al producirse una eclosión de reivindicaciones sociales, consecuencia inmediata de la crisis de

trabajo que se perfilaba con la instauración de la paz en Europa, y a la vez los efectos propagandísticos mundiales de la revolución bolchevique, que animó considerablemente la dinámica de los sindicatos obreros de los municipios de Villena, Elche y Elda.

En agosto de 1914, a los pocos días de haberse generalizado el conflicto europeo con el inicio de las hostilidades entre las potencias europeas, se declaró la primera huelga de zapateros y aparadoras en Elda. Ello fue seguido por el incendio provocado de la fábrica de José Romero Ródenas, hijo del ilustre industrial local Rafael Romero. También en este periodo se desarrolló la llamada «huelga del hilo» en la fábrica de Blas Amat cuando este industrial se negó a ceder a las reivindicaciones de las asociaciones obreras, principalmente de *La Racional* de tendencias de cenetistas, en relación al trabajo a destajo y a la facilitación de hilo y agujas a las aparadoras, ya que se tenían que hacer cargo ellas mismas de los costes de estos materiales.

En diciembre de 1914 se empezaron a recibir en las fábricas de Elda pedidos de botas para abastecer al ejército francés. Ello incentivó a que con capital inglés, se creara en 1915 una fuerte empresa de fabricación de calzados militares llamada «Eugenio H. Browne» que ocupó los antiguos edificios de las fábricas de José Tobar y Damián Tudela, constituyendo centros fabriles en las poblaciones vecinas de Petrer y Monóvar. En total habían más de 1.500 trabajadores con una producción de dos mil pares al día. Esta aventura duró pocos meses, ya que la fábrica de «Eugenio H. Browne» cuya fabricación era exclusivamente para los ejércitos aliados tuvo que cerrar por cancelación de pedidos, quedando más de un millar de obreros en la calle.

El Ayuntamiento, presionado por las asociaciones de trabajadores, llevó a cabo diferentes iniciativas como la redistribución de trabajadores entre las fábricas que tenían *faena*, establecer suscripciones populares para socorrer a las familias en paro, o realizar obras públicas, en coordinación con los responsables a nivel nacional de Fomento, relacionadas con las mejoras en trazados viarios tanto de carretera como de ferrocarril.

El ritmo de fabricación en este periodo fue frecuentemente alterado por huelgas y movilizaciones obreras, bien de carácter local o general. Así en enero

de 1917 se originará una huelga de cortadores en la fábrica «Guarinos Hermanos» y que se generalizó al producirse la detención del autor de una hoja impresa comentado la huelga con el título «frente al hambre, al robo, a la explotación y a la complicidad», que tuvo importantes repercusiones en la ciudad por el elevado número de procesados que estuvieron sin libertad en el castillo de Alicante hasta mayo de 1918. Por otra parte la huelga de 1919 realizada por los zapateros, cortadores y guarnecedores eldenses, salpicó a otras poblaciones zapateras como Villena. Allí la Asociación de Obreros de la Piel se declaró en huelga por solidaridad con sus compañeros eldenses ya que en ambos conflictos se exigía el derecho a que los obreros sacaran trabajo para sus compañeros en paro de otras localidades para repartirlo de forma solidaria, cosa que no pudieron evitar los patronos, que también intentaron actuar con acuerdos consensuados entre ellos. La huelga duró once días y terminó con el triunfo obrero, al lograr diversos aumentos y la misma tarifa de precios de la mano de obra en Elda. Por el contrario la disconformidad de los industriales con estas situaciones les llevó a crear en Elda un Sindicato Patronal en 1916 para unificar criterios y actuaciones en los casos de conflicto, pero esta iniciativa no tuvo la esperada acogida entre los mismos industriales. Esta idea sentó las bases para la creación de la asociación de Fabricantes de Calzado de Elda en 1924.

La creciente especialización zapatera, durante el periodo de 1916 hasta 1919, se manifestará en un aumento constante de las exportaciones, que en Elda se cifran en un valor de la producción superior a los 40 millones de pesetas. En otros centros productores de calzado como Villena y Elche, el valor de la producción en este periodo fue de 10 millones de pesetas, mientras que en municipios como Petrer, Cocentaina y Monóvar alcanzaron en conjunto también un valor de 10 millones de pesetas.

El origen de muchas empresas de calzado –que no del ramo en sí mismo– en Elda y otros municipios del Valle del Vinalopó, responde al modelo repetitivo según el cual el joven zapatero emprendedor, una vez aprendido el oficio en un taller, se instala por su cuenta, aprovechando una coyuntura favorable, así como la escasa inversión precisa y la venta asegurada de la producción. En este caso, la Primera Gue-

rra Mundial y la fuerte demanda del mercado exterior pusieron las condiciones favorables, pero es en esa circunstancia cuando surge la iniciativa popular y, por acumulación de procesos vitales particulares, se llega a aprovechar la potencialidad del momento.

En efecto, la coyuntura propiciada por la Primera Guerra Mundial, supuso un nuevo y espectacular impulso para la industria del calzado alicantina. Pero ésta se vio truncado con la recuperación de las industrias en los países afectados a partir de 1920, lo que ocasionará una enorme merma de las exportaciones de calzado. El fenómeno revistió especial virulencia en los primeros años de la década, ocasionando una grave crisis para el subsector, precisamente cuando en otras poblaciones del Valle del Vinalopó construyeron auténticas fábricas.

De los felices años veinte a la crisis ocasionada por la Guerra Civil

La industria del calzado del Vinalopó no siguió la tendencia al crecimiento en vertical, pero sí una mayor concentración productiva. Aunque persistieron los pequeños talleres, el trabajo a domicilio y la gran movilidad empresarial, los años veinte y los primeros años treinta se caracterizaron por el predominio de empresas de tamaño medio, que dirigieron la mayor parte de la producción y empleo. Algunas de estas empresas de dimensiones mayores a lo acostumbrado hasta entonces eran la evolución de las fábricas surgidas a finales del siglo XIX, como las de «Hermanos Bellod» y «Sucesores de Blas Amat», pero otras fueron consecuencia directa de los beneficios conseguidos en la etapa de 1914-1919 y de la mentalidad expansiva nacida de ellas. Así por ejemplo, la familia Bellod eran zapateros llegados desde Onil con el oficio bien aprendido, y en la primera década del siglo XX habían conseguido el dinero y los préstamos para comprar la fábrica de Romero, una de las más antiguas de Elda y ya poseían tiendas propias en las capitales de provincia. Otras empresas importantes que se consolidan al amparo de la guerra europea serán las de Pablo Maestre y Antonio Porta, surgidas en 1914 y 1919 respectivamente, y que respondían al modelo ya explicado de joven zapatero emprendedor que se trans-

forma en empresario aprovechando la coyuntura favorable del conflicto bélico europeo. Bellod y Casto Peláez aprovecharon la coyuntura para ampliar sus instalaciones, y se consolidó la fábrica fuertemente mecanizada de Rodolfo Guarinos Vera, en 1924, que ya en la publicidad de estos años anunciaba que fabricaba mil pares diarios.

Para algunos autores en Elda se estaba dando un proceso de concentración de la industria en manos de unas pocas familias. Así el profesor Bernabé afirma que habían dos familias emparentadas, los Vera y los Guarinos, acaparando en 1935 más de la mitad de las fábricas con al menos un centenar de operarios declarados. Además, estos industriales mantenían relaciones de parentesco con otras seis familias de empresarios, de modo que en conjunto, «ocupaban el 50 por ciento del empleo y disponían de las fábricas más grandes, modernas y mecanizadas de Elda». Hay que resaltar que entre las siete firmas de empresas alicantinas que más maquinaria de la USMC recibieron entre los 1916 y 1935 se encontraban las empresas eldenses de Rodolfo Guarinos, Bellod Hermanos y Francisco Vera. A pesar de que hubo intentos de superar el monopolio de contratación de esta empresa de maquinaria americana, bien intentado comprar la maquinaria o adquiriendo las máquinas a Ayo, las principales firmas eldenses hubieron de aceptar las condiciones leoninas de la firma USMC, que facilitaba, entre otras, las máquinas *goodyear* para el cosido con cerco y la *consolidated* para montar.

Durante las décadas de los veinte las fábricas superaban el centenar de trabajadores, aunque las matrículas industriales de la época omitiesen a otras empresas más pequeñas. Así, al término de la I Guerra Mundial, Elda contaba con 36 fábricas, poseyendo al finalizar 1921 un total de 52 establecimientos industriales. Por tanto frente a grandes empresas como Pedro Bellod o Rodolfo Guarinos, nos encontramos con pequeñas fábricas que proliferaron extraordinariamente hasta mediados de esta década. Como reflejo de este continuo trasiego, del simultáneo hundimiento de empresas y nacimiento de otras nuevas, sólo en 1929-30 desaparecieron 14 empresas y otras 31 emergieron, pues muchas de ellas solían legalizarse después de algún tiempo de funcionamiento.

Por otra parte cabe destacar que durante el periodo de la Dictadura de Primo de Rivera, la gran concentración de la industria del calzado se va traduciendo a nivel de gobierno municipal. El poder local estaba en manos de los empresarios hasta tal punto que en mayo de 1930, tras la caída de la Dictadura, de los diez concejales asistentes a un pleno municipal, siete son fabricantes de calzado y uno fabricante de tacones¹². Con la llegada de la República la situación varió un tanto pero la burguesía local siempre mantuvo estrechos contactos con el Ayuntamiento. Así el primer alcalde republicano fue el principal fabricante de cajas de cartón para el calzado.

Los industriales eldenses, pasada la Guerra Mundial, fueron mejorando poco a poco el diseño y la calidad de sus zapatos. Así en 1922, y en las fiestas de septiembre, se realizó una exposición local de calzado en la que se otorgaron todo tipo de distinciones. Además se contrarrestó un movimiento auspiciado por la carestía de los zapatos al término del conflicto internacional (subida de salarios, encarecimiento de la materia prima, etc.), denominado *liga de la alpargata*, que abogaba por la utilización de la alpargata frente al zapato de cuero. La mejora productiva vino dada por la consolidación de los rasgos de distrito industrial del calzado en Elda y en las poblaciones vecinas. La mecanización de la producción, el desarrollo de la división del trabajo, que tuvo importantes consecuencias económicas y organizativas, la reducción de los costes laborales y la diversificación

Zapateros y aparadoras de los años veinte, con el típico delantal (Archivo EMIDESAS).



productiva cimentó el establecimiento de economías de escala. Cabe destacar las empresas auxiliares, que iban desde modestas empresas de maquinaria para el calzado (dedicadas a la reparación), hasta empresas de troqueles (Manuel Navarro), fabricación mecánica de tacones (Julio Beneit, que producía 150.000 docenas anuales en 1929), fábricas de hormas y cajas de cartón. Existían en Elda dos fábricas de curtidos (la de Emilio Maestre y «Carbonell y Cía.»), pero su producción era insignificante comparada con las necesidades de la industria local. Los servicios a las empresas zapateras se fueron consolidando y además de las empresas mencionadas también proliferaron un alto número de representantes de artes gráficas, de papel, de botones, de hebillas, de suelas, etc. También se abrieron oficinas de entidades bancarias, que con posterioridad facilitarían la negociación de papel, como el Hispano Americano y el Español de Crédito. Durante estos años la exportación de calzado se multiplicó por treinta entre 1924 y 1931 para descender de nuevo en los años anteriores a la Guerra Civil. Esta reducción de la exportación durante el periodo republicano no fue debida sólo a problemas achacables a las empresas (precios altos, mala calidad, falta de capacidad organizativa, falta de competitividad, etc.), sino también a la fortísima contracción del comercio internacional subsiguiente a la crisis del 1929.

La consolidación empresarial fue demandando cada vez más mano de obra, que fue originaria de las poblaciones de Petrer, Pinoso, Monóvar y Sax¹³. El atractivo laboral de la nueva dedicación industrial, los mejores salarios y la posibilidad de empleo femenino determinaron el cambio de domicilio de buena parte de estos obreros. Al no poder desplazarse todos los días a Elda, porque el coste del viaje suponía un alto porcentaje de su salario, determinó que muchos de ellos fijaran su residencia en el centro productor¹⁴. La continua inmigración rejuveneció los efectivos demográficos pero al mismo tiempo puso en evidencia una serie de necesidades (mejores salarios, analfabetismo, vivienda digna, etc.) de un importante proletariado urbano. Aparecen problemas con el aumento del coste de la vida y el trabajo a destajo, que los empresarios utilizaban para gravar ciertas materias primas a los trabajadores y aparadoras, en ocasiones por encima del

precio de coste como en la famosa «*huelga del hilo*», que fueron motivo de importantes revueltas obreras durante toda la década. Por otra parte, surgieron problemas por el trabajo infantil, que empezaba a ser regulado, y la discriminación salarial entre hombres y mujeres, que al trabajar en casa, cobraban por par de zapatos realizado y no por jornada completa.

La radicalización de la sociedad eldense fue patente durante esta década, con revueltas que hicieron intervenir no sólo a las fuerzas de orden público sino también a la Legión que cercó la población con ametralladoras en los disturbios de 1930¹⁵. Durante los años veinte, y sobre todo en las huelgas de principios de los años treinta, se hace evidente el cisma entre la clase trabajadora. Por una parte estaba el anarquismo eldense, que ya contaba con una larga tradición reivindicativa como en otras poblaciones de la provincia de Alicante como Alcoy y Denia. A pesar de ser perseguidos consiguieron organizar un Sindicato Único del Ramo de la Piel que contaba con más de tres mil asociados. Íntimamente ligado con la ideología anarquista, el *naturismo* fue un concepto de vida que se abrió paso entre las minorías obreras como contraposición a los gustos más *burgueses*. En efecto, como válvula de escape ante la represión de la dictadura, se implantó una línea cultural y pedagógica libertaria dando lugar a una escuela racionalista de amplio prestigio entre los sectores anarquistas españoles. Pregonaban la alimentación vegetariana, la defensa del amor libre y una sexualidad no represiva. Frente a esta concepción anarquista se implantó entre los obreros eldense, aunque con menor raigambre, la ideología socialista, que dio origen a la Federación Obrera de la Industria del Calzado.

La crisis internacional iniciada en 1929 abrió un nuevo periodo adverso. Las limitaciones de la demanda interna y las dificultades del mercado exterior pusieron freno al desarrollo experimentado hasta esos momentos, dando paso a una etapa de crisis económica, seguida de una convulsa situación política en la que se sucederán cierres de empresas, periodos de huelga y conflictos sociolaborales hasta el estallido de la Guerra Civil.

Las elecciones del 12 de abril de 1931, suponen la elección del primer Ayuntamiento totalmente vinculado con los in-

tereses de la industria del calzado, desplazando a la oligarquía terrateniente tradicional y dejando fuera del consistorio a algunos representantes de la más rancia burguesía zapatera ligada al partido monárquico (Trinidad Vera, Luis Amat, José Sirvent, etc). En el seno de la candidatura vencedora coexistían fabricantes de calzado y propietarios de industrias auxiliares, junto con obreros y varios profesionales liberales (médicos, farmacéuticos, etc.). Surgen nuevas estructuras financieras para apoyar la industria y el comercio local, como el Banco de Elda, que constituido en 1933 suministró en el año siguiente unos diez millones de pesetas. Según la Matrícula Industrial de 1934 había en Elda noventa fábricas de calzado aunque 51 de ellas no sobrepasaban los cuatro operarios y había descendido tanto el número de empresas que superaban el centenar como el empleo industrial, aunque de nuevo tenemos que recordar el carácter fiscal de la fuente, porque otros autores como Forner, Bernabé Maestre y Valero Escandell, afirman el incremento de las empresas durante los primeros años de la década de los treinta.

Esta industrialización y consiguiente proletarización de la mano de obra resultan evidentes durante el primer tercio del siglo XX. En general se observa una progresiva concienciación y un mayor compromiso político entre la clase trabajadora, que alcanza a expresarse en los periódicos locales, algunos de los cuales denunciaban o analizaban bajo puntos de vista comprometidos socialmente, y sesgados conforme a intereses concretos, los hechos cotidianos. En 1932 y en Elda, para paliar los graves efectos de la fuerte crisis y el desempleo consiguiente, obreros y empresarios llegaron a acuerdos plasmados en estrategias concretas, que suponían invariablemente la merma de empleo, del número de días trabajados y del salario percibido. Así aparece en Elda la cooperativa de fabricación de calzado «La Eldense, S.A.», que comercializaba sus zapatos con el nombre de «La perdiz». Mayores logros se alcanzaron en Petrer, donde la cooperativa «El Faro» declaraba estar compuesta por 350 asociados. Así, meses antes de la guerra civil, el asociacionismo obrero como forma de producción comenzó a ser contemplado para paliar la crisis, sobre todo ante la quiebra de emblemáticas empresas como «Calzados La Imperial»,

que contaba con una red de más de cuarenta zapaterías repartidas por toda España y un capital estimado en 1935 en más de diez millones de pesetas; «La Imperial» adquirió en ese periodo zapatos por valor de varios millones de pesetas y su suspensión de pagos en 1936, puso en dificultades a importantes empresas de la localidad –como las de Francisco Vera o Pedro Bellod– con las que tenía contratada gran parte de la producción.

Las calidades del zapato variaron en función de la técnica empleada y de la localización geográfica. En líneas generales, Elda, estuvo especializada en la fabricación de calzado de señora, con gran variedad de modelos y calidad media-alta, siendo el sistema de trabajo predominante el manual o semimanual, puesto que la diversidad de modelos limitó las posibilidades de mecanización. No faltaban, en cualquier caso, las grandes instalaciones dedicadas a la fabricación del calzado mecánico, tanto en Elda como en Petrer. Así, la fábrica de calzado de caballero de «Pedro Bellod Payá», podía obtener al máximo de su capacidad unos 280.000 pares, confeccionando 110.000 en 1935; por otra parte la fábrica de «Rodolfo Guarinos Vera», produjo 263.000 pares, alcanzando únicamente 275.000 en 1934.

El alzamiento militar coincidió con una huelga general en la industria del calzado, iniciada a comienzos de junio, que afectaba a todas las poblaciones zapateras de la provincia. La huelga se realizó en demanda de la elevación de salarios, ampliación del período vacacional y mejoras horarias, entre otras reivindicaciones. A pesar de que la huelga fue desconvocada, el paro continuó en Elda y Petrer todo el mes de julio y hasta la primera semana de agosto de 1936. De las 90 fábricas que había en Elda y Petrer sólo cuatro pudieron seguir trabajando, debido al estado que habían quedado los recursos económicos después de la huelga. En efecto, las únicas empresas que podían trabajar eran las grandes sociedades anónimas de Rodolfo Guarinos, José Martínez y Pedro Bellod, que durante el paro obrero habían enviado el calzado, en proceso de fabricación, a las cooperativas dedicadas a la fabricación de calzado de los pueblos vecinos, destacando entre otros la Cooperativa «Armonía» de Castalla.

A partir de 1936 tanto en Elda como en otras poblaciones del Vinalopó apa-



Rodolfo Guarinos, gran empresario zapatero (Alberto Navarro: *Eldenses Notables*).

recieron formas de gestión industriales socializadas, para la fabricación de calzado de piel y utensilios afines, que mantuvieron y ocasionalmente aumentaron la producción por las demandas generadas por el Ejército¹⁶. La Junta de Compras del ministerio de la Guerra se convirtió pronto en el principal cliente de las fábricas de calzado. Gracias a estas demandas los resultados empresariales no fueron malos, especialmente durante el primer año de la guerra en algunas grandes fábricas eldenses. Así, la empresa «Rodolfo Guarinos» declaró entre julio y diciembre de 1936 más de 400.000 pesetas de beneficios y en los tres primeros meses de 1937 éstos sobrepasaron el millón.

Aún así fueron evidentes los problemas de las pequeñas y medianas empresas con escasos recursos financieros, que fueron superados por los propios empresarios, con la ayuda del Comité Antifascista local. Así, para sacar a Elda del colapso económico que significaba la inactividad se constituyó el 18 de agosto de 1936 el Sindicato de la Industria del Calzado de Elda y Petrer (SICEP), cuyo local se estableció en una fábrica sita en la calle Lamberto Amat. El SICEP, era en sus inicios, al menos teóricamente, una especie de consorcio de empresas dirigido por un Consejo de Administración de nueve miembros, una organización privada que pretendía entregar el 65% de los beneficios a los empresarios y sólo un 17'5% para los obreros. Su función era prestar recursos financieros a las fábricas, abastecerlas de materias primas y comercializar el calzado, comprándolo a las fábricas y vendiéndolo por su cuenta. Era evidente que pese a contar con el apoyo inicial del Comité Antifascista local, una organización empresarial no podía seguir funcionando con parámetros capitalistas dentro de una Elda cada vez más intervenida económicamente por las organizaciones sindicales. En realidad, todas las empresas integradas en el SICEP, estaban sometidas de un modo u otro al control de los sindicatos obreros, donde en algunas el propietario seguía dirigiendo la marcha de la empresa, aunque en otras era una figura nominativa. Al poco de su constitución, el Consejo de Administración del SICEP pasó a desempeñarlo «seis patronos, seis obreros y un secretario designado por el Gobierno». Al comenzar el año 1937 de este Consejo de Administración desapareció la repre-

sentación patronal, que fue sustituida por seis obreros.

Así los gerentes de las sociedades empresariales quedaron relegados por los trabajadores, la mayoría afiliados a la UGT y sobre todo a la CNT, que ante los acontecimientos derivados del periodo bélico, confiscaron las fábricas para ponerlas en marcha y fabricar calzado para el ejército. Con las empresas de calzado confiscadas (las de Rodolfo Guarinos, Martínez Sánchez y Pedro Bellod) y otras dos de menor dimensión (Rivas y Maestre), se estructuró en 1937 en Industrias de la Piel Socializadas de Elda. A esta colectivización también se incorporó el taller de la Escuela de Artes y Oficios de Elda, que se dedicaba a la confección de abrigos de cuero, monos y camisas para el ejército, llegando a sumar Industrias de la Piel Socializadas un total de 2.800 trabajadores eldenses.

El SICEP, se encargaba de enviar representantes por la España republicana, ofreciendo al mercado zapatos para los niños y las señoras. La guerra se prolongó más de lo que esperaba el SICEP, y a los pocos meses la producción de calzado civil era excesiva para que el mercado pudiera absorberla. Frente a esta circunstancia el SICEP se vio obligado a cambiar de política y a orientar sus ventas hacia el ejército. En agosto de 1937 el SICEP sirvió a la Junta de Compras del Ministerio de Guerra 350.000 pares de botas. Pese a esta orientación productiva a mediados de 1937 el calzado tendrá una nueva crisis que se intentó superar entrando los sindicatos UGT y CNT en la dirección del SICEP sin intervenirlo y sin desplazar a los antiguos gestores. Uno de los problemas fue las dificultades de producción que derivó en un estancamiento técnico y en un retroceso en el nivel de mecanización del proceso productivo. Así la carencia de mecanización afectó con intensidad a los municipios del Valle del Vinalopó, donde municipios como Elda que había recibido más del 20% de la maquinaria distribuida por la USMC entre 1931 y 1936 en España, sólo recibió el 8'5% de la misma entre 1937 y 1938.

Por otra parte, en Petrer el 14 de junio de 1937 la UGT y la CNT conjuntamente y con acuerdo de los patronos, colectivizaron las cinco principales empresas del ramo entre las que se encontraba «Calzados Luvi, S.A.» Poco después, el 2 de octubre de 1937, Industrias

de la Piel Socializadas se transformó legalmente en la Cooperativa Obrera de la Industria del Calzado y Similares (COICS), a la que fueron sumándose también la totalidad de las empresas de calzado de Elda y Petrer. El 31 de mayo de 1938 el SICEP cede el negocio de las ventas de calzado al COICS, por 1.500.000 pesetas.

Al término de la Guerra Civil, las empresas del país, en general, y la industria del calzado en particular, se vieron afectadas por la caída del consumo y la escasez de las materias primas. La Administración del Estado estableció un sistema de cuotas de materias primas, que discriminaba a las empresas según la capacidad productiva teórica. Por otro lado, a la imposibilidad de renovar maquinaria se sumaba la escasez en la demanda, tanto nacional –por los efectos de la Guerra Civil–, como internacional –por la negativa influencia en este caso de la Segunda Guerra Mundial. De este modo, por un lado las empresas socializadas desaparecieron, también dejaron de tener sentido las fábricas que habían orientado su producción para material de guerra; por otro lado, las grandes firmas anteriores a la confrontación encontraron las mismas dificultades de carencias de materias primas y muy baja demanda. De igual modo, la falta de divisas entorpecía las posibilidades de comprar en el extranjero y la importación de maquinaria y materias primas.

En definitiva, las restricciones a la libertad de industria, por el control del sindicalismo vertical franquista durante la posguerra, perjudicó a las empresas alicantinas en general, ya que se reforzó el grado de monopolio que propició la disminución en las inversiones medias destinadas a la creación de industrias. Por otra parte se acentuó el claudestinidad del utillaje industrial y disminuyó la calidad final de las manufacturas como el calzado.

De las restricciones de posguerra al trapicheo y la letra de cambio como base para la renovación empresarial

Durante los primeros años de posguerra, los pedidos oficiales y la demanda civil insatisfechas que se había acumulado a lo largo del conflicto mantuvieron un consumo interior de calzado



Interior de la fábrica de «Bellod Hermanos y Zaragoza» (Archivo EMIDESIA).

relativamente alto. Esto provocó una restricción inicial en el mercado que se vio incrementada artificialmente por los problemas de transporte y la actuación de especuladores que fueron acumulando mercancías con el fin de obtener beneficios. Esta situación varió a partir de 1943 cuando el consumo interior entró en atonía debido a la reducida capacidad de gasto y al uso extensivo del calzado textil (alpargatas)¹⁷. El retroceso general de la industria del calzado en España fue similar en su tamaño al experimentado por el conjunto de las industrias de bienes de consumo, pero no en su ritmo, más acentuado en los primeros años para las otras industrias, mientras que para el calzado la caída se agravó hacia mediados de la década.

El aumento del grado de oligopolio en el sector zapatero gracias a la *Ley de Nuevas Industrias* del año 1939, conllevó la aparición de un buen número de instalaciones que, burlando todo tipo de disposición fiscales o sociales, funcionaron por completo fuera de la ley. Según las estimaciones de los empresarios existían más de 250 establecimientos en la provincia de Alicante, que llegaban a producir aproximadamente la mitad de la producción legal, estimada en esos momentos en unos seis millones de pares de zapatos.

Todas las empresas entraban en una grave situación de crisis saldada con una ruptura del sistema fordista de producción que había ido configurándose con anterioridad, dando lugar a una atomización de empresas que recibieron el popular nombre de *tallericos*, en ocasiones al margen de la legalidad vigente y en perjuicio de las empresas autorizadas. La peculiar forma de entender la econo-

mía durante la posguerra acentuó algunos aspectos negativos a la hora de organizar el trabajo.

Nacionalcatolicismo y poder local

La represión desarticuló totalmente las infraestructuras de los sindicatos de clase y de los partidos democráticos, buscando la ilegalidad del régimen franquista mecanismos de legitimación. Para ello se alcanzaron compromisos con instituciones que sustentaban su poder, tanto a nivel político como religioso¹⁸, que en ocasiones entraron en conflicto con los poderes locales o *fuerzas vivas*, que obligó a configurar una red de intereses, dentro del régimen franquista, entre las instituciones locales, económicas y políticas. Este fue el caso de la derecha tradicional eldense, caracterizada siempre por la monopolización de los cargos entre industriales del calzado. La alcaldía del falangista Batllés tuvo choques con este sector desde el principio y la consecuencia fue la sustitución de su gestora por otra comandada por los principales industriales del calzado, que supuso la desaparición de los falangistas en la política eldense. En efecto, en 1942 se renovó la comisión gestora municipal de Elda, que quedó formada por personal político, en su totalidad de derechas, y encabezado por José Martínez González y que, socialmente, tuvo en los industriales el grupo más influyente con diferencia, tanto cuantitativamente como cualitativamente, constituyendo un 50% del personal político, entre los que destacan los cargos de alcalde y tenientes de alcalde. José Martínez González ilustra el perso-

Zapatero de silla (CEFIRE).



nal político por el que el régimen optó, ya que fue nombrado alcalde en 1943 y ratificado por el gobernador civil en las elecciones de 1948, siendo procurador en Cortes en representación de los Ayuntamientos de la provincia entre 1946 y 1952, cuando pasó a formar parte de la Comisión de Gobierno de la Diputación Provincial. Otro personaje representativo será Julio Beneit, importante industrial que tras la caída de los falangistas en 1943, ocupará el cargo de primer teniente de alcalde hasta 1951. Es indudable la influencia y el protagonismo que tuvieron los industriales del calzado, que como José Martínez González¹⁹, utilizaron su condición de empresarios y representantes del sindicato vertical de la Piel, como plataforma para acceder a los cargos políticos locales y provinciales.

Sin duda, el sindicalismo vertical actuó de forma paternalista y manipuladora, instaurando fiestas como la de San Crispín, en un intento de ofrecer una imagen laboral de acuerdo entre los intereses obreros y patronales. En 1949 con una pretendida base religiosa (en la línea de aquella fiesta de San José Artesano con la que se pretendía sustituir al Primero de Mayo), y para conseguirlo, se llegó a declarar el día de San Crispín como festivo y abonable para los obreros, realizándose una ermita en La Torreta y adquiriendo una imagen del santo²⁰.

Dinámica industrial y subdesarrollo económico

Los años cuarenta no fueron una época de grandes iniciativas urbanas ni económicas, y además se dio la desaparición de entidades como el Banco de Elda, que constituido en la etapa republicana con capital eldense, perdió su autonomía al ser adquirido en 1951 por la banca Úbeda, que meses más tarde lo vendió al Banco Central.

En esos momentos, la provincia de Alicante concentraba más de la mitad de la capacidad de producción de la industria de calzado. En el Valle del Vinalopó había casi 300 empresas, medio millón de máquinas de montar y más de 13.000 trabajadores empleados en el ramo. El censo de industrias experimenta en esos años diferentes movimientos. Por un lado, desaparecen grandes empresas y aparecen muchas más pequeñas, resultado de la fragmentación de las primeras. Por otro lado, el número de trabajadores fue en aumento a lo largo de los años cuarenta. La vuelta al tra-

bajo en las empresas se demoró sólo algunas semanas después de acabada la Guerra Civil. Durante esta etapa se produjo un proceso de desaparición de las antiguas grandes empresas altamente mecanizadas, que culminó en los primeros años de la década de los cincuenta con la desaparición de «Rodolfo Guarinos Vera», «Pedro Payá», «Hijos de Vicente Gil», «Hijos de Gabriel Vera» y algunas otras. El sindicato de la piel culpó a los pequeños *tallericos* que trabajaban al margen de los impuestos, gravámenes, cotizaciones a la seguridad social e inflexibilidad a las plantillas. Estos *tallericos* proliferaron por la ciudad en los años de posguerra, utilizando el trabajo a domicilio y empleando a niños bajo la figura del aprendiz.

En 1944 el sistema de *cupos por reposición* introducía cierto grado de libertad en la industria y contribuía a aliviar, en parte, las carencias en el abastecimiento. Mediante esos cupos se mantenía el control de las importaciones de materias primas y la producción nacional de pieles, pero se permitía a los empresarios elegir entre los distintos proveedores. Mediante el nuevo sistema, conocido popularmente como *las guías*, los empresarios solicitaban materias primas y componentes, que eran concedidos conforme con la producción declarada. Así, en estas precarias condiciones florecía en mercado negro y el trapicheo de todo tipo de favores y materiales. Habían industriales que se vieron favorecidos con asignaciones oficiales de cupos de materias primas. En la provincia de Alicante destacan dos empresas eldenses, «Licea» y «Juan Martínez, S.A.» La primera estaba especializada en la fabricación de calzado mecánico y dio trabajo a un total de 125 obreros, pero tras el breve periodo de libertad, la sociedad se disolvió y su número de credencial, pasó a manos de un nuevo titular, Antonio García Díaz. Por otra parte la empresa de «Juan Martínez S.A.» disponía de una pequeña instalación dedicada a la elaboración de calzado semi-manual que ocupó a 23 obreros.

Las dificultades de acceso a las materias primas, el escaso poder adquisitivo de los consumidores y la intervención de las autoridades administrativas a la hora de la fijación de precios motivó que las fábricas zapateras contasen con una escasa variedad tanto de modelos como de colores. A pesar de ello la producción se mantuvo, superando la legislación res-



Mujeres en una fábrica de zapatos (CEFIRE).

trictiva sobre nuevas industrias, obteniéndose beneficios gracias a la sustitución de materiales, ante la falta de recursos y al establecimiento de fraudes en la calidad del producto. Así las pieles lanares y cabrías, abundantes en la Península, se utilizaron como sucedáneos de los cueros vacunos; para elaborar punteras y contrafuertes se recurrió a *tela de La Haye* (fibras textiles con un engomado soluble al agua), al cartón y a fieltros cromados (un tejido de lana y pelo impregnado en una solución de celuloide y acetona). Algunos fabricantes se vieron obligados a utilizar suela realizada con piel de conejo o ternera rellena de cartón, para fabricar un calzado muy frágil; también se empleaban laminados de caucho procedentes de neumáticos retirados de los coches.

Además de las restricciones en materias primas destaca los numerosos cortes de energía, que obligó a modificar el horario laboral de las empresas, siendo habitual el trabajo durante la noche. En la segunda mitad de los años cuarenta se observa un aumento en el proceso de mecanización que irá creciendo en la década posterior. Así entre 1945 y 1950 las máquinas de cortar suela existente en las industrias eldenses pasaron de 87 a 127, las de desvirar de 86 a 98, las de puntear de 27 a 38, las de montar de 41 a 47 y las de coser se mantuvieron en 25. Este incremento de la mecanización hubiese sido mayor de no haber tenido las limitaciones productivas ya enunciadas.

Muy común fue el estraperlo de materiales esenciales como piel, suela y crepé (para piso). Desde la delegación en Alicante se asignaba una cantidad de materias primas a cada municipio y, una

vez en él, el sindicato vertical de la Piel se encargaba de hacer el reparto entre los almaceneros que, en última instancia, procedían a adjudicar los cupos a cada fabricante, según la solicitud de cada uno, acompañada de la declaración de producción (*guía*). La fórmula de racionamiento estuvo en vigor hasta comienzo de los años sesenta.

Bajo este sistema de fuerte intervención estatal, las empresas de calzado carecían de alicientes empresariales para mejorar su productividad y producción, ya que dependían de asignaciones fijas de materias primas escasas y, al mismo tiempo, sus precios de venta estaban fijados oficialmente, circunstancia que animaba a los productores a obtener los beneficios rebajando la calidad de los materiales empleados y, también, forzando la reducción de los salarios. En efecto, la reglamentación laboral estricta, que garantizaba a los obreros el empleo fijo y determinadas percepciones, tenía como contrapartida lógica -dada la bajísima productividad- la percepción de unos salarios paupérrimos. Así Valero Escandell afirma como ejemplo, que la fábrica de Antonio Porta Rausa en 1940, los sueldos diarios oscilaban, según sección y trabajo, entre las 5'50 y las 10'90 pesetas. El escaso poder adquisitivo de los salarios unido a la escasez o inexistencia de los productos más imprescindibles, motivó que para los obreros, el hambre y las privaciones padecidas se mantuviesen durante bastante tiempo. Eso provocó que en muchas familias la incorporación laboral de la mujer y de los niños fuera una actividad corriente durante las siguientes décadas. El censo de 1940

habla de 16 niños y 6 niñas, menores de catorce años que trabajaban en las industrias de la piel pero este reconocimiento oficial significa en la práctica la existencia de un número muy superior. Por otra parte, hay que señalar en relación a los aprendices legales, que los de 14 a 16 años, debieron suponer un número cercano al 10% del empleo total. Los jóvenes zapateros contaron ya desde los primeros años cuarenta con una escuela profesional de calzado, consolidando definitivamente las fallidas iniciativas anteriores.

El escaso control fiscal de la mano de obra y de la producción, como se desprende de las graves carencias en las matrículas industriales, avalado por los testimonios de los coetáneos, permitió cierto grado de capitalización de las principales empresas y de los pequeños *tallericos*. El sindicalismo vertical y los propios empresarios *legales* facilitaban la existencia de ese nutrido estrato de ilegales, para mantener los niveles de empleo y, a la vez, para abaratar los costes de mano de obra. No obstante, llegado el caso, hasta esos empresarios ilegales contribuían a pagar las cuotas impuestas al municipio. Se trata, en la práctica, de la instauración de un sistema de producción flexible como respuesta a una grave crisis, en cierta medida similar al que caracteriza la actual dinámica del subsector.

En 1953, el sindicato vertical de la Piel calculaba que la producción clandestina había ascendido hasta cuatro millones de pares, de ellos un tercio de calzado de series, aproximadamente un millón doscientos mil pares. En Petrer, en 1957, el jefe del Grupo Sindical del Calzado afirmaba que mientras las empresas legalizadas en el municipio producían 200.000 pares de zapatos al año, las clandestinas fabricaban 700.000 pares al año. Ese mismo año, el alcalde de Elda denunciaba la situación señalando:

«...lo cierto, lo que nadie puede negar es que a la grande y mediana industria legalizada la acosa el clandestinaje, que si ayer, cuando las cargas de la Previsión Social eran mínimas y no se les daba importancia, hoy, que la tributación por Seguros Sociales grava considerablemente los productos manufacturados...»²¹.

Esa nueva fórmula, que recuperaba en cierta medida el carácter artesanal de los primeros tiempos, aunque contaba con cierta maquinaria y una producción en

Grupo de zapateros en 1958: obsérvese el trabajo de niños de corta edad (Museo del Calzado de Elda).



serie orientada hacia los mercados exteriores, se caracterizó, sobre todo, por el agrupamiento de amigos o familiares en pequeños talleres para la producción, conocidos popularmente como los *tallericos* o *grupicos* donde se empleaban a los obreros legales de otras empresas, después de la jornada laboral ordinaria, para hacer horas extraordinarias o para trabajar unas horas más a destajo, sin ningún tipo de relación contractual ni carga fiscal. No obstante, esa circunstancia, aunque permitida en aras del desarrollismo y la creación de empleo, ya era percibida como nociva para la salud general del subsector, como denuncia en 1959 la propia Organización Sindical:

«...La gravedad de la situación es grande en los dos productos más característicos de la industria alicantina: cueros y textiles. La producción de la primera industria decrece enormemente en su poder competitivo frente a empresas más modernizadas, de presentación más selecta del artículo. La industria se hace la competencia a sí misma por la proliferación de la clandestinidad. Todo ello la coloca en circunstancias muy difíciles...»²²

El sindicalismo vertical actuaba en estos municipios con una ambigüedad calculada. Sus decisiones de tono menor, tales como reclamaciones muy concretas, despidos individualizados y otras cuestiones laborales, solían tener un marcado carácter paternalista, amparando en cierto grado las peticiones obreras. Sin embargo, en cuestiones trascendentales, como salarios, prohibición de huelgas, reparto de materias primas u organización de la producción, defendían siempre los planteamientos patronales.

Las primeras iniciativas exportadoras. Las economías locales dentro de un contexto de internacionalización del mercado

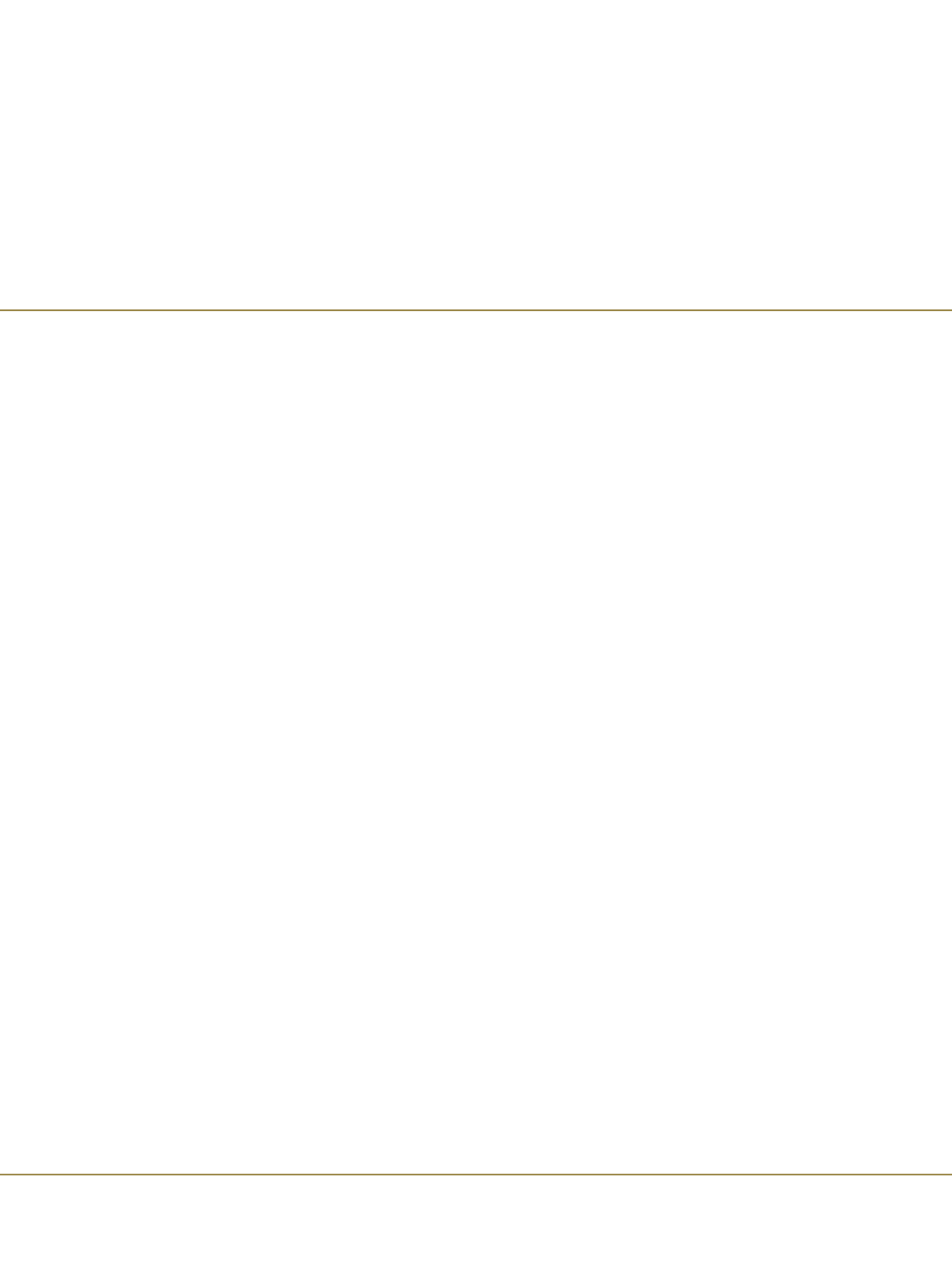
La permisividad era la tónica generalizada y, a finales de los años 1950, los *tallericos* habían proliferado y constituido la base del entramado empresarial eldense, dando lugar a una etapa de transición. Esta etapa se caracterizó por rasgos donde aparecía el viejo aparato artesanal combinado por las empresas más mecanizadas. Así había un predominio del pequeño taller manufacturero con plantillas que tenían entre 6 y 50 trabajadores, siendo más bien escasas las



Panorámica de Elda en 1954, donde se observan algunas grandes fábricas, como la de «Rodolfo Guarinos, S.A.» (Archivo EMIDESA).

empresas que tenían entre 50 y 100 trabajadores²³. Durante la década de los años cincuenta, se fueron articulando diversas medidas oficiales que arbitrarón un favorecimiento de la actividad exportadora.

En 1954 se mejoró el tipo de cambio aplicable a las exportaciones de calzado, situándolas entre las que se beneficiaban de un cambio más favorable, y al año siguiente se inició una operación especial para favorecer la exportación de calzado de cuero y otras manufacturas de piel, similar a la que estaba en vigor desde 1951 para el calzado de caucho. Por otra parte el sindicato vertical de la Piel creó un Servicio de Comercio Exterior para apoyar a las empresas exportadoras y colaboró con el Ministerio de Comercio para asegurar la presencia del calzado español en las principales ferias internacionales. También participó en esta labor de promoción la Comisión Nacional de Productividad Industrial, que inició en 1954 un programa de ayuda a la industria del calzado que situaba entre sus primeros objetivos el impulso a la exportación²⁴. A pesar de ello, la exportación fue muy mediocre en España con respecto a otros países productores europeos, como en el caso de Italia. En efecto, entre 1950 y 1957 la tasa acumulativa media anual de calzado de cuero vendido al exterior creció en torno al 18'6% situándose en los 200.000 pares, con un valor que no alcanzaba el 0'2 % del valor total de las exportaciones españolas. Sólo con la institución de FICIA el Valle del Vinalopó, y también el resto de España, acabaría encontrando un cauce adecuado a sus exportaciones de calzado y modificando radicalmente algunas de sus características productivas y comercializadoras.



Desarrollo industrial, creación de la FICIA y otras asociaciones del sector zapatero

29

JOSÉ MARÍA AMAT AMER

Director del Museo del Calzado

La década de los años cincuenta marca para la comarca del Medio Vinalopó, el punto de arranque de su desarrollo económico hacia la mecanización en la fabricación de calzados, el más importante sector de su economía local; también supone el inicio de la modernización de la industria zapatera en las comarcas del Vinalopó. Tras el final de la guerra en Europa, España sufre un aislamiento por parte de los países europeos y de Estados Unidos; la lógica privación de materias primas que padece el mundo occidental en España se agudiza y, al principio de la década, mientras los demás países reciben ayudas provenientes principalmente de EEUU, nuestro país debe esperar algunos años; Elda, que ya antes del conflicto mundial, se ha convertido en una ciudad zapatera y cuya riqueza está fundamentada en un alto porcentaje en esta actividad, debe permanecer algún tiempo realizando esporádicas incursiones en el mercado internacional, pero especialmente es el consumo interior el que mantiene su débil economía.

La saturación de los mercados interiores es un hecho evidente. Los viajeros de la época deben competir para lograr mantener sus niveles de ventas y la diversificación de pedidos impide pensar por el momento en una industria mecanizada y competitiva; las colecciones son extraordinariamente extensas y los comercios diversifican todavía más el producto en fabricación pues el pedido medio del mercado interior ronda los 12 a 24 pares de zapatos, repartidos en el abanico de numeraciones existentes en cada tipo de fabricación; el proceso semima-

nual de elaboración de calzados da lugar a que las fábricas que permanecen tras la Guerra Civil y las que se crean en los años siguientes tengan una excesiva cantidad de mano de obra, lo que eleva el precio de venta del zapato; téngase en cuenta que en esos años, el porcentaje de mano de obra directa sobre el calzado, supera en ocasiones el 60% del producto final. Las industrias actúan todavía con sus pequeños núcleos autónomos formados por el maestro, oficial y aprendiz, que realizan su *tarea* con total autonomía, tanto en intensidad como en horario de trabajo. Muchas fábricas con plantillas superiores a 50 trabajadores trabajaban hasta altas horas de la noche y, como era habitual, también los sábados; eso era lo normal en la gran mayoría de fábricas y talleres de menos de 15 trabajadores, en los que la actividad era artesana y familiar. Ante esta situación no era de extrañar que las fechas de servicio se incumpliesen dando a este hecho un carácter casi de normalidad.

No obstante, Elda era, en estos años, un lugar de peregrinaje de muchas fa-

Logotipo de Alberto Navarro para la Feria del Calzado, aparecido en *Valle de Elda* en 1957.



milias que llegaban a la ciudad para tratar de mejorar su nivel de vida, procedentes de zonas agrícolas en las que había escasez de recursos; sin embargo y a pesar de nuestra encorsetada industria de fabricación de calzados, en Elda los desajustes suponían un nivel de salarios inalcanzable en muchos otros sectores, fundamentalmente en la agricultura. Por eso la ciudad, y con ella la comarca, crecía: de los 13.445 habitantes de 1930, se pasa a los 20.050 en 1940 y a los 20.699 diez años después; a partir de ahí la inmigración se dispara y se llega a casi 28.000 habitantes en 1960 para alcanzar y superar ampliamente los 41.000 en 1970. Esto nos da una idea clara del enorme crecimiento que tuvo que experimentar la ciudad en todo orden de cosas, infraestructuras urbanas, lugares de ocio, comercio etc.

Un acontecimiento superior a cuantos se habían producido en la primera mitad del siglo XX fue la Feria del Calzado; esta sobresaliente aportación al movimiento económico del sector en nuestra ciudad, y prácticamente de todas las ciudades zapateras de España, tuvo su punto de partida, el 22 de diciembre de 1956, en un escrito publicado en el semanario local *Valle de Elda* titulado «¿Elda capital del calzado español?» y firmado por el empresario eldense Óscar Santos González, que desató los deseos de salir de la situación de estancamiento en la que se encontraba nuestra industria de fabricación de calzados y alertó a todos los colectivos de la época que la saturación del mercado nacional había creado un clima de depresión del que difícilmente se saldría si no era por medio de una Feria del Calzado, en la que el visitante pudiese contemplar toda la oferta y al que pudiesen llegar compradores extranjeros.

El 4 de mayo de 1957, es decir, casi cinco meses después de que Óscar Santos lanzase su primer mensaje de unión ante una posible Feria del Calzado, la escritora y poetisa Carola González escribe en *Valle* «Feria de Muestras del calzado de Elda, 1958»; se trata de un bello artículo imaginativo en el que contempla la ciudad a un año vista cuando hipotéticamente se celebrase esa soñada Feria del Calzado; Carola nos describe con detalle el ambiente que se vivía en las calles de Elda, en una sencilla premonición de lo que acontecería en el año 1959 cuando de verdad se inaugurara esa anhelada Feria Local.

En julio de ese mismo año, Eduardo Navarro sigue abundando en la idea de esa Feria del Calzado y en su artículo «Feria Nacional de Muestras del Calzado en Elda», se aventura a señalar fechas y lugares en los que podría desarrollarse. En agosto es el propio alcalde de la ciudad, Joaquín Campos Fernández, quién realiza unas declaraciones solicitando la unidad de los eldenses para hacer realidad esa Feria.

En septiembre, Alberto Navarro escribe en *Valle de Elda*, «Las palabras y los hechos», un escrito reivindicativo de algunas obras pendientes de realizar en la ciudad; insiste una vez más, como ya lo hiciera en repetidas ocasiones, en la construcción de un monumento al zapatero como homenaje a todos los trabajadores de esta industria, en la formación y organización de un museo del calzado para la ciudad y también profundiza en la idea de crear una Feria del Calzado, pero Alberto sugiere además un logotipo que serviría años más tarde de primer dibujo representativo de esa Feria.

La industria del calzado, la predominante en el valle, en el año 1958 se repartía de la siguiente manera en las zonas de la provincia de Alicante y en Almansa: 47% en Elda, 29% en Elche, 13% en Villena, 11% en Petrer, 2% en Monóvar y en Cocentaina, 1% en Sax y 3% Almansa, según información aparecida en *Elda Creadora*, revista nacida para canalizar el diseño y las aspiraciones del sector calzado y de la que no se editarían más que dos números (contiene un error ya que la suma de estos porcentajes arrojan el 108%, pero lo cierto y destacable es que en este año las poblaciones del Elda y Petrer superan la mitad de la producción alicantina de calzado y Elda figura, con diferencia, como la población que mayor cantidad de zapatos produce). Pero nuestras exportaciones están muy por debajo de lo deseable: mientras Italia exporta cinco millones y medio de pares de zapatos al año, España solamente alcanza los 15.000 pares anuales, lo que confirma la saturación del mercado nacional en estos años previos a la Feria del Calzado y la necesidad urgente e imperiosa de buscar nuevos horizontes que nos sitúen en mayores cotas de producción.

Algunos industriales de Elda acuden a diferentes exposiciones en el exterior, como la Feria del Cuero de París, a la que asiste el recién creado Grupo de Expor-

tación del Calzado de Elda, que preside el industrial eldense José María Gran Díez; fueron catorce industriales y se contrataron tres *stands*; muchos visitantes y compradores de aquella feria, al ver la calidad de nuestros zapatos pensaron que se trataba de firmas italianas. La satisfacción por los contactos y los pedidos confirmados fue unánime; muchos zapateros de la zona vieron en ello la señal evidente de que EEUU, primero, y Europa, más tarde, ansiaban diversificar sus compras en países de calidad similar a la italiana y precios más bajos. En España el consumo interno era entonces del orden de 0,8 pares por habitante y año, lo cual nos da una idea de la precariedad del consumo en relación con la producción. A la vuelta de este importante viaje, se produjeron reuniones en Madrid con el Director General de Exportación, para crear una Asociación Nacional de Exportadores de Calzado.

Al finalizar el año 1958, la situación de la industria del calzado en nuestra población ofrece un panorama sombrío: se calcula que Elda ofrecía cada temporada más de 60.000 modelos diferentes de zapatos; del 60% de ellos los pedidos eran inferiores a 100 pares por modelo; de un 20% no se solicitaba par alguno; sólo el 10% del muestrario superaba los límites de la rentabilidad; con estos datos, la debilidad de los talleres y pequeñas industrias les abocada a la desaparición a la mínima recesión en el mercado.

Cualquier noticia o rumor nacido en el exterior, era suficiente para hacer tambalear nuestro mercado; si se habla de la posibilidad de sustituir el tacón de aguja o el cubano por otro en forma de cuña que prolongue la propia suela, ya surge la preocupación en unos empresarios que, a esas alturas del siglo XX, realizaban mayoritariamente un zapato de vestir de calidad con empleo casi exclusivo del tacón alto. La industria del calzado de Elda, que había nacido con el charrro y las series y crecido con el zapato de caballero, se dedicaba ya con escasas excepciones, a la fabricación de calzados de señora que utilizaban generalmente el tacón de aguja, una invención casi al unísono de los diseñadores Roger Vivier en Francia y Ferragamo en Italia.

Tras medio año de silencio en lo que a la Feria del Calzado respecta, escribe Eduardo Navarro, «Elda en letar-

go», un llamamiento a la población para que reactive la idea de crear una Feria del Calzado para Elda. La ciudad contaba con más de cuatrocientas fábricas, algunas grandes, pero la mayoría pequeñas y medianas, con plantillas que no alcanzaban los veinte trabajadores. La saturación del mercado nacional, cada vez mayor, dificultaba las ventas e incrementaba el porcentaje de anulaciones. Aunque 1959 fue un año de pedidos fluidos, todos sabían que la situación interior tendía a agravarse.

Se acude a las Ferias del Cuero de París, de Utrecht en Holanda y de Nueva York; se realizan múltiples contactos y se venden zapatos en cifras muy modestas (en el certamen de N.Y., se vendieron 85.000 dólares, con una cotización de 50 pesetas por dólar). Ante las expectativas de ventas al mercado exterior y fundamentalmente al de EEUU, los componentes de la misión comercial, dan un conjunto de normas para mejorar la exportación: 1.- Hacer ventas por grupos o por cooperativas; 2.- Reducir el número de marcas y de clases de zapatos para facilitar la compra; 3.- Tarifar con los precios más bajos; 4.- No actuar aisladamente; 5.- Realizar campañas de propaganda conjuntas con otros fabricantes.

Estudios realizados en EEUU revelan que los zapatos más caros de Europa son los fabricados en España e Italia; en España (en Elda, especialmente) un par de zapatos de señora cuesta el salario de 38 horas y 59 minutos de un obrero; en Italia de 36 horas y 37 minutos; en Francia de 21 horas y en Inglaterra de 13 horas; pero los salarios españoles son inferiores a los europeos, lo que jun-

El gobernador civil y el alcalde de Elda inauguran el Certamen de Calzado de 1959, precedente de la FICIA (Archivo EMIDES).





Catálogo de Expositores de la Feria Nacional del Calzado (Museo del Calzado de Elda).

to a la existencia de casi un 40% de trabajo sumergido permite que nuestros zapatos sean más baratos que en los países nombrados.

La primera feria del calzado

En junio de 1959, la Comisión de Fiestas del Ayuntamiento de Elda, coincidiendo con las Fiestas de Septiembre, convoca el I Certamen de la Industria del Calzado en Elda. Se quiere realizar un concurso de trabajos y premiar a los equipos productivos y a las empresas que hayan intervenido en la confección de los zapatos ganadores, se fijan plazos de presentación y puntuaciones a alcanzar en cada una de las fases de ejecución de los zapatos, se establecen tres premios en metálico –de 10.000, 3.000 y 2.000 pesetas–, que también recibirán las medallas de oro, plata y bronce respectivamente (los premios en metálico deberán ser repartidos en su integridad a los trabajadores componentes de los equipos productivos en cada categoría), se da cuenta de la composición del jurado y se dice textualmente que *«los zapatos premiados quedarán en propiedad del Excelentísimo Ayuntamiento para la constitución de una base que inicie el Museo del Calzado Eldense...»*; el Ayuntamiento expondrá los zapatos presentados y los subastará para obtener ingresos de cara a ulteriores concursos. Como anuncio de ese Primer Certamen, se colocaron dos grandes carteles a la entrada de Elda por Santa Bárbara y por el Reventón, en los que se podía leer *«I Feria Local de Calzado»* en español, inglés y francés, junto a un gran

Primera Feria Nacional del Calzado (Archivo EMIDESAS).



zapato de señora y el programa de festejos patronales. La firma Hijos de Sócrates de la Encarnación García de Elda, instauró también un premio, el «Cambrillón de Oro», mantenido durante dos convocatorias, ganadas en 1959 por la firma Santos González y en 1961 por Benjamín Belmonte, con un precioso zapato de tafilete rosa con nudos (ambos se conservan en el Museo del Calzado). El empresario de tacones José Rodríguez Espinosa, aportó 25.000 pesetas para gastos de organización y premios, Rodríguez formaba parte del grupo de empresarios que se reunía a diario en la Sociedad Moto Club, entre los que se encontraban Óscar Santos y Roque Calpena, este último concejal de Fiestas, responsable de la Feria y posterior director de todos los eventos feriales en Elda. Los derechos de inscripción para la Feria y el concurso ascendían a 200 pesetas, dando derecho a exponer cuatro modelos de señora o caballero o seis de series o chicharro, cada par suplementario costaba otras cien pesetas.

Días antes de la inauguración de la Feria, fue necesaria una convocatoria urgente de empresarios en el Cine Rex, ante la apatía existente, en la que se realizaron diversas proclamas a favor de la Feria y se solicitó la presencia de grandes y pequeños fabricantes. En vísperas del Certamen, se publicó la relación de miembros del jurado del concurso; presidido por el Alcalde, también lo integraban José M^a Navarro Parra, Delegado Comarcal del Sindicato; José M^a Gran Díez, Jefe del Sindicato de la Piel; Gastón Castelló, pintor alicantino; Francisco Garach, de Granada, comerciante; Antonio Esteve Orgilés, industrial; Álvaro Carpena Martínez, modelista patronista; José Busquier González y Pedro Martínez Sala, técnicos de calzado.

La inauguración fue el 6 de septiembre, a las seis de la tarde, a cargo del Gobernador Civil. La exposición, preludio de la transformación del sector del calzado español, contó con 150 fabricantes, que expusieron 650 modelos de señora, 100 de caballero y 250 de chicharro y series; también se mostraron miniaturas, zapatos de fantasía e incluso zapatos antiguos. Al concurso concurren 28 pares de zapatos. El valor total de la muestra se estimó en más de 300.000 pesetas.

Las calles de la ciudad vibran festivas en vísperas de una inauguración que presagiaba cambios importantes. A



Logotipo – sello de la I Feria Nacional del Calzado (Museo del calzado de Elda).

Vista de las vitrinas de la I Feria Nacional del Calzado, en el interior del Colegio Público Padre Manjón (Museo del Calzado de Elda).

la muestra, instalada en la primera planta de las Escuelas Nacionales, acudieron unas 50.000 personas a lo largo del certamen: curiosos, comerciantes, fabricantes de dentro y fuera de la provincia, incluso extranjeros; quizás, la visita más interesante y beneficiosa en esta primera feria fue la de Louis G. Feman, técnico de la Administración de Cooperación Internacional de los Estados Unidos (ICA), un estadounidense muy introducido en el mundo del calzado, que acudió acompañado de un fotógrafo del periódico *The New York Times*, días después mostró al mundo entero los zapatos artesanos que se fabrican en Elda.

Tras la inauguración se procedió al fallo del concurso de los mejores zapatos presentados por los equipos productivos. Los ganadores fueron, por este orden, los pares presentados con los lemas *Obsesión* –fabricado por la empresa «Sucesores de Ortiz»–, *Fantasia* –presentado por «Calzados Styl»– y *Certamen*, de Vicente Antón Martínez; el Cambrillón de Oro fue para Francisco Santos González, con *Osando*. La entrega de premios se realizó el 8 de septiembre, día de la Virgen de la Salud, en una verbena en los jardines de la Plaza Castelar, engalanada con múltiples bombillas de colores; en los preliminares, se entregaron los premios periodísticos convocado para las Fiestas Mayores, otorgados a Rafael González Bautista, por «Elda la estrella de la mañana»; a Antonio Porpeta Clérigo, por «Salvia y tomillo» y a Luís Pérez, subdirector del diario

Pueblo, por «Un experimento y un estilo: Elda», junto con otros premios locales de fotografía y escapatismo. Al final se reclamó la presencia de José Rodríguez Espinosa, mecenas e impulsor del concurso de calzado, que hizo votos para que la idea arraigase en la ciudad para bien de su industria.

La Feria, que debía clausurarse el 13 de septiembre, fue prorrogada otro día más, dedicado a profesionales y compradores pues la masiva afluencia de público llegado desde toda la provincia había impedido el espacio y el tiempo necesario para establecer contactos comerciales.

Stands de la Feria de Calzado de 1961, en el patio del «Padre Manjón» (Museo del Calzado de Elda).



Mujer junto a un cartel anunciador de la Feria Internacional del Calzado de 1962 (Archivo EMIDESAS).



Hacia la conquista del mercado exterior

Al finalizar la Feria, Roque Calpena, concejal y presidente del Comité Organizador, expresó públicamente su agradecimiento a colaboradores como Óscar Santos, padre de la idea y aliento de la exposición, Eladio Pla Esteban, que con más voluntad que medios realizó los trabajos de carpintería, José M^a Gran, Manuel Bonete... y muchos más que colaboraron con el Ayuntamiento desde el principio.

Tras el éxito inicial, y a instancias del Sr. Feman, se planteó la necesidad de asistir a la próxima Feria de Chicago; este improvisado *padrino* de nuestra industria, se llevó para EEUU ochenta muestras elegidas por él mismo, para tratar de abrir un mercado americano hasta entonces totalmente volcado con Italia. Feman aconsejó acudir a Chicago conjuntamente, con un solo eslogan –«*Elda spanish shoes capital*»– y un cartel anunciador en el que figuraban las banderas de Estados Unidos y España y la frase «*Come to America*». Feman fue contratado por los empresarios españoles para organizar su presencia en Chicago y otras plazas estadounidenses, potenciando visitas de clientes de aquel país y abriendo al calzado español las difíciles puertas del mercado americano. Roque Calpena y Oscar Santos viajaron a Chi-

ago con 600 modelos presentados en la Feria; se vendieron más de 100.000 pares y, lo que es más importante, se contactó con firmas americanas poseedoras de más de mil tiendas repartidas por toda la Unión, algunas tan importantes como «General Company», «A.S. Berk» o «Shoe Coporation of America». El mercado americano, totalmente diferente del europeo y del nacional, obligaba a cambios en la producción: numeración diferente, medios números, al menos un par de anchos por número... Sin embargo, todo se asumía con gusto pues los pedidos venían por miles sin apenas variar el modelaje, lo que suponía para los industriales una notable ventaja. También se pudo observar que el zapato español era comparable a sus homólogos italianos, alemanes o franceses, pero a unos precios muy beneficiosos.

El 12 de noviembre, en el Cine Cervantes, se reunió a los industriales para informarles sobre el mercado estadounidense, sus ventajas y la forma de introducirse en él; se dictaron normas muy concretas y se nombraron varias comisiones de trabajo –una por cada tipo de calzado, es decir, señora, caballero, series y chicarro– que analizarían tanto los problemas de calidad a superar como las numeraciones a aplicar. La Feria de Chicago marcó, de alguna forma, el despertar de la exportación generalizada; José M^a Gran Díez, Jefe Provincial del Sindicato de la Piel, viajó a Madrid acompañado de un grupo de fabricantes eldenses para reunirse con los responsables de la Comisión Nacional de Productividad y acordar ayudas que fortaleciesen la industria local de cara a modernizar tecnológicamente tanto a la industria del calzado como a la auxiliar; se habló de crear un laboratorio de análisis de materiales en Elda y de organizar cursos de formación, que capacitasen a los jóvenes hijos de industriales para aplicar técnicas racionales y modernas que incrementasen la productividad.

Los primeros contactos con Norteamérica y las halagüeñas previsiones de futuro que Mr. Feman se encargaba de transmitir entre los fabricantes, incentivaron la búsqueda de nuevas fórmulas que canalizasen la venta de calzado al exterior. Una de ellas fue la «Cooperativa de la Industria del calzado» (CIC), o *Elda Exportadora* como se le llamó desde el principio; un grupo de ocho perso-

nas encabezadas por José M^a Gran, se encargó de fomentar la asociación de los fabricantes a ella, con reuniones en el Cine Cervantes en las que se explicó la idea y se crearon comisiones, como la de propaganda o la de estatutos. La Cooperativa tenía como fin fomentar las ventas exteriores y su articulado incluía desde el ingreso como cooperativista a cuestiones de formación, pasando por requisitos curiosos como la obligación de todo cooperativista de comunicar con tiempo suficiente la cantidad de producción que se comprometía a realizar, a fin de cuantificar las ventas, distribuyendo los pedidos entre las empresas inscritas; algo tan complejo desde nuestro conocimiento actual, era posible en unos años de recesión casi permanente y sin apenas contactos exteriores, dada la gran tarta que suponía el mercado estadounidense. En febrero, la Cooperativa contaba con más de 250 fabricantes, más del 80% de los censados en Elda, que pagaban una cuota de 10.000 pesetas por empresa asociada.

Desde hacía varios meses, venía funcionando en Elda otro grupo, la «Sociedad Exportadora de Calzado S.A.», que trataba de abrirse camino en el mundo de la exportación con la marca *Goyescas*; los socios eran prácticamente los mismos que acometerían más tarde la cooperativa *Elda Exportadora*; ambas sociedades contaban con sedes sociales, la primera en Dahellos 8, y la segunda en Jardines, encima del Banco Popular actual, donde prepararon las colecciones que iban a enviar a la Feria de Francfort, otro éxito del calzado eldense.

Tras el éxito del primer certamen eldense, comenzaron los preparativos para repetir la experiencia. Hubo que vencer problemas, como la legalización de la próxima Feria, pues el Ministerio de Comercio había advertido que cualquier feria que no contase con los permisos necesarios podrá considerarse como ilegal. Se propuso la fórmula del Patronato para legalizarla. Dicho Patronato, constituido por el Ayuntamiento de Elda, lo presidió el Alcalde, Antonio Porta, y lo componían: José M^a Gran –en representación del Sindicato de la Piel–, José M^a Navarro Parra –Delegado de Sindicatos–, Francisco Cremades –por *Elda Exportadora*–, Antonio Belmar –por la «Sociedad Exportadora de Calzados S.A.»– y los industriales Fernando Obrador, Luís Juan Tendero, Vda. de Antonio

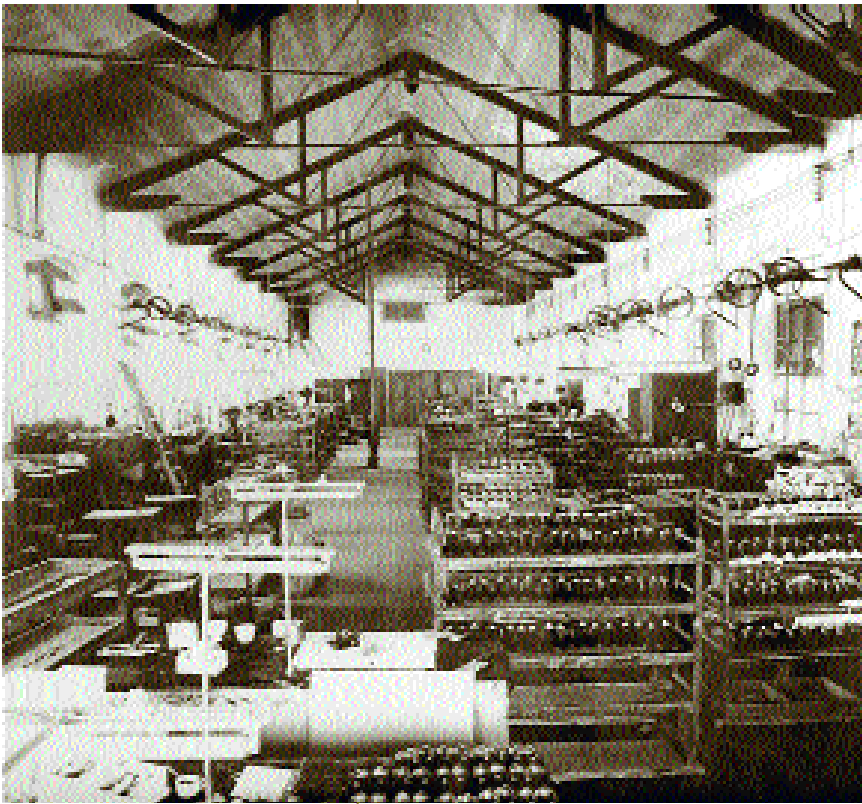
Juan Busquier, José M^a Alarcón, Álvaro Carpena y Óscar Santos a título personal. Fruto de sus gestiones, el 10 de Junio de 1960, la Dirección Comercial de Expansión Comercial del Ministerio de Economía resuelve autorizar la I Feria de Muestras Monográfica del Calzado e Industrias Afines, en la ciudad de Elda.

El Patronato empezó a organizar la Feria de septiembre, creando comisiones de trabajo. En esta nueva edición se utilizarán 7.900 m² del recinto de las Escuelas, 1.400 m² en el propio edificio y 6.500 m² en el patio, en *stands* de cuatro m² para cada firma de la industria auxiliar. En julio se lanzan las bases del I Certamen Provincial de Calzado, ampliando a la provincia de Alicante la convocatoria del concurso de zapatos. Nuevas firmas aportaron fondos para los premios; a «Hijo de Sócrates de la Encarnación», que ya repetía por segundo año, se sumaron otras industrias auxiliares –«Verdú Hermanos», «Norberto Navarro S.A.», «Diego Bonal», «Iniciativas Crespo»– y la Caja de Ahorros del Sureste. En los días previos a la inauguración de la I Feria Nacional del Calzado e Industrias Afines, el trabajo en el recinto era frenético: carpinteros, pintores, empapeladores, albañiles, electricistas... todos querían llegar a tiempo de la inauguración, aunque al terminar la Feria todo debía volver a su lugar para que los alumnos iniciasen las clases.

Se imprimieron folletos, se publicaron el jurado del concurso y la composición del Patronato de la Feria, con presencia de todos los dirigentes sindicales, civiles, económicos y políticos del momento. El martes 6 de septiembre,

Reunión de la cooperativa *Elda Exportadora* en 1960 (Museo del Calzado de Elda).





Fábrica de José y Felipe Peñataro Sanchís, cerrada en 1965 (Museo del Calzado de Elda).

el Director General de Expansión Comercial del Ministerio de Comercio, inauguraba la I Feria Nacional del Calzado e Industrias Afines; tras el recorrido por el recinto y los discursos, se ofreció un vino de honor a los asistentes en la Plaza Castelar. En la exposición se encontraban presentes 282 expositores –163 de ellos de Elda, sólo 41 de Elche– con más de 12.000 modelos diferentes. Una novedad de esta Feria fue la presentación de los planos del futuro edificio ferial, diseñados por el arquitecto alicantino Miguel López, a construir en un lugar de Elda aún por determinar. La clausura de la Feria y Exposición de zapatos premiados la presidió el Gobernador Civil el 14 de septiembre, tras visitar el recinto más de 50.000 personas. Las ventas ascendieron a 25 millones de pesetas, 13 en maquinaria y 12 en zapatos; con estos resultados, la euforia se desataba, casi todos los expositores formalizaban sus reservas para el siguiente año y los organizadores afirmaban que «*por fin Elda estaba encontrado su camino*».

Era necesario un nuevo permiso para la Feria de 1961, por lo que el Gobernador Civil, el Alcalde y el Secretario General de la I Feria se desplazaron a Madrid para solicitarlo al Ministerio de

Comercio, que lo concedió sin problemas. La nueva edición incluía como novedad un concurso periodístico sobre la importancia de las ferias de muestras y especialmente sobre la trascendencia de las celebradas en Elda.

En 1960 se siguió asistiendo a ferias internacionales: 127 firmas acuden a Londres, con zapatos competitivos y una calidad similar a nuestros competidores europeos; *Elda Exportadora* acudió a la de Chicago donde, gracias a la gestión del Sr. Feman se apalabraron más de doscientos mil pares de zapatos y se contactó con múltiples compañías importadoras; además, se consiguió liberalizar la importación de maquinaria extranjera para la fabricación de calzado –salvo la de aparar– sin costes adicionales arancelarios.

En aquellos días la empresa «Felipe Peñataro Sanchís y Hno.», fue declarada *Empresa Modelo* por el Ministerio de Trabajo; la empresa, creada en 1930, no sólo realizaba calzado de niño de calidad –marca *Vite*– sino una labor social digna de encomio, que incluía desde otorgar facilidades para la formación a los aprendices que carecían del Certificado de Estudios Primarios hasta la construcción de viviendas sociales para los trabajadores de rentas más bajas, además de cumplir todas las leyes laborales del momento.

Para acelerar la construcción del nuevo edificio ferial, el Ayuntamiento y el Patronato decidieron hacerlo en los terrenos de El Parque, el campo de fútbol de propiedad municipal, tratando de lograr su inauguración en 1963; para ello era necesario adquirir suelo para el nuevo estadio y otros terrenos y edificaciones colindantes que permitan alcanzar la superficie necesaria, lo que se logró pese a la oposición inicial de algún vecino.

Mientras, se siguió utilizando el recinto de las Escuelas Nacionales, que ya se había quedado pequeño para los casi quinientos expositores anunciados, algunos llegados de otras áreas zapateras, como los menorquines agrupados bajo el eslogan «Calzados de Menorca». La falta de plazas hoteleras de la ciudad se vence con llamamientos a la colaboración ciudadana para ofrecer alojamiento. Se necesitan trabajadores para el recinto, decoradores para las vitrinas, intérpretes que hagan más fáciles las comunicaciones entre clientes y fabricantes. Se vuel-

ve a convocar el Concurso Provincial de Calzado, por tercer año consecutivo. Se fija un precio de entrada al recinto de diez pesetas, que reduzca la masificación anterior. El 2 de septiembre se inauguró la II Feria Nacional del Calzado e Industrias Afines, que ya fue clausurada por el Ministro de Comercio, Sr. Ullastres.

Los industriales de Elda y Petrer siguen asistiendo a ferias en Europa y América (Dusseldorf, Miami, Londres y Chicago) con resultados cada vez más espectaculares.

Desde principios de 1962 se trabaja en la III Feria, ya internacional como afirma el cartel anunciador expuesto en el Casino Eldense. El zapato español se valora cada vez más, mientras llegan nuevos compradores de agencias americanas que afirman su satisfacción. Sin embargo, sólo dos años después de iniciarse, ya comienzan los escritos insinuando el traslado de la Feria a Madrid, con la pronta y enérgica réplica de los eldenses.

La petición española de ingreso en el Mercado Común Europeo intranquilizó al sector zapatero eldense, pues un requisito para ello era la eliminación total de tasas arancelarias o compensatorias y el libre comercio interno, aunque también se piensa que ello facilitará las ventas exteriores, pues los costes salariales eran inferiores a los de Italia, Alemania, Inglaterra o Francia. El Plan de Desarrollo Económico, que estaba siendo discutido entonces, plantea la reconversión de la industria zapatera, anunciándose dos mil millones de pesetas para el sector –en cuatro años– que permitan invertir en maquinaria y utillaje, modernizar la industria, mejorar la productividad, abaratar los costos e incrementar la competencia. Entonces, la industria española de maquinaria de calzado carecía de una tecnología punta similar a las de Alemania, Inglaterra e Italia, por lo que era inevitable una importación masiva de tecnología. En la década de los sesenta, las fábricas de Elda y Petrer empiezan a racionalizar su trabajo: desaparecen los carros de madera; se instalan las cadenas de fabricación; se inician los cronometrages que permiten obtener tablas salariales, que valoren a priori el coste del trabajo directo; todo ello creó un descontento generalizado, pues el trabajador no estaba acostumbrado a estos métodos, ni siquiera al trabajo

fuera de la silla, pero en pocos años se alcanzaron los parámetros de los países más avanzados en fabricación. El nuevo Plan de Desarrollo calculó exportar ocho millones de pares de zapatos al año.

En la III Feria desaparece definitivamente el concurso de calzado y sólo se presta atención al aspecto comercial: «*Elda está de moda*» en los mercados americanos, por lo que se suprime aquello que distraiga la atención de los compradores, ofreciendo solamente calzado de temporada y novedades de la industria auxiliar. A nuestro juicio, la pérdida del concurso mermó el prestigio de la industria española, pues se premiaba al calzado de calidad y el estilo y calidad de los diseños.

A final de 1962 el Banco de Crédito Industrial destacó a *Elda Exportadora* como empresa ejemplar; agrupaba 126 empresas, la mayoría de dimensiones modestas, con una media de 18 trabajadores cada una. Sus exportaciones se habían incrementado espectacularmente:

Países	Pares exportados	
	Año 1960	Año 1961
EE.UU.	7.000	145.000
Gran Bretaña	22.000	80.000
Alemania	650	7.000

La Feria había ayudado sin duda a cuadruplicar la exportación de calzado español, que en 1962 ya superó los tres millones de pares.

Años	Pares exportados
1958	493.000
1959	874.000
1960	1.133.711
1961	2.413.911

La IV Feria Internacional de Calzado y Afines, de 1963 se inauguró con casi trescientos expositores y la edición del *Diario de la FICIA*; el resultado fue espectacular, con pedidos que en algún caso superaban los trescientos mil pares y con la visita de Mr. F.W. Woolwort, propietario de más de 3.000 tiendas en EE.UU.

La obra del nuevo recinto ferial, con un presupuesto de 25 millones de pesetas, se adjudicó en febrero de 1964 a Fomento de la Construcción. El 1 de marzo, al finalizar el último partido en el viejo Campo de Fútbol de El Parque, se inició la demolición; quedó una explanada de 11.456

m², a los que se sumaron otros 680 m² de casas y terrenos colindantes.

El 12 de septiembre, se inaugura la V FICIA ya en el nuevo recinto, construido en 153 días: era un cuadrilátero de 5.000 m² de planta y dos alturas; adjunto a él, otro de tres plantas –de las nueve que fija el proyecto final–, que aloja los servicios de la Feria (Correos y telégrafos, prensa, etc.) Concurren 297 firmas de 11 países y 15 provincias españolas, con más de veinte mil modelos de zapatos, 742 máquinas de última tecnología, 76 stands de curtidos y 30 de productos auxiliares. La concurrencia extranjera es muy alta –más de doscientas firmas sólo el primer día– y adquiere la mayoría de los 484.000 pares vendidos. El *Diario de la FICIA* anuncia la creación de un Museo del Calzado, haciendo un llamamiento a ceder zapatos y objetos a la Feria, este intento resultaría infructuoso.

En 1964 España produce ya 44,9 millones de pares; según el Ministro de Comercio, el calzado es el segundo producto en las exportaciones del país y se prevé que alcance el primer lugar.

En 1965 se intentó crear el Círculo Industrial y Mercantil de Elda, con la inscripción de unos treinta destacados empresarios de la ciudad, sin éxito. Tampoco lo tuvo durante mucho tiempo la revista *Calzado Español*, creada para potenciar la moda española del calzado, que publicó varios números. En el seno de la FICIA se creó el grupo de Exportadores-Expositores, con 52 miembros iniciales.

Desde la inauguración de la primera Feria, las exportaciones de calzado español siguieron un camino ascendente:

Años	Millones de pesetas
1959	76,9
1960	99,77
1961	212,00
1962	370,00
1963	353,00
1964	555,00

Pese a las cifras, los expedientes de crisis eran numerosos en una comarca donde –según un informe de la Delegación Comarcal de Sindicatos– la mitad de empresas legalizadas cuenta con sólo dos obreros, lo que indica una extinguida economía sumergida. La crisis que padecen las pequeñas empresas es atribuible a la pobreza y mala preparación de esos talleres semiclandestinos,

pero también al encarecimiento de materiales, el menor consumo del mercado interior y los problemas financieros. Mientras, el Plan de Desarrollo prevé aplicarse a empresas con una plantilla mínima de 25 trabajadores, la exportación sigue creciendo, Elda recibe a los más importantes importadores americanos de calzado y se instala en la ciudad una fábrica de guantes de golf –cuya producción se vendía íntegramente en EEUU–, que supuso una frustrada oportunidad de diversificación industrial. La VI Feria volvió a ser un éxito de ventas al exterior, aunque disminuyeron las nacionales.

El Centro Promotor de Exportaciones de la FICIA (CEPEX), departamento creado por FICIA para intervenir directamente en los mercados zapateros del mundo enviando muestrarios y misiones comerciales, inició su labor en 1966. Entonces, todas las iniciativas en los asuntos zapateros partían de Elda. Así, el 28 de febrero de 1967, en una reunión de empresarios en el Cine Rex, se intenta constituir la Agrupación Comarcal de Fabricantes de Calzado, que no será realidad hasta 1970.

El VII y el VIII certamen de FICIA incrementaron tanto el número de expositores (399 y 487 respectivamente) como los modelos expuestos (más de treinta mil en 1967), y recibieron la visita de grandes clientes como Thomas Middlenton o Joseph Stern. La edición de 1967 fue inaugurada y clausurada por distintos ministros. El incremento expositores hacía pensar en ampliar el recinto.

En 1968 la Feria se desdobló, con un certamen en marzo –para la temporada de otoño-invierno– y otro en septiembre; como el desdoblamiento no estaba autorizado oficialmente, se inauguraba la de septiembre y se clausuraba la de marzo. Además, se presentó el proyecto de nuevo edificio, situado junto al de oficinas y servicios, para albergar el CEPEX y sus exposiciones permanentes e instalar en los bajos un restaurante cafetería.

Con vientos de crisis comienzan las divisiones internas

En 1969 –aunque aumentaban los expositores– comenzaron los conflictos internos. Villena y Elche crearon sendos grupos de exportación ajenos a FICIA, en clara competencia con CEPEX. En El-

che, el grupo EXEL creó una oficina permanente de exposiciones, aunque se disolvió pronto por falta de subvenciones y apoyo. En la edición de septiembre, con 655 expositores, algunos fabricantes protestan ante el Comité Ejecutivo y denuncian en carta abierta el trato discriminatorio que sufren a la hora de contratar los espacios y la información preferencial a algunos medios.

Una noticia preocupante fue la de la posible aprobación en EEUU de una ley que limitaba la importación de calzado del exterior, para frenar el deterioro de su industria nacional. La temida *Ley Mills* –nombre del senador que la promovió– llegó a ser aprobada aunque fue vetada por el Presidente.

La ampliación del recinto se inauguró en el certamen de marzo de 1970; los 20.000 m² de la calle Rosales duplicaban la superficie expositiva. Por entonces se trabajaba en un centro de Calificación de Calidades, antecedente de lo que en 1971 sería INESCOOP (años más tarde INESCOP), que sufrió la oposición de la propia Agrupación de Fabricantes, constituida en julio de 1970, que consideraba que el afán de protagonismo de FICIA podía dar lugar a duplicidades de servicios.

La FICIA de septiembre de 1970, inaugurada por el Ministro de Comercio, se abrió en el seno de una crisis naciente motivada por la baja cotización del dólar, la saturación del mercado nacional y las noticias sobre la aprobación de la Ley Mills en EE.UU. (que reducía las exportaciones al nivel de 1967 y 1969). Al certamen de marzo de 1971 se le denominó *la Feria de la esperanza*, pero el incremento de expositores no supuso mejores resultados para un sector en crisis; entre los problemas destaca que, los empresarios de las Islas Baleares intentaron exponer en un marco ajeno a FICIA y el inicio de una guerra comercial entre EEUU y el Mercado Común Europeo.

El certamen de septiembre de 1971 fue *el de los Homenajes*, por los realizados a los fundadores de FICIA y a los alcaldes de las ciudades zapateras; asimismo, se entregaron los premios al primer concurso de Modelistas-Patronistas, convocado por una empresa de artículos para el calzado. FICIA publicó unos resultados esperanzadores pero la Agrupación de Fabricantes los cuestionó, ge-



Primera sede de INESCOP en el propio recinto ferial (CEFIRE).

nerándose una confrontación entre las dos instituciones. Hubo llamamientos a la unidad ante aquellas primeras divergencias; *Valle de Elda* publicó un dibujo humorístico, «*Todos en la misma nave*», recordando que todos formaban parte de la dotación del barco.

Aunque no crecen las ventas, en el certamen de marzo de 1972 se expone maquinaria –hasta entonces sólo se hacía en los de septiembre– y se anuncia la aparición de la revista *Modapiel*, que recoge líneas de diseño surgidas en FICIA; también se creó *Selecmoda*, una exposición de las tendencias de cada temporada y los materiales de las industrias conexas, que contó con cincuenta stands en la primera edición. La crisis se evidencia en la FICIA de septiembre. Muchos fabricantes exponen fuera del recinto ferial, en hoteles o en sus propias fábricas y almacenes, dentro y fuera de Elda, desviando clientes y causando preocupación y polémica. Se producen cierres de empresas, temporales o definitivos, casi a diarios, el pesimismo crece y algunos creen que «*Elda está al borde del colapso*». En medio de esta crisis, el Colegio de Peritos e Ingenieros Técnicos de la Provincia de Alicante ofrece un homenaje a la industria y un monumento que se levantó en la plaza Sagasta.

Elda cuenta con 45.157 habitantes según el padrón de 1972, pero el incremento demográfico no supone una mayor cantidad de trabajo en la ciudad, ya que la crisis es profunda y los debates sobre causas y soluciones llegan a las Cortes, que otorgan ayudas para

aliar una situación que se deteriora por días. Mientras, los ataques a FICIA se suceden desde distintas zonas zapateras, que cuestionan su carácter de feria única del sector y aluden a falta de infraestructura hotelera y problemas de comunicación. Los industriales ven dificultada su asistencia a ferias como Dusseldorf porque España no pertenece ni a la Comunidad Europea ni a la EFTA, lo que obliga a exponer en hoteles. Además, el gobierno americano denuncia *dumping* y establece una tasa compensatoria del 3%.

La gravedad de la crisis es tal que, según la prensa de la época, en 19 meses se han cerrado 1.708 fábricas de calzados en todo el país, es decir, el 60% de las que habían en 1970, la mayor parte en la provincia de Alicante con una incidencia muy alta en Elda; pero el cierre de empresas propiciaba la apertura de otras más pequeñas y semiclandestinas. Algunas empresas americanas devuelven partidas eldenses por falta de calidad, lo que obligó a reavivar la figura del *controlador de calidad*, impuesto por las comerciales extranjeras. En medio de tanta incertidumbre, uno de los viajeros más notorios de CEPEX crea UNIDÍS S.A., con fines similares a aquel.

«Todos en la misma nave»,
dibujo de Valle de Elda en
noviembre de 1971, alusivo a la
necesidad de entendimiento
entre todos los protagonistas del
sector zapatero.



En marzo de 1974, FICIA llama a la participación, pero los resultados indican que el bache actual es mayor de lo esperado; en aquella edición se colocó la *primera piedra testimonial* de lo que será el Museo del Calzado, en un *stand* en el que se podía leer: «*Museo del Calzado – Fase Inicial*» (otro intento fallido). Ese mismo verano se inicia los estudios para la reestructuración del sector, analizando el tamaño adecuado de las industrias y las ayudas necesarias para la mecanización.

La creación de la Asociación Provincial de Fabricantes de Calzado, presidida por el eldense Manuel Bonilla, supuso el enfrentamiento entre FICIA y los empresarios respecto a la representación del sector. En 1977, se constituye en Madrid la Federación de Industriales del Calzado Español (FICE), presidida por el Sr. Bonilla, al que sustituiría Vicente Antón en los tumultuosos meses de fin de año. La tensión crece. FICE pretende mayor control en la organización de las ferias de Elda. También ese año se disuelve la Cooperativa INESCOOP y se transforma en Asociación de Investigación (INESCOP). A la feria de Nueva York, CEPEX y FICE acuden separadas; el director general de esta última, Miguel Ángel Guzmán, declaró que «*la feria había sido un desastre*».

En el verano de 1977, Elda, que ya alcanza los 50.931 habitantes, vive la mayor huelga zapatera de su historia, con la creación del Movimiento Asambleario, que paraliza la industria y con ella la ciudad. La huelga, que duró 13 días, acabó con un laudo de obligado cumplimiento y sus consecuencias dejaron una profunda huella en la economía de la ciudad. Días después, el certamen de septiembre de 1977 comenzó con malos augurios y acabó con 142 millones de ventas menos que el año anterior. Mientras, FICE comienza a organizar exposiciones y ferias fuera de Elda y declara que eso es bueno para el sector y así seguirá haciéndolo.

En 1978 la ciudad y FICIA son sorprendidas con la mala noticia de que el Ministerio autoriza a realizar dos ferias de calzado, una en Madrid y otra en Palma de Mallorca, dada la falta de infraestructuras hoteleras y de servicios de Elda. FICE estaba detrás de esta autorización. Las luchas entre las dos instituciones arreciaron, pese al respaldo

de todas las fuerzas vivas de la ciudad a FICIA, que anuncia para 1979 la celebración de cuatro certámenes en Elda (dos de calzado y dos de conexas).

En 1978, con la primera huelga en el sector del curtido, nuestra sufrida industria vuelve a pasar momentos de auténtico pánico, aunque al final se aprobó una rebaja arancelaria de las pieles del 50%, que llegaba tarde; a ello se unen nuevas tasas aduaneras en EEUU (que pasan del 0,91% al 2,27% y las tasas compensatorias del 1,30 al 1,90%). Muchos empresarios eldenses mantienen una actitud de rebeldía ante la Seguridad Social y dejan de ingresar las cuotas empresariales, planteando nuevos y serios reveses para la industria local.

En 1980 los trabajadores de FICIA recurren a la huelga ante la situación de incertidumbre por la que atraviesan, con varios incidentes entre UGT y el equipo dirigente de FICIA. Mientras, se inauguraba la primera Feria de Madrid, en el Hotel Meliá, con muy pocos expositores de Elda, pero con gran éxito de público: era el final de Elda como sede ferial única del calzado. Un acuerdo entre Valiente (presidente de FICE) y Obrador (de FICIA) permitió realizar nuevas ferias en Madrid de la mano de FICIA; pero el desacuerdo en el seno de FICE hace que, a través de IFEMA, se convoque unilateralmente otra muestra en Madrid y se reactive la *guerra de las ferias*. La desautorización de una feria en Madrid es achacada a Roque Calpena, por su calidad de senador, por lo que FICE solicitó su dimisión; al mismo tiempo se plantea la dimisión de la directiva de la Asociación de Fabricantes de Elda, en desacuerdo con FICE Madrid. Finalmente la feria madrileña se realizó, esfumándose las esperanzas de recuperar el protagonismo de Elda, pese a la movilización general. Se empieza a barajar la posibilidad de crear un pabellón ferial en Alicante. Todos se movilizan y el Ayuntamiento de Elda recibe la propuesta de un comité ciudadano en defensa de la FICIA.

Mientras tanto la situación de la industria eldense obligó a medidas con carácter inmediato: abaratar los costes de fabricación, reducir aranceles de pieles y maquinaria, incentivar la financiación, buscar nuevas vías de comercialización y mejorar la calidad y el diseño por encima de cualquier otro

parámetro. Además, el Mercado Común quería imponer tasas arancelarias a los zapatos de España, Rumania y Checoslovaquia; esta medida proteccionista suponía una amenaza para los fabricantes de Elda, por el mayor precio de su calzado. Se planteó un polígono de Preferente Calificación Industrial que ayudase a la diversificación de la industria zapatera local.

Los años setenta supusieron una crisis de grandes proporciones para la industria eldense, posiblemente la mayor de todo el siglo XX. Es cierto que se incrementó la exportación de calzado y la mecanización de la industria; pero también que la limitación de créditos que impuso la banca española a las empresas acabó por asfixiar a las más débiles de nuestra ciudad, que la saturación del mercado nacional se hizo evidente, que la falta de calidad de algunas fábricas y la imprecisión de algunos servicios frenaron la escalada de ventas al mercado americano, que se incrementaron el proteccionismo y las restricciones; los paros temporales y los cierres definitivos fueron inevitables, aunque en años sucesivos se recuperaron las ventas a EEUU y se fortaleció el mercado europeo, permitiendo mejorar la situación. Sin embargo, el enfrentamiento entre instituciones del sector obligó, en la década siguiente, a la desaparición de la Feria de Elda.

Elda, ciudad de servicios

El calzado siguió siendo la actividad económica fundamental de Elda durante los años sesenta y setenta, pero los servicios fueron incrementando su participación tanto en ingresos como en empleo, especialmente entre los más jóvenes, las mujeres y las personas de mayor nivel académico. Mientras tanto, el retroceso de las actividades agrarias llegó a ser casi absoluto y la construcción siempre se relacionó con el crecimiento demográfico y la evolución de la industria.

Muy avanzados los años sesenta, la ciudad añoraba una huerta que reforzase la economía local y fuese capaz de generar empleo. El Grupo Sindical de Colonización, creado en 1951, trató de mejorar el abastecimiento de agua para el regadío y solicitó créditos para ello, como el concedido por la Caja de Ahorros de Novelda; en 1967 se puso en

marcha el último tramo para la traída de aguas de Villena para el riego de la huerta, con un caudal de 120 litros por segundo.

También el municipio buscaba solucionar el problema del agua potable domiciliaria; en marzo de 1963 se consiguió gracias a la llegada del agua de los pozos de Salinas a un depósito de 2.800 litros en el llano de San Crispín, que permitiera incluso abastecer a todos los pisos de los edificios altos que se construían; junto con el depósito existente en el Alto de San Miguel, quedaría completado el abastecimiento de agua a Elda con la puesta en marcha en el año 1979 de un depósito en el paraje de la «Casa Cortés», en término de Petrer. En cuanto a otros problemas relacionados con el agua, en la década de los sesenta ya se inició el expediente de canalización del Vinalopó que permitiría, además, rescatar unos espacios que se habían convertido en almacén de desechos, plásticos y suciedad, sin embargo, no se lograría hasta muchos años después, con un proyecto iniciado en 1976. La depuración de las aguas y la construcción de la red de alcantarillado también fue tarea de décadas, culminada conjuntamente para Elda y Petrer con la construcción de una depuradora a finales de los setenta.

El trabajo en la construcción, que en Elda supuso la llegada de numerosos inmigrantes y el trabajo temporal de cuadrillas forasteras, se centró tanto en el aumento de la obra pública como en la edificación de nuevas viviendas y fábricas. La apertura de la calle Daheillos, nuevos barrios como el de Luis Batllés, las Trescientas, San Francisco o La Almafrá, junto con el levantamiento en el centro de la ciudad de grandes edificios singulares como los denominados Elda, Monumental, Dos de Mayo, Ernes o San Cristóbal, supusieron una ingente cantidad de trabajo para este importante sector económico, que también construyó numerosos espacios fabriles en aquellos años.

La construcción del Estado del bienestar

El desarrollo de servicios ligados a la educación, la sanidad y la cultura, notable en la Elda de aquellos años, supuso también la consolidación de importantes sectores laborales en la ciudad.

La generalización de la enseñanza a todos los niveles estuvo acompañada de un incremento notable del empleo vinculado a la educación. Durante estos años surgieron nuevos centros de la enseñanza primaria, con construcción tanto de colegios públicos –«Virgen de la Salud», «El Seráfico», aulas en San Francisco y las Trescientas...– como privados –el «Santa Teresa» de las Hermanas Carmelitas, o la «Sagrada Familia», regida bastante tiempo por los Jesuitas, aunque construido gracias a la iniciativa de la Asociación de Padres de Familia, además de algunas academias menores–, que ayudaron a paliar el fuerte déficit de plazas escolares que se padecía. La educación secundaria surgió también en esta época, aunque algunas iniciativas particulares paliaban en parte las insuficiencias; fue fundamental la inauguración del INEM «Azorín», concedido conjuntamente a Elda y Petrer, capaz de impartir bachillerato completo, al que se unió al año siguiente la Escuela de Maestría Industrial de la Melva, que impartía formación profesional; a finales de los setenta, la oferta pública se acrecentó con la Escuela Sindical de Formación Profesional de La Torreta –un enorme edificio que preveía hasta residencia de estudiantes para alumnos llegados de todo el país– y el nuevo instituto «El Monastil».

También surgieron algunas iniciativas de carácter universitario o equivalente, como el Instituto de Ciencias Sociales «Ramiro Ledesma», la primera escuela de graduados sociales de la provincia y origen de la actual Escuela de Relaciones Laborales, que comenzó a impartir clase en 1962. También, a finales de los setenta, se instala una sede permanente del centro regional de la UNED de Elche, dedicada inicialmente a información y matrícula; mientras, se iniciaban las gestiones para crear una Escuela Oficial de Música. Una década antes, en el centro «Sagrada Familia», se creó una Escuela de Mandos Intermedios para técnicos y administrativos, dirigido a los trabajadores de la comarca.

En cuanto a iniciativas de carácter cultural de todo tipo, que tuvieron mucho mayor impacto cualitativo en el tejido social de la ciudad aunque no tantas posibilidades laborales, cabría destacar la puesta en marcha de salas

de exposiciones –como el aula cultural de la Caja de Ahorros del Sureste, de 1960, la sala de arte de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante o la sala de arte Sorolla, una iniciativa particular en 1974– y el nacimiento de numerosos cines, algunos de ellos como el Rex y el Lis, vinculados a distintas actividades culturales, como la proyección de filmes de arte y ensayo o la celebración de reuniones diversas; otros cines de Petrer, como el Goya, el Aguado o el Capri, situados junto al límite con Elda, muy lejos del centro urbano vecino, surgieron también gracias a la expansión urbana del área de La Frontera. Nacieron o se desarrollaron entidades que fomentaron la vida social local, como el Centro Excursionista Eldense –que en su Ciudad Deportiva creó uno de los centros deportivos mayores de la provincia–, un Club de Campo que incentivó la práctica de deportes como el tenis o el frontón o un Moto Club, que acabó vinculado a actividades internas de sus socios. Durante algunos años, desde 1959 a 1964, funcionó la emisora Radio Elda, vinculada a la parroquia de la Inmaculada. Se incrementaron también los espacios deportivos, especialmente con la construcción del estadio municipal, y los templos religiosos, con cuatro parroquias católicas y los primeros locales de otras confesiones.

La sanidad también se convirtió en un nuevo sector de creciente peso económico, incrementándose con fuerza el empleo y mejorándose muchas de las insuficiencias en el servicio. La atención primaria pública, surgida en los pequeños ambulatorios de las calles Porvenir y de los Giles, dieron paso al nuevo ambulatorio de la Seguridad Social de la calle Padre Manjón, de cinco plantas, inaugurado en 1966; en 1976 ya se anunció la construcción de nuevos ambulatorios tanto en Elda como en Petrer. También el viejo hospital municipal, regentado por las Hermanas Carmelitas, aunque continuó siendo claramente insuficiente, fue mejorado con una sala de partos, la que se llamó Sanatorio Quirúrgico Maternal, realizándose llamamientos a la ciudadanía para acudir al mismo, en una ciudad donde hasta los años sesenta lo habitual era que los bebés naciesen en casa, con asistencia de comadrona y médico de cabecera. Hasta surgieron clínicas privadas, como



Centro Sindical de Formación Profesional de La Torreta, hoy Instituto de Enseñanza Secundaria y Escuela Universitaria Adscrita de Relaciones Laborales (Archivo EMIDESAs).

la «Virgen de la Salud», que disponía de múltiples servicios y moderno material. Hubo que esperar a finales de los años setenta para poder disponer de un servicio permanente de urgencias para Elda-Petrer o para contar con un centro de atención a disminuidos psíquicos que, construido de forma mancomunada por varios municipios, fue inaugurado en febrero de 1979. Por supuesto, tanto para la asistencia sanitaria comarcal como para las posibilidades de empleo en el sector fue decisiva la construcción del Hospital General de Elda, solicitado reiteradamente desde todos los ámbitos desde mucho tiempo atrás, aprobado como residencia comarcal de la Seguridad Social en 1975 e inaugurado en la década de los ochenta. Como avance de las posibilidades laborales que años después propiciarán los servicios geriátricos, a finales de 1973 fue inaugurado el Hogar del Pensionista, subvencionado por el Ministerio de Trabajo.

Hacia una sociedad de servicios diversificados

Junto a los propiciados por el desarrollo del Estado del bienestar, otros muchos servicios de todo tipo incrementaron su presencia en la ciudad y permitieron la diversificación laboral de sus habitantes. Dada la imposibilidad de extendernos en todos ellos, nos centraremos en los de comercio y finanzas, comunicaciones o administración.

El desarrollo bancario fue indudable en las décadas de los sesenta y setenta. Es cierto que 1961 supuso la de-

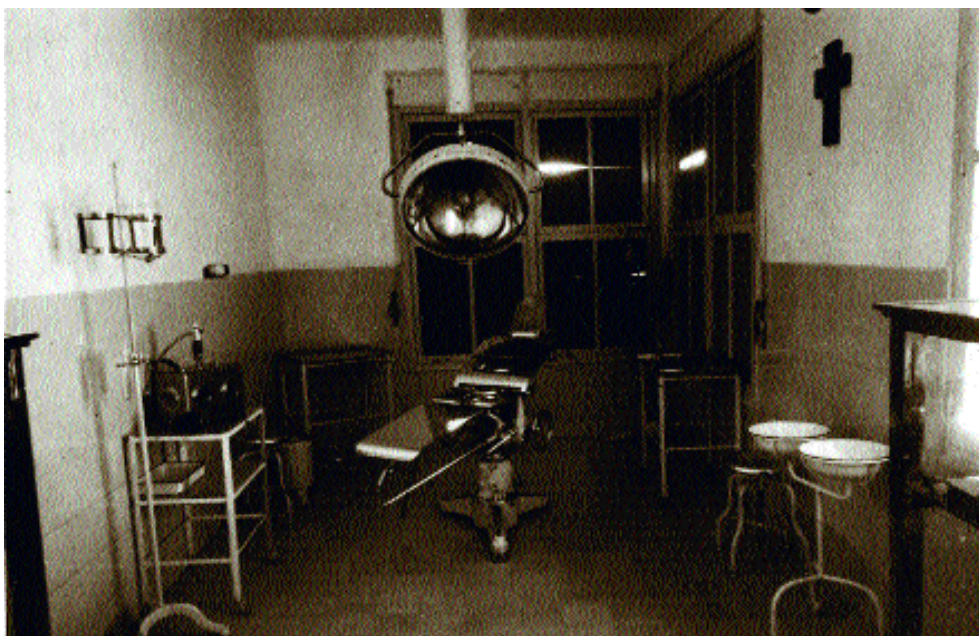
saparición del Banco de Elda, esa prestigiosa firma bancaria que tanta ayuda prestó al industrial y al comerciante de Elda y de Petrer y produjo beneficios para el buen nombre de la ciudad y de la comarca; el Banco de Elda, fundado en 1932 por el entusiasmo de un grupo de eldenses, ya había sido absorbido por otra entidad bancaria, la Banca Úbeda, que tuvo la deferencia de mantener el nombre de Elda vinculado al Banco; sin embargo, la nueva entidad compradora, el madrileño Banco Central, lo convirtió en su sucursal eldense. Cada vez fueron más los bancos y cajas de ahorro que inauguraron sucursal en Elda; algunos, como el Banco Español de Crédito o el Central trasladaron sus nuevas sedes a edificios más amplios, lejos de la calle Nueva, que había sido durante bastante tiempo el centro financiero de la ciudad.

También abandonaron la calle Nueva las oficinas de Correos y Telégrafos, que en abril de 1968 se ubican conjuntamente en un moderno edificio de la calle Dahellos. Es un avance más en la modernización del sector de las comunicaciones en Elda. Tal vez, fuese Telefónica el mejor ejemplo de ello; hasta 1964, cuando se inaugura la nueva central telefónica automática, era necesaria la permanente llamada a la operadora para conectar con el número deseado,

o esperar horas en el locutorio para hablar con alguien que residiera fuera de la ciudad; aún hubo que esperar a 1969 para integrar el servicio en la red automática general. En cuanto a las comunicaciones por carretera, el crecimiento imparable del parque automovilístico eldense ofreció empleo abundante en los numerosos talleres y negocios vinculados al mundo del motor; por supuesto, dificultó gravemente el tráfico en una ciudad donde, ya en julio de 1958, una curiosa nota de alcaldía obligaba a «*a partir de este mes, aparcar los vehículos en las calles de una sola dirección en el lado de la sombra*», quien sabe si obligando a cambiarlos a lo largo del día o planteando dudas a los conductores en días nublados. También el servicio de transporte urbano, surgido en 1957 y desempeñado inicialmente por «La Noveldense S.A.», incrementaba el número de líneas. Aspectos importantes para la economía eldense y para la vida cotidiana de sus habitantes fueron la puesta en marcha de la aviación comercial en Alicante en 1966 –necesaria también para el buen funcionamiento de FICIA–, la mejora y aumento del número de puentes sobre el Vinalopó y, más aún, la desviación de la carretera de Madrid a Alicante por detrás del núcleo urbano de Petrer, que eliminó en gran medida el paso de vehículos por el cen-

Colegio «Santa Teresa», de las carmelitas. También la enseñanza privada se transformó radicalmente en estos años (Revista *Fiestas Mayores*).





Quirófano del antiguo Hospital Municipal de Elda. La mejora de todo tipo de infraestructuras incentivó el desarrollo del empleo terciario (Revista *Fiestas Mayores*).

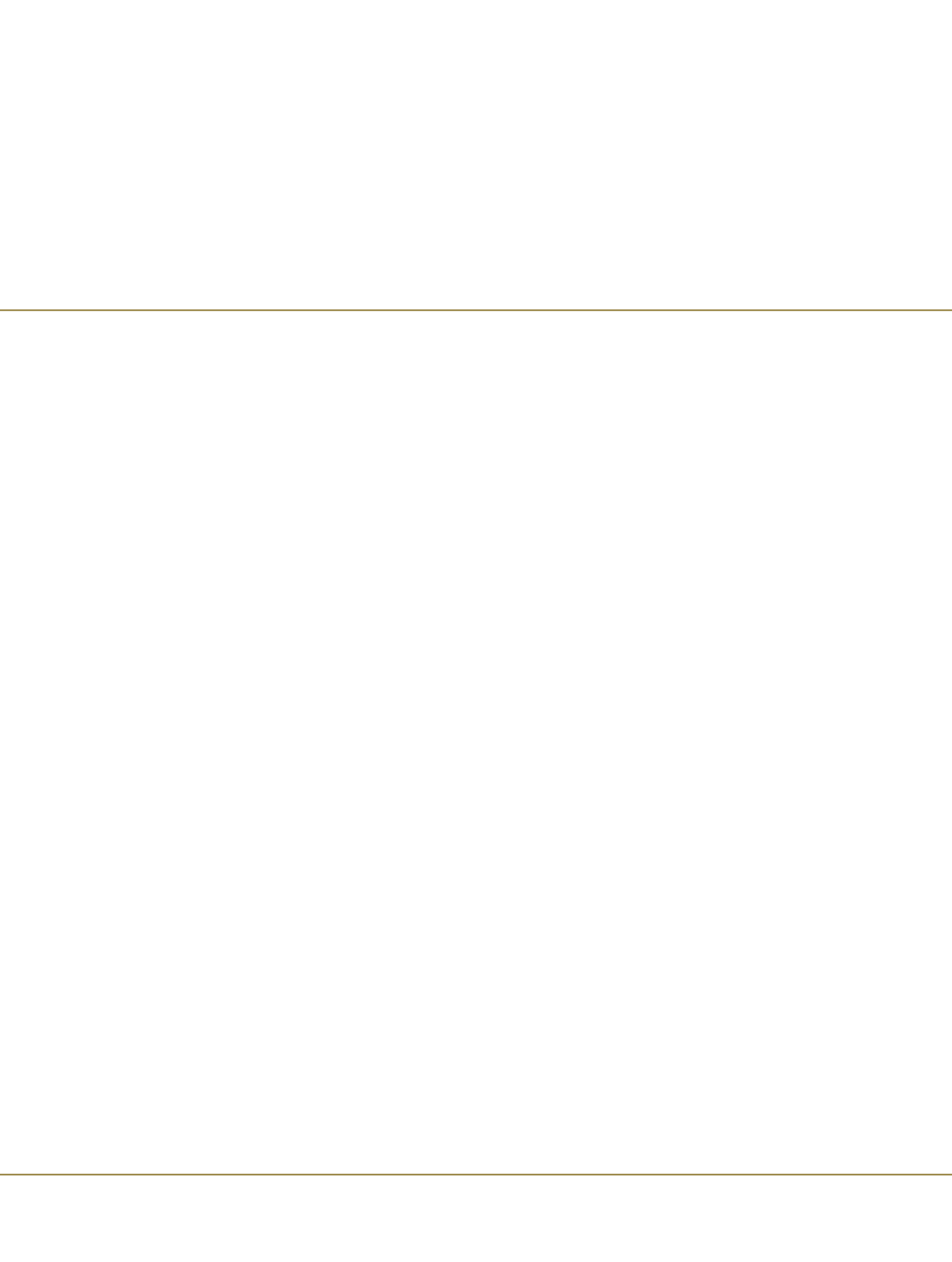
tro de la ciudad, aunque el Ayuntamiento discrepó con el trazado propuesto.

El comercio local también se fue desarrollando y transformando en estos años. Desaparecieron algunas viejas costumbres, como el reparto domiciliario de leche por parte de las vaquerías próximas a la ciudad, que se mantuvo hasta 1971. En cuanto a la modernización comercial, uno de los puntos fundamentales fue el proyecto de construcción del nuevo Mercado Central, presentado en 1975, sobre el solar del entonces existente y de la lonja contigua, lo que generó una polémica que se acrecentó incluso pasada su inauguración casi una década después; años atrás, en 1970, había sido inaugurado el nuevo mercado de San Francisco de Sales, que diversificó la oferta y permitió a los residentes de aquel área evitar las incomodidades del desplazamiento al centro. También fue cerrado el viejo matadero, que por su antigüedad no reunía las condiciones higiénicas ni de trabajo para su cometido, tomándose en 1980 el acuerdo de construir uno nuevo; aunque su ubicación no se había planteado, años después se situaría en el Polígono Industrial de Campo Alto. Fruto del trabajo de muchos años y del aumento de establecimientos de la ciudad, en abril de 1977 se formó la Asociación de Comerciantes de Elda y Comarca.

En relación con el desarrollo de los servicios ligados a la administra-

ción, fue creciendo en la ciudad el número de funcionarios locales o estatales. En ello influyeron aspectos como la conversión de la ciudad en cabeza de partido en 1965 –absorbiendo a los anteriormente situados en Novelda y Monovar– y la construcción de los Juzgados de Elda, en un solar de la calle San Francisco donde estuvo muchos años ubicado el centro social de la Sección Femenina de Falange; también la capitalidad de la zona recaudatoria de Hacienda en la comarca en 1968 y la concesión un año después de la cabecera de zona para recaudación de contribuciones. Asimismo, el establecimiento en la ciudad de la Policía Nacional, primero en Ortega y Gasset y después junto al cuartel de la Guardia Civil, en un edificio cuya construcción fue aprobada en 1978. Finalmente, en una comarca con gran cantidad de fábricas y talleres que aumentan el riesgo de incendio y requieren una mayor dotación, en 1964 se creó un parque comarcal de bomberos, con vehículos y personal suficiente para las posibilidades de la época, que a finales de abril de 1980 se trasladó a otro nuevo edificio, entre el antiguo hospital y el cementerio, con mayores medios y personal.

En esencia, la Elda de los sesenta y setenta, una época dorada de la industria del calzado, se fue transformando poco a poco en una ciudad en la que el desarrollo de los servicios diversificó tanto la economía como el empleo.



Estructura y dinámica de la industria del calzado de Elda a finales del siglo XX

30

JOSÉ LUIS CIVIDANES HERNÁNDEZ

Universidad de Alicante

Las actividades industriales han experimentado en las últimas décadas del siglo XX una intensa transformación motivada por la progresiva y creciente liberalización de las relaciones económicas internacionales¹, la denominada globalización. Esta estrategia consiste en organizar de manera flexible la oferta y la demanda escala mundial, lo que permite aumentar los beneficios empresariales explotando en conjunto las diferentes condiciones competitivas de los respectivos mercados nacionales. La consecuencia ha sido una profunda reorganización empresarial, tecnológica, laboral y espacial de la producción industrial. Los efectos de la misma son múltiples, pero cabe citar los siguientes:

a) Los mercados nacionales dejan de ser la referencia para definir las estrategias de las empresas y de los agentes económicos, son sólo el medio para su desarrollo.

b) Los procesos productivos y de consumo se organizan y estructuran a escala mundial en forma de red, el mercado es mundial y los mercados nacionales simples nudos para articular la gestión del mismo.

c) La actividad productiva se localiza en determinados espacios, pero pueden trasladarse a otros lugares según se modifiquen las relaciones de precios, de costes y de demanda.

d) La regulación institucional de la economía sigue la lógica reguladora privada, de las empresas y del mercado; la intervención pública se centra en liberalizar, privatizar e invertir en infraestructuras de comunicación que faciliten la integración del mercado mundial.



El análisis específico de la transformación inducida por la globalización en una determinada actividad industrial que se realiza en un específico ámbito espacial, -Elda en este caso-, requiere, en primer lugar, acotar como se ha configurado la misma a escala mundial, para posteriormente abordar las transformaciones en el ámbito objeto de estudio².

Globalización de la industria del calzado

La industria del calzado se ha globalizado, a partir de la descentralización funcional y espacial de las distintas fases del proceso productivo. Así, en los países desarrollados se realizan las fases de diseño, lanzamiento de marcas y comercialización³, además de la fabricación de suelas, plantillas, pieles y maquinaria. Mientras, la fabricación de cal-

El calzado es mucho más que una actividad económica en Elda. Plaza del Zapatero (CEFIRE).



Nave de producción de una de las principales empresas de calzado eldenses (CEFIRE).

zado propiamente dicha tiende a concentrarse en los países de industrialización emergente, preferentemente mediante formulas de subcontratación⁴. Es decir, cada fase productiva se realiza en aquel espacio que tiene menores costes o genera mayor valor añadido.

La descentralización funcional ha ido acompañada de la introducción de dos tipos de innovaciones: unas, las relativas a maquinaria y materiales, que han transformado cada vez más a las fabricas de calzado en unidades de montaje de productos semielaborados, mientras se potencia la industria auxiliar; otras, las centradas en el propio producto, tendentes a ampliar la demanda mediante la generalizada y creciente consideración del zapato como un producto de moda, más allá de atender a una necesidad básica similar a la alimentación⁵.

La adaptación de la dinámica de globalización descrita por las distintas industrias del calzado nacionales no ha sido homogénea. Por ejemplo, la de Estados Unidos ha liderado el proceso, al iniciar en los años sesenta la estrategia de deslocalizar la producción, pero también al intensificar su aplicación en las dos últimas décadas. Reflejo de esta intensidad es que en la actualidad la producción interna apenas alcanza el 10% del consumo y se limita a algunos segmentos de alta calidad, con marcas muy consolidadas y catálogos que se mantienen temporada tras temporada.

A pesar de esta dinámica de deslocalización de la producción, el 90% del calzado que se vende en y desde Estados Unidos es diseñado, comercializado

y distribuido por empresas norteamericanas bajo el paraguas de marcas propias. De hecho, la marca se convierte en una barrera de entrada que permite mantener cuotas de mercado estables; ello les permite sustituir los países en los que contratan la fabricación en función de las modificaciones de los costes laborales, las exenciones fiscales, las ayudas financieras o los tipos de cambio; pero, sobre todo, limita la capacidad competitiva de la industria del calzado de los países emergentes.

En Italia, la estrategia se ha basado en múltiples factores: creciente innovación tecnológica en los subsectores de maquinaria y componentes, concentración empresarial, política industrial activa de naturaleza territorial, y recurso a la economía sumergida. Pero el factor de competitividad más singular consiste en articular el diseño como elemento central para generar valor añadido mediante la configuración de un sector con dinámica propia y capacidad de arrastre: la industria de la moda o del diseño. El resultado ha sido un relativo mantenimiento de los niveles de empleo y de capacidad productiva, la ganancia de cuota de mercado a escala mundial –al consolidarse como el principal productor de tecnología y productos semielaborados– y el mantenimiento de su dominio en la gama alta del mercado, al ser valorado como el calzado sinónimo de moda, incluso en el zapato deportivo e informal.

En el resto de países industrializados se han seguido estrategias no tan definidas, salvo en el caso del Reino Unido que ha sido prácticamente similar a la de la industria norteamericana. Alemania y Francia han recurrido a la deslocalización pero fomentando sus propios canales de comercialización, tanto en los mercados exteriores como en el mercado interior, y potenciando una mayor automatización de la producción al optar por modelos estandarizados. Mientras, España, Grecia y Portugal intentan superar su condición de industria subcontratada siguiendo el modelo italiano, compensando su inferioridad tecnológica y menor capacidad comercial con un mayor ajuste de precios, principalmente reduciendo costes laborales y fiscales por la vía de una elevada economía sumergida, con el consiguiente deterioro de las condiciones de trabajo y fragili-

dad empresarial que dificulta la inversión tecnológica y comercial.

La industria del calzado en España

La evolución seguida por la industria del calzado en España en las últimas décadas del siglo XX se puede sintetizar en los siguientes caracteres:

a) Continuo, aunque suave, crecimiento de la demanda interna, tanto por el aumento de renta experimentado, como al elevarse el consumo per capita de calzado a los niveles medios de la Unión Europea.

b) Inestabilidad de la producción al alternarse periodos de intenso crecimiento en los cuales se superan los niveles históricos de fabricación de pares de calzado y de exportación (1984-1990 y 1994-2000), con otros en los que el sector retorna a un escenario de crisis con la consiguiente pérdida de empleo y cierre de empresas (1991-1993 y el más reciente iniciado en 2001).

c) Progresivo e intenso incremento de las importaciones, estas ganan de manera continua cuota en el mercado interior; pero así mismo al superar el crecimiento de las exportaciones se deteriora la balanza comercial hasta el punto de invertir en déficit el tradicional saldo positivo.

El balance de esta evolución es contradictorio: por un lado, se evidencia que en las últimas décadas se han introducido una serie de cambios que han posibilitado ajustar la competitividad de la industria del calzado a las condiciones imperantes en el mercado mundial; pero por otro que los mismos son insuficientes para estabilizar los niveles de actividad y rentabilidad ante cualquier empeoramiento coyuntural, ya sea por estancamiento de la demanda, por cambio de estrategia de las comercializadoras o por apreciación del tipo de cambio.

Los cambios introducidos en la fabricación de calzado cabe calificarlos de estructurales, pues implican una transformación de las bases sobre las que se había fundamentado el crecimiento de la industria del calzado hasta los años sesenta. En concreto son de naturaleza endógena, adaptativa, espontánea, pero sobre todo territorial. Endógena, al ser impulsados por los propios empresarios, trabajadores y entidades de los res-

pectivos núcleos industriales. Adaptativa, al ser motivada por las estrategias competitivas adoptadas para afrontar la crisis estructural de los años setenta por las empresas líderes del sector, norteamericanas e italianas principalmente. Espontánea, al no estar planificada por ningún agente específico o a partir de un determinado análisis estratégico. Pero sobre todo territorial, al fundamentarse en recursos que tienen un carácter local, social y público, en vez de empresarial y privado: capacidad emprendedora difusa, organización descentralizada del proceso productivo, capacitación laboral informal y relaciones económicas personales de origen familiar.



Como ha sucedido a escala mundial, la evolución y las estrategias de la industria del calzado en España no han sido uniformes. En Elda, la estrategia ha tenido como objeto disponer de capacidad comercial propia y mantener la calidad de producto con unos costes de fabricación competitivos. La estrategia comercial ha consistido en ofertar un calzado de moda, con diseño propio en función de la evolución de la demanda; es decir, poder asumir cualquier pedido de temporada, tanto en lo relativo a tipo de modelo como a volumen, la estrategia comercial denominada *prontomoda*. En cuanto a los costes, se ha recurrido a la ocultación fiscal de parte de la actividad económica, la denominada *economía sumergida*⁶, tanto laboral como

Los polígonos industriales ayudan a ordenar la actividad industrial en el entorno urbano, aunque no suelen atraer excesivas empresas lejanas (CEFIRE).

empresarial y no tanto por una mayor productividad aumentando la mecanización del proceso productivo. En particular esta estrategia de costes ha permitido que, en términos nominales, apenas se ha incrementado el coste medio en los últimos veinte años; ello supone un descenso en términos reales, lo que evidencia el limitado margen de maniobra para mejorar en el futuro la competitividad de la industria del calzado por esta vía.

Los cambios necesarios para aplicar ambas estrategias se fundamenta en la descentralización del proceso productivo. Es decir, el proceso de fabricación ya no se realiza en una determinada unidad productiva, sino que cada

cabe reseñar el efectuado a mediados de los años noventa a partir de una amplia encuesta a empresas fabricantes y auxiliares de calzado localizadas en el Medio y Alto Vinalopó (AMVP)⁸. Dicha encuesta ofrece una doble visión: la relativa a la actividad empresarial y la del proceso productivo.

La industria del calzado en Elda: perfil de la actividad empresarial

La encuesta caracteriza la actividad empresarial en función de diversas variables estructurales. En primer lugar, constata que el 89% de las empresas fabricantes y auxiliares de calzado de Elda fabrican calzado de señora, y ello supone el 86% de las empresas fabricantes de ese tipo de calzado en los distintos núcleos del AMVP. Estos porcentajes evidencian que la industria del calzado tiende a una concentración espacial especializada; ello se debe a que cada tipo de calzado presenta unas características específicas en cuanto a materiales, diseño, modelaje, montaje y comercialización; es decir, no hay una capacidad genérica para fabricar cualquier tipo de calzado: si se fabrica calzado de señora no se fabrica de caballero, deportivo o infantil, y viceversa. Este hecho explica que no se den cambios territoriales de especialización, sino que las transformaciones se produzcan en relación a cada tipo de calzado y que las estrategias globales para la reconversión de esta industria sean muy poco viables.

El perfil empresarial de las fábricas de calzado de señora de Elda se ajusta al pequeño y mediano tamaño; el 55,7% contaba con menos de veinte empleados, y otro 40,6% no alcanzaba los cincuenta. El peso del mercado exterior en las ventas es superior al del interior: el 78,5% de las empresas vendía al exterior, que era el mercado principal para dos tercios de ellas. La estabilidad productiva es baja, debido a la estrategia comercial ligada al pronto-moda: alta temporalidad de las ventas, elevado número de modelos y amplia renovación de los catálogos cada temporada. Predominan las sociedades limitadas (87,3%), aunque debido al tamaño reducido en casi la mitad de ellas las funciones directivas de gestión son realizadas por el empresario y sólo en un 15,9% de los casos exclusivamente por la gerencia.



El calzado sigue siendo una actividad manufacturera (CEFIRE).

fase, o varias, se produce en distintas unidades especializadas. El proceso se recompone mediante relaciones de subcontratación, que articulan sistemas empresariales en red. La organización descentralizada implica que la capacidad productiva y competitiva del conjunto de la industria del calzado depende de múltiples unidades productivas especializadas cada una de ellas en la realización de las distintas actividades del proceso, desde gestorías hasta comercializadoras, pasando por talleres de aparado y montaje.

Los caracteres más significativos del modelo territorial de organización flexible de la producción zapatera han sido analizado en diversos estudios⁷; entre ellos,

El perfil del empresario muestra su naturaleza endógena, tanto espacial como productiva: el 71% ha nacido en el mismo municipio y el 84% tenía experiencia previa en el sector. El 33,6% de los encuestados afirmaba que la condición más necesaria para ejercer la actividad empresarial es la experiencia profesional, seguida por la disposición de relaciones en el sector (23,4%) y de recursos financieros (21,5%). Estos porcentajes se relacionan con el relativamente bajo nivel formal de estudios del empresariado: el 60,7% el graduado escolar y un 12,2% estudios universitarios. Un dato muy significativo, por el histórico arraigo de la fabricación de calzado, es la práctica adolescencia de los empresarios y las empresas: el 60% de los empresarios y el 55% de las empresas iniciaron su actividad en los últimos años de la década de los años ochenta, aunque la juventud de las empresas se explica en los cambios formales de razón social con objeto de ahorrar costes (reducción de cargas fiscales, rotación continuada de los contratos de fomento de empleo, cierres temporales de actividad y suspensión de pagos, o no afrontar deudas con la Seguridad Social o con Hacienda).

La capacidad comercial de las empresas fabricantes de calzado de Elda es, en conjunto, baja: apenas la mitad fabrica con marca y catálogo propio –y sólo el 25% de manera exclusiva– mientras el 70% vende a comercializadoras, principalmente exportadoras. Además, la forma más común de conseguir los pedidos es mediante contactos directos (43%), frente a la de agentes comerciales (33%) o el departamento comercial (24%).

La industrial auxiliar de calzado de Elda, destaca por su carácter eminentemente local, pero sobre todo por su fragilidad de organización: el 64% de las empresas encuestadas no llegaba a los diez empleados, y el 91% efectuaba la mayoría de sus ventas en el mercado local. El resto de mercados son prácticamente marginales, pues el 76% de las empresas auxiliares no efectúa ventas en el mercado nacional y el 90% en el exterior. Respecto a la forma jurídica, se comprueba la importante presencia de economía sumergida: un 20% de las unidades productivas carecía de cualquier permiso administrativo y un 26% adoptaba la forma jurídica de autónomo con trabajadores. Este perfil explica el limitado desarrollo de buena parte de la in-

dustrial auxiliar y su baja capacidad para impulsar estrategias competitivas.

Los datos apuntados son más ilustrativos en algunos tipos de actividad. Así, cerca del 40% de las *empresas* que realizaban tareas específicas de cortado, de aparado, de terminado o de empaquetado carecían de forma jurídica al no estar dada de alta administrativa su actividad; además un 30% figuraba como autónomo con empleados. Respecto al tamaño, el 80% tiene menos de diez empleados y ninguna empresa auxiliar de este tipo alcanzaba los veinte. Como consecuencia de esta frágil organización, el 70% no alcanzaba una vida media de diez años, incluso el 40% no llegaba a los cinco. En definitiva, en sentido es-



tricto, son más talleres de trabajo mediante los cuales se afronta la realización sumergida de algunas tareas, que empresas auxiliares de la industria del calzado propiamente dichas.

Las empresas auxiliares de fabricación de suelas, tacones y plantillas presentan una organización menos precaria, con ejemplos de tamaño medio. El 59% no alcanza los diez empleados pero el 9% supera los 19. Ninguna realiza su actividad sin forma jurídica específica y sólo el 10% como autónomos con empleados. También se observa una relativa diversificación de los mercados, aunque el local sigue siendo el principal: el 24% realizan ventas en el mercado nacional y el 18% en el exterior. Es decir, en

El calzado utiliza un alto porcentaje de mano de obra femenina (CEFIRE).

la industrial auxiliar hay un limitado número de empresas con un mínimo de capacidad para impulsar estrategias competitivas propias, aunque insuficiente para impulsar la industria del calzado en su conjunto.

La industria del calzado en Elda: organización del proceso productivo

La descentralización del proceso productivo tiene dos consecuencias en términos de organización del proceso de fabricación de calzado. Primera, la práctica desaparición de la tradicional fábrica de calzado dado que las que se clasifican bajo dicho epígrafe apenas realizan como máximo entre dos y cuatro fases, montado, acabado, empaquetado y distribución. Segunda, la configuración de un modelo de organización fundamentada en relaciones interempresariales de subcontratación y la configuración de estructuras de gestión en red.

Caracteres de las relaciones de subcontratación

Las relaciones interempresariales derivadas del proceso de descentralización pueden clasificarse en dos grupos: aquellas cuyo objeto es encargar la realización de las distintas tareas del proceso productivo, y las que se establecen para ajustar la capacidad productiva a las condiciones de la demanda. Respecto a las primeras, el 90% de las empresas fabricantes de calzado subcontrata la rea-

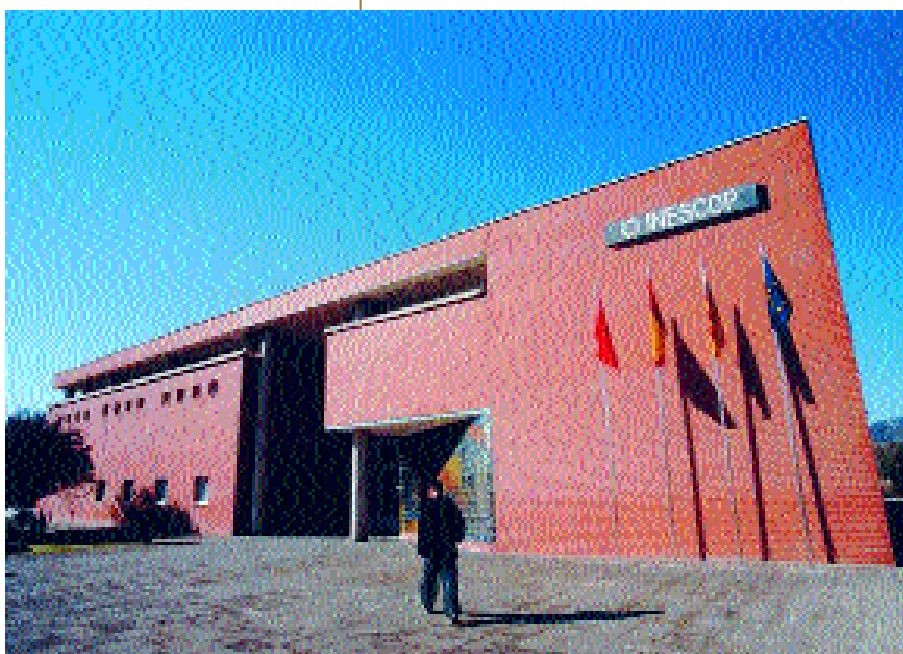
lización de alguna fase, un 60% de forma sistemática y un 30% según el volumen de pedidos. Por fases, diseño, modelaje y aparado son las que presentan un mayor grado de descentralización, al ser subcontratada su realización respectivamente por el 92%, 74% y 87% de las empresas fabricantes.

La subcontratación de la fase de aparado ilustra la naturaleza territorial de los cambios operados al optarse por la forma de trabajo típica de los inicios del sector, el *trabajo a domicilio*. El 58% de las empresas encargaba el aparado *a domicilio*, un 33% a talleres de trabajadores autónomos⁹, y sólo un 13% a empresas especializadas en aparado.

En sentido estricto no hay una razón principal por la cual se subcontraten las respectivas fases. Así las tres razones más significativas son reducir los costes laborales (38%), ajustar la producción ante la inestabilidad de los pedidos (28%), y requerir una mayor especialización técnica (20%). Además de esta subcontratación de fases, las empresas fabricantes de calzado recurren a la contratación de servicios, generalizada en el caso de los de asesoría fiscal y laboral, mientras que los de asistencia técnica o consultoría lo son por un porcentaje más limitado: 46% diseño de modelos, 27% el mantenimiento de maquinaria; 21% la promoción comercial; 12% realización de estudios de mercado; y por último sólo un 9%, porcentaje este que coincide con el de las empresas que utilizan para la fabricación maquinaria con programación numérica.

A la hora de ajustar la capacidad productiva, el 51% de las empresas de calzado de señora subcontrataba pedidos, el 29% de manera habitual o regular y el 22% en función de la evolución de la temporada. Algo inferior era el porcentaje de las empresas que fabrican para otras, el 43%, aunque sólo el 16% lo hacía de manera habitual o regular. Esta diferencia de porcentajes muestra que son minoritarias las empresas que de manera casi en exclusiva fábrica para otras, de lo que se deduce que el objeto de este tipo de relaciones es afrontar posibles caídas o incrementos de la demanda a lo largo de la campaña, pero la capacidad productiva instalada se dimensiona según el volumen medio de pedidos de las últimas temporadas.

Sede actual del INESCOP, en Campo Alto.



La capacidad productiva también se ajusta mediante participaciones accionariales en el capital social de otras empresas del sector y acuerdos de cooperación. El 40% de las empresas fabricantes de calzado de Elda tienen participaciones accionariales; es un porcentaje elevado para el escaso tamaño medio de las empresas, la relativa juventud del parque empresarial y de los empresarios en su condición de tales, aunque refleja el dinamismo emprendedor del empresariado de calzado, por lo menos en cuanto a estrategia de organización.

Los datos confirman que una de las singularidades de la organización territorial de la producción de la zona es la existencia de acuerdos de cooperación. En concreto, el 50% de las empresas de calzado de Elda había establecido algún acuerdo de cooperación en la última década: de ellas, el 70% en dos ocasiones y el 18% en más de dos; es decir, aunque este tipo de relaciones son irregulares e inestables, no son infrecuentes. Se producen sobre todo para asistencia a ferias (56%) y adquisición de materias primas (27%).

El cruce entre las características de las empresas y las relaciones interempresariales por subcontratación permite extraer cuatro conclusiones. Primera, la práctica totalidad de las empresas establecen diversas relaciones con otras. Segunda, las relaciones son más intensas en las empresas que cuentan con una estrategia propia en cuanto a marca y diseño del producto, y menor cuando el diseño es facilitado por las empresas comerciales cuando se les efectúan los correspondientes pedidos. Tercera, aproximadamente un tercio de las empresas fabricantes de calzado mantienen relaciones múltiples y regulares y suelen ser las que disponen de estrategia comercial de producto. Y cuarta, la descentralización de una determinada fase del proceso productivo no implica mayor tendencia a descentralizar otras, salvo en el caso de las fases de diseño y modelaje; es decir, son relativamente independientes las relaciones del proceso productivo y las de carácter comercial.

En conclusión, el proceso productivo de fabricación de calzado se realiza a través de empresas especializadas. Esta descentralización es consecuencia de *tres dinámicas competitivas*: Una, la relativa a las *innovaciones tecnológicas* introducidas para



Un laboratorio del INESCOP (CEFIRE).

realizar determinadas tareas, como el cortado de pieles o la fabricación de productos semielaborados con nuevos materiales (suelas, plantillas...). Otra, que busca ahorrar costes mediante la socialización de los mismos, recurriendo a formas de *economía sumergida* como el trabajo a domicilio o los talleres de autónomos. Y por último, la motivada para disponer de una capacidad productiva flexible que permita aplicar una *estrategia comercial* fundamentada en la segmentación y en la prontitud: así, se subcontratan pedidos, se mantienen participaciones accionariales en otras empresas o se establecen acuerdos de cooperación.

Estructuras de organización en red del proceso productivo

Como se ha demostrado, la fabricación de calzado en las últimas décadas del siglo XX precisa del establecimiento de múltiples relaciones interempresariales, lo cual implica que debe articularse una organización específica para su gestión. Ello se consigue con el establecimiento de estructuras en forma de red fundamentadas en acuerdos informales extramercado al establecerse preferentemente mediante relaciones personales sin base documental, tanto por el conocimiento directo que tienen los agentes que intervienen, como por la imprevisible evolución de la demanda dada la baja capacidad comercial de producto del que disponen las empresas fabricantes para penetrar en los mercados finales.

La estructura de la organización en forma de red tiene como principal propiedad operativa ajustar con rapidez la



La infanta Elena inauguró el Museo del Calzado de Elda a principios de febrero de 1999 (CEFIRE).

capacidad productiva a la específica evolución de la demanda. En la industria del calzado de Elda predomina la estructura de organización en *red tipo árbol* por ser las relaciones interempresariales que las articulan indirectas y jerarquizadas. Es decir, cada *nodo* o unidad productiva sólo establece relación con aquellas que requieren la tarea específica que realiza. La dinámica es fijada por la unidad productiva con capacidad comercial de producto, y por tanto de obtener pedidos, por lo que se configura como *nodo centro* y ejerce las funciones de dirección y gestión de la estrategia competitiva.

En las estructuras de *red en árbol*, que se configuran para organizar de manera descentralizada la fabricación de calzado, pueden distinguirse dos tipos, según que las funciones de *nodo centro* sean desempeñadas por una empresa comercializadora o por una empresa fabricante. El primer tipo tiene su origen en los años sesenta y setenta, a raíz de las estrategias competitivas de las comercializadoras norteamericanas, mientras que el segundo aparece en la segunda mitad de los años ochenta, al descentralizar las empresas fabricantes locales el proceso productivo. Ambos tipos no son incompatibles, sino que pueden integrarse o complementarse.

El funcionamiento básico de la *estructura de red en árbol con nodo centro empresa comercializadora* consiste en separar la capacidad productiva de la comercial. La consecuencia es el surgimiento de unas empresas que especializan exclusivamente su actividad en el desarrollo de una determinada estrategia de producto/marca. Con tal objeto, realizan

estudios de mercado; efectúan campañas de marketing y estrategias publicitarias de marca; diseñan las correspondientes colecciones de cada temporada y, por último, articulan el correspondiente canal logístico de contratación y comercialización. De manera directa no se realiza ninguna fase del proceso de fabricación de calzado; la fabricación de los pedidos subcontratada a empresas locales, a las que se les facilita los correspondientes modelajes y hormas. Dentro de este tipo de redes empresas se han detectado algunas diferencias cuando el nodo centro es un comercializadora norteamericana, europea o local.

Las *comerciales norteamericanas* fundamentan su estrategia competitiva en su condición de proveedoras de las denominadas tiendas de *uniprecio*. Mediante este canal se oferta a las familias con un nivel de ingreso medio un producto de relativa calidad, con marca propia y con un diseño acorde con la moda lanzada cada temporada por los diseñadores italianos y franceses, pero a menos de la mitad de precio. Con estos criterios las comerciales norteamericanas consideran que la calidad del calzado fabricado en Elda compensa su mayor coste relativo respecto a países de industrialización emergente, como México, Brasil o China, así como por la mayor capacidad organizativa y experiencia empresarial.

Esta preferencia a subcontratar la fabricación de calzado en Elda no es absoluta dado que esta condicionada a variables como el tipo de cambio, las condiciones financieras o las tasas fiscales, cualquier variación en estas que suponga un descenso del correspondiente margen de beneficio implica optar por subcontratar la fabricación de calzado en los países citados dados sus menores costes y su relativa similar calidad de fabricación. Esta circunstancia se ha producido varias veces en las últimas décadas, concretamente entre 1979 y 1984, entre 1989 y 1993 y recientemente desde el 2001 por la revalorización del euro, hasta el punto de que en la actualidad prácticamente han desaparecido los encargos directos de comercializadoras norteamericanas.

La razón de las *comercializadoras europeas*, principalmente francesas, para subcontratar pedidos a empresas de calzado eldenses es la excelente relación calidad precio. Respecto a las norteameri-

canas, se observan dos diferencias: en primer lugar, siguen una estrategia competitiva de liderazgo comercial mediante la consolidación de una marca de prestigio y un diseño de modelos que marcan cada temporada la moda de los mercados; por otra parte, para subcontratar, además de la capacidad o flexibilidad para adaptarse con rapidez a fluctuaciones de la demanda, también valoran la proximidad a los mercados finales de venta, y la capacidad para penetrar en el propio mercado español.

Uno de los principales cambios operados recientemente es la presencia de empresas comercializadoras locales que ejercen funciones de nodo centro. Suelen responder a tres perfiles: las fundadas en los años ochenta por antiguos fabricantes de calzado que consideraron necesario un cambio estratégico de gestión; las constituidas por varias empresas fabricantes para disponer de un medio propio para apoyar la comercialización de sus productos en los mercados finales, principalmente en los exteriores; y por último, las promovidas por profesionales y trabajadores con experiencia comercial en el sector.

Es significativa la existencia de empresas comercializadoras locales al demostrar que la industria del calzado de Elda tiene dinámica emprendedora no sólo para articular una estrategia para reducir costes, aunque sea por la débil vía de la economía sumergida, sino también para disponer de una relativa capacidad comercial endógena para penetrar en los mercados finales, y no como ocurría hasta los años setenta, sólo una especializada capacidad productiva endógena para fabricar calzado.

En el caso de las *empresas comerciales constituidas por participaciones accionariales*, su condición de nodo centro-dirección no implica que las empresas fabricantes pierdan su autonomía en cuanto a la estrategia de producto, marca, diseño, modelos, o contacto directo con los clientes. El resultado es un grado de jerarquía débil en el ejercicio de las funciones de dirección estratégica por la empresa comercial, razón por la cual la estructura de red se aproximaría más a una forma híbrida de red *árbol-anillo*. Una peculiaridad de este tipo de estructuras en red es que su constitución suele ser consecuencia de iniciativas *institucionales* más que *espontáneas*: acogerse a programas de ayudas, experiencia en acuerdos

de cooperación, o existencia de vínculos sociales y familiares.

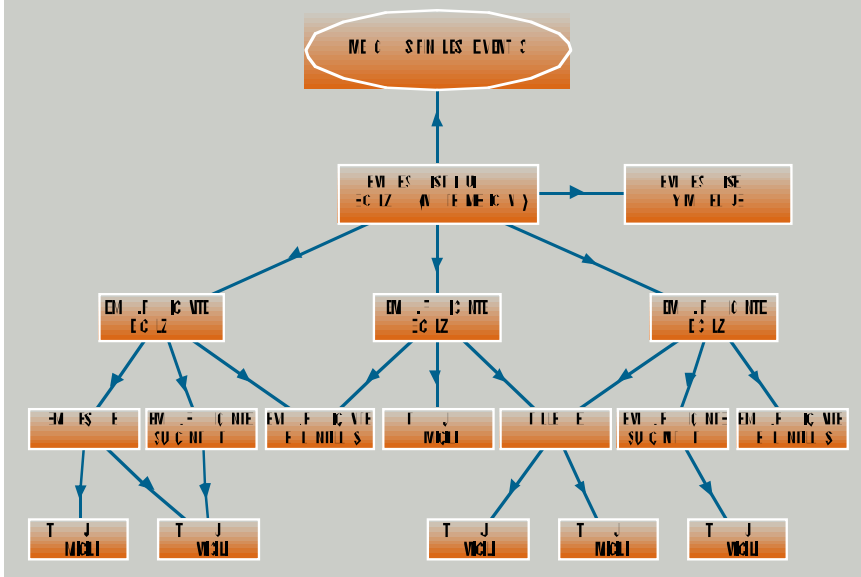
Por último, la red-árbol que se configura cuando las funciones de nodo-centro son ejercidas por trabajadores autónomos con experiencia comercial o directiva en el sector, tienen como principal característica su inestabilidad dado que responde más a una estrategia de negocio que empresarial. Es decir, el objetivo es *hacer la temporada* aprovechando las oportunidades que se derivan de la segmentación e inestabilidad de la demanda.

La dinámica operativa de la fabricación de calzado mediante una estructura de red en árbol con nodo centro en comercializadora se inicia una vez conseguidos los pedidos, ya sea mediante la presentación de las colecciones a los clientes en ferias, o mediante agentes comerciales. El siguiente paso es subcontratar la fabricación de calzado. Los criterios de selección y las condiciones que se negocian son diversos. Las empresas norteamericanas y europeas siguen dos criterios de selección: la relación calidad/precio y la capacidad productiva para fabricar el volumen de pares de calzado que previsiblemente va ser demandado; en consecuencia, se opta por empresas de un tamaño superior al medio del sector, y por tanto con recursos financieros y capacidad empresarial de gestión para invertir en maquinaria, adquirir materias primas, productos intermedios y organizar la producción de manera descentralizada; es decir, empresarios asentados en el sector.

La tendencia es a no cambiar de empresa subcontratada, aunque no suelen firmarse contratos plurianuales en los que

La firma Kurhapiés cuenta con una colección museográfica de gran interés, anterior al propio Museo del Calzado de Elda (CEFIRE).





La empresa comercial valora que continuar con la misma empresa subcontratada permite un mejor ajuste del precio para cada temporada, un mayor control sobre la calidad del producto y, sobre todo, la garantía en el cumplimiento de los plazos de entrega de los pedidos.

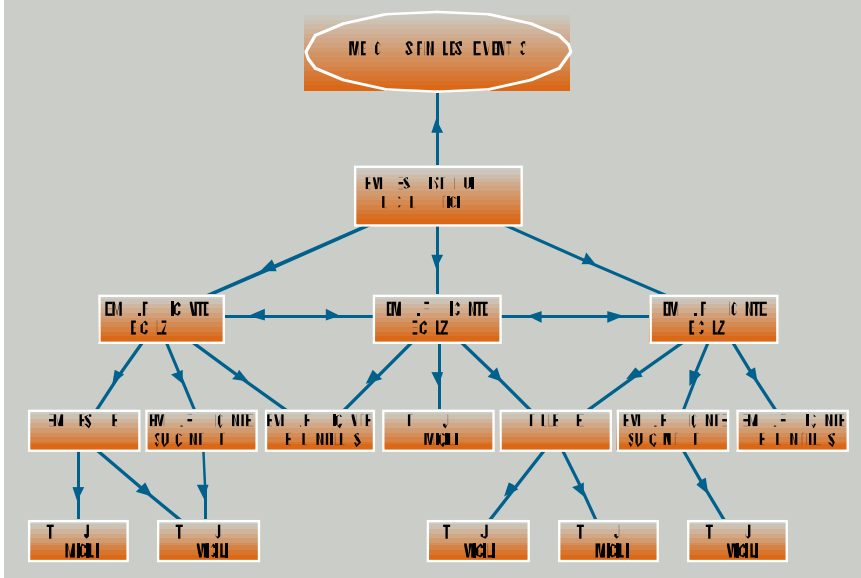
La principal diferencia entre las empresas comerciales norteamericanas o europeas es que las primeras llegan a subcontratar hasta diez o más empresas fabricantes, aunque concentran el grueso de pedidos en dos o tres. Las comerciales europeas limitan su relación a una o dos, siendo estas las que subcontratan a otras empresas fabricantes, en caso de aumento de las ventas de una temporada.

El modo de subcontratación cuando el nodo centro son *empresas comerciales locales* difiere según existan o no vínculos patrimoniales o sociales con las correspondientes empresas fabricantes. Cuando no hay, para las empresas comerciales locales –al tener una estrategia comercial de producto más débil y un menor volumen de recursos financieros disponibles para efectuar campañas de marketing que asienten marcas líderes–, el coste adquiere un significado determinante. Así, cuando se contacta con los clientes se tiene un precio de venta de referencia, pero este es negociable con el objeto de conseguir los correspondientes pedidos. En estas condiciones, se selecciona casi por subasta que fabricante oferta el menor coste, independientemente de si en temporadas anteriores se le habían efectuado a la misma empresa subcontrataciones o no. Por esta razón, los cambios de empresa contratista y contratada son frecuentes, inclusive dentro de una misma temporada, y, por tanto, las relaciones son discontinuas y la colaboración es prácticamente inexistente.

se adquieran compromisos sobre volumen de pedidos, precio, anticipos o plazos de cobro. Estas condiciones son negociadas para cada temporada, aunque lo habitual es sólo introducir ligeras variaciones cada año. Tampoco las subcontratadas cambian con frecuencia de empresa comercial por la necesidad de *asegurarse* la continuidad de los pedidos, al no disponerse de estrategia comercial de producto propia; además, al tratarse de un sector maduro, también es reducido el número de las comercializadoras.

Como resultado de este funcionamiento las empresas fabricantes que contratan con ese tipo de empresas comerciales locales se caracterizan por su fragilidad y pequeño tamaño. De hecho, prácticamente *se montan* de una temporada a otra, dado que la inversión es mínima, a veces alquilando los locales y la maquinaria; en los casos de quiebra, simplemente se llega a un acuerdo para su utilización a cambio de renunciar al cobro de las retribuciones pendientes.

La dinámica de subcontratación es aún más frágil o dependiente en el caso

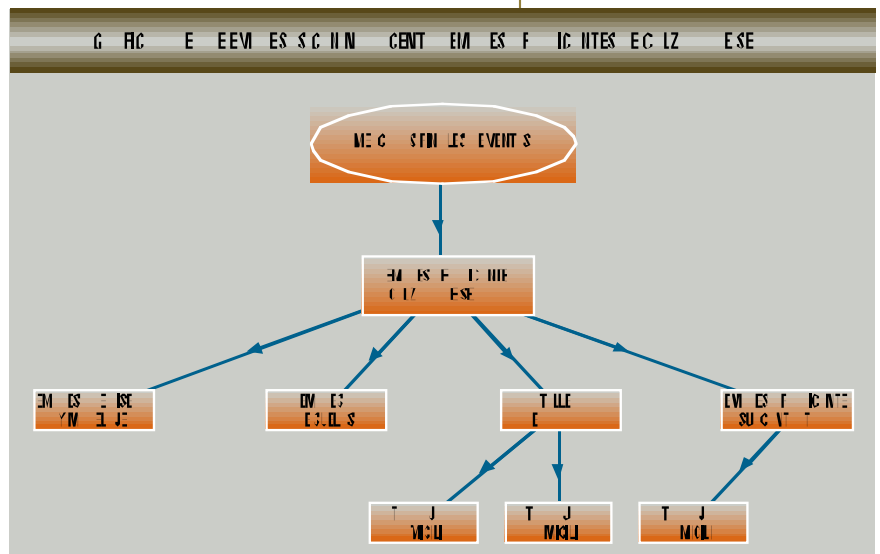
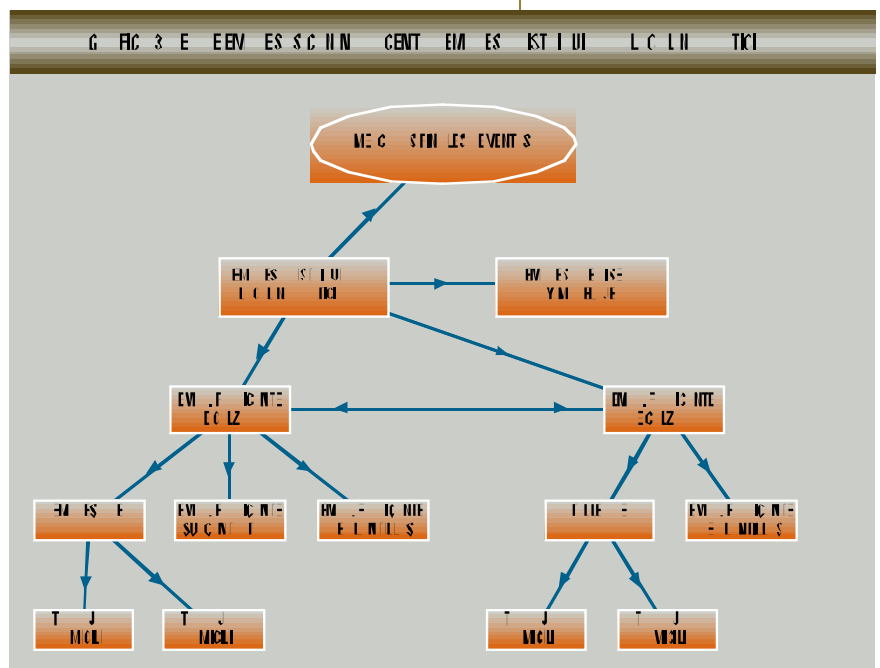


de red en árbol cuando el nodo centro es un «empresario» autónomo. La fragilidad es debida a que la estrategia no es desarrollar una estrategia comercial de producto, sino conseguir un volumen de ventas ofertando un modelo básico muy novedoso de manera directa a tiendas de pronto-moda y agentes comerciales. En consecuencia, la actividad no tiene apenas continuidad: en una temporada el volumen de facturación puede dispararse, mientras que en otra reducirse prácticamente a cero; incluso, después de una temporada con extraordinario beneficios, simplemente liquidar¹⁰. Esta inestabilidad y discontinuidad en los pedidos motiva que para subcontratar la fabricación de calzado se recurra a los denominados *mochileros*, trabajadores autónomos que coordinan el encargo de las distintas tareas a pequeños fabricantes sin capacidad comercial, a talleres de autónomos, y sobre todo a trabajadores a domicilio.

En el caso de las empresas comerciales locales que tienen vínculos accionariales con las empresas fabricantes, las relaciones son más simétricas y menos jerarquizadas, incluso pueden ser calificadas de cooperativas. Es decir, la planificación y dirección del proceso productivo es más de tipo horizontal, al diseñar cada empresa fabricante su propia estrategia de producto; en realidad, no se fundamenta en relaciones de subcontratación, sino en canalizar desde la empresa comercializadora los correspondientes pedidos.

Las empresas fabricantes de calzado con vínculos accionariales se caracterizan por su relativa antigüedad en el sector, por la disponibilidad de recursos, por la inversión efectuada en renovar el equipo productivo e instalaciones, por participar en programas de cooperación, y porque los respectivos empresarios son un referente dentro del sector, con experiencia reconocida; pero, sobre todo, por haber adoptado la decisión estratégica, en la primera mitad de los años ochenta, de instrumentar la capacidad de penetración en los mercados finales, separando las funciones de comercialización y de fabricación.

La estructura de red en árbol articulada cuando el nodo-dirección es una empresa comercial se completa con las conexiones que establecen las empresas fabricantes, en su condición de nodo, para integrar las diferentes fases o tareas



del proceso productivo. Es decir, son las empresas fabricantes las que subcontratan las tareas de aparado y, en menor medida, las de cortado. En cambio, es infrecuente la subcontratación de pedidos, pues el diseño y el modelaje son facilitados por las comerciales contratistas, salvo cuando existen vínculos patrimoniales y sociales con las mismas.

La red se completa con las relaciones que se establecen con las empresas auxiliares fabricantes de suelas, de plantillas y de tacones, que se asemejan más a las de tipo cliente-proveedor que a las de subcontratación. Con la creciente utilización de materiales diversos y variantes de complementos en un mismo mo-

La Casa Colorá, sede de la empresa municipal Idelsa.



delo de calzado, las empresas auxiliares fabrican sobre pedido, por lo cual son usuales la firma de acuerdos de suministro, o la colaboración para que los diseños de los productos utilizados sean acordes con la propia *imagen* de marca.

Los fabricantes tienden a estabilizar la relación con las empresas que subcontratan, para asegurarse que se ajustarán a las condiciones acordadas con las comercializadoras. La subcontratación del aparado, del cortado y, en algunos casos, del montado suele efectuarse mediante la señalada figura del *mochilero*—dada la capacidad de éste para controlar que el *ritmo* se corresponda con el requerido para fabricar los pares comprometidos—, siendo él quien contacta con talleres de autónomos, trabajadores a domicilio y hasta con algunas fábricas de calzados que afronten esa temporada con escasos pedidos.

Las relaciones de subcontratación del aparado son asimétricas al ser su objeto, simplemente, contratar trabajo de manera encubierta. En los últimos años, la escasez de mano de obra cualificada ha obligado a las empresas a fijar un míni-

Elda Prestigio constituye un intento de difundir una imagen global de calidad asociada al calzado eldense (CEFIRE).



mo de ingresos por día, compartir gastos sociales, colaborar para la realización de cursos de formación y a contratar trabajadores que coordinen la subcontratación del aparado o atiendan los pedidos de *compromiso*.

Por último, como puede deducirse de lo anteriormente expuesto, la densidad de las relaciones de las estructuras de *red en árbol* es elevada. Primero, por la propia multiplicidad de las relaciones interempresariales de subcontratación, de participación accionarial y de acuerdos de cooperación que se establecen; y segundo, por el número de *nodos* y por la relativa frecuencia de los cambios de empresa.

El segundo tipo de *estructura de red en árbol* identificado se articula cuando el *nodo-centro* es una *empresa fabricante* que desarrolla su propia estrategia comercial de producto. A diferencia del anterior tipo, el nodo que ejerce de *centro-dirección* establece relaciones interempresariales, tanto para disponer de capacidad de penetración comercial como para organizar la descentralización de las fases del proceso de fabricación. Este tipo de estructura se caracteriza por disponer de una estrategia de producto consolidada, tanto en marca como en diseño. Los pedidos provienen de las denominadas tiendas de colecciones y de cadenas de zapaterías con marca o franquicias. En sentido estricto, su estrategia es más productiva que comercial, pues debe fabricar calzado de calidad (*calzado de vestir*) con diseño y coste ajustado.

Esta estrategia comercial exige un alto grado de flexibilidad de la capacidad productiva al no tener para la correspondiente temporada una previsión fiable de ventas, a diferencia de los fabricantes italianos que por su liderazgo de marca/moda pueden planificar con antelación la fabricación. Para conseguir una capacidad productiva flexible, se subcontratan servicios técnicos y profesionales para realizar las fases más ligadas al desarrollo de la estrategia de producto: diseño, modelaje y comercialización. Según la evolución de los pedidos, cada temporada se subcontratan las distintas tareas; incluso se recurre a la subcontratación de pedidos cuando no se puede aumentar la capacidad interna de producción, ni con un mayor ritmo de fabricación, ni con más horas extras, ni mediante contrataciones temporales.

La simetría y el grado de jerarquía de estas relaciones de subcontratación son muy diferentes en unos casos y otros. Para contratar la realización del diseño, del modelaje y de la comercialización, el criterio de selección consiste en garantizar que, temporada tras temporada, el calzado fabricado responda a las características de marca y diseño que propician su venta; por ello, los cambios de empresa son muy infrecuentes y ello propicia acordar las condiciones en un marco de confianza, dado el interés común por continuar la colaboración.

La subcontratación de las fases de cortado, aparado y etiquetado suele efectuarse preferentemente a trabajadores a domicilio, por su mayor adaptabilidad a las condiciones del pedido efectuado por la tienda minorista. Esta adaptación nace de la evidente dependencia que sufren los trabajadores a domicilio, al no existir demasiadas alternativas de encontrar otros empleos o fuentes de ingresos, ni tampoco de constituirse como talleres de trabajadores autónomos. En consecuencia, las relaciones cabe calificarlas de asimétricas, y su grado de jerarquía es por tanto elevado. Pese a esta relación desigual, los cambios de contratista suelen ser infrecuentes por la dificultad de los trabajadores a domicilio de encontrar fabricantes que actúen de forma diferente y porque las empresas pueden encontrar en otros núcleos –incluso localizados fuera del ámbito del Alto y Medio Vinalopó– los trabajadores necesarios para realizar esas tareas; aún así, el principal criterio para seleccionar *trabajadores a domicilio* es que residan en el mismo núcleo urbano dado que la proximidad física facilita un contacto más fluido.

Para disponer de una capacidad productiva flexible también se recurre a subcontratar pedidos a otras fábricas de calzado, dada la inestabilidad de la demanda, aunque la tendencia es consolidar una cuota de mercado adecuada a la propia capacidad productiva interna disponible. La subcontratación de pedidos tiende a ser una relación simétrica, dado que la empresa contratada también es fabricante, porque se trata de garantizar más la calidad que los costes y porque es elevada la probabilidad de que la empresa contratista pueda convertirse en contratada, incluso en la misma temporada. Estas razones explican la predisposición a colaborar, llegándose a acordar la subcontratación en unas con-



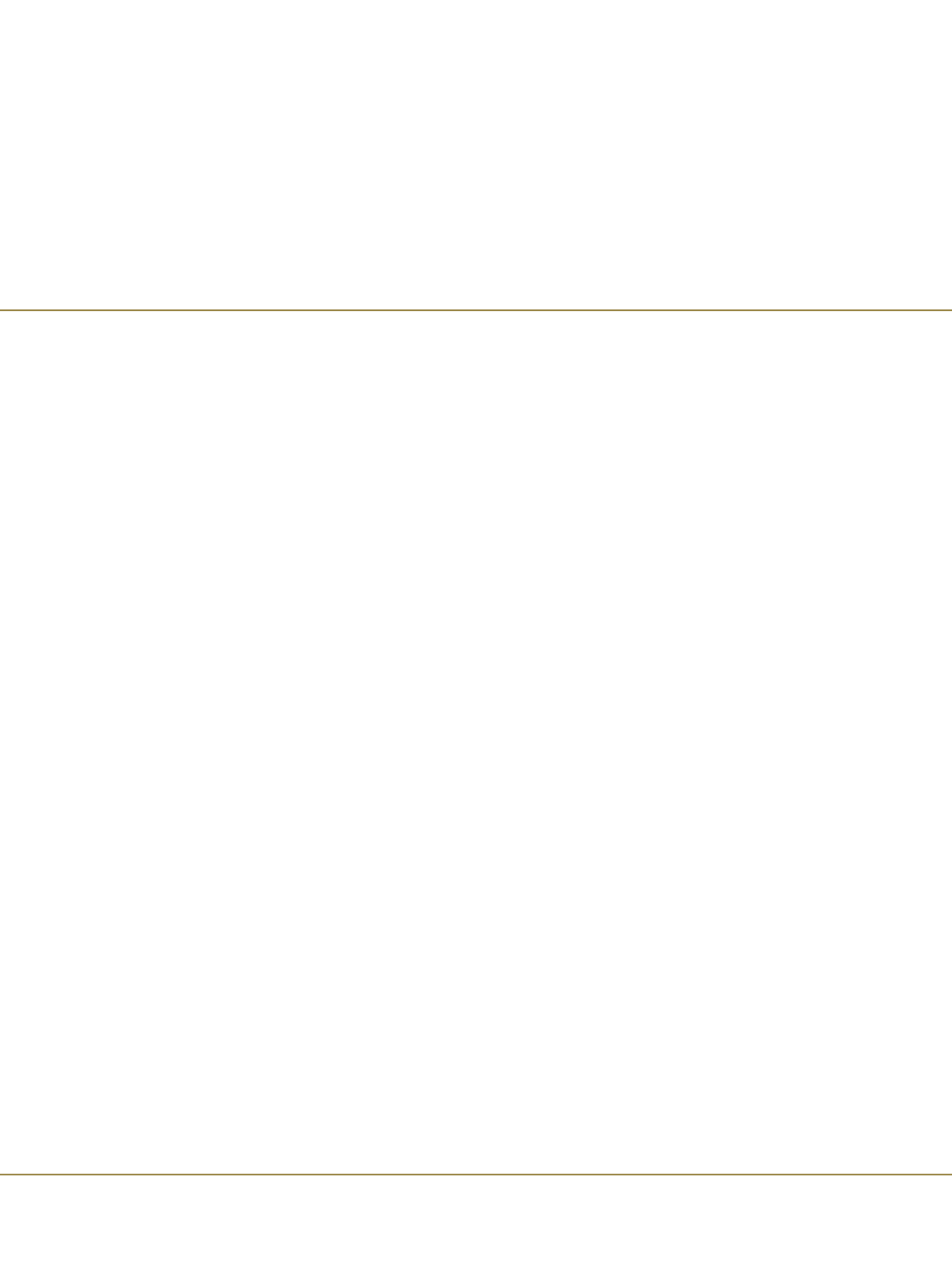
diciones que supongan una menor ganancia e incluso renunciar a la misma; los acuerdos pueden llegar a la cooperación para la asistencia conjunta a ferias, la adquisición de materias primas o la contratación conjunta de un representante comercial que permita penetrar en el mercado exterior.

En este subtipo, se ha detectado una variante: cuando los pedidos de la empresa fabricante de calzado de señora provienen principalmente de tiendas minoristas. En este caso, la capacidad productiva y los recursos financieros tienden a ser mayores, lo que supone que las economías de especialización se complementan con unas relativas economías de escala. Éstas permiten a las empresas fabricantes presentar sus catálogos en ferias, contratar representantes comerciales en exclusiva, colaborar con diseñadores de las pasarelas más reconocidas o participar en el accionariado de empresas comerciales.

El antiguo recinto ferial desapareciendo para dar paso al complejo de la Plaza de la FICIA (CEFIRE)

Algunas empresas eldenses siguen apostando por hacerse un hueco en el mercado global a partir de sus propias marcas (CEFIRE).





La sociedad eldense del siglo XX

31

LUIS ESTEVE IBÁÑEZ

Dr. en Filosofía y Letras

Introducción

Las *épocas* dejaron paso a los *siglos*, y el XIX lo fue por excelencia con sus dos mitades. Después, el ritmo de los cambios nos condujo a calcular en *décadas*. En el siglo XX, la información recogida inducía a hablar del principio o del final de tal o cual década. Así, Elda, pequeñísima a finales del XIX, se fue haciendo en el XX a golpe de década.

¿Son comparables la villa de 1900, la ciudad mecanizada de los setenta y la micro ciudad-mundo Elda-Petrer? ¿Cómo relacionar la cosmovisión de aquellos levantinos sedentarios con la de los urbanitas que vuelan en un puente? Piénsese, por ejemplo, en lo crucial que hubo de resultar el servicio militar, según

las circunstancias; o ¿qué decir de las formas que adquirieron las relaciones íntimas, las peripecias para asearse o curarse, o el uso de estimulantes en el día a día?

Lo que suponemos *evolución* de la sociedad eldense, ¿se entiende suficientemente mediante la explicación de acontecimientos locales? Es recomendable que, previamente a nuestras acotaciones, se lea el conjunto de este manual: los cambios en la población, en la ocupación y en la movilidad social, los vaivenes económicos, las relaciones entre colectivos, los referentes culturales, políticos e ideológicos, etc., son datos fundamentales para poder estimar algo acerca de la evolución social de los eldenses.



¿Cómo observar lo pasado sin deformación? (Foto del autor)



Escuela de la primera década del siglo XX (Archivo EMIDES).A).

Las primeras décadas

La mayoría de los habitantes de este país no vislumbraba horizonte alguno a finales del XIX, dada su escasa formación y el atraso general favorecido por la desidia y el individualismo, propios de un sistema caciquil. Sin embargo, Elda sí que ofrecía *faena* a los desertores del agro. Como ya había hecho la ciudad de Alcoy, Elda sopesaba las posibilidades de la *electricidad*: en 1900 se encendieron las bombillas en sus calles. La compañía Eléctrica Eldense fue arrinconando las bujías caseras, mecanizando la industria y alargando la jornada. El manejo de la energía permitió la difusión del telégrafo, del fonógrafo, del teléfono y del cinematógrafo. Éste, *adelanto de los adelantos*, hizo visibles la conquista de los Polos, el vuelo del Zeppelin y el tren transiberiano. La gente también andaba emocionada con las novelas por entregas de Blasco Ibáñez, con sus héroes y villanos tan cercanos.

Elda, parada habitual de las diligencias, tenía ahora una estación del ferrocarril (hotelitos y fondas, también), y daba empleo en el calzado y en la construcción. Las familias acudían desde los pueblos próximos y, para poder afrontar los altos alquileres, todos se ocupaban, mujeres y niños incluidos (en muchas casas también se criaban animales). Las sociedades de socorros mutuos –La Emancipación, La Caridad, La Racional, La Compañera, entre otras– les daban cobertura, y el anhelo de prosperar mantenía el entusiasmo. Las autoridades hacían elucubraciones para ver cómo abastecer de agua y de luz, afianzar los

puentes sobre el río y prevenir las epidemias infecciosas.

Las sayas negras de las mujeres y los bigotones de los hombres desentonaban con lo desvuelto de sus movimientos. Todavía agradaban las zarzuelas costumbristas (*pollitos* que obsecuaban al *bello sexo* evitando a las *carabinas*) y la diversión más picante era alentar el qué dirán en las veladas musicales. Sin embargo, muchos comportamientos y ritos de entonces irían sedimentándose en la vida local: la presencia de la mujer en el lugar de trabajo; la cohabitación entre grupos amplios de productores; la prodigalidad de los empresarios; la afición por las novedades técnicas y estéticas; el ritmo de gastos regulado mediante la paga semanal; el pique por ganar más; el interés hacia las actividades deportivas; el intercambio de opiniones en la pandilla; la sobrevaloración del aspecto exterior de las personas; la relación con los viajeros, locales y forasteros; el chisme y la charla como *salsa* o *salero* cotidianos, etc. El imperativo de estar mentalmente concentrados durante la *faena* se olvidaba en la dispersión de los paseos. Entre los eldenses, incluido cualquier recién llegado, se insistía en practicar la camaradería y la locuacidad. Sin duda, el clima benigno y el entorno luminoso hubieron de contribuir a que el dinamismo se propagase.

Los policías municipales se bastaban para vigilar los mercadillos, pero la huelga obrera de 1903 les sobrepasó, por lo que se montó un cuartel de la Guardia Civil. Algunos ciudadanos bien situados se juntaron para fundar el Casino; en tanto las mujeres titubeaban ante el uso de la falda-pantalón. Las chicas, habituadas a las sutilezas de la insinuación y a los administradísimos roces, se desfogaban riéndose de los *sportmen* en las carreras urbanas, o gritando en los dramas teatrales y en las carpas circenses.

La segunda década trajo la Gran Guerra, las revoluciones de Rusia y México, la terrible gripe española y los milagros de Fátima. Los eldenses, enjutos o rellenitos, querían continuidad en el trabajo, agua potable, escuelas, lavaderos, y vivienda y alimentos a precios asequibles (puesto que la gente ganaba *cuatro chavos*, los niños empezaban a trabajar a los ocho años). Claro es, los fabricantes, rentistas, funcionarios, profesionales, comerciantes y constructores no pa-

saban las que los obreros, operarios, oficinistas y empleados. A la vez, en los espectáculos y corrillos se daba un cierto, y espontáneo, *interclasismo* que a casi nadie disgustaba. En Elda había varias peluquerías (los varones se peinaban hacia atrás, y ellas a lo Greta Garbo), bufetes de abogados, consultorios médicos, equipos de fútbol y gimnasia, cooperativas de casas y una incipiente red telefónica.

En 1917, grupos de trabajadores tomaron el control de la ciudad hasta que el ejército reimpuso el orden. Aunque el escenario se repetiría a menudo, parecía prevalecer en el ambiente un acuerdo tácito de que, al margen del juego sucio (por parte de los patronos, según unos; o de los anarquistas, según otros), el futuro dependía de que la industria no parase: tradicionalistas e internacionistas sabían el valor de un plato de gazpachos o unas *fasiurras*. Esclarecedoras fueron la política de ayuda a los parados, implicando al conjunto de la población, y la exigencia de los sindicatos de que se erradicasen los juegos de apuestas.

Pretendiendo, quizás, olvidar los muertos de la Guerra Mundial, a la gente le entró la prisa por vivir: coches y motos inocularon el virus de la velocidad; el cine a cámara rápida y el loco *charlestón* alborozaban al personal; y los *gangster* mataban tan rápido como seducía Valentino. En Elda, los muebles se fabricaban ya en serie y, deseando adquirirlos, los trabajadores iban al trote del taller al obrador de casa y viceversa. La mitad de los diez mil eldenses eran zapateros: una masa de aprendices, desgarrados y engorradados, se perdía en la riada de blusas de los adultos. La chiquillería pululaba los domingos con sus aros, cuerdas y peonzas, mientras los mayores andaban sorteando los barriales, que tanto contrastaban con los mantones de Manila al uso. También existían los Círculos –como el Mercantil, el Republicano o el Socialista– en donde además de fumar y hablar de prisa se iba difundiendo la idea de que el bienestar iba ligado a la educación. Así, pues, mejoraba la nutrición general (había un amplio servicio de vaquerías) y la alfabetización (el correo traía cada vez más periódicos), las familias soñaban ahora con poder costearle los estudios a alguno de sus hijos varones.

La semana santa y, en gran medida, las fiestas patronales estaban determinadas por el fervor religioso; pero no

así los carnavales y salidas campestres. En éstas, las canciones y francachelas permitían *festear* a los mozos. En algunos domicilios se hacían bailes a la hora de merendar, gracias a la radio y al gramófono. Tampoco era raro que en las colas callejeras pasaran de mano en mano los pasquines que anunciaban las películas del Castelar y del Cervantes.

Al finalizar los años veinte, Elda era un punto en la red de carreteras del Estado, tenía puente de piedra hacia la estación, había centros escolares e instalaciones deportivas, editaba periódicos e iba viendo como el laboralismo impregnaba su vida social.

Guerra y posguerra

Un terremoto parecía sacudir las instituciones: Gandhi y Mussolini insuflaban en el pueblo quimeras antagónicas. Alemania iba a la bancarrota y Stalin depuraba al campesinado. Años absurdos y de raros modelos: Weissmuller pasó de héroe olímpico a rey de los monos; Marlene Dietrich posaba de varón; Shirley Temple reinaba siendo niña; Durruti asaltaba bancos y el capitalista Juan March iba a la cárcel; Zamora se hacía rico con el fútbol, Gardel moría sin que nadie se lo creyera, y Frankenstein y King Kong resultaban más humanos que todos ellos.

A comienzos de los treinta, la sociedad eldense estaba en una inercia cooperativista, y en un buen ambiente cultural en torno al teatro, la música y la política (llegaron juntos el cine sonoro y el jazz). Se entendía como muestras de *desarrollo* la Gota de Leche que alimenta-

Trabajadores de un taller de madera. Primera década del siglo (Archivo EMIDES).



Grupo de anarquistas (Archivo EMIDESA).



ba a los niños pobres, las Escuelas Nuevas, el Colegio Francés, el Parque de Bomberos, el Balneario Lido, o la gasolinera.

Proclamada en Madrid la II República, se reformaron las leyes e incrementaron las libertades. Los eldenses se hubieron de familiarizar con las huelgas del 1 de mayo: en 1930, la Legión puso nidos de ametralladoras en la calle Nueva; en 1931, se asaltó la iglesia; en 1932, surgieron los dinamiteros; y en 1933 ya hubo dos fallecidos. La carestía de la vida encendía los ánimos y, en Elda, muchos creían en la *revolución*. De hecho, se amedrentaba a los clérigos y a los que iban trajeados acusándoles de ser *agentes de la reacción*. Aquí se acogió a dos docenas de huérfanos que dejó la fallida revolución de Asturias; y empezó a inscribirse a los nacidos con nombres tan evocadores como Armonía, Renacer, Libertad, etc.

Con su anormalidad, la guerra barajó los constructos mentales. En Elda, los sindicalistas asumieron la gestión de la administración y de la vida local, incautando y colectivizando lo necesario; si bien, hasta que logró dominarse la situación, grupos de exaltados, saqueando y fusilando, aterrorizaron a buena parte de la población. Con el transcurso de los meses, las noticias de los caídos en el frente alentaban los rencores. El cine, las revistas, los carteles y la radio con su megafonía

eran pura propaganda. Ilusión y confusión eran una misma cosa: la FAI anunciaba un mundo feliz, los socialistas dudaban entre el gobierno y la utopía, los comunistas querían ser soviéticos, los republicanos lloraban por el orden y la razón perdidos y el resto buscaba escondite. En Elda, los ritmos los marcaba el anarquismo, dentro del cual había sensibilidades contrapuestas. El Consejo Municipal decidió expropiar las fincas más productivas; no obstante, la hambruna, y de su mano el raquitismo y la tuberculosis, llegaron a la ciudad para tiempo. Como la gente supo de la Batalla del Ebro (entre julio y noviembre del 38, y ciento veinte mil víctimas), sentó pésimamente que se reclutase a los chavales de diecisiete años. Al final de la agonía, la población hastiada recibió con apatía a las tropas italianas y derechistas. Casi cinco mil personas –refugiados, evacuados y obreros militarizados– hubieron de volver a su punto de origen; a continuación se escogió a los represaliados (unas docenas acabaron en el paredón y varios centenares en la cárcel). Hecho el escarmiento, le tocó el turno al *nacionalcatolicismo*, con un nuevo *orden y mando*. Mutilados, combatientes, cautivos, huérfanos y viudas del bando ganador, fueron atendidos de inmediato. A las mujeres se les devolvió a su *lugar natural*: el hogar y las prácticas caritativas.

Los cuarenta, con el país gastado y el mundo en ruinas fueron años de hambre. Bajo una economía de subsistencia, la comida, el jabón, el tabaco o la gasolina estaban racionados. Hubo que aprender a alimentarse por gramos, con lo que el aspecto de las personas era lamentable y la gordura cosa extraña. En el mercado negro, a precio de oro, circulaban los botes de leche condensada, los cigarrillos extranjeros y las latas de carne. Los eldenses sobrellevaron los peores momentos gracias, en buena medida, al trueque y a los favores de sus allegados de los pueblos agrícolas próximos.

Restablecidas las comunicaciones, las fábricas fueron recibiendo pedidos, y el trasiego de las carretillas le devolvió a la ciudad su estampa nerviosa. El fútbol, en torno a un Deportivo muy pujante, iba aunando a los eldenses. Las salas de cine sirvieron de segundo hogar para unos y de refugio antipenas para los más. Las mejoras urbanas llegaban oportunamente con las fiestas patronales. A partir de 1945, las fiestas de Moros y Cristianos irían sustituyendo a aquellas en el ánimo festero local.

Buscando ahuyentar las ganas de comer y no ceder al derrotismo, la consigna parecía ser «reír a toda costa». Los nuevos valores, de inspiración quijotesca, habían de adecuarse a tres imperativos:

- a) Exaltación del esfuerzo: el trabajo dignifica sin más, especialmente a cualquiera que tuviera algo que purgarse.
- b) Rechazo de la lucha de clases: se debería hablar de *buenas* o *malas* personas; o, a lo sumo, de españoles y extranjeros.
- c) Obediencia a la autoridad civil y eclesiástica; y en casa, al cabeza de familia.

Dado que el régimen no podía funcionar con el único apoyo de sus partidarios, se quiso ganar a la gente reconduciendo las energías hacia manifestaciones de tipo deportivo, folclórico o religioso. En las películas y en las propagandas se insistía en las figuras del héroe patriótico y del *muchachico*.

Al terminar la II Guerra Mundial, el estilo yanqui pasó a ser el paradigma: vestir a la americana fardaba, y permitía liberarse de los aburridos cánones. Pero, aún eran ilusiones, dadas las carencias y las imposiciones (por ejemplo, para



el cuidado de las *buenas costumbres* sólo se podía estar en la playa en albornoz y se multaba a los novios que se atrevieran a besarse en los lugares públicos).

Los cincuenta

La cartilla de abastecimientos, y tras ella el estraperlo, desaparecieron en 1952; pero el recurso del ingenio para obtener ingresos extra les sobrevivió. Había empleo y contratos fijos, sin embargo los sueldos se quedaban cortos. El dinero –desde las perras chicas a los billetes verdes– volvía a circular, y a Elda venían nuevas oleadas de inmigrantes (manchegos, especialmente).

El Ayuntamiento planificó vías rectilíneas (la Gran Avenida y Reina Victoria se iban adivinando) e hizo un mercado de abastos a cuya puerta había un ensanche que se convirtió en el nuevo centro neurálgico de la ciudad. Todavía, la falta de agua potable obligaba a los paisanos a acudir a las fuentes con cántaros y barreños. Muchas casas conservaban el aljibe y, en el estío, las balsas, el río y las acequias bronceaban a los chavales antes roñosos. Para camuflar los ingratos olores corporales se consumía colonia a granel.

Los chiquillos se distraían, y marendaban, metiéndose a *flechas* o a monaguillos (los pobres dependían del Auxilio Social). Eran usuales las visitas a domicilio, bajo cualquier excusa, con la esperanza de tomar toña o *manteacas* mojados en chocolate o mistela. El bíblico consejo de imitar al buen samaritano se aceptaba como una interpretación del no

Jóvenes en los jardines del Casino (Archivo EMIDES).A).



Esperando el desfile de Moros y Cristianos, año 1950 (Archivo EMIDESSA).

menos clásico «*hoy por ti, mañana por mí*».

Los almacenistas enviaban cajas a montones hasta la estación, y los viajeros hacían cuentas para coger el Talgo, aunque fuese en segunda. Las sirenas ululaban puntuales, y las motocicletas escampaban el polvo de los suelos sin pavimentar. De cuando en cuando, un sepelio componía un extraño friso móvil hacia el camposanto, con su carroza acristalada, sus lacayos dieciochescos y sus corceles absolutamente blancos o negros: la despedida postrera, al menos, no podía ser cochambrosa.

En tanto que se pudieran comprar una parcela en el campo, los eldenses veraneaban en casa o en el pueblo de los parientes. En Elda, por la noche se iba al cine o a la lucha libre; y por las tardes se deambulaba por Sagasta o Castelar, curiosoando escaparates y *carricos*. En

Vista parcial de Elda en 1967 (Foto Basilio).



éstos se apilaban novelitas y tebeos, se pinzaban las revistas ilustradas y se despachaban cartuchos con frutos secos. Los hombres se sentaban en el limpiabotas, chupaban pitillos sin emboquillar y escupían con tino; y ellas lucían rebequitas y faldas por la rodilla (cuando tenían algo de vuelo, para facilitar el andar, su control exigía un aprendizaje). Se charlaba en el portal de las casas y debajo de los cañizos de bares o peñas trasegando el botijo con paloma. Los domingos se preparaba el arroz con pollo y conejo. El dominó, el parchís y las cartas eran los juegos de mesa más corrientes; y, en los descampados, volar el cachirulo, tirar la taba y arrimar al caliche.

Los Moros y Cristianos daban salida al gregarismo y al afán de polemizar. El C.D. Eldense atravesaba su época dorada, movilizándolo a una ampliainchada en sus desplazamientos por España. El cine, en *cinemascope* y *technicolor*, trajo grandes películas como «Lo que el viento se llevó» o «Quo Vadis», que la gente veía un sinfín de veces. El gusto por lo norteamericano se reflejaba en los tebeos de *Hazañas bélicas* y en la moda de las melenas rubias: cualquier recurso –agua oxigenada, manzanilla, yemas de huevo, cerveza, etc.– era válido si conseguía aclarar los cabellos de las jovencitas.

Algunos industriales viajaron a Francia y a los EEUU, las fábricas y talleres iban multiplicándose, y se disponía de una Escuela de Artes y Oficios. La inflación obligaba a los eldenses a acudir al pluriempleo: los vehículos se financiaban mediante las tediosas letras de cambio. Elda alcanzó los mil teléfonos, tendió su red de alcantarillado y se puso a levantar rascacielos. Los domingos, por la plaza Castelar se lucían los abrigos de paño, las medias de nylon o se retrataba a los niños.

La estrecha moral y la mentalidad machista propiciaban un panorama de hambruna sexual. Las chicas, cuando transitaban solas, eran abordadas con piropos y requiebros. En los bares y barberías se fanfarroneaba acerca de las escasas, y siempre las mismas, conquistas amorosas (bastantes creían que acaso en el extranjero las cosas fueran distintas).

La radio sirvió de bálsamo con sus novelas, programas humorísticos, retransmisiones deportivas, concursos y dedicatorias. Venidos de América, Bobby

Deglané y Pepe Iglesias trajeron aires frescos. Se idolatró a Bahamontes, Di Stéfano y Kubala (el apodo *Kubala* o *Kubalica* se usó mucho). Manolete y Evita Perón, para los aficionados al melodrama; Joselito y Arturito Pomar, para los niños. El popularísimo consultorio de Elena Francis, recomendando pautas a madres y esposas, supuso el primer intento serio de explotar la Psicología. En consecuencia, la acogida de Radio Elda a partir de 1959, fue muy calurosa.

Los progresos farmacológicos hicieron viable la extensión sucesiva de la cobertura sanitaria, y entró en la Historia el término de *Estado del bienestar* (las vacunas y el uso de gafas fueron dos de los primeros ejemplos).

Los años modernos

La preciosa nevada de comienzos de 1960 fue de buen augurio, pues poco después se hizo realidad la I Feria Nacional del Calzado. Se iba acabando el ostracismo cuando, súbitamente, la tele y el turismo terminaron con la quietud de la posguerra.

La tele implicaba modernización: obligaba a mirar hacia fuera. Los campeonatos deportivos, las variedades, los dibujos animados, la publicidad, el cine y el teatro fueron introduciéndose en los cuartos de estar, con su agitado vademecun («¡Contamos contigo!», «¡Yo sí como patatas!»). Los telediarios se convirtieron en la fuente autorizada para la opinión pública.

La cercanía de las playas facilitaba el acceso a los eldenses. En las arenas de Benidorm o Santa Pola, pudieron vislumbrar las costumbres tolerantes de franceses y nórdicos. Otras estéticas (prendas alegres y ligeras, melenas sueltas), productos (tabaco rubio, *sandwichs*, *cocktails*) y *hobbies* (petanca, buceo, ir de tiendas, fotografía). Eran unos modos que taladraban las osificadas rutinas nacionales. En consecuencia, tras las vacaciones, o un corto *wek-end*, cualquiera ya no se sentía exactamente como antes.

El *boom* zapatero coincidió con el *baby-boom* e implicó el *desarrollismo* en la construcción. Los inmigrantes llegaron a miles, duplicándose la población entre 1950 y 1970. Se abasteció el abastecimiento de aguas, se abrió el ambulatorio, el juzgado de primera instancia y la proliferación de automóviles (Seat,

Citroen y Renault) requirió el uso de los primeros semáforos. De acuerdo al estatus –o a su deseo– unos eldenses se asociaron al Club de Campo y otros más a la Ciudad Deportiva del CEE. Los jesuitas y los párrocos de San Francisco y San José divulgaban las reformas del Concilio Vaticano II, que fueron utensilios para la transición democrática.

Lo joven fue ocupando la escena con sus valores y modas, juvenalizándose las actitudes y la mentalidad general. Inicialmente, los jóvenes exigían el estar juntos y solos. La música y el vestuario se convirtieron en símbolos, y a la par que el conflicto generacional fue dándose una mayor connivencia entre los dos sexos. Los objetos servían para des-



Ciudad deportiva del Centro Excursionista Eldense, año 1975
(Foto Basilio)

marcarse de los mayores: gafas a lo Lennon, cinturones anchos, bolsos y bufandas coloristas, prendas vaqueras, etc. Las chicas de Elda, asalariadas o «de papá», usaban pelucas, esmaltes de uñas, lápices de carmín y rimel, difundieron el bikini y el beso en los labios. El tergal, abaratando la ropa, daba juego a la hora de alternar americanas, camisas y pantalones (con rayas o estampados). Los sesenta ya propusieron unos roles femeninos esencialmente distintos: la popular Marisol, algo repipi, era independiente y autoritaria; Marilyn Monroe y Brigitte Bardot, iconos del cine, no estaban exentas de audacia; Jackie Kennedy y Yoko Ono adquirieron voz propia por encima de sus parejas. Sofía Loren, muy querida aquí, personalizó a la mujer que triunfaba: atractiva, inteligente, profesional, madre y esposa.

En los noventa, la familia se redefine (Foto de Ernesto Navarro Alba, en la revista *Moros y Cristianos*).



Probablemente, en tanto se hacían la permanente, los viernes en la peluquería, se hablaría ahí del maduro doctor Barnard y del modoso Adamo, apetecibles a causa de su sensibilidad y complicidad.

Se disparó la movilidad social horizontal: sólo uno de cada cuatro eldenses era hijo de padres nacidos aquí, además se instaló una amplia comunidad gitana; y vertical, por negocios, matrimonio y estudios, ensanchándose las clases medias. Los zapateros atravesaban los años dorados del mercado norteamericano, sobrando el dinero para invertir en negocios costeros. El progreso conllevaba burocracia (los BOEs eran tochos) o sea, colas, ventanillas, instancias, pólizas, cuños, etc. El individualismo se fue normalizando, lo cual acarrearía ciertas disfunciones: salvajismo urbanístico, abuso del coche, o suicidad en vías y parajes.

En los setenta la dictadura sucumbió, iniciándose la apertura política y la secularización de la moral pública. La natalidad y la mortalidad emprendieron su camino de retroceso. El auge de los modelos juveniles tuvo como estándares el pelo largo y el pantalón vaquero. La tecnología fue enseñoreándose del hábitat: a los niños se les colocó el reloj de pulsera, se comenzó a fichar a la entrada de las empresas, las viviendas incluían ascensores y electrodomésticos, y la música fue invadiendo territorios gracias a los transistores y a los cassettes.

La crisis del petróleo de 1973 se notó mucho en Elda. El gobierno mostraba desinterés hacia una producción que, se suponía, adecuada únicamente para los países en vías de desarrollo. Em-

presarios y trabajadores echaban chispas, y en la ciudad cundió la desilusión. En 1976 y 1977, las negociaciones colectivas desencadenaron revueltas populares. Fueron momentos de verdadera catarsis general.

El grado de concienciación de entonces se reflejaba en el cine de mensaje y en los artistas comprometidos, que daban réplica a las películas de destape y a la música ligera. Los *progres*, desaliñados con anorak y botas, agitaron el recipiente de una sociedad todavía algo paleta (también ayudaron los modernos, *rockeros* y *hippies*). Se reivindicó a Picasso y a Miguel Hernández, en tanto eran confundidos los posters de Jesús y el *Che*. La gente hacia auto-stop y andaba con los elepés bajo el brazo. Los ídolos masculinos, engrañados, imbuían ansias por vivir más: Bruce Lee, Cruyff, Ángel Nieto, Serrat, etc. Energías que serían reconducidas en parte, con Travolta, hacia el *subidón* de la fiebre del *sábado noche*.

Alocadamente se pasó del «Un, dos, tres», a «Emmanuelle»; de la polémica en torno a la píldora, al bebé probeta; del carajillo, a la heroína. No sabíamos pronunciar la palabra *pub* y ya nos atrincherábamos en ellos con las *Ray-Ban* de sol, el paquete de Fortuna y el *gin-tonic*.

La merienda -ficticia en los cuarentas, «lo que haiga» en los cincuentas, pan y chocolate en los sesentas- se hizo nutritiva: embutidos, margarinas, atún, leche, fruta. La ternera y la merluza llegaron a la mesa del ciudadano, y el tomate frito en bote dio un golpe de estado. En los colegios, las pinturas sucumbieron ante los psicodélicos rotuladores, y las sonoras tablas de multi-

plicar fueron silenciadas por las calculadoras.

Bien indemnizados, muchos exzapateros emprendieron la aventura de montar un bar; éste fue afianzándose como el lugar preferido de encuentro. El consumo de ocio (fiestas de Moros, viajes vacacionales, salas de bingo, etc.) demostraba que la peseta seguía circulando. Muchos jóvenes eldenses, hijos de las clases medias, se marcharon a estudiar a la Universidad (bastantes irían a Medicina, quizás influidos por la serie televisiva del doctor Gannon).

Petrer y Elda hubieron de consensuar inevitablemente sus desarrollos. La Mancomunidad intermunicipal data de 1973, y poco a poco se fueron compartiendo diversos servicios: depuración de aguas, alcantarillado, transporte, bomberos, matadero, hospital, enseñanza, alumbrado y deportes. Fue determinante la extracción de la carretera nacional, aunque su cicatriz duró años en los cascos urbanos. Oficialmente nadie quería hablar del asunto –la historia pesaba como un lastre– pero la semilla del núcleo Elda–Petrer había sido plantada.

Hacia la globalización

Los eldenses fueron haciéndose conscientes de sus referentes valencianos. La cooficialidad de la lengua produjo un impacto en buena parte de la población, no obstante Elda devino sesquilingüe. Los medios de comunicación comarcales y autonómicos y la ampliación de todos los tipos de enseñanza resultaron determinantes. Además, con los triunfos electorales del PSOE la primacía de lo castellano se redujo.

En oposición a la ideologizada década anterior, ahora cundió un cierto desencanto político (¿cómo si no llegarían a tener gran audiencia culebrones sobre la vida de los millonarios tipo «Dallas», «Dinastía» o «Falcon Crest»?), y el énfasis de la prosperidad se puso en la *autorrealización*. Las películas de mayor recaudación o bien proponían la revisión de los roles personales y familiares («Kramer contra Kramer», «El estanque dorado», «Tootsie», «Memorias de África») o la pura evasión («Superman», «Los gremlins», «Indiana Jones»). La tele alcanzó la madurez gracias al color, a la proliferación de canales y al mando a distancia. Pero en este campo el video lo alteró todo: los video-clubs acabaron



La Plaza Mayor, nuevo lugar de encuentro (Foto de Ernesto Ortiz Arteaga, en la revista *Moros y Cristianos*).

con las salas de cine; con las video-cámaras cualquiera podía filmar su vida; y los videoclips ampliaron la melomanía dotándola de una estética visual. Lógicamente, los niños de estos años –la primera generación de «Barrio Sésamo»– tras ser expulsados de las calles por los coches se interesaron por los video-juegos y otras actividades caseras y más sedentarias: el *Trivial*, los *Airgamboys* o las construcciones Lego.

La enseñanza dio el mayor salto cualitativo de la historia de la ciudad: colegios, academias, institutos y sedes universitarias acabaron para siempre con el elitismo de la educación. El estado del bienestar, además, ajustaba los desequilibrios con pensiones y subsidios. La turbulencia de los mercados y los procesos de automatización levantaban expectativas de dinero fácil, pero también aumentaban los riesgos de marginalidad –en especial entre los jóvenes no ti-

tulados, mujeres sin cualificación y trabajadores mayores— por lo que desde las instituciones se insistía en la idea de la formación continua.

La incorporación de España a la Comunidad Europea (1985) satisfizo los anhelos de los eldenses. A la vez, la simplificación de los trámites bancarios (el auge de los cajeros automáticos lo ilustra bien) alentó el turismo hacia el exterior: Portugal, Francia e Italia, primero; Cuba, Marruecos y el resto de Europa, después; y cualquier destino turístico, al fin. Muchos abuelos pudieron salir por primera vez al extranjero.

La mejoría de la calidad de vida se debió en gran medida a los avances de la investigación médica y a la tecnología sanitaria. Se adelantó en el tratamiento del dolor, quedó clara la correspondencia tabaco+grasas/cáncer+corazón, el estrés y la depresión se consideraron seriamente, aunque con el sida cundió el ancestral pánico hacia las pestes. El afán por cuidar del cuerpo trajo la moda de lo *light* y de los gimnasios, una sana disposición hacia la naturaleza, pero también una mentalidad distorsionada entre muchas chicas (bulimia y anorexia).

La llamada «cultura del pelotazo» popularizó a los *yuppies*, mistificando lo estético, animando a litigar y sembrándolo todo de alarmas. Varias empresas periodísticas se establecieron en la comarca, y la ciudad se ajardinó tras centrifugar las viejas fábricas. Los cuartelillos, antes de uso exclusivo en Moros, iniciaron su reconversión en lugares fijos para celebraciones, ensayos musicales, encuentros gastronómicos, etc., durante todo el año.

En la década de los noventa, se dejaron sentir los efectos de la planificación familiar y de la normalización de los procesos de separación y divorcio. A mediados de ella, las series de televisión como «Farmacia de guardia» y «Médico de familia» basaban su éxito en gran medida en la asunción de los nuevos roles familiares. Las mujeres superaban en número a los varones en las enseñanzas medias, en la universidad y en amplias áreas de los servicios y de la administración; sopesaban libremente sus relaciones de pareja, y su participación activa en todo tipo de asociaciones. En consecuencia, se iba observando una incipiente *feminización* de los varones. Así, por ejemplo, los niños compartían formación y juego con las niñas, los jóvenes se

vestían con formas y colores tradicionales de las chicas, los de edad mediana asumían algunas tareas domésticas y se preocupaban por su «look», y entre los mayores, algunos emprendían vidas independientes y, otros más, cuidaban de sus nietos tan bien como antaño las abuelas. El uso del chándal —a menudo con tacones y el cigarrillo en la mano— aproximó a los sexos y a las generaciones.

El imperio del usar y tirar —con las tiendas de «todo a cien» como estándar— acentuó las dependencias (al juego, a los estimulantes, a la comida, al sexo, al coche, etc.). El estilo de vida, basado en la autosuficiencia, que podía conducir a la soledad y al hastio, proveía también los remedios: ayuda psicológica, fármacos, actividades de ocio, el deber de sentirse joven, etc.; y la categoría antitética del *ex cundió*: exfumador, exacticto, exmarido, ex «lo que sea» al fin. El credo católico hubo de competir con otras formas de creencia y de prácticas de caridad (ahora el término empleado es «solidaridad»).

Si bien la permanente transmisión de guerras y actos de terrorismo por la televisión contribuyó al arraigo de una conciencia pacifista entre la población, un cierto caos valorativo, secuela tal vez de la mentalidad hedonista, produciría un sentimiento de *pérdida* sobre todo entre los adolescentes y jóvenes adultos, quienes, presionados por la omnipresente violencia en los medios de comunicación y un consumismo alocado, capeaban con la anomia (pasotas, integrados, postmodernos, reaccionarios, radicales y liberal-conservadores se yuxtaponían a menudo). La falta de bebés en los hogares se compensó con el cuidado de mascotas. La tele por cable, la antena parabólica, internet, la telefonía móvil, los CDs y DVDs convirtieron a los ciudadanos en centrales de información. Mientras tanto, la mitad de la población luchaba contra la tendencia al sobrepeso.

Al finalizar el siglo, el núcleo Elda-Petrer tenía ochenta y cinco mil habitantes, y aunque atravesaba su etapa arquitectónica más dulce, los cincuenta mil vehículos motorizados registrados en el área —en 1999 hubo 750 accidentes— hacían que la convivencia resultara más arriesgada y ruidosa de lo menester. Los eldenses disfrutaban de una infinidad de productos a un bajo coste, se servían de los bares (de desayunos, de tapas, de



Entramos en el siglo XXI (Foto del autor).

menú, de copas) como sitio favorito para el encuentro y la pequeña libertad diaria y, en cuanto al consumo cultural, se apreciaban dos mitades separadas por un abismo: la de los que cada vez más se acercaban a la riquísima y globalizada corriente cultural y los que, al otro lado, quedaban relegados a una pobre subcultura de masas. Las grandes superficies comerciales revivieron las salas de cine y sirvieron como ágora para la gente de la comarca, obligando a las dos ciudades a plantear sus alternativas a las nuevas coyunturas.

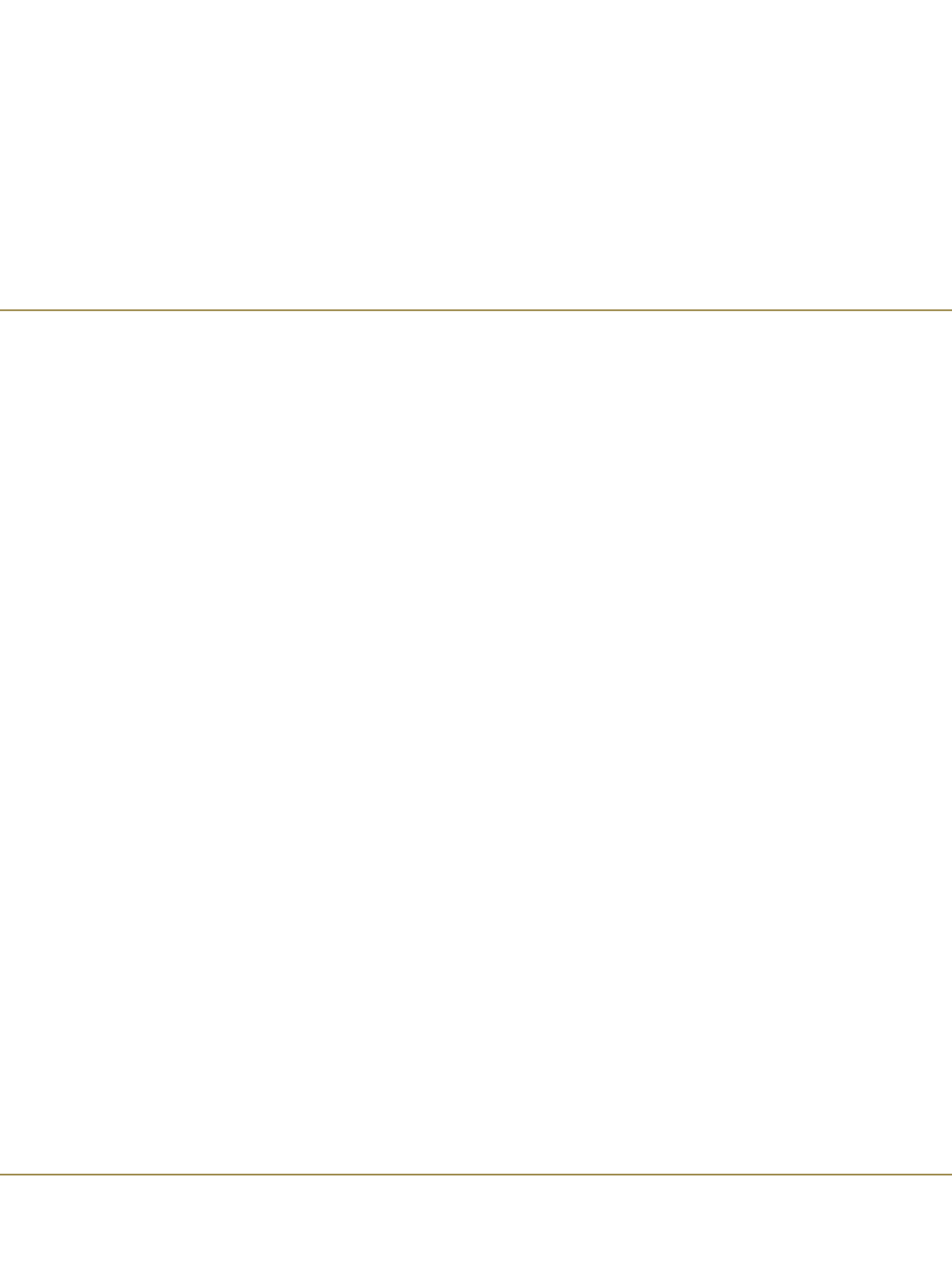
En general, los eldenses se prestaron a la europeización gustosamente. A la par, el *Made in Japan*, las artes marciales y técnicas relajatorias, la armonía como ideal y los restaurantes chinos, iban introduciendo el influjo oriental. Otras modas y costumbres vinieron de África e Iberoamérica (música, vestuario, mobiliario, adornos, comidas, etc.), paliando la invasión de lo *yankee*. Las oleadas de inmigrantes y la instalación de conciudadanos europeos trastocó los viejos contrastes (payo/gitano y de campo/ de ciudad) dando paso a lo que enseguida todos reconocimos como la *era global*.

Epílogo (y loa)

Prescindiendo de lo básicamente antropológico y de lo acontecido en un plano histórico general, ¿qué rasgos peculiares encontraríamos en la vida de

los eldenses? De aquello que más les apeteció hablar y de sus rutinas y tics ya hemos dicho algo. Por fin nos gustaría referirnos un poco a cómo se muestran entre ellos. Hispanos meridionales, los eldenses son propensos al uso del ingenio, de la improvisación y de la extraversión (por ende, arropadores y amigos del bullicio y de la música). Dados a la recogida de premios, se precian de ser un buen ejemplo de que el mundo progresa. La mentalidad predominante, con sus matices, es dinámica y a ella terminan acomodándose las instituciones locales.

Queremos creer que los eldenses trascendieron la finísima hipocresía levantina, emprendiendo una procelosa odisea: *tirados palante*, viajeros, avispadados, tolerantes, provocativos, socarrones, ávidos de dinero, de compañía y de fantasías. Al menos, soñando con darse la gran vida desde el cómodo rincón de su república doméstica. Narcisistas («...*salid chicas al balcón, que los de Elda están aquí...*») se reinventan sus vidas por el hecho de hacerlo. De salud, especialmente, mental, buscan estímulos para no caer en una existencia contemplativa. Cabalgatas, procesiones, desfiles, paseos, ferias, y el saludo a flor de boca. Amantes de lo bonito, hijos del zapato, de la pandilla del taller y del socio de la empresa. El sentido del humor y una vieja sapiencia de la que se intuyen poseedores les acaba redimiendo casi siempre.



Industria y viviendas obreras. La configuración de una ciudad industrial¹

32

GABINO PONCE HERRERO

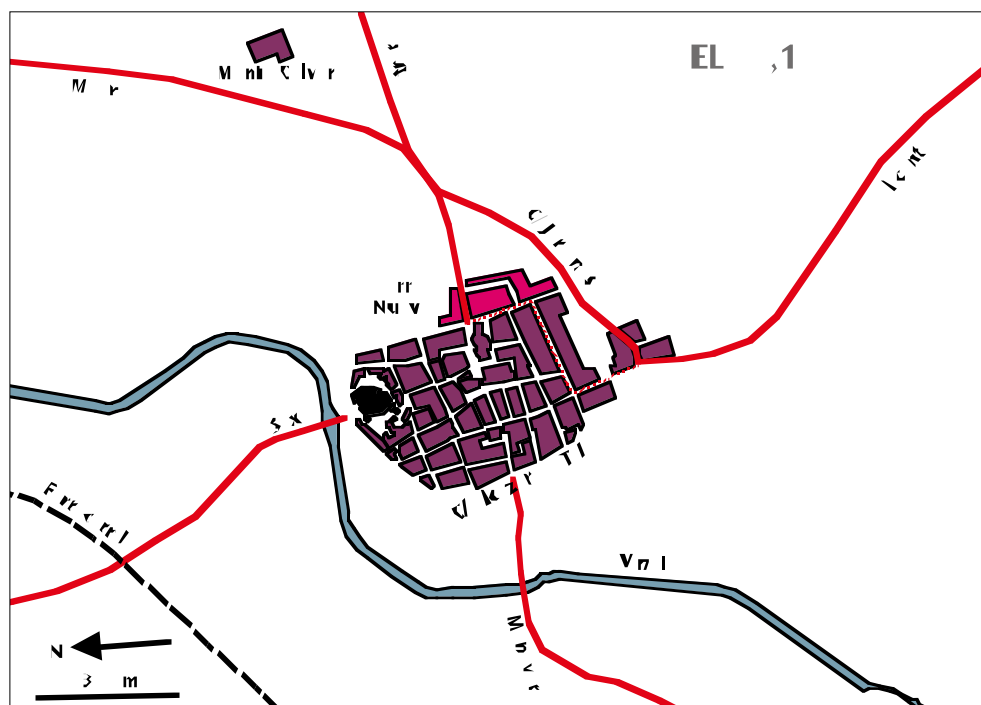
Universidad de Alicante

El desarrollo industrial y el problema de la vivienda obrera

Los primeros años del siglo XX se vieron afectados por una profunda crisis económica en toda la comarca. La recuperación de los viñedos franceses dio al traste con la época de bonanza experimentada en las décadas anteriores, merced a la producción y comercialización de vinos, exportados por el ferrocarril y el puerto de Alicante. A ese periodo expansivo de la economía de finales del siglo XIX se debe en buena medida el auge y modernización de la industria zapatera en estas tierras, al mejorar el poder ad-

quisitivo de una ingente masa de trabajadores llegados de otras zonas en pos de la oferta laboral vinculada a la cultura vitivinícola². Entre 1860 y 1900, todos los municipios vecinos crecieron con ritmos acelerados por la recepción de inmigrantes; desde 1900 tan sólo Elda mantiene el crecimiento demográfico en cotas elevadas, merced al importante aparato industrial desarrollado, que iba a convertir la ciudad en destino de buena parte de los desempleados por la agricultura en las comarcas vecinas.

Ese proceso de concentración urbana de los contingentes de mano de obra requeridos por la industria zapatera se dio en Elda, y en otras ciudades, en unos mo-



mentos en que no existían estructuras que facilitasen la vivienda, ni públicas ni privadas: ni el Estado construía viviendas ni todavía se había desarrollado el negocio inmobiliario. Así, el aluvión de inmigrantes, que disparó los índices de crecimiento demográfico, sólo halló acomodo en el viejo caserío, insuficiente para acoger la marea humana. Se disparan así las densidades que llegan, en 1900, a 491 habitantes *declarados* por hectárea, cuando en 1860 la densidad era de 327 hab./ha.

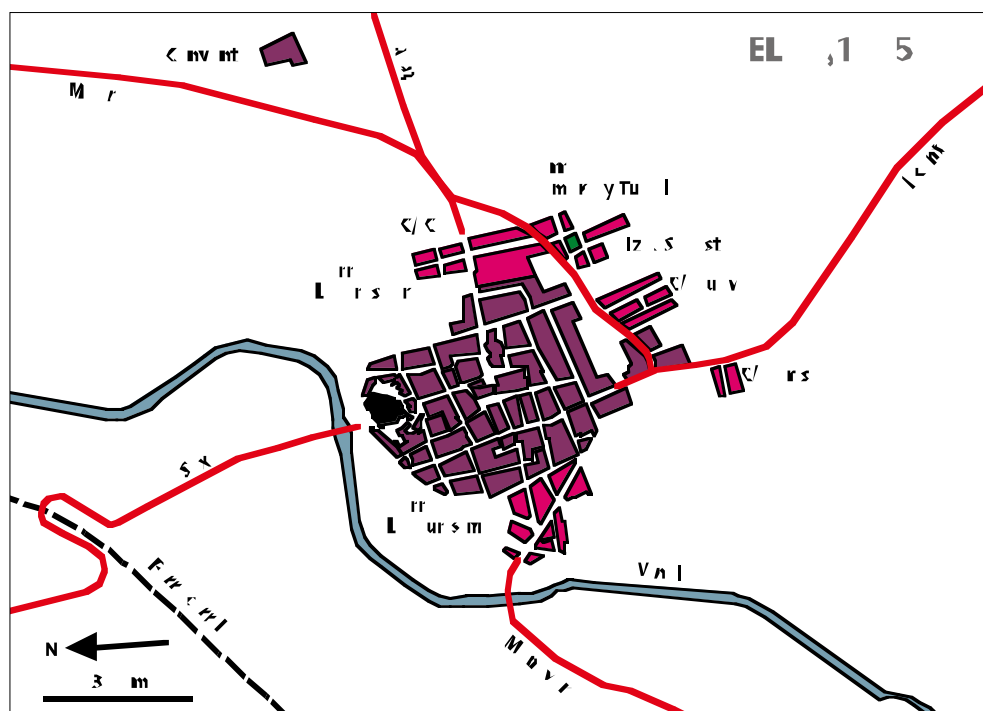
El caserío seguía anclado en sus viejos límites, casi medievales, mientras la población iba en constante aumento. Fue así frecuente la aparición de «barrios ocultos» y viviendas interiores en edificios, ocupando patios, corrales y *cambras*, en un proceso de constante hacinamiento, con destacada incidencia en la salud pública y en la morbilidad³: «...se dice que en las galerías de sus casas había hasta burros y cerdos que algunos se habían traído de sus pueblos»⁴. La carencia de suelo urbano y de interés por la construcción de viviendas se erige en principal obstáculo para el normal desarrollo de la ciudad. En esas circunstancias surgen algunas iniciativas obreras para intentar paliar las precarias condiciones del proletariado dependiente de un salario industrial insuficiente: «...pagaban una peseta a la semana por los pisos bajos y tres reales por los altos, considerándose una cifra exorbitante»⁵. La forja de una conciencia de clase obrera constituye el germen desde el

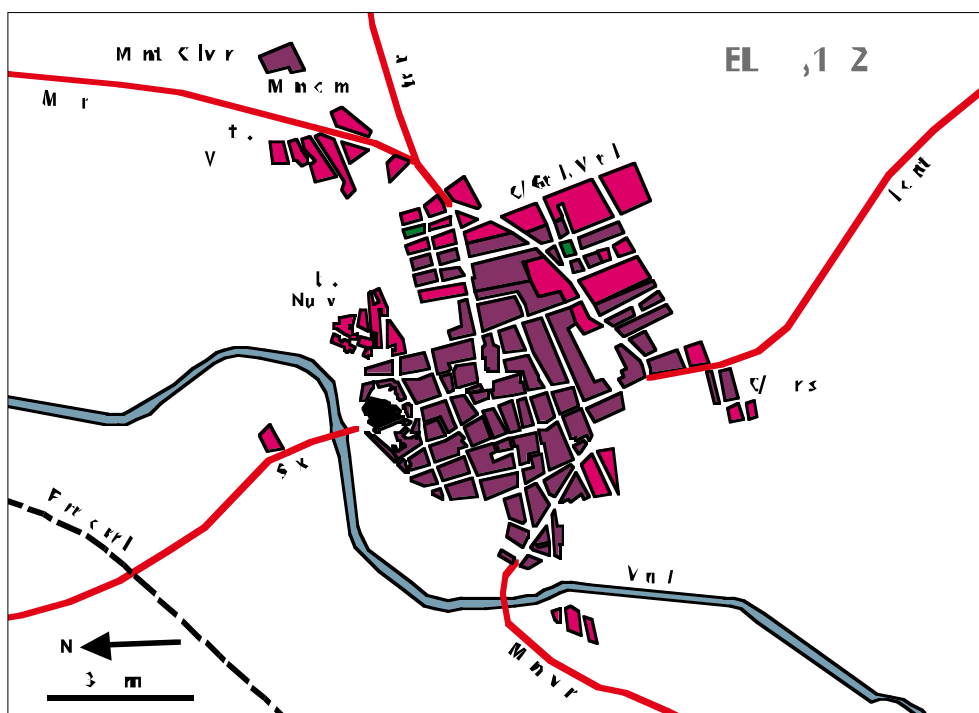
que se desarrollarán muy destacadas iniciativas obreras, tanto sindicales y políticas, como de asistencia y socorro mutuo.

La única ampliación destacable del perímetro urbano durante el siglo XIX fue debida a la construcción del denominado Barrio Nuevo, pequeña agrupación de casas levantadas en torno a la calle Méndez Núñez y a la calle Nueva, que sirvió, durante mucho tiempo, como variante extramuros de la carretera nacional. De la mano de la presión demográfica, en 1898 se constituyó una sociedad cooperativa obrera, denominada La Prosperidad, para la construcción de 154 viviendas para sus asociados. Las obras comenzaron en 1899 y las primeras viviendas se entregaron en los primeros años del nuevo siglo. La expansión se daba sobre las márgenes de la carretera nacional, en dirección a Petrer, como germen de la futura conurbación.

En el barrio, finalizado en 1917, se levantaron 112 viviendas, de dos plantas, sobre parcelas de 77 m², con un total edificado de 112 m² y un patio de 21 m². Se trataba de muy buenas proporciones para la época, más generosas que otras promociones oficiales posteriores, posibles gracias a la iniciativa de cooperación, ajena al lucro inmobiliario.

En esos años, el problema de la vivienda era uno de los más destacados para las ciudades que, como Elda, crecían al amparo del desarrollo industrial. En





1903 se creó el Instituto de Reformas Sociales que, además, de mejorar la legislación laboral del creciente proletariado industrial, pretendía estudiar y dar soluciones al problema de la vivienda obrera, siguiendo el ejemplo de otros países más avanzados⁶. De esos trabajos surgió la *Ley de Casas Baratas* de 1911, que debería dar cobertura legal a las demás iniciativas urbanísticas eldenses.

No obstante, si el movimiento obrero se anticipó a las medidas oficiales, también la iniciativa privada fue pionera en la ciudad en el proceso de puesta en marcha del negocio inmobiliario. En los primeros años de la centuria, el empresario Sebastián Cid decidió construir una promoción de 20 viviendas para trabajadores, formando una nueva calle en las afueras, la actual calle Barberán y Collar, denominada en 1902 calle de Cid, en honor de su promotor.

En ese mismo año, otro empresario del calzado, Damián Tudela, asociado con Rafael Romero, fundaban la Sociedad Romero y Tudela para la construcción de una barriada de viviendas de dos plantas, estructurada a partir de una plaza (la actual Plaza Sagasta), sobre un nuevo eje viario que llamarían El Progreso, origen de las actuales calles Capitán Aguilar, Ramón Gorgé, Poeta Zorrilla y Menéndez y Pelayo.

En ese entorno de huertos comienza a abrirse y a cobrar empaque la calle Jar-

dines. Se trataba de un camino rural, flanqueado por acequias para riego, que fue paulatinamente ocupado por fábricas y viviendas. En 1902, un dictamen de la comisión de policía urbana señalaba «*que la vía...se halla ya en su mayor parte edificada y urbanizada, con aceras y alumbrado público...*»⁷. Por ese costado, el callejero crecía a impulsos de la nueva burguesía industrial, que levantaba sus casas, algunas con jardines, y se dotaba a sí misma de un club de elite, el Casino Eldense, inaugurado en 1904, con vistas a la calle Jardines, justo frente a otro logro burgués, el Teatro Castelar, también inaugurado en ese año.

Si la sociedad se estratificaba, también lo hacía la ciudad emergente fruto del desarrollo industrial. De ese modo, los barrios que acogieron al proletariado más menesteroso se levantaron junto al cauce del Vinalopó, en una cota más baja, que permite hablar de barrios bajos en la completa acepción del término. Constituían ese entorno urbano las calles desarrolladas desde el centro histórico hacia el río, a partir de la calle Independencia, donde se configuró el nuevo Barrio de La Purísima, alrededor de la calle homónima, que debió ser la vía de salida desde el centro urbano hacia el antiguo puente y camino de Monóvar. En ese espacio tuvo lugar otra temprana promoción inmobiliaria de la mano de un empresario de origen francés, Renato Bardín,



Calle de La Fraternidad antes de la Guerra Civil (Archivo EMIDESAS).

que levantó en 1903 la calle París (actual calle Roma), formada por una doble alineación de viviendas de dos alturas, engarzadas con la carretera de Alicante, a las afueras del casco urbano.

La prosperidad del municipio queda patente, además, en las dotaciones de servicios y equipamientos que comienzan a aparecer con el nuevo siglo y que, a la postre, avalarían la concesión, en 1904, del título de ciudad. Entre esas obras públicas destaca el alumbrado público, instalado en 1900 sobre las principales calles y plazas, por la compañía La Eléctrica Eldense, que ofrecía un servicio de baja calidad, como ocurría en otras muchas ciudades en esos momentos⁸, servidas por pequeñas *fábricas de la luz*, que aprovechaban pequeños saltos de agua y máquinas de vapor, para generar una luz pobre y precaria, con constantes cortes y altibajos en el fluido, con graves repercusiones en la maquinaria industrial y hasta en las horas de trabajo.

En 1904 llegó a Elda el teléfono de la mano de la compañía Telefónica de Levante, que unía la ciudad con otros municipios del Valle del Vinalopó y con Alicante, desde donde se establecían conferencias de más largo alcance a través de otra operadora. Ya existía un servicio de correos y telégrafos, que se separó en dos unidades a partir de 1906. Por su parte, en 1892 se suprimió el antiguo Hospital de Distrito de Elda, ubicado en el convento, para convertirlo en Manicomio Provincial, pero en 1907 se construyó otro nuevo hospital, cerca del viejo convento, sobre la carretera de Madrid.

Otros destacados procesos de modernización urbanística fueron la reconstrucción en 1903 de los dos puentes

sobre el Vinalopó (hacia la estación del ferrocarril y hacia Monóvar), arrasados por la riada de noviembre de 1902, o las tareas de adecentamiento y arbolado de calles y jardines, la construcción de nuevas fuentes públicas, la construcción de escalinatas para algunas calles, la construcción de un quiosco para mercado estable, en la actual Plaza del Sagrado Corazón, y la construcción en 1903 de un nuevo cementerio, el actual de Santa Bárbara, para acoger el creciente número de defunciones.

El crecimiento demográfico, que fue espectacular hasta 1910, año en que se alcanzan los 8.028 habitantes, se mantuvo estancado en la década siguiente, de forma que en 1920 el número de habitantes censados era de 8.078. Cabe suponer que tal estancamiento se debió a dos causas, como fueron el desarrollo de la industria zapatera en otros municipios, que cercenó la llegada de inmigrantes, y los problemas para la aparición de nuevas industrias de calzado en Elda⁹.

En ese periodo, no obstante, se desarrollaron algunos ensanches del callejero, si bien ahora con carácter más modesto que los anteriores y, por consiguiente, con un menor empaque urbanístico. Entre ellos destacan las agrupaciones de casas desordenadas creadas en torno al nuevo hospital, configurando el pequeño barrio denominado del Depósito Viejo (de abastecimiento de agua potable). De igual modo, se ocuparon con modestas viviendas las laderas de la pequeña colina del Alto de San Miguel, mediante un dédalo de callejas desordenadas dispuestas en graderío, para configurar el Barrio del Depósito Nuevo. El Barrio de La Prosperidad se dio por finalizado en 1917, con la entrega de la última vivienda, y se daban algunos desarrollos en torno a la Plaza Sagasta. Por su parte, en el cauce del río iba surgiendo el incipiente Barrio de Los Molinos de Félix, sobre el trazado del viejo puente y camino de Monóvar.

Al tiempo, se procedía a realizar algunas reformas urbanas, tales como la repoblación de arbolado en algunas calles y plazas, la ampliación de la red local de telefonía, la construcción de un nuevo lavadero público y mejoras en el puente provisional de la Estación. Con todo, parece que el problema de la vivienda no estaba resuelto, si se atiende a las demandas obreras para el abaratamiento de los alquileres y de los precios de las nuevas viviendas¹⁰.

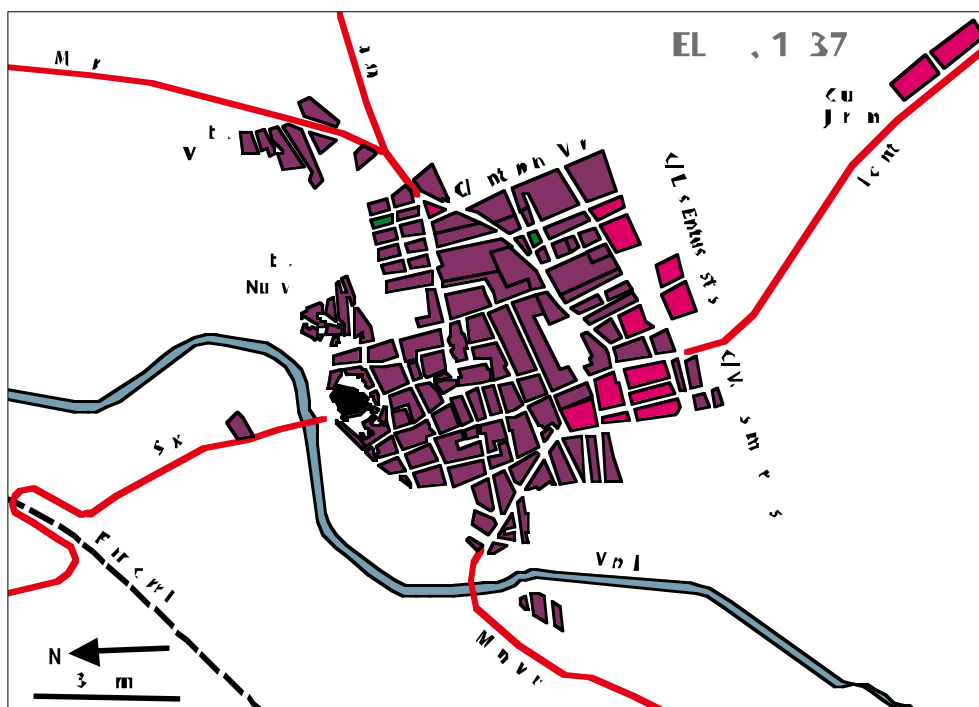
Las promociones de «casas baratas»

Al amparo de los beneficios de la recién aprobada Ley de Casas Baratas, de 1911, y siguiendo la experiencia pionera de la asociación obrera para la edificación del Barrio La Prosperidad, en 1916 se constituyó la Sociedad de Casas baratas El Progreso, para construir un nuevo barrio de 550 viviendas en dos plantas, sobre una superficie de 117.000 m². Se trataba de la más espectacular operación urbanística acaecida hasta el momento y, sin duda, una de las más importantes en la historia de la ciudad. La magnitud de la propuesta hace pensar que la población seguía hacinada en el viejo caserío del centro histórico, tanto más si se tiene en cuenta que, con una media de 4 miembros por familia, la nueva promoción era suficiente para un total de 2.200 personas, mientras las cifras totales de población permanecían estancadas. Tal vez por ello, las obras no comenzaron hasta 1921, coincidiendo con un favorable cambio socioeconómico.

Los años veinte y la primera mitad de los años treinta fueron de franco progreso. La ciudad llegó a los 13.445 habitantes en 1930 y a los 20.050 en 1940, pese a la crisis de la Guerra Civil. En esos años se acometían muy destacados desarrollos urbanísticos, en gran medida al amparo del nuevo marco legal, definido

por la modificación, en 1921, de la Ley de Casas Baratas, que reafirmaba la potestad de los ayuntamientos para promover proyectos de urbanización y, también, para la creación de *ciudades satélites* de casas baratas; esto es, para formalizar proyectos separados de la ciudad compacta, dotados de sus propios servicios urbanísticos. Con el nuevo marco legal comenzaba a pensarse propiamente en auténticos desarrollos urbanísticos, superando la mera construcción de grupos de viviendas. De ese modo, el proyecto de El Progreso contemplaba la construcción de escuelas, iglesia, plazas y jardines (los de Castelar), el mercado de abastos y la lonja de frutas y verduras; esto es, equipamientos y servicios específicos, planeados para el nuevo barrio, levantados sobre terrenos de la sociedad cedidos al Ayuntamiento.

Siguiendo el ejemplo, en 1922 se constituye la Sociedad de Casas Baratas La Fraternidad, para edificar 1.000 viviendas sobre el suelo existente entre la promoción de El Progreso y el término de Petrer, sobre la partida rural denominada El Campico, en alusión clara a su dedicación a cultivos de secano. La nueva promoción, mucho más ambiciosa, se daba sobre manzanas más estrechas, a costa del patio interior, y con viviendas más modestas, de una sola planta. En 1931, los promotores de La Fraternidad proponían, junto con el Ayuntamiento de Elda,





Vista aérea de Elda en 1956.

que el Ayuntamiento de Petrer respetara las alineaciones de las calles de la sociedad en su término municipal, en beneficio del orden urbanístico. Se iba fraguando así la actual conurbación, que exigía en 1934 la rectificación de la carretera Elda-Petrer, trasladada desde el Camino Viejo hasta una de las calles del nuevo ensanche: la calle Balmes.

Las iniciativas inmobiliarias privadas seguían dándose, si bien con más modestas pretensiones. En 1923 Jaime Maestre solicitaba licencia para construir una barriada de casas en el Camino de la Tenería, abriendo dos nuevas calles en la ladera del Alto de San Miguel, donde se inauguraba, en 1921, el nuevo matadero municipal.

Conforme con las prerrogativas de la nueva ley de 1921, la asunción por parte del Ayuntamiento de la mayor parte de las iniciativas urbanísticas fue en detrimento de las iniciativas obreras y, con el

tiempo, produjo una sensible distorsión de los objetivos, de forma que, en todo el Estado, las promociones fueron paulatinamente orientadas hacia las clases medias, e incluso hacia las clases altas, beneficiarias por ese proceso de las ventajas de la promoción pública. En unos momentos en que, además, dado el mayor nivel de rentas de esas clases sociales, la construcción de viviendas comenzaba a ser negocio rentable¹¹.

Acogidos a esas nuevas potencialidades inmobiliarias surgen en toda España las promociones denominadas «*ciudad jardín*», inspiradas en las ideas de la ciudad satélite y en la *ciudad jardín* de Howard. En Elda, en 1926 se fundó la Sociedad Constructora Ciudad Jardín, para edificar 100 chalés sobre parcelas de 400 m², en las afueras, sobre el eje de la carretera de Alicante que, desde entonces, ha acogido los desarrollos urbanos más elitistas de la ciudad. La promotora, que cambió su nombre por el de Ciudad Vergel, comenzó a construir en 1933 y sólo levantó 25 chalés, cercenados sus objetivos por la crisis y la Guerra Civil.

Las promociones acometidas por clases medias hallaron mejor escenario en el triángulo formado por las actuales calles Jardines, Antonino Vera y Padre Manjón, que acogieron los desarrollos más significativos en los años 1920. En 1924 el Ayuntamiento solicitaba el desvío de la carretera nacional por la calle Jardines y a comienzos de los años 1930 ese era ya el recorrido normal de los vehículos que utilizaban esa infraestructura viaria. En 1921 se presentaban los proyectos de alineación y apertura de las calles José María Pemán y de Los Entusiastas (actual Padre Manjón), donde en 1925 se levantaba el grupo de 5 viviendas con jardín, promovido por Damián Tudela, que fue denominado «las Casas de Cemento» por incluir ese novedoso material en su construcción. En ese distrito urbano se inauguraba, en 1930, el Parque de Bomberos y la sede de la Cruz Roja, y en 1932 las Escuelas Graduadas (que luego se llamarían Padre Manjón).

Otras reformas urbanas se acometieron para mejorar los accesos desde el centro histórico hacia los nuevos desarrollos, rectificando calles, derribando tapias de corrales y abriendo y prolongando las calles hacia las afueras. También se dieron mejoras urbanas como la construcción de una nueva Casa Consistorial, en 1923, de un nuevo puente de obra

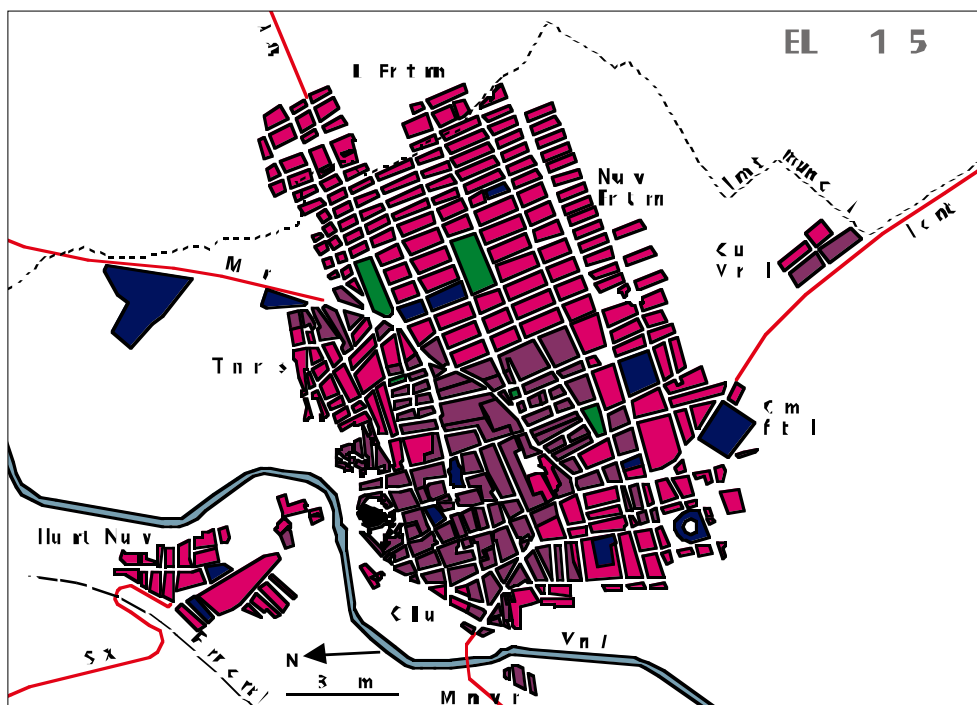
para el camino de la Estación, en 1927, de una nueva estación en 1932 y de la ampliación del Hospital Municipal, con el anexo de La Gota de Leche, para asistencia social de los niños más menesterosos¹², así como la construcción en 1933 del cuartel de la Guardia Civil. Interesantes iniciativas que hubiesen modificado el centro actual de la ciudad fueron la propuesta en 1928 de apertura de una ancha avenida, de 60 metros de sección, desde la actual Calle Pedrito Rico, hasta la Ciudad Vergel, sobre el eje de las calles Antonino Vera-Reina Victoria, que debería convertirse en el gran bulevar urbano, y la propuesta de 1930 de creación de una gran plaza entre las actuales calles Padre Manjón e Hilarión Eslava. En 1935, la Sociedad de Obreros en Paro Forzoso veía en la promoción y construcción de viviendas una salida laboral, y construía varias viviendas en la Calle Zorrilla.

Las directrices morfológicas y sociales del crecimiento urbano

De los trabajos urbanísticos acometidos desde finales del siglo XIX se desprende un claro criterio en la ordenación y en el trazado de calles y manzanas. Otros municipios con grandes desarrollos urbanos desde mediados del siglo XIX se acogieron a los *planes de ensanche* para planificar de forma armónica los

crecimientos fuera de las murallas, tanto por motivos higiénicos –para paliar el hacinamiento en los cascos urbanos–, como para favorecer áreas de nuevo crecimiento segregado según las nuevas clases sociales: por un lado, los barrios obreros y, por otro lado, los barrios de la burguesía industrial y comercial emergente. En Elda, el impulso socioeconómico no fue tan importante como para que la ciudad tuviese que dotarse de un plan de ensanche; ni la distinción social en estamentos tan manifiesta. Sin embargo, los crecimientos experimentados mantienen una clara divergencia: hacia Petrer los barrios del proletariado organizado y cooperante, hacia Alicante la burguesía industrial, con chalés y variadas promociones privadas, que organizaron el espacio entre las calles Jardines, Padre Manjón y de las Acacias, y dentro del lecho de inundación del Vinalopó el proletariado más menesteroso y desorganizado (La Tafalera, Molinos de Félix y otras barriadas).

El orden y el criterio seguido por las cooperativas obreras, que responde al esquema más elemental posible en el ámbito del urbanismo –el plano ortogonal en retícula regular– es responsable del equilibrio del plano resultante y de las sustanciales mejoras en el hábitat: calles rectas y amplias, arboladas y soleadas en claro contraste con los apretados callejones del centro histórico. El crecimiento ordenado fue también motivo de la apa-



rente inexistencia de un plan explícito de reforma interior, aunque las sucesivas reformas acometidas en el callejero y en los servicios del casco urbano compacto fueron muchas en el primer tercio del siglo XX. Sin duda, al amparo de la *Ley para el saneamiento, reforma y ensanche interior de las poblaciones*, de 1895, a la que siguió la R.O. de 1923 que aprobaba las Condiciones Higiénicas de las viviendas y las Condiciones Técnico-Sanitarias para el ensanche y reforma interior de las poblaciones. De igual modo, sustancial fue el nuevo impulso debido a la aprobación en 1924 del *Estatuto Municipal*¹³. En conjunto, aparecía un nuevo marco legal que permitía a los ayuntamientos promover reformas de todo tipo, en beneficio de la higiene y el ornato público, con la potestad de expropiar y enajenar fincas privadas conforme con el beneficio colectivo y el interés público.

El ensanche obrero se daba de forma regular y ordenada según la pendiente del suave glacis que desciende desde Petrer: unas calles son paralelas al vector de la pendiente, mientras que otras calles, donde se abren las fachadas, buscan la perpendicularidad de la pendiente, para obtener desarrollos horizontales. De ese modo, podría decirse que las calles sin fachadas, las que suben a Petrer, tienen la función de ser vías rápidas de acceso, mientras las calles transversales –con vi-

viendas– mantienen unos flujos más zonales y discretos, todo de acuerdo con las formas alargadas de las manzanas. La promoción conjunta de un gran número de viviendas, conforme con el ideal cooperativista, es responsable directa del respeto por las grandes directrices de la ordenación urbanística.

Por el contrario, el área urbana definida por el cuadrilátero formado por las calles Nueva, Antonio Maura, Padre Manjón y Antonino Vera –el corazón de la ciudad–, fue construido a impulsos individuales y ocupado por la burguesía y sus espacios de ocio y relación (casino, teatro, jardines privados, banco, etc.). Así su morfología es más caótica y ha necesitado mayores esfuerzos para su ordenación actual. Más allá de Padre Manjón y hasta la Ciudad Vergel, parece que fue el área de ensanche de las clases medias y de los funcionarios, con algunas pequeñas promociones colectivas que impregnaron el área de mayor coherencia urbanística, aunque mucho menor que la del ensanche obrero.

La Guerra Civil y las dificultades experimentadas por la industria del calzado en la posguerra (carencias materiales, energéticas y pérdida de poder adquisitivo), pusieron freno al crecimiento económico de Elda. De ese modo, si en 1940 se censaban 20.050 habitantes, en 1950 la población era de tan sólo 20.669 habitantes. Es a partir de los años 1950 y, sobre todo, en los años 1960 cuando el crecimiento urbano de la ciudad recupera el pulso y se torna acelerado: en 1960 se censaron 28.151 habitantes y 41.511 habitantes en 1970.

El nuevo Estado asume la promoción inmobiliaria

Los años 1940 están llenos de proyectos de reformas necesarias para modernizar la ciudad y dotarla de nuevos servicios, que no llegaron a realizarse, excepción hecha de las obras propuestas para ensalzar el nuevo orden social: la reconstrucción de la Iglesia de Santa Ana, mediante la demolición de las casas anexas, y la construcción del Parque y Monumento a los Caídos entre 1943 y 1944 son las grandes realizaciones del momento. El nuevo régimen obligó también al cambio de los *subversivos* nombres de las cooperativas obreras; de ese modo, La Fraternidad pasó a llamarse Sociedad Cooperativa de Casas Baratas «El

Barrio de Las Trescientas, poco antes de su inauguración (Archivo EMIDESAS).



Ahorro» que cedía terrenos, junto con El Progreso, para construir el nuevo monumento.

La vivienda seguía siendo problema crucial de la clase obrera, agravado por la crisis posbélica, que dificultaba el desarrollo de las promociones planeadas con anterioridad por las sociedades obreras, así como la aparición de otras nuevas. Con el nuevo régimen, esa actividad social entraría en decadencia, al asumir paulatinamente el nuevo Estado la responsabilidad de promover viviendas obreras. De ese modo, con el objeto de construir viviendas, en 1945 el Ayuntamiento solicitaba a la Diputación el solar resultante de la demolición en 1941 del viejo Manicomio Provincial, pero hasta 1947 no fue cedido el suelo, hasta 1954 no fue autorizada la construcción y finalmente fue en 1960 cuando se entregaron las 133 viviendas del Grupo Virgen de la Cabeza, promovidas por el Instituto Nacional de la Vivienda.

Tal lentitud en el proceso es reflejo de la nueva situación, en la que el nuevo Estado ponía freno a la construcción de viviendas modestas al amparo de la legislación de casas baratas por sus planteamientos liberales, que potenciaban el asociacionismo obrero: no debían ser los trabajadores los que se daban a sí mismos una vivienda, sino el Estado el que las concedía graciosamente, en solemnes actos coincidentes siempre con efemérides del régimen político. El recién creado Instituto Nacional de la Vivienda debía centralizar la promoción de viviendas, favoreciendo para ese fin a los nuevos ayuntamientos y a los sindicatos y organizaciones del Movimiento, a los que concedía los beneficios del suelo, préstamos sin intereses, primas a la construcción y reducciones tributarias¹⁴.

Con esos objetivos, en 1954 se promulgó la *Ley de Viviendas de Renta Limitada* y en 1955 se aprobó el primer *Plan Nacional de la Vivienda*. En Elda, en 1954 se autorizaba al Ayuntamiento para la construcción del Grupo Virgen de la Cabeza y, en 1955, el consistorio concedía a la Obra Sindical del Hogar terrenos para la construcción de 50 viviendas de renta limitada, que constituirían el Grupo Luis Batllés, entregadas el 18 de julio de 1960, en medio de grandes actos conmemorativos. La primera promoción en la ciudad de la Obra Sindical del Hogar data de 1949, año en que construyó un pequeño grupo de viviendas para nuevos funcio-



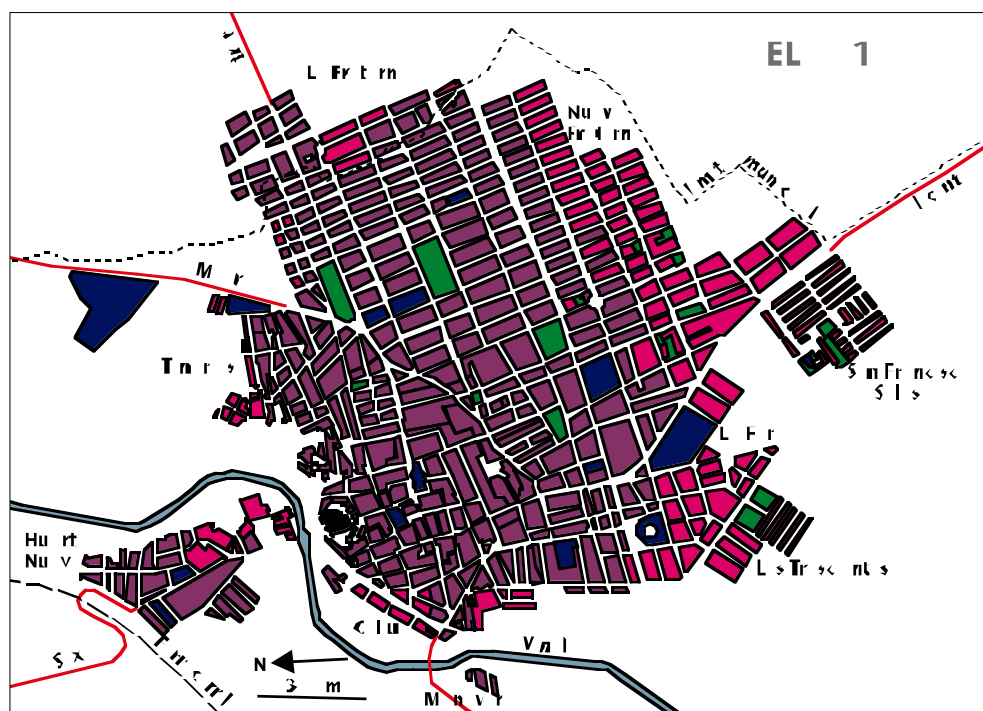
narios en la Avenida de las Acacias (entonces en las afueras de la ciudad). Otra promoción privada data de ese año; se trata del edificio levantado en el arranque de la avenida Reina Victoria, esquina a Pablo Iglesias. Quizá se trate del primer «bloque de viviendas» de la ciudad, que contaba con 22 nuevos hogares.

Dos operaciones urbanas destacadas se acometieron en 1955: la apertura de la actual calle Dahellos, sobre el solar de una antigua fábrica, y la apertura de la primera ronda Oeste de la ciudad, ya que tal era la función asignada a la avenida Novo Hamburgo. Más costosas eran las tareas para paliar el déficit en el suministro de agua potable: agotados los manantiales locales debió comenzar a importarse agua desde Salinas. Tampoco estaban bien resueltas otras carencias urbanísticas, tales como el alcantarillado y el alumbrado público.

Los años del desarrollismo

Con el nuevo régimen, la cuestión de las infraestructuras y equipamientos urbanos no quedó bien resuelta. El Estado se hacía cargo de la construcción de viviendas, pero ¿quién y cómo se urbanizaba? Así, no fue hasta 1956 cuando se aprobaba la Ley del Suelo, con el objetivo de coordinar los trabajos de planeamiento urbano, ordenación y creación de dotaciones y servicios. Esa ley introducía un avanzado código urbanístico, muy influenciado por el Movimiento Moderno, que exigía, por vez primera, la necesidad de elaborar un plan para ordenar los futuros crecimientos en beneficio del

Barrio de San Francisco de Sales (CEFIRE).



interés público, evitando que estos se diesen de forma espasmódica y con carencias, según conveniencias particulares.

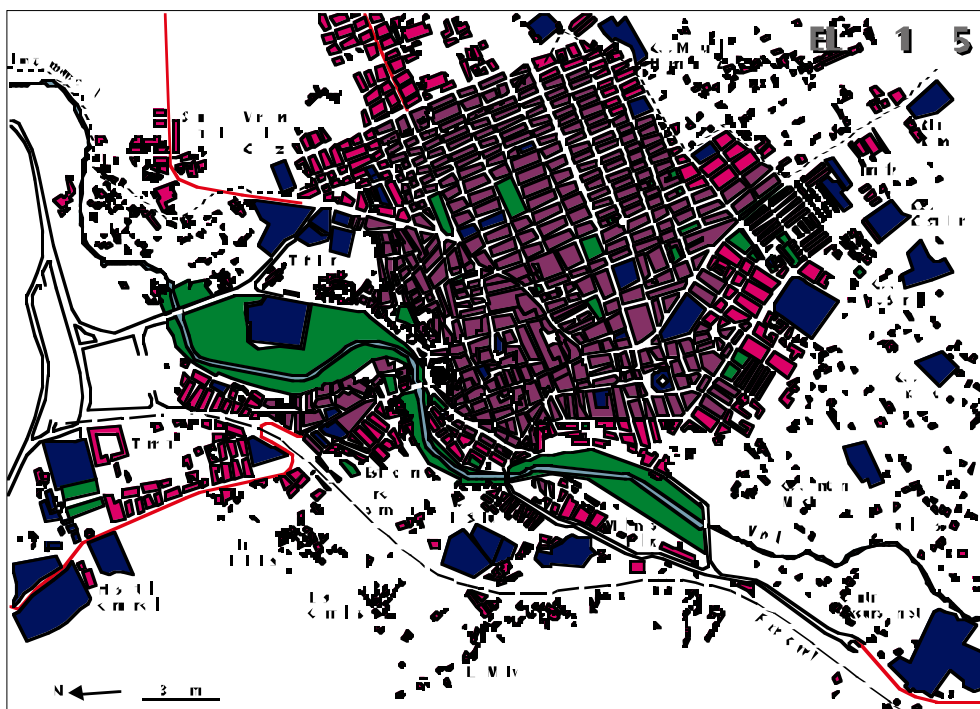
En ese mismo año, de forma temprana acuciado por la necesidad, el Ayuntamiento aprobaba el primer *Plan General de Alineaciones y Ensanche* de Elda. Se trató, no obstante, de un documento deficitario y, al tiempo, permisivo ante las nuevas presiones especuladoras en materia de suelo, nacido como obligado trámite burocrático para no ser cumplido, o para ser objeto de negociación entre intereses públicos y privados. Fue el plan que acogió el crecimiento demográfico y urbano desbordante de los años del desarrollismo, dos décadas en la que la ciudad duplicó su número de habitantes, sin prestar demasiada atención a la forma urbana en que se crecía, ni a las hipotecas de futuro.

De acuerdo con ese plan, carente de una adecuada zonificación de usos, y sin reservas suficientes de suelo para servicios públicos ni para espacios libres, se llegaron a alcanzar densidades de hasta 500 viviendas por hectárea, magnitud seis veces mayor que la permitida por la Ley. El plan prohibía la construcción de nuevas viviendas de una planta y promovía la construcción en altura, fijada entre 5 y 7 pisos, aunque una disposición adicional permitía la construcción de «edificios singulares» de más alturas, como las 18 plantas del Edificio Elda, comen-

zando a construido en 1965, con 160 viviendas.

La sustitución sistemática de casas bajas por edificios de 5 a 8 plantas ocasionó un rápido problema de congestión, con aceras y calzadas insuficientes, tanto para los masivos flujos peatonales como para el tránsito rodado generados. El déficit urbanístico fue mayor en otros equipamientos públicos, tales como zonas verdes, deportivas, escolares o sanitarias. La ocupación masiva por vehículos privados de calles estrechas fue dramática, generando el caos circulatorio y graves insuficiencias de aparcamientos, hasta el punto de que se mandó talar todo el arbolado de la ciudad para ganar unas cuantas plazas más de aparcamiento. Al tiempo, con las sensibles mejoras en los niveles de renta, se fue generalizando la construcción de segundas residencias por todos los alrededores de la ciudad y sobre los municipios vecinos, en especial en Petrer, alterando también de forma drástica el medio rural circunvecino, sin ningún tipo de control.

En 1957, en la calle Jardines, frente a la calle Lope de Vega, se levantaba el primer «rascacielos» de la ciudad, con 6 llamativas alturas. En ese año salían a subasta las obras de las «Trescientas Viviendas» promovidas por el Patronato Provincial de la Vivienda Francisco Franco, con un plazo de ejecución de 18 meses y con el desglose por vez primera de



dos partidas: una para la construcción de las viviendas y otra para la «urbanización» del barrio. Las viviendas se entregarían en 1960, previa entrada de 12.000 pesetas y con cuotas mensuales entre 166 y 179 pesetas durante 50 años¹⁵.

Con la nueva etapa de prosperidad, desde mediados de los años 1950, el Estado fue cediendo paso a la iniciativa privada en la promoción inmobiliaria, si bien manteniendo el control de las iniciativas. De hecho, los poderes públicos hacían un llamamiento a la iniciativa privada a colaborar en la tarea de aumentar el ritmo de la construcción de viviendas en el país, mediante un interesante paquete de beneficios que reactivaban el interés de la promoción inmobiliaria como negocio rentable¹⁶.

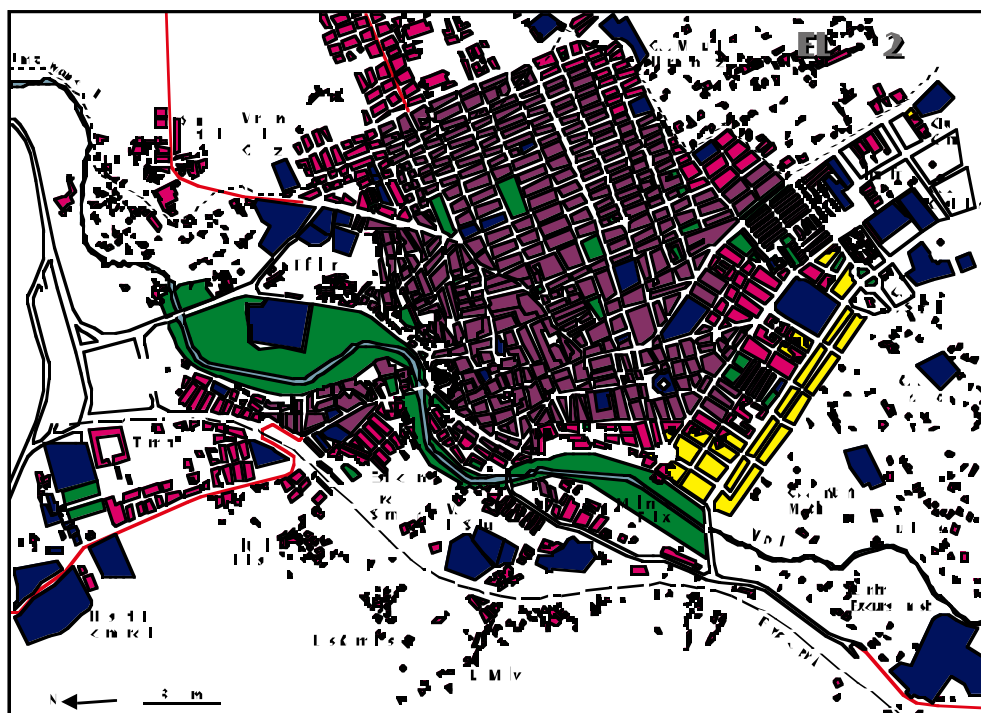
En respuesta a esa nueva situación, en Elda surgieron algunas nuevas sociedades inmobiliarias, amparadas en nombres de santos, y numerosas promociones privadas. En 1958 la nueva Cooperativa San Francisco de Sales iniciaba las obras de ese barrio, apoyado en la carretera de Alicante, con 124 viviendas en su primera fase, concluida en 1962, y otras 154 viviendas entregadas en 1965, todas bajo el modelo de bloque exento, con bajo y tres plantas. Con enorme distancia en cuanto a los planteamientos ideológicos, el barrio se ajustaba a los aspectos formales del Movimiento Moderno, exaltando el bloque aislado en manzana ajardi-

nada, para definir un fragmento aislado de ciudad, accesible y pensada para el tráfico rodado. En 1968 se acabó la tercera fase que culminaba el barrio, junto con los equipamientos elementales de la época: una plaza, un mercado y una iglesia.

Inspirado en los mismos principios estéticos y meramente formales, el Instituto Nacional de la Vivienda presentaba en 1965 el proyecto de un nuevo barrio, de 1.240 viviendas, a construir junto a San Francisco, sobre la partida de La Almagrá. Como en otras iniciativas públicas, los trámites fueron lentos: en 1969 se urbanizaba el terreno y en 1977 comenzaban a levantarse los bloques, que no han llegado a las previsiones.

En 1965 se constituía la Cooperativa de Viviendas San José Obrero, para construir un nuevo barrio, organizado en torno a una nueva parroquia (como era preceptivo), en los márgenes de la carretera de Sax. En 1968 la Cooperativa de Viviendas San Cristóbal, en este caso para levantar un edificio de 18 plantas y 128 viviendas en el proyecto, sobre una manzana completa, que sería inaugurado en 1973.

Mientras las promociones de carácter social ensanchaban las periferias, la iniciativa privada se centraba en la construcción de edificios en las calles más céntricas, para las nuevas clases medias surgidas del buen ritmo de cre-



cimiento de la industria zapatera, que inauguraba en 1959 la primera exposición de calzado y, en 1960, la primera Feria Nacional de Calzado e Industrias Afines, germen de la FICIA. No obstante, las ayudas de todo tipo ofertadas a los promotores privados acabaron por hacer rentable también la construcción de viviendas para obreros, si bien sobre suelos pobres y en las afueras, tales como Los Molinos de Félix, la Huerta Nueva y el grupo de 300 viviendas promovido por Joaquín Vera Verdú junto al Puente de Monovar, origen del Barrio Virgen de la Salud. Tales crecimientos acabaron por desbordar el perímetro urbano y, en 1963, se procedía a modificar el Plan General para incluir en él los nuevos desarrollos periféricos.

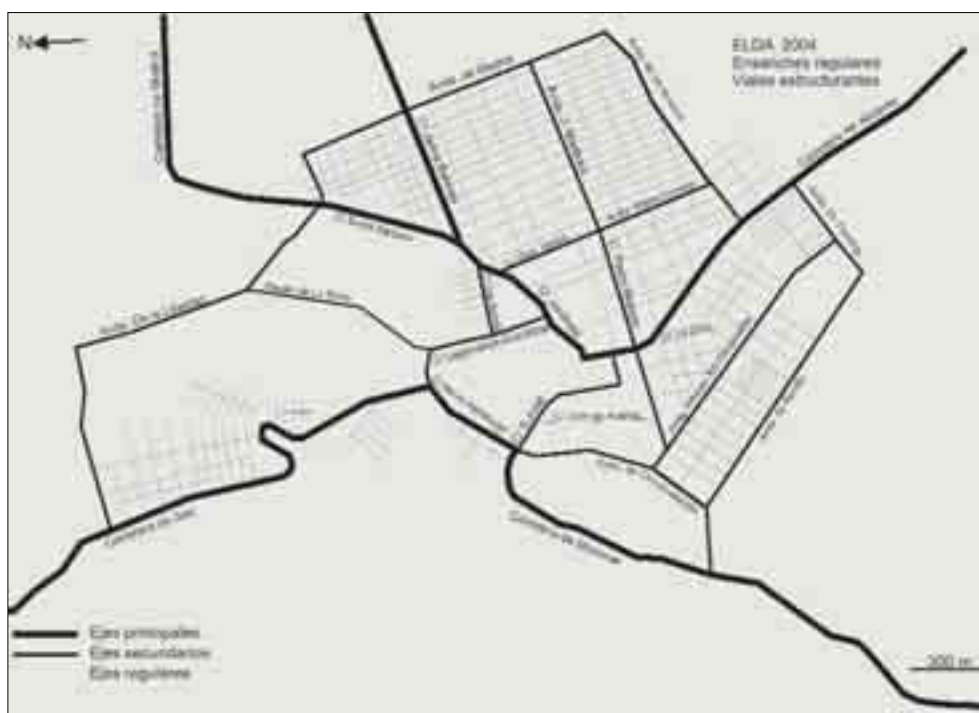
La cuestión de la conurbación y los primeros «planes reorganizadores»

Los desequilibrios urbanos del municipio eran evidentes, fruto del rápido desarrollo, y las tensiones con Petrer estaban a la orden del día. La necesidad de abordar el crecimiento de forma armónica más allá de límites municipales era manifiesta y se hallaba presente en la conciencia de los ediles locales. Sin embargo, no era tan patente la voluntad de cooperar como la de impo-

ner. Así, en 1969, de forma unívoca, el Ayuntamiento de Elda exigía al de Petrer la fusión en uno solo o, en su defecto, la segregación y anexión del Barrio de La Frontera, que se consideraba fruto del crecimiento eldense¹⁷. Conforme con esos criterios halla explicación la negativa de la corporación eldense a que el desvío anhelado de la carretera N-330 pasase tras el castillo de Petrer: de hecho, se proponía un trazado alternativo entre ambas ciudades –pero sobre suelo petrerense–, al objeto de aproximar a Elda tan importante infraestructura.

A instancias del Gobierno Civil y de la Diputación Provincial fueron soslayándose las diferencias y trazándose puentes para la cooperación entre ambos municipios, como medida necesaria para coordinar los trabajos de urbanización armónica y equilibrada de una sola ciudad separada entre dos términos municipales y dividida por dos administraciones locales, muchas veces enfrentadas o con intereses contrapuestos.

De ese modo, en 1971 comenzaban las reuniones de trabajo para constituir una mancomunidad intermunicipal, lograda en 1973, que señalaba como objetivo fundamental la redacción de un *Plan General de Ordenación Urbana* mancomunado, a partir del cual se pudiesen establecer servicios y equi-



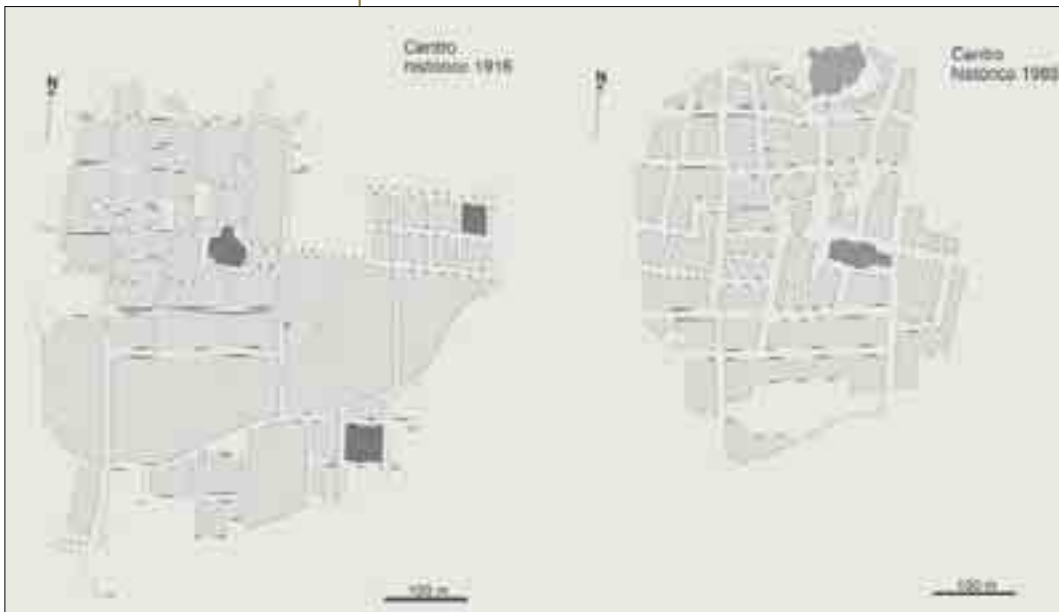
pamientos coherentes con la existencia de una sola ciudad, de una conurbación. Pero los trabajos, lejos de lograr el lógico consenso, desembocaron en posturas irreconciliables que llevaron, primero a Elda, a la redacción en 1975 de unas *Normas Subsidiarias de Planeamiento Municipal*, aprobadas en 1979¹⁸, y en Petrer a la demora de un plan de ordenación del territorio hasta 1985, concretado en otras *Normas de Ordenación Complementarias y Subsidiarias de Planeamiento General*¹⁹, elaboradas paradójicamente por el mismo equipo de urbanistas. Planteamientos políticos y sociológicos divergentes en cada ayuntamiento impidieron esa redacción conjunta y, con ella, aún partiendo desde los mismos planteamientos metodológicos (el mismo equipo elaboró ambos planes), sin embargo se llegó a la configuración de modelos urbanos diferenciados, contrapuestos y en manifiesta competencia aún hoy.

A esas indecisiones sumaron complejidad los cambios políticos habidos en el conjunto del Estado, desde 1975 y, de manera más significativa, la celebración de las primeras elecciones democráticas a los ayuntamientos, seguidas del acceso paulatino de partidos políticos de izquierda a los gobiernos locales en todo el Valle del Vinalopó. La nueva corporación municipal eldense no sólo tuvo que enfrentar los graves

efectos de la crisis sectorial del calzado, por entonces prácticamente un monocultivo industrial, sino que, desde la óptica urbanística, tuvo que hacer frente también a los graves efectos de dos décadas de *desarrollismo*, en las que la ciudad creció sin ningún control municipal, cuando los desequilibrios y las infracciones no eran directamente auspiciadas por los poderes públicos, que favorecían y colaboraban en la construcción de barriadas obreras desequipadas, en las periferias desurbanizadas, mientras se permitía el abandono del centro histórico. Al tiempo, en esas décadas de fuerte crecimiento, la atracción de inmigrantes, reclamados por el desarrollo industrial, alimentaba bolsas de infraviviendas y chabolismo, que han pervivido hasta hoy –el barrio de La Tafalera es buena prueba de ello–. Se trata del conocido problema del «subproletariado», reserva de mano de obra dispuesta a aceptar salarios más bajos, o peores condiciones laborales, que presiona a la baja sobre los salarios del proletariado.

El modelo urbano actual

El crecimiento urbanístico «a saltos» y sin planificar, permitió la libre instalación de industrias por todo el municipio, bien en el centro urbano, bien en la periferia, donde han llegado



a consolidar *zonas* industriales, sin planeamiento previo, sin equipamientos locales y, con frecuencia, sin las condiciones mínimas de urbanización. Además, cada zona industrial o residencial se ha desarrollado en un ámbito diferente de la periferia, básicamente siguiendo las directrices impuestas por el precio del suelo. De esa manera se fue configurando un tejido industrial y residencial disperso y desarticulado, repartido por numerosos lugares desconectados entre sí y con limitaciones generales de comunicación, al aprovechar viales preexistentes, de funcionalidad agrícola, con insuficiente sección y deficitario trazado. La presencia de esos desarrollos urbanos incontrolados envolviendo el callejero, ha supuesto con frecuencia un fre-

no a la expansión ordenada de la ciudad en la actualidad, y ha dificultado los procesos de reequilibrio y equipamiento de la nueva ciudad.

La reforma en 1975 de la *Ley del Suelo* exigía la elaboración de un *Plan General de Ordenación Urbana* a todos los municipios mayores de 25.000 habitantes por la supuesta complejidad de su planeamiento. Pese a ello, ante el estancamiento económico y la incertidumbre general aparecida en la segunda mitad de los años 1970, el Ayuntamiento de Elda mantuvo las *Normas Subsidiarias* hasta la aprobación, en 1985, de un verdadero *Plan General de Ordenación Urbana*. En su memoria justificativa se indica que Elda es una ciudad en crecimiento, que «todavía» recibe inmigrantes. Pero la verdadera justificación explícita es la del *elevadísimo número de servicios urbanísticos que requiere la población, más aún teniendo en cuenta su capitalidad comarcal*²⁰. Con tal afirmación se ponía de manifiesto las elevadas carencias de la ciudad, fruto de un crecimiento espasmódico –por oleadas coincidentes con los ciclos de la industria del calzado– sin sujeción a ningún tipo de modelo urbano, ni a plan alguno de creación de infraestructuras. De hecho, la ciudad ha crecido por la simple



expansión de la cuadrícula de origen decimonónica, completando una apretada malla ortogonal carente de espacios libres y de equipamientos. Además, en la *Memoria* del Plan se reconocía también que el papel que debía desempeñar la ciudad como cabecera comarcal estaba limitado por esas carencias.

El nuevo Plan consideraba *totalmente imprescindible* reconsiderar las condiciones urbanísticas y racionalizar

su uso, definiendo nuevos espacios de *Suelo No Urbanizable* para mantenerlos verdaderamente apartados del proceso urbanístico y evitar la ocupación indiscriminada del mismo. Con la crisis económica y el cierre de empresas, el nuevo Plan proponía aprovechar parte de ese suelo liberado por las industrias en crisis, para introducir los equipamientos necesarios en el centro urbano y en los barrios: edificios para servicios y zonas libres para ocio y deporte, fundamentalmente.

Al tiempo, desde el Ayuntamiento se promovía el primer polígono industrial planificado de la ciudad, con la intención de encauzar hacia ese paquete de suelo ordenado y equipado las tendencias centrífugas de la industria, que hasta esos momentos seguían ocupando sin trabas, y a veces con apoyo de las administraciones públicas, los espacios periféricos de la ciudad consolidada. En el fondo, la propuesta perseguía más la ordenación en lo posible de ese tipo de implantaciones que una oferta sustitutiva de los mismos. Es decir, se reconocía de manera implícita la necesidad de la pervivencia de esos talleres para el sistema económico vigente y, a la vez, la imperiosa necesidad de esos pequeños talleres de pervivir en el medio urbano, aprovechando las infraestructuras y equipamientos locales, ante sus escasas exigencias y pocas molestias.

Los nuevos ensanches residenciales del casco urbano siguen la doble tendencia planteada por el mercado inmobiliario actual. Por un lado, el crecimiento hacia Monóvar sigue la tipología de grandes bloques de viviendas, que mantienen la tradición urbana compacta de la ciudad (espacio entre la avenida de Ronda y la calle Lieja), mientras que el viejo vector de mayor calidad ha-



cia Alicante, inaugurado por la Ciudad Vergel, acoge las promociones de chalets y adosados para otros segmentos sociales.

Por otro lado, Elda tomó conciencia de que tenía un centro histórico con valores patrimoniales en 1974, cuando comenzaron los trabajos de delimitación de una «zona histórico-artística», en la que deberían definirse mejor las ordenanzas de construcción y, sobre todo, los procesos de sustitución de viejas casas por desmesurados edificios. Se encargó, para ello, la redacción de un *Plan de Reforma Interior*, aunque el documento regulador de ese ámbito se aprobó en 1985²¹. El modelo de actuación elegido, entre los posibles, comporta la renovación urbana y social y, en la práctica, consiste en introducir en el centro histórico las calidades ambientales, urbanísticas, de accesibilidad y de viviendas existentes en el centro funcional de la ciudad y en las nuevas y más exquisitas periferias, de forma que el centro histórico recupere el atractivo para ser habitado y como espacio funcional activo.

Imagen del centro histórico de Elda.



Los espacios centrales y el comercio

ERNESTO CUTILLAS ORGILÉS

Universidad de Alicante

El comercio tiene la capacidad de estructurar y conformar espacios, dotándolos de elementos singulares y distintivos; da vida a la ciudad, justifica los desplazamientos y afianza el sentimiento cívico y social. La tradición comercial de la ciudad se remonta muchos siglos atrás, incluso antes que la industria. El reto para los próximos años pasa por una unión entre comerciantes y ciudadanos frente a las nuevas formas comerciales, ya que mientras el comercio urbano exista, tanto el valor del suelo como el espíritu cohesionador que imprime la actividad permanecerá en la ciudad. Si por el contrario cambian radicalmente los hábitos de consumo y comienzan a desaparecer comercios, la consecuencia inmediata es un paulatino deterioro de las condiciones sociales de los barrios. Así pues, la mentalidad transactiva según la cual la oferta ofrece servicios y productos y la demanda accede a lo ofertado debe ampliarse porque ambas se necesitan si quieren conservar su *status*, es un principio cívico en donde ambos protagonistas se benefician.

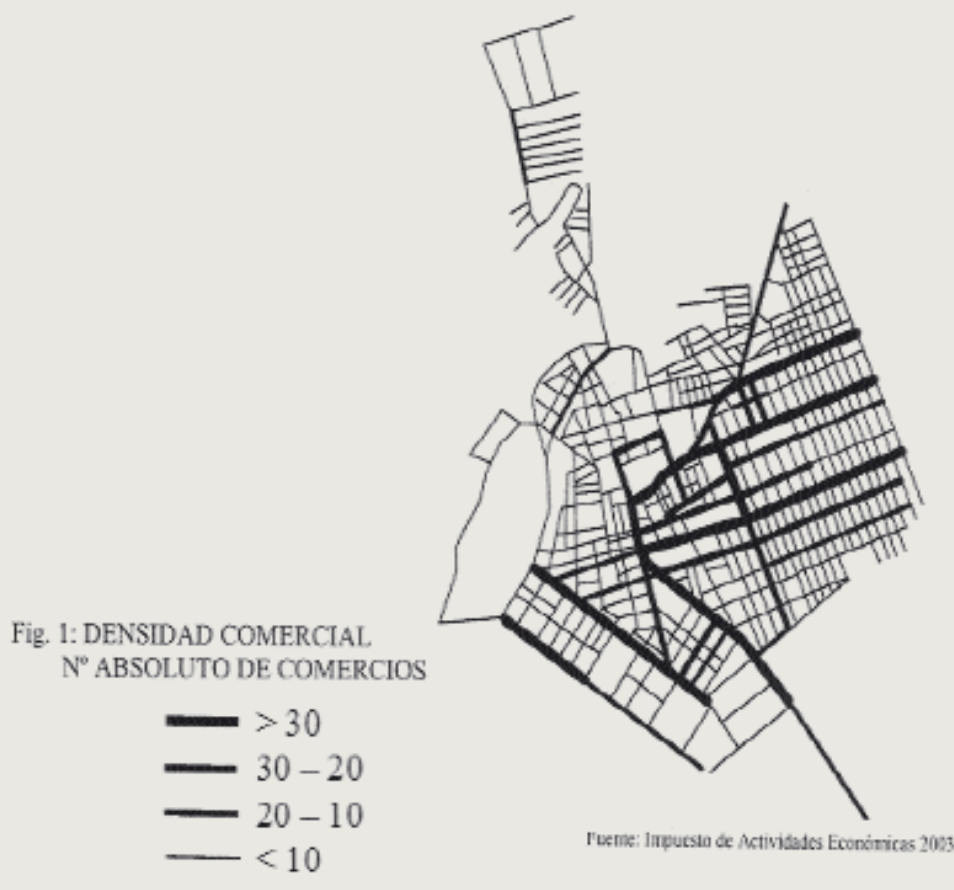
Las mayores densidades comerciales de Elda tienen unas zonas claramente reconocibles a las que debemos añadir la existencia de dos mercados permanentes y dos mercadillos ambulantes. La *primera zona* comercial corresponde al espacio comprendido desde el principio de la avenida Alfonso XIII hasta el final de la avenida de las Olimpiadas, además de las calles adyacentes donde también podrían incluirse los comercios situados en los sectores más consolidados de avenida de Ronda. La *segunda zona* parte desde el inicio de la Gran Avenida en dirección a Petrer, junto con las calles adyacentes, como Pablo Iglesias o Reina Victoria. Además surgiría otra rama comprendiendo la calle Padre Manjón hasta el final, bifurcándose en la avenida

de Chapí en dos ramales, el más importante en dirección avenida del Mediterráneo y en menor medida otro en dirección Antonio Maura. La *tercera zona* está integrada por la Plaza Mayor, la calle Juan Calos I y adyacentes, el Mercado Central y todo su entorno. Existe una pequeña zona en las calles Jardines y Ortega y Gasset creando un pequeño circuito cerrado en las calles Nueva y Colón.

A la hora de identificar la tipología de los establecimientos comerciales para establecer una zonificación de la actividad, hemos de introducir una serie de matices. Así por ejemplo en los barrios obreros alejados de los ejes comerciales (Huerta Nueva, Estación, Caliu...) la mayoría de los establecimientos son bares o pequeños negocios familiares, mezclados con pequeños talleres donde la actividad es eminentemente industrial. Por otro lado, en las zonas de reciente edificación como la avenida de Ronda, además de hostelería y alimentación, se halla un buen número de negocios dedicados al equipamiento del hogar (suelos, grifería, muebles, servicios al hogar...). En los espacios urbanos consolidados la tipología comercial es mucho más compleja y diversa en cuanto a su estructura y oferta. En Elda, la zona coincide con la tercera zona comercial. Aparcamientos regulados por tiempo (ORA), localización de aparcamientos públicos subterráneos, presencia de reconocidas franquicias, puesta en común de campañas publicitarias (navidad, rebajas), mayor densidad en el número de entidades bancarias y cajeros automáticos, servicios públicos y de la administración, presencia de otros servicios no comerciales (abogados, asesorías, clínicas, es decir, profesionales liberales), ejerce una mayor atracción sobre la población.

Elda posee un centro comercial planificado abierto, donde se mezclan usos

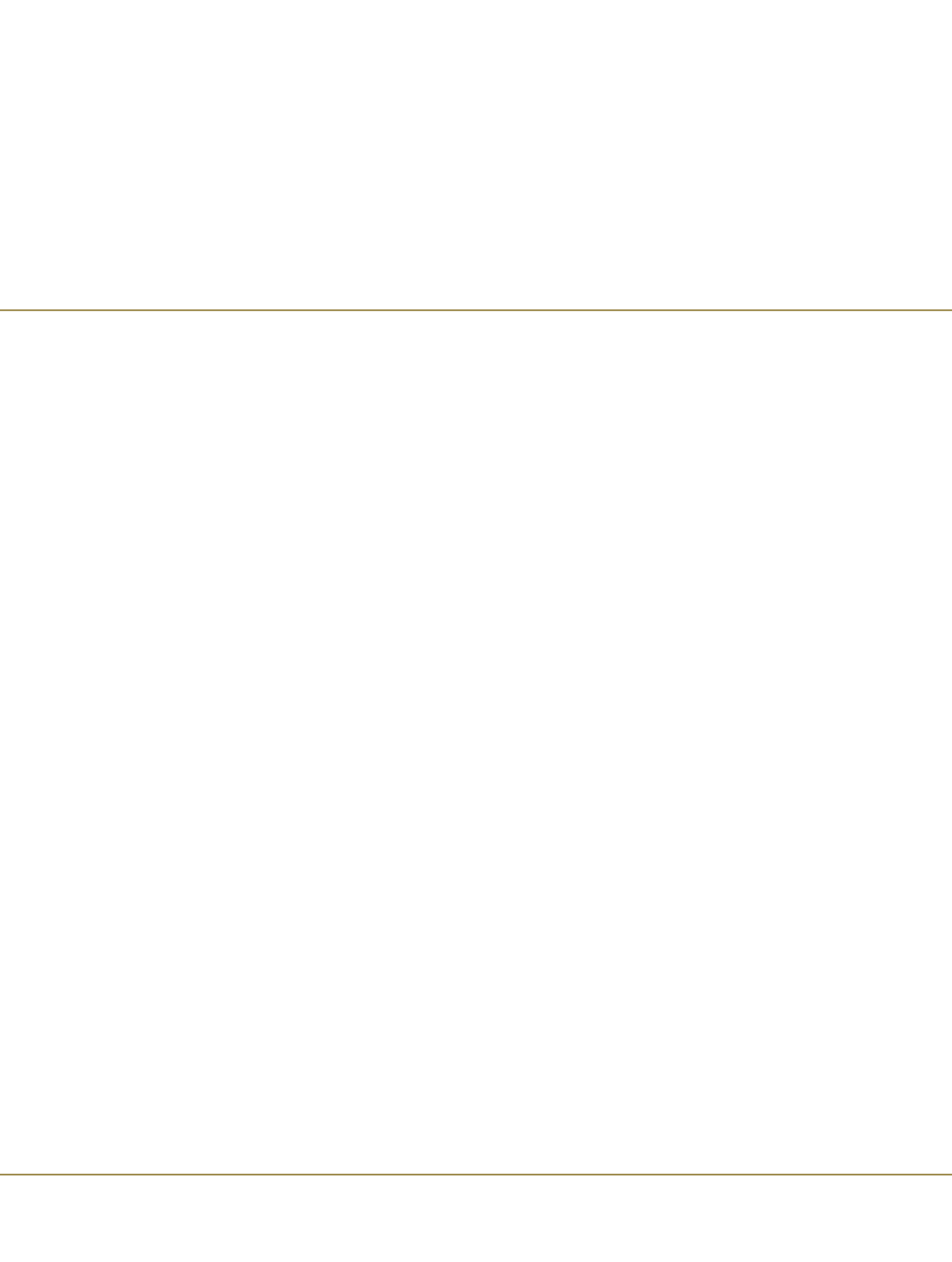
LAS ZONAS COMERCIALES DE ELDA



residenciales y comerciales. La Plaza Mayor constituye un conjunto comercial y residencial sobre un espacio abierto enclavado en el centro de la ciudad con las mismas ofertas que los centros comerciales cerrados que surgen en las periferias urbanas. Este proyecto se asoció en un primer momento con la idea de hacer compatible el ocio y el comercio, dotándose para ello de ofertas como: cafeterías, recreativos, restaurantes, tiendas de ropa y complementos, gimnasio, supermercado, minicines. Hoy día pese al cierre de éstos últimos como consecuencia de la competencia de los grandes centros comerciales periféricos, la zona sigue presentando un gran dinamismo comercial.

No obstante, la ciudad presenta unos *aspectos negativos* que inciden desfavorablemente en el comercio. Por ejemplo, el tráfico rodado hacia las zonas más comerciales se ve perjudicado por estrangulamientos del callejero, el denso flujo de vehículos (23.779 turismos en 2001 y 2.012 motocicletas con una tasa de crecimiento del 14,9% entre 1997 y 2001), la

importante presencia de los vehículos procedentes de otras ciudades, los problemas derivados de la escasez de aparcamientos frente a la accesibilidad y emplazamiento de los grandes centros comerciales. Una serie de *aspectos positivos* y potencialidades serían: la existencia de una agencia para el fomento de iniciativas comerciales (AFIC), la Asociación de Comerciantes de Elda, que organiza campañas y participa de modo muy activo en actividades públicas, así como el trato personalizado, el servicio postventa, la calidad o los precios ofrecidos por los establecimientos, que tienen un efecto inmediato en la captación y fidelidad de la clientela. Los consumidores se beneficiarían además del rechazo generado en horas punta, viernes y sábados, por la afluencia masiva a las grandes superficies periféricas. Otro elemento a tener muy en cuenta es el creciente número de personas mayores en el seno de la ciudad con preferencias adquisitivas muy claras y que suelen ser fieles a las marcas y establecimientos, y Elda no es una excepción.



Elda y su cultura en el siglo XX

33

JUAN VERA GIL

Biblioteca Pública Municipal «Casa de Cultura». Elda

La imprenta

Iniciar un estudio sobre lo que ha sido el panorama cultural en Elda durante el siglo XX, nos lleva inevitablemente hasta la imprenta. Gran parte de las manifestaciones culturales en nuestra ciudad, han tenido como base las artes gráficas y muestra de ello es la creación en 1905 del primer taller establecido en la ciudad, Tipografía Moderna, conocido popularmente como Imprenta Vidal, propiedad de D. Juan Vidal Vera. Esta industria nace en respuesta a la necesidad cada vez mayor, creada por la demanda social e industrial de medios de impresión locales.

Hasta esa fecha, plasmar gráficamente las inquietudes literarias, la prensa local o incluso los impresos comerciales e industriales, era algo que se venían realizando en otras poblaciones como Alicante, Novelda o Monóvar.

Si bien esta primera imprenta eldense se crea en 1905, sus primeros trabajos empiezan siendo para consumo industrial y algunos programas para las Fiestas Mayores de septiembre.

Los primeros periódicos locales impresos en Elda, *El Tijeretazo* y *Heraldo de Elda* (1912), lo son en los talleres de Tipografía Moderna.

Hasta 1930 no se crea la segunda imprenta eldense, Gráficas Ortín. En otro taller propiedad de D. Manuel Belda, se imprimen algunos ejemplares de *¡Rebelión!*, pero las condiciones de local y maquinaria, limitaban la edición de periódicos de grandes dimensiones, por lo que se acaban dedicando sobre todo a la producción de impresos comerciales.



Si bien la posguerra supone un periodo de sequía cultural al reprimirse las iniciativas populares, las décadas siguientes son testigo del enorme desarrollo industrial de Elda.

Durante estos años las imprentas se multiplican y así surgen: Tipografía Torregrosa, Tipografía Basilio (con posterioridad, Imprenta Dahellos), Gráficas Obrador, Gráficas Ferrándiz, Gráficas Pons y Gráficas Azorín. Estos años se pueden considerar de verdadero auge en la imprenta eldense, que no obstante sobrevive gracias a los impresos industriales y comerciales. Otro de los aspectos sociales que contribuyen al mantenimiento de esta industria, es la impresión de programas y publicaciones dedicadas a divulgar las fiestas locales (Moros y Cristianos, Fallas, Cofradías de Semana Santa, Fiestas Mayores, etc.).



Portada y contraportada del programa de fiestas de 1929, impreso en Tipografía Moderna, Elda.

Portada del semanario *¡Rebelión!* en su primera etapa, ejemplar impreso hacia 1937 en el taller de D. Manuel Belda, Elda.



Aún así, las revistas, periódicos y publicaciones de más entidad, se siguen realizando en talleres fuera de nuestra ciudad, tales como: Gráficas Ciudad (Alcoy), Imprenta Edíjar (Almoradí), Gráficas Díaz (Alicante), Talleres Such y Serra (Alicante, actuales impresores de *Valle de Elda*).

Hasta los años ochenta, puede decirse que las imprentas sobreviven en nuestra ciudad, gracias al elevado volumen de trabajo que genera la industria zapatera y su necesidad de hojas impresas, etiquetas, cajas y paquetería.

Nuevas firmas del sector han venido en los últimos años a reforzar y completar la oferta existente. Gracias a todas estas empresas y al esfuerzo realizado por ir adaptándose a las cada vez mayores exigencias del mercado editorial, podemos decir con toda propiedad que se ha ido escribiendo página a página, la historia cotidiana de Elda en este siglo pasado.

Publicaciones periódicas y monografías

Con un panorama social, aquejado por fuertes condicionantes de producción agrícola y las necesidades de supervivencia de una población poco especializada, se cierra el siglo XIX en Elda.

Los tímidos intentos de crear una industria fuerte que sirviese de fuente de riqueza estable a la población, cristalizan durante estos años permitiendo inaugurar el siglo XX, con todo el esplendor industrial que esta época trajo a la ciudad. Una vez sentadas las bases productoras, sobre las que se crea el tejido fabril, Elda, todavía una villa, empieza a sufrir los primeros cambios que le llevarán a convertirse en la ciudad que hoy conocemos.

A diferencia de otras ciudades de la provincia, en Elda no hubo como en Orihuela, una clase social distinguida por su aristocracia, o bien un entramado administrativo y docente, sustentado por la jerarquía eclesiástica. Ni hubo, como en el caso de Alcoy, una burguesía representada por grandes industriales, vanguardia de los avances sociales y tecnológicos que penetraban en la península por Cataluña.

La sociedad eldense, se va formando con los nuevos industriales del calzado y con los profesionales liberales que atraídos por las nuevas posibilidades laborales, acuden a Elda y se van situando para responder a la demanda de servicios de una población en continuo crecimiento. Médicos, abogados, maestros..., poco a poco emerge un sector social, que al margen de sus ganancias pecuniarias, necesitan rodearse de un ambiente cultural, hasta ese momento muy escaso, por no decir inexistente.

La precariedad en las vías de comunicación, la lejanía de los centros culturales, la falta de centros educativos,

Taller de imprenta. Empleado realizando tareas de cajista a finales del siglo XX.



la escasez de publicaciones de todo tipo unido a un afán de superación y de igualarse cuanto menos a las poblaciones vecinas, conduce a las clases social y económicamente preponderantes a ir creando en el entorno los canales de expresión ciudadana.

Con el paisaje descrito, nace la prensa periódica en Elda. Ya en el siglo anterior, encontramos algún antecedente en la revista *Fiestas de Septiembre* (1866), los periódicos *El Águila* (1877, de posible contenido y denuncia política) y el ya datado en 1886 con suficiente base documental, *El Bien General*, editado por la *Sociedad de Socorros Mutuos Obreros* del mismo nombre y dedicado a contenidos literarios y sociales.

En 1902, con la publicación de *El Vinalapó*, subtitulada *Revista de ciencias y de arte*, se inicia una secuencia de ediciones de otros tantos periódicos y revistas¹, que irán apareciendo a lo largo del primer tercio de siglo, con mayor o menor duración y fortuna. Siempre al paio de la situación política y social, en la mayoría de los casos, la prensa en Elda actúa durante este periodo, como órgano de expresión de los grupos con tendencias ideológicas, dejando sistemáticamente un hueco en sus páginas para dar una muestra de la preocupación de estos colectivos por la cultura, entendida como más o menos elitista o popular según sus tendencias. La crítica social y la sátira, no están ausentes de sus páginas, del mismo modo que encontramos varios títulos, dedicados al fomento de las fiestas locales. Entre estos últimos podemos destacar *El Centenario* (1903), revista dedicada exclusivamente a los actos celebrados con motivo del tercer centenario de la llegada de las imágenes de los Santos Patronos a Elda; la revista *Fiestas Populares* (1931), da un giro de 180° y respondiendo a los vientos republicanos, dedica sus páginas a la promoción de las fiestas tradicionales locales en su vertiente cívica. El año siguiente, ve la aparición de *Elda Extraordinario*, con un único número dedicado a conmemorar el centenario del nacimiento de Castelar.

Títulos como *La Bandera Radical* (1911), *El Reformista* y *El 75* (1915), *La Lucha* (1920) y *Horizonte* (1931), son una muestra de las publicaciones periódicas eldenses de distintas tendencias políticas. Pero entre todas ellas, destaca por la calidad de sus colaboradores y su



Imagen de cabecera de la publicación periódica eldense más importante anterior a la Guerra Civil. 1926-1930.

permanencia en el tiempo, el semanario *Idella* (1926-1930), dirigido por José Capilla. Apreciado por políticos y literatos tales como: Gregorio Marañón, Azorín o Gabriel Miró entre otros muchos, *Idella* supo conectar con el sentimiento republicano de la población eldense, quedando en la memoria local, como el periódico más importante de este periodo.

La caída de la dictadura de Primo de Rivera y la posterior instauración de la República, permiten la publicación de otros periódicos, en muchos casos como exponente de las ideas de sus editores. La prensa de tendencia socialista y en mayor medida la anarquista, al ser vehículo de expresión de las ideas racionalistas, permiten la difusión de un tipo de cultura llamada popular. Alejada de los cánones oficiales y no exenta de una cierta ingenuidad y romanticismo, visto desde la perspectiva actual, daba el protagonismo al pueblo y al razonamiento, estando sus contenidos impregnados de una fuerte carga social.

Los años de la Guerra Civil, por razones obvias, suponen un freno en cuanto al número de cabeceras publicadas. En este periodo y debido a la influencia del sector político mayoritario, las publicaciones son sobre todo de ideología libertaria. Los contenidos van dirigidos especialmente a mantener la conciencia de la población en línea con

Cabecera del semanario de ideología cenetista, impreso en Gráficas Ortín, Elda, 1932.



Portada de un número de la revista *Dahellos*, perteneciente al año 1950.



la situación del país. Los semanarios *Proa*, *Rebelión*, *Nuevo Mundo* y *Al Margen*, de fuerte carga dogmática, se continúan editando hasta llegar al año 1939.

Un largo paréntesis se abre al acabar la guerra, en el que asoman publicaciones dedicadas a temas monográficos (fiestas, deportes) o bien de forma ocasional, con motivo de algún evento puntual.

Portada del primer número de *Valle de Elda* (1956).



En este periodo nace la revista oficial de las fiestas de Moros y Cristianos (1945), el boletín *Peregrinación* (1948) o *Dahellos* (1949), concebida esta última como un cuaderno literario, órgano de expresión del grupo del mismo nombre, formado por nombres tan reconocidos como: Alberto Navarro, Juan Madrona, Vicente Valero, Rodolfo Guarinos, Carolina González y otros; la revista va evolucionando hasta llegar a abarcar información más generalizada y de interés para la población. Con quince números publicados y una extensión en el tiempo de cuatro años, *Dahellos* se convierte en un raro referente para el inicio de la investigación de temática local.

Hay que esperar a 1956, para encontrarnos con un nuevo semanario eldense. En este caso se trata de *Valle de Elda*, la publicación periódica local de más larga duración. El 1 de septiembre de 1956, sale a la calle el primer número de este semanario, que viene publicándose ininterrumpidamente hasta el día de hoy, bajo la dirección de Alberto Navarro Pastor hasta el último número publicado en 2003.

Una publicación de ámbito tan modesto y de tan larga duración, posiblemente deba su permanencia a las simpatías y cercanía con los censores y, en tiempos más recientes, a su mesura y contención alejada de cualquier tipo de sensacionalismo y mantenida durante toda su andadura. De un conservadurismo patente en todos sus aspectos, *Valle de Elda*, posiblemente deba su permanencia a esa fidelidad de imagen, correspondida a su vez por la población eldense que tiene en esta publicación, una de sus señas de identidad más reconocidas.

Con posterioridad a esta publicación, han visto la luz en Elda, otras muchas cabeceras de muy variada índole: boletines festeros, deportivos, culturales, etc. cuyo comentario, se haría excesivamente extenso para el interés de esta obra y sería repetición de la muy acertada monografía de Alberto Navarro Pastor: *La prensa periódica en Elda (1866-1992)*, a la cual remitimos al lector.

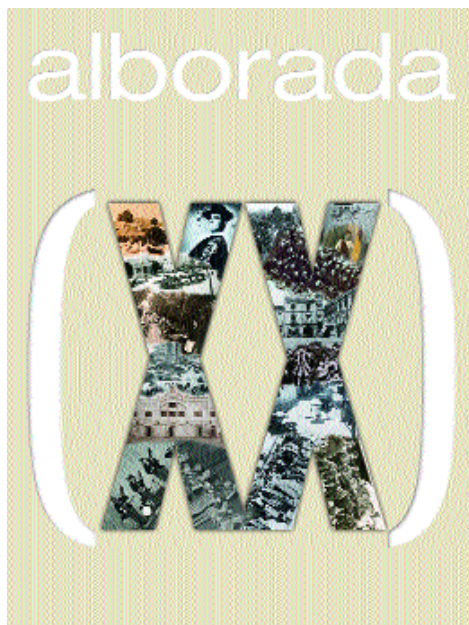
En la actualidad y junto a *Valle de Elda*, tendríamos que reseñar la existencia del semanario *El Comarcal* y el boletín municipal *Vivir en Elda*, el cual concebido como vía de comunicación de la vida municipal, viene dando cuen-

ta de todo aquello que puede interesar a la ciudad en todos los aspectos.

Un tratamiento especial merece la revista *Alborada*. Nacida en 1955 bajo el título de *Fiestas Mayores*, el nombre de *Alborada* figura en su cabecera, y pasaría a ser el propio desde el número 3 de la revista (1957). Pensada como revista de las fiestas mayores de septiembre, con el tiempo ha ido evolucionando hasta convertirse en los últimos años, en la auténtica tribuna para dar a conocer las investigaciones históricas y costumbristas de gran número de autores locales, o bien que han tenido una cercanía por causas variadas a nuestra ciudad². Estas investigaciones y los artículos resultantes de ellas, convierten a *Alborada*, en la cantera temática por excelencia y fuente documental ineludible, para ir completando la historia social reciente de Elda, haciéndose imprescindible para cualquier interesado en los temas locales la consulta de todos los artículos publicados en ella desde su primer número.

Con relación a las monografías y a la creación literaria, son sobre todo los últimos años del siglo pasado, los que ven incrementarse la bibliografía local. Si bien la mayoría de estas obras son de contenido basado en el costumbrismo y la historia local, no faltan trabajos de mayor profundidad, en los que se aprecia claramente la preocupación de sus autores, por profundizar en el análisis de aquellos episodios y personas que han conformado el paisaje social local. No es la finalidad de este trabajo elaborar una bibliografía eldense exhaustiva sobre el período, por lo tanto, conscientes de la importancia de todas las obras publicadas, haremos referencia sin demeritar a los no relacionados, a los trabajos del referido anteriormente Alberto Navarro Pastor, Cronista oficial de la ciudad y auténtico referente para cualquier interesado en los temas locales, el cual ha sido reconocido en este año de 2004 con el título de *Hijo Predilecto de Elda*, por su contribución a la recuperación de la memoria local. La variedad de sus trabajos y el rigor y profundidad utilizados para su elaboración, los convierten en la auténtica fuente popular de obligada consulta.

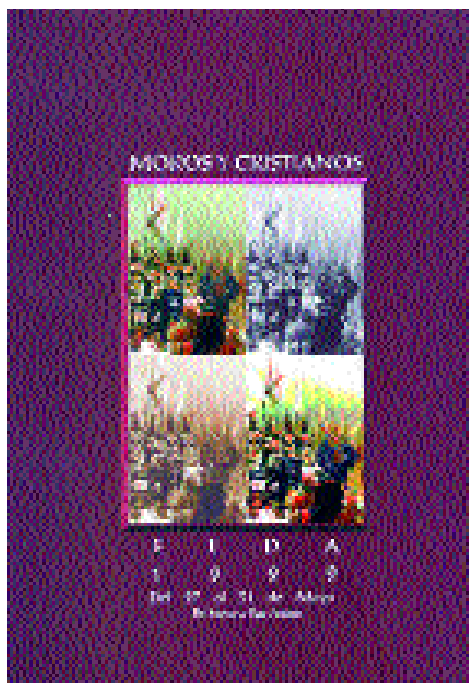
La aportación de los profesores: José Vicente Cabezuero Pliego, José A. Ortega Camús, Antonio Poveda Navarro, Juan Rico Jiménez, Joaquín Samper Al-



Revista *Alborada*, constituida en la auténtica fuente de referencia de los estudios locales eldenses.

cázar, Glicerio Sánchez Recio o José Ramón Valero Escandell, entre una nómina mucho más extensa y de no menor importancia, nos aportan una visión académica y totalmente esclarecedora sobre distintas etapas históricas de la ciudad y sobre el conocimiento de eldenses ilustres, tal es el caso de D. Juan Sempere y Guarinos, del cual se conmemora el 250 aniversario de su nacimiento.

Reseña destacada merece la labor efectuada con la catalogación del archivo de la casa condal de Elda, por



Revista oficial de las Fiestas de Moros y Cristianos, decana en la actualidad de las publicaciones periódicas eldenses.

La publicación del *Catálogo del Archivo Condal de Elda*, de 1999, supuso un importante paso para el conocimiento y la investigación del pasado de la ciudad.



parte de Gabriel Segura Herrero y Consuelo Poveda Poveda y publicada bajo el título de *Catálogo del Archivo Condal de Elda (I)*, obra que se ha mostrado como importantísima para el posterior estudio de la historia de nuestra ciudad por otros autores, queda en espera de ver la segunda parte, que vendrá a completar esta fuente documental.

Una visita de carácter más cercana a todos los lectores y de temática más variada, es la que nos proponen en sus obras autores tales como: Manuel Serrano González, José Luis Bazán López, Miguel Barcala Vizcaíno, Juan Rodríguez Campillo o la rara aproximación histórica de gran valor gráfico de Miguel Ángel Guill. Entre todos visitan cada uno de los rincones y apartados que componen la sociedad, confeccionando un tapiz cultural y costumbrista de innegable valor.

En cuanto a las obras de creación literaria, destacaríamos las de Elia Barceló centrada en narrativa juvenil, así como algunas novelas de ciencia ficción de muy buena acogida por parte de la crítica y del público, señalaríamos uno de sus últimos títulos publicados, *El secreto del orfebre* (2003), por el protagonismo que adquiere en la novela nuestra ciudad a pesar de no denominarla como tal, pero fácilmente identificable en calles, plazas y establecimientos, algunos de ellos ya desaparecidos. También hacemos reseña de la

obra publicada por Pedro Maestre, ganador del Premio Nadal en 1996 con la novela *Matando dinosaurios con tirachinas* y las posteriores *Benidorm*, *Benidorm*, *Benidorm* (1997) y *Alféreces Provisionales* (1999), o la menos divulgada pero de indudable calidad, perteneciente a Antonio Peñalver.

La labor de la Concejalía de Cultura en este campo, viene refrendada por el gran número de publicaciones que subvenciona a lo largo de cada año y por la convocatoria anual del Concurso de Cuentos Ciudad de Elda, certamen de alcance internacional y al que han concurrido en su larga andadura, autores de reconocido prestigio y calidad en su obra.

Colectivos culturales

Algo ineludible para profundizar en el estudio del panorama cultural eldense durante el pasado siglo, es la aproximación a los colectivos culturales, verdaderos ejes vertebradores de todas las iniciativas que han formado las páginas de la cultura en nuestro entorno.

Recién iniciado el siglo, en 1901 y tomando como modelo lo ocurrido en otras poblaciones, entre ellas las vecinas Novelda y Monóvar, se crea por iniciativa de un grupo de amigos lo que vendría a ser el Casino Eldense. Heredera de alguna otra sociedad similar más antigua y dotada de un primer reglamento normativo, tres años más tarde de constituirse, esta asociación ya cuenta con una flamante sede, el edificio que actualmente conocemos. Este hecho posibilita la organización de distintos actos: reuniones, tertulias, así como bailes y celebraciones festivas. Convertido en el emblema de una parte de la población eldense, la sociedad del *Casino* cumple su función hasta entrada la década de los ochenta. Tras este largo periodo, entra en un declive del que la actual directiva parece querer escapar con la propuesta de remodelaciones estructurales en el edificio social y captación de nuevos socios, para devolverle el protagonismo que tuvo en otros momentos.

Si bien la sociedad del *Casino* cubría las expectativas de un sector social, la gran mayoría de los eldenses, apenas contaba con propuestas culturales. La banda de música, y posteriormente el Or-

feón Sinfónico Eldense, serían algunas de las alternativas posibles. La falta de medios ilustrativos y ante todo la escasez de medios económicos, hacen surgir al amparo de grupos ideológicos, instituciones dedicadas a «*procurar alimento al espíritu*». Unas de carácter educativo, llenas de idealismo y, visto con la perspectiva del tiempo, con un ingenio romanticismo tal como la Escuela Racionalista³; otras como la Casa del Pueblo o el Ateneo Libertario, con una finalidad más dogmática, pero todas ellas vendrían a sentar las bases de lo que se denomina *cultura popular*, permitiendo dentro de su idealismo y ante la escasez de medios oficiales, fomentar la formación autodidacta.

Todas las iniciativas anteriores forman el cuerpo del que posteriormente surgirían las *Bibliotecas Populares*, las tertulias en los ateneos, o la gran proliferación de publicaciones periódicas del primer tercio de siglo.

La Guerra Civil supuso un importante paréntesis, pero al acabar esta y tras un periodo de «*ajustes sociales*», vemos surgir una serie de establecimientos generalmente intervenidos por el régimen dominante, con la intención de ir influyendo ideológicamente en la población. Las manifestaciones culturales en esta época, están sometidas a una fuerte censura política y dogmática, siendo sus gestores elementos afines o integrados en la sección sindical, Sección Femenina o distintos grupos nacidos al amparo de la Iglesia oficial, tal como la *Casa del Niño*.

La década de los años cincuenta, es especialmente fecunda e importante, al ser la etapa en la que surgen una serie de grupos cuyas inquietudes, van a ser el germen del desarrollo cultural de la ciudad.

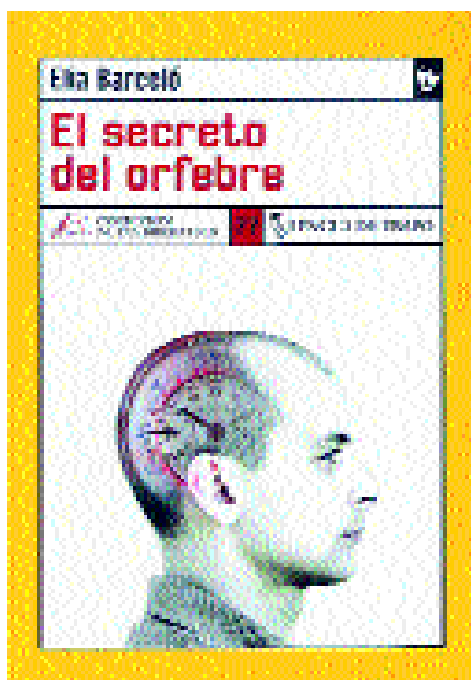
Tras largas conversaciones y no menos gestiones, en 1952 se llega a inaugurar lo que sería durante cincuenta años, el emplazamiento *provisional* de la Biblioteca Pública Municipal. Fruto de las propuestas de un grupo de intelectuales locales, pertenecientes al grupo literario *Dabellos*, se consigue contar con una de las primeras bibliotecas públicas municipales de España. Creada con un fondo librario formado en parte por la dotación fundacional del ministerio y en parte por donaciones populares, y dirigida por Alberto Navarro en su primera etapa, existen



Alberto Navarro Pastor, auténtica fuente referencial para la investigación sobre temática local (CEFIRE)

anécdotas y curiosidades como la propuesta de un miembro del patronato rector de no cubrir el servicio de préstamo de libros a domicilio, ante el riesgo de contagio de enfermedades infecciosas, o la norma de publicar semanalmente en la prensa local del momento, la lista de donaciones y nuevas adquisiciones de libros, práctica esta que se nos muestra actualmente como un adelanto de lo que hoy damos en llamar animación a la lectura.

Llegados a 1956, un grupo de amigos forma una de las asociaciones de más solera y que más a contribuido al fomento cultural en la población: el



En *El secreto del orfebre*, Elia Barceló recupera una visión idealizada de la Elda de posguerra.

Centro Excursionista Eldense; con sus distintas secciones, ha intervenido en todas aquellas manifestaciones sociales y culturales que han ido surgiendo en Elda. De esta forma en su organigrama, podemos reseñar la sección arqueológica, germen y autores sus componentes del actual Museo Arqueológico Municipal. Pioneros en las excavaciones arqueológicas, sentaron las bases para la posterior recuperación del importante legado arqueológico e histórico con el que contamos. La agrupación de Pulso y Púa, la Coral Allegro o el Orfeón del CEE, todos ellos están presentes sin duda en el origen de lo que hoy es el Conservatorio Profesional de Música «Ruperto Chapí». La sección filatélica, la sección de fotografía, o el apoyo dado, facilitando sus instalaciones para la celebración de cursos y exposiciones organizadas por otros colectivos, sin olvidar la promoción del deporte en casi todas sus modalidades, son una muestra del buen hacer de esta asociación, surgida de la inquietud popular y de la que todos somos deudores.

Durante los años sesenta, de la mano entre otros de Carolina González y de Paco Mollá, se crea el Centro Cultural Eldense. A lo largo de cuatro años, asistimos a la celebración semanal de conferencias, tertulias literarias, recitales de poesía, la organización en 1961 de una semana de *Arte Sacro*, o la puesta en antena del programa «*Horizontes*», de la mano de Diego Iñiguez en la antigua emisora local Radio Elda.

El «*Salón de Otoño*», patrocinado por la desaparecida Caja de Ahorros

Provincial, el Aula de Cultura de la Caja de Ahorros del Sureste de España, fusionada posteriormente con la anterior, o la obra social del Club de Campo, permiten asistir a exposiciones de arte y conferencias de un alto nivel.

En 1964, se crea en Elda el Seminario del Instituto de Servicios Sociales, impartiendo titulación de Graduado Social, acuden a él estudiantes de toda España. En 1970, el Ayuntamiento eldense relanza los estudios y ya en 1987 este seminario se transforma en la actual Escuela de Relaciones Laborales, dependiente de la Universidad de Alicante y en donde gran número de alumnos cursó la diplomatura de esta especialidad. El futuro de esta institución, se perfila bastante optimista, con el proyecto de creación del Campus Universitario del Vinalopó.

Con posterioridad a 1975 y tras un gran estallido social, enmarcado en los años de la transición política a la democracia en España, todos aquellos movimientos culturales que han ido gestándose en las décadas anteriores tienen su eclosión, creándose un entramado cultural que desemboca en los años ochenta, verdadera edad de oro de la cultura del país en general y en Elda en particular. Arte, literatura, cine, teatro, música, deporte. Todo tiene cabida y proliferan las propuestas para todas las edades. Las administraciones públicas sensibles a las demandas ciudadanas, se van convirtiendo poco a poco en gestores de aquellas actividades, hasta ese momento casi vedadas a la mayoría de los ciudadanos. Así es como asistimos a una mayor difusión de los intereses culturales, encauzados y fomentados en Elda con la creación de la Casa de Cultura en 1983 y cuyos resultados se pueden apreciar actualmente, al haber contribuido ésta a elevar el nivel formativo y cultural de la población. Hemos de entender que posiblemente sin las experiencias pasadas, no hubiesen surgido grupos como: El colectivo de la Medianoche, La Casica del Artista, Aulas de la Tercera Edad o Mosaico, que junto a otros permiten desarrollar una labor social de acercamiento a la cultura, que difícilmente podría haberse hecho efectiva solo por la iniciativa privada.

Los últimos años del siglo XX, y los primeros de este nuevo milenio, siguen consolidando iniciativas como el

Profesores y alumnos de la Escuela Racionalista de Elda, de tendencia anarquista, en 1918 (Archivo EMIDESA).



Centro de Estudios Locales del Vinalopó, nacido en 1997, con sedes en Petrer y Villena; recibe el apoyo económico de la Mancomunidad Intermunicipal del Valle del Vinalopó y da a conocer sus investigaciones por medio de las publicaciones: *Revista del Vinalopó* y la colección de estudios monográficos *L'Algoleja*. Iniciativas de este tipo, con miras supramunicipales, son merecedoras de mención por lo que suponen de superación, ante un modo de pensar basado en el localismo.

La creación del Centro Cultural «Paurides González Vidal», perteneciente a la fundación homónima, o la inauguración recientemente del auditorio de música, promovido por la asociación Amigos de la Opera y Conciertos, son dos de los últimos logros en nuestra ciudad, que si bien han tenido una fuerte participación de fondos públicos, han ido surgiendo de sendos colectivos privados y nos permite asegurar una completa y variada oferta cultural no solo para Elda, sino también para toda la comarca.

Aspectos musicales

Al acercarnos al estudio del panorama musical en Elda durante el siglo XX, apreciamos una primera etapa, marcada sobre todo por la labor de la banda de música «Santa Cecilia» dirigida por D. Ramón Gorgé, bajo cuya batuta la banda consigue un importante primer premio en Alicante en agosto de 1900.

Posiblemente el triunfo en este certamen, actuó como detonante para formar la Sociedad Artístico-Recreativa «La Eldense», cuyo fin era dotar a Elda de un recinto adecuado para las representaciones teatrales, conciertos musicales, representaciones líricas, etc., plasmándose esta iniciativa en la realidad del Teatro Castelar. Este empeño de cara a la celebración del tercer centenario de la llegada de las imágenes patronales a Elda, fuerza que el teatro-circo, se inaugure a falta de ornamentación, siendo objeto de un posterior acabado en años siguientes.

La proyección de los músicos y compositores locales en esta etapa, fue a nivel de círculos reducidos, como mucho con un alcance provincial y regional y su actividad iba dirigida a la docencia privada o a la dirección de la



banda de música Santa Cecilia. La temática de sus composiciones era sobre todo de exaltación religiosa o patriótica, con alguna incursión en la música lírica.

Músicos pertenecientes a este periodo, podemos reseñar a D. Francisco Santos autor del «*Himno a Elda*», interpretado por el Orfeón Sinfónico Eldense (1932-1935) con gran éxito de público. D. Ramón Gorgé, director de la banda de música y autor entre otras obras de los villancicos «*A la Virgen*» y «*Al Señor*», con letra del poeta local Francisco Laliga; Gorgé fue autor de varias zarzuelas de temática localista, ambientadas en los talleres de calzado, con libretos de D. Maximiliano García Soriano, siendo estrenadas en Alicante y Madrid.

Tras el obligado paréntesis que supuso la Guerra Civil, el músico valenciano D. José Estruch Martí, continuó a cargo de la banda de música (1934-1954; 1962-1978), representando una nueva época de esplendor para la música local.

En los años de posguerra, Elda viviría el despunte de varios artistas locales con desigual continuidad en sus carreras, es el caso de las cantantes líricas Amparo Vera Beltrán y Carmen Bañón.

Ya en los años 50 y dentro de una línea de canción popular muy de moda por entonces, surge la figura de Pedrito Rico, uno de los artistas con mas proyección internacional que ha dado Elda. Tras su debut en el teatro Ruza de Valencia y su presentación en Madrid, inicia su larga carrera, de gran éxito sobre todo en América Latina, donde tienen gran aceptación sus espectáculos de fuerte acento folclórico.

Orfeón Sinfónico Eldense, durante su actuación del 1 de septiembre de 1933 en el Teatro Castelar, dirigidos por D. Francisco Santos, autor del *Himno a Elda*, cuyo estreno tuvo lugar ese día (Foto Samper).

Ana María Sánchez durante una representación de *La forza del destino*, de G. Verdi. Teatro Real de Madrid, 2001 (Foto Javier del Real).



co. Pedrito Rico interviene también en varias películas de temática popular.

La danza tiene su representante eldense en la figura del bailarín Antonio Gades. Llegado al mundo del baile de forma casual, Gades se forma en el ballet de Pilar López. Reconocido por la crítica como uno de los intérpretes más importantes en su disciplina artística, ha desarrollado una amplia carrera no solo como bailarín, sino como coreógrafo y director artístico, creando escuela con su buen hacer. Sus actuaciones han pasado por el cine interviniendo en películas no siempre de contenido musical, destaca entre ellas su participación en la mítica «*Los tarantos*» del director Rovira Veleta, junto a Carmen Amaya.

Los años setenta suponen en Elda el intento de consolidar un importante festival de ópera y ballet. Auspiciado por la Asociación de Amigos de la Música y con la colaboración del eldense Gerardo Pérez Busquier, en su momento director de la orquesta del Teatro del Liceo de Barcelona. En el marco de las fiestas de septiembre, se suceden las distintas ediciones de este festival hasta llegar a 1979, año en el que debido a las críticas que lo tachaban de elitista y discriminatorio, acaba por desaparecer.

La importancia que fue adquiriendo este certamen, se refleja al revisar el elenco de figuras que intervienen en sus distintas ediciones, así como el contenido de su programación. Cantantes

de la talla de Montserrat Caballé, Plácido Domingo, José Carreras, Joan Pons, o los eldenses José María Pérez Busquier y Evelio Esteve, dan idea del nivel alcanzado en un festival posiblemente demasiado ambicioso para la realidad y el momento de Elda. La situación de cambio político y los recursos destinados a este evento, limitaron la realización de una programación alternativa de cariz más popular y acorde con el gusto de otros sectores de población, sobre todo los jóvenes, quienes vieron rebajado el nivel de los espectáculos a los que estaban acostumbrados.

Las críticas vertidas desde distintos colectivos ciudadanos, unidas a un cambio de criterios de la administración municipal, llevaron al cierre de un ciclo artístico que como otros proyectos en la ciudad, han sido adelantados a su tiempo.

Los años 80 y 90, musicalmente hablando, pasan por la continuidad de agrupaciones como la banda de música Santa Cecilia, el Orfeón del Centro Excursionista Eldense, la Coral Allegro o la formación de distintas agrupaciones musicales, surgidas generalmente de las aulas del conservatorio de música «Ruperto Chapí».

Muy destacado ha sido también el nacimiento, desde el anonimato del Orfeón del Centro Excursionista, de la carrera musical de la soprano eldense Ana María Sánchez, becada para sus estudios en Alicante y Madrid desde el CEE. Tras realizar numerosos conciertos en Francia y Alemania, en 1994 debuta en Palma de Mallorca con la ópera *Nabucco* de Verdi. A raíz de su éxito ese mismo año en el Teatro San Carlos de Lisboa como Matilde en la ópera *Guillermo Tell*, recibe numerosas invitaciones para actuar en los más prestigiosos teatros de ópera del mundo, hasta llegar en 2004 a actuar en el Teatro Real de Madrid.

Sus actuaciones operísticas, las viene combinando con conciertos y recitales de música de cámara. Esta brillante carrera, brevemente resumida, no le hace olvidar su origen eldense, participando en todas aquellas propuestas artísticas que se le demandan desde Elda, a pesar de su apretada agenda de trabajo.

Es de destacar la andadura musical de la soprano Dolores Delgado y de las profesoras de piano Matilde Insa y María del Carmen Segura, ambas responsables de la formación musical de gran

número de ciudadanos de Elda y su comarca.

De gran importancia es también la labor que vienen llevando a cabo las distintas escuelas de danza de la ciudad; si bien no ha surgido de ellas una figura de gran relevancia, si está permitiendo una educación musical y artística de gran número de educandos en su mayoría mujeres, contrastable por el éxito de público de los distintos espectáculos de danza de todos los estilos, que se programan en la ciudad a lo largo del año.

La inquietud de la población en otros estilos musicales, viene confirmada por la existencia desde finales de los años sesenta de un buen número de grupos de música pop. Nombres como *Los Flamencos*, *Los Sonámbulos*, o *Blue Star*, son recuerdos de una etapa en la que en Elda se podía escuchar música en directo, tanto por haber grupos como por la existencia de salas. La Playa, Las Vegas o Florida, marcaron unos momentos en los que la movida eldense supo adelantarse a lo que en ambientes capitalinos se venía cociendo.

Si bien actualmente los grandes espectáculos de música ligera y estilos mas vanguardistas no llegan a Elda, posiblemente por la estructura comercial de este tipo de música, visto como producto de consumo, si tiene una gran aceptación todas aquellas propuestas que se pueden celebrar en el ámbito local: conciertos de música sacra, de polifonía, certámenes de bandas de música, agrupaciones musicales de las asociaciones festeras, y en los últimos años la gran proliferación de composiciones generalmente destinadas a las fiestas locales de Moros y Cristianos, Fallas y Semana Santa, teniendo sus exponentes mas conocidos en las figuras de los jóvenes compositores eldenses Octavio J. Peidró y Javier Ortiz.

La recuperación del Teatro Castellar, la inauguración del Auditorio de música y la esperamos que inminente realidad, de un nuevo conservatorio de música, hablan por si mismo de la buena salud de la que goza la música en Elda, algo que al parecer va a continuar en constante desarrollo.

Artes escénicas

La ocasión de celebrar el III Centenario de la llegada de las imágenes

de los Santos Patronos a Elda pudo actuar como acicate para hacer realidad un recinto en el que las manifestaciones artísticas tuviesen un marco adecuado. Hasta ese momento, las únicas actuaciones teatrales que llegaban a Elda, eran compañías que representaban sus obras en un antiguo teatro, del que se tiene referencias pero no constancia de su ubicación⁴. Construir un teatro en la ciudad creaba unas posibilidades escénicas que la Elda de principios del siglo XX, con una sociedad que empezaba a encontrar holgura económica, y tenía un gran afán emprendedor y de superación, estaba necesitando.

En 1904 y con motivo del Centenario aludido, sin acabar apenas su interior, el flamante Teatro-Circo Castellar abre sus puertas y pasan por su escenario los cómicos herederos de la legua: actores, actrices y los espectáculos de más renombre en el panorama español. A principios de siglo, según la memoria oral, se proyectó cine por primera vez en Elda en una barraca ambulante situada en la Plaza de Arriba. Andando el tiempo y antes de la I Guerra Mundial, se empezaron a hacer sesiones de cine en el Teatro Castellar; en los años veinte y treinta, las salas de teatro y cine fueron multiplicándose: Castellar, Cervantes y Coliseo España. Tras la guerra, las diversiones eran muy escasas y el trabajo ocupaba gran parte del tiempo de los eldenses; como distracción,



Detalle de la fachada del Teatro Castellar (Foto de Francisco Albert Rico)

Rafael Maestre, director teatral,
alma de «Coturno» (Revista
Fiestas Mayores).



quedaban los grupos de teatro de aficionados a los que siempre hubo gran afición en Elda, las grandes compañías de teatro o zarzuelas que pasaban por la ciudad en su giras, y sobre todo... el cine.

Poco a poco Elda se fue poblando de salas de proyección, en las cuales era costumbre contratar abonos de temporada. Los domingos por la tarde, el cine en sesión doble y más tarde los paseos por la calle Jardines o la calle Nueva, eran las distracciones habituales. Salas como el Ideal, Cantó, Alcázar, Gloria, Rex, Lis y, como la demanda era muy alta, también en los barrios había cine: Río en la entrada a la *Frontera*, ese territorio perteneciente a Petrer pero fuertemente vinculado con Elda. En verano las salas al aire libre: Roxi, Coliseo, Gloria (transformado posteriormente en Pista Paz). Años dorados del cine en Elda, por ella pasaban los grandes estrenos y eran parte del paisaje urbano las carteleras anunciando la programación; las caras de Gary Cooper, Greta Garbo, Alfredo Mayo o Sara Montiel, eran familiares a los eldenses, que estaban al tanto de todos los trabajos que en ese firmamento de estrellas se realizaban.

Los títeres de Talio⁵, también tenían una cita anual con los niños de Elda durante las fiestas de septiembre.

Poco a poco la afición local fue orientándose hacia el teatro mas serio; así es como nace en los años 60 el grupo *Coturno*, que bajo la dirección del desaparecido Rafael Maestre, eminen-

te especialista en el teatro del Siglo de Oro español y autor de una importantísima obra relacionada con el tema, empieza a explorar en el territorio del teatro clásico y de vanguardia; este grupo mantuvo durante bastantes años su trabajo de investigación sobre el teatro de autor, frente al oficial y más acorde con el gusto del momento.

Como en otros aspectos, la transición política abrió una ventana por la que entraron nuevos aires y en Elda se empezó a programar de tal forma que por el Teatro Castelar pasaron los espectáculos y las propuestas mas interesantes del panorama escénico nacional: Dagoll-Dagom, Els Joglars, El Teatro Negro de Praga, Carrusel, La Cazuela, Tricicle y otros muchos. Autores como Paco Nieva, Fernando Arrabal, Buero Vallejo, Antonio Gala, etc. ven sus obras representadas ante el publico eldense.

En la década de los 80, un tímido intento de crear un festival de teatro moderno, trae hasta Elda a reconocidos autores y actores, dándole un cariz más profesional.

En el aspecto local, el grupo *Carasses*, se constituye en el relevo de *Coturno* como compañía de teatro estable local. Cantera de buenos interpretes semiprofesionales que llevan su trabajo hasta importantes festivales internacionales, de la mano de su director Antonio Santos, la labor de *Carasses* ha sido reconocida con destacados premios de actuación, montaje y dirección.

Los cambios en la legislación de espectáculos de los años setenta, se plasman en Elda en la apertura del cine *Lis* como sala especial de Arte y Ensayo; esto permite asistir en la ciudad a la proyección de películas en versión original subtitulada y da la oportunidad de conocer la obra de importantes directores de cine españoles y europeos, muy difícil de poder ver en los circuitos comerciales, e incluso fuera de las principales capitales.

De gran importancia para la formación cinematográfica de los eldenses, fue la programación de cine-fórum, que con periodicidad mensual se llevaba a cabo en el salón de actos del colegio Sagrada Familia; y la creación de los cine-club: Bergman y Elda, dando ocasión a los asistentes a estas sesiones de analizar tras su proyección los aspectos argumentales y técnicos de las películas proyectadas.

Finalizando los años 80, el Teatro Castelar cierra sus puertas debido al estado de semirruina en que se encuentra y a la falta de entendimiento entre los propietarios y el ayuntamiento, para su adquisición por parte de este. De repente, los espectáculos a los que Elda estaba acostumbrada desaparecen y para intentar cubrir este vacío toma el testigo la Casa de Cultura. Con un gran esfuerzo debido a la falta de un escenario adecuado, se empieza a programar cine, teatro, títeres, recitales, todo aquellos que puede tener interés escénico para el público.

Los cines en estos años, inician un periodo de decadencia que lleva al cierre de gran parte de las salas. La apertura de los Cines Plaza en 1995, parece que da un poco de aliento a una oferta maltrecha, pero la realidad se impone, y con la apertura de las salas múltiples de los centros comerciales situados en Petrer, poco a poco en el año 2003, acababan por cerrar todos los cines en Elda.

Con el deseo y petición del público de volver a contar en la ciudad con esta oferta cultural, la programación de la Concejalía de Cultura por medio de sus ciclos de cine es la única que permite tener acceso a las películas de importancia, que por sus características de cine de autor, o mala distribución, no suelen proyectarse en circuitos comerciales. Esperanzadora es la iniciativa de la Concejalía de Cultura de proyectar cine los fines de semana en el Teatro Castelar, si bien es cierto que este espacio, saturado de programación, no es el lugar adecuado para ver cine por distintas razones técnicas, y de calendario.

Volviendo al teatro, en abril de 1999 se inaugura tras un largo periodo de pleitos jurídicos, el nuevo Teatro Castelar, esta vez bajo titularidad municipal, convertido en un espacio que permitiría la recuperación de los espectáculos a los que Elda estaba acostumbrada y que daría un fuerte impulso a todas las manifestaciones escénicas.

En este recinto desde su apertura, se han podido ver todo tipo de eventos: importantes obras de teatros, espectáculos de danza de gran nivel, conciertos, musicales, recitales poéticos y sobre todo, algo importantísimo, la oportunidad que tienen los eldenses no solo de contemplar lo que viene de fuera de Elda, sino que hay un espacio escénico a su disposición, que recoge

las inquietudes creativas de grandes sectores de la ciudadanía, así como la expresión artística y musical de lo aprendido en nuestras escuelas.

Mantener tradiciones como la puesta en escena del «*Don Juan Tenorio o dos tubos un real*» de Emilio Rico Albert, o poder asistir a las representaciones de danza de las escuelas eldenses, zarzuelas y funciones teatrales representados por los colectivos como Amas de Casa, asociaciones de jubilados, asociaciones falleras, de Moros y Cristianos, etc., da idea de la importancia que en Elda se concede, no solo a la cultura con mayúscula, sino también a una cultura de calle y de base, que al fin y al cabo es la mejor evaluación del nivel de ilustración de un pueblo.

Artes plásticas

Las limitadas posibilidades de todo tipo con que contaba Elda en 1900, posiblemente no fuesen las idóneas para un florecimiento de lo que venimos a llamar *artes plásticas*. En aquellos momentos la supervivencia era el objetivo prioritario para el grueso de la sociedad local; por eso hacer un recuento de las iniciativas artísticas en pintura, escultura o cualquier otra manifestación similar, nos da un resultado escaso y centrado en obra de ilustración. Las muestras más representativas, las podemos encontrar durante esta época en las caricaturas realizadas por Oscar Porta o el monovero José Amorós «*Carlos*», para el semanario *Idella*, o la participación de Luis Bagaría, magnífico caricaturista colaborador habitual del diario madrileño *El Sol*.

Las fiestas han estado en el origen de muchas de las manifestaciones artísticas locales y así es como encontramos una excepcional muestra de obra gráfica, en los programas de fiestas de los años que abarcan el periodo hasta la Guerra Civil. Fiestas de carácter religioso o cívico, según la política imperante en el momento, todas ellas tuvieron su exaltación y nos han dejado su muestra en las portadas y carteles creados por artistas como: Bolós, Peñarrubia, Carroggio, Pedro Carpena o Cortés, entre otros.

Es de reseñar el hermoso cartel realizado por el artista alicantino Gastón Castelló con motivo de celebrarse en 1932, el centenario del nacimiento de



El pintor Gabriel Poveda, *Leirbag*, en 1988 en una finca de Petrer (Foto cedida por Teresany).

D. Emilio Castelar, y la inauguración del monumento a este insigne político⁶, obra del escultor Vicente Bañuls, del cual en Elda se conserva alguna otra muestra, como lo es la placa conmemorativa instalada en la casa en donde vivió Castelar, colocada hoy en un edificio de planta moderna que ocupa el lugar del antiguo emplazamiento sito en la calle Colón.

Acabada la guerra, y tras un periodo de recuperación social en todos los sentidos, la economía local empieza a resurgir, y este hecho actúa de motor para plasmar ideas e iniciativas de cariz artístico y cultural. De este modo es como en los salones del Casino Eldense y con motivo de las Fiestas de Septiembre, se viene organizando cada año una muestra pictórica de la obra realizada por afamados artistas. Ya en 1956 y con motivo de las fiestas se inaugura el *Salón Nacional de la Fotografía*, que en su primera edición alcanza una gran repercusión, reuniendo 137 obras de 50 artistas de procedencia nacional; esta muestra perduraría durante más de dos décadas, llegando a tener un gran prestigio como exponente de obra gráfica.

En este periodo es cuando se desarrolla la obra del artista eldense Gabriel Poveda Rico, *Leirbag*. Autor de sendos retratos de gran tamaño sobre *El Seráfico* y Castelar, pintados a finales de los años veinte, estudió arte en Monóvar, Barcelona y Madrid. Tras pintar unos murales en el desaparecido Cine Cervantes, marcha a París en donde vive un año. Al acabar la Guerra Civil, es encarcelado junto a otros artistas en el Reformatorio de Adultos de Alicante. Al quedar en libertad, trabaja en distintos oficios que compagina con la pintura. Poseedor de una larga carrera artística, ha investigado en casi todos los géneros: realismo, figuración, cubismo, abstracción, etc. Su obra ha sido expuesta en distintos países de Europa, África y América y actualmente hay muestra de ella en el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, Museo del Calzado de Elda y en varias colecciones privadas.

Bajo el patrocinio de la entonces Caja de Ahorros del Sureste de España, se crea en Elda la llamada *Aula de Cultura*; la inauguración el 5 de mayo de 1960, con un concierto a cargo de la violinista Josefina Salvador, supuso el contar en la ciudad con un espacio cul-

tural estable y disponer de una sala de exposiciones adecuada.

Años más tarde y bajo el patronazgo de la otra entidad de ahorro presente entonces en Elda, la Caja de Ahorros Provincial de Alicante, se inaugura el 31 de octubre de 1969 el *Salón de Otoño*, concebido como muestra anual, que alberga en esta primera cita una exposición pictórica de tema libre, con la obra de distintos artistas locales profesionales y aficionados. En las distintas ediciones celebradas, tenemos ocasión de asistir al desarrollo y madurez creativa de nombres como: José M^a Amat Amer, Ramón Candelas, Álvaro Carpena, Carmen Castaño, Miguel A. Esteve, Francisco García Úbeda, Juan Guill, Joaquín Laguna, Leirbag, Patrocinio Navarro, Yolanda Pérez, Joaquín Planelles, Mateo Santa, Adela Sastre o Teresany, que si bien no son los únicos ni los de obra más representativa, si dan idea del nivel artístico alcanzado en el momento.

Ante la abundante nómina local, en 1973 surge una iniciativa que bajo el nombre genérico de *La Casica del Artista*, intenta agrupar y dar difusión a la obra de todos los artistas de Elda. Con sede inicial en una casa del deteriorado casco antiguo y con la quimérica intención de recuperar lo irrecuperable, posteriormente con la subvención del ayuntamiento, este colectivo se traslada a las antiguas escuelas nacionales de la calle Ramón Nocedal, en donde han estado funcionando hasta finales de los noventa.

El año de 1974 supuso un hito, al ser el que ve la inauguración de la (hasta el momento) única sala de arte comercial que ha habido en Elda. La Sala de Arte «Sorolla», abre sus puertas bajo la iniciativa y dirección, con grandes dosis de mecenazgo, del también artista Miguel Ángel Esteve Gerónimo y lo hace con una exposición del pintor eldense Gabriel Poveda, *Leirbag*. Especialmente fecunda en sus propuestas culturales, la Sala Sorolla extiende su actividad hasta entrados los noventa. Bajo su auspicio se convocan distintos concursos de pintura y dibujo al aire libre y en directo, así como de redacción o campeonatos de ajedrez dirigidos a los escolares eldenses, teniendo como marco las plazas y los colegios de Elda. Anfitriona de exposiciones de gran importancia, la Sala Sorolla edita, junto al acuarelista catalán Guillem Fresquet,

una carpeta de obra múltiple, con temas sobre Elda del mismo autor. A través de sus salas han visitado Elda, las creaciones de artistas tan representativos como: Pérezgil, Gastón Castelló, Antogonza, Martí Font, Royo, María Carreira, Daniel Merino, o la obra gráfica de Salvador Dalí entre otras propuestas, además de las exposiciones realizadas por su director de su propia obra.

En 1980 y junto al C. N. Pintor Sorolla, de Elda, la galería convoca el Certamen «Pintor Sorolla»; inicialmente de ámbito regional, en la actualidad se sigue convocando con carácter nacional, bajo el patrocinio del Ayuntamiento y la Concejalía de Cultura de Elda.

Otro de los certámenes consolidados en el tiempo y fruto de ese raro exponente de iniciativa cultural popular, emanado de la fiestas locales, es el Certamen de minicadros «Huestes del Cadí». Convocado por la Comparsa del mismo nombre, última en llegar a las fiestas de Moros y Cristianos de Elda, este certamen cumple en 2004 su veinticinco aniversario, con una convocatoria de carácter internacional, ha venido a contribuir a la creación de una pinacoteca con las obras premiadas, bajo titularidad de la comparsa organizadora, de gran nivel artístico.

La inauguración en 1983 de la Casa de Cultura de Elda supuso, como ya hemos comentado anteriormente, un importante respaldo para el panorama cultural eldense y comarcal. Como norma recomendable, que no obligatoria, para todas las exposiciones, está la contribución por parte de los artistas expositores con una obra, para formar la colección de arte municipal. Esta colección sin sede física y fija, está catalogada y disgregada actualmente en las dependencias municipales, a la espera de su instalación en las condiciones debidas, en lo que podría ser el Museo Municipal de Arte.

Con tres etapas en su larga andadura, dos de ellas muy definidas por su larga duración, la primera bajo la dirección de Antonio Poveda, en la que durante diez meses se sentaron las bases de la política cultural a seguir. Tras la dimisión de Antonio Poveda para continuar con su labor de director del Museo Arqueológico Municipal, en febrero de 1984 se hace cargo de la dirección de la Casa de Cultura, la coordinadora de las Bibliotecas Públicas Municipales, Consuelo

Poveda. Durante este periodo, se realizan una serie de exposiciones de gran relevancia. Sería largo hacer una relación de todas las exposiciones que visitan Elda en este etapa, pero no queremos dejar de nombrar por su importancia y su compromiso, la muestra denominada «Museo de la resistencia Salvador Allende». Creado tras los acontecimientos del golpe de estado de 1973 en Chile, esta muestra compuesta por la aportación de obras de los artistas más importantes de España, estuvo guardada durante bastante tiempo, hasta que recuperada en momentos de mayor diálogo político nacional, tiene como primera sede



de exposición al público, la Casa de Cultura de Elda, inaugurándose el 10 de septiembre de 1984 con la asistencia de una importantísima representación política a nivel nacional. Esta exposición, en la actualidad está ubicada de forma estable en Chile y supone una denuncia permanente de los horrores y los extremos a los que conduce la intolerancia.

La característica de la etapa en la que Consuelo Poveda dirige la Casa de Cultura, podríamos decir que viene marcada por las denuncias de ciertos sectores de población en cuanto a lo elitista y la tendencia a las vanguardias de la programación. Si bien es cierto que podría interpretarse así, también lo es que precisamente esto permitió situar el nombre de Elda como un referente artístico, arriesgado y de calidad, en una época en la que como dice el Génesis: *no existía nada*.

Inauguración de una exposición en la sala de arte «Sorolla», en 1980. En la foto M. A. Esteve, E. Sastre, A. Rojas, A. Ibáñez, Edu, V. Rubio, R. Candelas, P. Picó, S. Tato y J. Valdés.

Instalación de los murales del altar mayor de la parroquia de la Inmaculada, en el cual figura como elemento central una imagen realizada por Arcadi Blasco. Finales de los cincuenta. (Foto cedida por Juani Guillem).



La tercera etapa en esta andadura de la Casa de Cultura, corresponde a la que dirige Paco Paya desde 1992. En esta época, si bien hemos tenido ocasión de asistir a importantes muestras, posiblemente estas haya que definir las como menos arriesgadas y de un cariz más conservador y populista. Más cercana a los gustos populares, la programación de estos años, ha dado paso a otro tipo de propuestas en las que han estado muy presentes los artistas locales y las muestras de aficionados. Durante estos años, la Casa de Cultura ha visto reforzada su capacidad expositiva, con la apertura de la sala de exposiciones de la Casa Grande del Jardín de La Música y la reforma de la sala de exposiciones de la Casa de Cultura.

Mural alegórico a la paz, obra de las ceramistas Reme Ruano y Lola Rico, instalado en 1984 en el Parque de la Concordia. (Foto de las artistas).



Herederos de los movimientos anteriormente reseñados, los artistas que confluyen bajo el nombre colectivo «Eldado», agrupan a una serie de autores con características muy definidas como son: formación autodidacta, desarrollo de su obra en su tiempo libre, al margen de un trabajo estable y oficial. Todos ellos ofrecen una serie de propuestas artísticas de gran interés. Figuran entre sus componentes: Miguel Ávila, Nuria Cano, Maite Carpena, Flora Cebrián, Miguel Cebrián, Yolanda Pérez, Pablo Román, Jesús Serrano, o Alejandro Torres.

En cuanto a los contenidos y la obra de los artistas locales, actualmente podríamos diferenciar tendencias muy definidas. La *vanguardia*, representada por nombres como: Miguel Ángel Maestre Yago, Boke Bazán, Juan Martínez Lázaro, Juan José Maestre, y Javier Romero entre otros, suponen la inmersión y la investigación en distintas técnicas tal como la fotocomposición digital, el collage, la escultura, etc., por medio de las que llegan a ofrecer una serie de propuestas sugerentes y arriesgadas.

La otra tendencia posiblemente más desarrollada y conocida en Elda sea la que conforman los artistas a los que podríamos diferenciar de los anteriores, al denominarlos como *clásicos*; estos, con una nutrida representación y entre los que sin desmerecer a los demás y por cuestiones de espacio, reseñaremos a Carmen Castaño, Adela Sastre, Joaquín Laguna, Teresany, Ramón Candelas o Miguel Ángel Esteve, todos ellos creadores de una obra de calidad reconocida y con una larga trayectoria y presencia en el panorama artístico tanto local como nacional. La precisión en el desarrollo de la técnica utilizada y su claridad de ideas, plasmada en el desarrollo de un estilo figurativo, no exento del riesgo que suponen sus nuevas propuestas, dan idea de la madurez de su obra. Las dos tendencias tienen su espacio en las exposiciones programadas de cara al I Centenario de la Ciudad.

Al margen de la obra pictórica, hay que hacer mención de la labor y las muestras artísticas de un grupo de ceramistas eldenses, posiblemente hoy algo alejadas de la creación, pero que han tenido su referente en tiempos no muy lejanos. Entre ellas se encuentran Lola Juan, Celia Payá y la labor con-

junta de Lola Rico y Reme Ruano, con una muestra de su obra en el mural cerámico, alegoría de la paz, instalado en la parte baja del Jardín de la Concordia.

Dentro de la obra gráfica, destacar el trabajo de Vicente Beltrá, Camilo Valor Esteve y Miguel Ángel Guill, creadores de una parte de su obra dedicada a la divulgación de la historia y las costumbres eldenses.

En cuanto a las salas de exposiciones y centros culturales, se han visto incrementados en los últimos años con la inauguración de las instalaciones del Museo del Calzado y de la Fundación «Paurides González Vidal», sorprendiendo por lo arriesgado, la propuesta realizada por la dirección del Hospital General de Elda, de realizar exposiciones y eventos culturales en sus instalaciones comunitarias y de uso social.

La celebración de *los Centenarios*, bien orientada, puede suponer para el panorama artístico eldense, la ocasión de retomar la vía de una incorporación a la cabecera de las propuestas artísticas más destacadas, continuando con esa tímida propuesta de aprovechar la ocasión y pasar a embellecer la fisonomía urbana, con la muestra permanente de la obra escultórica y artística de destacados autores en calles y plazas públicas, tal como se ha hecho con la «*Alegoría de las aparadoras*», obra del escultor local Sócrates de la Encarnación, instalada en la Plaza de la Ficia.

Bibliotecas y museos

Desde aquel lejano 1952 en que comienza a funcionar la Biblioteca Municipal, hasta la actualidad, han cambiado mucho las cosas en cuanto a soporte bibliotecario en Elda. La red de bibliotecas en plena fase de expansión y completamente consolidada en el entramado cultural, cuenta en estos momentos con una colección cercana a los 60.000 títulos, repartidos en tres bibliotecas de fondo general, una biblioteca con categoría de agencia de lectura y colección especializada en literatura infantil y juvenil y una biblioteca de préstamo, situada en una caseta del mercado central.

Las actividades que la red viene ofertando además de los servicios habituales están orientadas a fomentar el hábito lector entre la población escolar,

una muestra de esta labor, la encontramos en las distintas campañas de animación a la lectura enmarcadas en la Semana del Libro y el Otoño de Cuentos, cubriendo con estas y otras ofertas culturales todas las franjas de edad desde bebés hasta ancianos, sin olvidar el asesoramiento a adultos, alumnos universitarios y a investigadores.

Las colecciones museísticas, están bien representadas en Elda, con un Museo Arqueológico, pequeño en sus instalaciones pero con una colección de



Interior del Museo del Calzado de Elda (Archivo EMIDESIA).

gran importancia, que nos viene a dar cuenta del pasado tan rico con el que contamos. La colección temática del Museo del Calzado y las excelentes instalaciones con las que cuenta este, hablan por sí solas del soporte que supone esta institución para la industria del calzado, convertido en un auténtico escaparate de todo lo que es la producción zapatera, ha sabido recuperar el importante legado con el que cuenta Elda en su aspecto industrial y proyectar una imagen viva y de futuro a través de las exposiciones, talleres y propuestas culturales que viene realizando.

El otro museo de Elda, dedicado en esta ocasión a recuperar el pasado costumbrista de la localidad, es el Museo Et-

nológico. Promovido por el colectivo cultural *Mosaico*, cuyo fin es recuperar el pasado y las tradiciones de vida en Elda, esta colección en constante crecimiento ha venido a cubrir un vacío que había en el entramado cultural eldense.

Hay que hacer mención del museo temático sobre calzado que la firma comercial «Kurhapiés», mantiene en Elda desde hace años; durante mucho tiempo, esta era la única forma de mostrar a los interesados en el tema una parte de la historia de la industria zapatera.

Fiestas y tradiciones

El fenómeno de las fiestas populares en Elda, merece mención aparte debido a la importancia social y cultural que ha ido adquiriendo.



Existe gran proliferación de publicaciones sobre actividades festivas. En la imagen, portada de *El fallero de la Gran Avenida*.

Gran parte de las fiestas y tradiciones que guardaba Elda en el primer tercio del siglo XX, han ido desapareciendo⁷. El desarrollo de la ciudad tras la Guerra Civil, su situación como cabecera de la comarca y la recepción de gran número de inmigrantes en las décadas centrales del siglo, lejos de actuar como salvaguarda de las costumbres locales, han tenido un efecto de aletargamiento de las tradiciones eldenses.

Con la recuperación de las fiestas de Moros y Cristianos en 1944 y su pos-

terior adaptación al carácter e idiosincrasia de Elda, se ha conseguido dotar de una identidad propia a estas fiestas. El calado que han tenido entre la población ha sido el aval que les ha permitido crecer hasta convertirse en la garantía de una serie de iniciativas populares que, al ir consolidándose, están dando lugar a eventos, convocatorias y literatura especializada, con un apreciable contenido cultural.

El camino emprendido por los colectivos de moros y cristianos, tienen un desarrollo similar aunque de menor alcance, en las asociaciones falleras; si bien estas tienen una mayor continuidad y antigüedad en el tiempo, ya que este año de 2004 celebran el 75 aniversario del inicio de la fiesta en Elda, al situar su nacimiento la Junta Central de Fallas en 1929⁸.

También las propuestas emanadas de las Cofradías de Semana Santa vienen a sumarse a las distintas actividades culturales que jalonan el calendario eldense a lo largo del año y están contribuyendo a la creación de un apreciable patrimonio de imaginería sacra.

Poesía

Al ser la poesía la manifestación de un sentimiento y necesitar tan poca infraestructura para su transmisión, posiblemente sea una de los movimientos culturales que más practicantes ha tenido en Elda. En ninguno de los momentos del siglo XX han faltado poetas que, de forma más o menos acertada, hallan buscado cauce a su inspiración. Los *Juegos Florales* de los años veinte, la poesía de Maximiliano García Soriano, de Andrés Lloret, de Francisco Mollá, de Carolina González o, más cercanos en el tiempo, de Encarna Rico, Sacra Leal o Evangelina González y, destacando entre todos ellos, la obra poética de Antonio Porpetta, que tras su primera publicación, *Por un cálido sendero* (1978), continua con un nivel ascendente que le ha llevado, a que su poesía sea objeto de estudio en seminarios poéticos y distintas universidades a lo largo del mundo.

Todos los referidos son, pero no están todos ellos. Lo que sí cabe es reconocer que, con su labor, han ido formando un cuerpo poético del que los futuros eldenses irán apreciando la rica herencia cultural que han sabido construir.

Otros aspectos culturales

Muchos puntos quedan por tratar en este estudio de la cultura eldense en el siglo XX. No podemos dejar de referirnos, aunque sea brevemente, a la importancia todavía no evaluada de los trabajos arquitectónicos en Elda. Desde las casas modernistas construidas a principio de siglo, las obras civiles de preguerra y las construcciones religiosas (Iglesia de Santa Ana, Iglesia de San Agustín) y civiles (Mercado Central de Abastos, plazas, ensanche de la ciudad, grandes edificios, palacio ferial, etc.), hasta las actuales propuestas más arriesgadas y con una visión más cosmopolita de la sociedad eldense, hay todo un fenómeno creativo por estudiar.

Del mismo modo, quedan gran número de eldenses repartidos por todo el planeta, de los cuales recibimos noticias de vez en cuando y a pesar de desarrollar una actividad de gran relevancia, para nosotros son casi desconocidos. Por ello, referirnos al trabajo de Manuel Collados en el campo de la Astrofísica; de Luis Gandía Juan en Medicina e investigación farmacológica, destacando en este caso su trabajos sobre enfermedades mentales neurodegenerativas; de Andrés Beltrán en Neurocirugía, de Gerardo Esteve en la mímica, o de José Ramón Martínez Peiró en periodismo, reconocido este último en su trabajo con el *Premio Nacional de Periodismo de la Academia Española de Gastronomía*, es hacer justicia a la labor y el empeño por la cultura, adoptado desde su interior por un buen número de eldenses que, aunque lejos de esta ciudad, continúan teniendo un referente en este valle.

Deportes

No hay que olvidar la importancia que tiene el deporte en los aspectos culturales de una sociedad y, precisamente por este motivo, la reseña de los colectivos eldenses, encabezados por la presencia continua del equipo de fútbol *Club Deportivo Eldense*, en su casi un siglo de existencia, el buen hacer del *Club de Balonmano Pizarro*, en la década de los sesenta y más cercanos en el tiempo los éxitos conseguidos por el *Kurboys* de balonmano masculino y el *Elda Prestigio*, de balonmano femenino. Las distintas escuelas deportivas, los depor-

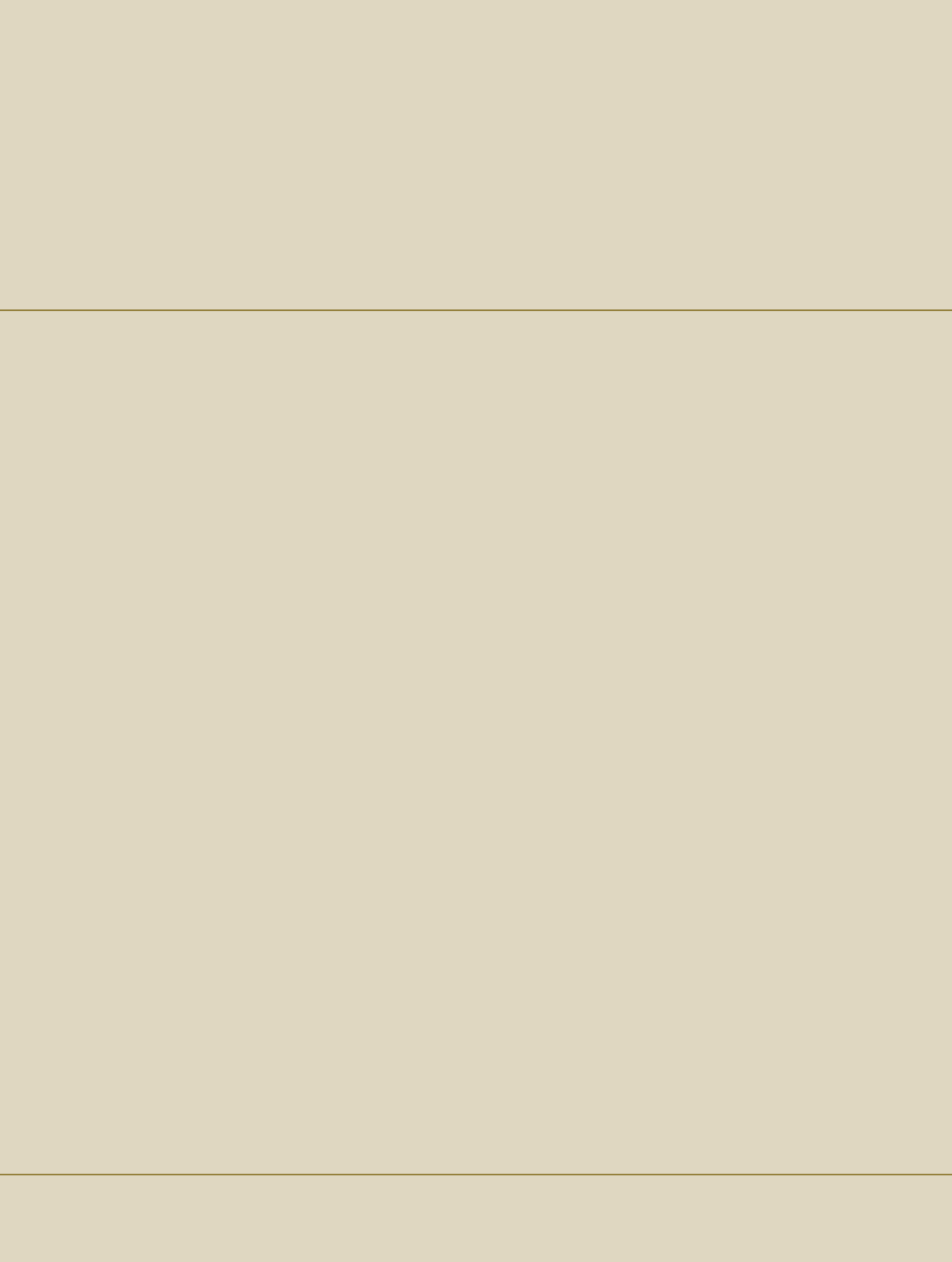


tistas individuales y sus hazañas plasmadas en logros y premios de gran trascendencia internacional, entre los que nombraríamos a Lina Montesinos, primera mujer en coronar las cumbres de *los ocho mil*; Pablo Colomina, Campeón Nacional de motociclismo; José Albert Vidal, ganador de distintos campeonatos internacionales de billar y una larga lista de deportistas que han sabido llevar el nombre de Elda a lo más alto, son exponente del esfuerzo y la superación de un grupo de personas que también con el deporte hacen cultura.

La asociación deportiva por excelencia de Elda, el Centro Excursionista Eldense, con todas sus secciones en las que están representados prácticamente la mayoría de deportes federados; por poner una muestra hablaríamos de la sección de natación con jóvenes valores como Santiago Bernabeu, poseedor de muy buenas marcas nacionales o de los nadadores infantiles auténticas promesas del deporte eldense, Javier Bernabeu y Candela Vera Valle.

En esta asociación, una de las más representativas de Elda, se cuida y se mima todo lo referente al cuerpo y al espíritu y ¿de que forma mejor que hablando de ella, podríamos acabar este recorrido por el pasado, el presente y el futuro cercano de la cultura en Elda? A mi no se me ocurre otra, y con la presencia literaria de esta asociación, confiamos que la andadura en este nuevo siglo casi recién estrenado, continúe siendo tan optima como hasta el momento lo ha sido.

Equipo infantil de natación del Centro Excursionista Eldense (foto cedida por la familia Vera-Valle).



Notas al capítulo 20

1. El maíz se ha expandido por los bancales eldenses a lo largo del siglo XVIII, hasta suponer el 18 % del valor de la producción según los registros decimales de 1810. Es un cultivo que testimonialmente aparecía a finales del siglo XVI en los campos de los agricultores moriscos. Hay problemas para discernir si el «panizo» mencionado en las fuentes archivísticas corresponde exactamente al maíz tal como lo entendemos hoy o, más bien a un tipo de mijo menor, aunque ya en la centuria ilustrada el nombre genérico de panizo se refiere al maíz americano.

2. Cfr. M.A. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Musulmans, jueus i cristians a les terres del Vinalopó (1404-1594)*. Petrer, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, 2002.

3. Se denomina barrilla a la ceniza resultante de la quema de las plantas salicórnias y salicornias, que se daban en tierras salitrosas. Los usos de la barrilla como materia prima se concentraban en su reducción a sal sosa, aplicable a la fabricación de jabón duro mezclándola con aceite y a la de cristal y de tintes. Las comarcas del Vinalopó, l'Alacantí y la Vega Baja eran las principales productoras de barrilla.

4. Según L. Amat en 1875 la extensión de la huerta era de 1.435 hectáreas, repartidas como sigue: 284 de cebada, 57 de trigo, 228 de barbecho mejorado, 34 de alfalfa, 228 de olivos, 284 de almendros, 307 de viña, 11 de árboles frutales y una superficie incierta aunque reducida de maíz y de higueras. Amat ofrece una extensión de la huerta mucho mayor que la obtenida a partir de los libros de amillaramientos. Además, el cronista calcula la

extensión y siempre ofrece cifras redondeadas: 2.500 tahúllas de cebada, 500 tahúllas de trigo, 2.000 tahúllas de olivar...

5. Cabe advertir que los datos de 1832 se refieren exclusivamente al regadío y no reflejan la totalidad del olivar. El porcentaje de tierra plantada de olivos en 1860 y el porcentaje diezmal recaudado de los derivados oleícolas son prácticamente iguales.

6. Un ejemplo de un gran terrateniente que se adapta a los nuevos cultivos en expansión es el marqués de Lacy. Según la refundición del amillaramiento de 1889, la finca Lacy tenía una extensión de 223 tahúllas (25'4 hectáreas) plantadas de viña, olivar, almendros y frutales, regadas con 19 horas y 6 azumbres de agua y trabajadas por colonos. Cfr. J. MARHUENDA SOLER y R. HERNÁNDEZ PÉREZ: «Finca Lacy: la gran desconocida», en *Alborada*, nº 38. Elda, 1992-93, p. 43-48.

7. Pedro Juan Amat (1823-1886) es un ejemplo de hacendado eldense dedicado a la explotación de sus fincas rústicas de Elda y Petrer y a la comercialización agraria. Residía en Madrid como hombre de negocios. El vino y el aceite eran sus principales productos que desde Elda expedía a Madrid. Cfr. J. MARHUENDA SOLER: «La casa de las Beltranas. Aproximación a la historia de dos familias eldenses y de su residencia solariega», en *Alborada*, nº 40. Elda, 1999, p. 123-133.

8. La privatización realizada en 1860 de los montes públicos estatales y municipales de Elda y Petrer tuvo, entre otras graves repercusiones, una gran influencia en la reducción de la ganadería, según A. NAVARRO PASTOR: *Historia de Elda*, Alicante, 1981, vol. I, p. 321.

9. R. GARRABOU (1985: 43-48) aporta cifras sobre la creciente importación española de guano, dedicado a la fertilización de la agricultura valenciana, por lo cual valora la capacidad de los cultivadores y propietarios de los regadíos valencianos para intensificar el cultivo en la expansiva economía de mercado.

10. La mayor parte de esta extensión irrigada correspondía a los dominios de las acequias de Arriba y de Abajo que históricamente tomaban agua del río Vinalopó. En las primeras décadas del siglo XIX nuevas acequias –del Campo, Bolón y Huerta Nueva– extendieron el perímetro regado.

11. Existen dos tipos de molinos papeleros: el de papel blanco, que es de mayor calidad por la composición de los trapos –de lino y algodón– y el uso de agua limpia, utilizado para escribir e incluso para laborar papel de fumar; y el molino de papel de estraza, papel más basto, áspero, sin blanquear, en cuya composición se introducen fibras vegetales –cañamo o esparto– que no permiten una textura fina, además de usar agua sucia o salobre, empleado en actividades comerciales o de embalaje.

12. Recogido por J. VIDAL OLIVERES: *Materiales para la historia económica de Alicante (1850-1900)*. Alicante, Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert», 1986.

13. Por cédula de Carlos III fechada el 18 de marzo de 1783 se creó el gremio de zapateros. Cfr. A. PORPETTA ROMÁN, en *Alborada*, n° 43, 1998, p. 126-131.

Notas al capítulo 22

1. *Vid.*, REQUENA SÁEZ, María del Corpus, «Aproximación a Ernesto. (Novela original de costumbres)», en *Congreso Castelar y su tiempo*, Glicerio Sánchez Recio (coord.) Ayto. de Petrer, Mancomunidad del Vinalopó, Universidad de Alicante, Petrer, 1999, p. 195-204.

2. *Vid.*, cfr., RUBIO CREMADES, Enrique, «Emilio Castelar y el contexto literario de su época», en *op.cit.* en nota anterior, p. 175-183.

3. MAESTRE VERA, Emilio, «La prosa de Francisco Laliga Gorgues», en *Fiestas Mayores*, n° 12, 1995, p. 49-51.

4. 32 números.

5. 42 números.

6. 8 y 11 de julio; 10, 11 y 12 de agosto de 1882 respectivamente.

7. En 1887 se convirtió en diario con el subtítulo de «Diario del ejército y de la

armada». *Vid.*, SEOANE, María Cruz, y SÁIZ, María Dolores, *Historia del periodismo en España*. V. 3. *El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1996.

8. *Vid.*, cfr., NAVARRO PASTOR, Alberto, *La prensa periódica en Elda (1866-1992)*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1997, p. 12-15.

9. *Vid.*, cfr., RÍOS CARRATALÁ, Juan A., *Románticos y provincianos (La literatura en Alicante, 1839-1886)*, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Alicante, Alicante, 1987, p. 113-120.

10. «El teatro de Francisco Laliga», en *Adellum. Revista de Humanidades*, octubre 1988, n° 2, p. 29-33.

11. Atribuida por Alberto Navarro a Gonzalo Sempere y Juan, *vid.*, NAVARRO PASTOR, A., *Eldenses notables*. Elda, edición del autor, 2000, p. 180.

12. NAVARRO PASTOR, A., *Historia de Elda. De la Prehistoria al siglo XIX*, Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial, 1981, tomo I, p. 361.

13. Transcripción realizada por Ricardo Vera Laliga en 1918, colección de odas, manuscrito de 400 páginas.

14. NAVARRO PASTOR, A., *op.cit.*, nota 11, p. 345.

15. AMAT Y SEMPERE, Lamberto, *Elda, su antigüedad, su historia...* [Edición facsímil], 1873-1875, Sección de publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Elda-Universidad de Alicante, 1983, 2 v.

16. RICO GARCÍA, Manuel, *Ensayo biográfico y bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*, Alicante, Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert», 1986.

17. Cfr., NAVARRO PASTOR, A., *op.cit.*, nota 11, p. 207-208.

18. Como: *Memoria de todos los antecedentes del sistema especial de riego de la huerta de la villa de Elda y reglamento formado, convenido y aprobado por los interesados de dicho riego, autorizado para su ejecución por el Muy Ilustre Sr. Gobernador civil de la provincia (1858)*, *Explanación de aguas subterráneas de la cuenca de Villena (1873)*, *Junta de Aguas del riego de la huerta de Elda. Derechos que tienen los regantes para utilizar en la misma todas las aguas del Vinalopó (1879)*, *Disposiciones para la buena administración del agua del Pantano de Elda, acordadas por la Junta de Riegos de la Huerta de esta villa en sesión del 27 de febrero de 1880 y aprobados por la General de Cabeceros en 27 de marzo siguiente, todo en cumplimiento de lo que disponen los artículos 46 y 47 del Estatuto vigente del propio riego (1880)*. El trabajo realizado por don Lamberto Amat

por la huerta de Elda en el siglo XIX es excelente en tanto que procuraba y mejoraba la distribución del agua para ésta; durante el siglo XX, y en su segunda mitad, siguiendo la estela de su ilustre predecesor, don Alberto Requena Sánchez, presidente de la SAT de Elda, ejecutó una más que notable actividad en favor de la preservación de los caudales hídricos de nuestra ciudad y de la tan olvidada –en ese siglo– huerta de Elda, hoy bajo el asfalto y el hormigón.

19. *Vid., cfr.*, NAVARRO PASTOR, A., *op. cit.*, nota 12, p. 333.

20. Rafael Romero fue el tesorero de la logia masónica *Fidelísima*, n.º 335. *Vid., cfr.*, REQUENA SÁEZ, M. del C., *Masonería en Elda (1886-1937)* en, *Alborada*, n.º 34, 1987, p. 7-11.

21. *Vid., cfr.*, NAVARRO PASTOR, A., *Las Bandas de Música en Elda (1852-1995)*. Elda, edición del autor, 1998, p. 15-35.

22. *Vid.*, NAVARRO PASTOR, A., *op. cit.*, nota 11, p. 465-471.

23. NAVARRO PASTOR, A., *op. cit.*, nota 21, p. 27.

24. *Vid., cfr.*, BAZÁN LÓPEZ, José Luis. *Milagrito Gorgé. ¡La pequeña Patti!*, Petrer, Caja de Crédito de Petrel, 2000.

25. *Vid., cfr.*, AMAT Y SEMPERE, L., *op. cit.*, nota 15, p.134-217.

26. *Vid., cfr.*, NAVARRO PASTOR, A., *op. cit.*, nota 12, p. 322.

Notas al capítulo 25

* A la memoria de mis abuelos Pepe, Isabel y Pedro... y a mi abuela Cándida, memoria viva.

1. De hecho, el estado de guerra decretado en julio de 1936 por la Junta de Defensa no se suprimió hasta abril de 1948. Vigilancia, denuncias, delaciones, justicia militar, campos de concentración, batallones de trabajadores y colonias penitenciarias militarizadas, cartillas de racionamiento, cierre de fronteras, permisos y licencias de instalación de industrias, economía intervenida, cortes en el fluido eléctrico, salvoconductos, prohibición de escuchar emisoras extranjeras, censura de la correspondencia privada, fiscalización de aparatos de radio... Son datos que dan cuenta de esa prolongación de la guerra en el ambiente «incivil», desde el punto de vista político, económico y social, y que, en el plano cultural, se tradujeron en una memoria de la Guerra Civil sobre la que se basó un nacionalismo excluyente que consideró al vencido como un

enemigo interior al que había que vigilar, perseguir y anular.

2. Véase SÁNCHEZ RECIO, Glicerio, «Presentación» y «Líneas de investigación y debate historiográfico», en SÁNCHEZ RECIO, G. (ed.), *El primer franquismo (1936-1959)*, en *Ayer*, n.º 33 (1999), p. 11-15 y 17-40.

3. Ver SÁNCHEZ RECIO, G., «La coalición reaccionaria y la confrontación política dentro del régimen franquista», en TUSELL, Javier, y otros (eds.) *La política conservadora en la España contemporánea (1868-1982)*, Madrid, UNED, 1991, p. 551-562. La evolución del régimen de Franco coincidió con la lenta pérdida de poder del aparato falangista. Este proceso se aceleró a partir del cambio de rumbo de la Segunda Guerra Mundial, que anunciaba la futura derrota de las potencias fascistas. Desde entonces el régimen de Franco se vio en la necesidad de cambiar su imagen y comenzó a soltar amarras de la retórica fascista, por lo que se produjo desde 1943 un proceso de adaptación y sustitución de los falangistas, mayoritarios en los primeros años, por políticos pertenecientes a otros grupos que podían actuar más fácilmente entre el franquismo y los regímenes democráticos occidentales. Ver SÁNCHEZ RECIO, G., «Inmovilismo y adaptación política del régimen franquista», en MORENO FONSERET, Roque y SEVILLANO CALERO, Francisco, *El franquismo. Visiones y balances*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1999, p. 27-43.

4. Para este aspecto ver SEVILLANO CALERO, F., *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998.

5. *Valle de Elda*, 30 de marzo de 1957.

6. Las autoridades municipales intentaron influir en las conmutaciones de algunas penas de muerte, acordando en sesión de 30 de agosto de 1940 que «se solicite con motivo de las fiestas próximas el indulto de los vecinos e hijos de esta población que se hallasen condenados a muerte», Libros de Plenos del Ayuntamiento de Elda.

7. Sólo contabilizados los fusilados tras consejo de guerra. Hubo otras formas de muerte por represión de difícil contabilización, como las que se dieron en las cárceles como consecuencia de las malas condiciones de subsistencia. Baste como ejemplo el supuesto suicidio de Evedasto Molina Albert en la cárcel militar de

Elda, o las muertes de Agustín «El cebolla» y Silvestre Picó Leal, fallecidos en el penal del Dueso y en la cárcel de Guernica respectivamente. Otros, a la persecución franquista y el exilio hubieron de añadir la represión nazi, como Manuel Amat Pérez, fallecido en el campo de concentración de Gusen (Austria), donde fue deportado tras la ocupación de Francia por el III Reich. También hubo casos como el de Juan Gil Orgilés, desaparecido en el frente de Extremadura tras ser detenido por los «nacionales» y todavía no encontrado. Ni su detención ni su muerte fueron registradas oficialmente.

8. Los datos de la cárcel de Monóvar en Archivo Municipal de Monóvar (en adelante AMM), caja 20. Sobre el Reformatorio de Adultos de Alicante MARTÍNEZ LEAL, Juan y ORS MONTENEGRO, Miguel, «En el Reformatorio de Adultos de Alicante», en *Canelobre*, primavera/verano 1995, n° 31/32, p. 45-72.

9. Sobre los efectos del mercado negro en la provincia de Alicante ver MORENO FONSERET, R., «Racionamiento alimenticio y mercado negro en la posguerra alicantina», en SÁNCHEZ RECIO, G. y otros, *Guerra Civil y franquismo en Alicante*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante, 1991. Para un panorama general ver BARCIELA LÓPEZ, Carlos, «Franquismo y corrupción económica», en *Historia Social*, n° 30, 1998, p. 83-96.

10. SÁNCHEZ RECIO, G., *Las responsabilidades políticas en la posguerra española. El Partido Judicial de Monóvar*. Alicante, Universidad de Alicante, 1984.

11. Datos biográficos sobre este alcalde en VERA GIL, Juan, «Manuel Bellot Orgilés. Noticias de un alcalde silenciado 1902-1939», en *Alborada*, n° 46, 2002, p. 143-151.

12. ORS MONTENEGRO, M., *La represión de guerra y posguerra en Alicante (1936-1945)*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1995, p. 304.

13. Ver por ejemplo Archivo Histórico de la Provincia de Alicante, Sección Gobierno Civil (en adelante AHPA-GC), caja 2338.

14. El profesor Ors Montenegro localizó 13 sentencias por pertenencia a la Masonería publicadas en el BOP, ver ORS MONTENEGRO, M., *La represión... op. cit.*, p. 206; el resto de las sentencias en Archivo Municipal de Elda (en adelante AME), cajas 201 y 243. Por su parte el profesor Sánchez Recio ya observó en su momento como durante los consejos de

guerra, entre otras imputaciones se acusó de pertenecer a la masonería a 23 eldenses, por lo que algunos de ellos fueron acumulando condenas y a la pena impuesta en consejo de guerra debieron añadir las sentencias de los tribunales de Responsabilidades Políticas y de Represión de la Masonería y el Comunismo.

15. Figuras representativas en este sentido fueron Ángel Vera Coronel, José Tomás Sánchez, José Capilla Beltrán y Cándido Amat Casañez, responsables del importante semanario eldense *Idella*. Todos ellos fueron represaliados durante la Guerra Civil y el franquismo, el primero fusilado y el resto con diferentes penas de prisión.

16. Puede seguirse el proceso en los Libros de Plenos del Ayuntamiento de Elda; los expedientes en AME, caja 216.

17. Archivo General de la Administración, Secretaría General del Movimiento, Delegación Nacional de Provincias (AGA-SGM-DNP), caja 12, carpeta 19.

18. AMM, caja 20.

19. *Valle de Elda*, 30 de marzo de 1957.

20. AME, caja 241/43.

21. Ver por ejemplo AME, caja 241/43; Libros de Plenos del Ayuntamiento de Elda, acta de 9 de octubre de 1942, en la que el alcalde ordena desarrollar una campaña contra la blasfemia en la localidad.

22. Desde el Gobierno Civil se recordaba a la alcaldía que «la vigente legislación social no permite la existencia de sociedades recreativas, debiendo éstas cambiar el título como tales y convertirse en deportivas o culturales». AHPA-GC, Legajo EPAY1941, (PC).

23. Libros de Plenos del Ayuntamiento de Elda, actas de 15 de septiembre de 1939 y 15 de marzo de 1940.

24. *Ibidem*, acta de 14 de febrero de 1949.

25. Para una visión de las relaciones entre la Iglesia y el régimen franquista en la provincia de Alicante ver SECO MORENO, Mónica, *La quiebra de la unidad. Nacional-catolicismo y Vaticano II en la diócesis de Orihuela-Alicante, 1939-1975*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1999.

26. Libros de Plenos del Ayuntamiento de Elda, acta de 26 de abril de 1939.

27. Sobre el carácter restaurador del régimen franquista ver MORENO FONSERET, R., «Economía y poder local en Alicante (1939-1948). La función restauradora del régimen», TUSELL, J. y otros (eds), *El régimen de Franco (1936-1975)*, Madrid, UNED, 1993, Vol I, p. 99-114.

28. Sobre el personal político del franquismo es fundamental la obra de SÁNCHEZ RECIO, G., *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de origen e identidad de intereses*. Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1996. Sobre la conflictividad en la provincia ver SANZ ALBEROLA, Daniel, «Poder político y conflictividad en la posguerra alicantina», en *El franquismo: El régimen y la oposición*, Cuadernos de Archivos y Bibliotecas de Castilla-La Mancha, 5, Vol II, p. 173-188 y PAYÁ LÓPEZ, Pedro, «Franquismo y poder local en la comarca del Vinalopó Medio. La formación del personal político franquista, 1939-1948», en PAYÁ LÓPEZ, P., (coord.) *La implantación del franquismo en la comarca, Dossier de Revista del Vinalopó*, nº 4, 2001, p. 31-60.
29. SANZ ALBEROLA, D., «Jefatura provincial de FET-JONS y Gobierno Civil en Alicante: la unión personal», en *II Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Alicante, 1995.
30. Sobre el papel de los ayuntamientos durante el franquismo es fundamental la obra de MARÍN I CORBERA, Martí, *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política i administració municipal, 1938-1979*, Lleida, Pagès editor, 2000.
31. Sobre el Gobierno Civil ver SANZ ALBEROLA, D., *La implantación del franquismo en Alicante. El papel del Gobierno Civil (1939-1946)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1999.
32. Orden de 30 de octubre de 1937. Ayuntamientos. Diputaciones Provinciales. Normas para cubrir vacantes. BOE, 3 de noviembre de 1937.
33. SANZ ALBEROLA, D., *La implantación...*, *op. cit.*, p. 90.
34. *Texto taquigráfico de la conferencia pronunciada por el Ilmo. Sr. Director General de Administración Local, D. Antonio Iturmendi, en el salón de actos de la exposición de la reconstrucción de España, el día 17 de Julio de 1940*. Biblioteca Nacional de Madrid, VC/ 1221/ 52. El subrayado es nuestro.
35. Circular de la Dirección General de Administración Local a todos los Gobiernos Civiles, 13 de noviembre de 1939. AGA- Presidencia del Gobierno, caja 3.161.
36. Cuestión denunciada por la Jefatura Provincial de FET y de las JONS a la Secretaría General del Movimien-
- to. AGA- SGM- DNP, caja 13, carpeta 38.
37. Libros de Plenos del Ayuntamiento de Elda, actas de 13 y 16 de agosto de 1940.
38. *Ibidem*, acta del 30 de agosto de 1940.
39. AHPA-GC, R/S. nº 2.196
40. Se trata de Antonio Porta Rausa y Juan José Amat Pérez.
41. Esta sociedad estuvo regida por un Consejo de Administración formado por seis empresarios, seis obreros y un secretario designado por el Gobierno, aunque en 1937 la representación patronal desapareció. Ver SANTACREU SOLER, José Miguel: «La producción de guerra y las tesis de la Posición Yuste» en SÁNCHEZ RECIO, G. y otros: *Guerra Civil y franquismo en Alicante*. Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1991, p. 47-93.
42. Libros de Plenos del Ayuntamiento de Elda, acta de 29 de agosto de 1941.
43. Ver PAYÁ LÓPEZ, P., «La implantación del franquismo en Elda. Poder local y actitudes políticas», en *Alborada*, nº 44, 2001, p. 47-58.
44. Ángel Vera Coronel fue asesinado el 20 de julio de 1937, tras permanecer un año preso en la Delegación de Orden Público de Zaragoza. Ver CASANOVA Julián, «Rebelión y revolución», en JULIÁ, Santos, (coord.) *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, p. 88-89.
45. A partir de noviembre de 1948 y cada trienio se celebraron unas elecciones que renovaron por mitades los representantes del tercio familiar, sindical y corporativo. El cargo de alcalde y el tercio corporativo siguieron siendo nombrados directamente por el gobernador civil. Los otros dos tercios fueron elegidos por los sindicatos verticales y por los cabezas de familia, aunque eran el alcalde y el gobernador civil quienes decidían los resultados, de ahí que la manipulación de las elecciones estuviera encaminada a mantener en sus puestos a los concejales anteriores. Para las elecciones municipales durante el régimen franquista ver MORENO FONSERET, R. «La presencia de los grupos políticos en el régimen de Franco a través de las elecciones municipales de 1948». En TUSSELL, J. y otros, *Estudios sobre... op. cit.*, p. 613-626.
46. AGA-Presidencia, caja 201.

47. El concepto de red de intereses ha sido acuñado por el profesor SÁNCHEZ RECIO, G., «El franquismo como red de intereses», en SÁNCHEZ RECIO, G. y TASCÓN FERNÁNDEZ, J., *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica/Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, p. 13-22.

48. Roque Moreno ha constatado cómo los empresarios controlaron y utilizaron el sindicato como plataforma para acceder a los cargos políticos locales. Ver MORENO FONSERET, R., «Actitudes económicas y relaciones políticas de la burguesía» en SÁNCHEZ RECIO, G., y otros, *Estudios sobre el franquismo...*, op. cit. p. 47-87.

49. PAYÁ LÓPEZ, P., «Franquismo y poder local en la comarca del Vinalopó Medio. La formación del personal político franquista, 1939-1948», en PAYÁ LÓPEZ, P., (coord.), *La implantación del franquismo en la comarca, dossier de Revista del Vinalopó*, nº 4, 2001, p. 31-60.

50. Libros de Plenos del Ayuntamiento de Elda.

Notas al capítulo 28

1. El término mercado «regional» hace referencia a un área de influencia cercana relativa a desplazamientos que abarcaron las provincias de Murcia, Alicante, Albacete y Valencia, pudiéndose llegar hasta Zaragoza y Madrid. VALERO ESCANDELL, J. R. *et alii*, *Elda, 1832-1980. Industria del calzado y transformación social*, Instituto de Cultural «Juan Gil-Albert» y Ayuntamiento de Elda, Alicante, 1992, p. 19.

2. «La fábula del pastor de cabras que se hizo unas alborgas de esparto y de allí arrancó la fabricación de calzado, primero de esparto y después de cuero, no es más que una divertida fábula» NAVARRO PASTOR, A. 1980.

3. Lamberto Amat, terrateniente coetáneo a los hechos del finales del siglo XIX, realizó una crónica donde enunció las principales actividades productivas de la Elda de 1875, obviando la actividad fabril del calzado, cuando ésta ya alcanzaba un papel destacado en la economía local, siendo la totalidad de los 71 empadronados como zapateros, naturales de Elda. VALERO ESCANDELL, J. R. *et alii*, op. cit. p. 22.

4. Según Valero Escandell, en el último tercio del siglo XIX, los fabricantes no

necesitaron ofrecer salarios elevados para afrontar el aumento de mano de obra suficiente para incrementar la producción, dado que empleaban mayoritariamente a mujeres y niños, les bastó con superar las cantidades pagadas en la elaboración del esparto (muy bajas), para disponer de unos obreros ya acostumbrados a la industria manufacturera, VALERO ESCANDELL, J. R. *et alii*, p. 21.

5. En el último tercio del siglo XIX, Elda ya contaba con dos industriales destacados, como Silvestre Hernández y Rafael Romero. En los primeros tiempos Hernández fabricaba zapatos fuertes, de los llamados «de batalla» y se iba a venderlos a Cartagena y otros lugares, previsiblemente provisto de un calcetín y una media para que se los probaran los previsibles compradores. En NAVARRO PASTOR, A., «Silvestre Hernández y Rafael Romero, impulsores de la industria eldense en el siglo XIX», *Valle de Elda*, Elda, 1981, p. 5-9.

6. «La oficiala a mano o la aparadora cosida a la misma máquina, de prisa, sin perder comba, dedos ágiles, ojos sin pestañear. El tope de los 14 años para la edad laboral viene de antiguo, no siempre respetado. Despierto, el aprendiz que lleva y trae la simiente del 4, del 5 ó la del 9, la cola a punto en el medio coco vacío. El aprendiz capaz de acabar un par de zapatos con los ojos vendados». MARTÍNEZ MENA, M. «Elda en cuatro vuelos», en *Elda durante el primer tercio del siglo XX*, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, Novelda, 1980, p. 78.

7. «El zapatero se hace punta a punta de tenaza y golpe de martillo, silla de anea, tirapié y mandil en ristre. Dentro de una caja de pastillas juanolas, los clavos que se echa a la boca... ¡qué decir! Sueña en transformarse en empresario, en trabajar por su propia cuenta y riesgo son los talleres que asoman a la vuela de la esquina (...)

8. «...fueron 112, por haber solicitado la liquidación 42 acciones voluntariamente, entregándose seguidamente la escritura de la propiedad de las casas. Estas constaban de planta baja y piso alto de siete por ocho metros de cubierto y siete por tres de patio descubierto, y en su liquidación total resultaron a 1.750 pesetas cada una, que al ser abonadas en pequeñas cuotas semanales no resultaron gravosas para los asociados». En NAVARRO PASTOR, A. *Historia de Elda. De la Prehistoria al siglo XIX*, Tomo I, Caja de Ahorros Provincial, Alicante, 1981, p. 355.

9. Además de la espectacular carroza de los zapateros con el motivo de la an-

tigua iglesia, acompañada por aparadoras, aprendices y artesanos de silla con su delantal, iban dos carrozas más representando al comercio y a los condes de Elda. También se acompañó el desfile por arcabuceros y «chambergos», gigantes y cabezudos, heraldos, etc. Y todo ello amenizado por los dulzaineros de Tales, y las bandas de música de Muchamiel, Alcoy y Elda, NAVARRO PASTOR, A., *Elda durante el primer tercio del siglo XX*, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, Novelda, 1980, p. 23.

10. Durante la II República hubo otros semanarios de carácter más literario y gráfico, destacando publicaciones como *El Cronista*, *Albor* y *Elda Extraordinario*. Para saber más sobre este aspecto de la prensa local y su papel en la sociedad eldense hay que consultar NAVARRO PASTOR, A., *La prensa periódica en Elda (1886-1992)*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante, 1997; MORENO SÁEZ, F., *La prensa en la provincia de Alicante durante la Segunda República (1931-1936)*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante 1994, p. 423.

11. En el verano de 1909, se producen tensiones en el sector del calzado de Villena entre patronos y obreros industriales, por la ilegalidad que suponía que estos últimos compraran el clavazón y otros materiales necesarios para la elaboración del calzado. MARTÍNEZ PUCHE, A., *Villena: Industrialización y cambio social (1780-1940)*, Universidad de Alicante, 1999, Alicante, p. 152.

12. Teófilo Romero, Pedro Bellod, Ovidio Guarinos, José Guarinos, Aracil, Vera Bañón y Vera García.

13. «Desde otras poblaciones más próximas a Elda –Petrer, Sax o Monóvar, distantes 2, 7 y 8 kms, respectivamente– la duración del trayecto era significativamente menor. Sin embargo, el precio del billete seguía siendo un obstáculo insalvable para un obrero: el viaje de ida (o vuelta) desde Monóvar costaba 0'65 ptas., lo que para un zapatero adulto y varón suponía más de la cuarta parte de su menguado salario, y para un aprendiz la práctica totalidad.» VALERO ESCANDELL, J. R. y SALINAS SALINAS, C. «Pinoseros en Elda. Una migración comarcal intensa en el periodo de la I Dictadura y la II República», en *Revista del Vinalopó*, nº 4, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, Petrer, 2001, p. 159.

14. En 1922 eran ya 186 los sajeños residentes en Elda atraídos por la fa-

bricación de calzado, PONCE HERRERO, G. y MARTÍNEZ PUCHE, A., *op. cit.*, p. 117. Por otra parte también destacaban los pinoseros que inmigraron a Elda, motivados por las oportunidades de empleo en el sector del calzado. Así tanto en 1922 como en 1935 los zapateros era la ocupación predominante de quienes habían emigrado a Elda, suponiendo más del 50% de los ocupados, en VALERO ESCANDELL, J.R. y SALINAS SALINAS, C., *op. cit.*, p. 157.

15. «Durante tres días, del 15 al 18 de diciembre, los obreros amotinados fueron los dueños de la población, no cometiendo, no obstante, mayores desmanes que romper a golpes de piqueta las lápidas que daban el nombre del Rey a la calle Nueva y levantar algunos centenares de metros de vía férrea para que los trenes no pudieran llegar con fuerzas de represión» NAVARRO PASTOR, A., *Historia de Elda*, Tomo II, Caja de Ahorros Provincial, Alicante, 1981, p. 121.

16. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL, leg. 109/4, *Informe del consejero de economía y trabajo del consejo provincial de Alicante, acerca de la situación de la industria en la provincia*, Alicante, 1 de mayo de 1937: «...La fabricación de calzado de piel con suela de material principalmente, por estar trabajando para la guerra se halla en plena producción, y lo mismo sucede en las industrias que tienen como primera materia el cuero o pieles dedicadas a la fabricación de correajes, fundas, cartucheras y cuantos artículos a base de cuero, piel y lona, necesita el ejército se hallan en plena marcha».

17. «En 1935 se consumían anualmente 70 pares de zapatos por cada 100 habitantes, doce años después esta cifra se había reducido a 40 pares, ya que la mayoría de la población calzaba alpargatas (...)» en MIRANDA ENCARNACIÓN, J. A., *La industria del calzado en España*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante, 1998, p. 231.

18. «Estas comarcas tienen una tradición de fuerte implantación del movimiento obrero, en especial socialista. Tal circunstancia, unida a la ambición totalizadora del régimen y de la propia iglesia sobre las conciencias, conduce a una fuerte contradicción que deben resolver las autoridades políticas y religiosas en los primeros años cuarenta». En MORENO SECO, M., «Iglesia, obreros y empresarios en el Vinalopó», *La implantación del Fran-*

quismo, *Revista del Vinalopó*, nº 4, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, Petrer, 2001, p. 63.

19. Al terminar la guerra se convirtió en presidente de la reciente transformada sociedad anónima Rodolfo Guarinos, una de las fábricas más importantes del sector de la provincia, cuyo capital desembolsado ascendía a 3.000.000 de pesetas. Además formó parte del consejo asesor del Banco de Elda.

20. «Los zapateros eldenses festejaron por primera vez a sus patronos San Crispín y San Crispiniano, celebrándose una misa en Santa Ana, en la cual el párroco exhortó a empresarios y obreros a que el siguiente año se festejase a los Santos Patronos con toda solemnidad y mediante una modesta aportación por parte de todos se adquiriese una imagen para honrar y ofrecer cultos. Por la tarde hubo jiras campestres muy concurridas, por declararse el día festivo y abonable por las empresas sin posterior recuperación» en NAVARRO PASTOR, A., *Historia de Elda*, tomo III, Caja de Ahorros Provincial, Alicante, 1981, p. 51.

21. CLAVER, E., YBARRA, J. A. MANTECA, J. A., SEVILLA, M., SUCH, D., *Plan de estabilización e industrialización de la economía alicantina*. Diputación Provincial, Alicante, 1982, p. 55.

22. C.E.N.S., *Estructura y posibilidad de desarrollo económico de Alicante*, septiembre de 1959, p. 152.

23. Gran parte de las grandes empresas de calzado creadas en los años veinte cerrarían «sus puertas a mediados de los cincuenta. Como consecuencia, las fábricas de más de 50 obreros, que ocupaban en 1934 el 75% del empleo, pasaron a comienzos de los sesenta a representar sólo el 10%, quedando un 80% de pequeñas empresas» MARTÍNEZ NAVARRO, F., «Desarrollo económico y cambio social: la industria del calzado en Elda (1950-1980)», en VALERO ESCANDELL, J.R. *et alii*, *op. cit.*, p. 138.

24. MIRANDA ENCARNACIÓN, J. A. «En busca del tiempo perdido: la conquista del mercado exterior y el desarrollo de la industria del calzado en España en la segunda mitad del siglo XX» en *Historia Industrial*, nº 19-20, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2001, p. 172.

Notas al capítulo 30

1. Liberalización que ha sido más intensa en el caso de la economía es-

pañola debido al modelo de industrialización seguido en los años sesenta fundamentado en la reserva del mercado interior de la competencia exterior, así como por las exigencias derivadas de la incorporación en 1986 al proceso de integración europeo.

2. A este proceso se le denomina *glocalización*.

3. En esta fase de comercialización se incluyen las fases de acabado, empaquetado y distribución; en algunos tipos de calzado, incluso el montado, al importarse exclusivamente los cortes.

4. A principios del decenio de 1980, por ejemplo, se diseñaba un zapato deportivo en los Estados Unidos y se fabricaba en Taiwan o en la República de Corea, para venderse principalmente en Estados Unidos y Europa. A mediados de la década de los noventa se diseñó en los Estados Unidos o en Francia y se perfecciona en la República de Corea; se fabrica en Indonesia -con hormas y suelas coreanas, plantillas de Taiwan y piel italiana- y se vende en cualquier mercado nacional.

5. Esta consideración del calzado como producto de moda ha sido especialmente significativo en los casos del zapato de señora y del deportivo.

6. La economía sumergida llega a representar según las distintas estimaciones entre un 40% y un 60% del total de volumen de actividad del sector, pero sobre todo se ha institucionalizado su existencia a todos los niveles, incluso el administrativo y el político.

7. Los más significativos se relacionan en la bibliografía.

8. Encuesta realizada en 1996 a 200 empresas fabricantes y auxiliares de calzado. Los datos de la misma fueron la base de la tesis doctoral «*Organización industrial en sistemas productivos locales: el caso de la industria del calzado*» defendida por el autor del presente capítulo en la Universidad de Alicante en 1999.

9. Talleres que dadas las condiciones laborales en las que desenvuelven su actividad se asemejan más a la fórmula de «trabajo a domicilio», dado que suelen ser agrupaciones de trabajadoras que antes efectuaban el aparato en sus respectivos domicilios, o trabajadores «sumergidos» que trabajan en exclusiva para un fabricante de calzado.

10. En algunos casos el éxito del producto básico comercializado ha

dado lugar a proyectos empresariales propiamente dichos, caso de Panama-Jack.

Notas al capítulo 32

1. Ministerio de Ciencia y Tecnología, Plan nacional I+D, proyecto BSO2001-0620: Reestructuración industrial y reestructuración urbana, nuevos procesos de ocupación del suelo en los sistemas productivos locales de la Comunidad Valenciana.

2. PONCE HERRERO, G., MARTÍNEZ PUCHE, A., *La industria del calzado en el Alto Vinalopó (1850-1977). Origen y expansión de una manufactura*, Alicante, Universidad de Alicante, Asociación Comarcal de Industriales del Calzado del Alto Vinalopó, 2003, 398 p.

3. VÁZQUEZ HERNÁNDEZ, V. y PONCE HERRERO, G., «Del cólera al infarto: evolución de las causas de la muerte en Elda, entre 1877 y 1981 y de su afección por edad y sexo», en *Alborada*, n° 34, 1987, p. 88-98.

4. NAVARRO PASTOR, A., *Historia de Elda*, Alicante, C.A.P.A., 1981, t. II, p. 54.

5. NAVARRO PASTOR, A., ob. cit., 1981, t. II, p. 54.

6. DE TERÁN, F., *Historia del urbanismo en España, III*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 157.

7. NAVARRO PASTOR, A., ob. cit., 1981, t. II, p. 54.- Documento del Archivo Municipal, acta de 13 de abril de 1902.

8. PONCE HERRERO, G., «La modernización de los servicios», *Los inicios de la modernización en Alicante, 1882-1914*, Alicante, CAM, 1999, p. 175-196.

9. NAVARRO PASTOR, A., «La industria del calzado en Elda desde principios de siglo hasta el final de la Guerra Europea», *Elda, 1832-1980. Industria del calzado y transformación social*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1992, p. 51.

10. NAVARRO PASTOR, A., ob. cit., 1981, t. II, p. 65.

11. DE TERÁN, F., ob. cit., p. 158.

12. NAVARRO PASTOR, A., ob. cit., 1981, t. II, p. 135-144.

13. PONCE HERRERO, G., DÁVILA LINARES, J. M., «Medidas higienistas y planes de reforma urbana en el tránsito del siglo XIX al XX en las principales ciudades de la provincia de Alicante», en *Investigaciones Geográficas*, n° 20, Universidad de Alicante, 1988, p. 141-159.

14. DE TERÁN, F., ob. cit., p. 232.

15. NAVARRO PASTOR, A., ob. cit., 1981, t. III, p. 84.

16. DE TERÁN, F., ob. cit., 1999, p. 233.

17. NAVARRO PASTOR, A., ob. cit., 1981, t. III, p. 135.

18. GARCÍA BELLIDO, J., *Normas Subsidiarias de Planeamiento Municipal de Elda*, 1979.

19. GARCÍA BELLIDO, J., *Normas de Ordenación Complementarias y Subsidiarias de Planeamiento General del término municipal de Petrer*, 1979.

20. SOLER, E., y otros, «Memoria de la ordenación», *Plan General de Elda*, Ayto. de Elda, 1984, p. 2.

21. AYUNTAMIENTO DE ELDA, *Plan Especial de Reforma Interior y Mejoras Urbanas del Casco Antiguo*, 1985, Archivo Municipal.

Notas al capítulo 33

1. NAVARRO PASTOR, Alberto, *La prensa periódica en Elda 1866/1992*. Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1997.

2. Desde su inicio en 1955, *Alborada* viene siendo editada por el Ayuntamiento.

3. *La Institución Libre de Enseñanza*, seguidora de los criterios pedagógicos de Ferrer i Guardia, comienza a funcionar en Elda en 1915, teniendo como profesores a Antonia Maymón, Fortunato Barthés y otros.

4. Desde mediados del siglo XIX, se habla de un improvisado escenario en los soportales del Ayuntamiento para que Castelar declamara unas poesías, tras lo cual y por el éxito obtenido, se habilita el patio del castillo para representaciones al aire libre en verano.

5. Era este un personaje de nombre Natalio, que tenía un teatrillo de títeres en el Retiro de Madrid. Al parecer hacía giras por provincias y durante años fue asiduo de las fiestas de septiembre en Elda.

6. En 1926 se crea un patronato promonumento a Castelar, que consigue por medio de aportaciones y recaudaciones populares, cuya primera piedra fue colocada en 1932 por Niceto Alcalá-Zamora.

7. Hay una excelente recopilación sobre fiestas y tradiciones en la obra de Alberto Navarro Pastor: *Las Fiestas de Elda*. Elda, edición del autor, 2002.

8. Esta es una apreciación dudosa, al no haber una fecha fehaciente (como ocurre en Alicante), en la que basarnos para establecer el inicio oficial de esta fiesta.

Elda

su antigüedad, su historia; Per-
sonas de escelso rango que habi-
taron su alcázar; edificios públicos,
sus obras; lo que fue antes esta
población y lo que es ahora; su
huerta y producciones; indus-
trias de sus vecinos &c.

Primera parte

POR L. A. Y S.

Año de 1815.

Bibliografía

AMAT AMER, José María (1998): «El nacimiento de un gran proyecto: La Feria del Calzado de Elda», en *Fiestas Mayores*, n° 15, Elda.

— (2002): *La FICIA. Un gran esfuerzo colectivo*, edición del autor, Elda.

AMAT y SEMPERE, Lamberto (1983): *Elda. Su antigüedad, su historia...* [Ed. facsímil] Excmo. Ayuntamiento de Elda-Universidad de Alicante.

BARCALA VIZCAÍNO, Miguel (1998): *Historias del Pequeño Comercio Eldense*, C.O.C.I.N., Alicante.

— (2002): *El Tenorio eldense*, Excmo. Ayuntamiento - Costa Blanca Casas, Elda.

BAZÁN LÓPEZ, José Luis (1998): *Maximiliano García Soriano. Poeta del Pueblo*, Ayuntamiento de Elda - Caja de Crédito de Petrel, Elda-Petrer.

— (1999): *Don Emilio Castelar. Antología de su vida y obra (1832-1899)*, Mancomunidad Intermunicipal del Valle del Vinalopó-Caja de Ahorros del Mediterráneo, Elda.

— (2000): *Milagrito Gorgé ¡La pequeña Patti!*, Caja de Crédito de Petrel.

— (2001): *110 retazos de la historia eldense*, Excmo. Ayuntamiento de Elda y otros, Elda.

— (2004): *Otros 100 retazos de la historia eldense*, Excmo. Ayuntamiento de Elda y otros, Elda.

BAZÁN, José Luis y MATALLANA, Fernando (2003): *El año del centenario*, Ayuntamiento de Elda.

BELANDO CARBONELL, Remedios (1990): *Reaengo y Señorío en el Alto y Medio Vinalopó*, C.A.P.A. y Universidad de Alicante, Alicante.

BELANDO, R. y CRESPO, J. (1987): «La gripe de 1918 y sus efectos demográficos en la comarca del Medio Vinalopó», en *Alborada*, n° 34, Elda.

BERNABÉ MAESTRE, J.M. (1975): *Industria i subdesenvolupament al País Valencia*, Ed. Moll, Palma de Mallorca.

— (1976): *La industria del calzado en el valle del Vinalopó*, Universidad de Valencia.

— (1984): «Economía sumergida en la industria del calzado», en *Alborada*, n° 30, Elda.

BUSQUIER CORBÍ, José David (2001): *El Barrio de la Estación. Evolución Histórica*, Ayuntamiento de Elda.

CABEZUELO, J.V.; POVEDA, A.; SAMPER, J. y VALOR, C. (1999): *Elda, una historia para todos*, Ayuntamiento de Elda.

CAPILLA BELLOT, Julio (1985): «Retazos de la historia de un periódico pueblerino: Idella», en *Alborada*, n° 32, Elda.

CASTELAR RIPOLL, Emilio (1876): *Recuerdos de Elda o las fiestas de mi pueblo*, Re-edición de Tipografía Moderna, 1932, Elda.

— (1984): *La palabra de...* [Cuatro discursos y un artículo comentados por J. R. Valero], Excmo. Ayuntamiento de Elda.

DELTELL, Juan y ANTÓN, Elisa (1994): *Elda: Historia de los Moros y Cristianos*, Información, Alicante.

ESTEVE POVEDA, Daniel (1999): *Memorias de un presidente. Historia del Centro Excursionista Eldense*, Caja de Crédito de Petrel.

FILLOL MARTÍNEZ, Vicente (1985): *Elda hace cien años*, Club de Campo, Elda.

FORNER MUÑOZ, Salvador (1981): «Las elecciones de 1933 en Elda: Ideología y comportamiento electoral en un núcleo industrial», Separata del *Coloquio Internacional sobre la 2ª República española*, Tarragona.

GARCÍA FERRER, Alejandro (1988) «Movimientos pendulares alrededor de la ciudad de Elda», *Estudis sobre la població del País Valencià, vol. II*, Edicions «Alfons del Magnànim» - Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Valencia.





GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, Miguel Ángel, (2002): *Musulmans, jueus i cristians a les terres del Vinalopó*, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, Petrer.

HIRIART, Rosario (1998): *Antonio Porpetta: una voluntad poética*, C.A.P.A., Alicante.

LLORCA, Carmen (1999): *Emilio Castelar, precursor de la democracia cristiana*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

MAESTRE VERA, Emilio (1995): «La prosa de Francisco Laliaga Gorgues», en *Fiestas Mayores*, n° 12, 1995, p. 49-51.

MARTÍNEZ NAVARRO, Francisco (2000): *Lucha obrera en la Comarca del Vinalopó. El Movimiento Asambleario de 1977*, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, Petrer.

MATEO LIMINANA, Miguel Ángel (2002): «Elda: república o monarquía. Las elecciones a diputados a Cortes de enero de 1869», en *Alborada*, n° 46, Elda.

NAVARRO PARRA, José María (1964): «40 años atrás», en *Alborada*, n° 10, Elda.

NAVARRO PASTOR, Alberto: (1981) «Silvestre Hernández y Rafael Romero, impulsores de la industria eldense en el siglo XIX», en *Valle de Elda*, Elda.

— (1981): *Historia de Elda*, 3 tomos, C.A.P.A., Alicante.

— (1982): *Vida y Versos del Seráfico*, Ayuntamiento de Elda.

— (1987): «Testimonios eldenses sobre la llamada Batlla de Boné en 1844», en *Alborada*, n° 34, Elda.

— (1988): «El teatro de Francisco Laliaga», en *Adellum. Revista de Humanidades*, n° 2.

— (1997): *La prensa periódica en Elda*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

— (1998): *Las bandas de música en Elda (1852-1995)*, edición del autor, Elda.

— (2000): *Eldenses notables*, edición del autor, Elda.

— (2002): *Las fiestas de Elda*, edición del autor, Elda.

NAVARRO, A., MARTÍNEZ, M. y VALERO, J. R. (1980): *Elda durante el primer tercio del siglo XX*, C.A.A.M., Novelda.

NAVARRO, Alberto y SERRANO, Manuel (1999): *El Teatro Castelar: 1904-1999*, Ayuntamiento, Elda.

PAYÁ LÓPEZ, Pedro (2000) «La implantación del franquismo en Elda. Poder local y actitudes políticas», en *Alborada*, n° 44, Elda.

— (2001): «La implantación del franquismo en la comarca» (coord.), en *Revista del Vinalopó*, n° 4, Petrer.

PÉREZ MEDINA, Tomás (1996) «Martinetes de esparto y molinos papeleros de agua en Elda (siglos XVIII-XIX)», en *Alborada*, n° 41, Elda.

— (1999): *Los molinos de agua en las comarcas del Vinalopó (1500-1840)*, Centre d'Estudis Locals, Petrer.

— (2002): «Apuntes históricos sobre el pantano eldense del siglo XVII», en *Alborada*, n° 46, Elda.

PONCE HERRERO, Gabino (2003): «La lógica temporal y espacial de la industria del calzado en el sistema productivo del valle del Vinalopó», *Reestructuración y territorio en los sistemas productivos industriales valencianos*, Universidad de Alicante.

PONCE, Gabino y VÁZQUEZ, Vicente (1987): «Del cólera al infarto: Evolución de las causas de la muerte en Elda entre 1877 y 1981, y su afeción por edad y sexo», en *Alborada*, n° 34, Elda.

POVEDA, Consuelo (1985): «*El Cronista*. Pascual Sánchez, un trabajador de la cultura», en *Alborada*, n° 31, Elda.

RAMOS VIDAL, Juan Antonio (1980): *Bandolerismo en la Comarca del Vinalopó (1813-1840)*, C.A.A.M., Alicante.

REQUENA SÁEZ, María del Corpus (1987): «Masonería en Elda (1886-1937)», en *Alborada*, n° 34, Elda.

RICO GIMÉNEZ, Juan (1997): *De la ilustración al liberalismo. El pensamiento de Sempere y Guarinos*, Universidad de Alicante, Alicante.

RODRÍGUEZ CAMPILLO, Juan (1999): *Elda: Urbanismo, Toponimia y Miscelánea*, Ayuntamiento de Elda.

RODRÍGUEZ VICENTE, Felipe (dir.) (1990): *Elda, comarca, comunidad. Cuadernos de Trabajo, Ciencias Sociales*, Ayuntamiento de Elda.

ROMERO, Teófilo (1934): «Origen y desarrollo de la Industria del calzado», en *El Cronista*, Elda.

SALINAS SALINAS, Carlos (1986): «Proa», en *Alborada*, n° 33, Elda.

SALINAS, Carlos y VALERO, José Ramón (2001): «Pinoseros en Elda. Una migración comarcal intensa en el periodo de la I Dictadura y la II República», en *Revista del Vinalopó*, n° 4, Petrer.

SALINAS, C.; MARTÍNEZ, F. y VALERO, J. R. (1994): «Movimiento Asambleario de la Industria del calzado del Vinalopó: una organización obrera singular de la época de la Transición», *Actas de las IV Jornadas Historia y Fuentes Orales*, Ávila

SAMPER ALCÁZAR, Joaquín (1995): *Elda a través de la Historia. Comunidad humana y territorio*, Excmo. Ayuntamiento Elda-Universidad de Alicante, Elda.

SAN MIGUEL, Begoña et alii (2000): *Zapatos de cristal. La mujer como protagonista en la industria valenciana del Calzado*, Se-

cretaria de la Dona de CC.OO. del País Valencià, Valencia.

SÁNCHEZ, M^a Salud (1985): «Albor, (1933-1935)», en *Alborada*, n^o 31, Elda.

SÁNCHEZ RECIO, Glicerio (1980): «Elda en 1812. La elección del primer Ayuntamiento constitucional», en *Alborada*, n^o 26, Elda.

— (1981): «La estructura socioprofesional de la población de Elda a finales del antiguo régimen», en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Moderna*, n^o 1, Alicante.

— (1983): «La estructura agraria y la tenencia de la tierra en el señorío de Elda», en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, n^o 1, Alicante.

— (1984): *Las responsabilidades políticas en la posguerra española. El Partido Judicial de Monóvar*, Dpto. Historia Contemporánea. Universidad de Alicante.

— (1986): «Las rentas señoriales del condado de Elda a finales del antiguo régimen. Los diezmos», en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Moderna*, n^o 3, Alicante.

— (2001): *Congreso Castelar y su tiempo* (coord.). Ayuntamiento de Petrer-Mancomunidad del Valle del Vinalopó-Universidad de Alicante, Petrer.

SANTACREU SOLER, José Miguel (1986): «La economía productiva de Elda durante la guerra civil», en *Alborada*, n^o 33, Elda.

— (1990): «La producción de guerra y las tesis de la Posición Yuste», *Guerra Civil y franquismo en Alicante*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

SEMPERE, Gonzalo (1987): *Noticia interesante para los hijos de Elda* [Ed. facsímil de 2004], Emidesa, Elda.

SEMPERE y GUARINOS, Juan (1990) *Historia de los vínculos y mayorazgos* (estudio preliminar de Juan Rico Giménez), Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

— (1998): *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de la monarquía española* (estudio preliminar de Juan Rico Giménez), Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

SERRANO GONZÁLEZ, Manuel (1994): *Los críticos-94*, edición del autor, Elda.

TOMÁS CARPI, J. A. (dir) (1999): «El distrito industrial del calzado en los valles del Vinalopó», *Dinámica industrial e innovación en la Comunidad Valenciana*, IMPIVA, Valencia.

VALERO ESCANDELL, José Ramón (1980): «Las transformaciones económicas de la Elda del s. XIX», en *Alborada*, n^o 26, Elda.

— (1981): «El final de la II República. La posición Yuste», en *Tiempo de Historia*, n^o 83, Madrid.

— (1981): «Elda, 1977-1979: Breve estudio electoral», en *Alborada*, n^o 27, Elda.

— (1982): «Elda, 1885-1918: Las últimas epidemias», en *Alborada*, n^o 28, Elda.

— (1982): «Castelar como fuente para el estudio de Elda», en *Alborada*, n^o 28, Elda.

— (1984): «Los zapateros eldenses: estudio demográfico», en *Alborada*, n^o 30, Elda.

— (1985): «¡Rebelión! La voz del socialismo marxista en la Elda republicana», en *Alborada*, n^o 31, Elda.

— (1986): «La guerra civil en Elda» (coord.), en *Alborada*, n^o 33, Elda.

— (1988): «Algunos rasgos demográficos de la Elda actual», en *Alborada*, n^o 35, Elda.

— (2000): «El siglo de los zapateros», en *Alborada*, n^o 44, Elda.

VALERO, J.R.; NAVARRO, A.; MARTÍNEZ, F. y AMAT, J.M. (1992): *Elda, 1832-1980. Industria del calzado y transformación social*, Excmo. Ayuntamiento de Elda – Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

VERA, J. y VIDAL, C. (1977): «Movimiento natural de la población eldense (Periodo 1930-1976)», en *Alborada*, n^o 38, Elda.

VERA ESTEVE, Vicente (1983): «Banco de Elda: una historia turbulenta (1933-1959)», en *Alborada*, n^o 29, Elda.

VV.AA. (1985): «Prensa eldense (1886-1939)», en *Alborada*, n^o 31.

VV.AA. (2002): *Nuestra Banda. 150 años de música en Elda*, Asociación Músico Cultural Eldense Santa Cecilia, Elda.

REVISTAS Y PERIÓDICOS (entre otros)

Albor (1933-1935)

Alborada. Excmo. Ayuntamiento de Elda (desde 1955)

Boletín del Excmo. Ayuntamiento de Elda (1930)

Dahellos (1949-1953)

Diario de la FICIA (1963-1979)

El Bien General (1886-1887)

El Centenario (1903-1904)

El Cronista (1932-1935)

Elda Extraordinario (1932)

Fallas. Revista de la Junta Central de Fallas (desde 1960, diversas denominaciones)

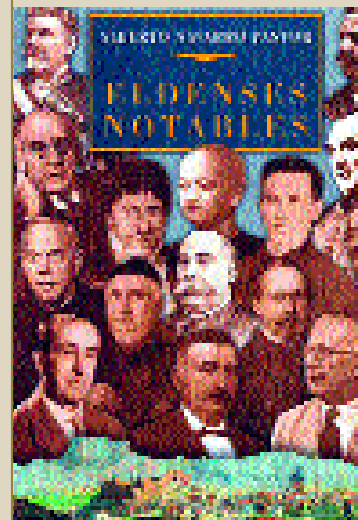
Fiestas Mayores. Revista anual de la Cofradía de los Santos Patronos (desde 1984)

Horizonte (1931-1932)

Idella (1926-1930)

Liberal de Elda (1915)

Moros y Cristianos. Revista de la Junta Central de Comparsas (desde 1945, diversas denominaciones)



ELDA, 1832-1980 Industria del calzado y transformación social



CON GRACIAS AL PATROCINIO DE...
...EXPOSICIÓN NACIONAL DE...
...EXPOSICIÓN NACIONAL DE...

Nuevo Ciudad – Vinalopó (1974)

Nuevo Rumbo (1937)

Proa (1931-1935)

Rebelión (1931-1939)

Revista del Vinalopó, del Centre d'Estudis Locals de Petrer (desde el n° 3, Centre d'Estudis del Vinalopó) (desde 1998)

Valle de Elda (desde 1956)

Vivir en Elda (desde 1981)

ARCHIVOS ESENCIALES:

Archivo Municipal de Elda

Archivo Parroquial de Santa Ana de Elda.

OTRA BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA:

ACEVEDO, Evaristo (1971): *Cartas a los celtíberos esposados*, Novelas y Cuentos, Madrid.

ALTAMIRA CREVEA, Rafael (1905): *Derecho consuetudinario y economía popular de la provincia de Alicante*. [Ed. facsímil, 1985]. Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert», Alicante.

— (1997): *Psicología del pueblo español*, Biblioteca Nueva, Madrid.

ARANGUREN, José Luis (1974): *Moral y sociedad*, Cuadernos para el diálogo, Madrid.

CARANDELL, L. (1971): *Los españoles*, Círculo de Lectores, Barcelona.

CASTAÑO i GARCÍA, Joan (2001): *Els germans Aurelià i Pere Ibarra. Cent anys en la vida cultural d'Elx (1834-1934)*. Universidad de Alicante, Alicante.

CAVANILLES, Antonio Joseph (1795-1797): *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*. Imprenta Real, Madrid [Ed. facsímil]. Albatros, Valencia, 1987.

CERVERA, María (2003): «Los cluster de calzado en el Vinalopó», *Revista valenciana de Economía y Hacienda*, n° 8, Valencia.

CLAVER, E., YBARRA, J. A. MANTECA, J. A., SEVILLA, M., SUCH, D. (1982): *Plan de estabilización e industrialización de la economía alicantina*, Diputación Provincial de Alicante, Alicante.

DEL CAMPO URBANO, Salustiano (1989): *La sociedad de las clases medias*, Espasa-Calpe, Madrid.

ESPÍ VALDÉS, Adrián (2001): *Pintores alicantinos: 1900-2000*, 2 v. Diputación, Alicante.

FERRATER MORA, Josep (1983): *Las crisis humanas*, Alianza Editorial, Madrid.

FORNER MUÑOZ, Salvador (1985): *Historia de la Provincia de Alicante V. Edad contemporánea. Siglo XIX*, Ediciones Mediterráneo, Murcia.

— (1997): *Democracia, elecciones y modernización en Europa. Siglos XIX y XX*. Cátedra e Instituto Cultura «Juan Gil-Albert»

FUSTER, Joan (1976): *Nosotros los valencianos*, Península, Barcelona.

GARCÍA CANDAU, J. (1996): *Épica y lírica del fútbol*, Alianza Editorial, Madrid.

GARRABOU, Ramón (1985): *Un fals dilema. Modernitat o endarreriment de l'agricultura valenciana (1850-1900)*. I.V.E.I., Valencia.

GAVIRIA, Mario (1996): *La séptima potencia. España en el mundo*, Akal, Barcelona.

GINER, Salvador (coord.) (1990): *España. Sociedad y política*, Espasa-Calpe, Madrid.

— (2000): *Los españoles*, Plaza & Janés, Barcelona.

GINER, J. M., SANTA MARÍA, M^a, e YBARRA, J. A. (2003): *El calzado en España: del sector al territorio*. Universidad de Alicante, Alicante.

GUTIÉRREZ LLORET, Rosana (1993-94): «Burguesía y republicanism en el Alicante de la Restauración. La actuación económica de los republicanos (1875-1900)», en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, n° 10-11, Alicante.

MADOZ, Pascual (1845): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Alicante, Castellón y Valencia*. Madrid. [Ed. facsímil]. I.V.E.I., Valencia, 1982.

MARTÍNEZ PUCHE, Antonio (1998): *Villena, industrialización y cambio social*, Universidad de Alicante, Alicante.

MILLÁN GARCÍA-VARELA, Jesús (1999): *El poder de la tierra. La sociedad agraria del Bajo Segura en la época del liberalismo. 1830-1890*. Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

MIRANDA ENCARNACIÓN, José Antonio (1997): «Transferencia de tecnología y desarrollo de la industria del calzado española, 1860-1935», *Actes de les IV Trobades de la Ciència i de la Tècnica*, Alcoi-Barcelona.

— (1998): *La industria del calzado en España (1860-1959)*, Conselleria de Cultura – Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Elche.

— (2001): «En busca del tiempo perdido: la conquista del mercado exterior y el desarrollo de la industria del calzado en España en la segunda mitad del siglo XX», en *Historia Industrial*, n° 19-20, Universitat de Barcelona, Barcelona.

MORENO FONSERET, Roque (1994): *La autarquía en Alicante (1939-1952). Escasez de recursos y acumulación de beneficios*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

MORENO SÁEZ, Francisco (1988): *Las luchas sociales en la provincia de Alicante (1890-1931)*, UGT, Alicante.



— (1994): *La prensa en la provincia de Alicante durante la Segunda República (1931-1936)*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

MORENO SECO, Mónica, (1999): *La quiebra de la unidad. Nacional-catolicismo y Vaticano II en la diócesis de Orihuela-Alicante, 1939-1975*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

NADAL Y OLLER, J. (1995): «La transición del zapato manual al zapato mecánico en España», *La cara oculta de la industrialización española*, Alianza Editorial, Barcelona.

ORS MONTENEGRO, Miguel (1995): *La represión de guerra y posguerra en Alicante, (1936-1945)*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

PERROUX, Francois (1964): *La economía del siglo XX*, Ariel, Barcelona.

PÉREZ GALLEGO, Fernando (1979): *Elecciones legislativas en la provincia de Alicante durante la época de la Restauración (1875-1902)*, Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante.

PIQUERAS HABA, Juan (1981): *La vid y el vino en el País Valenciano (Geografía económica: 1564-1980)*, Institució «Alfons el Magnànim», Valencia.

— (1985): *La agricultura valenciana de exportación y su formación histórica*. Ministerio de Agricultura, Madrid.

— (2000): *El legado de Baco. Los vinos valencianos desde la antigüedad a nuestros días*. Editorial Gules, Valencia.

PONCE, Gabino y MARTÍNEZ, Antonio (2003): *La industria del calzado en el Alto Vinalopó (1850-1977). Origen y expansión de una manufactura*, Universidad de Alicante y Caja de Ahorros del Mediterráneo, Murcia.

RAMOS PÉREZ, Vicente (1979): *Crónica de la Provincia de Alicante*, Diputación Provincial, Alicante.

— (1988): *Historia parlamentaria, política y obrera de la provincia de Alicante*, edición del autor, Alicante.

RICO GARCÍA, Manuel, (1986): *Ensayo biográfico y bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert» Alicante.

RÍOS CARRATALÁ, Juan Antonio, (1987): *Románticos y provincianos (La literatura en Alicante, 1839-1886)*, Universidad de Alicante-C.A.P.A., Alicante.

SÁNCHEZ RECIO, Glicerio (1996): *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de origen y diversidad de intereses*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

SÁNCHEZ RECIO, Glicerio et alii (1990): *Guerra civil y franquismo en la provincia de Alicante*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

SÁNCHEZ, G.; MORENO, R. y SEVILLANO, F. (coords.), (1995): *Estudios sobre el franquismo en la provincia de Alicante. Poder político, actitudes económicas y opinión*, Universidad de Alicante, Alicante.

SANTACREU SOLER, José Miguel, (1992): *Guerra i comerç exterior: La política comercial exterior republicana i el tràfic de mercaderies al districte marítim d'Alacant (1936-1939)*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

SANTAMARÍA SEMPERE, Jesús, (2001): *La electricidad en Villena. Historia y Técnica (1892-1935)*, I.E.S. «Navarro Santafé», Villena.

SANZ ALBEROLA, Daniel, (1999): *La implantación del franquismo en Alicante. El papel del Gobierno Civil (1939-1946)*, Universidad de Alicante, Alicante.

SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores (1996): *Historia del periodismo en España. V. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza Editorial, Madrid.

SEVILLANO CALERO, Francisco (1998): *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo*, Universidad de Alicante, Alicante.

— (2001): «La modernización de una sociedad: pautas locales en Alicante durante los inicios del siglo XX», en *Novelda. De Villa a Ciudad. 1901*. Alicante.

TOURAINÉ, Alain (1971): *La sociedad post-industrial*, Ariel, Barcelona.

TOYNBEE, Arnold (1990): *Ciudades en marcha*, Alianza, Madrid.

TUSELL, Javier, (1988): *La dictadura de Franco*, Alianza, Madrid.

VIDAL OLIVARES, Javier (1986): *Materiales para la historia económica de Alicante (1850-1900)*. Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert», Alicante.

VV.AA. (1959): *Estructura y posibilidad de desarrollo económico de Alicante*, C.N.S. Alicante.

VV.AA. (1999): *Los inicios de la modernización en Alicante, 1882-1994*, C.A.M. Alicante.

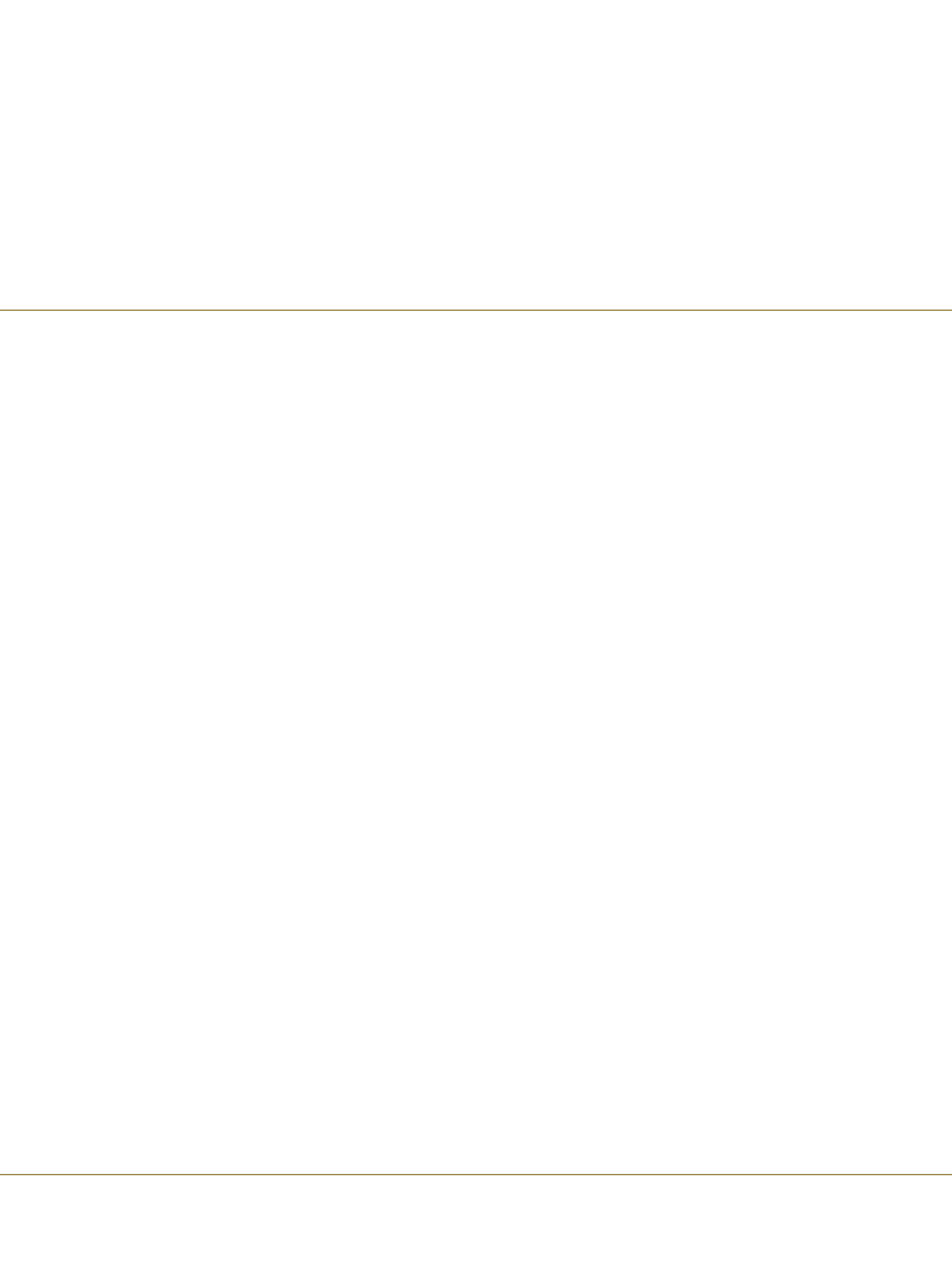
ZURITA ALDEGUER, Rafael (1996): *Notables, políticos y clientes. La política conservadora en Alicante (1875-1898)*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.

— (coord.) (2000): *El siglo XIX en Alicante*, en *Canelobre*, nº43, Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.



el cronista





Índice

Introducción	8
por JOSÉ RAMÓN VALERO ESCANDELL	
18. La población eldense en el siglo XIX	11
JOSÉ R. VALERO ESCANDELL	
19. Elda: la política del XIX	27
CARLOS SALINAS SALINAS	
20. Rasgos económicos del siglo XIX: de la agricultura al taller zapatero	45
TOMÁS PÉREZ MEDINA	
21. La sociedad eldense del XIX	59
CARLOS SALINAS SALINAS	
22. La cultura de Elda durante el siglo XIX	67
MARÍA DEL CORPUS REQUENA SÁEZ	
23. El crecimiento demográfico del siglo XX	87
JOSÉ R. VALERO ESCANDELL	
24. De la Elda alfonsina a la Guerra Civil	109
JOSÉ MIGUEL SANTACREU SOLER	
25. El primer franquismo. La política local en la configuración de la dictadura, 1939- 1956	127
PEDRO PAYÁ LÓPEZ.	
26. La política eldense durante el desarrollismo	145
JOSÉ R. VALERO ESCANDELL	
27. De la dictadura a la democracia (1974-2000)	159
FRANCISCO MORENO SÁEZ	
28. De la ciudad industrial a la capital productiva y comercial del calzado español (1900-1959)	183
ANTONIO MARTÍNEZ PUCHE	
29. Desarrollo industrial, creación de la FICIA y otras asociaciones del sector zapatero	203
JOSÉ MARÍA AMAT AMER	
30. Estructura y dinámica de la industria del calzado de Elda a finales del siglo XX	221
JOSÉ LUIS CIVIDANES HERNÁNDEZ	
31. La sociedad eldense del siglo XX	235
LUIS ESTEVE IBÁÑEZ	
32. Industria y viviendas obreras. La configuración de una ciudad industrial	247
GABINO PONCE HERRERO	
Apéndice: Los espacios centrales y el comercio	262
ERNESTO CUTILLAS ORGILÉS	
33. Elda y su cultura en el siglo XX	265
JUAN VERA GIL	
Notas	285
Bibliografía	295